

historia del mundo



TOMO 8

José Pijoan

historia del mundo

SALVAT EDITORES, S. A.

BARCELONA • MADRID • BUENOS AIRES • MEXICO • CARACAS • BOGOTA • QUITO • SANTIAGO • RIO DE JANEIRO

Depósito Legal: NA. 450-1975 (VIII)
ISBN 84-345-3253-0 obra completa
ISBN 84-345-3261-1 tomo VIII
GRAFICAS ESTELLA, S. A. – Carretera de Estella a Tafalla, km 2. Estella (Navarra) - 1975
PRINTED IN SPAIN

DIRECTOR: JUAN SALVAT
DIRECTOR EDITORIAL: AMANCIO FERNÁNDEZ TORREGROSA
COLABORADORES CIENTÍFICOS DEL PRESENTE VOLUMEN:

J. F. José FLORIT, profesor de las Universidades normal y autónoma de Barcelona.

F. G. Francisco GOMÁ, catedrático de la Universidad de Barcelona.

R. G. Ramón GRAU, licenciado en Filosofía y Letras.

A. J. Antoni JUTGLAR, profesor de la Universidad autónoma de Barcelona.

M. L. Marina LÓPEZ, licenciada en Filosofía y Letras.

P. M. Pedro MOLAS, profesor de la Universidad de Barcelona.

A. P. Augusto PANYELLA, director del Museo Etnológico de Barcelona.

C. P. Carlos PUJOL, doctor en Filosofía y Letras.

E. T. V. Ernesto de la TORRE VILLAR, director de la Biblioteca Nacional de México.

J. V. Juan VERNET, catedrático de la Universidad de Barcelona.

CARTOGRAFÍA Y CUADROS FUERA DE TEXTO: RAMÓN GRAU-MARINA LÓPEZ
COMPAGINACIÓN: GODOFREDO EDO

COLABORADORES CIENTIFICOS DE TODA LA OBRA

Dr. D. José ALSINA CLOTA, catedrático de la Universidad de Barcelona.

Dr. D. José BASABE, profesor de la Universidad de Barcelona.

Dr. D. Pere BOHIGAS, profesor de la Escuela de Bibliotecarias y conservador de la Biblioteca Central de la Diputación de Barcelona.

Sr. D. José FLORIT, profesor de las Universidades normal y autónoma de Barcelona.

Sr. D. Miguel GIL GUASCH, director técnico del Museo de Artes Decorativas de Barcelona.

Dr. D. Francisco GOMA MUSTE, catedrático de la Universidad de Barcelona.

Dr. D. Pedro GRASES, doctor en Filosofía y Letras (Venezuela).

Sr. D. Ramón GRAU, licenciado en Filosofía y Letras.

Dr. D. Antoni JUTGLAR, profesor de la Universidad autónoma de Barcelona.

Srta. Marina LOPEZ GUALLAR, licenciada en Filosofía y Letras.

Dr. D. Juan MALUQUER DE MOTES Y NICOLAU, catedrático de la Universidad de Barcelona.

Dr. D. José Antonio MARAVALL, catedrático de la Universidad de Madrid y académico de la Real Academia de la Historia.

Sr. D. Pedro MOLAS RIBALTA, profesor de la Universidad de Barcelona.

Srta. María Luz MORALES, escritora y publicista (Barcelona).

Sr. D. Antonio PALUZIE BORRELL, secretario de la Sociedad Astronómica de España y América.

Dr. D. Augusto PANYELLA, director del Museo Etnológico de Barcelona.

Dr. D. Luis PERICOT GARCIA, vicepresidente del Consejo Superior Investigaciones Científicas.

Sr. D. José M.ª PISA, licenciado en Teología.

Sr. D. Alberto M. PRIETO ARCINIEGA, profesor de la Universidad de Granada.

Srta. Helena PUIGOMENECH, profesora de la Universidad de Barcelona.

Dr. D. Carlos PUJOL JAUMANDREU, doctor en Filosofía y Letras.

Dr. D. Juan REGLA CAMPISTOL, catedrático de la Universidad de Valencia.

Dr. D. David ROMANO VENTURA, catedrático de la Universidad de Barcelona.

Dr. D. Ernesto de la TORRE VILLAR, director de la Biblioteca Nacional de México.

Dr. D. Federico UDINA MARTORELL, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona y director del Archivo de la Corona de Aragón.

Sr. D. Pedro VEGUE, director técnico del Gabinete Numismático de Cataluña (Barcelona).

Dr. D. Juan VERNET GINES, catedrático de la Universidad de Barcelona.



Tomo 8 completo

INDICE





París a finales del siglo XVI (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Uno de los fenómenos más interesantes del siglo XVII fue el del aumento demográfico y la concentración de la población en las ciudades.

Líneas generales de la trayectoria del siglo XVII y guerra de los Treinta Años

por A. JUTGLAR y J. FLORIT

El siglo XVII –acallados, amansados o cansados, en parte, los impulsos de diversa índole que caracterizaron la interminable y sangrienta serie de enfrentamientos religiosos típica del siglo XVI, y culminada ya la curva inflacionista de la revolución de los precios– se iniciará en Europa, y casi como tónica general de una época relativamente larga, al socaire de un afán de paz y de sosiego del que será una de las muestras más significativas la famosa tregua de los Doce Años, firmada en 1609 entre la monarquía hispana de Felipe III y las separatistas Provincias Unidas, que, desde la época de Felipe II, habían venido defendiendo con fortuna sus ideales independentistas.

Silenciados –al menos en su expresión más estridente y violenta (según se ha apun-



Pescadores de almas, por Adriaen van de Verne (Rijksmuseum, Amsterdam). En esta alegoría se figuran las rivalidades de las diferentes confesiones religiosas de Europa durante la Tregua de los Doce Años entre las Provincias Unidas y España.



Armadura completa milanesa de finales del siglo XVI.

tado al principio)– los diversos planteamientos conflictivos de los antagonismos religiosos, el siglo XVII crearía una plataforma propicia para un amplio despliegue de la vida intelectual y científica, necesitada *per se* de una indispensable plataforma de tolerancia y de libertad de expresión.

Dicha plataforma, favorable a la renovación de la vida cultural, fue acompañada por la eclosión de una serie de circunstancias, anunciadas muchas de ellas de forma más o menos mitigada desde los siglos XIII y XIV (y que son paralelas al surgimiento mismo del movimiento renacentista), y que, en conjunto, tenderán a manifestarse en un hecho demográfico que va a tener gran importancia en la historia más moderna de Occidente. Nos referimos, fundamentalmente, a la circunstancia de que, a lo largo del siglo XVII, la población europea pasó de 95 a 130 millones de habitantes; aumento considerable que responderá a una línea de crecimiento de repercusión definitiva en el futuro de Europa, al poner unas bases numericas de especial magnitud para su expansión posterior por todo el globo.

Junto al crecimiento numérico apuntado anteriormente, el siglo XVII tendió asimismo a dar una importancia creciente a otro fenómeno demográfico de repercusiones considerables en la moderna historia occidental. Se trata del papel, cada vez mayor, de los factores urbanos; del aumento del papel de las ciudades, especialmente en Inglaterra. Así, durante dicha centuria el fenómeno urbanístico se fue desarrollando de modo que, al concluir aquélla, Europa tenía 14 ciudades que contaban con más de 100.000 habitantes, de las cuales dos –París y Londres– oscilaban entre 250.000 y 500.000.

Situando, por otra parte, la importancia del fenómeno de urbanizado en Inglaterra después del siglo XVII (anunciando también la futura intensidad que en Gran Bretaña tendría el industrialismo, especialmente a partir de las últimas décadas del siglo XVIII), la relación entre población campesina y población urbana era la siguiente: 4.100.000 habitantes en el campo y 1.400.000 en las ciudades, proporción en la que seguía dominando la realidad agraria, pero que iba dando muestras de un crecimiento ciudadano muy superior al de otros puntos del continente europeo, donde el número de campesinos y de habitantes residentes en aldeas y villas (situadas en sectores agrarios) era cuatro o cinco veces superior en número al de los habitantes de las ciudades.

Si bien es verdad que a lo largo del siglo XVII no se produjeron cambios espectaculares respecto a las tendencias generadas, desde fines del siglo XV y primeras décadas del XVI, por el creciente desarrollo del capitalismo inicial y el impacto de los grandes descubrimientos geográficos, a lo largo de la centuria una serie de signos y acontecimientos, fundados sobre los esquemas apuntados, fueron dibujando una línea de transformaciones que se plasmarían tanto en la realización de la denominada "revolución intelectual y científica" del siglo XVII, como en el impacto de los movimientos burgueses que convulsionaron países tan importantes como Holanda e Inglaterra, o como en el desarrollo de las fórmulas políticas de la monarquía absoluta, o como en el auge de ciertas formas de capitalismo.

Así, por ejemplo, a lo largo del siglo XVII la navegación marítima –gran motor del impulso capitalista– se benefició de diversos avances técnicos tales como el aumento de longitud de las naves, la adopción de nuevos sistemas de cartografía (método Mercator) y la iniciación del estudio de las corrientes marítimas, animado por Kircher. Lo más notable, sin embargo, en el terreno de las actividades marítimas fue la mejora en la regularidad de los servicios, unida a la seguridad de la navegación. A fines del siglo XVII, además, la flota mercante mundial sumaba la ya apreciable cifra de 2.000.000 de toneladas, de las cuales 1.000.000 (la mitad) correspondía a Holanda, 300.000 a Inglaterra y 180.000 a Francia.

Paralelamente a la mejora del tráfico marítimo, mejoraron de forma apreciable las comunicaciones fluviales mediante la construcción de canales, esclusas y diques, que favorecieron la posibilidad de aprovechar los ríos para la navegación. Esta actividad fue especialmente notable en Francia (siguiendo una ya lejana y acreditada tradición). Concretamente, en la época de Colbert –siguiendo una línea de actividades iniciadas por Enrique IV y continuadas por Richelieu– se abrió el canal del Ródano al Garona, que completaría el sistema navegable interior de Francia (líneas Sena-Loira-Saona-Ródano y Saona-Yonne). En Alemania, el Gran Elector construyó el gran canal del Oder al Spree. Holanda, por su parte, prosiguió la construcción de diques, esclusas y canales de avenamiento iniciada en el siglo XVI.

Al mismo tiempo, las formas de realización capitalista iban desarrollándose y perfeccionándose. Concretamente, a partir de las formas adquiridas ya en el siglo XVI fueron desarrollándose las grandes compañías comerciales. De hecho, el siglo XVII –desde el punto de vista económico– se inicia con la

Panel de cerámica catalana del siglo XVII que representa una cacería (Museo Municipal Vicente Ros, Martorell, Barcelona). En su afán imitativo, la burguesía de este siglo halló, como la nobleza, su evasión en el deporte cinegético.



fundación de las dos compañías comerciales más poderosas de los tiempos anteriores al capitalismo pleno: la *Compañía Inglesa de las Indias Orientales* y la *Compañía Holandesa de las Indias Orientales,* al propio tiempo que la centuria se cerrará con el establecimiento del Banco de Inglaterra, tipo de institución constitutivo del centro directivo de las finanzas mundiales hasta casi la época actual.

A pesar del impulso inglés, iniciado desde el mismo siglo XVI, van a ser los holandeses quienes proporcionen la pauta del desarrollo capitalista y financiero y del auge capitalista del siglo XVII. En efecto, en las Provincias Unidas se daban las condiciones óptimas para la realización sin trabas del negocio capitalista: espíritu de empresa y lucha, derivada de la guerra contra España; papel ascendente (incluso predominante en determinados momentos) de los núcleos burgueses en la dirección política del nuevo estado. En efecto, el papel burgués en Holanda fue decisivo para el expansionismo calvinista de las Provincias Unidas, interesadas profundamente en la conquista o el control de los países productores de las especias, así como en asentarse en América. La acción burguesa en Holanda determinó también el fabuloso desarrollo de la marina mercante de dicho país, en un complejo ambiente en el que encontraron terreno abonado la preparación de los nuevos ideales y horizontes del capitalismo e incluso del calvinismo.

Nadie niega hoy en día la hegemonía económica de Holanda en el siglo XVII y el profundo significado que tal hegemonía encierra. Incluso cuando, en la segunda mitad del siglo XVII, concluida la guerra de los Treinta Años, firmada la paz de los Pirineos (1659) y definido el esplendor de la monarquía de Luis XIV, Francia marque el ápice



EUROPA OCCIDENTAL. En Europa occidental, 1598 es el año del tratado de Vervins y el de la muerte de Felipe II. En Vervins (mayo de 1598), el monarca español reconocía como legítimo soberano de Francia al ex hugonote Enrique IV y renunciaba así a un viejo propósito: colocar en el trono de aquel país a su hija y hacer de él un aliado incondicional de su política. Pocos meses más tarde, en septiembre, adoptaba un compromiso en los Países Bajos: mientras el duro enfrentamiento con los rebeldes del Norte quedaba en suspenso, el gobierno del Sur, católico, se transmitía a Isabel Clara Eugenia con cierta autonomía que satisficiera los deseos de independencia de sus súbditos y los atrajera a una leal colaboración con España en la reconquista del Norte.

Sin aplastar a Holanda, sin acuerdo con Francia, todo intento de sumisión de Inglaterra, de apoyo al partido católico, de destronamiento de Isabel I, era vano. La nueva seguridad de Inglaterra –después de la terrible amenaza de la "Invencible"– queda patente ese mismo año: la revuelta irlandesa de 1598 es aplastada salvajemente y se emprende la conquista sistemática de la isla.

Si Inglaterra con el desarrollo de su marina inicia su trayectoria de gran potencia, no menos notable es la recuperación de Francia. Bajo Enrique IV, independiente y pacifista, el país, al que se ha impuesto la tolerancia religiosa (edicto de Nantes), se reorganiza política y económicamente.

EUROPA CENTRAL. La Dieta de Augsburgo de 1555 había representado el triunfo del gobierno feudal –el Reich dividido en estados autónomos–, la no conversión del emperador en monarca efectivo y la admisión del luteranismo. Desde Fernando I, los emperadores debieron admitir estos hechos como irreversibles. Elegidos en la casa de Habsburgo, soberanos directos de extensas posesiones, se ocuparon sobre todo de la administración de éstas. Es el caso de Rodolfo II, monarca eficaz para Bohemia, pero débilmente comprometido en los asuntos alemanes. Como católicos, los emperadores apoyaron la Contrarreforma, es decir, la ofensiva de los católicos para volver el país a la obediencia de Roma. En este terreno, el entendimiento entre Baviera y los Habsburgos, la combatividad de los jesuitas y la presencia de destacados caudillos –Maximiliano de Baviera, 1598; Fernando de Estiria, 1596– lograron éxitos notables. No obstante, todo ello provocó entre los protestantes cierto pánico o una acusada reacción defensiva. Fatalmente, el país se encaminaba a una nueva escisión en dos bloques, a la guerra de los Treinta Años.

EUROPA ORIENTAL Y SEPTENTRIONAL. El problema de esta zona era desde hacía muchos años, y lo sería por mucho tiempo, el dominio de los accesos y la navegación en el Báltico. Desde 1560, el monarca sueco Juan III y el polaco Esteban Bathory iniciaron una colaboración que satisfacía los intereses de ambos países. Suecia obtenía el apoyo de Polonia para forzar a Dinamarca a admitir el principio de libre navegación a través del Sund –indispensable para su independencia– y para desplazar las pretensiones danesas sobre el Oisel y Estonia. Polonia, aparte los deseos de la apertura de la ruta Vístula-Danzig, se hallaba muy preocupada por la amenaza rusa sobre Lituania y Polock y su protectorado de Curlandia. El bloque polaco-sueco ya había logrado, en 1583, detener las aspiraciones rusas y danesas en los golfos de Riga y Estonia. Desde 1587, la alianza parecía haber llegado a su culminación: Segismundo III, católico, reinaba a la vez en Polonia y Suecia. Apogeo efímero. Segismundo III, difusor de la Contrarreforma, intentará componer en Suecia una política interna de sabio equilibrio entre facciones religiosas y políticas impuesta por Gustavo Vasa. El resultado será una sublevación sueca en torno al regente Carlos, resuelta favorablemente en la batalla de Stangebro (1598).

del mundo barroco, los mismos mercaderes franceses sometidos al mercantilismo colbertista no dejarán de recordar el ejemplo de Holanda, donde –dirán– la libertad económica hace florecer el comercio. Instrumentos y testimonios de la hegemonía económica holandesa fueron principalmente la *Oost Indische Kompagnie* (la Compañía de las Indias Orientales), eficaz competidora de su homónima inglesa y base del desarrollo mercantil y colonial de las Provincias Unidas, y el Banco de Amsterdam.

La primera, creada en 1602, fue una auténtica sociedad por acciones, de carácter permanente (con acciones transferibles y su-



Asamblea de los Estados Generales holandeses en La Haya, por D. van Delen (Rijksmuseum, Amsterdam). Durante la guerra contra España, y después de su independencia, reconocida o no, Holanda se debatió en una lucha constante entre las teorías autoritarias de los Oranges y las tendencias democráticas de la burguesía del país.

EL DESARROLLO DEMOGRAFICO EUROPEO DE LOS SIGLOS XVI Y XVII Y SU DISTRIBUCION POR NUCLEOS GEOHISTORICOS

	1450	1500	1550	1600	1650	1700	Años
EUROPA	–	85	–	95	–	130	Millones de habit.
Alemania	12-13	–	–	15	12	15	"
Italia	13	–	–	12,5-13	–	–	"
Francia	–	16-18	–	16	18	20	"
España	–	8	8,3	8	7	6,8	"
Portugal	–	2	–	1,7	–	3	"
Países Bajos	–	3	3,3	–	–	5,5	"
Islas Británicas	–	2,7	–	–	5	8,5	–
Polonia y Lituania	–	3	–	–	–	–	"
Dinamarca y Noruega	–	–	–	0,60	0,66	0,70	"
Suecia	–	0,25	–	0,40	0,45	0,50	"
Suiza	–	0,8	–	1	–	1,2	"
Rusia	–	–	10-12	15	16	17	"

jetas a especulación, que coexistían con una serie de obligaciones emitidas a un interés fijo, etc.). El Banco de Amsterdam surgió pocos años después, en 1609, y se constituyó, desde un principio, en un eficaz instrumento de depósito y cambio y llegó hasta a efectuar préstamos de fuertes cantidades a la *Compañía de las Indias Orientales*. A través del Banco, Amsterdam –que desde las últimas décadas del siglo XVI había recogido el relevo de Amberes– se convirtió en verdadera capital del mundo, al propio tiempo que su Bolsa seguía ejerciendo la primacía mundial en el negocio de la distribución y compraventa de productos tanto coloniales como europeos.

El caso holandés fue imitado por Inglaterra, que finalmente en el siglo XVIII acabaría sustituyendo a Holanda en el primado económico, especialmente al conseguir sustituir el papel desempeñado por el Banco de Amsterdam como mercado financiero mundial.

Otros países, además de Holanda e Inglaterra, crearon compañías comerciales y desarrollaron sus actividades de tipo capitalista a lo largo del siglo XVII. Así ocurrió, por ejemplo, en Francia, Dinamarca, Suecia y Brandeburgo. Paulatinamente –ya sea por iniciativa de los particulares, ya por la acción del estado–, todo un mundo económico se iba transformando de modo que, cada vez más, haría más inevitables los fabulosos cambios técnicos, económicos y políticos del siglo XVIII, especialmente en sus últimas décadas.

Como muestra de cuáles eran las nuevas orientaciones que se iban apuntando, a fines del siglo XVII encontramos más de 130 compañías comerciales que ejercían sus actividades mercantiles en competencia con las grandes compañías (de las Indias Orientales, de Africa, de la Bahía de Hudson, de New River, del Banco de Inglaterra y del Million Bank), que, por sí solas, reunían la entonces formidable cantidad de 3.232.000 libras esterlinas.

Las referencias anteriores muestran no sólo el auge de una actividad económica que explica el desarrollo del capitalismo (iniciado de forma más o menos tímida a partir de la segunda mitad del siglo XV), sino que además plantean las líneas de una fenomenología sociológica de extraordinaria importancia: el auge creciente de la burguesía europea, que poco a poco iría adquiriendo conciencia de su papel, sus fuerzas y sus po-



Buques del siglo XVII. Durante este siglo, la navegación se benefició de diversos avances técnicos, lo cual repercutió en mayor seguridad en las travesías y mejora en la regularidad de los servicios.

sibilidades, hasta llegar a plantear –como ocurrirá claramente en Holanda e Inglaterra– el problema de su auténtica primacía en la pirámide social y en la organización política.

En efecto, no sólo será el siglo XVII la centuria de los dos grandes movimientos revolucionarios ingleses (que acabarán dando el poder a una nueva concepción parlamentaria, dirigida por los Comunes), sino que además asistirá en Holanda a un fenómeno de importancia trascendental: por vez primera, de entre las filas de la burguesía surgen gobernantes del estado, auténticas cabezas de una nueva concepción política, como los grandes pensionarios Oldenbarneveldt, los

UN ASPECTO ECONOMICO DE LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS: EL FIN DE LA HANSA

La Hansa, que inicialmente había sido una agrupación de comerciantes de la Alemania del Norte, durante el siglo XIV se transformó en una asociación de las ciudades alemanas de la costa. Durante la baja Edad Media, la Hansa monopolizó el comercio del mar del Norte y del Báltico, organizándolo según la ruta Novgorod-Reval-Lübeck-Hamburgo-Brujas-Londres. Posteriormente extendieron sus comunicaciones terrestres con el sur de Alemania e Italia y marítimas, por el Atlántico, hasta las costas de Portugal y España.

Su extraordinaria importancia se explica por la inexistencia de poderes políticos fuertes, capaces de oponer entidades nacionales a esta asociación de ciudades.

El renacimiento, con el desarrollo de las monarquías autoritarias, señala un cambio fundamental en el Occidente europeo, y la circunstancia política de la baja Edad Media, favorable al desarrollo de la Hansa, es sustituida por otra decididamente hostil. A pesar de ello, la voluntad de unión entre las diversas ciudades y los esfuerzos por adaptarse a las nuevas realidades permitieron a la Hansa sobreponerse a las circunstancias adversas hasta la guerra de los Treinta Años. "Desde su comienzo, esta guerra puso de manifiesto la debilidad de la Hansa. En la gran crisis de la Europa septentrional en la que se enfrentaron Dinamarca, el Imperio, Suecia y Polonia, su apoyo fue solicitado por los diferentes antagonistas y fue incapaz de adoptar una política común. Hubiera querido permanecer neutral, pero carecía de la fuerza necesaria para hacer respetar esta neutralidad. Así pues, cada ciudad intentó sortear las presiones de los beligerantes de acuerdo con sus intereses. El particularismo se impuso sobre el deseo de unidad e hizo imposible, incluso después de que se restableciera la paz, la restauración de la comunidad hanseática" (Ph. Dollinger).

Las primeras ciudades que sufrieron las consecuencias de la guerra fueron Lübeck, Brunswick y Hamburgo. Cristián IV de Dinamarca intentó someter a estas ciudades con la ayuda de los príncipes territoriales alemanes. Brunswick escapó a este peligro gracias a la ayuda financiera y militar que recibió del resto de las ciudades de la liga hanseática. La ocupación del Elba y de Jutlandia por las tropas imperiales puso coto a las aspiraciones del rey danés. Esta nueva situación dio origen a un plan que, de haberse llevado a la práctica, quizás hubiera asegurado la supervivencia de la Hansa.

Para acabar con la potencia económica de Holanda y de Dinamarca y garantizar la supremacía imperial en el mar del Norte, Wallenstein, el jefe de las tropas de los Habsburgos, se propuso dominar todos los puertos de la Frisia oriental y obtener la alianza de las ciudades de la Hansa y de Polonia. La creación de una armada común debía garantizar la seguridad de las flotas mercantes de Alemania, Bélgica y España. Los intereses económicos de las ciudades de la liga en Dinamarca, las Provincias Unidas, Inglaterra y Suecia, así como las divergencias religiosas que las separaban de las potencias católicas, hizo imposible esta alianza. Algunos historiadores modernos opinan que, al rechazar la colaboración total con la política del Imperio, la Hansa perdió su última oportunidad de supervivencia. Pero ni siquiera con la alianza imperial las ciudades hanseáticas hubieran podido oponerse a la expansión de Suecia, dirigida por Gustavo Adolfo. Cuando éste inició sus campañas en Alemania, las ciudades de la liga adoptaron una política de neutralidad, como Brema, Hamburgo y Danzig, o fueron ocupadas por los suecos, como Stralsund o Wismar, o bien tomaron decididamente partido por Gustavo Adolfo, como Magdeburgo.

La incapacidad de la Hansa para imponer una política común era, pues, manifiesta. Así quedó patente en la reunión de la dieta hanseática, la *Hansetag*, de 1629, en la que Lübeck, Hamburgo y Brema recibieron la potestad de tomar a su cargo los intereses de las restantes ciudades, incapaces de defenderlos por sí mismas. La paz de Westfalia, que puso fin a la guerra, reafirmó la superioridad de Suecia. Esta recibía la Pomerania anterior, Sttetin y Strassund, así como Wismar y los obispados de Brema y Verden. De hecho, todo el tráfico comercial de las ciudades hanseáticas quedó bajo su control. Los derechos de peaje impuestos por Suecia sobre el comercio alemán alcanzaron 350.000 táleros anuales, cifra equivalente a los impuestos recibidos por los daneses en el Sund.

La última de las asambleas hanseáticas, la *Hansetag* de 1669, no fue más que un suceso anacrónico, que consagró la desaparición de la potente liga, acaecida de hecho durante la guerra de los Treinta Años.

J. F.



En el siglo XVII *se construyeron numerosos diques, esclusas y canales. En Holanda continuó la creación de diques de contención y canales de avenamiento.*





Armadura italiana de principios del siglo XVII.

hermanos De Witt y Hensius. Una burguesia que en Holanda se enfrentará a los Oranges; que en Inglaterra combatirá contra la monarquía de Carlos I; que, incluso en Francia, desempeñaría un importante papel en la Fronda de los parlamentarios frente a los Borbones, etc.

El auge burgués, el fenómeno creciente de toma de conciencia de estas burguesías enriquecidas con el desarrollo capitalista, explica parte de los movimientos y convulsiones socio-políticas y militares del siglo XVII, incluyendo de hecho la reacción catalana y portuguesa, en los años 40, frente a la bancarrota y la decadencia de los Habsburgos hispánicos.

Esta misma burguesía, además, en una etapa de creciente aumento de las actividades y gestiones del estado, va penetrando, casi insensiblemente, en la misma máquina administrativa del nuevo Minotauro. En manos burguesas está buena parte de la riqueza monetaria de los estados y son los burgueses quienes dirigen las especulaciones financieras, bancarias y bursátiles (y quienes se benefician de ellas), al propio tiempo que consuman la conquista de puestos claves en la burocracia, en un movimiento paralelo al del incremento de las inversiones capitalistas en el suelo agrícola que fueron poniendo en manos burguesas numerosas fincas propiedad antes de la aristocracia.

Poco a poco, de manera casi insensible, la burguesía –y en sentido paralelo al

EL URBANISMO EUROPEO DE LOS SIGLOS XVI-XVII: EL DESPEGUE PARIS-LONDRES Y LA DECADENCIA DE LAS CIUDADES ITALIANAS

Hacia 1500	Hacia 1550	Hacia 1600	Hacia 1700	
			Londres (500) París (500)	Ciudades con más de 400.000 habitantes
	Nápoles (210)	Nápoles (280) París (200)	Nápoles (215)	Ciudades con más de 200.000 habitantes
París (?) Nápoles (150) Venecia (100) Milán (?)	Milán (180) Venecia (170) Sevilla (120) Amberes (100)	Londres (170) Milán (150) Venecia (150) Lisboa (110) Roma (110) Amsterdam (100) Palermo (100) Mesina (100) Sevilla (100-120)	Amsterdam (150) Roma (135) Venecia (100) Milán (120) Madrid (100) Viena (100) Sevilla (?) Lisboa (?)	Ciudades con más de 100.000 habitantes

aumento de su riqueza– va ocupando lugares más destacados en la vida del estado moderno y, al propio tiempo, los burgueses van tomando conciencia de que su poder social es decisivo, entre otras cosas porque con su contribución económica sostienen la máquina total y la organización política de cada país, siempre más compleja. De ésta, insensiblemente, se irán definiendo las líneas de un pensamiento e incluso de una acción social que acabarían de manifestarse, clara y decisivamente, en el período de la Ilustración y en la crisis del Antiguo Régimen.

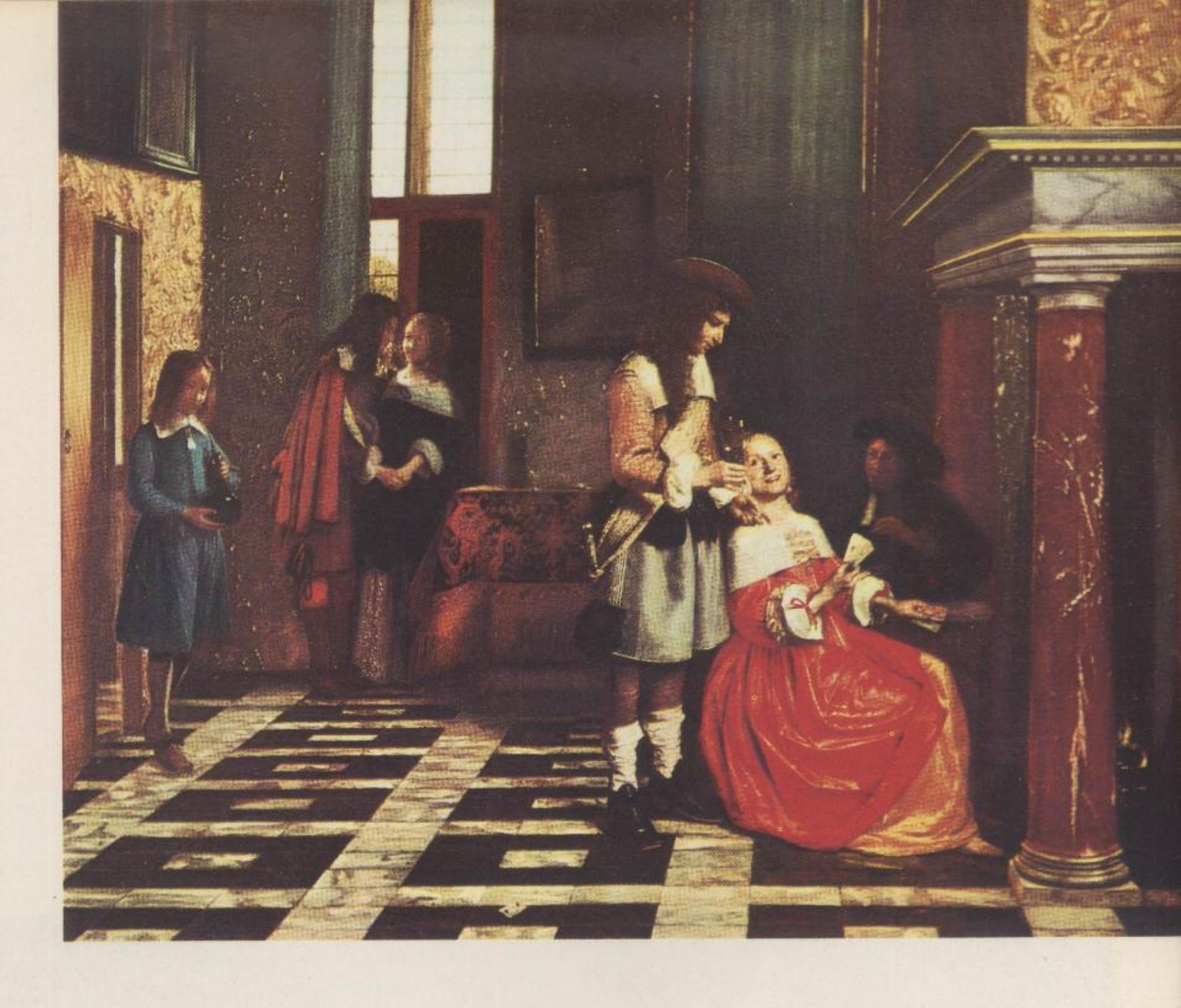
En el tránsito del siglo XVI al XVII, las nuevas orientaciones abiertas por el Renacimiento, la Reforma, el Capitalismo, etc., habían definido ya una serie de manifestaciones sumamente características que irían afinándose a lo largo del siglo XVII: individualismo, espíritu de empresa, afán de investigación, nuevas inquietudes científicas,



Gerhard Mercátor, el geógrafo y cartógrafo alemán del siglo XVI cuya proyección para la confección de mapas para uso de los navegantes contribuyó extraordinariamente a la seguridad de la navegación.

El castillo de Batavia, por Andries Beeckman (Rijksmuseum, Amsterdam). En primer término se desarrolla una escena de mercado en que intervienen javaneses, chinos, malayos, etc. La fundación de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales marcará un hito en la época anterior a la del pleno capitalismo.

Jugadores de cartas, por Pieter de Hooch (Museo del Louvre, París). La burguesía en Holanda tendió a desempeñar el primer papel en la dirección de la política.



GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS: PERIODOS CHECO-PALATINO Y DANES

1618-1621	Guerra de Bohemia.
1618 (23/5)	Como consecuencia de las tentativas de recatolización de Bohemia, la nobleza protestante, dirigida por Matías de Thurn, se subleva contra los Habsburgos: defenestración de los representantes imperiales en Praga, institución de un gobierno de 30 directores. Comienza la guerra en Bohemia.
1619 (20/3)	Muerte del emperador Matías.
(22/8)	Fernando es destituido como rey de Bohemia por los Estados Generales.
(24/8)	Federico V, elector palatino, jefe de la Unión, es elegido rey de Bohemia.
(28/8)	Fernando II, elegido emperador en Francfort.
(31/10)	Llegada de Federico V a Praga.
(21/11)	Los checos, que han concluido una alianza con Bethlen Gabor de Transilvania, atraviesan el Danubio para tomar Viena. Tienen que retirarse.
1620 (8/11)	Las tropas de la Liga Católica, dirigidas por Tilly, invaden Bohemia y vencen al ejército checo-palatino de Cristián de Anhalt en la Montaña Blanca, junto a Praga. Huida de Federico V. Tropas españolas, dirigidas por Spínola, penetran en el Palatinado.
1621	Represión imperial en Bohemia; recatolización oficial del país. Fin de la guerra de Bohemia.

1622-1623	Período palatino.
1622 (27/4)	Los príncipes protestantes Ernesto de Mansfeld y el margrave Jorge Federico de Baden-Durlach vencen a Tilly en Wiesloch.
(5/6)	Tilly aplasta al margrave de Baden-Durlach en Wimpfen.
(20/6)	Tilly vence a Cristián de Brunswick en Höchst.
(19/9)	Rendición de Heidelberg a Tilly.
(2/11)	Rendición de Mannheim a las tropas imperiales.
1623 (enero)	Maximiliano I de Baviera es investido de la dignidad electoral a título personal.
(1/5)	Armisticio entre Federico V y el emperador.

1623-1629	Período danés.
1623 (6/8)	Tilly deshace a Cristián de Brunswick en Stadtlohn (Westfalia).
1625 (mayo)	Intervención de Cristián IV de Dinamarca a favor de los protestantes.
(25/7)	Wallenstein es encargado del mando de un ejército nuevo, al servicio del bando imperial, pero formado por él.
1626 (25/4)	Wallenstein vence a Ernesto de Mansfeld en Dessau. Revuelta campesina en Alta Austria.
(27/8)	Tilly derrota a Cristián IV en Lutter am Barenberge.
1627 (octubre)	Cristián IV, perseguido por Wallenstein, se retira de Alemania.
1628 (26/1)	Wallenstein recibe del emperador el ducado de Mecklemburgo que acaba de conquistar.
(22/2)	Maximiliano I de Baviera recibe la dignidad electoral hereditaria del Alto y Bajo Palatinado.
(Mayo/julio)	Wallenstein asedia sin éxito Stralsund, sostenida por Dinamarca y Suecia.
1629 (6/3)	Edicto de Restitución: todos los territorios eclesiásticos secularizados deben ser "restituidos".
(22/5)	Paz de Lübeck: Cristián IV recupera sus territorios, pero se separa de los príncipes alemanes.

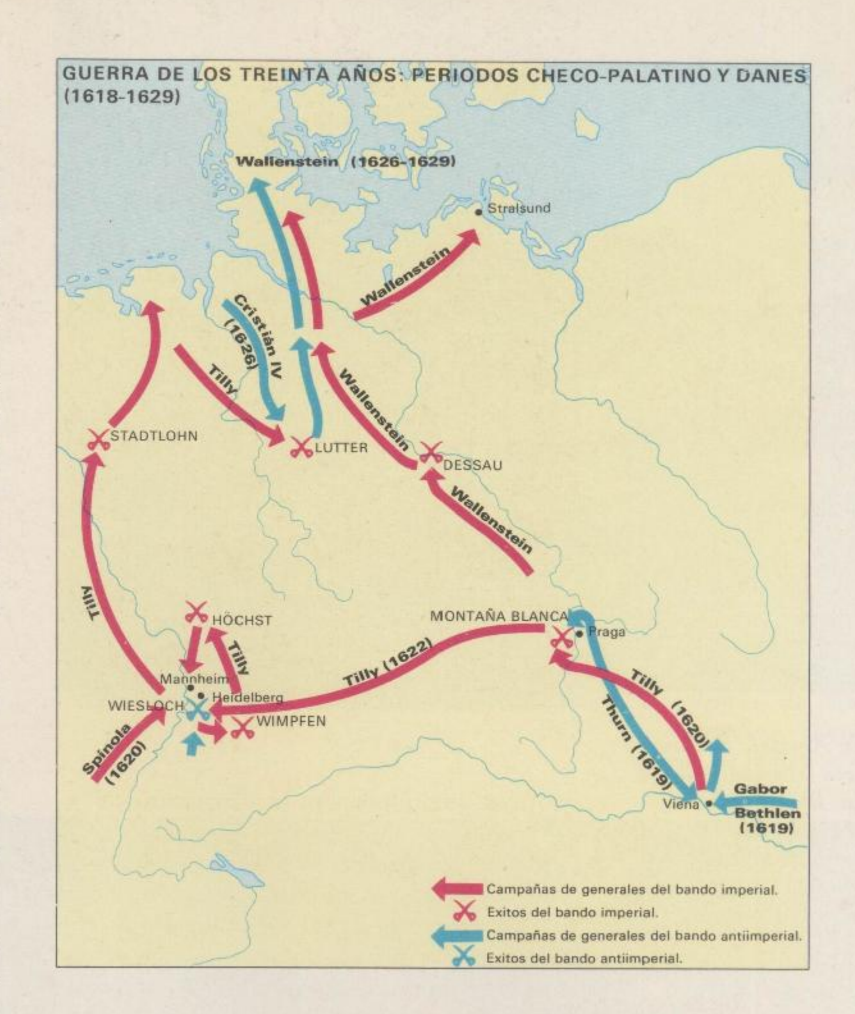
refinamiento progresivo del gusto y de la inteligencia, subjetivismo, criticismo, afán racionalista, etc., las cuales, a veces casi paradójicamente, irán afirmándose paralelamente a la consolidación del nuevo sistema de estado, la monarquía absoluta, o para ser más exactos, al absolutismo, ya que para algunos teóricos el fenómeno del absolutismo no se vinculará necesariamente a la forma monárquica.

Poco a poco, el mundo convulso de las luchas de religión y de las consecuencias sociales de la revolución de los precios pudo reemprender un hilo, una línea de crecimiento abierta por el movimiento renacentista, y así –una vez aplacados los ánimos– se posibilitó, en el siglo XVII, un vertiginoso avance de los valores definidos por el renacimiento.

Un avance que, si es palpable en el auge del capitalismo comercial antes mencionado, tendrá sus paralelos en fenómenos tan trascendentales como el pleno triunfo de la concepción kepleriana como base de una moderna sistemática del mundo; o el éxito final de las ideas de Bacon o de Galileo respecto a la aplicación del método empírico al estudio de la naturaleza; o el triunfo del racionalismo con Descartes o Spinoza; o las nuevas líneas de un futuro librepensamiento (con ejemplos como el de Boyle), preludiando el enciclopedismo del siglo XVIII, así como el maduro desarrollo de las literaturas y culturas nacionales en los diversos países occidentales.

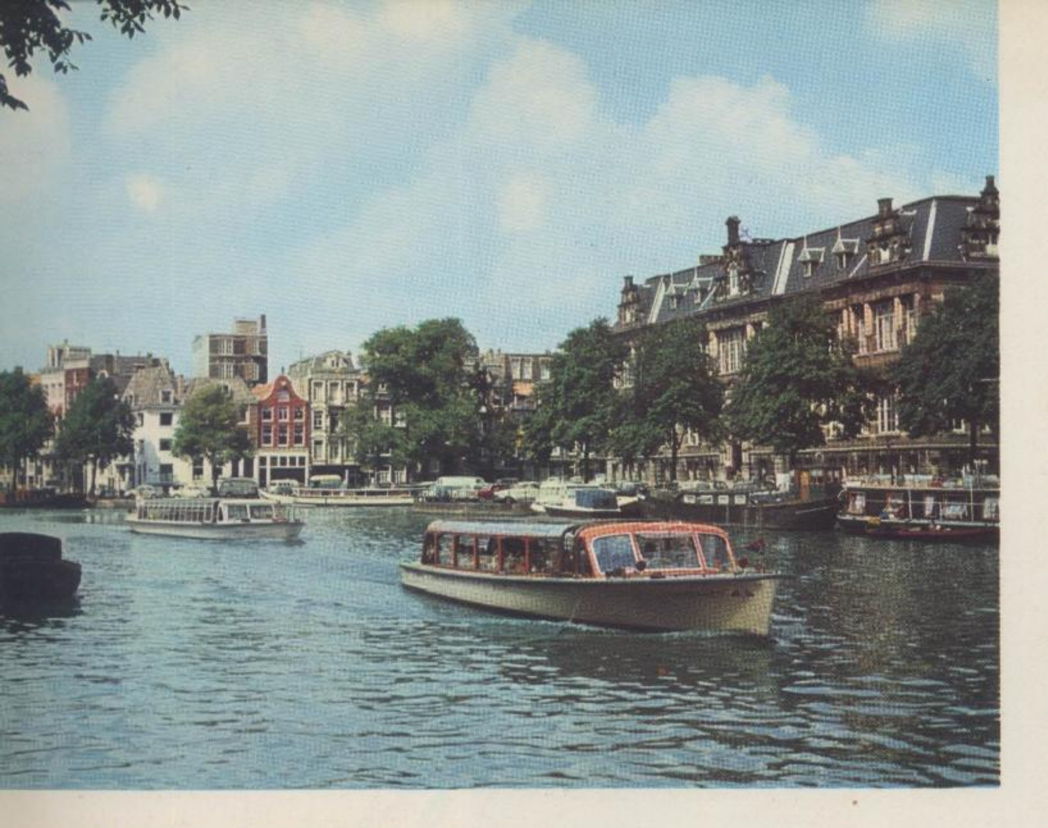
Esta serie de avances conducen, en definitiva, a una nueva relación con el papel capitalista y burgués antes apuntado al coincidir todos ellos en una afirmación del individuo (y de sus concretos y particulares valores) dentro del cuadro de la sociedad en que vivía, paralelamente al de la afirmación de la razón como instrumento no sólo suficiente, sino fundamental, para la comprensión y el conocimiento del mundo. Un conocimiento alimentado por la gran revolución intelectual de la centuria y que encontraría una clave decisiva en la obra newtoniana, en el momento de máximo esplendor del absolutismo.

Por todo ello el siglo XVII es una etapa histórica compleja, que se nos aparece llena de contradicciones y que, al propio tiempo, busca un constante equilibrio. Este equilibrio está también vivo en las obras de los





Carlos I de Inglaterra, por D. Mystens (Museo Marítimo Nacional, Londres). La revolución inglesa fue también una de las manifestaciones de la actividad política de la burguesía del siglo XVII.



El canal de Amstel, en Amsterdam. Esta ciudad, con su Banco y su Bolsa, se transformó en la capital de productos coloniales y europeos.

teóricos que, junto con la afirmación del individualismo (que encontrará, a fines de la centuria, su máxima expresión en el liberalismo de Locke), tratarán ansiosamente –como lo hará, por ejemplo, Hobbes– de buscar una fórmula de estado que asegure la paz y el bien común, aunque ello suponga un detrimento de parte de la libertad del individuo concreto. Un equilibrio vivo asimismo en las anécdotas intelectuales que intentaron casar a "antiguos" y "modernos" paralelamente a las tensiones existentes entre el anquilosamiento de las universidades (refugio de la cultura tradicional) y el dinamismo de los nuevos núcleos culturales, las Academias (propulsoras de la "ciencia nueva").

En definitiva, la complejidad del siglo XVII encierra en su seno la culminación de un movimiento multisecular que debe ser tenido en cuenta a la hora de valorar esta etapa histórica, que, artística y socialmente, tenderá a confundirse con la denominación de mundo barroco: la larga etapa medieval había culminado en la síntesis del cristianismo (de la tradición bíblica) y los conocimientos aristotélicos sobre las cosas y el cosmos, fundiéndolos en un todo orgánico, completo y definido. Paralelamente, en este edificio compacto, y aparentemente difícil de superar, comenzó –desde el mismo siglo XVII– a abrir una serie de brechas el Renacimiento.

Después, los diversos acontecimientos del siglo XVI ayudaron a cuartear el mundo científico y cultural del Medievo y prepararon la gran oportunidad del siglo XVII, centuria definitiva –entre otros muchos motivos– porque, en su transcurso, una serie de intelectuales y de científicos aportaron nuevas formas de ver y entender los hombres, las cosas, las relaciones entre los cuerpos, etc., llegando incluso a imponer nuevos criterios para situar el problema de Dios, las leyes de la naturaleza, el papel de la moral, etc., en un abanico de realizaciones transparentes que prepararían la plataforma más apta para el desarrollo de las Luces, el movimiento de la Ilustración, en el siglo XVIII, con la consiguiente crisis del Estado Moderno y de la monarquía, potenciados en su día por el mismo movimiento del humanismo renacentista.

A pesar de todo lo anterior, la gran crisis producida por la escisión de Europa en dos campos separados por sus creencias religiosas impedirá la plasmación inmediata de las tendencias positivas apuntadas anteriormente. La guerra de los Treinta Años y la consiguiente reestructuración de Europa ofrecerán una gran oportunidad a Francia, pero serán una muestra clara de que la razón aún no puede prevalecer sobre la fuerza.

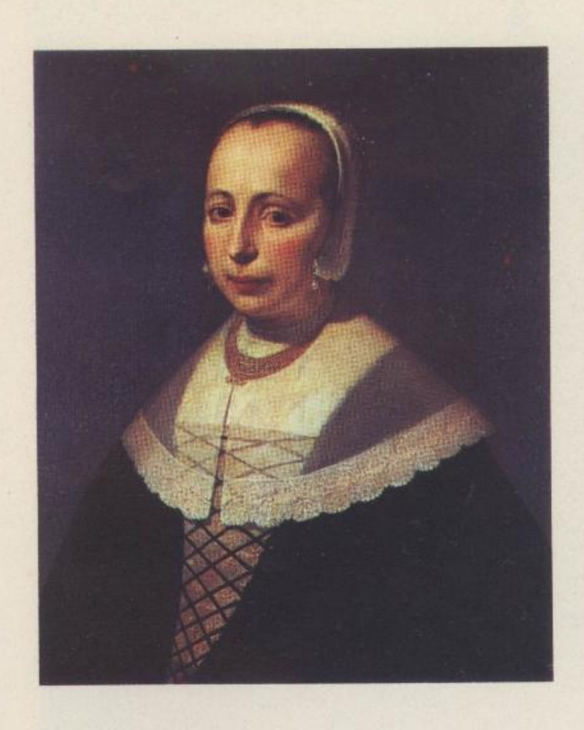
Los factores que motivaron este conflicto fueron de una extraordinaria complejidad. Además de las tensiones religiosas que afectaron al Imperio alemán, y que por lo tanto repercutían en toda Europa, atenta a la Alemania que podía surgir de esta crisis, existía la pugna que durante todo el siglo anterior había enfrentado a España y Francia y, por si fuera poco, los problemas internos en los dominios patrimoniales de los Austrias crecían progresivamente, debido a la dificultad de someter a una sola corona a húngaros y bohemos, separados además por distintas creencias religiosas.

Gran plato de cerámica catalana del siglo XVII (Museo Municipal Vicente Ros, Martorell).



Precisamente fueron unos incidentes acaecidos en el país checo los que desencadenaron la guerra. En Praga, una disputa en torno a la construcción de las iglesias protestantes de Braunau y Klostergrab, resuelta a favor de los intereses católicos gracias a la intervención imperial, provocó entre los nobles protestantes una reacción violenta, de la que fueron las primeras víctimas dos católicos, arrojados por la ventana del Consejo de la ciudad. La *defenestración de Praga* fue el primer acto de la rebelión de toda Bohemia y desencadenó la guerra de los Treinta Años, auténtico conflicto a escala europea.

En 1619, la rebelión de Bohemia era un asunto que no afectaba al Reich alemán; se trataba de una cuestión interna en los dominios patrimoniales de la casa de Austria. Pero el conflicto fue ganando extensión. Los protestantes checos sublevados depusieron



Retrato de dama de la burguesía holandesa del siglo XVII, por G. Cuyp (Museo de Capodimonte, Nápoles).

Apoteosis de Cornellis de Witt, por Jan de Baen (Rijksmuseum, Amsterdam). En el siglo XVII, por primera vez saldrán gobernantes procedentes de los estamentos burgueses, como los hermanos de Witt y otros.



Panorámica de Praga, con la iglesia de San Nicolás en primer término. La guerra de los Treinta Años comenzó en esta ciudad cuando unos consejeros protestantes "defenestraron" a dos católicos. Este conflicto interno se agudizará cuando, a la muerte del emperador Matías, le sucedió su primo Fernando de Estiria, rey depuesto de Bohemia.

al rey Fernando de Estiria y en su lugar proclamaron a Federico V del Palatinado, jefe de la Unión Evangélica y de religión calvinista. En Hungría, el vaivoda de Transilvania aprovechó la situación para proclamarse soberano de los magiares. Entonces la Dieta imperial, dominada por los católicos, como retando a los protestantes, nombró emperador, por muerte de Matías, a Fernando de Estiria, el depuesto rey de Bohemia. Si Fernando II salía triunfante de todas estas dificultades, la monarquía de los Austrias quedaría extraordinariamente robustecida y podría intentar la unificación total del Reich.

Esta posibilidad no escapaba a los protestantes alemanes, que, en consecuencia, apoyaron a los rebeldes de Bohemia. Por su parte, Fernando II inició negociaciones para obtener ayuda de Polonia, España y de los príncipes de la Liga Católica alemana.

La situación en Bohemia, de donde las tropas imperiales habían sido expulsadas, la amenaza de secesión de Hungría y la agitación de los protestantes de Alemania estuvieron a punto de acabar con la monarquía de Viena durante el invierno de 1619 a 1620.

Pero el éxito de las negociaciones diplomáticas en Polonia, España y Alemania proporcionaron a Fernando II la ayuda militar esperada, y, durante el verano de 1620, aprovechando la estación favorable a los grandes movimientos de tropas, el ejército imperial invadió Bohemia. La campaña, desarrollada todavía según la estrategia del siglo XVI, en la que las tropas imperiales de los Austrias habían mostrado su superioridad, fue totalmente favorable a Fernando II. En el mes de noviembre de 1620, los imperiales llegaron a las puertas de Praga. En la batalla llamada de la Montaña Blanca, obtuvieron una victoria total sobre las tropas que se habían reunido para defender la ciudad. Este éxito militar significó el restablecimiento de la autoridad de los Austrias



Defenestración de Praga, según grabado de Merian en "Theatrum Europaeum". La disputa y violenta terminación de la misma entre protestantes y católicos fueron la causa evidente del principio de la guerra de los Treinta Años.

sobre el cuadrilátero de Bohemia y su supremacía en todo el ámbito danubiano.

Fernando II, victorioso en este frente, pudo concentrar sus tropas ante Federico V. La nueva campaña se desarrolló en el Palatinado, el territorio del príncipe rebelde al emperador. Las tropas españolas –los tercios mandados por Ambrosio Spínola– y las de la Liga Católica alemana, bajo el mando de Maximiliano de Baviera, tenían sus bases próximas al campo de operaciones y prestaron a los imperiales una ayuda mayor que en la campaña de Bohemia. Los protestantes no pudieron oponerse a esta coalición. Las batallas de Wimpfen (1622) y de Stadtlohn (1623) fueron victorias decisivas de las tropas católicas bajo el mando de Tilly, el mejor estratega de esta campaña.

El dominio del Palatinado por los Austrias y la elevación del jefe de la Liga Católica, Maximiliano de Baviera, a la dignidad electoral fueron duros golpes para los protestantes alemanes. Todo el sur del Reich (entre el Palatinado y Baviera) quedaba a merced de Maximiliano.

Fernando II decidió aprovechar esta situación ventajosa para someter a los príncipes protestantes del norte de Alemania, quienes, dirigidos por Cristián IV de Dinamarca, que como duque de Holstein era miembro del Reich, se dispusieron a oponerse a las tropas imperiales. El general de éstas, Wallenstein, un noble checo que había permanecido fiel al emperador, consiguió



Fernando II, emperador de Alemania (cuadro de la escuela de Rubens; Museo del Prado, Madrid).



Castigos impuestos por los imperiales a los bohemos, tras la ocupación del territorio checo después de la batalla de la Montaña Blanca (grabado de "Allgemeine Schaubühne der Welt", editado en Francfort en 1699).

GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS: PERIODOS SUECO Y FRANCES

1630-1635	Período sueco.
1630 (6/7)	Desembarco de Gustavo Adolfo en Usedom.
(Agosto)	Dieta electoral en Ratisbona. Fernando II es obligado por Maximiliano I a destituir a Wallenstein.
(25/12)	Victoria de Gustavo Adolfo sobre el ejército imperial en Pomerania.
1631 (13/4)	Los suecos saquean Francfort del Oder.
(25/5)	Ocupación, saqueo y destrucción de Magdeburgo, ciudad protestante, por Tilly.
(Sept.)	Juan Jorge I de Sajonia se alía a Gustavo Adolfo.
(16/9)	Leipzig se rinde a Tilly.
(17/9)	Gustavo Adolfo derrota a Tilly en Breitenfeld.
(15/11)	Las tropas sajonas ocupan Praga.
(18/11)	Los suecos toman la fortaleza de Marienberg (Wurzburgo). El rey establece su cuartel de invierno en Maguncia.
(15/12)	Wallenstein toma a título provisional el alto mando del ejército imperial.
1632 (13/4)	Wallenstein, definitivamente reconocido como jefe.
(15/4)	Victoria de Gustavo Adolfo en Rain. Tilly, herido.
(24/4)	Gustavo Adolfo entra en Augsburgo.
(30/4)	Muerte de Tilly en Ingolstadt.
(17/5)	Los suecos entran en Munich.
(25/5)	Wallenstein recupera Praga.
(Jul./sept.)	Gustavo Adolfo y Wallenstein convergen hacia Nuremberg.
(3/9)	Gustavo Adolfo se apresta a tomar al asalto las posiciones imperiales. Fracasa repetidamente.
(18/9)	Después de varios ofrecimientos de paz, Gustavo Adolfo se dirige hacia el Sur. Wallenstein penetra en Sajonia.
(18/10)	Los suecos, llamados por el rey de Sajonia, inician la persecución de Wallenstein.
(1/11)	Toma de Leipzig por Wallenstein.
(16/11)	Batalla de Lützen: victoria sueca, pero muerte del rey Gustavo Adolfo.
(29/11)	Muerte de Federico V del Palatinado.
1633 (23/4)	Axel Oxenstierna concluye la alianza de Heilbronn con los protestantes del sur de Alemania.
(7/6)	Wallenstein concluye un armisticio con Arnim.
(2/7)	Wallenstein denuncia el armisticio.
(11/10)	Victoria de Wallenstein sobre las tropas sajonas de Thurn en Steinau (Silesia).
(14/11)	Bernhard de Weimar, aliado de los suecos, toma Ratisbona.
1634 (18/2)	Destitución de Wallenstein por alta traición.
(25/2)	Asesinato de Wallenstein en Eger.
1634 (26/7)	Ratisbona, recuperada por los imperiales.
(5 y 6/9)	El ejército español e imperial, reunido y dirigido por el cardenal-infante don Fernando y por Gallas, deshace al ejército sueco y sajón dirigido por Horn y Bernardo de Weimar en Nördlingen.
1635 (30/5)	Juan Jorge de Sajonia firma la paz de Praga con el emperador.
(27/10)	Tratado de Saint-Germain entre Richelieu y Bernardo de Weimar.

1636-1648	Período francés.
1636 (18/9)	El emperador declara la guerra a Francia.
(4/10)	Victoria de los suecos dirigidos por Baner sobre el ejército imperial y sajón en Wittstock.
1637 (15/2)	Muerte de Fernando II. Emperador Fernando III.
1638 (3/3)	Bernardo de Weimar vence al ejército imperial enviado en ayuda de la ciudad de Rheinfelden y ocupa esta plaza.
(9/8)	Derrota imperial en Wittenweiler.
(17/12)	Bernardo de Weimar ocupa Brisach.
1639 (14/4)	Baner deshace el ejército imperial y sajón en Chemnitz y entra en Bohemia.
(18/7)	Muerte de Bernardo de Weimar en Neuenburg del Rin.
1640 (23/9)	Dieta de Ratisbona: posibilidad de un compromiso entre las distintas confesiones.
(1/12)	Federico Guillermo, elector de Brandeburgo (el "Gran Elector").
1641 (20/5)	Muerte de Baner; Lennart Torstensson le sucede.
1642 (14/6)	Torstensson ocupa Olmütz.
(2/11)	Torstensson deshace a los imperiales en Breitenfeld.
1643 (24/11)	Los bávaros vencen a los franceses en Tuttlingen.
1644	Principio de las negociaciones imperiales con Francia (Münster) y Suecia (Osnabrück).
(28/7)	Los bávaros, dirigidos por Mercy, ocupan Friburgo de Brisgovia.
1645 (6 y 7/3)	Torstensson vence a los imperiales en Jankau (Bohemia).
(5/5)	Mercy deshace a Turenne en Mergentheim-Herbsthausen.
(3/8)	Batalla indecisa de Allerheim entre los franceses, suecos y Hesse, por un lado, y los imperiales, dirigidos por Mercy por el otro. Muerte de Mercy.
(6/9)	Armisticio de Juan Jorge de Sajonia con Suecia.
1647 (14/3)	Maximiliano de Baviera concluye un armisticio con Francia en Ulm.
1648 (5/8)	Los suecos, dirigidos por Königsmark, toman el Hradschin de Praga.
(24/10)	Paz de Westfalia entre el Imperio y Francia (Münster) y Suecia (Osnabrück). Fin de la guerra de los Treinta Años.



El conde Johann T'Serclaes de Tilly, por Van Dyck (Museo de Munich). Este jefe del ejército de la Liga Católica alemana obtuvo las victorias de la Montaña Blanca, de Wimpfen y de Lutter. Fue generalísimo a la caída de Wallenstein, conquistó a Magdeburgo y resultó mortalmente herido luchando contra el rey sueco Gustavo Adolfo.

imponerse a las fuerzas protestantes alemanas en la batalla de Dessau y Tilly a las danesas en Lutter (1626).

Wallenstein, que a sus aptitudes militares unía una extraordinaria ambición política, invadió Jutlandia y obtuvo del emperador el ducado de Mecklemburgo, cuyo anterior titular se había unido a la causa del rey danés. De esta forma la monarquía austríaca alcanzaba el Báltico.

Wallenstein concibió el plan de hacer del Imperio la primera potencia en este ámbito, de enorme importancia económica debido al

tráfico comercial entre el Mar del Norte y el Báltico. Con este objeto atacó la ciudad de Stralsund, uno de los puntos clave para el dominio de los estrechos. De esta manera se añadía un nuevo factor a los motivos –la cuestión religiosa y la soberanía austríaca sobre el Reich– que habían desencadenado la guerra.

Con la ayuda de fuerzas danesas y suecas –Suecia no podía permanecer ajena a cualquier suceso que modificase el equilibrio de poder en el Báltico–, Stralsund resistió los ataques de Wallenstein, pero Cristián IV no pudo tampoco recuperar los territorios de Sutlandia ocupados por los imperiales. El tratado de paz de Lübeck (1629) refleja esta situación, aunque favorece al monarca danés. Este se comprometió a no intervenir en los asuntos internos del Reich a cambio de la devolución de los territorios daneses ocupados por las tropas imperiales.

El emperador alemán, libre del peligro que representaba el apoyo danés a la causa protestante, inició un programa destinado a consolidar su autoridad en los territorios protestantes de Alemania y, a la vez, a robustecer la unidad alemana. El Edicto de Restitución (1629), que prescribía la devolución a la Iglesia católica de inmensos territorios secularizados desde 1552, significaba un duro golpe para los príncipes protestantes alemanes.

Pero una Alemania fuerte y unida, sometida a Austria, dinástica y diplomáticamente ligada a los monarcas españoles, suponía una grave amenaza para la política francesa. Richelieu, que a la sazón dirigía los destinos de Francia, desarrolló una inusitada labor diplomática encaminada a oponerse a los designios de Fernando II. Los intereses de Suecia, protestante y cuya expansión por el Báltico la enfrentaba con Alemania desde tiempo atrás, coincidían con los del cardenal francés. Por el tratado de Bärwald, Francia prometió subsidios a las tropas suecas que operasen en Alemania.

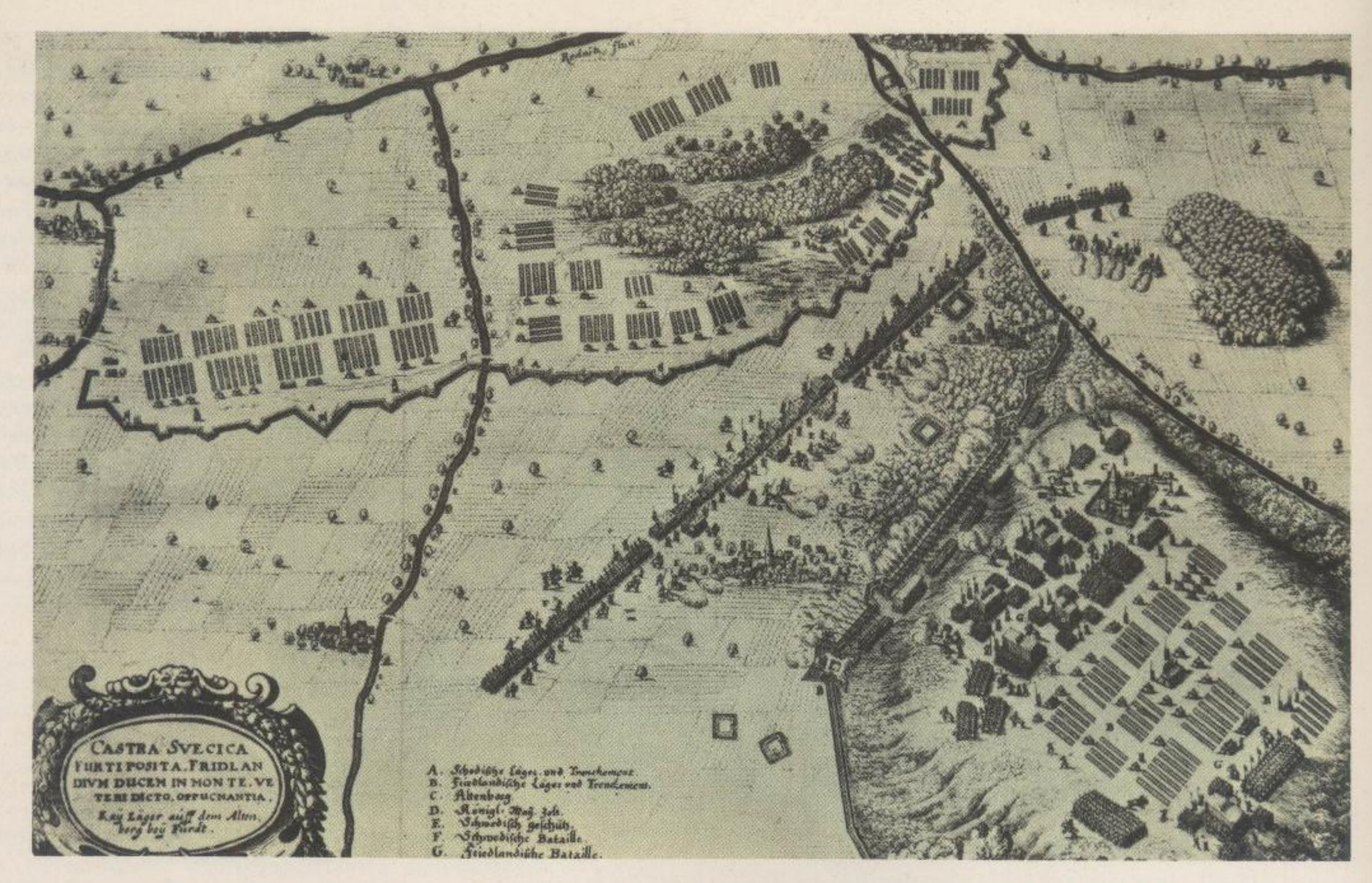
En junio de 1630, un contingente sueco desembarcó en Alemania al mando de su rey, Gustavo Adolfo. El ejército sueco era "pequeño pero aguerrido y, sobre todo, inspirado en nuevos principios. Sus soldados pertenecían a un mismo pueblo y luchaban por



Albrecht de Wallenstein, por Van Dyck (Museo de Munich), general bohemo al servicio de Fernando II, quien le hizo duque de Friedland y príncipe de Sagan. Después de fracasar en el sitio de Stralsund, obligó a Cristián IV de Dinamarca a firmar la paz de Lübeck. Destituido por sus excesos al llevar a la práctica el Edicto de Restitución, fue llamado de nuevo por el emperador cuando los suecos invadieron a Baviera. Tras la muerte de Gustavo Adolfo entró en negociaciones con el elector de Sajonia, el de Brandeburgo y con los suecos.



La guerra de los Treinta Años contó, en el Palatinado, con la intervención española. En este detalle se puede apreciar la táctica cerrada que adoptaban los tercios para entrar en combate (detalle del cuadro "Batalla de Fleurus", por V. Carducho; Museo del Prado, Madrid).

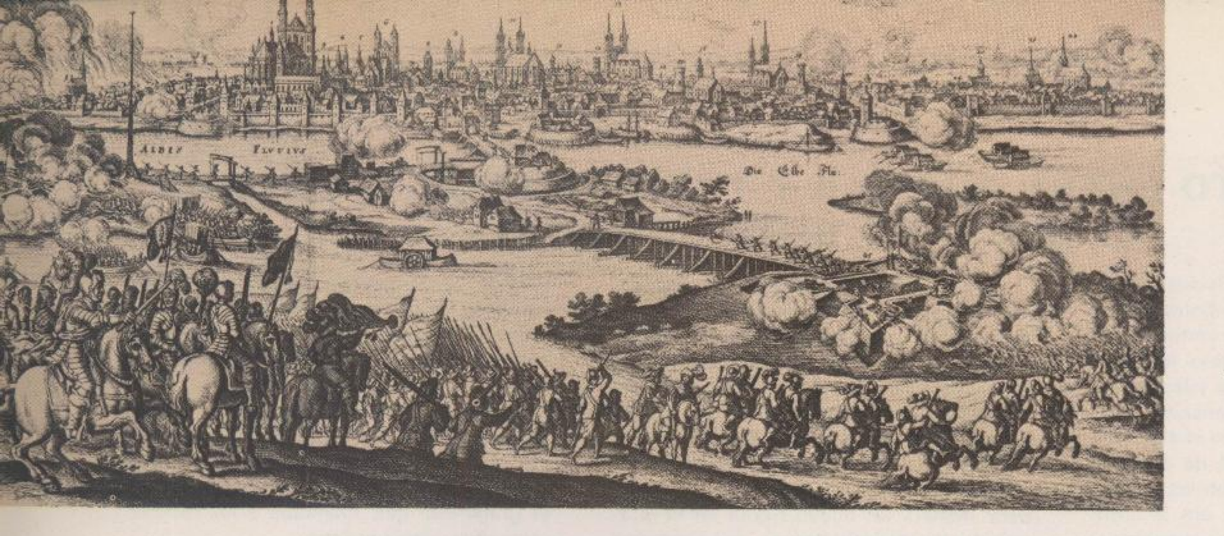


Disposición de los campamentos de Gustavo Adolfo y de Wallenstein en los alrededores de Alteberg. La intervención del sueco Gustavo Adolfo fue decisiva para alterar la solución –católica y austríaca– a que se había llegado en la primera fase de la guerra de los Treinta Años.



una causa que sentían: Suecia y el protestantismo. Estos hombres obedecían ciegamente a su genial caudillo; por primera vez iban uniformados, de modo que se distinguieran claramente del enemigo. En lugar de la formación cerrada de los tercios españoles, el cuadro español, Gustavo Adolfo estructuró su ejército en formación abierta, ligera, móvil y manejable. Sus principios eran la ofensiva y la destrucción de las líneas enemigas por cargas envolventes de caballería" (Vicens Vives).

Apoyado por los príncipes protestantes, que, tras el saqueo de Magdeburgo por las tropas imperiales, se aliaron con él, Gustavo Adolfo obtuvo la victoria de Breitenfeld (1631), prueba manifiesta de la superioridad de sus nuevas concepciones estratégicas. Sin encontrar una resistencia capaz de oponérsele, el ejército de Gustavo Adolfo y sus aliados penetró en Turingia y Renania para adentrarse en Baviera, el corazón de la zona católica alemana. Los imperiales, mientras, reorganizaron sus fuerzas, que colocaron de nuevo bajo la dirección de Wallenstein, quien desde la paz de Lübeck había sido separado del mando. El choque entre los dos ejércitos se produjo en Lützen. La batalla fue un nuevo éxito para las fuerzas suecas, pero en ella Gustavo Adolfo perdió la vida (1632).



Asedio de la ciudad de Magdeburgo por las tropas imperiales acaudilladas por Tilly. Tras la primera caída de Wallenstein, el emperador entregó el mando a Tilly. Uno de sus primeros actos fue sitiar, conquistar y saquear la ciudad de Magdeburgo.

Momentáneamente los protestantes conservaron su superioridad militar (toma de Ratisbona, 1633), pero, en la acción de Nördlingen (1634), los imperiales, coligados con los tercios españoles, derrotaron a sus enemigos. La batalla de Nördlingen ponía de nuevo la Alemania meridional bajo la supremacía católica, mientras los protestantes seguían controlando la zona norte. Esta situación de equilibrio fue confirmada por la paz de Praga (1635), firmada entre el emperador y los electores de Sajonia y Brandeburgo, por la que se volvía al "statu quo" anterior al conflicto y se aplazaba indefinidamente la aplicación del Edicto de Restitución.

Aunque de forma poco definida, la cuestión alemana parecía entrar en vías de solución. Pero las implicaciones internacionales de la guerra eran demasiado importantes para que una paz alemana pusiese fin a las hostilidades. La alianza dinástica entre los soberanos austríacos y españoles, que había ocasionado la intervención de estos últimos en el conflicto alemán, arrastró a los Habsburgos de Viena al gran conflicto internacional que oponía a España contra Francia y Holanda. Desde 1635, la guerra se desarrolló no sólo en Alemania, sino también en Flandes, en Italia del Norte, en Cataluña y en Portugal. Todo el Occidente europeo se vio implicado en el conflicto y, por consiguiente, cualquier solución exigía una nueva estructuración de Europa occidental.

Desde mayo de 1635, tras una declaración formal de guerra, Francia dirige la coalición que se enfrenta a los Austrias. Al principio las armas fueron favorables a los

Muerte de Wallenstein (grabado contemporáneo). Fernando II había encontrado en este checo el creador de su propio ejército, independiente del de la Liga Católica. Personaje audaz, original y excéntrico, alimentó unos planes vastos y complicados. Detenido por el emperador, alarmado por su excesiva libertad de acción, era asesinado poco después en Eger.

EL CONFLICTO ENTRE AUSTRIA Y TURQUIA EN EL SIGLO XVII. EL SEGUNDO SITIO DE VIENA

La expansión turca hacia Occidente, iniciada a partir de la toma de Constantinopla, presenta una doble vertiente. El Mediterráneo fue el escenario marítimo de la pugna entre los turcos y las potencias cristianas –España y Venecia principalmente– a lo largo de todo el siglo XVI. El Danubio constituyó la vía de penetración continental que siguieron los otomanos. En esta zona, Austria era la única potencia occidental capaz de oponerse al expansionismo turco. Como en el frente mediterráneo, en los países danubianos el siglo XVI estuvo caracterizado por el continuo forcejeo entre cristianos y las huestes de la Media Luna.

En lucha Austria y Turquía, los territorios danubianos que hoy forman parte de Hungría y Rumania cambiaron de soberano en repetidas ocasiones. En 1568, Maximiliano II de Austria y el sultán Selim II firmaron un tratado que restablecía una tregua entre los dos primeros países durante ocho años. El soberano austríaco reconocía la soberanía de los turcos sobre Valaquia, Moldavia y Transilvania. A fines del siglo XVI estalló de nuevo la guerra a causa del apoyo que los austríacos prestaron a los príncipes rumanos que se habían sublevado contra la dominación turca. En 1606, el tratado de Zsitvatorok restablecía de nuevo la paz por un período de veinte años. Este tratado fue confirmado por unos nuevos pactos, firmados en Viena en 1615 y 1616, en los que se fijaban las fronteras entre las dos potencias y se garantizaba a los cristianos de los territorios ocupados por los turcos el derecho de construir iglesias, celebrar misas y predicar el Evangelio.

La paz, turbada solamente por incidentes fronterizos tan frecuentes como poco importantes, se mantuvo hasta 1663. Austria estaba debilitada por el reciente conflicto bélico que se había desarrollado en toda Europa occidental, pero excepcionalmente pudo contar con la alianza de Francia, que desde el siglo anterior había apoyado a los turcos para crear de esta manera un nuevo frente en la retaguardia de los Habsburgos, sus enemigos tradicionales.

El ejército turco, que contaba con el apoyo de numerosas tropas tártaras, inició el ataque y tomó por asalto la ciudad de Neuhäusel. Al año siguiente, el avance fue detenido en la batalla de San Gotardo, brillante victoria en campo abierto del ejercito imperial y de sus aliados franceses. Una nueva tregua de veinte años, que permitía restablecer el *statu quo* anterior, fue firmada entre austríacos y turcos.

En 1683, y apenas finalizado el plazo señalado en la tregua, los turcos atacaron de nuevo las posesiones de los Habsburgos. En esta ocasión contaban con el apoyo de la diplomacia francesa, interesada de nuevo en debilitar por todos los medios al poder de los soberanos de la casa de Austria. El sultán turco organizó un ejército numeroso y perfectamente equipado. En el mes de mayo, 39.000 soldados de caballería y 40.000 infantes, apoyados por tropas auxiliares rumanas y tártaras, penetraron en los dominios de los Austrias. Sin encontrar apenas resistencia llegaron hasta las puertas de Viena el 13 de julio. La ciudad, que tenía una guarnición de 20.000 hombres, se aprestó a defenderse. El conde de Starhemberg, comandante de las tropas austríacas, organizó militarmente toda la población de Viena para poder resistir el asalto.

A pesar de los daños causados por la artillería turca, que contaba con más de 300 bocas de fuego, y de los repetidos ataques de las tropas de Kasa Mustafá, el gran visir que mandaba a las fuerzas otomanas, Viena resistió.

Mientras continuaba el sitio de la capital austríaca, los diplomáticos imperiales intentaban conseguir la ayuda de los príncipes alemanes y del rey de Polonia, Juan Sobieski. El 13 de agosto, pese a las presiones que Luis XIV había ejercido sobre la corte polaca para impedirlo, llegaron a Viena los primeros escuadrones de la caballería en apoyo de los sitiados. A primeros de septiembre, las tropas de los electores de Baviera, de Sajonia y del duque Carlos de Lorena se sumaron a las fuerzas cristianas. El 12 de septiembre, el ejército imperial, coligado con las tropas polacas que habían llegado mandadas por el mismo Juan Sobieski, atacó a los turcos y los derrotó en toda la línea. Los otomanos sufrieron cuantiosas pérdidas y tuvieron que retirarse. La guerra continuó todavía durante muchos años, pero la iniciativa estaba ya en poder de los austríacos. El tratado de Carlowitz, firmado en 1699, reflejaba esta nueva situación y ponía bajo la soberanía de los Habsburgos, Transilvania, Croacia y Hungría, excepto el Banato y Syrmia, que continuaban en poder de los turcos.

J. F.





El cardenal-infante don Fernando de Austria, en la batalla de Nordlingen, por Rubens (Museo del Prado, Madrid). Tras esta batalla, en que los tercios españoles combatieron junto a las tropas imperiales de Fernando II, la situación militar en Alemania quedó equilibrada, el emperador firmó la paz de Praga y se volvió al "statu quo" anterior a la guerra.

españoles y a sus aliados alemanes. Los tercios penetraron en Francia y alcanzaron Compiègne y Corbie, desde donde amenazaban a París. Simultáneamente, desde los Pirineos atacaron el país vasco francés y el Languedoc. En Alemania, las tropas imperiales se impusieron al ejército sueco, que debió refugiarse en Magdeburgo. En cambio, en Italia las tropas francesas consiguieron apoderarse de la Valtelina, el valle que permitía la comunicación entre el Tirol austríaco y el Milanesado, dominado por los españoles. Precisamente la ruptura de las comunicaciones de los aliados austro-españoles fue uno de los factores que variaron el curso de la guerra. En 1639, la flota holandesa de Tromp destruyó en las Dunas a la escuadra española, quedando así aislados de la metrópoli los tercios de Flandes. Al año siguiente, las sublevaciones de Cataluña y Portugal contra la monarquía española contribuyeron decisivamente a inclinar la balanza a favor de los franceses.

En Alemania se restableció el equilibrio de fuerzas (1638, toma de Brisach por los suecos; 1640, triunfo de los imperiales en

Un general francés de finales de la segunda mitad del siglo XVII (grabado de Leclerc; Biblioteca Nacional, París). El último período de la guerra de los Treinta Años presenció la intervención francesa y la complicación de esta conflagración con la lucha que venía sosteniendo España contra Francia y Holanda.



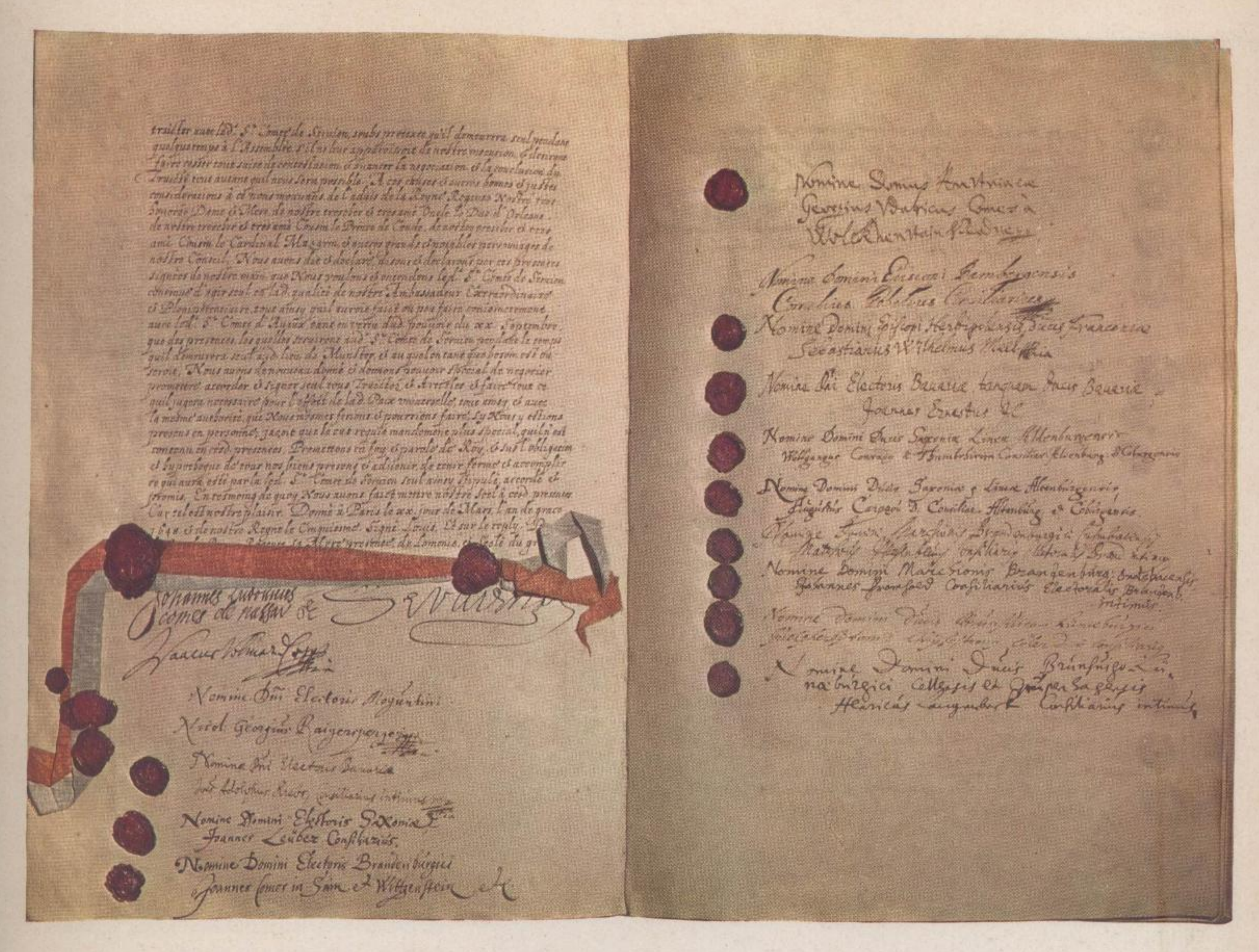
Ratisbona) hasta que las tropas francesas, tras la victoria obtenida sobre los tercios españoles en Rocroi (1643), pudieron intervenir, obteniendo las victorias de Friburgo y Allersheim, y enlazaron con las tropas suecas en el norte de Alemania.

En 1648, la pérdida de Baviera y las derrotas de Süsmarhausen y Lens obligaron a los Austrias a firmar los tratados de paz de Westfalia, que se venían negociando en las ciudades de Münster y Osnabrück desde siete años atrás.

Los tratados de paz de Westfalia pusieron fin a la guerra de los Treinta Años, aunque la pugna entre Francia y España continuó todavía durante un decenio, hasta la paz de los Pirineos. La multitud de intereses implicados en el conflicto explica la lentitud de las negociaciones y su dispersión entre ciudades diversas. El profesor Palacio Atard sintetiza así el procedimiento diplomático seguido en estas negociaciones:

"En 1641 hubo una reunión preliminar en Hamburgo, en la que se concertó celebrar un congreso de paz en Westfalia. El comienzo de las negociaciones se demoró

La paz de Westfalia, por Gerard Terborch (National Gallery, Londres). En este cuadro, firma de la paz entre España y Holanda, los representantes de este país juran levantando la mano, mientras los de España lo hacen sobre los Evangelios.



Ultima parte del tratado de Westfalia, en donde figuran los sellos de los plenipotenciarios de los príncipes alemanes (Ministerio de Asuntos Exteriores, París).

algún tiempo. Hasta diciembre de 1664 no acudieron los plenipotenciarios de los diversos países a las pequeñas ciudades de Münster y Osnabrück, sede de la asamblea de paz. En Münster se reunían los representantes de Francia, España y el emperador. En Osnabrück, el emperador, Suecia y los estados protestantes alemanes. Este doble procedimiento complicaba y alargaba la negociación y facilitó las disculpas de que se valían las potencias para aplazar los tratos o variar las exigencias al compás de los éxitos o reveses militares que simultáneamente ocurrían en el campo de batalla".

Las consecuencias religiosas y políticas derivadas de estos tratados de paz fueron muy importantes. En Alemania, la igualdad religiosa entre católicos, luteranos y calvinistas se ajustó al criterio de que los súbditos debían acogerse a las creencias de sus príncipes, *Cujus regio, ejus religio*, o emigrar a otros territorios donde imperase su propio credo. La secular parcelación política alemana estaba así asegurada y, por consiguiente, los sueños unitarios de los Austrias quedaban sin realizarse. La guerra de los Treinta Años, que había sido una terrible guerra civil para Alemania, consagraba su división por más de dos siglos.

En el aspecto territorial, Francia y Suecia obtuvieron importantes ventajas. Metz, Toul y Verdun pasaron a poder de la monarquía francesa, así como unos imprecisos derechos sobre Alsacia. Suecia obtuvo la Pomerania occidental, aunque estos territorios siguieron vinculados al Reich.

Los príncipes alemanes, como queda dicho, acrecentaron su independencia con respecto al emperador y aseguraron su derecho para concertar alianzas con príncipes extranjeros. De esta forma el "espíritu de Westfalia" implicaba la neutralización de Alemania como potencia europea y el hundimiento del poder de los Habsburgos de Viena. Francia tenía el camino libre para enfrentarse con los Austrias españoles, en primer lugar, y para realizar, después, su intento hegemónico en Europa.

BIBLIOGRAFIA

Dickmann, F.	*Der Westfalische Frieden,* Münster, 1959.
Dollinger, Ph.	*La Hanse (XII-XVII siècles),* París, 1964.
Hamilton, J. A.	*War and Prices in Spain,* Cambridge (Mass.), 1947.
Mommsen, W.	*Cuarenta años de guerra europea (1618-1660),* tomo V de la "Historia universal", dirigida por W. Goetz; Madrid, 1966.
Mousnier, R.	*Los siglos XVI y XVII,* tomo IV de la "Historia general de la civilización", dirigida por M. Crouzet; Barcelona, 1960.
Ogg, D.	*The seventeenth Century,* Londres, 1948 (5.ª ed.).
Preclin, E., y Tapié, V. L.	*Le XVII^e siècle,* París, 1943.
Previté-Orton	*The Thirty Year's War,* Londres, 1947.



Guerra de los ratones contra los gatos (panel de cerámica catalana del siglo XVII; Museo Municipal Vicente Ros, Martorell). Se supone que este panel representa una sátira de la guerra secesionista de Cataluña de 1640, reacción de la burguesía catalana contra la decadencia de los Habsburgos hispanos. Una vez finalizada la guerra de los Treinta Años, el conflicto entre España y Francia se prolongó durante diez años más todavía.



Lección de anatomía del cirujano Tulp, por Rembrandt (Museo de La Haya). Durante los siglos XVI y XVII, los artistas se sintieron atraídos por la representación de cuerpos descuartizados que muestran venas, músculos y tendones. También los médicos, influidos de idéntico espíritu renacentista, empezaban a estudiar ya el cuerpo humano sin prejuicios de ningún tipo.

Comienzos de la moderna biología. De Vesalio a Boyle

La renaciente curiosidad humanística, estimulada por la imprenta, tenía que orientarse necesariamente hacia el estudio del cuerpo humano. En el "sistema" del mundo, la "máquina" humana es y será siempre lo que interesa más al hombre. Los primeros "modernos" que quisieron conocer la forma y los métodos de organización del cuerpo humano fueron los artistas. El movimiento y los gestos de una figura no se podían representar bien si no se sabía qué músculos y qué nervios funcionaban para mover los miembros. Alberto Durero, con su temperamento meditabundo, casi misantrópico, se preocupó principalmente por las proporciones del cuerpo humano. Esto también había preocupado a los antiguos. ¡El *canon!* ¿Por qué la naturaleza obra produciendo la forma según

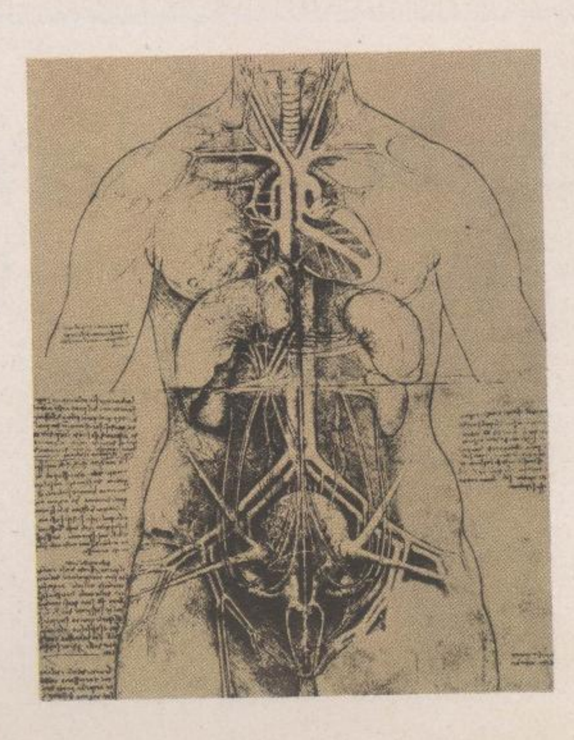
unas medidas y relaciones que son siempre fijas?... Pero Durero, con su libro de dibujos de la *Simetría Humana,* publicado en 1532, no entró en la verdadera cuestión de la estructura del cuerpo y las leyes que presiden su funcionamiento, sino que trató sólo de sus medidas. En cambio, Leonardo atacó ya el problema con espíritu verdaderamente moderno. Sus *Cuadernos de Anatomía,* que no fueron impresos hasta el año 1911, asombran por la precisión de sus observaciones, confirmadas algunas de ellas con pruebas experimentales; especialmente son admirables las observaciones de Leonardo acerca de la estructura del corazón. Por medio de disecciones y experimentos se convenció de que las válvulas sólo permiten el paso de la sangre en una dirección e impiden que regurgite hacia atrás. Leonardo no llegó a precisar sistemáticamente el régimen circulatorio. En ésa, como en tantas otras cosas, fue un precursor, sin metodizar sus resultados ni hacer escuela que continuara sus estudios.

Mas, para observar vísceras y hasta disecarlas, se necesitaba algo más que la curiosidad intermitente de los artistas; eran los médicos quienes tenían que preocuparse por estos estudios. Los artistas reproducían sólo los cuerpos, mientras que los médicos tenían que recomponerlos y enmendarlos. Y, sin embargo, durante los siglos XVI y XVII los artistas no cejaron en su interés por la anatomía. Abundan los cuadros de esta época pintados sólo para representar cuerpos descuartizados mostrando venas, músculos y tendones. En la escuela holandesa, los artistas experimentaron un placer casi morboso en representar cirujanos operando pústulas y tumores. Obras maestras, como *La lección de anatomía,* de Rembrandt, muestran el interés apasionado del artista por un asunto casi científico.

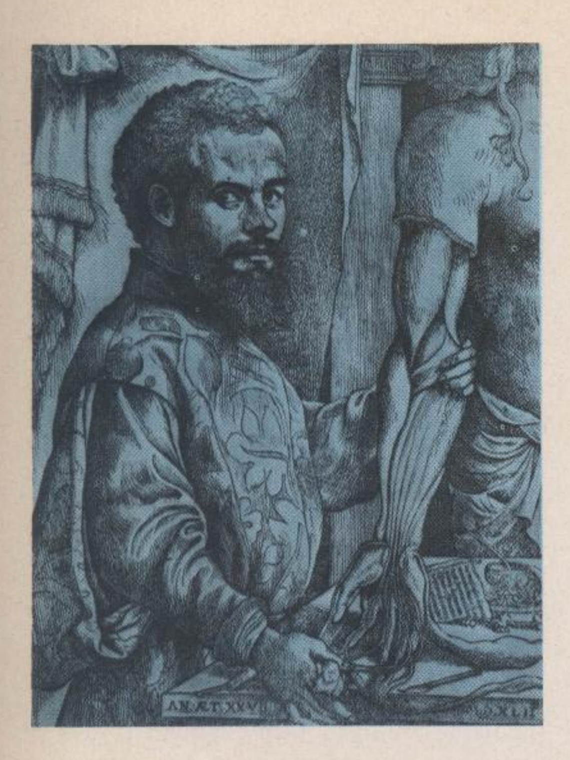


El cirujano (detalle), por Jan Sanders van Hemesen (Museo del Prado, Madrid).

Pero, por fin, había llegado la hora de que los médicos comenzaran a estudiar, sin prejuicios escolásticos, aquel cuerpo humano que, en estado de enfermedad, ellos alardeaban de saber curar. Durante toda la Edad Media bastáronles el texto de Avicena y los sobados aforismos de la escuela de Salerno. Ahora, con el Renacimiento, habían recuperado los textos clásicos, sobre todo a Galeno, impreso por el benemérito Aldo Manuzio. Con su laboriosidad admirable, Aldo se asoció para imprimir los escritos de Galeno con un médico inglés, Thomas Linacre, que estudiaba en Padua. Aldo y Linacre prestaron un servicio importantísimo a la humanidad, porque, al fin y al cabo, Galeno era muy superior a Avicena y a los empíricos de la escuela de Salerno. Algunas de las ideas de Galeno sobre los humores y los tres espíritus, natural, animal y vital, no eran del todo des-



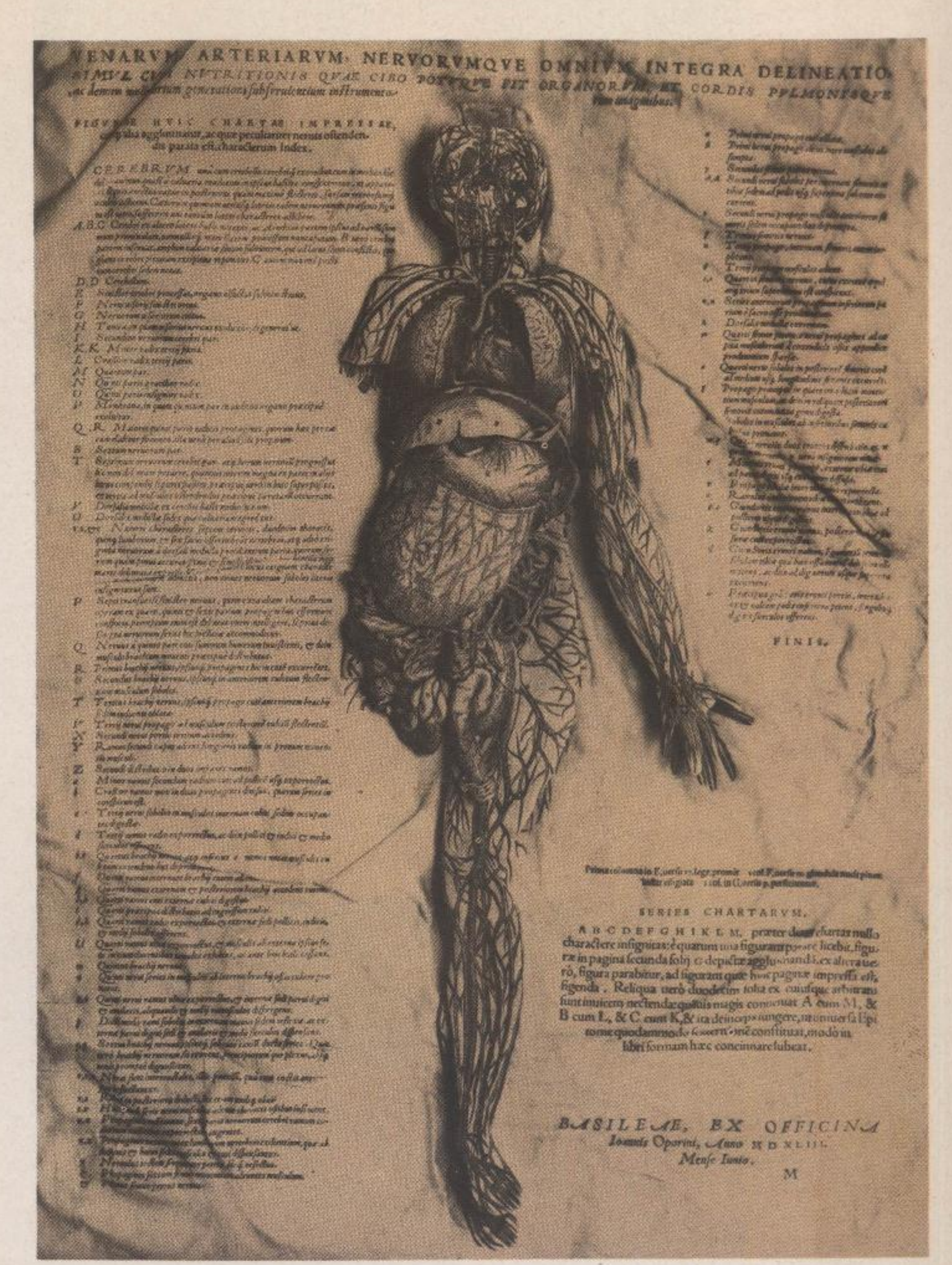
Tronco femenino, por Leonardo da Vinci. Este gran pintor italiano fue, junto con Durero, uno de los iniciadores del interés de los artistas por la anatomía.



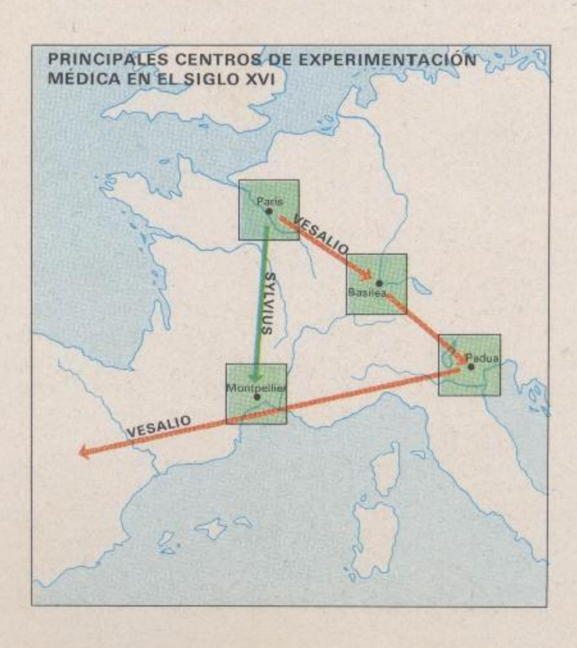
Andreas Vesalio, el primer tratadista moderno de la anatomía, en un grabado de su libro "De humani corporis fabrica", publicado en Basilea.

cabelladas; por lo menos, obligaban a examinar al enfermo para saber qué humores o espíritus tenía perturbados. En la Edad Media el médico no se preocupaba por ello; curaba con recetas de los manuscritos.

Con Galeno aprendieron los médicos a observar, y como consecuencia de ello se publicaron varios tratados de medicina y cirugía originales. El primer impreso médico en lengua moderna es el tratado alemán de cirugía que escribió Hieronimus Brunschwing, publicado en Estrasburgo en 1497 por Johann Grünigfer. Está profusamente ilustrado y sería un libro precioso aunque no tuviera más que las láminas. Siguieron a este tratado otros ya especiales de anatomía, cuyos autores se afanaron en escoger buenos artistas para encargarles los dibujos. Sin embargo, el paso decisivo en la ciencia anatómica lo hizo dar Andreas Vesalio con su gran obra *De Humani Corporis Fabrica*. Vesalio, como la mayoría de los genios de esta época, fue un hombre internacional. Nacido en Bruselas en el año 1508, se graduó del doctorado en Basilea en 1537. Enseñó anatomía en Padua hasta que Carlos V y Felipe II lo tomaron como médico de cámara. Residió unos años en Madrid y allí publicó otro de sus escritos *(Anatomicarum Gabrielli Fallopii observationum examen)*, un comentario a la obra de Falopio, su sucesor en Padua. Pero Vesalio no terminó su vida en Madrid. La Inquisición española



Las venas, arterias y nervios del hombre en una de las láminas grabadas por Jan Stephan van Calcar para la obra de Vesalio "De humani corporis fabrica".





Paracelso, por Rubens (Museos Reales de Bruselas). Theofrast Bombast von Hohenheim, el alemán que se consideraba "Superior a Celso", inició los estudios de la farmacología moderna.

le condenó a muerte por haber practicado, según decían, la vivisección; Felipe II conmutó esta pena por un viaje a Tierra Santa. A la vuelta, en Zante, murió de fiebre, probablemente tifoidea.

El libro *De Fabrica,* de Vesalio, es más de admirar por las condiciones en que tuvo que trabajar su autor. Como era médico famoso, su sala de disección estaba constantemente llena de otros médicos aventajados, monjes, cortesanos y mendigos. Así y todo, Vesalio pudo desechar como puramente imaginarios los hígados de cuatro y cinco lóbulos de Galeno, los úteros cornudos, los poros interventriculares y tantos otros disparates que se aceptaban sólo por la fe en los textos. Los dibujos del libro *De Fabrica,* de Vesalio, he-

LA CIRCULACION DE LA SANGRE

La génesis del descubrimiento de la circulación pulmonar dista mucho de estar completamente esclarecida. Galeno, con su doctrina de los espíritus, había establecido un modelo de aparato circulatorio que perduraba en toda su integridad, tan escasos eran los retoques admitidos universalmente con el correr de los siglos, en el Renacimiento. Dentro de ese esquema, se admitía que la mezcla del "espíritu natural" (sangre), formado en el hígado y que circulaba por las venas, con el vital, originado en el ventrículo izquierdo del corazón y que circulaba por las arterias, se realizaba en el ventrículo derecho, el cual comunicaba con el izquierdo por una serie de poros que nadie había conseguido ver.

El primer grito de alarma contra esta concepción parece ser el del médico árabe Ibn al-Nafis (siglo XIII), quien escribía: "Cuando la sangre se ha purificado en esta cavidad, el ventrículo derecho, ha de pasar al ventrículo izquierdo, en el que se forma el espíritu vital. Pero entre estas dos cavidades no existe ningún paso: el tabique que las separa es completamente estanco y no lo cruza ningún orificio visible, como creen algunos autores, ni invisible, que permita el paso de la sangre, como cree Galeno. Al contrario: la materia de que se compone es completamente homogénea y no tiene poros permeables. Por consiguiente, la sangre, después de haberse purificado, tiene que circular por fuerza por la vena arterial (arteria pulmonar), ir por ella hasta el pulmón, mezclarse en él con el aire para que sus partes sutiles se purifiquen, entrar en la arteria venosa (vena pulmonar) y alcanzar la cavidad izquierda del corazón, que es apta para formar el espíritu vital".

El segundo texto se encuentra en el *Christianismi Restitutio* de Miguel Servet (1553), en donde, en medio de un texto de contenido teológico, se afirma: "El espíritu vital tiene su origen en el ventrículo izquierdo del corazón, ayudando los pulmones sumamente a la generación del mismo. Es un espíritu tenue, elaborado por la fuerza del calor, de color rojo, poder ígneo... Se engendra de la mezcla del aire inspirado, hecha en los pulmones, con la sangre sutil elaborada, la cual pasa del ventrículo derecho del corazón al izquierdo. No se hace esta comunicación, sin embargo, por la pared media del corazón como vulgarmente se cree, sino que, por medio de un magno artificio, va la sangre sutil desde el ventrículo derecho hasta los pulmones. Preparada en éstos, se hace roja y de la vena arteriosa (arteria pulmonar) se trasfunde a la arteria venosa (venas pulmonares). Después, en la misma arteria venosa, se mezcla con el aire inspirado, y por la espiración se desprende de su parte fuliginosa. Finalmente, por el ventrículo izquierdo del corazón es atraída toda la mezcla, materia apta ya para hacerse espíritu vital". Y más adelante añade: "Aquel tabique medio, estando falto de vasos y condiciones, no puede ser apto para aquella elaboración y comunicación, aunque algo pueda resudar. De la misma manera o con el mismo artificio con que se hace en el hígado la transfusión de la sangre desde la vena porta a la vena cava, se hace también en el pulmón la transfusión de la misma desde la vena arteriosa (arteria pulmonar) a la arteria venosa (venas pulmonares). Si alguno compara estas cosas con lo que escribió Galeno en los libros VI y VII *De usu partium,* entenderá plenamente la verdad, no advertida por el mismo Galeno".

Evidentemente existen concomitancias —¿fortuitas?— entre este texto y el de Ibn al-Nafis. Y también existen con los posteriores de Colombo y Valverde. Si la relación entre estos últimos no parece excesivamente difícil de establecer, no ocurre lo mismo con el citado en primer lugar. Sin embargo, se ha adelantado la hipótesis de que Miguel Servet tal vez tuviera conocimiento del mismo a través de Andrea Alpago (muerto en 1520, poco después de que la universidad de Padua le ofreciese una cátedra de Medicina), quien residió treinta años en Damasco y nos consta que manejó y tradujo parcialmente obras de Ibn al-Nafis.

Evidentemente existe una gran distancia entre estas descripciones anatómicas y el riguroso esquema mecanicista, racional y científico ideado por Harvey, pero, en todo caso, constituyen un curioso precedente de las ulteriores realizaciones del médico inglés.

J. V.

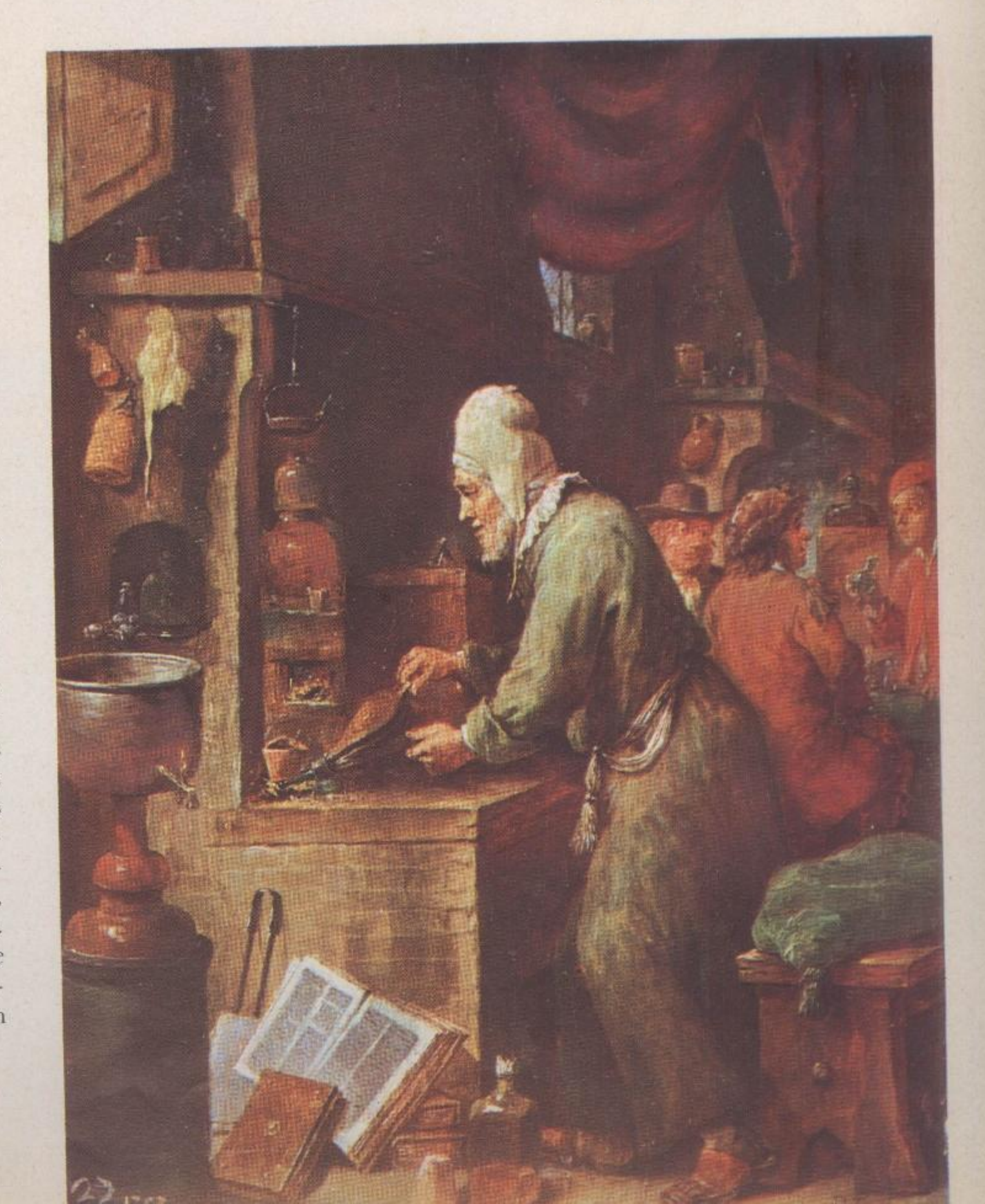
chos por un tal Jan Stephan van Calcar, son excelentes, muy superiores a todos los dibujos anatómicos anteriores, con la excepción, naturalmente, de los dibujos que ilustran la *Anatomia animata* de Leonardo.

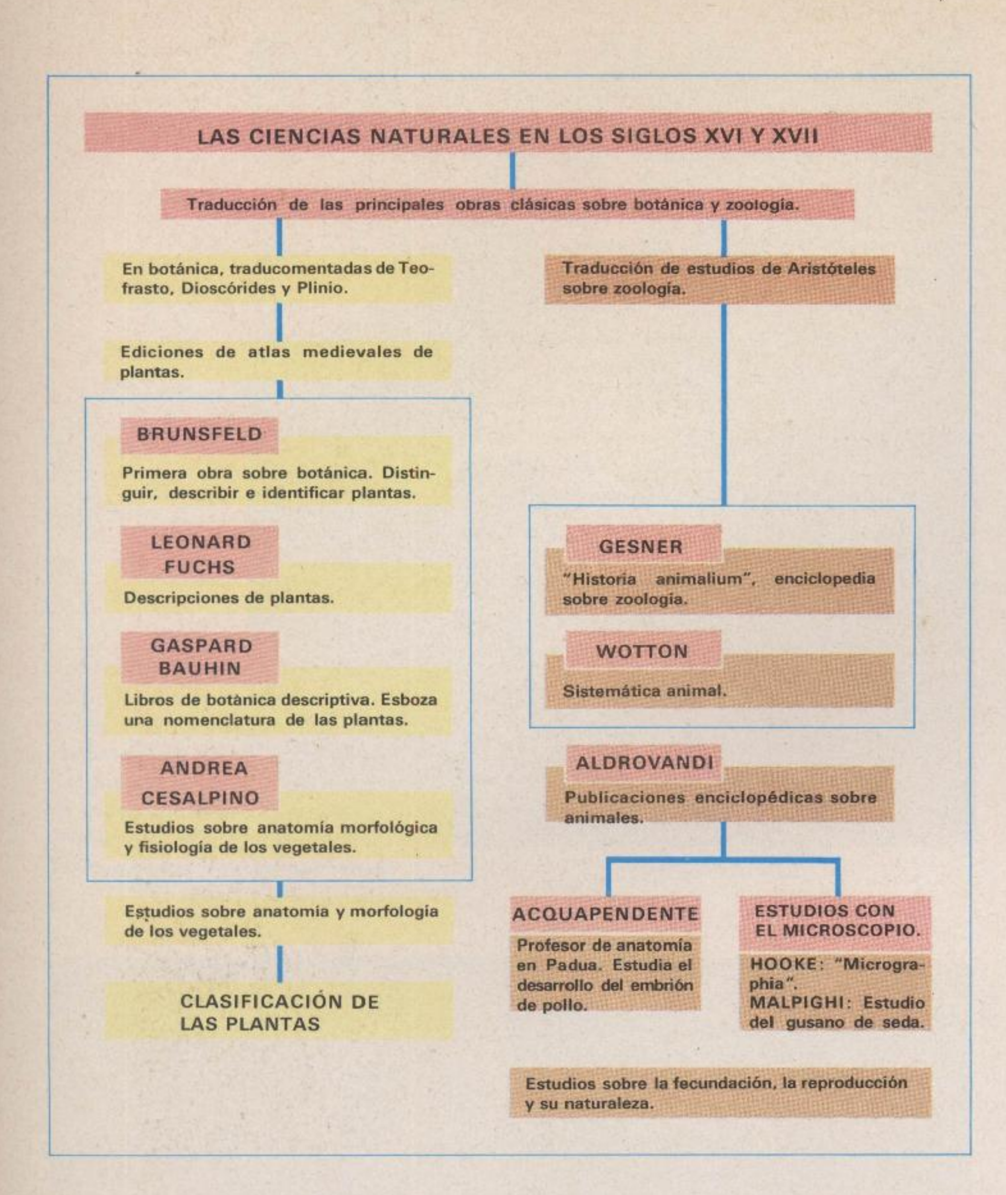
Si Vesalio fue el Erasmo de la medicina, a su contemporáneo Paracelso se le puede calificar de Lutero científico. Nació en el año 1490 en Einsiedeln y su verdadero nombre era Theofrast Bombast von Hohenheim. Probablemente se dio a sí mismo el nombre de *Paracelso,* que quiere decir "superior a Celso", el tratadista romano todavía popular en medicina. Paracelso inició en realidad los estudios de la química moderna, aunque, dado su carácter, no podía menos de recaer en absurdos de alquimia y aun de magia. El hombre, formado del limo de la tierra, contenía en su cuerpo todos los elementos. Los más vitales, tríada mística de sustancias, son la sal, el azufre y el mercurio. Convencido de la supremacía de estas materias, Paracelso las usaba como medicina en la mayor parte de los casos. Fue él quien propuso valerse del mercurio para el tratamiento de la sífilis, acertando esta vez quizá por casualidad. Pero como el cuerpo está compuesto también de los otros elementos, el médico debe conocer la química y esforzarse en estudiar la materia en todas sus variedades. Eso era, en verdad, un consejo utilísimo; pero Paracelso se excedía también, sin duda, cuando añadía que el médico debía saber astrología porque las estrellas influían en la naturaleza humana, y tenía que saber también teología porque el hombre, creado por Dios, mantiene con el Creador relaciones constantes, y magia, porque está sujeto asimismo a los ataques del demonio.

A pesar de tantas singularidades, Paracelso daba sus lecciones en alemán, y no en latín, y como comienzo de sus enseñanzas empezaba quemando a Avicena y Galeno. Pensador original, Paracelso excitó a los demás a pensar por su cuenta, previniéndoles contra el dogmatismo de las escuelas. Siendo el médico más popular de la Alemania de su tiempo, tuvo que preocuparse de patología y terapéutica. En este ramo se manifestó antigalenista y contrario al sistema de los cuatro humores. Paracelso fue el primero en observar que las enfermedades cambiaban según el clima y aseguró que la naturaleza curaría las llagas más de prisa que el médico con sus emplastos. Prescribió la intervención quirúrgica cuando fuese necesaria, clamando contra la división artificial de medicina y cirugía, que abandonaba esta última a los barberos. Paracelso murió en Salzburgo el 1531 y se supone que pudo ser asesinado por los médicos "a la antigua", que no le perdonaban sus ataques.

Vesalio y Paracelso son los dos gigantes de la primera generación de biólogos modernos; pero el interés por la anatomía y los estudios biológicos era general, y otros muchos hombres de ciencia iban dando pequeños impulsos, que, sumados, provocarían el gran cambio de que todavía nos beneficiamos. Así, por ejemplo, hacia la mitad del siglo XVI un médico de París, Guillaume Baillon, describió por vez primera la tos ferina y el reumatismo. Por la misma época, un profesor italiano, llamado Silvio, describió las venas y arterias del cerebro. En 1541, Giovanni Battista Canani, de Ferrara, hizo grabar en cobre veintiséis maravillosos dibujos de los músculos y huesos del brazo. Pero habiendo visto luego los grabados al boj, también excelentes, sobre el mismo asunto en el tratado *De Fabrica,* de Vesalio, con el despecho de reconocerse superado, mandó destruir su edición, y de ella quedan hoy, conocidos, sólo once ejemplares. Un canónigo de Módena y profesor en Padua, Gabriele Falopio, publicó en 1561 las *Observationes anatomicae,* que ya hemos dicho que estimularon a

El alquimista, por David Teniers II (Museo del Prado, Madrid). El sueño dorado de la transmutación de los metales y el elixir de la eterna juventud se proyectaron sobre la medicina del Renacimiento para dar origen a la química y la farmacología.





Vesalio a publicar una memoria crítica. Falopio describió los tímpanos auriculares, los huesos esfenoides, los ovarios, la vagina y la placenta, los ligamentos circulares y muchos nervios.

El nombre de Padua ha aparecido ya varias veces en este capítulo. En Padua enseñó Vesalio, en Padua enseñó Silvio y en Padua enseñó Falopio. He aquí un caso admirable de constancia en un "estudio" que tenía que producir necesariamente resultados extraordinarios. El sucesor de Falopio en la cátedra de Padua, su discípulo Gerolamo Fabrizio d'Acquapendente, fue también un gran biólogo. La vida de Acquapendente se deslizó entre los años 1537 y 1619. Era rico y mandó construir por su cuenta el anfiteatro anatómico de la universidad de Padua, edificio adonde fueron después a estudiar los más grandes cirujanos de la época. Acquapendente hizo allí sus descubrimientos y, sobre todo, reconoció las válvulas en las venas, facilitando no poco el descubrimiento de la circulación de la sangre.

Cabalmente entre los estudiantes del anfiteatro de Padua, escuchando a Acquapendente, estaba ya entonces el hombre que debía describir con precisión científica el maravilloso mecanismo del corazón y las arterias y las venas; éste era el estudiante inglés William Harvey, nacido en Folkestone en 1578. Harvey se doctoró en Padua en 1602, después de cuatro años de estudios con Acquapendente. De regreso en Inglaterra se estableció inmediatamente como médico profesional

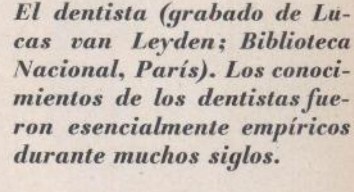


Farmacia de Llivia (España), considerada como una de las más antiguas de Europa.

en Londres, logrando una gran clientela. Cirujano del hospital de San Bartolomé, llegó a tener tanta reputación, que fue nombrado médico de cámara del desdichado rey Carlos I. Después de la sentencia y ejecución del monarca, Harvey se retiró a su casa de campo de Lambeth, frente a Westminster, y allí escribió su libro imperecedero *Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis in animalibus.* Se conoce generalmente con el nombre más corto de *Motu cordis,* esto es, *Movimiento del corazón,* pero el título de Harvey es mucho más científico y más ambicioso; no es sólo el movimiento del corazón lo que trata de describir Harvey, sino también el torrente circulatorio de la sangre, y no sólo en el hombre, sino en todos los animales. Después de la anatomía de Vesalio, el paso más grande hacia la medicina moderna es la monografía de Harvey. Con ella se inaugura verdaderamente la fisiología especializada en el estudio de un órgano y de su función. Sus contemporáneos describen a Harvey como de estatura mediana, de tez morena, ojos redondos y negros, llenos de vida, y el cabello blanco ya veinte años antes de morir. El rey le manifestaba el mayor agrado y simpatía, poniendo los animales del parque real a su disposición para que pudiera llevar a cabo sus experimentos, pero Harvey no fue nunca popular como médico. Sus colegas de profesión le respetaban como "anatomista", pero no le admiraban como patólogo. "Nadie hubiera dado tres peniques por sus píldoras."

Permita el lector que hagamos un esfuer-




El dentista (grabado de Lucas van Leyden; Biblioteca Nacional, París). Los conocimientos de los dentistas fueron esencialmente empíricos durante muchos siglos.



Calle de una ciudad francesa del siglo XVI con representación de una botica, un sastre y un barbero (ms. 5.062, fol. 148 v.; Biblioteca Nacional, París). Durante siglos, la cirugía estuvo encomendada a los barberos. Paracelso también protestó contra esta práctica.



zo ahora para darle a comprender la importancia del descubrimiento de Harvey. Aristóteles había ya dilucidado que el corazón es el órgano central de la vida, como él decía, de la mente y del alma. Mas para Aristóteles el corazón engendra el calor animal, más sutil, más espiritual que el fuego. Este calor, esencial para la vida, Harvey lo atribuyó a la misma sangre, reconociendo que el corazón actúa sólo como una bomba para mantener en movimiento el líquido circulatorio. La prueba que dio Harvey no puede ser más ingeniosa: hizo observar que en el embrión del polluelo aparecen venas antes que el corazón y que late el pulso. Más aún; si el huevo frío se calienta con la mano, la sangre renueva su circulación, dice Harvey, "su prístina danza, como si la vida regresara del Hades". Por consiguiente, es la vida la que nos proporciona el calor y éste hace circular la sangre por todo el cuerpo.

La observación de que la sangre circula, de que se mueve por todo el cuerpo, debió de ocurrírsele al primer hombre que vio abierto el cuerpo de un animal todavía vivo, o vio una arteria al descubierto. Pero nadie llegó a explicarse el cómo ni el porqué del movimiento. Harvey, valiéndose del descubrimiento de las válvulas venosas de Acquapendente, llegó a la conclusión preliminar de que las venas permiten el paso de la sangre sólo en una dirección –esto es, hacia el corazón– y las arterias el de la sangre que viene del corazón, por lo que éste debe hacer el oficio de bomba.

Otra conclusión preliminar fue la de que toda la sangre está constantemente en movimiento. La prueba, también muy ingeniosa, que dio Harvey es la siguiente: el corazón puede contener cuatro onzas inglesas de sangre, esto es, 64 gramos. Como quiera que el corazón late 72 veces por minuto, saldrán por las arterias $72 \times 64 = 4.608$ gramos de sangre por minuto, y al cabo de una hora, 276 kilogramos. Esto es, que cada hora saldrá del corazón una cantidad de sangre que



Albarelo o bote de farmacia de cerámica catalana del siglo XVII (Museo Retrospectivo de Farmacia y Medicina de los Laboratorios del Norte de España, Barcelona).



Farmacia del Hospital Tavera, en Toledo. Según Paracelso, el médico debía saber química para conseguir curar las enfermedades.

Anfiteatro anatómico de la universidad de Padua, costeado por Acquapendente.

pesa más del cuádruple de un hombre normal. Y como no se puede suponer que toda esta sangre se elabore en las vísceras, será siempre la misma sangre que circulará impulsada por el corazón.

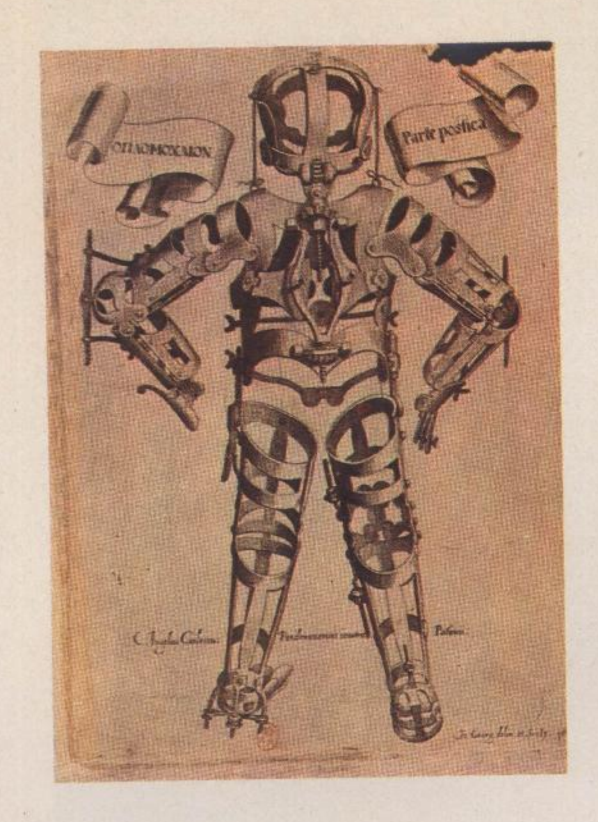
Harvey no llegó a explicar perfectamente la circulación de la sangre porque no conoció los vasos capilares, que son el lazo de unión entre las arterias y las venas. Para esto hubiera necesitado un microscopio, y de precisar este punto se encargó Malpighi, del que hablaremos a continuación. Pero con esta salvedad, el *Motu cordis* de Harvey es todavía un modelo de monografía científica. Harvey describe lo que vio y tocó en perros, cerdos, serpientes, ranas y peces; hasta en ostras, langostas, insectos y, sobre todo, en el embrión del polluelo. El *Motu cordis* fue impreso en Francfort en el año 1628. Los médicos galenistas y aristotélicos lo recibieron con recelo e ironía. La facultad de Medicina de París se burló de Harvey oficialmente; en Francia sólo lo defendieron y vindicaron literatos como Boileau y Molière. Los pocos enfermos que le seguían fieles desertaron casi todos después de la publicación del *Motu cordis*. Todavía hoy los enfermos que pueden permitirse el lujo de un doctor prefieren el clínico que practica la medicina al investigador, cuyos descubrimientos le distraen de las enfermedades. Harvey continuó trabajando en su retiro de Lambeth, y en 1654, tres años antes de morir, publicó otro tratado, *De Generatione animalium,* en el que precisaba que todo ser vivo nace de un germen o de un huevo; las palabras *Omne vivum ex ovo* son el legado que hizo Harvey a la humanidad. Aristóteles había afirmado que es el elemento masculino el que da la forma al embrión y que la madre sólo cuida de nutrirlo en su seno. Galeno, en cambio, creyó que los dos progenitores, uniendo sus elementos, producen el nuevo ser. Harvey declaró terminantemente que "casi todos los animales, hasta aquellos que paren vivos a sus hijos, hasta el mismo hombre, se producen por medio de huevos". La intuición genial de Harvey, en este punto, casi no se concibe. El óvulo humano no fue "visto" hasta el año 1827 por Bauer.

El trabajo de Harvey *De Generatione* es cinco o seis veces más largo que el *Motu cordis*. Contiene innumerables observaciones, es una obra paciente y reflexiva, pero sin la brevedad sintética admirable de su primer tratado. El *Motu cordis* de Harvey no puede compararse a nada que le preceda. Hoy se ha tratado de dividir su gloria con el español Miguel Servet, con los italianos Acquapendente y Malpighi... Pero aunque éstos contribuyeron al

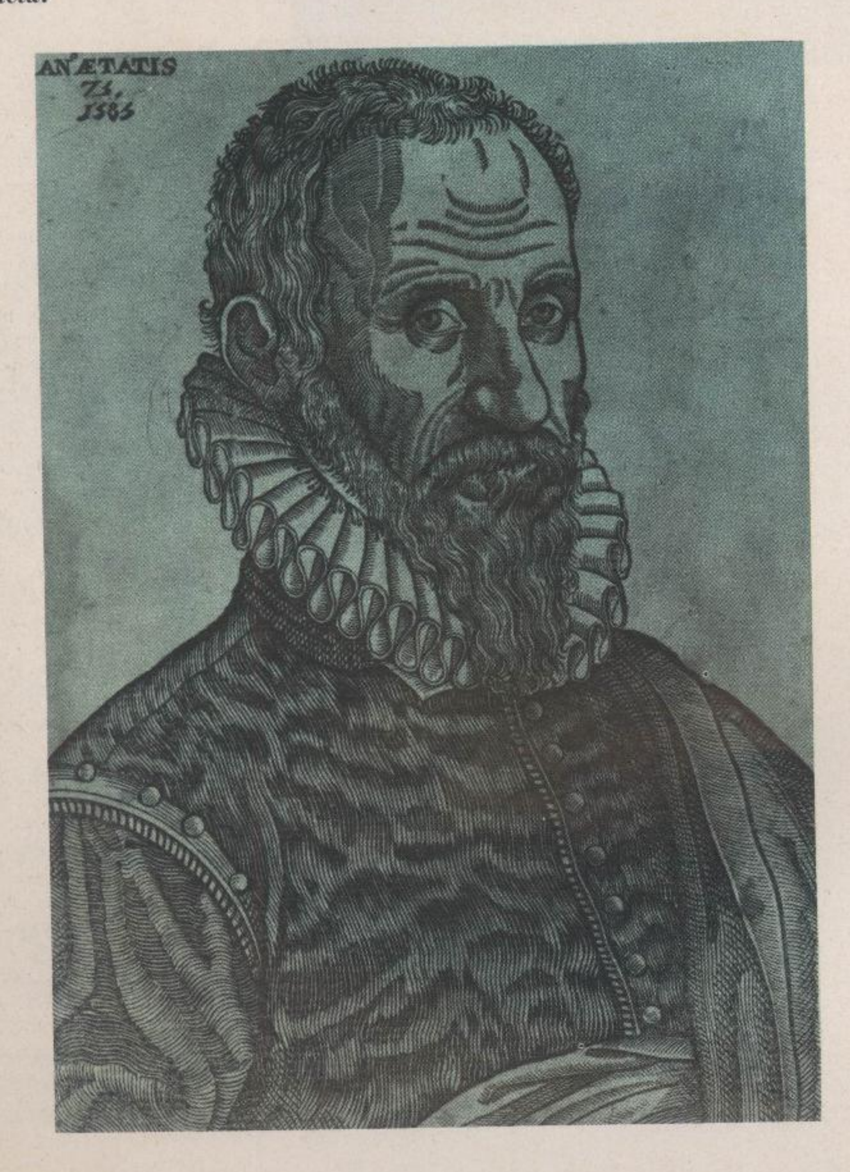


Albarelo de cerámica de Manises del siglo XV (Museo de Cerámica, Barcelona).

Prótesis realizadas en metal y cuero, según grabado de la obra "Chirurgica" de Gerolamo Fabrizio d'Acquapendente (París, 1613).



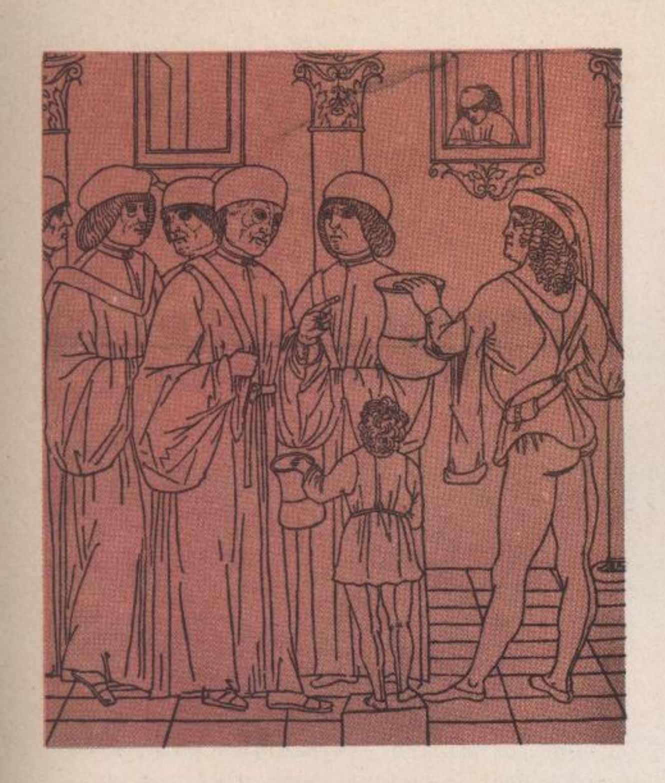
Ambroise Paré, el célebre médico militar francés que destacó en la curación de las heridas por armas de fuego y en obstetricia.



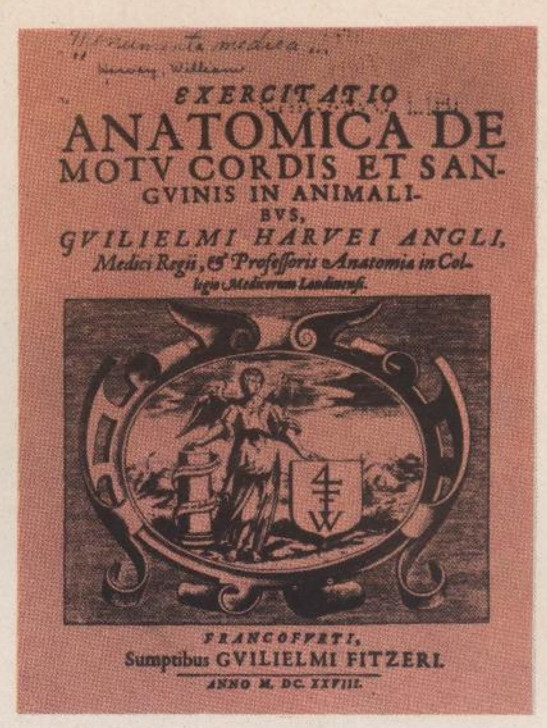
descubrimiento, unos proponiendo el problema, otros resolviendo algunos de sus detalles, sólo Harvey le concedió la importancia que tenía. El trabajo de Harvey probó que Aristóteles y Galeno no eran infalibles; no había tales poros en el corazón por donde se filtrara la sangre; el corazón no era el hogar ni la caldera del cuerpo, sino un mecanismo como una bomba con válvulas.

Quedó, como ya hemos dicho, un punto sin precisar en la teoría del sistema circulatorio propuesto por Harvey. La sangre iba del corazón a los músculos, y Harvey creyó que éstos hacían el oficio de esponja; de allí la extraía el corazón por la succión de las venas. Pero ni los músculos son materias esponjosas ni toda la sangre va a los músculos. Harvey no llegó a conocer que la sangre pasa de las arterias a las venas por unos vasos capilares, invisibles sin microscopio; y, sin embargo, saltaba a la vista, por poco que se hubiera fijado en los dibujos anatómicos de Vesalio, que la sangre pasaba de las arterias a las venas directamente, sin detenerse en la "esponja" de los músculos. Las terminaciones de las arterias estaban afrontadas con las terminaciones de las venas. Sin embargo, debe excusarse a Harvey porque en su tiempo el microscopio era todavía un instrumento muy deficiente. Galileo había ya imaginado combinar lentes para formar el telescopio, y, como consecuencia, se derivaba que podían usarse lentes combinadas que harían de microscopio. Pero las imágenes que proporcionaban estos microscopios primitivos no eran claras, y casi parecía preferible usar simples lentes. Y con simples lentes no podían obtenerse grandes ampliaciones; sin embargo, con ellas consiguió Marcello Malpighi descubrir los vasos capilares que hacen de puente entre las venas y las arterias. Malpighi nació en 1628. En 1661, cuatro años después de la muerte de Harvey, Malpighi daba a la estampa su libro *De pulmonibus*, en el cual describía por vez primera el paso de la sangre de las arterias a las venas a través de los vasos capilares. El secreto le fue revelado por el pulmón de la rana, donde los capilares son muy grandes; allí con la simple lente pudo observar el fenómeno. El verdadero carácter vesicular del pulmón quedaba también del todo especificado en la obra de Malpighi, que era un técnico impecable, muy hábil para la observación de lo diminuto.

Como queriendo en todo continuar la obra de Harvey, Malpighi publicó todavía un libro sobre la generación, *De formatione pulli in ovo* (1673). Estudió la anatomía del gusano de seda y puede decirse que inició la histología moderna, haciendo notar la diferencia de los tejidos de las vísceras y de las glándulas. Pero todavía quedó por aclarar la



Grabado del "Tratado de Disección" de Mundino de Padua que representa la lección del análisis de orina.



EXERCITATIO
ANATOMICA DE
MOTV CORDIS ET SAN-
GVINIS IN ANIMALI-
BVS,
GVILIELMI HARVEI ANGLI,
Medici Regii, & Professoris Anatomiæ in Col-
legio Medicorum Londinensi.

FRANCOFVRTI,
Sumptibus GVILIELMI FITZERI.
ANNO M. DC. XXVIII.

Portada de la obra "De motu cordis", de William Harvey, y grabados de la misma que representan el mecanismo de las arterias con sus válvulas.

causa del calor de la sangre. Servet casi anticipó que los pulmones servían para enfriarla; por lo menos, afirmó que toda la sangre pasaba por los pulmones. Harvey, al principio, creyó también que la respiración servía para enfriar la sangre; pero después, al notar que el feto no respiraba, abandonó el problema por demasiado complicado. Sanctorius, un profesor de Padua, fue el primero que intentó medir las variaciones de la temperatura en el cuerpo humano, ya a principios del siglo XVI. Pero no hay que decir que los termómetros de aquel tiempo no permitían apreciar ni décimas ni casi grados. Descorazonado por sus experimentos sobre temperaturas, Sanctorius trató de comparar los pesos del cuerpo en diferentes ocasiones y en distintas circunstancias. Con esto puede decirse que Sanctorius estableció los principios de la moderna ciencia del metabolismo o nutrición y secreción. ¡Qué humilde comienzo! Pero, ¿quién se atrevería a negar la importancia de estos experimentos de Sanctorius, pesando y volviendo a pesar a un individuo?

Hacia esta época empiezan los holandeses a interesarse por los estudios biológicos, en los que más tarde debían superar a los italianos. Sin títulos ni educación escolástica, Anton van Leeuwenhoek confirmó las observaciones de Malpighi sobre los vasos capilares del sistema circulatorio, dibujó los espermatozoos y los corpúsculos de la sangre y hasta dibujó bacterias, que pudo observar en

EL MICROSCOPIO

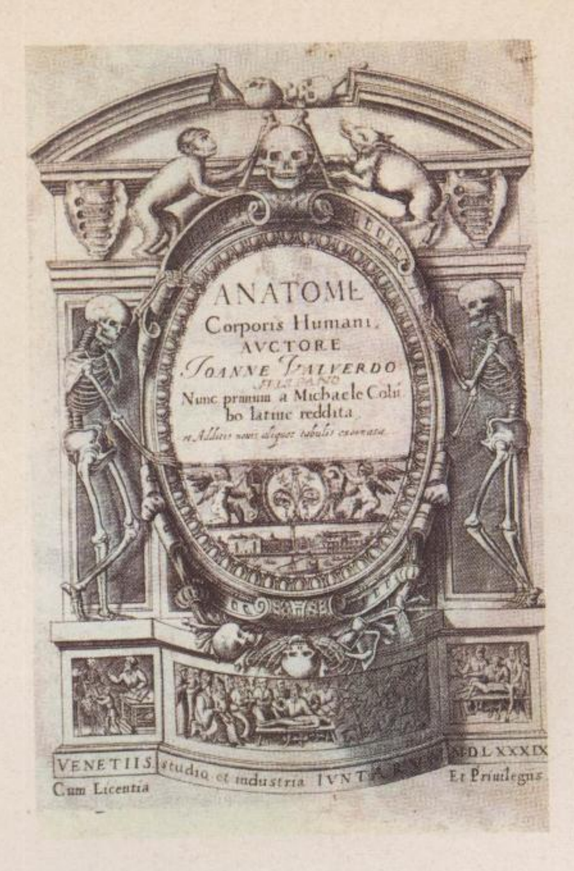
Las mismas concepciones que se opusieron al desarrollo del anteojo astronómico en las edades antigua y media contribuyeron a retrasar la aparición del microscopio. El poder de aumento de las lentes y la propiedad que éstas tienen de concentrar los rayos del sol en su foco habían sido observados ya en los inicios de nuestra era. Pero su aplicación práctica se realizó mucho más tarde: alrededor de 1286 se utilizaron para corregir la miopía en el norte de Italia, que se transformó así en sede de una pujante industria. Sin embargo, es a Galileo a quien se deben los primeros pasos consecuentes que le llevaron al hallazgo del microscopio compuesto poco después de haber ideado su primer anteojo astronómico. En 1612 construyó el primero, que dedicó al rey de Polonia, y hacia 1615 asegura haber observado que las moscas, "grandes como corderos", tenían pelos y uñas en sus patas.

Estos primitivos microscopios no tuvieron tanto éxito como los anteojos. Se oponían a ello el tamaño desmesurado de sus tubos, la dificultad de enfocar correctamente los objetos y las aberraciones ópticas de las lentes. Estos inconvenientes fueron solucionándose en el curso de un siglo y el instrumento quedó adecuado para realizar observaciones de precisión en cuanto los procedimientos de división mecánica ideados por el duque de Chaulnes (1714-1769) permitieron enfocar fácilmente.

Las primeras observaciones microscópicas –tal vez algunas de ellas realizadas con lupas– trastornaron el campo de las ciencias naturales. Así, el inglés Robert Hooke, a partir de 1665, depuró la técnica de observación, se fijó en la importancia que tiene la correcta iluminación del campo y realizó y descubrió la constitución celular de algunos vegetales. Por su parte, el holandés Leeuwenhoek, comerciante de paños de Delft, tuvo la idea de aplicar la lupa que utilizaba para contar los hilos de la trama a los seres de la naturaleza. Y de la lupa pasó al microscopio compuesto, llegando a conseguir aumentos de hasta 200 veces. Y descubrió un nuevo mundo: protozoos, bacterias, glóbulos rojos, espermatozoides, que plantearon una nueva problemática científica, uno de cuyos aspectos más interesantes fue el de la generación. Harvey, en 1651, había formulado el principio *ex ovo omnia*, aunque no pudiera demostrarlo con rigor. Pero abrió brecha en unos estudios que adquirieron rápido incremento, pues el microscopio permitió analizar en detalle los órganos sexuales masculinos y femeninos, lo cual condujo a la pululación de las teorías sobre la reproducción. Unos, como Hartsoeker, creyeron que el espermatozoide contenía un minúsculo *homunculus;* para otros, el germen procedía exclusivamente de la hembra y, finalmente, unos terceros explicaban que la semejanza del hijo con los dos padres exigía que ambos hubieran intervenido por igual en la procreación. La polémica continuó en todo su vigor a lo largo del siglo XVIII y sólo empezó a ceder cuando K. von Baer, en 1827, pudo demostrar la existencia del huevo en las vesículas de Graaf.

J. V.

Portada de la obra "Historia de la composición del cuerpo humano", del médico español Juan Valverde, traducida al latín con el título de "Anatomía del cuerpo humano" y editada en Venecia en 1589 (Biblioteca Central, Barcelona).



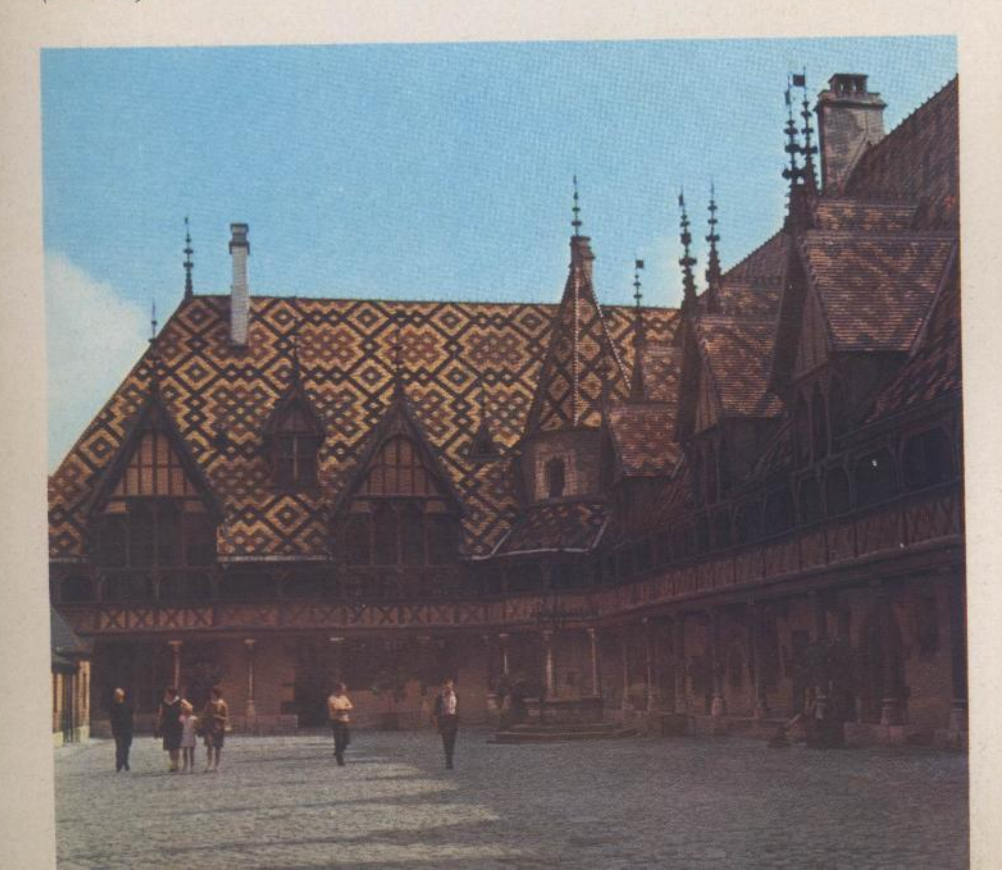
el sarro de los dientes y en el limo de las aguas. Esto ocurría el año 1683 y por todo instrumento empleaba Leeuwenhoek lentes de poca ampliación. Otro holandés, llamado Swammerdam, se especializó en el estudio de los nervios, y probando de antemano que el músculo no aumenta de peso ni medida en el momento de contraerse, pudo refutar por completo la vieja idea de que los nervios transmitían fluido o líquido nervioso análogo a la sangre de las venas.

Pese a su trascendencia para el futuro, estos descubrimientos apenas cambiaron la práctica de la medicina. ¿En qué podía ayudar, para la curación de las enfermedades, el régimen y funcionamiento de un órgano aislado, aunque éste fuera el corazón? En cambio, la cirugía se aprovechó de los estudios de Vesalio y de otros libros de anatomía. Las guerras de religión proporcionaban infinidad de ocasiones para intervenir a los cirujanos militares, que podían comprobar sobre las mesas operatorias lo que decían los libros. El médico militar francés Ambroise Paré realizó numerosos experimentos que le llevaron a poder afirmar cuatro puntos importantísimos: el primero, que las heridas por arma de fuego no estaban envenenadas y no requerían el tratamiento del aceite hirviente, que quemaba los tejidos. Este descubrimiento fue casual; Paré, en una ocasión, se encontró sin aceite en el campo de batalla y notó que las heridas se cicatrizaban más pronto con bálsamos fríos. El segundo descubrimiento de Paré es que pueden evitarse las hemorragias, después de amputaciones, ligando el miembro y no cauterizando el muñón. El tercero fue el preconizar el cambio de posición del feto en casos de presentación anormal, y el cuarto, que las moscas transmiten las enfermedades. ¡Qué inocentes nos parecen estos descubrimientos! Con todo, los libros de Paré: *La manière de traicter les playes* (1545), *Briefve collection de l'administration anatomique* (1551), etc., fueron impresos y reimpresos en todos los países de Europa.

Como les sucede siempre a los innovadores, la facultad, los profesionales practicones, erigidos en autoridad infalible, hicieron una guerra encarnizada a Paré. Este tuvo que jurar, ante la facultad de Medicina, que creía en todo lo que creía aquella corporación petrificada, con Galeno y Aristóteles por patronos. Así y todo, la facultad trató de impedir la publicación de las obras de Paré, que no tenían nada de pecaminoso y sí muchos consejos excelentes, basados en su gran experiencia como cirujano militar.

Por lo que toca a medicina interna, la gran lucha de los siglos XVI y XVII fue contra la sífilis. Se creía entonces que la sífilis era una enfermedad de origen americano; pero es probable que sea mucho más antigua de lo que se pensaba, y que no fuera sino sífilis probablemente mucho de lo que en Oriente se llamaba lepra. Hacia el fin del siglo XV, coincidiendo con el descubrimiento de América, la sífilis hizo estragos en Europa. Se empezó entonces a darle el nombre de *male franco* o *morbo gallico*. El primero en llamarla *sífilis* fue Fracastoro, el año 1530; su trata-

Hospital General de Beaune (Francia).



LA MEDICINA Y LA QUIMICA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

MEDICINA

Traducción de textos médicos griegos, Galeno e Hipócrates sobre todo.

Artistas del Renacimiento, como Durero, Leonardo y Miguel Angel, estudian la anatomía humana.

PARE
Cirujano militar francés, autodidacta con grandes conocimientos prácticos, es el primero en repudiar la cauterización de las heridas por el fuego.

FALLOPIO
Primeros estudios médicos de anatomía y disecciones.

VESALIO
"De humani corporis fabrica", descripción general de la anatomía del cuerpo.

1550

SERVET
Estudia la circulación pulmonar y la vuelta de la sangre al ventrículo izquierdo.

Estudios monográficos de los distintos músculos y órganos del cuerpo humano.

1600

HARVEY
"De motu cordis". Reúne en esta obra sus investigaciones sobre el movimiento del corazón y la circulación de la sangre por venas y arterias.

BARTHOLIN-RUDBECK
Estudios de la circulación por los vasos linfáticos.

Estudios de fisiología y de anatomía microscópicas.

Circulación por vasos capilares.

Estudios sobre la reproducción.

1660

Malpighi, Leeuwenhoeck

QUIMICA

No hay precedentes clásicos en la investigación química.

Desarrollo de la química práctica: técnica de colorantes, técnicas metalúrgicas.

AGRICOLA
"De re metallica", primer tratado práctico sobre explotación de metales.

PARACELSO
En contacto con alquimistas y experimentadores prácticos, critica las aportaciones anteriores y establece la importancia de la observación directa de la naturaleza.

Desarrollo científico de la química.

Boyle-Hooke

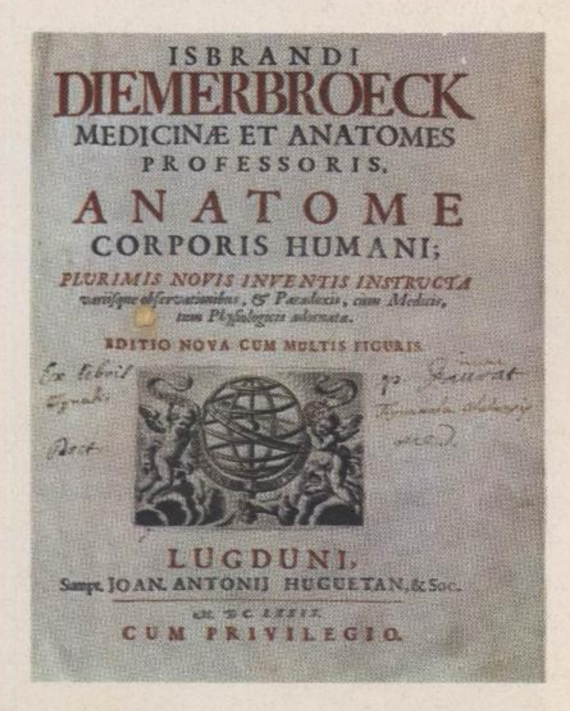
miento había producido ya una copiosa literatura antes de Fracastoro, pero éste puso orden en la confusión, y además describió los síntomas de otras enfermedades infecciosas como el tifus.

Ya hemos visto que universidades como Padua se especializaban en los estudios biológicos; esto por fuerza tenía que producir médicos dotados de espíritu de observación y hacer adelantar el arte de la medicina. Pero continuaron los practicantes y barberos operando a discreción, sobre todo ayudando a las comadronas. En partos difíciles, el barbero-cirujano y la comadrona acababan torpemente con la vida de la madre y del hijo. Tales y tan frecuentes fueron los abusos cometidos, que ya a principios del siglo XVI se empezó a legislar en Francia contra bar-



Uno de los patios del Hospital de San Pablo, de Barcelona.

Hospital Real, en Santiago de Compostela (La Coruña).



ISBRANDI
DIEMERBROECK
MEDICINÆ ET ANATOMES
PROFESSORIS,
ANATOME
CORPORIS HUMANI;
PLURIMIS NOVIS INVENTIS INSTRUCTA
variisque observationibus, & Paradoxis, cum Medicis, tum Physiologicis adornata.
EDITIO NOVA CUM MULTIS FIGURIS.
LUGDUNI,
Sumpt. JOAN. ANTONIJ HUGUETAN, & Soc.
M. DC LXXIX.
CUM PRIVILEGIO.

Portada de la "Anatomía" de Isbrand Diemerbroeck, anatomista holandés célebre por sus estudios sobre la peste.

beros y comadronas, acusados de homicidio. Los hospitales se perfeccionaron igualmente, de acuerdo con las nuevas enseñanzas de la ciencia biológica.

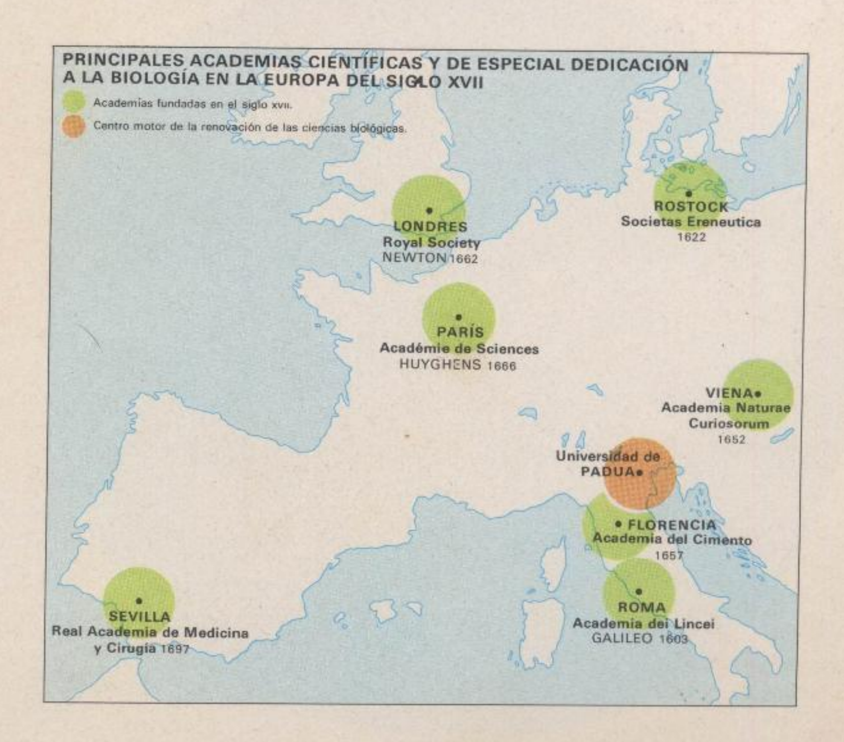
Pero la medicina no podía progresar mientras la química quedase retrasada, y en esta ciencia perduraban las supersticiones medievales de la piedra filosofal y de la alquimia. Nadie se proponía reducir una sal, o sintetizar un compuesto, si se podía destilar oro o hacer una piedra que satisficiese todas nuestras necesidades. A lo más, los químicos consentían en aceptar la teoría de los cuatro elementos de Aristóteles.

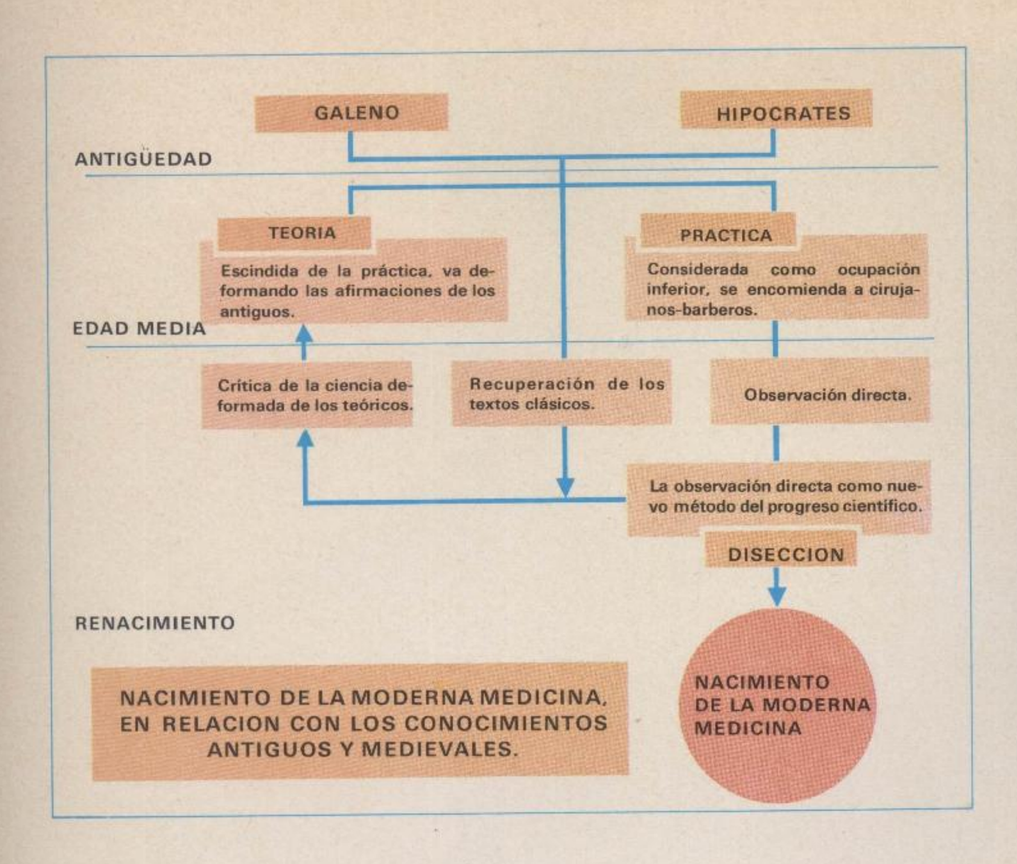
El primero que dio a la química una orientación enteramente moderna fue el irlandés Robert Boyle. Hacia la mitad del siglo XVII se había fundado en Inglaterra una sociedad llamada *El colegio invisible* o universidad sin sede. Sus miembros habían convenido en dedicarse al cultivo de la *Nueva filo-*

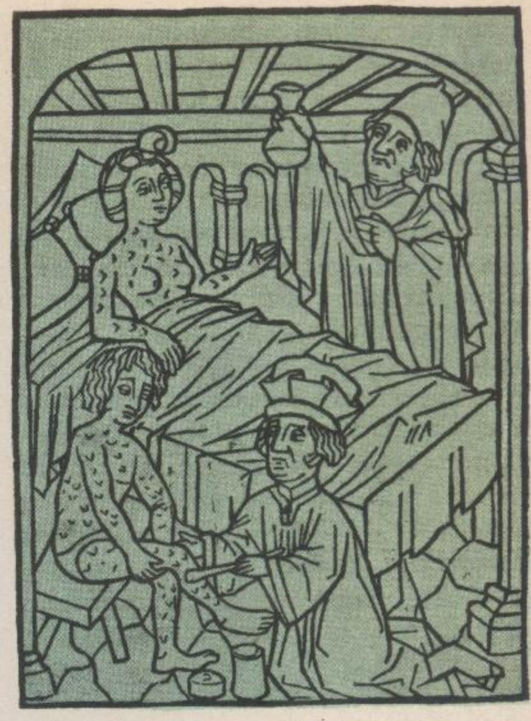
Claustro superior del Hospital de la Santa Cruz, de Toledo.

sofía, esto es, las ciencias naturales, cultivadas por la observación y la experimentación. Sostenido por este grupo de amigos, Boyle libró la química del dogma aristotélico de los cuatro elementos, pero no pudo emanciparse por completo de la alquimia. Sin embargo, en su primer libro, que lleva por título *El Químico escéptico,* criticó mordazmente los experimentos de los que continuaban creyendo, de acuerdo con las ideas de Paracelso, que la sal, el azufre y el mercurio eran los verdaderos elementos de todas las cosas. La química empezó desde entonces a ser considerada como una verdadera ciencia.

Boyle, en ciertos aspectos, es tan grande como Newton, de quien fue casi contemporáneo. Newton nació en 1642 y Boyle en el 1627; ambos murieron después de una larga vida consagrada a la ciencia. Ambos fueron miembros al mismo tiempo de la *Royal Society,* la Academia de Londres, recién







Grabado de la portada del primer libro (1497) que se conoce sobre la sífilis.

fundada, como secuela del *Colegio invisible*. Boyle era irlandés, hijo del conde de Cork, y, por consiguiente, poseía recursos suficientes para dedicarse con entera libertad a sus investigaciones científicas. Cuando sólo tenía ocho años, sus padres enviáronle a Inglaterra para que allí recibiera su primera educación; después estudió en Leyden, Lyon y Ginebra.

Girolamo Fracastoro (medallón por Covino; Museo Civico, Padua). Este médico italiano fue el primero en dar el nombre actual a la sífilis.

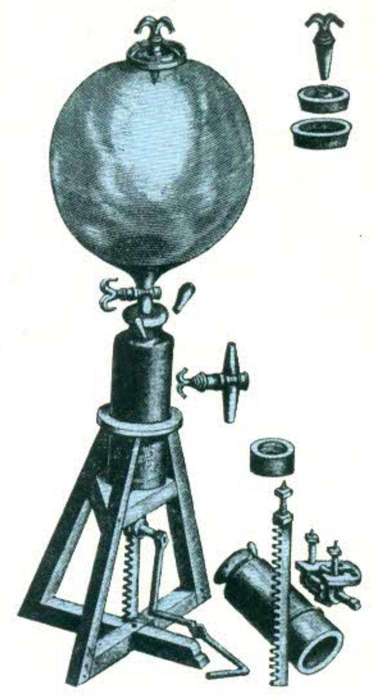


A su regreso del continente, Boyle residió primero en sus propiedades de Irlanda e Inglaterra, y las veces que iba a Londres posaba generalmente, pues era soltero, en casa de su hermana, dama de honor de la corte. En el año 1654, Boyle se instaló definitivamente en Oxford. El laboratorio de Boyle en esta ciudad, con los aparatos que él necesitaba para realizar sus experimentos, fue el que podríamos llamar primer laboratorio moderno de física y química.

Boyle era alto, delgado, de tez pálida, reveladora de una naturaleza delicada. Para conservar la salud trataba de prevenirse contra los cambios de temperatura, advertido por el termómetro, que era entonces un aparato algo primitivo. Todo el caudal que le sobraba, una vez satisfechos con toda puntualidad los cuantiosos gastos que le irrogaban sus complicados experimentos, acostumbraba a repartirlo entre los pobres y las obras de propaganda religiosa. Con frecuencia se ha dado en llamar a Boyle con el sobrenombre de *el Sabio Santo*. Boyle tuvo la intuición de los elementos químicos, probó que el aire era una sustancia material y llegó a pesarlo... Galileo había ya demostrado el peso del aire porque inyectando aire a presión dentro de un vaso, éste pesaba más que cuando el aire se hallaba en su natural presión. Torricelli, discípulo y amigo de Galileo, observó que, por mucho esfuerzo de succión que se hiciera con una bomba, el agua nunca subía más de treinta y tres pies.

El peso de esta columna de agua debía equilibrar el valor de la presión atmosférica. Para probarlo, Torricelli hizo la succión de otro líquido, el mercurio, que siendo catorce veces más pesado que el agua, debía subir sólo hasta una catorzava parte de treinta y tres pies. Así ocurrió, en efecto. Enterado Pascal del experimento de Torricelli, y convencido de que si no subía más el mercurio era porque su altura representaba el valor de la presión atmosférica, encargó a su cuñado, que vivía cerca de la montaña de Puy-de-Dôme, que ascendiera hasta aquella altura para ver si allí el mercurio subía hasta el mismo nivel que en el llano. La diferencia, que era de tres pulgadas, confirmó las suposiciones de Pascal y Torricelli. Pero no se sacaron consecuencias provechosas del notable descubrimiento hasta el momento en que Boyle procedió con su máquina neumática a verificar experimentos de diferentes presiones dentro de una esfera de vidrio.

El lector podrá ver el ingenioso aparato de Boyle, tal como lo reproducimos en esta misma página. Abriendo y cerrando espitas, Boyle extraía con una bomba el aire de la esfera, enrareciéndolo gradualmente, y, al revés, comprimía el aire cerrando y abriendo las espitas en sentido inverso. Así llegó a poder formular varias leyes de los cuerpos gaseosos y, sobre todo, a destruir la gran superstición, fundada en los escritos de Aristóteles, de que la naturaleza tiene horror al vacío. Boyle, con su máquina neumática, producía un vacío casi perfecto y afirmaba que sus experimentos "probaban que la *su-*



Máquina de Boyle para producir el vacío.

Robert Boyle, según un grabado inglés del siglo XVIII (Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona). Este físico y químico irlandés perfeccionó la máquina neumática, estudió la combustión y enunció, independientemente de Mariotte, la célebre ley sobre los gases.

24



El sistema arterial, según ilustración de la obra de Philippe Verheyen "Anatomía del cuerpo humano". La obra de este anatomista belga del siglo XVII fue clásica durante mucho tiempo.

puesta aversión de la naturaleza al vacío es accidental consecuencia de la fluidez de los cuerpos y del aire principalmente". Los cuerpos caían todos en el vacío con la misma velocidad, tanto si eran ligeros como pesados; en cambio, el tictac del reloj no se oía desde el exterior cuando la esfera se vaciaba por completo. Esto significaba que el sonido requería un medio como el aire para su propagación. Boyle disertó hipotéticamente sobre la estructura de la materia y de los átomos, y por sus geniales intuiciones puede llamársele el fundador de la química moderna. Según él, todos los cuerpos estaban formados por "corpúsculos" de diferentes clases y medidas, que al mezclarse formaban las diversas sustancias. Boyle distinguió entre mezclas y compuestos, y estableció que un compuesto debe tener cualidades diferentes de sus componentes. Empezó a preocuparse de la combustión y respiración, probando que requería aire. Nunca quiso hacer disecciones de animales, cohibido por su natural piadoso y compasivo. La ambición de las ciencias experimentales, en sus comienzos, era la de poder llegar a formularse de un modo matemático. Era la misma preocupación de Descartes y Spinoza por lograr probar, con demostraciones matemáticas, los principios de la filosofía. Pero si aún hoy son muy difíciles de estructurar con fórmulas matemáticas los resultados de la química obtenidos empíricamente, ¡cuánto más difícil no habría de ser en la época de Boyle!

LA CIENCIA EUROPEA EN LA ESPAÑA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Los descubrimientos científicos realizados en Europa a lo largo de los siglos XVI y XVII llegaron a España con mucho retraso y, frecuentemente, no fueron comprendidos. La radicalización temperamental de los españoles como consecuencia de la lucha religiosa de la Contrarreforma trajo por consecuencia la aparición de una serie de trabas que les impidieron o cuando menos hicieron muy difícil el poder realizar viajes de estudio al extranjero. En este aspecto fue decisiva la disposición de 1559 dada por Felipe II en que disponía: "Mandamos que de aquí adelante ninguno de nuestros súbditos y naturales, de cualquier estado, condición y calidad que sean: eclesiásticos o seglares, frailes ni clérigos ni otros algunos, no puedan ir ni salir destos reinos a estudiar, ni enseñar ni aprender, ni a estar ni residir en universidades, ni estudios ni colegios fuera destos reinos; y que los que hasta agora y al presente estuvieran y residieren en tales universidades, estudios o colegios se salgan y no estén más en ellos dentro de cuatro meses después de la data y publicación desta carta...", y las penas que se imponían a los contraventores no eran ligeras: pérdida de bienes y destierro perpetuo. Por otra parte, la vigilancia a que se sometía la importación de libros hacía el resto y durante un siglo, el siglo en que se establecieron las bases de la ciencia moderna, España siguió viviendo anclada en la tradición del Medievo, excepción hecha de campos como los de las ciencias naturales, en que el contacto con la realidad americana permitió descollar a nuestros sabios, que eran de hecho los únicos que podían tener acceso a las tierras recién descubiertas.

Sólo a fines del siglo XVII las nuevas teorías científicas hacen su irrupción en los textos españoles y el anteojo y el microscopio son utilizados por estudiosos como el astrónomo P. José Zaragoza (1660) y el anatomista Crisóstomo Martínez (1680). Posiblemente ambos instrumentos, y muy en concreto el anteojo, eran utilizados en nuestro país desde unos treinta años antes de las fechas señaladas, pero con fines muy distintos de los que aquí nos interesan: el de su conexión con la renovación científica. Y así, a mediados del siglo, Gaspar Bravo de Sobremonte, pronto seguido por Francisco San Juan Domingo y Joan de Alós, expone la teoría de Harvey sobre la circulación de la sangre; Crisóstomo Martínez descubre los vasos adiposos; el P. Zaragoza realiza valiosas observaciones astronómicas, etc. Pero, en conjunto, estos autores son personas cautas que evitan chocar de frente con el saber tradicional y, sobre todo, los astrónomos ocultan su verdadero sentir acerca del sistema del mundo y evitan hacer profesión de la fe copernicana y, externamente cuando menos, muestran sus preferencias bien por el sistema tolemaico, bien por el de Tycho Brahe.

J. V.



El Puy-de-Dôme, montaña en la que Pascal comprobó el experimento de Torricelli.

Sin embargo, el método de la observación y experimentación estaba preconizado como el único verdaderamente científico. He aquí las palabras con que el gran clínico italiano Silvio, del año 1664, exponía su manera de enseñar:

"Yo llevo a mis estudiantes cada día a las salas del hospital para que vean ellos mismos a los enfermos. Les hago observar los síntomas de la enfermedad y procuro que escuchen las quejas de los pacientes. Después pregunto a los escolares lo que piensan de una enfermedad, cuáles creen que puedan ser sus causas y qué tratamiento propondrían para curarla. Sobre todo les exijo las razones en que fundan su opinión, y después doy mi juicio y receto las medicinas".

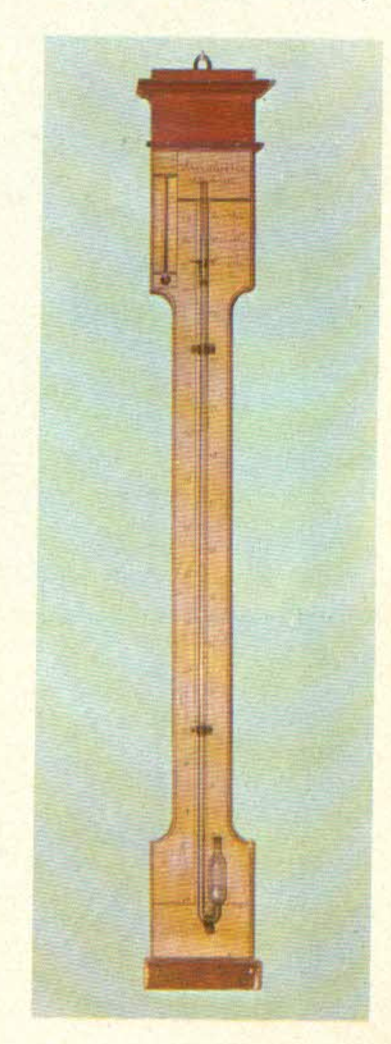
La impaciencia por descubrir suficientes leyes del universo para con ellas formular un nuevo sistema del mundo se manifiesta hasta en espíritus místicos, como es el caso de Pascal y Descartes. Todos parecen esperar la "revelación", que serán los *Principia Matematica* de Newton. ¡Ah, si Descartes y Pascal hubieran tenido la oportunidad de leer los *Principia* como los leyó Boyle! Todavía tienen que combatir el prejuicio del horror al vacío porque así lo había creído "la antigüedad".

"El respeto que ahora se tiene por los antiguos escritores griegos y latinos es tal, que se consideran oráculos sus pensamientos, y sus oscuridades, sublimes misterios, hasta en aquellos asuntos en que deberían tener menos valor... La geometría, la aritmética, la música, la física, la medicina, la arquitectura y todas las ciencias sujetas al raciocinio y a la experimentación, deben ser cultivadas para perfeccionarlas. Los antiguos las han encontrado sólo planeadas por aquellos que les precedieron, y nosotros las dejaremos sólo en un estado algo mejor para aquellos que nos sigan..."

"Sin embargo –sigue quejándose Pascal–, la calamidad de nuestro siglo es que se perdonan opiniones nuevas en teología, y, en cambio, las pocas novedades que hemos podido enunciar en física parecen falsas porque chocan con las opiniones tradicionales, como si fuera un deber inexcusable el respeto por los antiguos filósofos que trataron de estos asuntos..." Se puede, según Pascal, perdonar a los antiguos la creencia de que la Vía Láctea era debida a una mayor densidad en aquella parte del cielo, que por eso reflejaba mejor la luz..., o el decir que la naturaleza tiene horror al vacío; pero no se puede perdonar a los modernos, porque si hubiesen conocido nuestros experimentos, hubieran afirmado lo que entonces negaban.

No se puede pedir más para aquel tiempo. Todavía hoy estas palabras de Pascal es posible que suenen a ridícula pedantería seudocientífica en muchas facultades de física y medicina de Europa y América.

Barómetro de Torricelli (Museo Santacana, "La Enrejolada", Martorell, Barcelona).

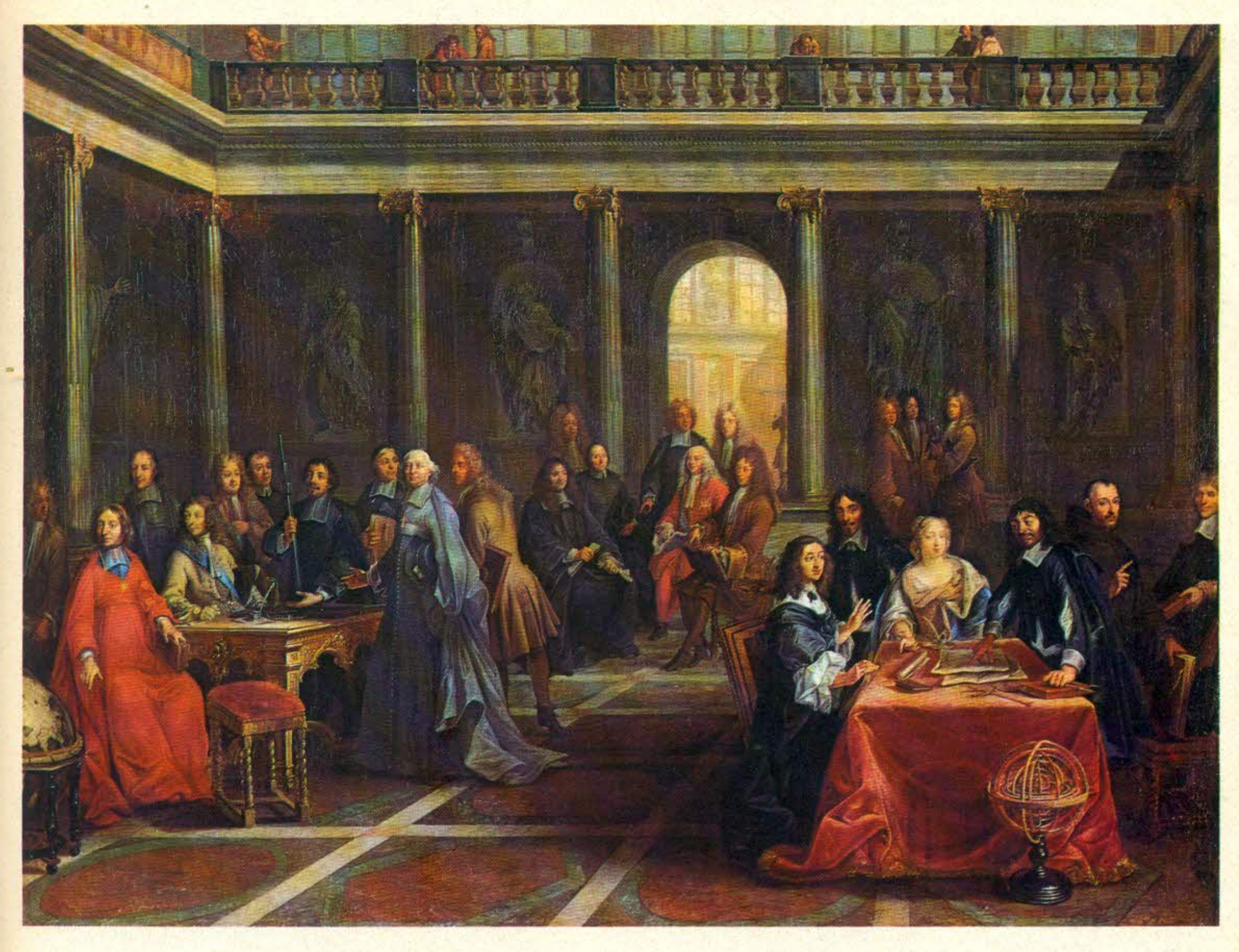


BIBLIOGRAFIA

Bainton, R. H.	*Michel Servet, hérétique et martyr,* Ginebra, 1953.
Callot, E.	*La renaissance des sciences de la vie au XVII^e^ siècle,* París, 1951.
Cuvier, G.	*Histoire des sciences naturelles,* París, 1831-1845.
Chauvois, L.	*William Harvey,* París, 1957.
Dobell, C.	*Antony van Leeuwenhoek and his little animals,* Amsterdam, 1932.
Espinasse, M.	*Robert Hooke,* Londres, 1956.
Granjel, L. S.	*Historia de la medicina española,* Barcelona, 1962.
Harvey, W.	*Del movimiento del corazón y de la sangre de los animales,* México, 1965.
Irsay, S. d'	*Histoire des études sur la circulation du sang,* París, 1934.
López Piñero, J.	*Los comienzos de la medicina y de las ciencias modernas en España en el último tercio del siglo XVII,* Salamanca, 1965 (21 págs.).



El médico empírico, grabado de David Teniers (Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona). Contra este tipo de médicos se levantaron voces autorizadas, entre ellas la del italiano Silvio, que postulaban el contacto directo con el enfermo.

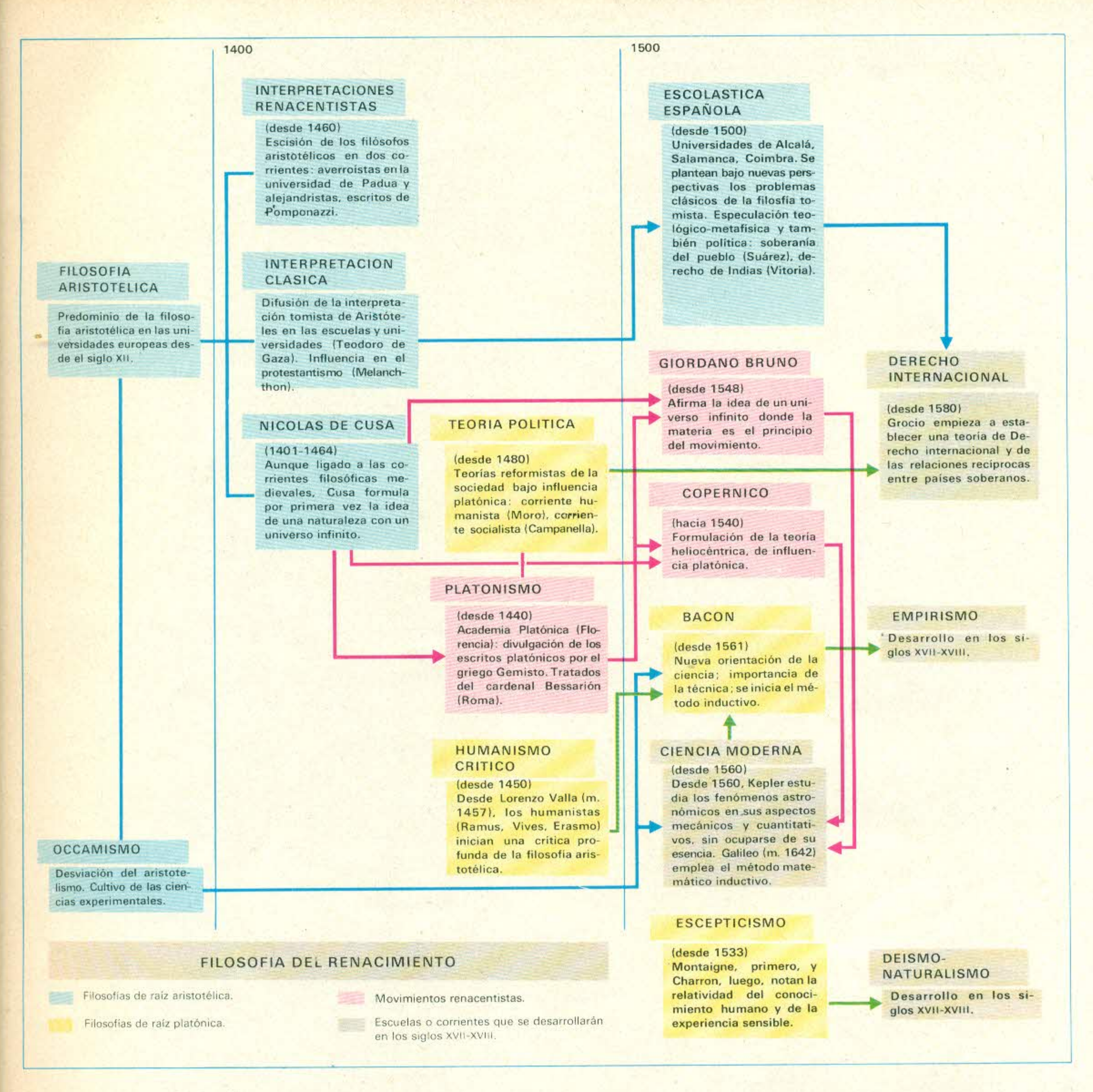


Cristina de Suecia departiendo con Descartes en su corte de Estocolmo, por L. M. Dumesnil (Museo de Versalles).

Descartes, Spinoza y Leibniz

Los resultados de los trabajos de Kepler y Galileo fueron el estímulo para continuar el esfuerzo de descubrir nuevas leyes. Copérnico y Kepler requirieron una fe previa, esto es, que el universo estaba organizado de una manera matemática. Según esta fe, si no se sabía más del régimen del cielo y de la tierra, era culpa de los hombres, no de Dios. El cosmos era un mecanismo dirigido regularmente, con las leyes fijas. Dios tenía estas leyes en su mente y se dignaría revelarlas en el preciso momento en que los humanos prestaran atención a lo que ocurría a su alrededor. El plan de la creación podía ser descubierto y explicado con fórmulas matemáticas. Para Kepler, el mundo no era otra cosa que "una divina geometrización".

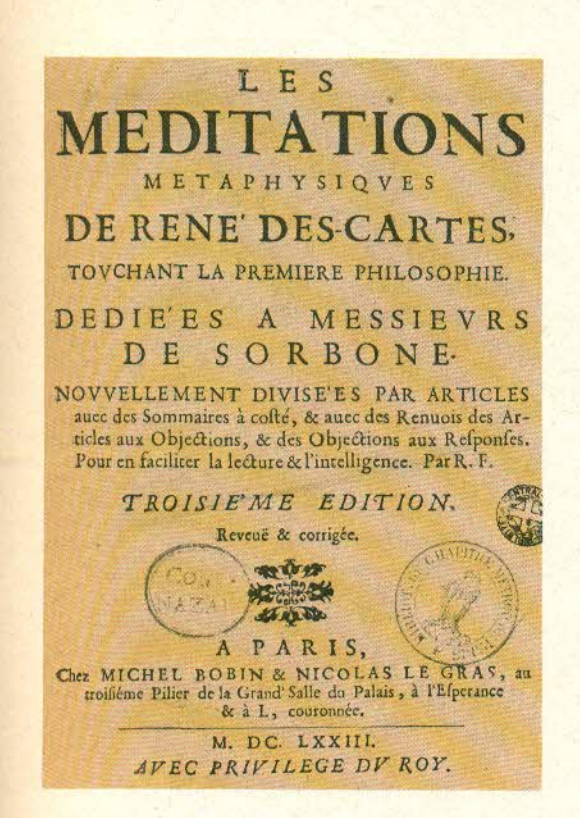
Galileo tuvo el mismo concepto del universo. La naturaleza se regía por leyes matemáticas precisas, y con matemáticas creó su teoría del movimiento. Descomponiendo el movimiento en períodos consecutivos, se produce el mismo efecto que apreciamos con los sentidos: así se podían estudiar los objetos en movimiento y en estado de quietud, coordinados según una ley. La suma de una serie de diversas quietudes era un movimiento. El postulado de que el mundo estaba matemáticamente organizado fue la base de toda la ciencia y la filosofía del siglo XVII.



Los historiadores de la filosofía, al abordar el Renacimiento, hacen resaltar la multiplicidad de escuelas, el carácter de transición que tiene este período y su menor importancia frente a la filosofía medieval y la filosofía moderna.

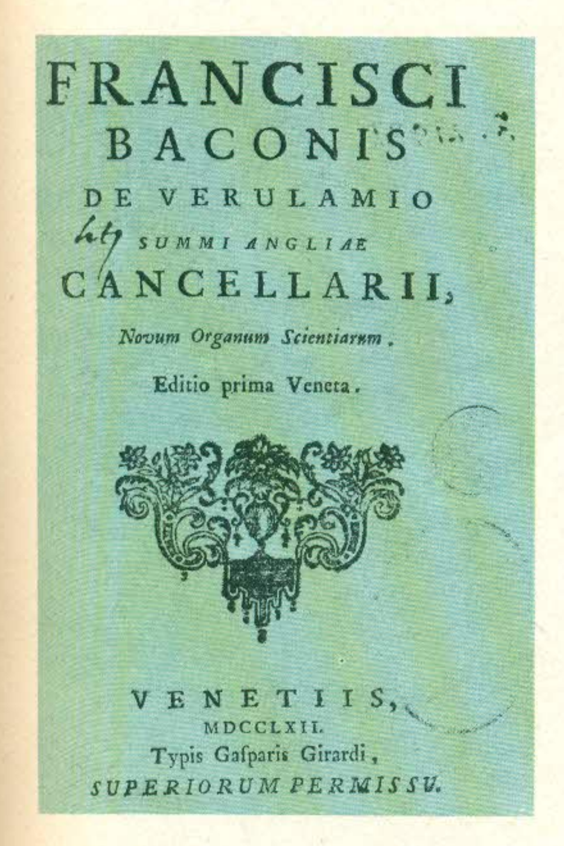
Todos los grandes pensadores de este siglo procuran pensar como matemáticos.

En cierto modo, puede presentarse ya como un precursor de este "nuevo mundo" científico al canciller inglés Francis Bacon, que, todavía en el siglo XVI, escribió un tratado llamado *Novum Organum.* (El viejo *Organum* era la *Lógica* de Aristóteles.) Bacon propuso descubrir la verdad valiéndose de la observación de los fenómenos y sintetizando después las observaciones, en lugar de explicar los fenómenos por una razón aceptada de antemano. La razón, en la mayoría de los casos, se basaba en la autoridad de la Escritura o de los Santos Padres, o del mismo Aristóteles. Pero la labor de Bacon fue utilísima más por sus ataques al viejo *Organum* que por su proposición de un método mejor. Su libro en latín, en el que trata de los "ídolos" de la mente, revela la pobreza del pensamiento que adora falsos conceptos. Los ídolos, a veces, eran sólo palabrería, sin lógica ni sentido, que se adoraban como verdades. La vacuidad de muchos conceptos



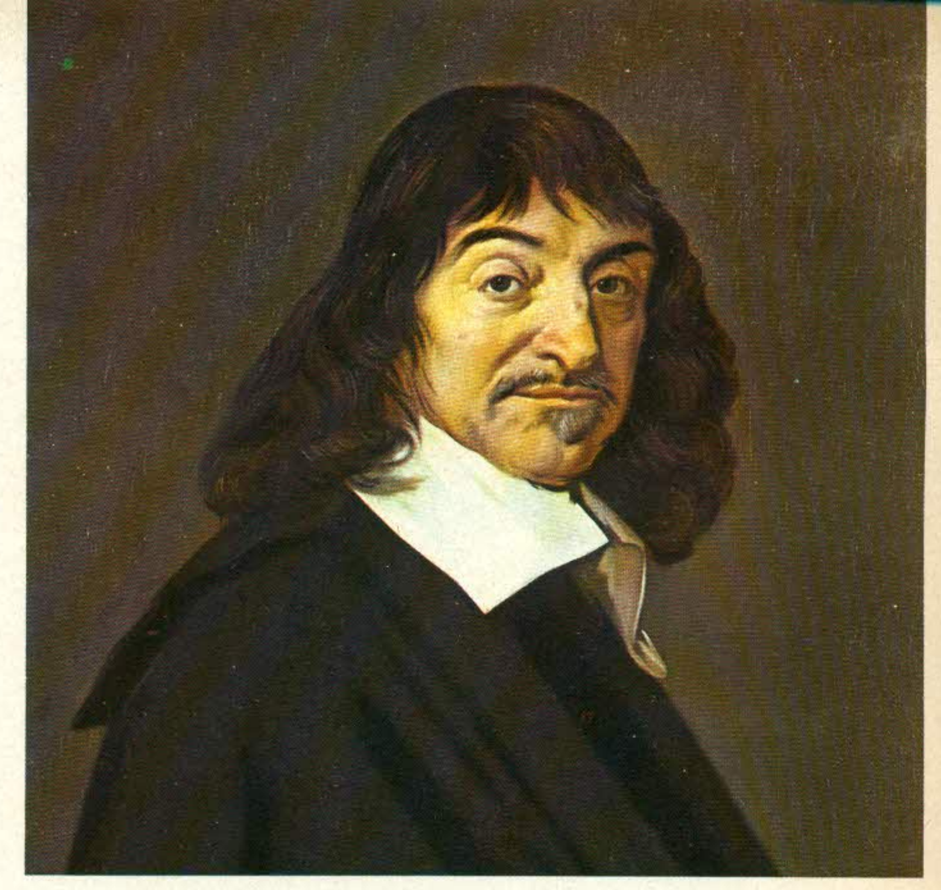
LES
MEDITATIONS
METAPHYSIQVES
DE RENE' DES-CARTES,
TOVCHANT LA PREMIERE PHILOSOPHIE.
DEDIE'ES A MESSIEVRS
DE SORBONE.
NOVVELLEMENT DIVISE'ES PAR ARTICLES
auec des Sommaires à costé, & auec des Renuois des Articles aux Objections, & des Objections aux Responses. Pour en faciliter la lecture & l'intelligence. Par R. F.
TROISIE'ME EDITION.
Reveuë & corrigée.
A PARIS,
Chez MICHEL BOBIN & NICOLAS LE GRAS, au troisiéme Pilier de la Grand' Salle du Palais, à l'Esperance & à L, couronnée.
M. DC. LXXIII.
AVEC PRIVILEGE DV ROY.

Portada de "Les méditations métaphysiques", de Descartes (Biblioteca Central, Barcelona).



FRANCISCI
BACONIS
DE VERULAMIO
SUMMI ANGLIAE
CANCELLARII,
Novum Organum Scientiarum.
Editio prima Veneta.
VENETIIS,
MDCCLXII.
Typis Gasparis Girardi,
SUPERIORUM PERMISSU.

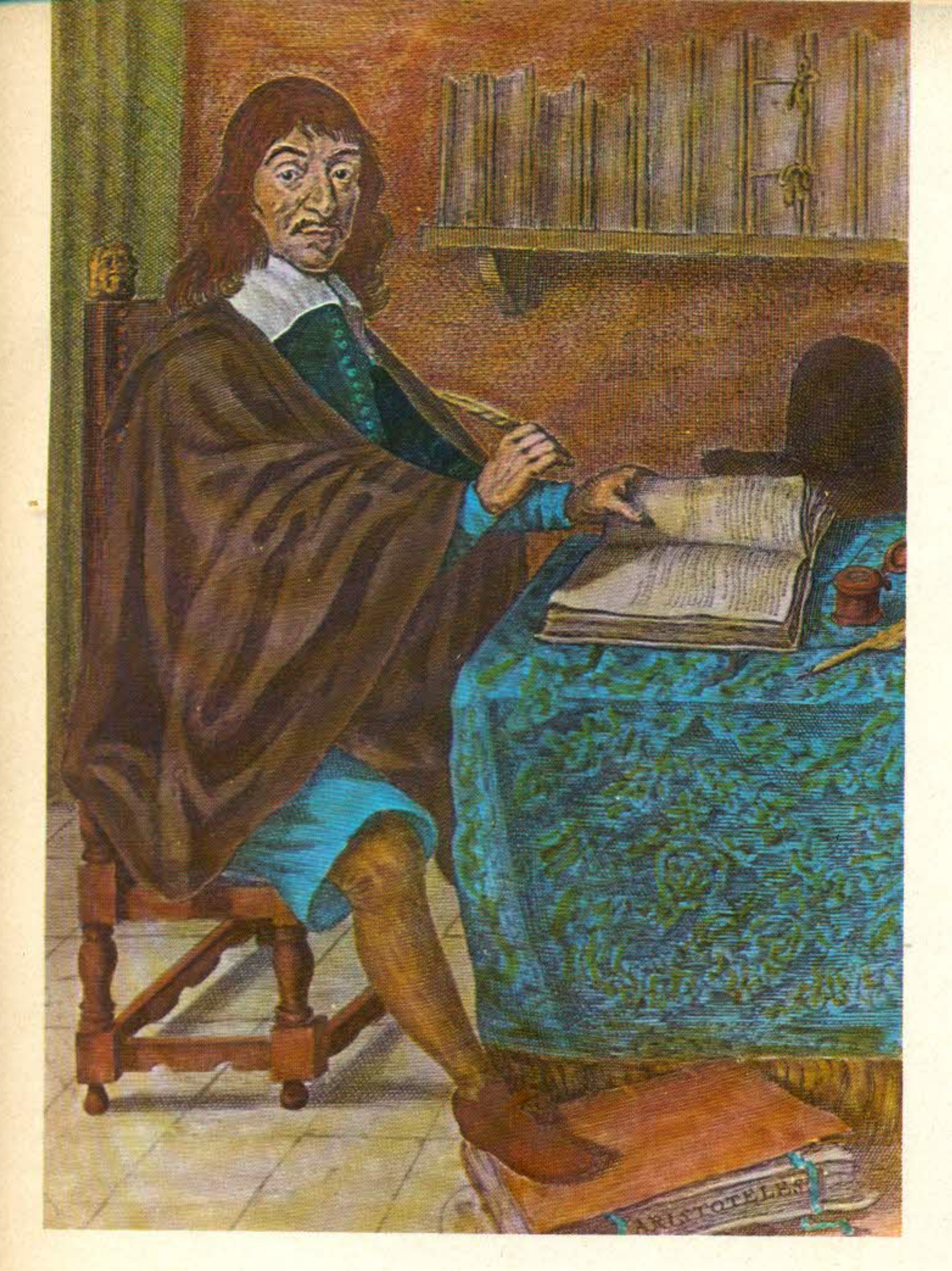
Portada del "Novum Organum", de Francis Bacon, el filósofo inglés que propugnó el descubrimiento de la verdad por medio de la observación de los fenómenos (Biblioteca Central, Barcelona).



René Descartes, por Frans Hals (Museo del Louvre, París).

admitidos como dogma por la ciencia resultaba evidente después de los ataques de Francis Bacon, quien, sin embargo, no llegó a comprender toda la importancia de las demostraciones matemáticas.

El primero que tuvo perfecta conciencia del método que se inauguraba con Kepler y Galileo fue Descartes; éste, en realidad, es el fundador, el verdadero creador del espíritu científico moderno. René Descartes era francés, nacido en un pueblecito de la Turena en 1596. Sus padres le destinaban a la carrera militar, pero él, desde muy temprano, sintió vocación por la filosofía. Se educó en el Colegio Real de Jesuitas de La Flèche y allí se confirmaron sus maneras aristocráticas y altivas. Pese a su ambición filosófica, se mantuvo adicto toda su vida a los jesuitas y se mostró respetuoso con la Iglesia. En 1634, Descartes escribía aún a su amigo el padre Mersenne: "Ya debéis saber que Galileo ha sido censurado por la Inquisición y que sus opiniones sobre el movimiento de la Tierra han sido condenadas por heréticas. Yo sólo puedo deciros que en mi tratado acerca de la luz he admitido la idea del movimiento de la Tierra; pero si creyera que mi teoría dependiese de la de Galileo, por nada del mundo la defendería contra el parecer de la Iglesia, aunque estuviese basada en demostraciones que parecieran ciertas y que fuesen completamente claras". Estas palabras del fundador del método moderno y la retractación de Galileo prueban la fuerza que tenía la Iglesia de



Descartes pisando el infolio de Aristóteles (grabado contemporáneo; Biblioteca Nacional, París).

la Contrarreforma con el concurso que le prestaban los jesuitas. Sin embargo, la filosofía escolástica que se enseñaba en La Flèche no podía satisfacer a Descartes; en cambio, en las matemáticas, de las que los jesuitas eran buenos maestros, veía verdades establecidas rigurosamente. Por esto, a pesar de su respeto por el dogma, Descartes no cesó en su porfía de sujetar todo el conocimiento filosófico al mismo régimen de enunciado y prueba que se aplicaba en las matemáticas. Descartes dispuso de recursos para completar su educación con largos viajes. El propósito de estos viajes está por él explicado diciendo que "fue de una corte a otra para ver el mundo como un espectador", y en el *Discurso del Método* dice: "Es conveniente conocer las maneras de las otras gentes para poder emplear nuestro juicio más razonablemente y no creer ridículo todo lo que no se aviene con nuestra manera de ser, como hacen los que no han viajado". En 1625 se estableció en París, aunque viviendo cuatro años escondido en la gran ciudad, como un ermitaño, recibiendo raras visitas, y completamente entregado a sus estudios. En el año 1629 se trasladó a Holanda, entonces el país más despierto de Europa, y allí vivió hasta el año 1649.

Descartes ya no permaneció tan solitario en Holanda, pues cultivó el trato de gentes y hasta tuvo amores correspondidos. Gozaba

CRONOLOGIA DE DESCARTES

1596 Nace en la Haya, Turena. Pertenece a una familia de origen burgués, ennoblecida.

1604 Educación aristocrática en el colegio de la Flèche; matemáticas de Clavius, lógica de Aristóteles; tomismo según la interpretación de Suárez.

1617 Con el deseo de ver mundo, se alista en el ejército de Mauricio de Nassau.

1618 En Holanda conoce al médico y matemático Isaac Beeckman, que le pone en contacto con las ideas de Galileo.

1619 Cultiva la física y la lógica; rechaza sus viejos conocimientos escolares y se siente atraído por la nueva ciencia, pero se muestra escéptico ante sus posibilidades.
(10 nov.) Inmerso en la meditación, tiene entre sueños una revelación y se cree llamado a una misión: construir una nueva ciencia evidente, indiscutible.

1621 Como soldado en la guerra de los Treinta Años y como particular luego, viaja por Hungría, Alemania, Polonia, Países Bajos, Suiza e Italia.

1625 Regresa a París; expone sus ideas a Berulle, representante del teocentrismo agustiniano, corriente de influencia platónica.

1628 Escribe para su uso particular "Reglas para la dirección del entendimiento", primera formulación del "Método".

1629 Se establece en Holanda; empieza la elaboración de las "Meditaciones" sobre metafísica.

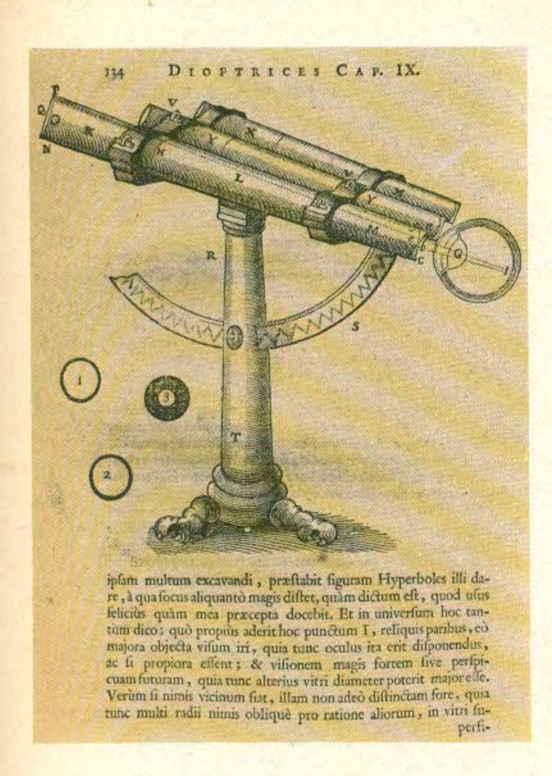
1631 Breves viajes a Dinamarca y Francia, donde empieza a ser conocido. Polémicas con los jesuitas.

1637 En Leyden se publica el "Discurso del Método", seguido de la dióptrica, la geometría y los meteoros, aplicación de los principios del "Discurso".

1644 Se inicia la correspondencia con Isabel de Baviera, princesa palatina; mujer inteligente y culta, gran admiradora de Descartes, con quien le unió íntima amistad.

1649 Dedica a Isabel el "Tratado de las pasiones", elaboración de sus ideas sobre psicología.

1650 Invitado por la reina Cristina de Suecia, llega a Estocolmo para difundir su filosofía en la corte. Pocos meses después fallece a causa de una pulmonía.


134 DIOPTRICES CAP. IX.

ipſam multum excavandi, præſtabit figuram Hyperboles illi dare, à qua focus aliquantò magis diſtet, quàm dictum eſt, quod uſus feliciùs quàm mea præcepta docebit. Et in univerſum hoc tantùm dico; quò propiùs aderit hoc punctum I, reliquis paribus, eò majora objecta viſum iri, quia tunc oculus ita erit diſponendus, ac ſi propiora eſſent; & viſionem magis fortem ſive perſpicuam futuram, quia tunc alterius vitri diameter poterit major eſſe. Verùm ſi nimis vicinum fiat, illam non adeò diſtinctam fore, quia tunc multi radii nimis obliquè pro ratione aliorum, in vitri ſuperfi-

Página e ilustración de la obra "Dioptrices", de Descartes.

sobre todo de la calma de espíritu que produce el éxito, la paz interior del que se siente maestro de la técnica y la satisfacción del resultado conseguido. En los veinte años que pasó Descartes en Holanda continuó esforzándose en formular nuevas verdades; pero los años de su madura juventud en la ciudad de París fueron los de verdadera lucha. Fue en París donde peleó solo, cara a cara, con el ángel malo de la confusión, que le vedaba el camino del recto conocimiento con pruebas matemáticas.

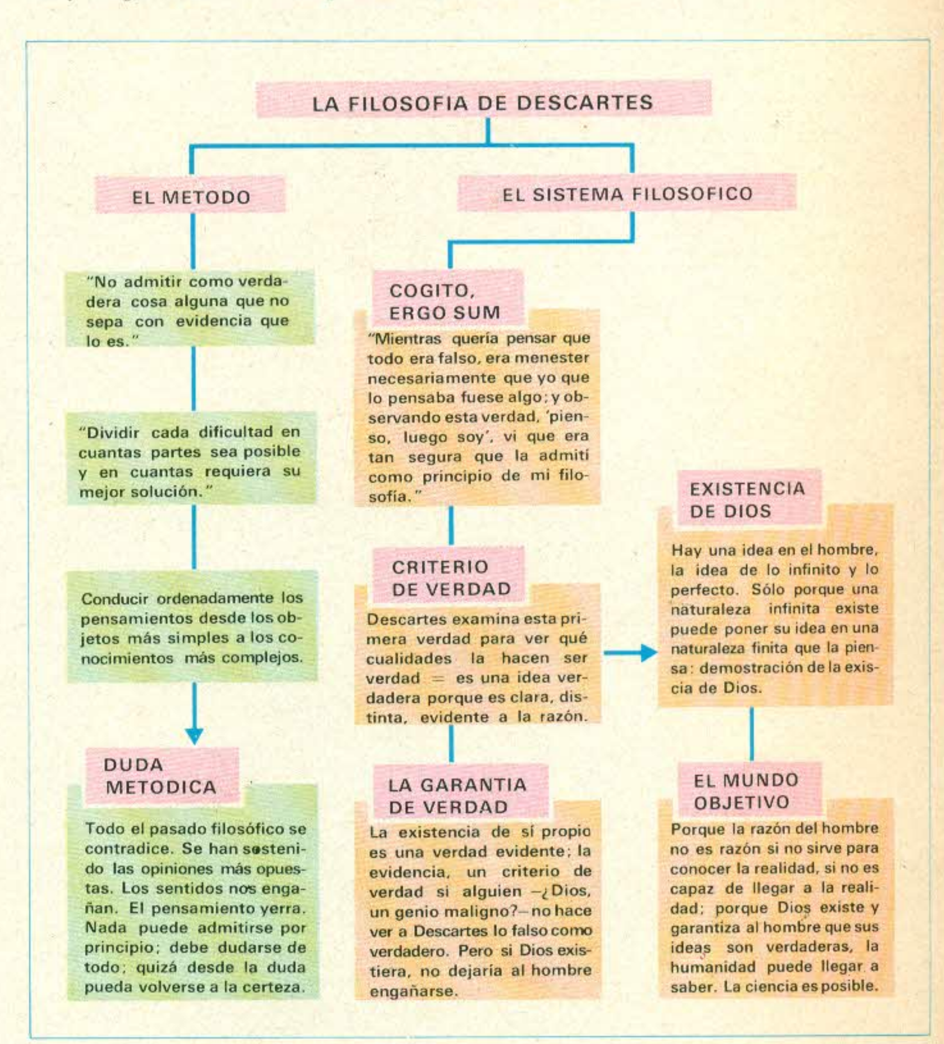
En 1649, Descartes aceptó la invitación de la reina Cristina de Suecia, que le ofrecía toda clase de honores y facilidades para continuar allí sus trabajos. Pero como su naturaleza era más bien frágil, murió de una pulmonía durante el invierno siguiente a su llegada a Estocolmo.

Aunque Descartes se conservó católico practicante hasta el fin de su vida, toda su gloria se basa en su "duda metódica". Por sus importantes descubrimientos matemáticos sería también famoso, pero la gran popularidad de su reputación se basa en estas tres palabras: *Cogito, ergo sum* (Pienso, luego existo). Están grabadas en su monumento de La Haya y por ellas será recordado como un nuevo profeta.

La importancia de este axioma no se revela en seguida; es evidente, por lo menos para un occidental. Buda había dicho que precisamente el pensar es lo que nos da la engañosa percepción del *ego;* que creemos existir sólo porque pensamos. Pero, en fin, ambos arrancan del vacío de la duda; Buda, para llegar al conocimiento del "no ser", y Descartes, al conocimiento del "ser", al de la existencia individual.

El estado mental que obligó a Descartes a preguntarse si verdaderamente él existía, se repite a menudo en las grandes almas perturbadas por la sed de conocimiento. San Agustín, en el libro XXVI de *La Ciudad de Dios,* dice: *Si enim fallor, sum* (Me equivoco,

Descartes llega a la filosofía en el siglo XVII. Hace dos siglos que la filosofía aristotélica –pensamiento estable y magistral de los años medievales– se está discutiendo. Desde los humanistas hasta los científicos nuevos, desde los místicos a los restauradores de viejas filosofías, el Renacimiento –tiempo de crisis, tiempo de experimentación– ofrece su pensamiento múltiple, la variedad de sus escuelas. El escepticismo, el desengaño, parecen justificados. Descartes asume como posición intelectual la angustia de su tiempo; nada es seguro, es preciso dudar de todo. Subrayemos que el planteamiento es radical: ni lo que yo veo, ni lo que me han enseñado, ni lo que pienso es cierto; me quedo completamente solo. Subrayemos también que esta duda en Descartes no es una actitud vital, sino un principio metodológico, porque la segunda preocupación es hallar un método, un camino seguro para la ciencia. La duda es el principio del método porque Descartes hallará su primera verdad, su criterio de certeza, y, seguro otra vez del punto de partida, hará una nueva filosofía.

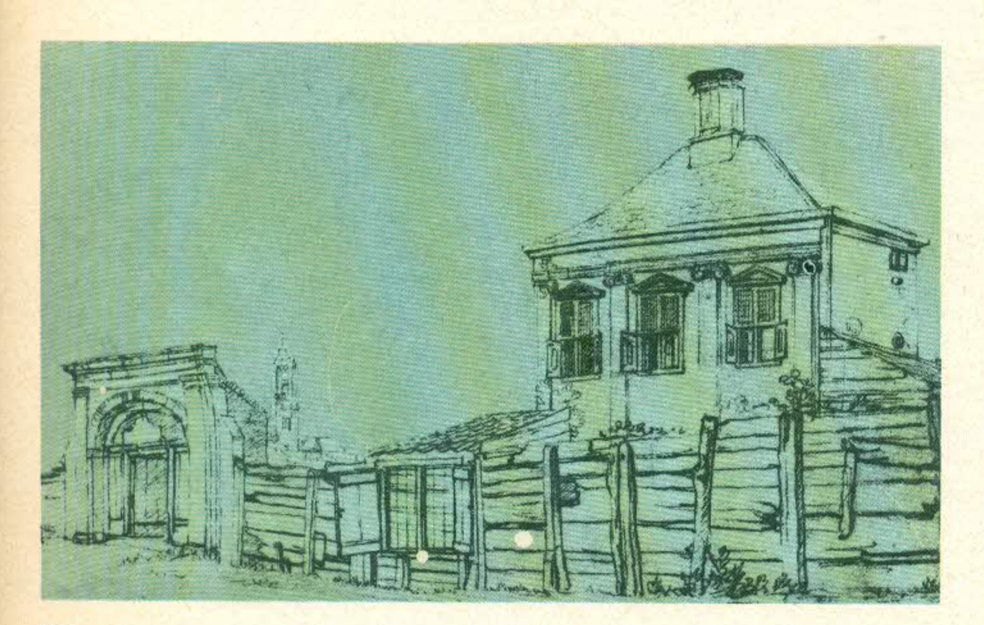




Un canal de Utrecht, ciudad holandesa en que se estableció Descartes.

luego existo). La relación entre Descartes y san Agustín se advierte todavía más comparando los dos siguientes párrafos. Dice san Agustín: “Yo estoy seguro de que existo, porque me conozco y quiero vivir. Y esta certeza está por encima de todas las objeciones de los escépticos; porque, si me dicen que puedo equivocarme, diré: –Puedo equivocarme, luego existo.” Descartes, por su parte, escribe: “¿Qué soy, pues? –Una cosa que piensa. –¿Y qué es una cosa que piensa? –Una cosa que duda, que concibe, que afirma, que niega, que desea, que imagina y que siente”

Pabellón que ocupó Descartes en Utrecht en 1635.



Dando por probado que existimos porque pensamos, Descartes pasa a preguntarse si podemos probar que existe algo más que el yo pensante. ¿Quién nos asegura que este mundo exterior no es una alucinación, algo puramente imaginario, acaso producido por un espíritu maligno para confundirnos con engaño? El temor de estos seres malos, y sobre todo la respuesta o prueba que encuentra Descartes para su segundo problema, es típico de un discípulo de los jesuitas. Seguramente, el lector quedará sorprendido si le decimos que Descartes prueba que hay un mundo exterior porque hay Dios. Para probar que Dios existe, la prueba que da Descartes también hoy parece algo especiosa. A decir verdad, eran mucho más completas las pruebas que da santo Tomás en la *Summa Theologica* que la que Descartes propone, creyendo proceder como un matemático en su demostración. Dios existe, dice Descartes, porque nosotros pensamos en Dios, tenemos una idea de Dios. Esta es la prueba de Descartes: “Somos capaces de imaginar un ser infinito y perfecto –esta idea de un ser infinito y perfecto no puede ser causada más que por un ser infinito y perfecto–, luego Dios existe”.

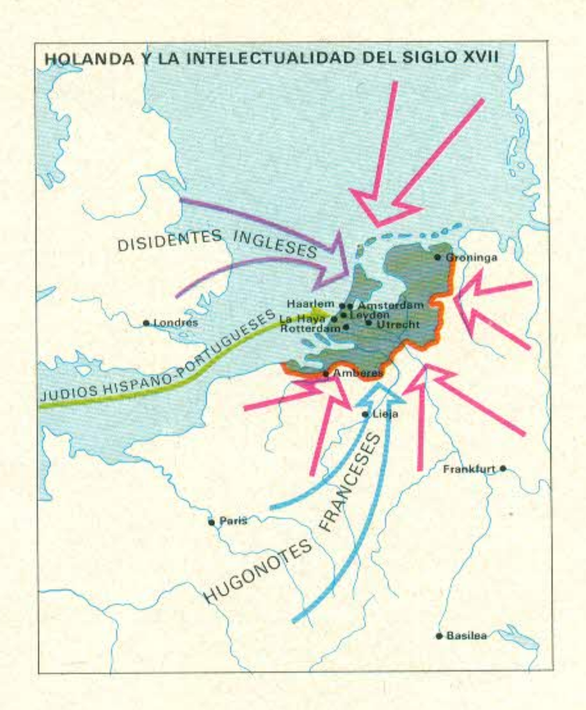
Este fue también el modo de argumentar de san Anselmo. Partiendo del concepto de Dios, como ser altísimo y perfecto, argüía que semejante ser, pensado como el más perfecto de todos, debía también existir; pues, de lo contrario, faltaría uno de los caracteres de la perfección, que es la existencia. Pero Confucio no necesitó de este concepto de *altísimo*.

Lleno de dudas, empero, Descartes tenía una fe sin límite en el poder del pensamiento. En la historia del espíritu humano se repite a menudo el caso de llegar a la consecución de los más grandes resultados por caminos extraviadísimos. Fundar la existencia de Dios en el argumento de que Dios existe porque somos capaces de imaginarlo parece algo fantástico, y creer que el mundo exterior es una realidad porque Dios lo ha de haber creado, es más fantástico aún. Con todo, Descartes tenía fe en su método. El primer título que quería poner a su gran obra, el *Discurso del Método,* era: proyecto de una ciencia universal que pueda elevar nuestra naturaleza a un más alto grado de perfección, etc. Esta ciencia universal, cuyo noble objetivo era producir el superhombre, estaba basada en las matemáticas.

“Me encantaban sobre todo las matemáticas –dice Descartes– por la certeza y evidencia de sus demostraciones, pero no comprendí aún la posibilidad de emplearlas para otra cosa que no fuese la mecánica. Me maravillaba de que no se pudiera levantar

un edificio espiritual sobre cimientos tan firmes y sólidos." En consecuencia, Descartes empezó a buscar la manera de construir su filosofía sobre las matemáticas. "Los razonamientos, encadenados y precisos, que usan los geómetras para sus demostraciones, me hicieron pensar que todo lo que depende del intelecto humano podría probarse de la misma manera, con tal que no se acepte como verdadero nada que no esté antes definitivamente probado y evitando pasar sin la misma evidencia de una verdad a la otra."

Su talismán es el método matemático. Quería aceptar sólo aquellas proposiciones que son claras y precisas; las verdades complicadas deben subdividirse en tantas partes como sea posible. Además, hay que pasar de lo simple a lo complejo, y precisa evitar que se nos escapen detalles que podrían fortalecer o debilitar el raciocinio. Por ello decide rechazar "... como ab-



Durante la primera mitad del siglo XVII, Holanda fue el centro de atracción de todos los hombres ansiosos de superar la intransigencia religiosa e intelectual: fue el lugar de refugio favorito de los hugonotes franceses antes y después de la revocación del Edicto de Nantes; fue también el foco cultural que inspiró al norte y nordeste de Europa, y pensadores como Descartes la consideraron como el país ideal para el desarrollo de cualquier actividad científica.

EL DESARROLLO DEL RACIONALISMO

A partir del siglo XVII, y hasta llegar a Kant, los filósofos europeos se inscriben en dos grandes corrientes que se desenvuelven paralelamente: el *racionalismo*, en el cual figuran los pensadores continentales, y el *empirismo*, representado por los autores ingleses.

El *racionalismo* sostiene que el único principio y fundamento de los conocimientos verdaderos es la razón, porque sólo ésta produce ideas claras y distintas de la realidad, mientras que la experiencia no es más que el sedimento de las confusas afecciones o impresiones que el sujeto recibe de las cosas. En consecuencia, el saber constituido por la razón (matemáticas, metafísica, etc.) es necesario, universal e indudablemente cierto, mientras que los datos empíricos son particulares y relativos al individuo que los recibe.

La vocación matemática de Descartes orientó el racionalismo, por él fundado, a guiarse por dos principios fundamentales:

a) Buscar un método que siguiendo el ejemplo de las "matemáticas vulgares", que se ocupan sólo de números y figuras, consiguiera llegar a la constitución de una *mathesis universalis* que habría de estudiar toda clase de *naturae simplices*, a saber, aquellos últimos términos revelados por el análisis, y cognoscibles por intuición, que componen toda la realidad pensable. Con otras palabras, Descartes quería hacer de la filosofía una ciencia tan rigurosa como las matemáticas, pero que no se aplicara únicamente a la cantidad y a sus signos y operaciones numéricas.

b) Los elementos de este saber nuevo habrían de ser determinados mediante dos relaciones: el *orden*, que permite referir cada uno de ellos a los demás, y la *medida*, que los reduce todos a un módulo común.

Naturalmente, el conocimiento de las *naturae simplices*, como el de los principios que las articulan, debe ser innato. Esto significa que las ideas racionales ni son creadas por la imaginación (ideas facticias) ni adquiridas de la experiencia (ideas adventicias). Las ideas son innatas, no por estar contenidas previamente en el entendimiento como en un depósito heredado, sino porque surgen del puro ejercicio de la actividad mental, sin interferencia ni aporte ajenos a la misma.

Nicolás Malebranche (1638-1715), seguidor de Descartes y admirador de san Agustín, explica el racionalismo mediante su teoría de la *visión en Dios*. Así como el espacio es el lugar donde se alojan los cuerpos, Dios es el lugar de los espíritus. La mente humana intuye en el espíritu divino las ideas creadoras de las cosas ofrecidas a manera de una revelación natural.

Spinoza distingue cuatro modos de percepción o de conocimiento. El inferior, *saber de oídas*, procede del testimonio ajeno. Sigue el conocimiento sensible, *experiencia vaga*, casual e imprecisa. Mejor es el *conocimiento* de las relaciones esenciales de las cosas *adquirido por razonamiento*. El cuarto grado es el más perfecto: la *intuición* de las cosas en su *esencia propia*. Las esencias de las cosas son idénticas a sus ideas verdaderas, las cuales se hacen tan patentes a la mente, que por su claridad determinan una certeza absoluta. El entendimiento las adopta como normas de su propia actividad y expresión de una necesidad inmutable (saber *sub specie aeternitatis*).

En Leibniz, el conocimiento, según todas sus modalidades, ha de ser forzosamente innato, ya que las mónadas "no tienen puertas ni ventanas". Con esto se afirma el principio según el cual no puede haber conocimiento a no ser que el sujeto haga suyas las representaciones que tiene de las cosas como información propia referida a algo distinto de sí mismo. Todo conocimiento ha de estar centrado activamente por el sujeto que lo posee y reivindica.

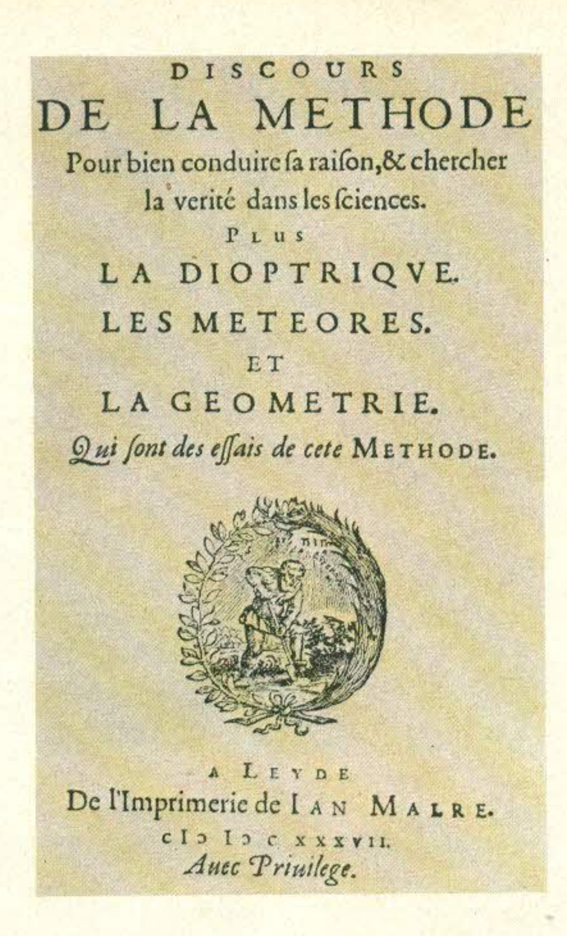
Las mónadas se jerarquizan según la claridad u oscuridad, distinción o confusión de su conocimiento del mundo, es decir, según la fidelidad o deformación del respectivo punto de vista sobre la realidad. El universo es como una ciudad que puede ser observada diferentemente por sus diversos moradores, quienes la reflejan como en espejos de distinta curvatura. Dios, cima de la jerarquía, mónada de las mónadas, es el punto de vista absoluto del mundo, razón determinante de todos los demás, los cuales son creados por El como "fulguraciones" múltiples de su claridad originaria.

Las almas humanas, mónadas inteligentes y conscientes, conocen al mundo por su actividad interna, armónica con la vida de Dios y, por tanto, al margen de cualquier supuesta experiencia de las cosas, inconcebible, por otra parte, ya que supondría alguna pasividad o receptividad en ellas, mientras que, como se sabe, las mónadas son simples, inmateriales y en puro y constante dinamismo vital.

La verdad del conocimiento no puede interpretarse como una copia del objeto, sino a manera de una homología del desarrollo de las mónadas.

F. G.

Portada del "Discours de la Méthode", de Descartes, edición de 1637.



DISCOURS
DE LA METHODE
Pour bien conduire ſa raiſon, & chercher
la verité dans les ſciences.
PLUS
LA DIOPTRIQVE.
LES METEORES.
ET
LA GEOMETRIE.
Qui ſont des eſſais de cete METHODE.

A LEYDE
De l'Imprimerie de IAN MAIRE.
cIↄ Iↄ c XXXVII.
Auec Priuilege.

Cristina de Suecia, por Beck (Museo Nacional, Estocolmo). La reina Cristina llamó a Descartes a su país y le ofreció honores y facilidades para continuar sus trabajos.



solutamente falso todo aquello que lleve la menor tacha capaz de producir duda; no quería que quedara en la mente nada que no fuese absolutamente cierto". Descartes insiste a menudo en las palabras "claras y precisas", refiriéndose a las verdades que quiere encadenar como base de la ciencia nueva, que debiera ser una enciclopedia físico-matemática.

Recordemos que, hasta el presente, Descartes sólo ha establecido dos verdades: la de su existencia y la de la existencia de Dios; la tercera que cree probar es que el mundo no es un producto de la imaginación. Cree que la existencia de Dios es ya de por sí la prueba de la existencia del mundo exterior, y que el concepto que tenemos del mundo por los sentidos es exacto, porque, siendo Dios perfecto, no nos querrá engañar.

Descartes prosigue analizando el mundo exterior por su método de subdivisión, y le halla compuesto de dos "sustancias": mente y materia *(res cogitans y res extensa)*. La mente, o inteligencia, es completamente distinta de la sustancia de las cosas corporales. Es inmaterial y sin extensión. Los cuerpos son materiales y ocupan espacio. Continuando su raciocinio, Descartes insiste en que mente y materia no tienen ninguna relación y deben estudiarse por separado. Solamente en el hombre, espíritu y materia están unidos por un especial querer de Dios; por esto la conciencia tiene efectos sobre el cuerpo, y el cuerpo influye en la mente humana. Hoy nos hacen sonreír los esfuerzos del padre del pensamiento moderno por encontrar en el cuerpo humano el lugar de intersección entre la materia y el espíritu. Descartes creyó haber descubierto que la mente y la materia se comunican en la glándula pineal, alojada en el cerebro. Descartes no llegó a este notable resultado sin antes practicar disecciones anatómicas. Aunque filósofo y matemático sobre todo, era casi un médico; sentía tanta curiosidad e interés por las ciencias biológicas como por las físicas, y dio razones *biológicas* para explicar el funcionamiento de la glándula pineal; pero ya le fue mucho más difícil probar por medio de demostraciones matemáticas el supuesto papel de intermediario de la misteriosa glándula entre el espíritu y la materia, o entre el alma y el cuerpo.

No hay duda que el "error pineal" de Descartes fue todavía consecuencia de su formación intelectual. Había que explicarse el funcionamiento de este ser excepcional que es el hombre, "sólo un tanto inferior a los ángeles". Su distinción entre materia y espíritu fue admitida por los que le sucedieron; sólo que algunos prefirieron continuar las observaciones de las leyes del mundo material,

EL PROBLEMA DE LA COMUNICACION DE LAS SUSTANCIAS

El pensamiento europeo del siglo XVII se caracteriza por su antinaturalismo y su individualismo.

Descartes se hace eco del espíritu de la Contrarreforma, temeroso en todo momento de otorgar vida y consistencia propias a la naturaleza, porque ello podría representar un resurgir del paganismo y aun del panteísmo. La naturaleza "no es una diosa", repite constantemente, y no hay que admirar ni sus fuerzas ni sus procesos. El mundo es el simple escenario del drama humano, lugar donde se despliega la íntima relación del hombre con Dios. La principal finalidad del saber es el dominar y sojuzgar las energías naturales en provecho del hombre. Este, por su parte, despegado y aun opuesto a la naturaleza, merece poca confianza. El egoísmo inspira todas sus acciones. La vida humana se centra en la conciencia reflexiva, cuyas representaciones reproducen la "fábula" del mundo.

Al desvalorizar a la naturaleza como conjunto armónico omnicomprensivo, surgen por doquier entidades sueltas, aisladas. Cada hombre está encerrado en el horizonte de su conciencia y para entrar en relación con los demás necesita utilizar razonamientos de analogía. Sabiendo, por experiencia propia, qué estados de ánimo acompañan a ciertas expresiones corporales, al observar gestos semejantes en el cuerpo de los demás podemos inferir, por analogía, cuáles han de ser sus estados internos.

La unidad del hombre, dotado según los clásicos de una alma que informa y vivifica a un cuerpo orgánico, se escinde en un *dualismo* que opone una alma, cuya esencia es ahora el pensamiento o la conciencia, y un cuerpo, constituido por mecanismos dispersos en el espacio. Aunque en la vida corriente, ambos, alma y cuerpo, conjuguen sus actividades en una acción coherente, lo cierto es que para el pensamiento *claro y distinto* es difícil explicar de qué modo estos dos principios del ser humano puedan relacionarse directamente entre sí.

Las dificultades que suscitó la hipótesis cartesiana de la glándula pineal como punto de interferencia entre los procesos anímicos y los corporales dieron el motivo para la formulación de la doctrina *ocasionalista,* defendida principalmente por Malebranche y Geulincx.

En primer lugar, Dios es la única causa realmente eficaz, es decir, productora de un efecto que antes no existía. Las criaturas sólo son causas *ocasionales* que se limitan a promover la acción divina, de acuerdo con los designios previos de la Providencia.

De aquí se sigue, en segundo lugar, que en el hombre ni la sustancia pensante ni el cuerpo pueden actuar directamente uno sobre el otro. Sus respectivos procesos son la *ocasión,* y nada más, para la acción de Dios. "Todas las criaturas son igualmente impotentes... Dios ha querido que mi brazo fuera movido en el mismo instante en que yo mismo querría moverlo. Ha querido que yo tuviera ciertos sentimientos, ciertas emociones, cuando en mi cerebro aparecieran determinadas conmociones." Por consiguiente, alma y cuerpo se vinculan a través de Dios. La libre iniciativa del ser humano se limita a dar paso o a obstaculizar la acción benéfica de Dios.

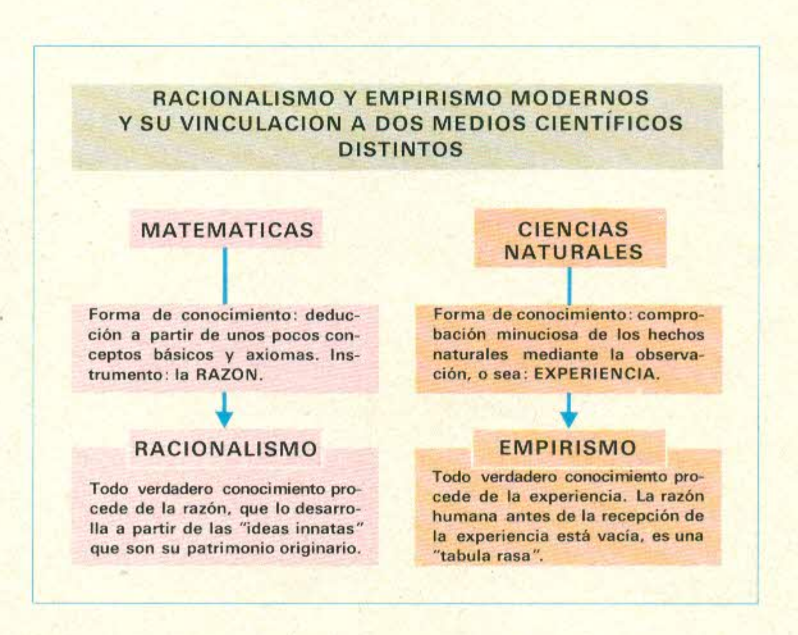
La transposición de esta doctrina en un sistema deductivo de corte geométrico se encuentra en Spinoza. Alma y cuerpo, que podríamos interpretar, forzando algo las cosas, como una conciencia limitada y un pedazo de materia, son respectivamente, en términos de Spinoza, *modos finitos* de los dos atributos infinitos de Dios, pensamiento y extensión. Tales atributos y sus modos sólo pueden existir enraizados en la sustancia divina que los sostiene. Los procesos anímicos y los corporales se corresponden en cada individuo humano como dos líneas paralelas o dos traducciones de un mismo texto. De nuevo, la libertad del hombre equivale al conocimiento y aceptación de las verdades eternas que rigen necesariamente a todo el universo.

La comunicación de las sustancias se interpreta en Leibniz como una armonía preestablecida de las mónadas. Ni el alma respecto del cuerpo ni las mónadas individuales tienen entre sí acción recíproca alguna. El concierto cósmico se puede explicar mediante una comparación. El drama universal es semejante a una representación teatral. Dios ha distribuido a cada actor su papel y ha prefijado su oportuna intervención en la obra. Cada mónada despliega su monólogo según las leyes internas de su estructura, pero el conjunto acorde de los monólogos produce la impresión de un diálogo rico y múltiple como podría observarlo un asistente *sensible* al desarrollo de la pieza. La libertad de la mónada humana no estriba en la indeterminación de la conducta, sino en la *espontaneidad,* mediante la cual aquélla acepta y hace suyo el desarrollo de su dinamismo interior, o sea la armonía del querer humano con los decretos previos de Dios.

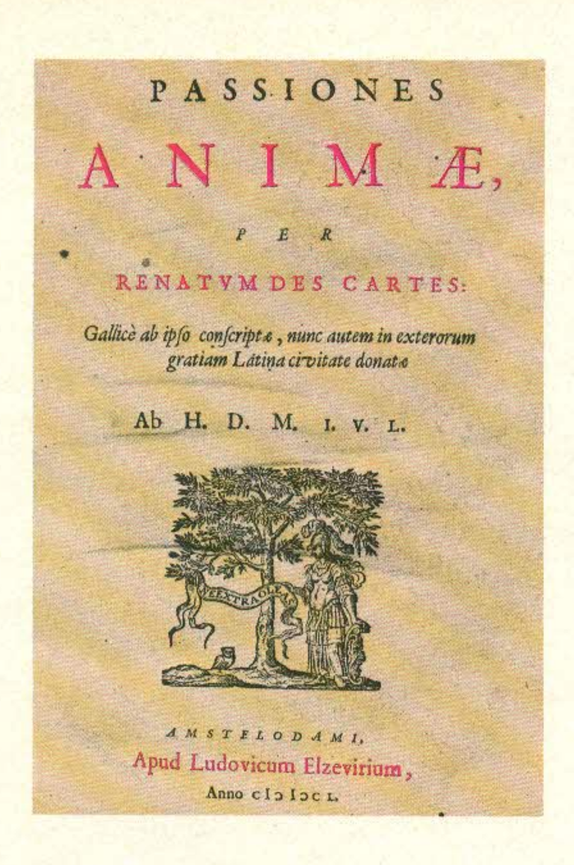
F. G.

mientras que otros se especializaron en el estudio de las del espíritu. Con sus doctrinas, Descartes fue inconscientemente la causa de las dos corrientes filosóficas que se originaron más tarde: escuelas materialistas e idealistas.

Descartes hizo avanzar prodigiosamente las ciencias matemáticas con el método de notación que se llama aún hoy cartesiano. Supuso el espacio dividido por tres ejes y cada punto fijado por tres coordenadas, y distancias a estos ejes. Esto facilitó la formulación de las leyes de las líneas en un plano, o de las superficies en el espacio. Cada curva, cada superficie, si era regular y matemática, tenía sus puntos fijados de antemano por una ley que podía formularse en términos de las coordenadas o distancias a los ejes. Cabe imaginar con qué exito resolvería



Portada de "Passiones animae", de Descartes.



PASSIONES
ANIMÆ,
PER
RENATVM DES CARTES:
Gallicè ab ipso conscriptæ, nunc autem in exterorum gratiam Latina civitate donatæ
Ab H. D. M. I. V. L.

AMSTELODAMI,
Apud Ludovicum Elzevirium,
Anno CIↃ IↃC L.

Descartes los problemas geométricos de la materia, él que aspiraba a sujetar el espíritu a fórmulas matemáticas.

Sin embargo, Descartes no llegó nunca a adoptar, en su exposición filosófica, el vocabulario técnico de las matemáticas, probando sus proposiciones espirituales con demostraciones algebraicas y enunciándolas con teoremas y corolarios. A este extremo llegó, en cambio, su discípulo Baruch de Spinoza, discípulo sólo por la lectura de sus escritos. Spinoza nació en Amsterdam el año 1632, de una familia de judíos portugueses, y por su educación, esencialmente hebrea, puede considerársele también como el último de la serie de grandes pensadores judíos hispánicos. En realidad, Spinoza debe tanto a Maimónides y Abencebrón como a Descartes. Probablemente el hecho de que Spinoza se encuentre en la confluencia de las dos filosofías extremas del Oriente y el Occidente es lo que le da encanto singular y le hace un pensador perenne de toda la humanidad, más que el filósofo de una escuela o una época.

Recibió su primera educación en la escuela de Amsterdam, como se llamaba entonces a la sinagoga; allí aprendió de los ancianos la ciencia de la ley mosaica, y además el hebreo, el latín y el griego. Fuera ya de la escuela, Spinoza leyó las obras de Descartes, y su entusiasmo por la nueva filosofía se manifestó tan fuerte y sincero, que hubieron de reprobarlo los rabinos. El disgusto llegó a tal extremo, que en 1656, cuando Spinoza sólo tenía veinticuatro años, fue expulsado de la sinagoga. Esto hizo de él un paria, desterrado de la judería, denostado por sus compatriotas, odiado por sus parientes, escandalizados, y sin por esto encontrar entre los protestantes holandeses un substituto de la familia y de la gente que le habían excomulgado. Baruch Spinoza aprendió el oficio de fabricante de lentes, acaso para imitar a Descartes; pero éste había tallado lentes por afición, mientras que Spinoza lo hizo para ganarse el sustento.

Panorámica parcial de Estocolmo. Trasladado a la corte de Cristina de Suecia, Descartes no pudo resistir el clima de aquel país y falleció de una pulmonía.

VIDA Y OBRA DE BARUCH SPINOZA

1632 Nace en Amsterdam, de familia judía emigrada de España y Portugal.

1656 Es expulsado de la "escuela" o sinagoga por "herejía". Entusiasmo por el pensamiento cartesiano.

1660 "Corto tratado", que da a conocer su ideología a sus amigos cristianos.

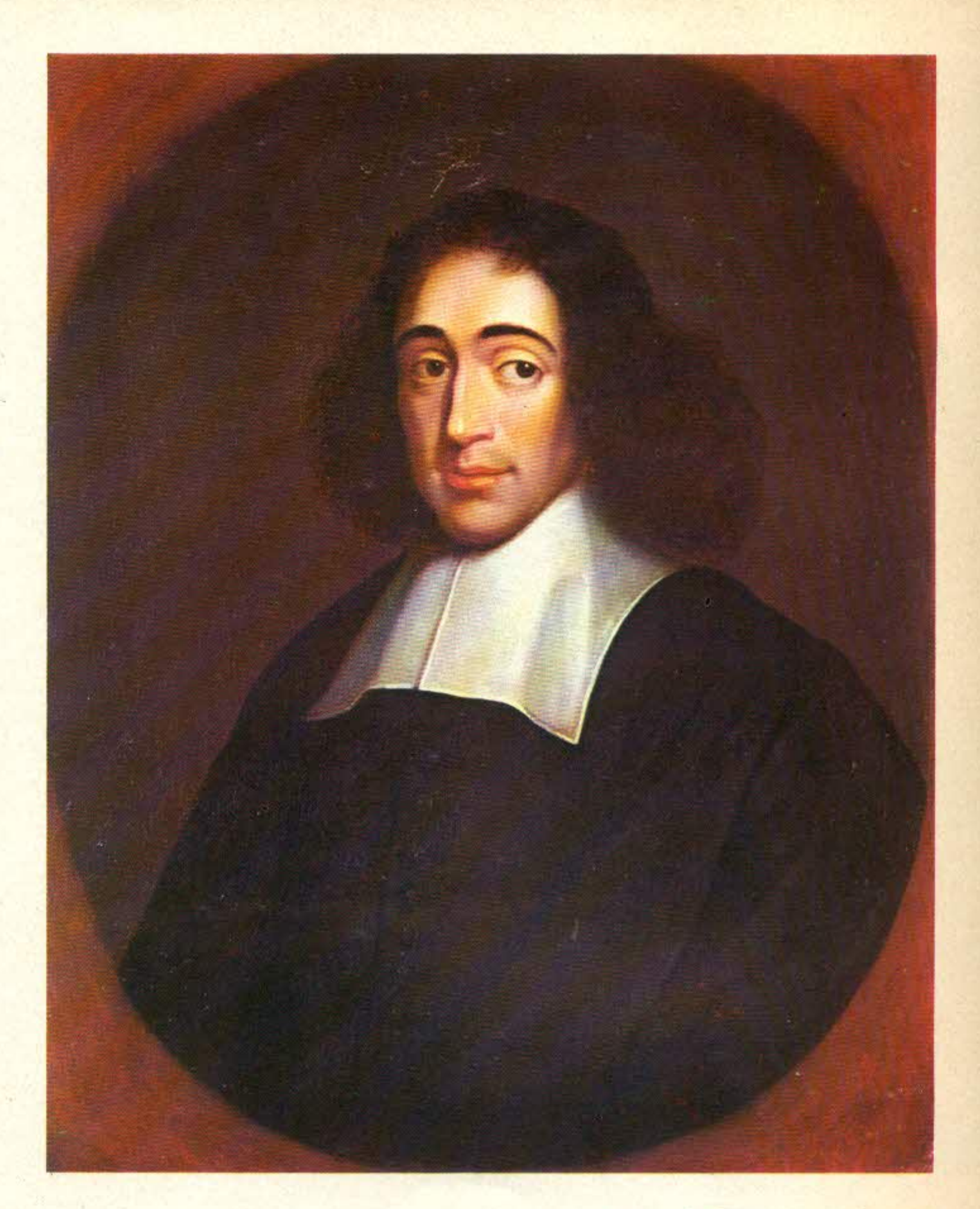
1663 "Principios de la Filosofía de Descartes". Obtiene una pensión vitalicia gracias a su amigo Jan de Witt.

1665 Finaliza lo substancial de la "Etica", que da a conocer a su círculo de amigos íntimos.

1670 Publicación de su "Tratado Teológico-Político", que causa un enorme escándalo.

1677 Muere. Publicación de su "Tratado político".

El biógrafo de Spinoza, su discípulo Colerus, dice que "era débil de cuerpo, enfermizo y propenso a la tisis desde su juventud: de estatura mediana, cutis moreno pálido, cabellos negros y rizados y párpados gruesos. En su aspecto en seguida podía reconocerse su origen hebreo portugués". El año 1663 publicó Spinoza su primer libro: *Principios de la Filosofía de Descartes*. Este trabajo llamó la atención del gran estadista holandés

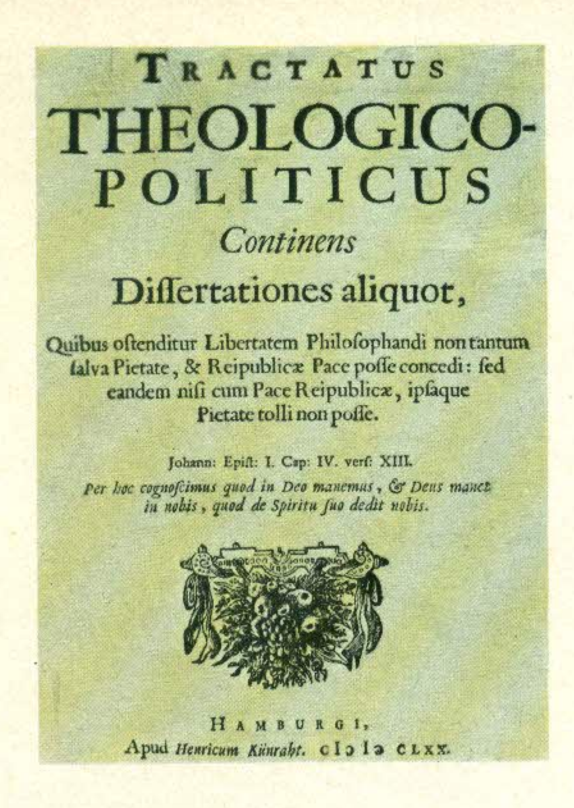


Baruch de Spinoza (Herzog August Bibliothek, Wolfenbüttel).



Amsterdam, la ciudad holandesa patria de Spinoza, el filósofo de origen hebreo-portugués.

Portada de la primera edición del "Tractatus Theologico-Politicus" de Spinoza, impreso sin nombre de autor en Hamburgo en 1670.



TRACTATUS
THEOLOGICO-
POLITICUS
Continens
Dissertationes aliquot,
Quibus ostenditur Libertatem Philosophandi non tantum salva Pietate, & Reipublicæ Pace posse concedi: sed eandem nisi cum Pace Reipublicæ, ipsaque Pietate tolli non posse.

Johann: Epist: I. Cap: IV. vers: XIII.
Per hoc cognoscimus quod in Deo manemus, & Deus manet in nobis, quod de Spiritu suo dedit nobis.

HAMBURGI,
Apud *Henricum Künraht.* CIϽ IϽ CLXX.

Jan de Witt, quien concedió a Spinoza una pensión vitalicia. El agradecimiento de Spinoza le hizo meditar sobre las cosas de gobierno, y acabó por incorporar sus ideas en su obra capital: *Tratado Teológico-político*. Publicado en 1670, el *Tratado* causó tal escándalo, que Spinoza no se vio con ánimo para dar a la imprenta ninguna otra obra suya.

LA ENSEÑANZA DE LAS CIENCIAS EN FRANCIA: LA FISICA

Douai, Arras, Amiens, Ruán, Caen, Reims, Verdun, Metz, París, Châlons, Pont-à-Mousson, Estrasburgo, Bar-le-Duc, Nancy, Colmar, Quimper, Rennes, Sens, Orléans, Auxerre, Vannes, La Flèche, Dijon, Besançon, Tours, Bourges, Nevers, Autun, Châlons-Saone, Poitiers, Limoges, Clermond-Ferrand, Lyon, Saintes, Angouleme, Vienne, Grenoble, Perigueux, St. Flour, Le Puy, Embrun, Burdeos, Cahors, Agen, Carpentras, Aviñon, Montauban, Albi, Nimes, Montpellier, Arles, Aix, Toulouse, Marsella, Pau, Pamiers, Carcasona

● Cursos anuales desde 1700.
▼ Cursos anuales desde 1761.

La *Etica* es ya un libro póstumo, editado por Colerus; Spinoza murió de tisis pulmonar en el año 1676; tenía cuarenta y cuatro años.

El punto de partida del sistema de Spinoza es la distinción que había hecho Descartes entre mente y materia. Esta distinción perdura en Spinoza; sólo que para él mente y materia son dos aspectos de la misma cosa: Dios, que para él es idéntico a la naturaleza entera. Para Spinoza hay dos tipos de naturaleza –dos maneras de ser–, que llama *natura-naturans* y *natura-naturata*; la una es la naturaleza creadora, la otra la naturaleza creada. Descartes había hablado de Dios como de "una sustancia". Para Descartes esto quería decir que Dios existe en sí mismo. Spinoza acogió esta idea como el punto central de todo su sistema. "Yo entiendo como sustancia (Dios) –dice Spinoza– todo lo que existe en sí mismo y se comprende a sí mismo." Como inmediata consecuencia, Spinoza dice que Dios es todo lo que existe, puesto que si hubiese otras sustancias que no fueran Dios, este Dios tendría limitaciones, no sería aquello que son las otras sustancias. Con este argumento Spinoza pretende convencer de que todo el universo es Dios. Aceptado este razonamiento, el judío de Amsterdam llegó a ser el más desenfrenado filósofo panteísta de todos los tiempos. Se ha llamado a Spinoza *el filósofo embriagado de Dios*. Goethe, que coincidía en gran parte con Spinoza, habla de la paz del *espinozismo*. Fue, en realidad, un místico de la naturaleza, adorándola por la perfección y regularidad de sus leyes. Hablando del milagro, deplora que las almas ruines necesiten de fenómenos extraordinarios para conocer y amar a Dios. Para Spinoza, el milagro es la regularidad de los fenómenos. Cree que el ser humano debe percibir mejor la grandeza de Dios en la ley por la cual los tres ángulos de un triángulo suman dos ángulos rectos, que en los prodigios de la vara de Moisés y en la retirada de las aguas del mar Rojo.

El verdadero Dios, según Spinoza, no puede ser imaginado como los pobres dioses que han creado los hombres para sus religiones nacionales. No podemos hablar de El como si tuviera voluntad, o pensamiento, porque estas cualidades le limitarían a ser una persona individual. Y puesto que Dios no tiene individualidad, no razona, no tiene ningún propósito fijo. Creando y obrando, Dios cumple con su misma esencia.

Dios, por lo tanto, es libre; está todo Él en la Naturaleza, nadie puede influirle o cambiarle. Dios es la naturaleza-creadora, la naturaleza-naturanda, aunque está también en la naturaleza-naturada. El hombre, en cambio, es individualizado y limitado; pero el hombre

es una parte de la naturaleza y, por lo tanto, de Dios. Cuando el hombre es verdaderamente hombre, es libre también, porque cumple su función. La acción del hombre es ser humano. La pasión le hace infeliz. No se pueden llamar acciones humanas las que realiza el hombre fuera de su naturaleza racional, filosófica o matemática. Lo que el hombre realiza apartándose de su naturaleza no son acciones, son pasiones; padece por ellas, es una víctima de ellas, no un creador, elemento de Dios y parte de la natura-naturanda. Lo que nosotros llamamos virtud, para Spinoza es simple acción; el pecado, o desorden, es, para Spinoza, pasión.

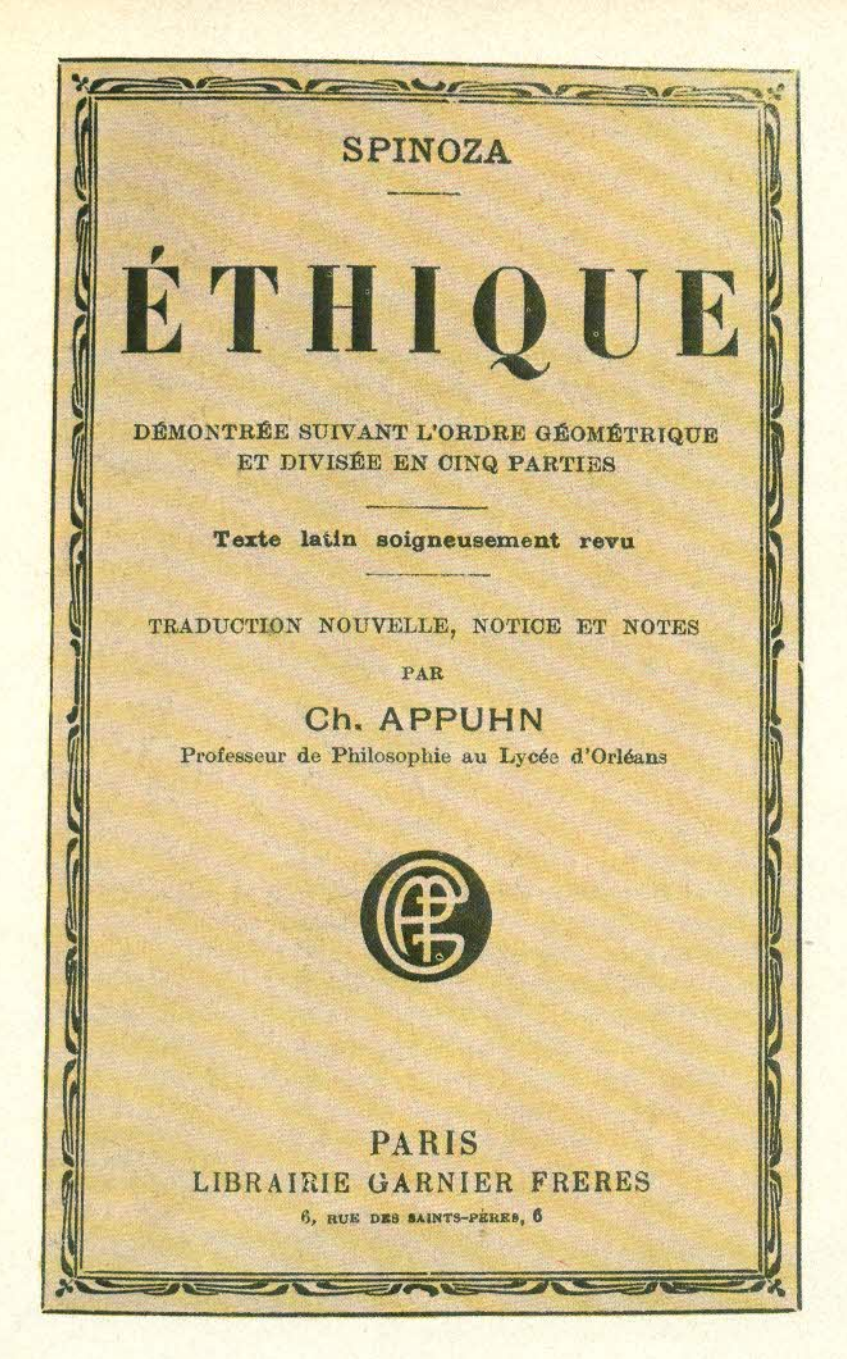
Lo más característico del hombre es el entendimiento; la verdadera acción humana es conocer. Spinoza descubre el goce perfecto en "el amor intelectual de Dios". Este amor no es sentimental y emotivo, sino esencialmente intelectual. He aquí a Spinoza, al discípulo de Descartes, proclamando aún la supremacía de la razón. Pienso, luego existo, dijo Descartes; conozco, luego adoro esto que conozco, dice Spinoza. Dios está en mí y le veo presente en la ley de todas las cosas. Pero como Dios y el universo son dos aspectos de una misma sustancia, calma y contento infinito sólo pueden llegar al hombre de la pura contemplación de las leyes supremas y de la esencia del mundo. ¿Qué puede hacer el hombre mejor que contemplar a Dios? Contemplando la naturaleza creada, la naturaleza-naturada, el hombre goza de la presencia de la naturaleza creadora, naturaleza-naturanda, que es la ley inmutable y universal del cosmos. Por la razón, el filósofo consigue la unidad mística con Dios; recobra su posición en la naturaleza-naturanda, que había perdido con sus pasiones, convirtiéndose en bestia. El hombre, humanizado por el pensamiento, se reintegra en la esencia misma del mundo y no es un profeta, o un místico; es Dios, parte de Dios.

Ya hemos dicho que todo el sistema de Spinoza está desplegado en fórmulas matemáticas, en apariencia indiscutibles, pero saturado de fe y de alegría por la convicción que le infunde la certeza de poseer la verdad, sólo vislumbrada por Descartes. No hay en los libros de Spinoza ni remordimiento por haber dejado la religión de sus mayores ni irritación para con la sinagoga por no haberle comprendido. Pobre y solitario, Spinoza vivió en un paraíso como el de los patriarcas que hablaban con Dios y paseaban con El por el jardín del Edén. "Y Dios hizo crecer en el Paraíso todos los árboles que son agradables de mirar, y todos los que producen buenos frutos", dice la Thora. En Holanda, los árboles del Edén, con bellas flores y sabrosos frutos, eran fórmulas geométricas y leyes físicas, en las que Spinoza veía la gloria de Dios, con la inteligencia suya, que también era Dios.

A su modo, Spinoza había resuelto la gran dificultad enunciada por Descartes. El foso entre mente y materia, cuerpo y alma, había sido colmado por Spinoza con la idea de la sustancia absoluta, que lo es todo, y de la que mente y materia son sólo dos aspectos. Des-

Compañía militar constituida por burgueses holandeses. La publicación del "Tractatus Theologico-Politicus" provocó tal escándalo en Holanda, que Spinoza no se atrevió a publicar nada más.




SPINOZA

ÉTHIQUE

DÉMONTRÉE SUIVANT L'ORDRE GÉOMÉTRIQUE
ET DIVISÉE EN CINQ PARTIES

Texte latin soigneusement revu

TRADUCTION NOUVELLE, NOTICE ET NOTES
PAR
Ch. APPUHN
Professeur de Philosophie au Lycée d'Orléans

PARIS
LIBRAIRIE GARNIER FRERES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

Portada de una edición moderna de la "Etica" de Spinoza, obra póstuma del filósofo holandés.



cartes había definido la materia como algo dotado de extensión, y la mente como lo que no ocupaba espacio ni tenía altura ni profundidad. Spinoza no discutió esta división, pero aceptó sin vacilar que ambas clases de sustancias, mente y materia, eran Dios. Ahora bien, en una época esencial y fundamentalmente lógica, para muchos debió de ser irritante que una cosa fuese a la vez extensa e inextensa. Esta es la dificultad que trató de resolver Wilhelm Leibniz, catorce años más joven que Spinoza.

Leibniz nació en Leipzig el año de 1646, de una familia en la que era tradicional la práctica de la jurisprudencia. Su padre había sido por una temporada profesor de Derecho; Leibniz encontró, pues, en su propia casa, estímulo y libros para hacerse una educación filosófica. Aprendió también matemáticas en Jena, empezando entonces a imaginar relaciones entre los números y la esencia de las cosas. Cuando sólo tenía dieciséis años escribió una tesis en la que se atrevía a decir "que la esencia de las cosas son los números". Era, en realidad, la vieja idea de Pitágoras, según la cual cada cosa tiene su forma mensurable matemáticamente y cada objeto o idea puede ser enunciado o definido según un número. Claro está que para Leibniz número quería decir una fórmula algebraica, pero, al fin y al cabo, cada cosa era algo mensurable y representable por medio de una fórmula. La consecuencia inmediata de esta idea es que, lo mismo que pueden hacerse operaciones con números, deben poderse hacer operaciones aritméticas con las cosas que ellos, los números, representan. Se pueden sumar ideas y cosas, multiplicarlas o dividirlas, como se pueden sumar o restar números.

Las doctrinas de Leibniz en este punto coinciden con la fantástica *Arte Magna* de Raimundo Lulio, que Leibniz conoció primero por los comentarios de Giordano Bruno y después en los textos originales. Otra analogía es que, para Leibniz, la suma de todos los números posibles será Dios, como para Lulio Dios era la suma de todos los atributos: Bondad+ Belleza+ Grandeza+ Pureza, etc. Estas eran las ideas de Leibniz joven, y le vemos más o menos propenso a volver a ellas toda su vida. Pero Leibniz, además, se ocupó de política internacional y derecho público, y pensó en conciliar a protestantes y católicos. A los veinticuatro años recibió su nombramiento de juez en el tribunal supremo del duque de Hannover.

Gottfried Wilhelm Leibniz, por M. Scheits (Herzog August Bibliothek, Wolfenbüttel).



Comprendiendo también que la paz de Europa dependía de tener a Francia ocupada en lejanos países para que no se lanzara sobre Alemania, Leibniz imaginó proponer a Luis XIV un plan de conquista de Egipto. El rey de Francia nunca llegó a leer el *memorándum* de Leibniz, pero Napoleón lo descubrió en los archivos y quedó sorprendido de haberse visto anticipado por aquel pensador alemán más de un siglo antes que él pensara en invadir el valle del Nilo. Además, Leibniz comparte con Newton la gloria de haber descubierto el cálculo infinitesimal, base de toda la ciencia matemática moderna. La prioridad de Newton o Leibniz en este asunto ha sido muy discutida. Por fin, se ha logrado poner en claro algunos puntos acerca de ello. Primero: Newton dio a conocer sus ideas de cálculo de las *fluxiones* en 1669, mientras que Leibniz publicó sus estudios matemáticos del 1682 a 1692. Segundo: Parece probado que Leibniz pudo ver algunas de las cartas que Newton escribió sobre este asunto, y que cuando Leibniz fue a Londres, en 1673, visitó a Newton, quien debió de comunicarle sus

BREVE CRONOLOGIA DE LEIBNIZ

1646	Nace en Leipzig.
1661	Es iniciado en la Escolástica. Lee a Bacon, Campanella, Kleper, Galileo y Descartes y adopta el mecanicismo cartesiano.
1663	Presenta su tesis "Sobre el principio individual". Se declara nominalista.
1666-1667	Estudia matemáticas en la universidad de Jena; entrevé los principios del cálculo diferencial. Jurisprudencia en Aldorf: presenta su tesis doctoral "De casibus perplexis in jure".
1668	Unido al barón von Boineburg, se ocupa en altas cuestiones políticas: "Tratado sobre la elección de los reyes de Polonia".
1670	Escribe la "Teoría del movimiento abstracto y del movimiento concreto". Redacta un plan de unión europea.
1672	Va a París en misión diplomática al servicio del elector de Maguncia: es necesario convencer a Luis XIV de una alianza entre los estados cristianos.
1673	Visita Inglaterra y entra en contacto con Boyle.
1674-1676	Reside en París y se relaciona con Malebranche y Arnauld.
1676	Inventa el cálculo infinitesimal y demuestra que la ley de la conservación del movimiento de Descartes era falsa.
1677	Reside en Alemania; se encarga de la redacción de la historia de la familia Brunswick. Escribe sus principales obras de filosofía.
1678	Sostiene los derechos de los príncipes alemanes en el Imperio y expone a Pedro el Grande un plan para introducir entre sus pueblos la civilización occidental.
1680	Se da a conocer como geólogo: establece la división entre rocas de origen externo y origen interno.
1682	Funda las "Acta Eruditorum" para mantener en estrecho contacto a todos los que actúan en diversas ciencias.
1684	Correspondencia con Bossuet: cómo unir las Iglesias cristianas. Publica el "Nuevo método para la determinación de las máximas y mínimas", que contiene las principales líneas del cálculo infinitesimal.
1691-1694	Sostiene en sus opúsculos que la esencia del cuerpo no es la extensión (teoría cartesiana), sino la fuerza.
1694	Escribe el "Sistema nuevo de la naturaleza y de la comunicación de las sustancias", doctrina de la armonía preestablecida.
1704	Escribe "Nuevos ensayos sobre el conocimiento nuevo"; defiende la teoría de las ideas innatas, combatiendo la de Locke sobre la "tabula rasa".
1710	Publica "Ensayos de Teodicea", preocupación por conciliar la existencia del mal con la existencia de Dios.
1716	Muere en Hannover.

LEIBNIZ, FUNDADOR DE LA LOGICA MODERNA

Las ideas precursoras de las notables amplificaciones y decisivos avances que presenta la lógica a lo largo del siglo XX, especialmente después de la publicación en 1910-1913 de los *Principia Mathematica* de Whitehead y Rusell, se encuentran ya en Leibniz.

En primer lugar, la tesis de que la lógica y las matemáticas forman un saber unitario. El fundamento común de las dos grandes disciplinas es, según Leibniz, el principio de contradicción. Con él solo se puede demostrar toda la aritmética y la geometría. Para pasar ulteriormente de la matemática a la física se requiere otro principio: el de razón suficiente, que Leibniz formula en los siguientes términos: "nada ocurre sin que haya una razón suficiente en virtud de la cual esto es así más bien que de otra manera". Aplicada a la acción divina, dicha verdad primaria recibe el nombre de "principio de lo mejor": Dios obra según buenas razones y jamás arbitrariamente. Por esto, el mundo es el mejor de los que Dios podría haber creado *(optimismo)*.

La lógica aristotélica como teoría de la forma demostrativa dependía de una interpretación de la realidad, según la cual el mundo está constituido por sustancias o cosas dotadas de una esencia y unas propiedades que se exponen en el sujeto y el predicado de los juicios categóricos correspondientes. Leibniz liberó a la lógica de tales supuestos y la abrió a todas las múltiples relaciones del cálculo matemático, en donde se halla la demostración tal como la entiende la ciencia moderna.

Leibniz propugna, además, el uso de símbolos y fórmulas para expresar los elementos y las relaciones lógicas. De esta manera consigue superar la ambigüedad de las palabras y hace posible el desarrollo de unas operaciones y un cálculo lógico. Con ello quedaba fundada la *logística* como sistema de signos artificiales y de reglas de uso puramente formal. Otros autores la han denominado *lógica simbólica o matemática*.

Leibniz ha desarrollado una *characteristica universalis* que es un estudio de los signos o *characteres*, definidos por él como "cosas mediante las cuales se expresan las relaciones de otras cosas entre sí y que son más fáciles de tratar o manejar que estas otras cosas". Expone las propiedades de los sistemas de numeración y compara el sistema decimal con el diático o digital, indispensable para los ordenadores o máquinas modernas de cálculo.

El uso de los símbolos lógicos se justifica además, según Leibniz, porque el hombre para poder pensar necesita apoyar sus ideas en signos que les den configuración y articulación. He aquí otra de las tesis capitales del pensamiento más reciente, en virtud de la cual la lingüística ha llegado a tener un papel sumamente importante en la filosofía, especialmente en el estructuralismo actual.

La lógica de Leibniz trata de los temas clásicos: concepto, juicio y razonamiento, pero en todas partes desarrolla puntos de vista que se adelantan a su época.

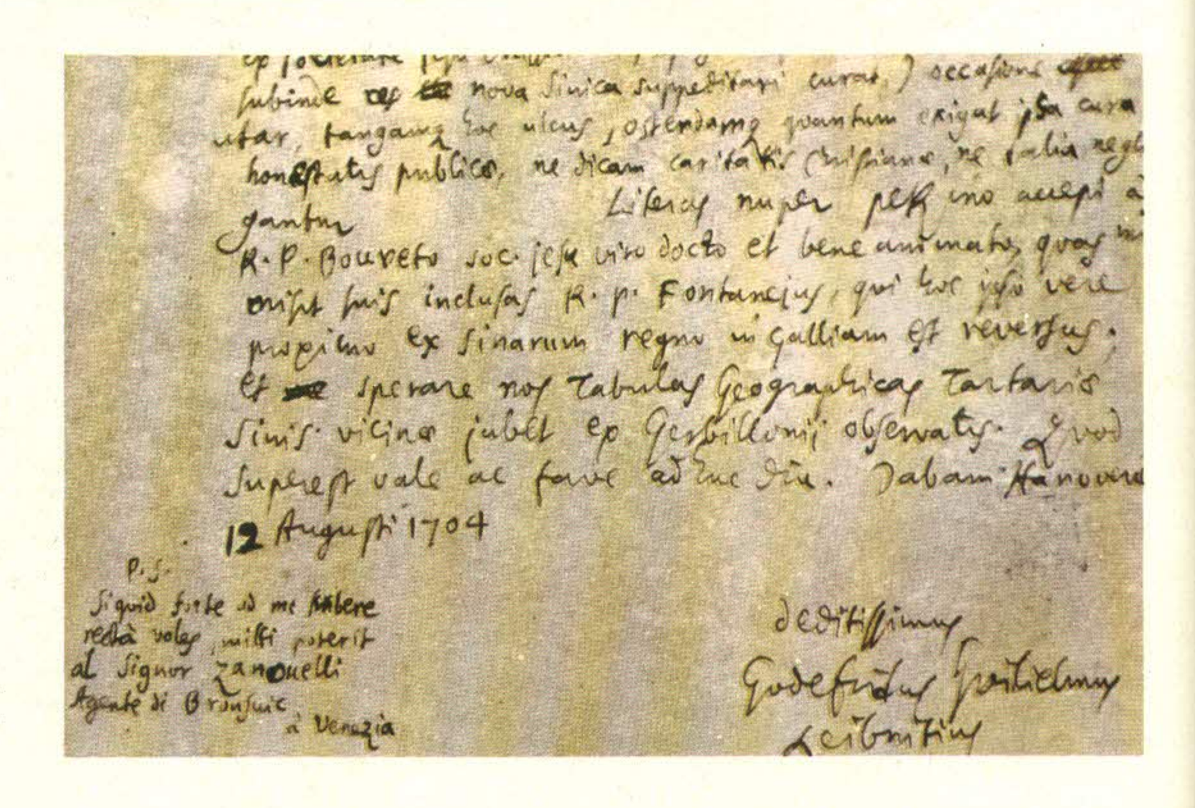
Los conceptos tienen una consistencia propia; en cierto modo, existen en sí, en virtud de la necesidad que vincula sus notas o componentes. El análisis de los mismos, tal como exige la definición adecuada, lleva al entendimiento a nociones primeras, indefinibles por su simplicidad. A partir de tales elementos mentales es posible pensar en una *arte combinatoria* que podría componerlos de diferentes maneras, como se hace con las letras del alfabeto, y así desarrollar deductivamente "el gran libro del mundo".

Los juicios expresan verdades. Ahora bien, en toda verdad el predicado debe estar, según Leibniz, contenido en el sujeto, porque de lo contrario no habría razón suficiente para atribuírselo. Sea cualquiera el modo como el hombre llegue al conocimiento de una cosa, la afirmación que lo expone ha de ser un "juicio idéntico", que se denominará más tarde "juicio analítico". Así pues, las "verdades de hecho" han de poder reducirse a "verdades de razón". La verdad, en general, debe definirse como una implicación necesaria entre ideas.

La teoría del silogismo tradicional la interpreta Leibniz como un desarrollo de la "combinatoria", sólo que aplicado a proposiciones. Si la silogística clásica se había limitado a afianzar demostrativamente proposiciones ya sabidas, la teoría deductiva que Leibniz se propone cultivar pretende llegar a descubrimientos nuevos. Para poder conseguirlo es preciso hacer entrar en la deducción relaciones nuevas similares a las del cálculo matemático, porque, al fin y al cabo, todo es *argumenta in forma*.

Las ciencias son sistemas de verdades en desarrollo ilimitado cuya articulación permite obtener proposiciones inéditas, de modo parecido a como en una serie matemática los nuevos términos aparecen con sólo conocer la razón que los determina.

F. G.


R. P. Bouveto Soc. Jesu viro docto et bene animato
inclusas R. P. Fontanciy, qui hoc ipso vere
ex Sinarum regno in Galliam est reversus.
Tabulas Geographicas Tartariae
Sinis vicinae jubet ex Gerbillonii observatis. Quod
superest vale ac fave ... Dabam Hanoverae
12 Augusti 1704

P. S.
Siquid forte a me habere
volet, mitti poterit
al Signor Zanovelli
Agente di Brunswic a Venezia

deditissimus
Godefridus Guilielmus
Leibnitius

Autógrafo de Leibniz conservado en la Biblioteca Nacional de Florencia.

La difusión de la ciencia moderna en Francia se debe, aparte del entusiasmo de algunos particulares y de la protección real, a la acción de las Ordenes religiosas, jesuitas y oratorianos principalmente. Mientras los jesuitas preferían las grandes ciudades para instalar sus colegios y se distinguían por su interés por las matemáticas, los oratorianos fundaron sus residencias en ciudades de segundo orden y dieron gran impulso a la observación de la naturaleza y a la enseñanza de las ciencias.

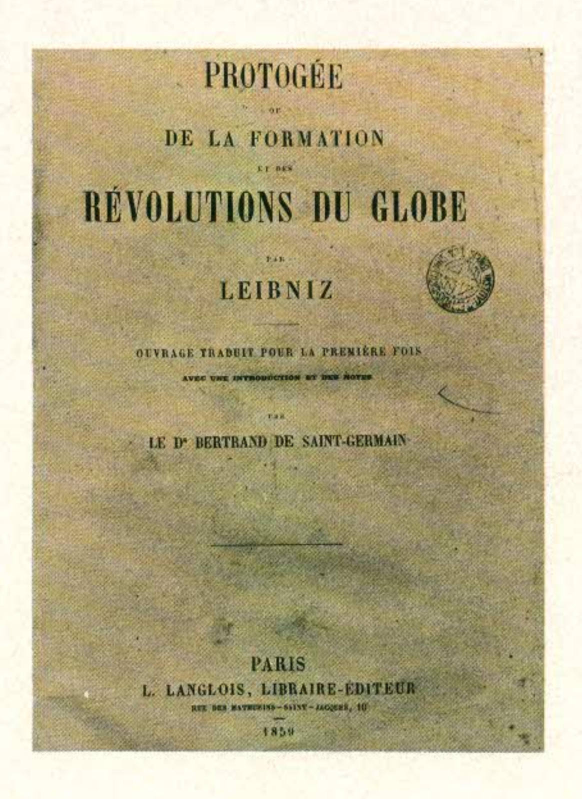


descubrimientos matemáticos. Tercero: El método propuesto por Leibniz para el cálculo es completamente original, y mucho más práctico y manejable que el de Newton. En este asunto, pues, el hombre de imaginación y precursor fue el sabio inglés, mientras que el alemán dio a su método forma práctica y accesible a todo el mundo.

Pero debemos, por fin, entrar a describir la verdadera filosofía de Leibniz, su teoría de las *mónadas*. Con ellas pretendió resolver el problema de lo extenso y lo inextenso, planteado por Descartes y superado, sin resolverlo, por Spinoza. *Mónada* viene de *monos*, que quiere decir *uno;* cada cosa es completa y lo encierra todo.

Leibniz empezó por recalcar que hay cosas o estados de ánimo que se hace difícil decir si son materia o mente, extensas o inextensas; por ejemplo, sueños, desmayos, alucinaciones, no se puede decir que sean puros objetos mentales. Forman un anillo intermedio entre lo extenso y lo inextenso. Lo mismo puede decirse de luz y calor; no son ni mente ni materia. Fuerza tampoco puede catalogarse ni en la una ni en la otra de las dos mitades de la gran subdivisión de Descartes. Así la "fuerza" que hace una piedra cuando resiste el movimiento que la empuja, ¿es mente o es materia? Fuerza, acaso lo esencial de la materia, no puede hacerse contrastar con mente, como habían propuesto Descartes y Spinoza. La materia es, por lo tanto, inmaterial... Por lo tanto, Dios, que quedó partido, según la solución de Spinoza –natura-naturanda y natura-naturada–, y debía ser extenso e inextenso a la vez es unificado de nuevo por Leibniz. Según él, materia y mente son idénticas y parten del mismo Dios cósmico. Leibniz compartió con Spinoza la idea de la unidad del cuerpo y alma y creyó resolver el problema de la unidad del universo, que parecía ilógica en Spinoza. Además, Leibniz en cierto modo se conservó panteísta, como Spinoza, como los estoicos y como Averroes.

Pero si razonando Leibniz llegaba con los ojos de la mente a la conclusión de la unidad del universo, con los ojos corporales veía el mundo compuesto de cosas variadísimas. Cada uno de los objetos de la Creación parecía tener su vida aparte e influir, modificándolos, en los otros objetos. Cada hombre quiere y piensa a su modo. Leibniz reconoció que cada parte activa del mundo, cada indivi-


PROTOGÉE

OU

DE LA FORMATION

ET DES

RÉVOLUTIONS DU GLOBE

PAR

LEIBNIZ

OUVRAGE TRADUIT POUR LA PREMIÈRE FOIS

AVEC UNE INTRODUCTION ET DES NOTES

PAR

LE Dr BERTRAND DE SAINT-GERMAIN

PARIS

L. LANGLOIS, LIBRAIRE-ÉDITEUR

RUE DES MATHURINS-SAINT-JACQUES, 10

1859

Portada de "Prot–jé ou de la formation et des révolutions du globe", de Leibniz (traducida al francés por Bertrand de Saint-Germain; Biblioteca Central, Barcelona).

duo, cada objeto, es una parte de la sustancia del cosmos o de la fuerza que lo mueve. El universo será, pues, una unidad formada de pluralidades.

Para explicar este conjunto, uno y plural, Leibniz creyó encontrar poderosa ayuda en la palabra *mónada*. Cada mónada, según Leibniz, era el centro de la acción, o de la fuerza, que la mantenía. Cada mónada reflejaba todo lo demás del mundo como un espejo, y así, reflejándolo todo, lo resumía todo. Cada cosa tiene algo de todas las demás; podríamos decir que, en su fórmula algebraica, en el número que representa la cosa, entran todas las cifras, las mismas cifras que entran en los demás objetos, o en los números de los demás objetos. Cada mónada se basta a sí misma y tiene una completa individualidad, su carácter y su historia. Pero en cada mónada se puede distinguir, como en una bola de cristal, todo el resto del mundo. Parecerá a algunos que todas las mónadas serán idénticas, ya que todas reflejan lo mismo: el universo entero. Pero de hecho no es así; cada una tiene su curvatura propia, y la imagen del espejo varía con cada mónada. Además, hay grados o categorías en las mónadas, según que reflejen el mundo exterior más o menos correctamente, sobre todo más o menos claramente. La gran preocupación de Descartes, afanoso por las ideas precisas, en Leibniz se convierte en un modo de graduar el valor de las mónadas. Las hay imperfectas, porque reflejan el mundo con confusión; son materiales, bajas... Las mónadas espirituales, como alma, mente, están coronadas por la mónada suprema, que es Dios. He aquí, pues, otra vez a Dios reapareciendo del modo más inesperado. No se necesitaba en el sistema de Leibniz un Deus-ex-machina para explicar la Creación o su funcionamiento. Pero Leibniz, alma religiosa no menos que filósofo, no podía dejar de ver al Ser Supremo en el vértice de la jerarquía de las mónadas. Dios es la mónada perfecta y representa a todo el universo. Es la mónada central.

***Ceres y ninfas*, por Rubens (Museo del Prado, Madrid). Entre los artistas del barroco descuella el flamenco Pedro Pablo Rubens, que crea formas abultadas a las que agita casi hasta la deformación.**



Dios, mónada central, ha predestinado cada cosa a contribuir a una armonía prefijada de antemano; ésta es la famosa doctrina de Leibniz: la de la *Armonía preestablecida*. Cada mónada es independiente, pero, a la vez, actúa como si estuviera influida por las demás mónadas, pues Dios ha prescrito la ley y orden del universo. Por este camino llega Leibniz a formular su sentencia de que vivimos en "el mejor de los mundos posibles". Leibniz no nos dice si él cree en la posibilidad de que existan otros mundos, mejores o peores; claro está que si hay una sola posibilidad, ésta tiene que ser la mejor.

Leibniz culmina con el desarrollo de un factor de la realidad sólo entrevisto por Descartes: la conciencia. A Descartes le sirvió de punto de apoyo el método de conocer. Pienso, tengo conciencia de ello, esto lo sé bien: la misma clase de evidencia inexpugnable debo procurar conseguir en todas mis proposiciones. Para Descartes, sin embargo, la conciencia no es más que una prueba de su existencia y racionalidad. Para Leibniz la conciencia es casi la explicación del mundo. La naturaleza tiende al conocimiento racional. El universo es una valoración de lo inconsciente. Los grados de claridad de la conciencia son grados en la jerarquía de los seres. Toda mónada aspira a un estado de conciencia clara y diferenciada.

Leibniz a veces se irrita contra el sistema

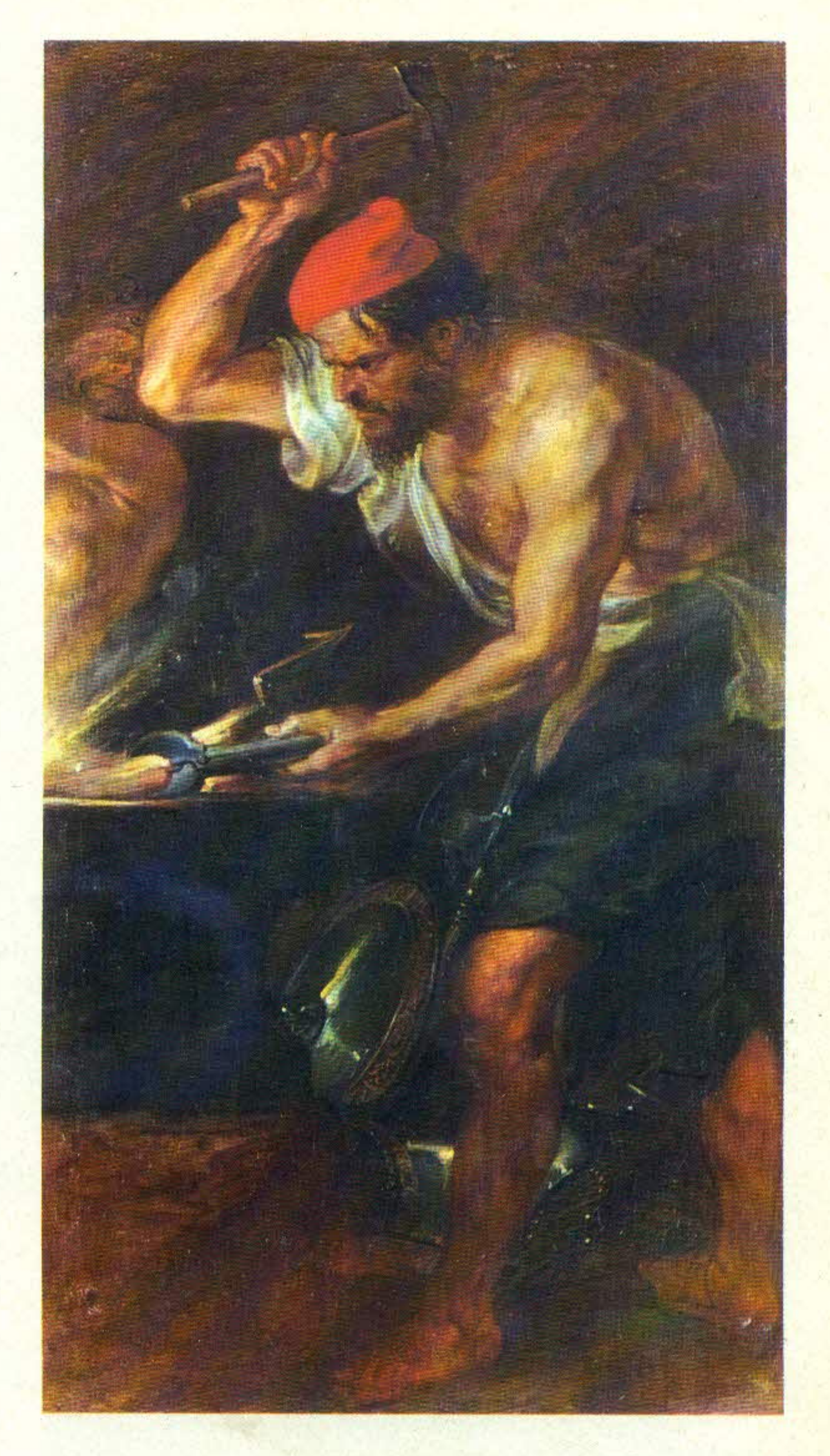
mecanístico del cosmos: "Mr. Newton y sus discípulos tienen una curiosa opinión acerca de Dios y su acción. Según ellos, Dios debe dar cuerda a su reloj de vez en cuando, si no, se pararía. Dios no fue bastante previsor para construirlo de manera que marchara eternamente. Dios tiene que reparar su maquinaria, y esto prueba que ha sido mal ingeniero...". Causa tristeza ver a Leibniz burlarse de *Mr. Newton*, como más tarde Voltaire se burlaría de *Herr Leibniz*.

Resumiendo, Descartes y Leibniz nos procuraron los más importantes métodos de trabajo de la moderna matemática: la notación por coordenadas y el cálculo infinitesimal. Spinoza nos legó un ejemplo de paz filosófica (basada en la contemplación intelectual del universo) que el mundo no había conocido desde los estoicos.

Esto es aproximadamente lo que se pensaba a fines del siglo XVII, pero ¿qué efecto tuvieron las ideas de los grandes filósofos en las gentes? ¿Qué es lo que sentían y cómo lo manifestaban? En una palabra: ¿cuáles eran las corrientes en literatura y arte? Poco se produjo que valga la pena de mencionar aquí, en poesía y prosa. Es la época de la literatura canallesca (picarismo) y de la exageración sentimental (preciosismo). ¡Qué contraste con el esfuerzo investigador de los grandes pensadores en el terreno de lo absoluto!

Muy diferentes fueron los efectos en el campo del arte. Los atrevimientos de los filósofos para librarse de los conceptos fijados por la escolástica medieval que dogmatizaba sobre un universo creado con formas fijas, actuales, visibles, tangibles, sin posibilidad de interpretación personal, animaron a los artistas a formular su estilo con libertad. Los artistas no miraron ya más al mundo como algo que debían imitar sin poder dar su interpretación personalísima.

Ni aun el mundo permaneció estable, estático, idéntico para cada uno de nosotros: los cuerpos se agitaron deformándose, con una volubilidad que sorprende, en cada obra de arte de este siglo extraordinario. Se califica la época de barroca; y la palabra barroca, que significa perla irregular, pero esférica, sugiere el carácter del arte barroco. Las formas se abultan, se deshacen, se envuelven en una composición imaginativa que no es la pura confusión. Rubens con sus pinturas expone posibilidades de acción y movimiento que no serían capaces de realizar los seres vivos; son creaciones de la mente en las que la materia interviene como colaboradora, no como autora. Las líneas de los contornos desaparecen para que las manchas de colores más vivos que los de la realidad llenen el espacio de imágenes.

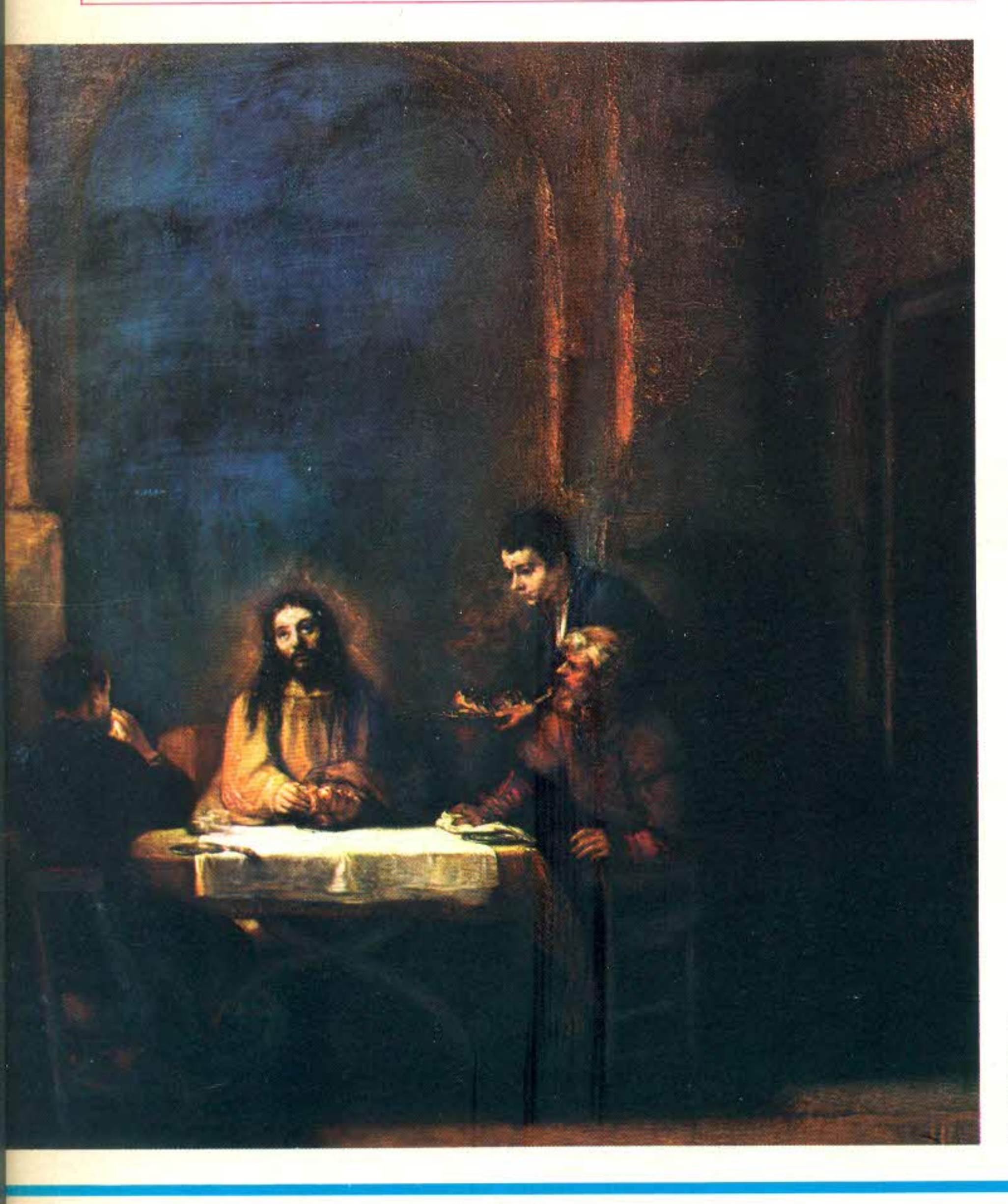


Vulcano, por Rubens (Museo del Prado, Madrid). En esta pintura, Rubens nos da una prueba de la expresión barroca de la acción y del movimiento.

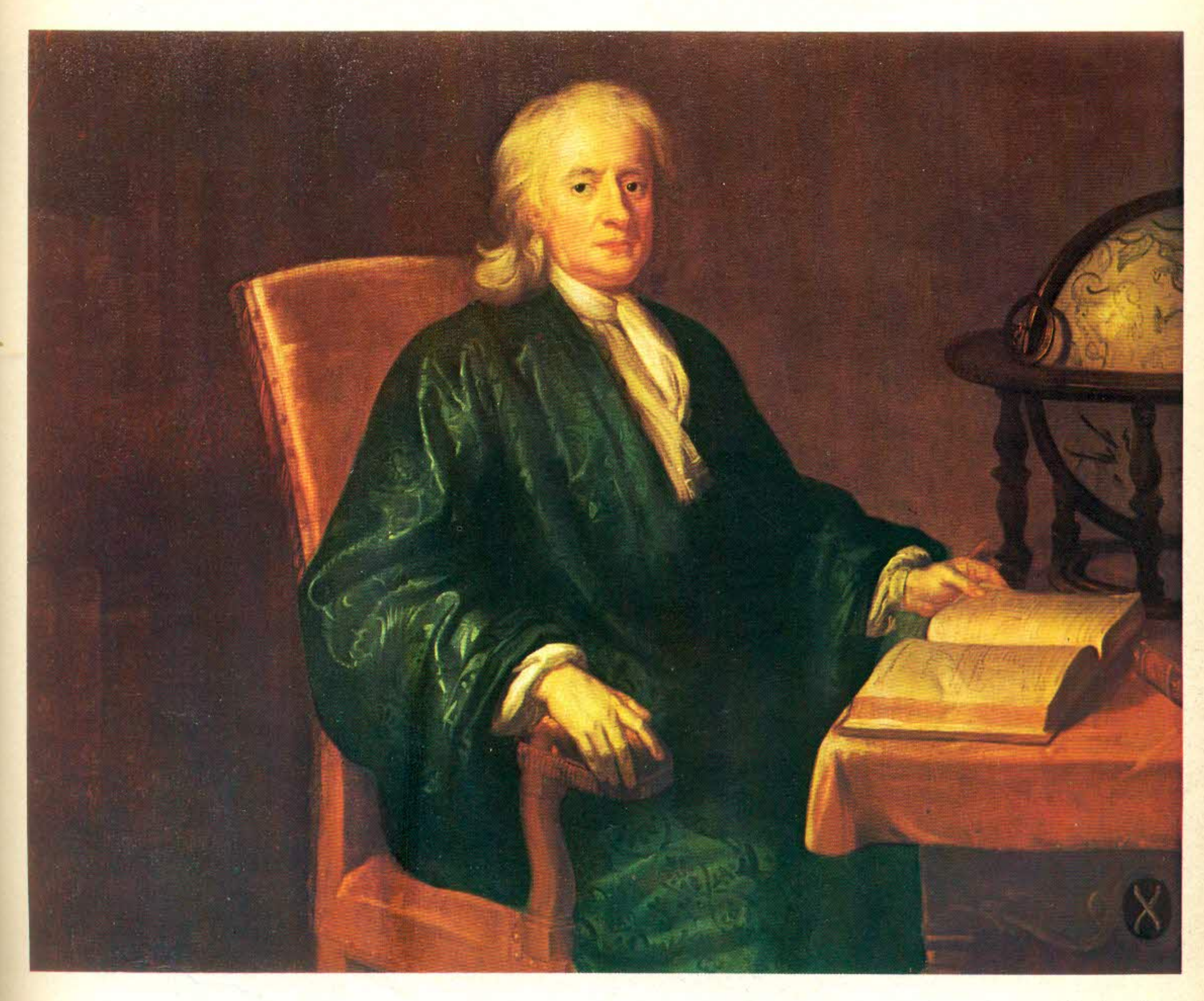
Algo más tarde, Rembrandt, contemporáneo de Descartes y Spinoza, proyecta sus visiones más espirituales que reales. Nunca se había creído que el alma pudiera expresarse tan claramente y comunicando lo inefable con tanta precisión. La materia barroca es fluida, pero clara, transparente; los pintores barrocos precisaron la posibilidad de una materia-inmaterial y dijeron lo indecible con formas a veces brillantes –Rubens– o tenebrosas –Rembrandt–. Dijeron lo que los filósofos sólo balbucieron. La pintura fue la verdadera creación.

BIBLIOGRAFIA

Cassirer, E.	*El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia moderna,* México.
Couturat, L.	*La logique de Leibniz d'après des documents inedits,* Hildesheim, 1961.
Delaval, Y.	*Leibniz critique Descartes,* París, 1960.
Descartes, R.	*Discurso del Método* (introducción, traducción y notas de J. Pérez Ballestar), Barcelona, 1953.
Guéroult, M.	*Descartes selon l'ordre des raisons,* París, 1953.
Hirschberger, J.	*Historia de la filosofía* (vol. II), Barcelona, 1963.
Leibniz, G. W.	*Discurso de Metafísica* (versión, comentarios y notas de Julián Marías), Madrid, 1942.
Marías, J.	*Historia de la filosofía,* Madrid.
Polo, L.	*Evidencia y realidad en Descartes,* Madrid, 1963.
Rodis Lewis, G.	*Nicolas Malebranche,* París, 1963.



Los discípulos de Emaús, por Rembrandt (Museo del Louvre, París). Dentro también de la pintura barroca, Rembrandt se distingue por las visiones espirituales expresadas en formas tenebrosas.



Isaac Newton (National Portrait Gallery, Londres).

De Newton a Kant

Descartes había descubierto que el hombre existía porque pensaba. Pero, ¿qué podía pensar el hombre? ¿Cómo se originaban sus pensamientos? ¿Qué relación había entre las cosas pensadas y los pensamientos que ellas originan?... Estos son los problemas que se propuso revelar la humanidad a fines del siglo XVII, problemas naturalmente insolubles, porque haría falta un juez de nuestros pensamientos, extraño a nosotros y a las mismas cosas pensadas. Tendría que ser una tercera persona, un espíritu superior, que decidiera si hay analogía entre los pensamientos y las cosas que pensamos conocer.

Durante la Edad Media se había dispuesto de este tribunal supremo del pensamiento: la Revelación era el juicio de Dios. Se manifestaba por la Escritura o los escritos de los Santos Padres; si no había desacuerdo entre la fe y la ciencia, ésta movíase libremente para buscar la adecuación entre el pensamiento y la realidad en que la verdad consiste. Las cosas, según Aristóteles y su intérprete Tomás de Aquino, tenían una realidad inmutable y cognoscible, y para Tomás, piedra de toque del conocimiento humano era la Revelación. Descartes, después de comprobar su propia existencia por el fenómeno del pensamiento, quiso asegurarse de la exactitud de lo que pensaba comproban-

LAS CIENCIAS NATURALES EN EL SIGLO XVIII

BUFFON

"Historia natural". Intendente de los Jardines de Plantas del Rey, publica entre 1749 y 1789 esta obra monumental en 32 volúmenes. Se trata de una descripción del mundo de la naturaleza basada en la observación personal.

GEOLOGIA

Se sigue en esta ciencia el relato bíblico de la creación y aunque se conoce la existencia de los fósiles, no se les da la importancia debida. "Teoría de la Tierra", "Epocas de la Naturaleza". En estas obras, Buffon y sus discípulos establecen la edad de la Tierra, hablan de etapas en su formación e interpretan correctamente los fósiles.

ZOOLOGIA-BOTANICA

La obra de Buffon es meramente descriptiva.

CLASIFICACION PLANTAS Y ANIMALES

LINNEO

"Systema naturae". Establece el sistema de clasificación por géneros y especies. Cree en la inmutabilidad de la especie.

ADANSON

"Familias de plantas". Establece un nuevo sistema de clasificación.

FISIOLOGIA DE ANIMALES Y VEGETALES

REAMUR SPALLANZANI

Establecen la naturaleza de la digestión.

NUTRICION-RESPIRACION

HALES

Estudia la savia en "Estática de los vegetales".

PRIESTLEY-LAVOISIER

Estudia la absorción del carbono y el desprendimiento de oxígeno por las plantas. Estudios sobre la respiración de los animales.

GENERACION ESPONTANEA

Desaparece la creencia en la generación espontánea de los insectos, gusanos, etc., pero se mantiene el principio. Disputa entre Spallanzani y Needham.

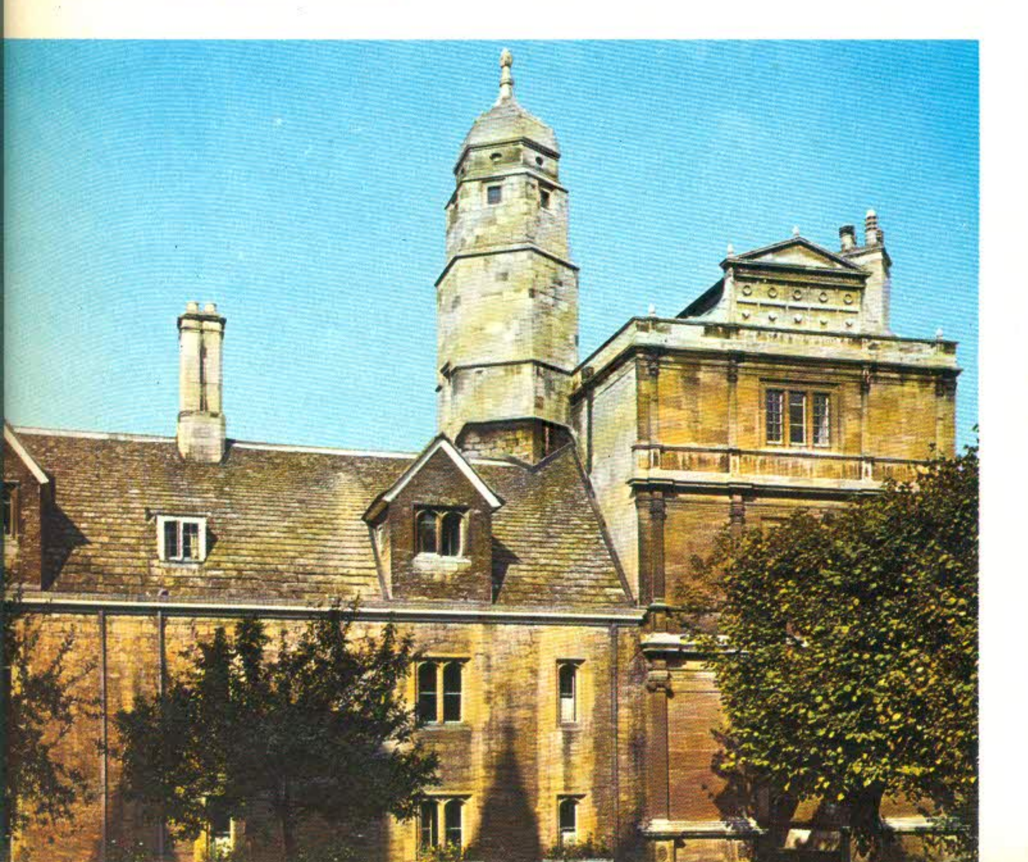
FECUNDACION

Se descubre la sexualidad de las plantas. No se llega a conclusiones en el estudio de la reproducción animal.

FIJISMO O TRANSFORMISMO

Buffon, Maupertuis, Adanson, conocen la influencia del medio ambiente en los seres vivos, su adaptación a él, las semejanzas entre animales de la misma especie, el problema de los fósiles. Se empieza a hablar de evolución.

Vista de un "college" de Cambridge, la ciudad universitaria en donde estudió Newton.



do también la existencia de Dios. Puesto que Dios nos había creado seres pensantes, no nos dejaría pensar aberraciones.

Esta segunda parte, o sea la del Ser divino juez, extraño a nosotros y a las cosas pensadas, es la que quiso eliminar el problema del pensamiento en el siglo XVIII. Sin entremeterse en negar la existencia de Dios, los "pensadores" o filósofos se plantearon la formidable pregunta de si se podría comprobar, con los recursos puramente humanos del conocimiento, la identidad entre nuestros pensamientos y las cosas pensadas.

Galileo, Kepler y Copérnico habían enunciado algunas leyes matemáticas del universo que se podían comprobar diariamente por la simple observación. Podía caber error en lo que se pensaba de las cosas mismas, pero no cabía errar en lo que se pensaba de cómo actuaban, cómo se comportaban. Podía subsistir todavía el temor de que los humanos nunca llegarían a penetrar la esencia misma de las cosas hasta el punto de formar de ellas

ideas exactas, pero de lo que no quedaba duda era de que el pensamiento humano anticipaba el curso de los astros, la velocidad del péndulo y la aceleración de un cuerpo al caer, formulando sus leyes con rigurosa exactitud matemática.

Convenía conocer, pues, cuantas más mejor, estas leyes de los fenómenos, porque la suma de todas ellas podía ser la causa y aun la esencia misma del universo. He aquí, pues, cómo lo que empezó siendo un problema metafísico del pensamiento, se convirtió insensiblemente en un esfuerzo desesperado de investigación de las leyes físicas. Pero he aquí también la explicación de por qué a cada momento surgía de nuevo la pregunta original, el gran interrogante: ¿se ajusta a la realidad lo que pensamos y conocemos? ¿Somos capaces de pensar algo exacto?

Mas, como la pregunta debía quedar sin contestación, en seguida volvía a comenzar con más ardor la investigación de las leyes de los fenómenos naturales. Este doble interrogatorio metafísico y físico recrudeció al formular Newton un completo sistema del universo como mecanismo regido por fórmulas matemáticas. Isaac Newton nació en el año 1642 en un villorrio del camino de Londres a York. Hijo póstumo, y nacido antes de tiempo, su naturaleza delicada y sensible le hacía tímido y a la vez apasionado en sus investigaciones científicas. La madre de Newton casó en segundas nupcias y el muchacho fue educado por la abuela; en realidad, careció de un hogar que pudiera llamar su casa hasta que fue admitido en Cambridge como estudiante. Las notas manuscritas de Newton, cuando era sólo estudiante en el *Trinity College,* revelan que ya entonces había empezado a analizar los colores de la luz por medio del prisma y que había descubierto el método de las fluxiones para calcular áreas, análogo al cálculo diferencial descubierto simultáneamente por Leibniz.

Pero cada época tiene su problema obsesionante, y en aquel momento lo que preocupaba a la humanidad eran las leyes del movimiento; Galileo había postulado que un cuerpo se movería indefinidamente, con velocidad uniforme y en línea recta, de no intervenir otras fuerzas que vinieran a perturbarlo. Kepler, por su parte, había descubierto que las órbitas de los planetas eran elipses. ¿Cuál era, pues, la razón del movimiento elíptico de los astros del sistema planetario? ¿Por qué, en lugar de moverse en línea recta, procedían en giros elípticos alrededor del Sol? Esto es lo que trató de explicar Newton, y esto es lo que le llevó al descubrimiento de la famosa ley de la atracción universal.



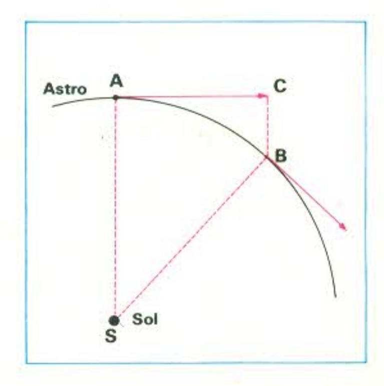
La casa natal de Newton, según un grabado del siglo XVIII que adorna la portada del libro de D. Brewster "La vida de sir Isaac Newton" (Biblioteca Central, Barcelona).

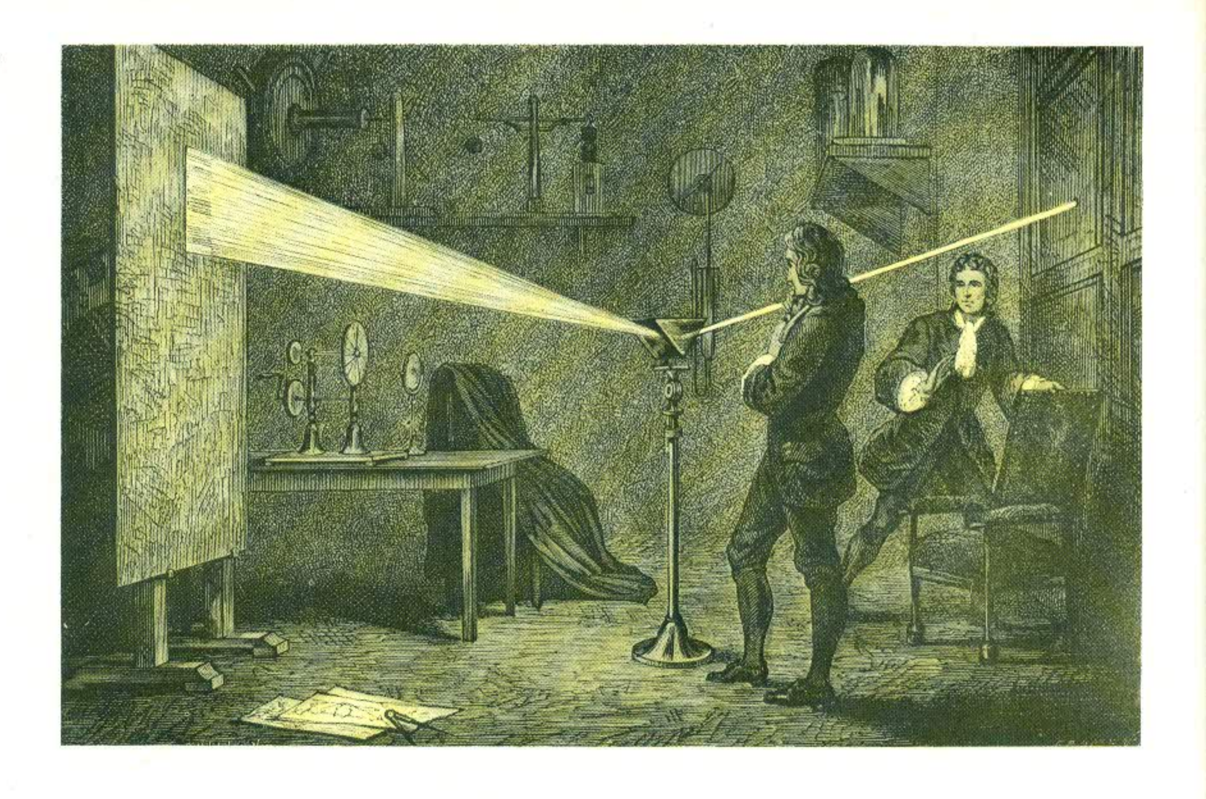
He aquí el simple razonamiento de Newton. El astro A pasa a B en su misma órbita en un período fijo de tiempo. Pero A llega a B con la misma velocidad que cuando estaba en A; por tanto, para desviarlo ha debido intervenir una fuerza extraña. Esta es la que Newton trataba de medir y que llamó *aceleración.* Según el paralelogramo de las fuerzas, la nueva fuerza que tuerce la dirección del astro actúa en la dirección CB, y obsérvese que esta CB es paralela a AS, o sea al radio. Por tanto, el astro A en movimiento no sigue indefinidamente en la línea recta AC porque se siente atraído por una fuerza continua en la dirección AS.

Para calcular la magnitud de esta fuerza Newton se valió de la ley de Kepler, quien había observado que los cuadrados de las revoluciones o tiempos que tardan en recorrer sus órbitas los planetas están en la misma proporción que los cubos de sus distancias al Sol. Con esta proporción, $T^2 : t^2 = R^3 : r^3$, Newton formuló la ley de la atracción universal, esto es, que los cuerpos se atraen en razón directa del producto de sus masas y en razón inversa del cuadrado de sus distancias, o sea con una fuerza de

$$\frac{M \times m}{d^2}$$

En un principio, Newton no trató de generalizar esta ley a todos los cuerpos celestes o terrestres; se contentó con que se adaptaran a ella los astros del sistema solar que lla-





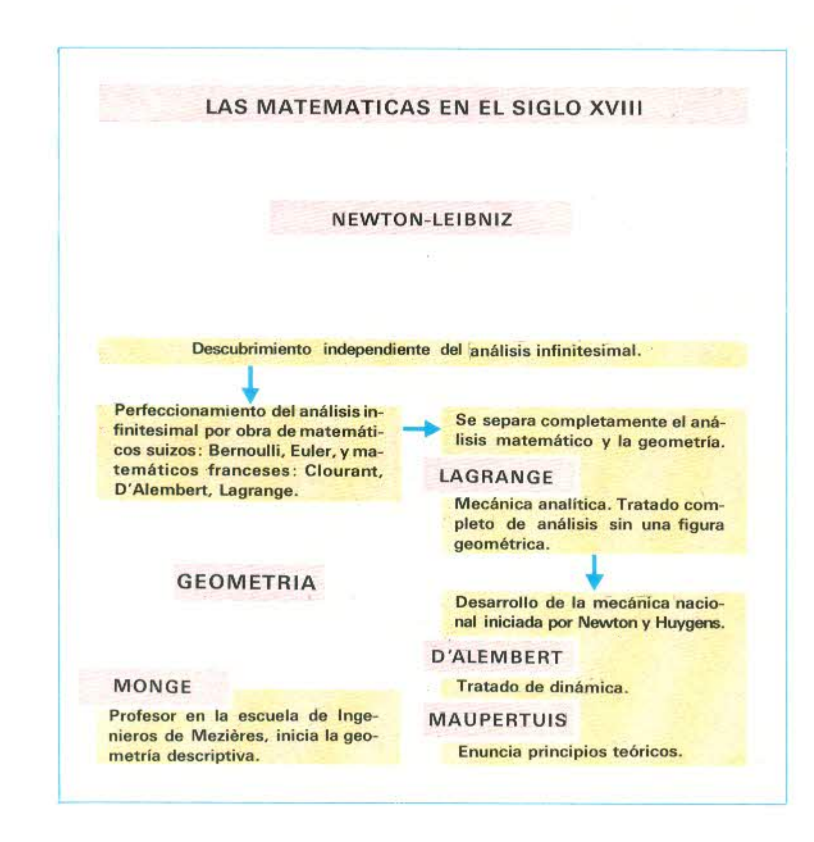
Estudios de Newton sobre la luz, en un grabado del siglo XIX.

mamos planetas. Pero pronto observó que no sólo los astros, sino todos los cuerpos son atraídos unos por otros. Los objetos caían –las manzanas del jardín caían– y con movimiento uniformemente acelerado; todos los cuerpos terrestres, al caer en el vacío, caen también con movimiento uniformemente acelerado, y si unos se retrasan al caer más que otros, es por la resistencia del aire.

Newton trató de comprobar la ley de la atracción universal aplicándola al caso de la Luna; ésta debía "caer" hacia la Tierra, pero estando más alejada que los objetos del suelo, debía caer con una velocidad menor que los cuerpos que están en la superficie terrestre. Si los cuerpos en la superficie terrestre caen a razón de 16 pies por segundo, la Luna, que está a la distancia de 60 veces el radio de la Tierra, debe *caer* con una velocidad de 16 pies por segundo dividida por 60^2.

Pero la velocidad de la caída hacia la Tierra, o aceleración, de la Luna podía determinarse directamente, y tras algunas dudas (al principio no conocía Newton con exactitud la medida de la Tierra) pudo comprobar que la ley de la gravitación universal se verifica en el caso de la Luna, esto es, que la aceleración de la órbita de la Luna era fijada por el cálculo.

Newton, que, como hemos dicho, era de temperamento soñador y tímido, no publicó su descubrimiento de la ley de la gravitación hasta mucho más tarde. Durante algunos años se entretuvo en estudios de óptica, con prismas y espejos, descomponiendo y recomponiendo la luz en su laboratorio de Cambridge... Había sido nombrado profesor, pero el cargo sólo le obligaba a dar una lección por semana y a escuchar, durante dos horas semanales, consultas de sus discípulos. Pese a su salud precaria, trabajaba sin cesar y dormía poco. Comía con gran irregu-



laridad, y apenas salía de su cuarto, por el que paseaba siempre de un lado al otro en inquieta meditación. Absorbido por sus nuevos estudios de óptica, Newton parecía haberse olvidado ya de la ley de atracción universal cuando sintióse estimulado a estudiar de nuevo aquel problema por las divagaciones de un joven pensador llamado Hooke. Aunque sin poder probarlo, aseguraba Hooke que un cuerpo atraído por otro –como los planetas– recorría una órbita elíptica si había experimentado un impulso inicial. Newton, por el contrario, creía que su ley de la atracción universal estaba en flagrante desacuerdo con la realidad, porque, de ser como él creía, las órbitas de los planetas habían de ser espirales. Hasta es probable que esta duda le hiciera retardar la publicación del descubrimiento.

Mas para probar que Hooke no tenía razón y que él, Newton, estaba en lo cierto, éste comenzó otra vez sus cálculos y con sorpresa vio que Hooke acertaba y que a su ley se ajustaban las órbitas de los planetas, que ciertamente eran elípticas. No había, pues, ya la menor posibilidad de error: la ley de la atracción universal estaba confirmada por cuerpos terrestres y cuerpos celestes, los cielos y la tierra obedecían a aquella simplicísima fórmula de ser la aceleración o atracción igual a

$$\frac{\text{Masa} \times \text{masa}}{\text{distancia}^2}$$

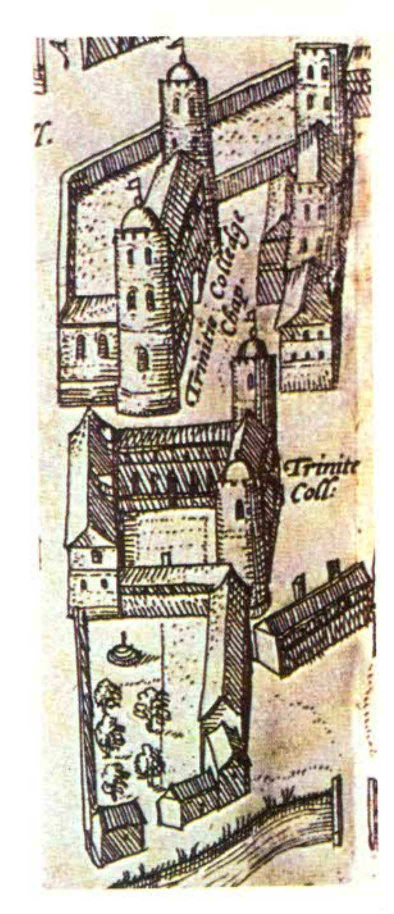
A pesar de la alegría que debió de producirle a Newton tal certitud, todavía demoró por algunos años su comunicación al público. Fue necesario que otro de sus jóvenes admiradores, llamado Halley, le obligara casi a la fuerza a escribir una breve comunicación para la *Royal Society,* la flamante Academia de Ciencias fundada en Londres por Carlos II. El título de esta primera comunicación de Newton es *De Motu,* o *Del movimiento,* y fue leída el 10 de diciembre de 1684. El interés que despertó fue tan grande, que Newton ya no pudo excusarse de desarrollar el tema con toda la importancia que merecía, y en 1687 publicó su obra magna: *Philosophiæ naturalis principia mathematica.*

Los *Principia* son un modelo de brevedad, precisión y lógica en las demostraciones. Redactada la obra en latín correctísimo, apareció en un volumen de 500 páginas, ilustradas con diagramas y figuras grabadas al boj. Los *Principia* se dividen en tres partes: la primera trata del movimiento en el espacio libre de obstáculos; la segunda, de los problemas del movimiento cuando hay resistencia en la moción; finalmente, la tercera parte contiene sugestiones de carácter general acerca de la constitución de la materia y sobre el Ser Supremo que preside el universo.

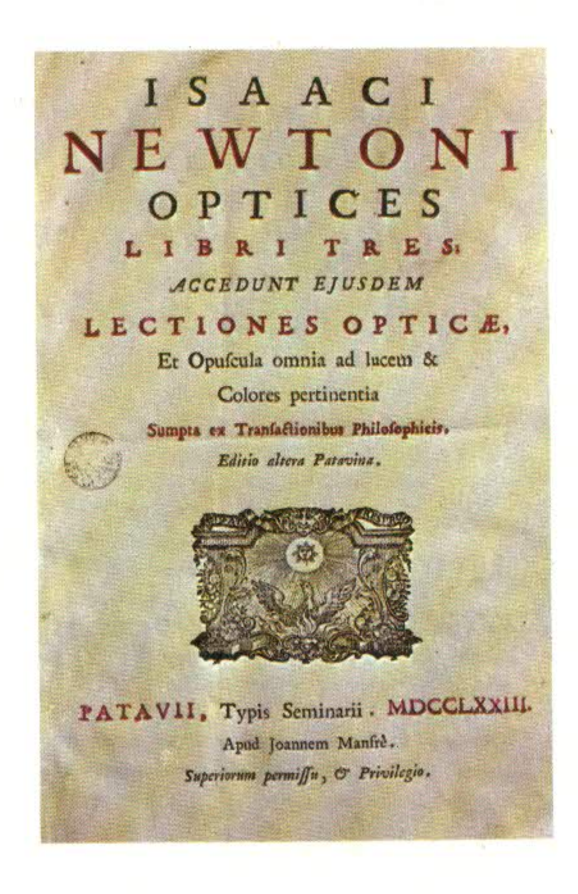
Lo que hacía más atractivo el sistema de Newton es que no excluía al Creador. El pensamiento humano conocía las leyes de la naturaleza, pero asimismo conocía a Dios. El hecho de ser el universo un sistema regido por leyes matemáticas era otra prueba de una inteligencia ordenadora en toda la creación. Newton sostuvo que la materia en estado de difusión, esto es, en átomos aislados, por sí misma, sin la ayuda del plan y el poder divinos, de ninguna manera habría podido formar cuerpos tan diferentes como el Sol, lleno de luz y fuego, y los planetas, oscuros y apagados; éstos no hubieran tampoco podido darse a sí mismos la fuerza inicial que les obligaba a girar continuamente alrededor del Sol.

En un tratado de óptica, Newton insistió en que tiempo y espacio eran absolutos y necesarios atributos de Dios. La materia en su última división (los átomos) era sólida, uniforme e imperecedera. Entre los átomos, llenando los poros, había un fluido de densidad variable llamado éter. Los cuerpos eran opacos o transparentes según la medida de los espacios. Acerca de la naturaleza de la luz, Newton dijo que era "algo que se propagaba en línea recta en todas direcciones partiendo de los cuerpos luminosos".

Este universo con materia sólida, compacto, inactivo, excepto por la fuerza de la



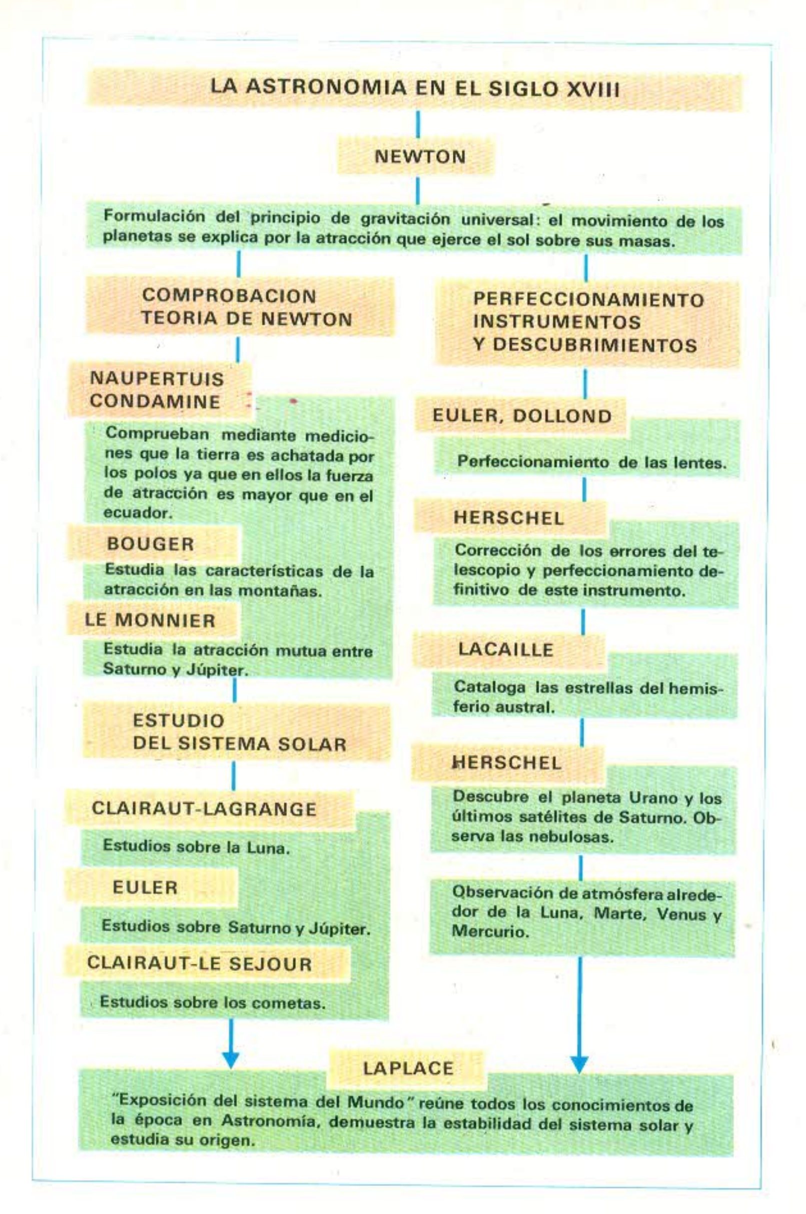
Perspectiva del "Trinity College" de Cambridge, donde el joven Newton realizó sus estudios (detalle del plano de Cambridge de la obra "Civitates Orbis Terrarum"; Biblioteca Nacional, Madrid).



ISAACI
NEWTONI
OPTICES
LIBRI TRES:
ACCEDUNT EJUSDEM
LECTIONES OPTICÆ,
Et Opuscula omnia ad lucem &
Colores pertinentia
Sumpta ex Transactionibus Philosophicis.
Editio altera Patavina.

PATAVII, Typis Seminarii. MDCCLXXIII.
Apud Joannem Manfrè.
Superiorum permissu, & Privilegio.

Portada de la edición latina de la "Optica" de Newton (Biblioteca Central, Barcelona).



gravitación, es el que hemos venido conociendo hasta principios del siglo XX. Hoy parece caducado: el espacio no es absoluto, hemos entrado en la era de la relatividad. Pero he aquí, según propia definición en los *Principia,* el universo de Newton: "Hay un *absoluto-tiempo,* compuesto de instantes, y un *absoluto-espacio,* compuesto de puntos; hay materia dividida en partículas que cada una persiste inalterable a través del tiempo y ocupa, en cada instante, un punto del espacio. Cada partícula ejerce una fuerza sobre las otras partículas, cuyo efecto es la atracción. Cada partícula tiene una masa que está en proporción inversa a la aceleración producida en ella por una fuerza. Las leyes físicas, como la ley de la gravitación, pueden formularse como fuerzas que ejercen su acción de partícula a partícula".

Esto por lo que toca a la doctrina newtoniana. Por lo que se refiere al método, Newton formuló tres reglas. La primera podríamos llamarla de la simplicidad: "No tenemos que introducir más causas que aquellas que son suficientes para explicar los fenómenos. La naturaleza, que no hace nada en vano, tampoco necesita causas superfluas". La segunda ley es la de la uniformidad: "Para explicarnos los mismos efectos debemos, si es posible, asignarles las mismas causas". La tercera ley es la de la simultaneidad: "Las cualidades intrínsecas que encontramos en todos los cuerpos a nuestro alcance debemos estimarlas como cualidades de carácter universal que estarán también en los cuerpos que no podemos observar de cerca".

¡Cuán familiares nos parecen estas tres reglas de Newton! ¡Pero cuán nuevas y arriesgadas para su tiempo! Como caía la manzana, "caían" la Luna, y hasta las estrellas, que estaban fuera del radio de nuestra experimentación. He aquí, sobre todo, lo que hubiera sido más peligroso de la filosofía de Newton para los escolásticos de la Edad Media. La naturaleza en su última división era uniforme, no había superioridad ni inferioridad en las partículas, los individuos estaban compuestos de materia exactamente igual. Por su compuesto orgánico no había motivo de autodeterminación. Los organismos vivos, que se había creído que por sí mismos tenían derecho a una individual idiosincrasia, eran compuestos de materia obligada por leyes simples, uniformes y simultáneas en todo el universo. El argumento del drama cósmico no era la salvación del hombre, sino, según la hipótesis enunciada por Newton, la acción y reacción de las fuerzas mecánicas. El hombre atraviesa la escena como un proyectil disparado a través del cosmos inalterable.

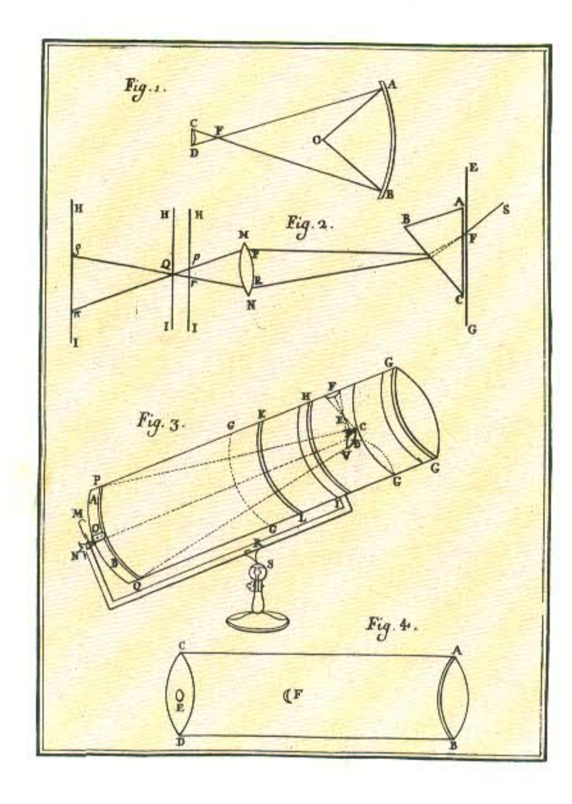


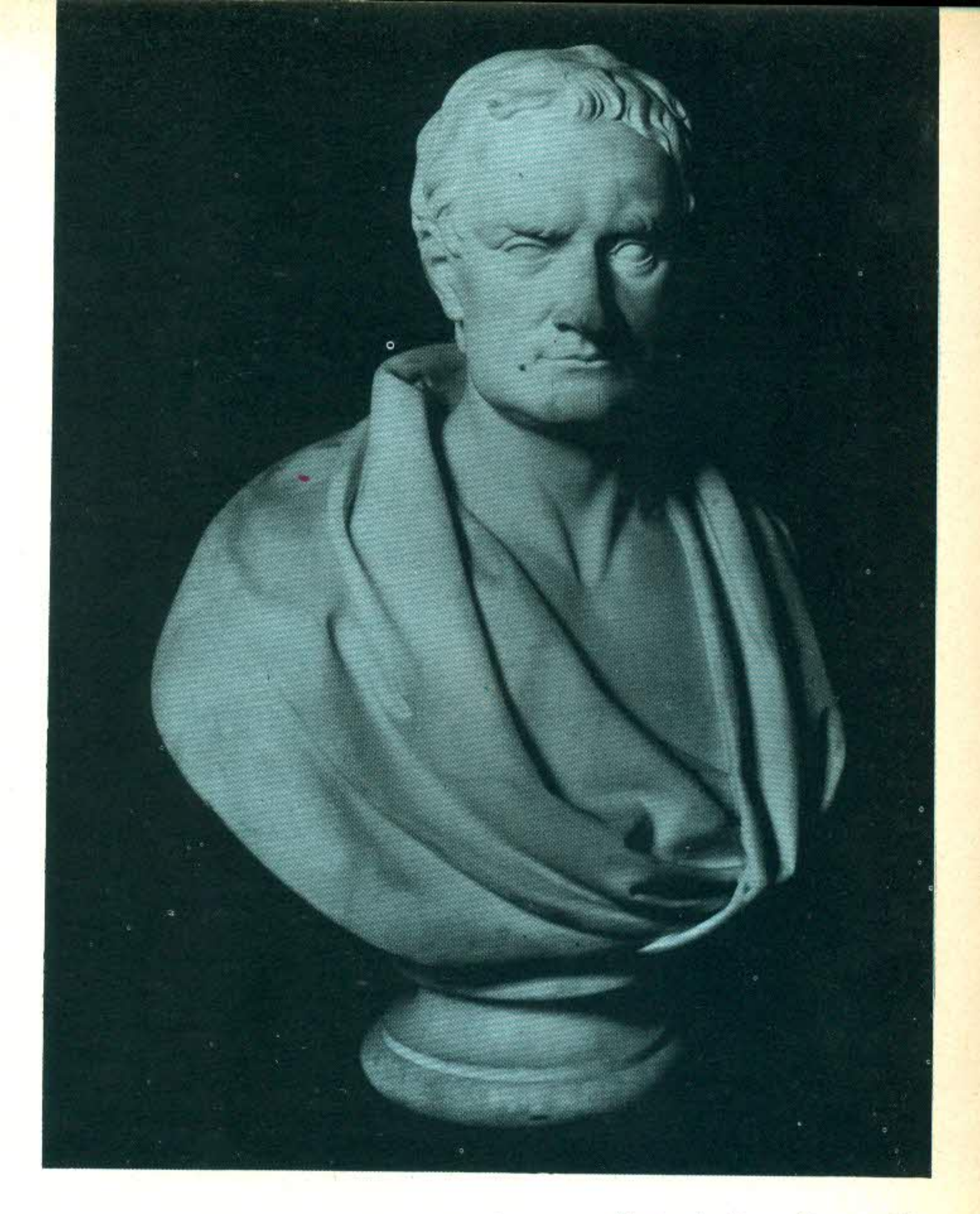
Tabla de figuras que ilustra la obra "Optica" de Newton.

"Toda la dificultad de la filosofía –dice Newton en el prefacio de sus *Principia*– parece consistir en descubrir las fuerzas de la naturaleza observando los fenómenos del movimiento, y después de conocidas estas fuerzas, explicar con ellas otros fenómenos." Obsérvese que a esta búsqueda Newton la llamó filosofía, aunque añade: "Yo espero que estos principios matemáticos ayudarán a producir algún método filosófico *más verdadero*".

Es probable que en los últimos años el mismo Newton deseara ya algo "más verdadero" que su sistema puramente matemático. La universidad de Cambridge lo había enviado a Londres como su representante en el Parlamento, y el gobierno le había nombrado director de la Casa de la Moneda con un sueldo de más de siete mil pesos oro anuales. Era también presidente de la *Royal Society*, la nueva corporación o academia científica fundada por Carlos II, que gozaba ya de extraordinario prestigio. Newton vivía en una confortable casa del barrio de Kensington, donde pasaba la mayor parte del tiempo leyendo la Biblia. Murió de cálculos en la vejiga (20 de marzo de 1727) cuarenta años después de la publicación de sus *Principia*.

Newton había predicado que la fuente primordial, acaso la única, de nuestro conocimiento era la experiencia; pero quedaba la duda de si el hombre tenía ideas innatas, como había supuesto Platón. Esta última esperanza se encargó de desvanecerla Locke, filósofo y médico inglés de la segunda mitad del siglo XVII (1632-1704). Locke proclamó que todas nuestras ideas son producto de sensaciones. Si tuviéramos ideas innatas, dice Locke, éstas aparecerían en el salvaje, en el idiota y en el niño. Ni aun la idea de Dios puede considerarse innata en los humanos, porque las diversas razas disienten en sus conceptos de la divinidad. Para Locke, el carácter superior que descubrimos en ciertas ideas es que son ideas "compuestas". Pero éstas provienen de ideas "simples". El que podríamos llamar "alimento" de la conciencia son las ideas simples, directas reacciones de nuestra alma a un estímulo exterior. Con ideas "simples" fabricamos las ideas "compuestas", como las de tiempo, espacio, etc. Pero, según Locke, existen todavía objetos exteriores de conocimiento, hay un mundo real, que es el que se encarga de agitarnos los sentidos, dando origen a las ideas de nuestra mente.

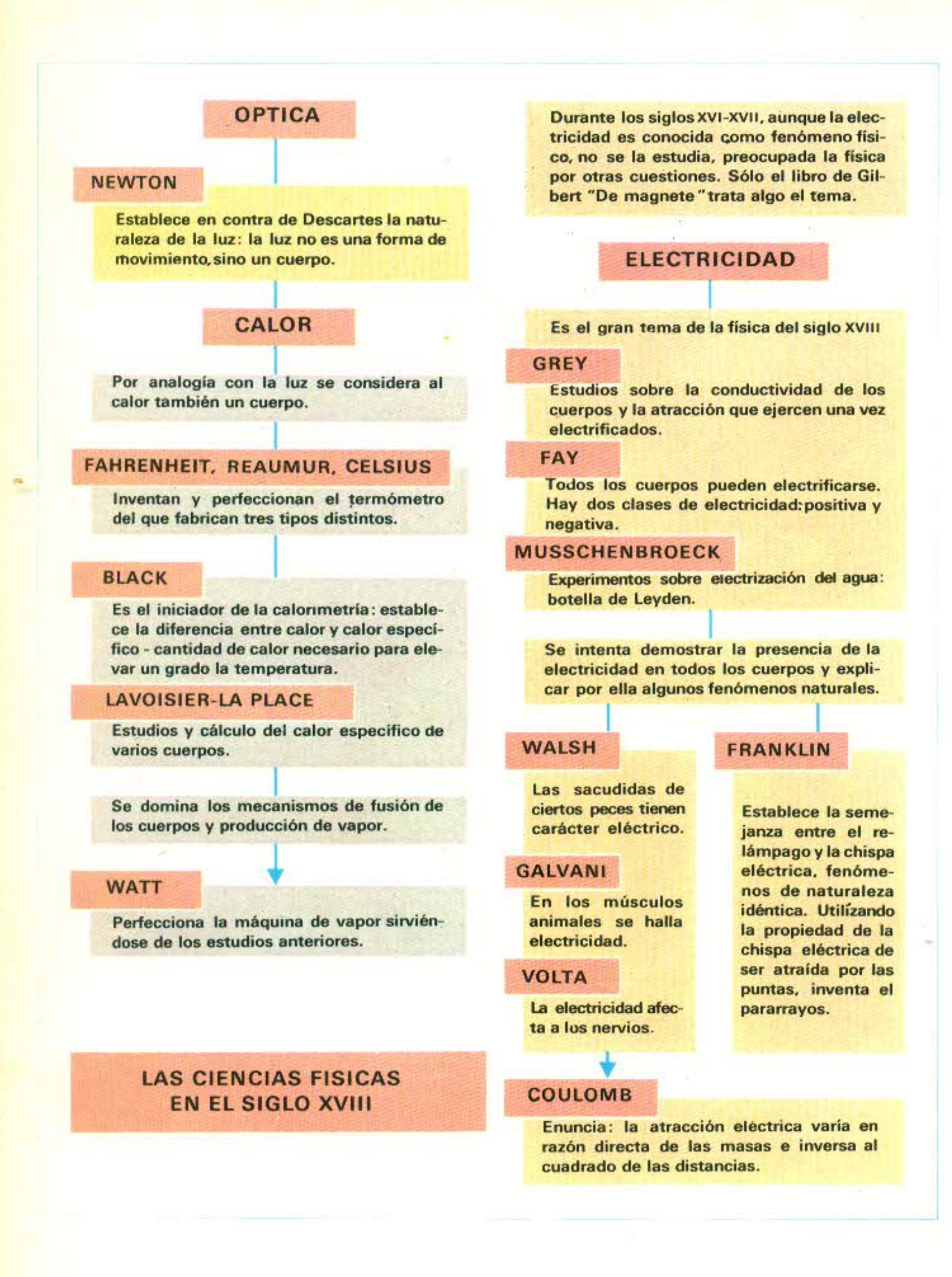
Un eclesiástico protestante irlandés, que llegó a obispo, Berkeley (1685-1753), pretendió demostrar que, puesto que sólo conocemos las cosas por los efectos que nos producen, es absurdo que pretendamos definir el mundo exterior como algo real. Delicado y



Busto de Isaac Newton (National Portrait Gallery, Londres).



Telescopio de Newton (Royal Society, Londres).

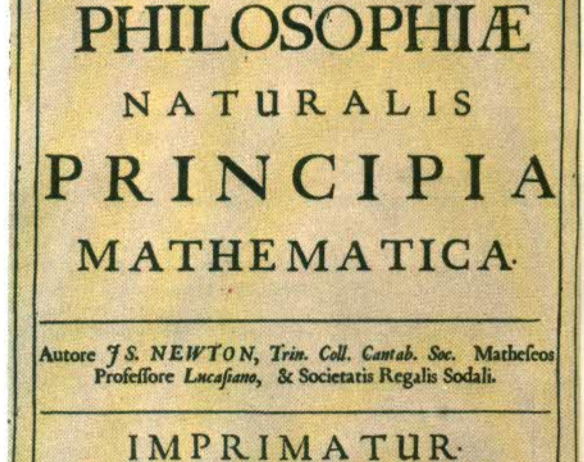


sutil, Berkeley, con finas maneras, lanzó la más terrible negación filosófica. No sólo no podríamos nunca aprender nada de la esencia de las cosas, sino que hasta lo que Locke llamaba ideas compuestas (lo que nosotros llamamos ideas abstractas) eran una pura ilusión. Pensamos con ejemplos concretos, con casos particulares. Uno de los más infantiles errores filosóficos era el de creer que fuera de nosotros había una sustancia espiritual que originaba las ideas. El concepto que nos formamos de las cosas –por lo menos tal como las podemos conocer– es sólo un manojo de ideas. "Eliminad las ideas –decía Berkeley– y las cosas se desvanecerán."

Según Berkeley, los conceptos que formamos en nuestra mente de las cosas exteriores son, sin embargo, algo más vivo que alucinaciones, sueños y desvaríos. Las ideas están ordenadas en la mente por la voluntad, pero se nos ocurren sin que nosotros pongamos nada de nuestra parte; de manera que esta voluntad que piensa dentro de nosotros debe recibir los impulsos de algo superior, que no puede ser otro que Dios. He aquí, pues, cómo Berkeley, reduciendo el mundo que contemplamos a una creación de nuestra mente, conservaba, en cambio –aunque sólo en el hombre–, aquel elemento divino que no vemos, lo más misterioso y difícil de analizar en el cosmos sensible. En una palabra, para usar términos vulgares, diríamos que Berkeley, destruyendo la realidad del mundo, conservaba, sin embargo, el alma y Dios.

Pero un escocés se atrevió a dar un paso más y destruir incluso el alma y Dios. David Hume (1711-1776) denunció como locura el aceptar una sustancia espiritual o divina después que Berkeley nos había liberado de la sustancia material. "En el centro mismo del conocimiento –dijo Hume– está la naturaleza humana, y sólo en lo que la ciencia concuerda con el hombre es ésta exacta." Más aún: nuestras observaciones de los fenómenos son individuales; sugieren ideas que son independientes unas de otras; querer hacer leyes de la naturaleza tan sólo porque nos parece que los fenómenos se repiten según una necesidad y por causas idénticas, es un vano entretenimiento de la imaginación. He aquí cómo aquel "mundo absoluto, con espacio absoluto, con tiempo absoluto", de Newton se des-

Portada de la primera edición de los "Philosophiae naturalis principia mathematica".


PHILOSOPHIÆ
NATURALIS
PRINCIPIA
MATHEMATICA.

Autore JS. NEWTON, Trin. Coll. Cantab. Soc. Matheseos Professore Lucasiano, & Societatis Regalis Sodali.

IMPRIMATUR.
S. PEPYS, Reg. Soc. PRÆSES.
Julii 5. 1686.

LONDINI,
Jussu Societatis Regiæ ac Typis Josephi Streater. Prostat apud plures Bibliopolas. Anno MDCLXXXVII.

EL INMATERIALISMO DE BERKELEY

A partir del último decenio del siglo XVII y durante todo el XVIII, la filosofía inglesa se dedica casi exclusivamente a estudiar el origen y desarrollo de nuestras ideas.

El tema venía impuesto, en parte, para defender el valor de la experiencia frente a la doctrina de las ideas innatas sostenida por los racionalistas del continente (Descartes y Leibniz), y en parte, porque se consideraba al innatismo como el asilo de todos los prejuicios, filosóficos, políticos y religiosos.

El principio común era que el alma es una "tabla rasa" sin otros conocimientos que los que depositan en ella los sentidos. De entre las informaciones así adquiridas, Locke sólo otorgaba validez objetiva a los caracteres de las cosas que están corroborados por varios sentidos a la vez: volumen, extensión, movimiento, magnitud, etc. Tales son las *cualidades primarias* de los cuerpos, que son "semejantes a lo que realmente existe en las cosas mismas". Las otras cualidades: color, sonido, olor, etc., sólo son impresiones subjetivas. La realidad quedaba, pues, reducida a su armazón cuantitativo. Sin embargo, los cuerpos, en opinión de Locke, existen sin duda alguna.

Berkeley arranca de aquel mismo principio, pero lleva la tesis de su predecesor a sus últimas consecuencias: no existen más que los sujetos conscientes, espirituales, y los cuerpos carecen de realidad y sólo están representados por sus ideas en la inmanencia de la conciencia. Las cosas son o existen en cuanto son percibidas *(esse est percipi)*.

La materia es una hipótesis inútil y sólo se la emplea para justificar la permanencia de los conjuntos de cualidades percibidas. Nadie puede tener conocimiento directo de ella, ya que la experiencia sensible no revela más que sus cualidades, es decir, las representaciones conscientes.

Los hombres suponen que existe un mundo corpóreo porque dicen tener ante sí un conjunto de cosas comunes y coincidentes para los diversos observadores y, además, porque los cuerpos parecen continuar existiendo aunque no sean percibidos, ya que, al percibirlos de nuevo, los encuentran tal como los dejaron anteriormente.

Sin embargo, la suposición de la realidad de la materia lleva a muchas dificultades: ¿por qué razón Dios, espíritu puro, habría de crear unos cuerpos para ponerse en comunicación con otros espíritus, las almas humanas? ¿Y qué decir, además, de una materia que siempre está más allá de sus apariencias cualitativas? Tal materia es la mala traducción de los prejuicios sustancialistas que en buena experiencia hay que superar.

Los llamados cuerpos exteriores y distantes no son vistos jamás espontáneamente en el lugar que se les asigna. El estudio de la actividad visual manifiesta, según Berkeley, que todos comenzamos por ver las cosas en la superficie de nuestros ojos y sólo después las proyectamos afuera para explicar la coherencia de nuestras diversas sensaciones y la posibilidad de los movimientos.

Si nos retrotraemos a la conciencia, única sede de la experiencia inmediata y segura, no hallamos otra cosa que fenómenos, es decir, representaciones del sujeto consciente. La causa de las mismas y de su aparecer concordante en las varias conciencias humanas no hay que buscarla en una materia exterior que se encargaría de estimular a los diferentes sentidos, sino en un Espíritu o Voluntad divina que actúa directamente sobre nuestras almas. "Las ideas impresas en los sentidos por el autor de la naturaleza se denominan las cosas reales." Como este ser espiritual superior es inmutable, queda perfectamente asegurada la permanencia del espectáculo de la naturaleza y la vigencia de las leyes que estudian las ciencias naturales. Lo único que ha desaparecido es la vana hipótesis de una realidad material.

Berkeley consigue además con ello depurar a la física de toda teoría ajena a su campo. Su cometido es sólo el estudio de las leyes naturales y no ha de entrar en la difícil explicación de los procesos causales que corresponden a la metafísica.

El materialismo y el mecanismo difundidos en las ciencias de su tiempo son, en opinión de Berkeley, la desgraciada consecuencia del ateísmo, y estas doctrinas son el fruto de la actitud del filósofo mezquino *(the minute philosopher)*, que por negar a Dios se ve obligado a divinizar la materia.

El sistema de Berkeley es una muestra de la riqueza de problemas que pone de manifiesto el análisis de la experiencia cuando este concepto es dilucidado con todo rigor.

Así como, en su obra, el empirismo tomado como método y punto de partida conduce al idealismo metafísico, en el mismo siglo XVIII otros autores igualmente fieles a la experiencia terminarán defendiendo el materialismo.

F. G.

vanecía como un fantasma de ilusión. Lo peor es que con el ataque feroz de Hume no sólo se desvanecía el objeto del conocimiento, sino hasta el sujeto, esto es, la personalidad humana. La devastación de la "sustancia espiritual" acababa con el contemplador consciente. El "yo" de Descartes, que piensa y existe, desaparecía, en una general destrucción de las cosas y su realidad. ¿Qué era el "yo" sino el sujeto consciente? La "conciencia" es el cúmulo de las ideas, pero si éstas son ilusorias no existe el ser consciente.

El feroz ataque de Hume era, empero, la reacción natural al mecanismo de Newton, que había reducido el universo a un torbellino de cuerpos "acelerándose" unos a otros. Tan popular se había hecho el sistema de Newton, que fue fácil para los ingleses entender y aceptar su contradicción. Los escritos de Hume circularon sin escándalo; como los de Berkeley, estaban redactados en estilo

LA MEDICINA EN EL SIGLO XVIII

CIRUGIA

Gran desarrollo de la cirugía que cada vez más influye en la medicina. Se fundan centros de enseñanza especializada.
1731. Francia. Real Academia Cirugía.
1745. Inglaterra. Colegio de Cirugía.
1782. Viena. Escuela de Cirugía.

PETIT
Inventa el torniquete para contener hemorragias.

CHOPART
Perfecciona la cirugía de las amputaciones.

DAVIEL
Crea la técnica de las operaciones de cataratas.

COME
Crea técnica operaciones de la vejiga.

OBSTETRICIA
Gran desarrollo sobre todo en Francia.

POZOS-LEURET
Perfeccionamiento del fórceps.

PLENCK
Mediciones de la pelvis y fijación técnica del parto.

ENFERMEDADES

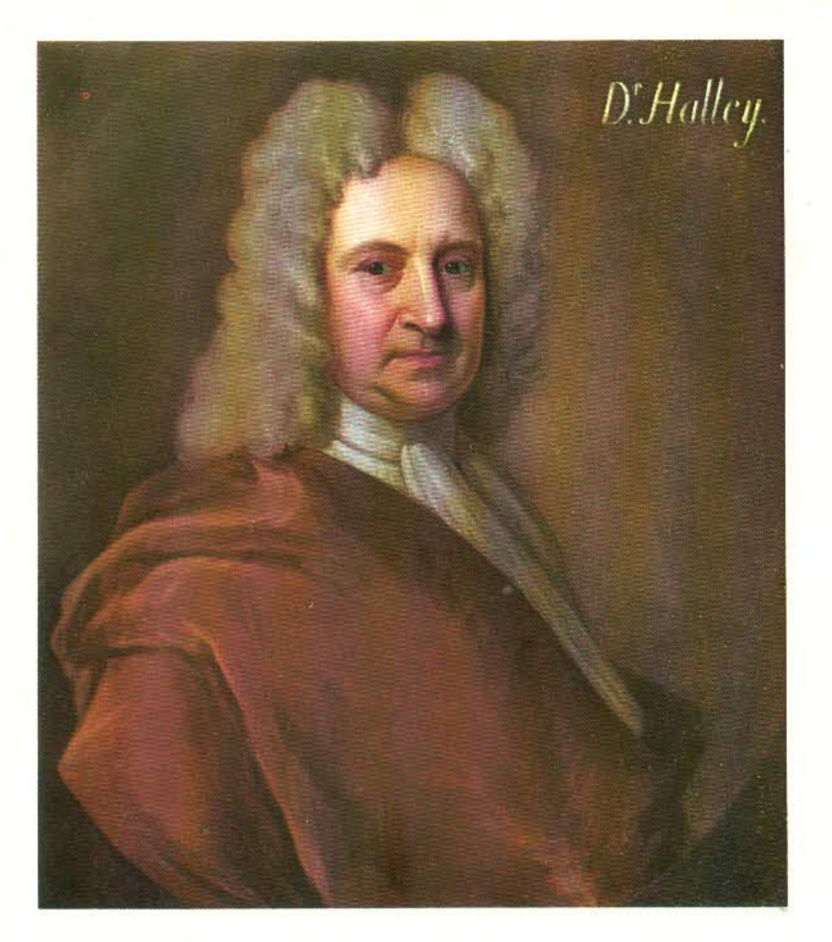
Se estudian los síntomas y terapéutica de enfermedades del corazón, fiebres palúdicas, escarlatina, enfermedades venéreas.

Descubrimiento de nuevas enfermedades:
diabetes tifus
tuberculosis ósea.

ENFERMEDADES INFECCIOSAS
Grandes epidemias en todo el siglo.

TISSOT
Escribe libros de higiene como medio de prevención epidemias.

JENNER
Descubre la vacuna de la viruela.



Edmund Halley (National Portrait Gallery, Londres). Este astrónomo y físico inglés fue amigo de Newton y financió la edición de los "Principia mathematica". Descubrió el cometa que lleva su nombre, cuya siguiente aparición predijo, y dos nebulosas.

moderado. En Francia, el empirismo destructor de Hume y de Berkeley provocó una reacción que tuvo hasta trascendencia política. En Francia existía una clase privilegiada que se aprovechaba del concepto religioso de un Dios vengador Contra esta clase, un grupo de grandes escritores (Voltaire, Diderot, D'Alembert) blandió el nuevo sistema de Newton tal como quedó completado por Locke, que les llevó a declarar mito y superstición cuanto había venido apoyando la Iglesia durante siglos y era aún el fundamento del estado. Pero de este grupo y su influencia en la Revolución francesa hablaremos en un próximo capítulo.

En cambio, la gran defensa "filosófica" que restableció la dignidad del hombre y la realidad del mundo se realizó en Alemania. Ya Leibniz era un baluarte contra la demolición intelectual, tal como después Berkeley y Hume la tratarían de formular. Leibniz insistía en que, si nos observamos a nosotros mismos, descubrimos un "yo" consciente y continuado. Este "yo" subsiste a través de todas las aventuras del conocimiento. Las cosas están compuestas de mónadas, o sustancias que pueden ser distinguidas y apreciadas por la inteligencia; entre las cosas y las ideas no hay más diferencia que entre un objeto real y su imagen...

Hay que confesar que la defensa de Leibniz, sin pruebas suficientes, no podía inspirar confianza en la filosofía. El gran paladín del pensamiento, que con calculada argumentación devolvió a los humanos la fe en la inteligencia, el que con lógica matemática trató de probar que pensamos algo que no es pura fantasía de nuestra imaginación, fue Immanuel Kant. Tanta es la importancia de este verdadero fundador del espíritu moderno (o, por lo menos, del espíritu del siglo XIX), que creemos sería falta de respeto continuar nuestro relato sin dar aquí una corta biografía de Kant. Aquel coloso que reconstruyó con bloques gigantescos el edificio de la filosofía era un pequeño hombrecillo de metro y medio de estatura, pecho hundido, maneras tranquilas y meticulosamente metódico en todos los detalles de su vida. Nació en el año 1724, en Königsberg, capital de la Prusia oriental, y fue su padre un modesto fabricante de artículos de piel. Su madre, extraordinariamente sensible, contagió al hijo su gran reverencia para las cosas espirituales. Los recursos de sus progenitores no fueron suficientes para atender del todo a la educación del muchacho, que hubo de pasar grandes privaciones hasta llegar a obtener el grado de doctor en la universidad de Königsberg. Una vez acabados los estudios, todavía Kant tuvo que esperar nueve largos años hasta ser admitido como profesor sin sueldo *(privat-dozent)* en aquella universidad. Son nueve años que pasó en la hacienda de un magnate rural, en la que estaba empleado como ayo o preceptor de sus hijos. Allí, en el campo, Kant debió de leer y meditar muchísimo; lo más probable es que los sistemas filosóficos que formuló más tarde sean desarrollo de las meditaciones de estos nueve años que van del 1746 al 1755.

La "History of the Royal Society", fundada por Carlos II y de la que Newton fue presidente.

CAROLVS II SOCIETAT REGALIS AVTHOR PATRONVS

THE
HISTORY
OF THE
Royal-Society
OF
LONDON,
For the Improving of
NATURAL KNOWLEDGE.

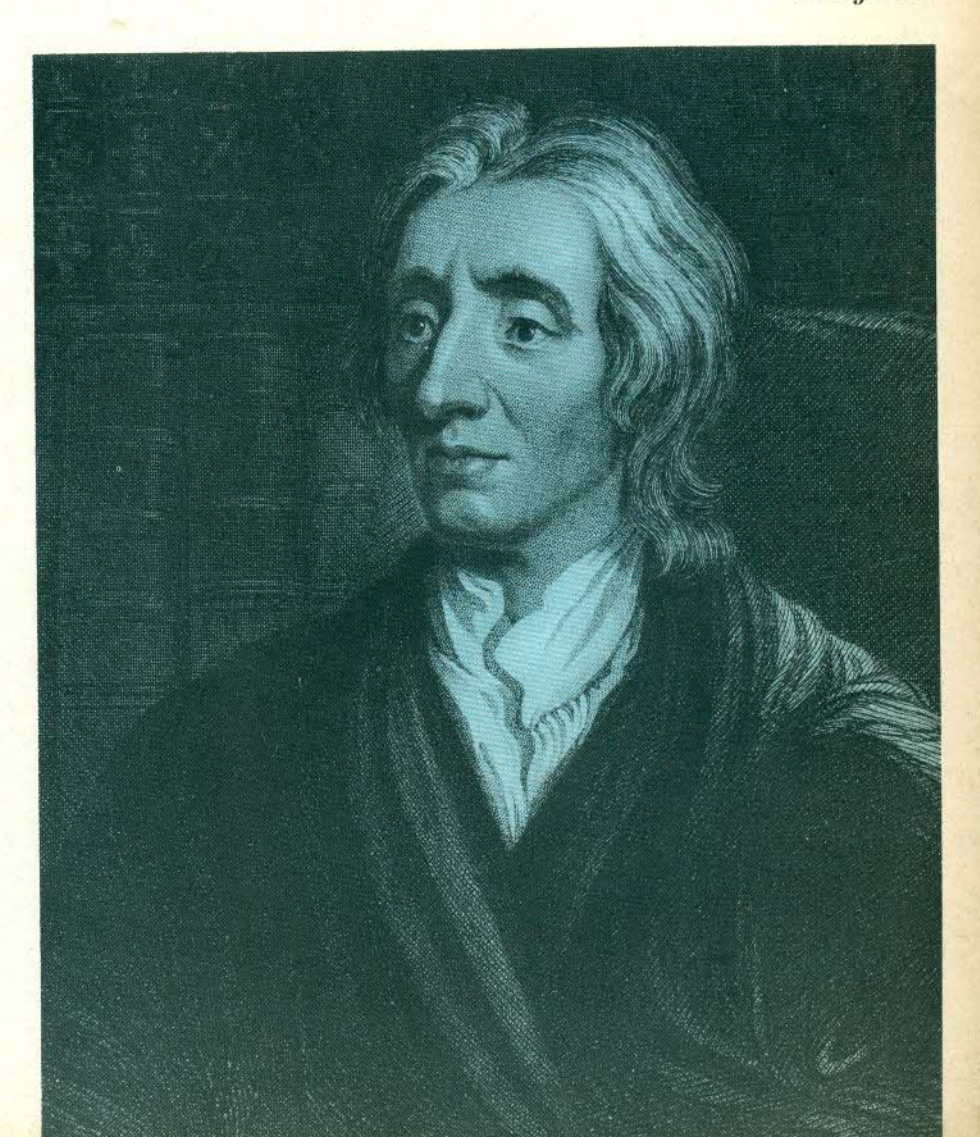
BY
THO. SPRAT.

LONDON,
Printed by T. R. for J. Martyn at the Bell without Temple-bar, and J. Allestry at the ...

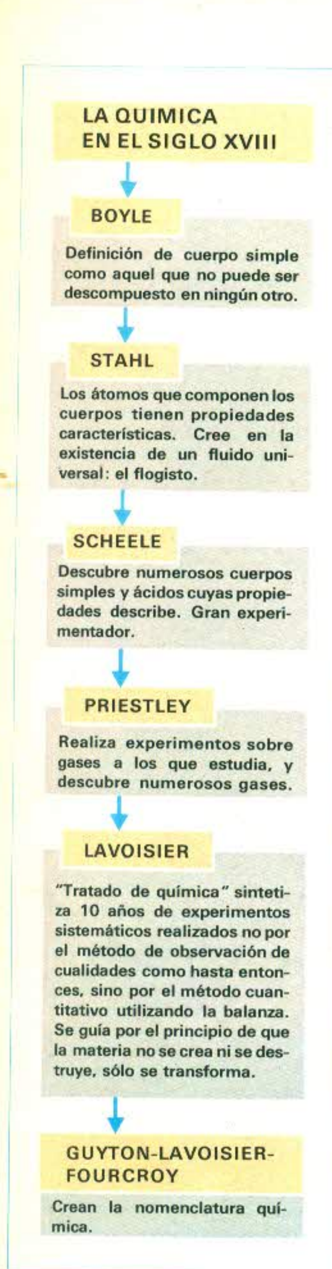


Aspecto de Oxford, la ciudad universitaria inglesa en que estudió y enseñó Locke.

John Locke, según grabado del siglo XIX.

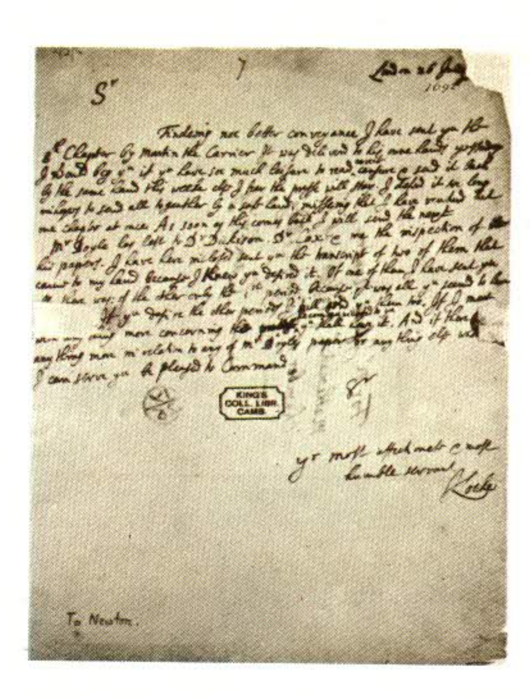


Ya doctor y profesor, Kant se estableció en Königsberg, viviendo hasta su muerte, en 1804, según un horario inflexiblemente regular. Se levantaba a las cinco de la mañana y por todo desayuno bebía una taza de té y fumaba una pipa. De siete a nueve daba sus clases y recibía a sus discípulos. A las nueve regresaba a su estudio para trabajar hasta la una. Generalmente comía, acompañándole dos o tres invitados, un plato de pescado, verduras y un postre, rociados con una botella de vino. La sobremesa –único contacto con la sociedad– duraba hasta las cuatro, hora en que salía para dar su famoso paseo solitario a lo largo del río Pregel, que atraviesa a Königsberg. De regreso a su despacho, Kant se sentaba junto a la gran estufa de azulejos bálticos y repasaba en su imaginación los problemas filosóficos que le preocupaban. Necesitaba fijar la vista en la torre de la iglesia de Löbenichs, que se veía desde la ventana, para poder meditar sin distraerse. Tan exigente de este punto de mira era su razón, que una vez Kant se sintió perdido porque los álamos de su jardín habían crecido demasiado, impidiéndole la contemplación de la torre. Fue necesario cortarlos para que el filósofo pudiera seguir concentrándose con su visión habitual. A las nueve y media de la noche, Kant cesaba en sus especulaciones y a las diez estaba irremisiblemente en la cama.



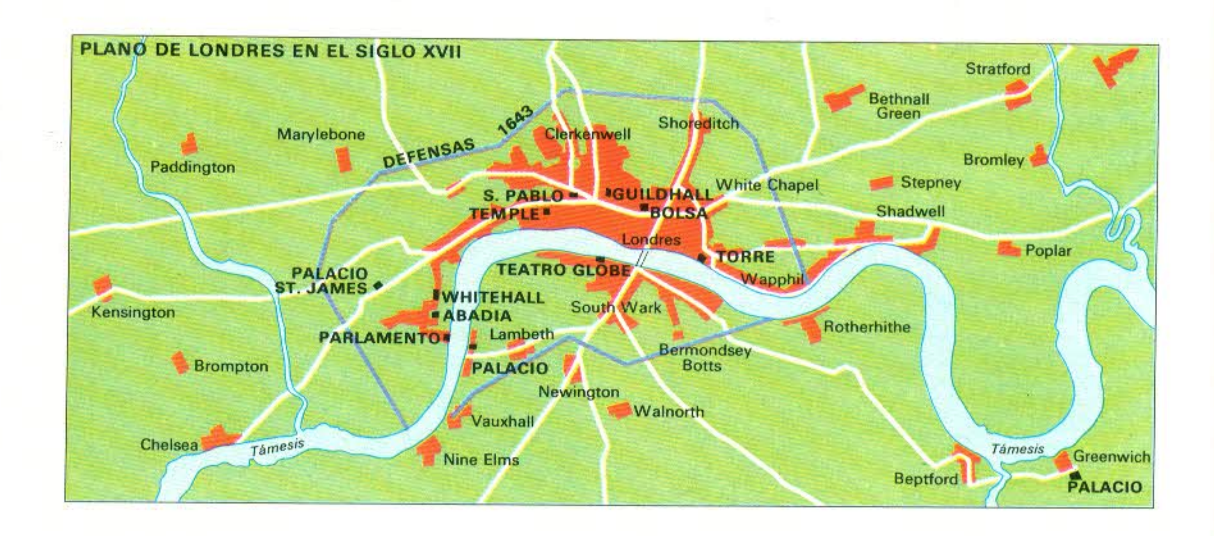
Escéptico del bien que podían procurarle los médicos, Kant se había hecho una higiene para su uso, que consistía en respirar siempre por la nariz, procurar no sudar ni enfriarse y no comer más de lo justo. Evitaba todo lo que era emocional y apasionado y detestaba, por consiguiente, a sacerdotes y abogados. Con estas precauciones, a pesar de su frágil naturaleza, Kant vivió ochenta años. Sus tres grandes obras, la *Crítica de la Razón pura,* la *Crítica de la Razón práctica* y la *Crítica del Juicio,* fueron publicadas, una después de otra, en el espacio de nueve años, del 1781 al 1790. Pero el mismo Kant dice que la *Crítica de la Razón pura,* aunque escrita en cinco meses, es el resultado de doce años de preparación. Con estos antecedentes, hora es ya de que volvamos a nuestro asunto, o sea el drama del conocimiento, y expliquemos en brevísimo resumen la solución que dio Kant al gran interrogante de la realidad del universo, y lo que podemos aprender de él a través de la sensación. Recordemos que Hume había cruelmente negado toda posibilidad de conocer y hasta la mera existencia del ser consciente.

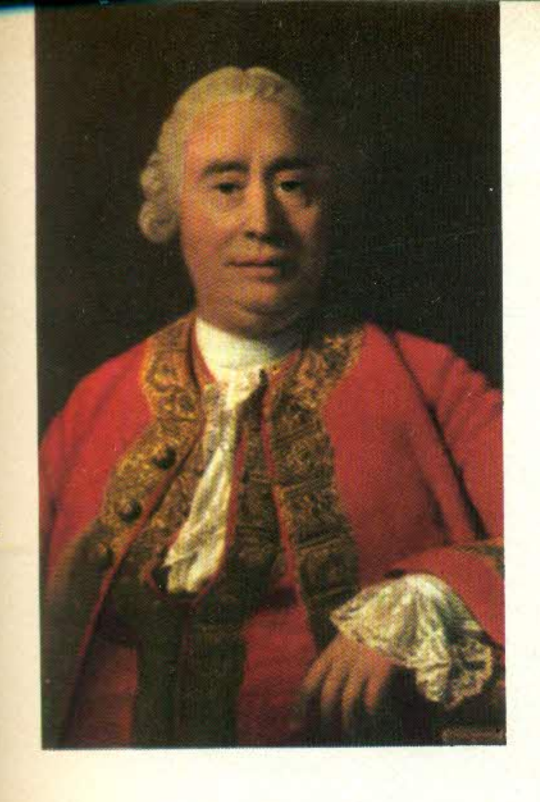
Kant comprendió perfectamente que, después del feroz ataque de Hume, no bastaba con aportar defensas de tipo sentimental, como las que había enunciado Leibniz. Era necesario demostrar la realidad del universo (caso de ser ello posible) y la verdad del conocer con pruebas casi matemáticas, como las que había empleado Newton para el sistema mecánico del universo. Kant observó, igualmente, que tenía que desechar todo argumento que se basara en "ideas innatas, sustancia espiritual" y hasta lo que llamamos principio de causalidad, esto es, que unas cosas son causa de otras. Todo esto lo había desechado Hume como improbable e improbado, productos de la imaginación. Y aunque bien veía Kant, como lo había visto Leibniz,

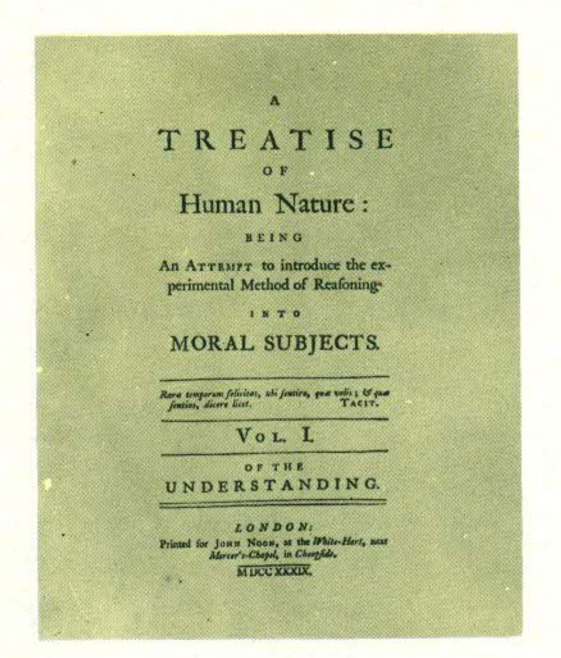


Carta autógrafa de Locke a Newton (Biblioteca del King's College, Cambridge).

que era Hume quien fantaseaba en el mar de sus dudas, era evidente (y esto Kant también lo veía) que tenía que demostrarse casi de un modo matemático que Hume incurría en error. Para empezar, Kant observó que en nuestra mente caben suposiciones que son antagónicas, las que él llamó *antinomias,* y éstas ciertamente dependen una de la otra. Al negar una, se afirma la contraria: he aquí, pues, causalidad, por lo menos en la región de la mente. Por ejemplo, podemos decir, una de dos: "El cosmos es infinito por lo que toca al tiempo y al espacio", o bien: "El cosmos tiene un principio por lo que toca al tiempo y al espacio". Si afirmamos uno de estos postulados, negamos el otro, ¿no es verdad? ¿Quién podrá, pues, decir que pensamos sin coordinación ni relación?







A

TREATISE

OF

Human Nature:

BEING

An ATTEMPT to introduce the experimental Method of Reasoning

INTO

MORAL SUBJECTS.

Rara temporum felicitas, ubi sentire, quæ velis; & quæ sentias, dicere licet. TACIT.

VOL. I.

OF THE

UNDERSTANDING.

LONDON:

Printed for JOHN NOON, at the White-Hart, near Mercer's-Chapel, in Cheapside.

MDCCXXXIX.

El filósofo inglés David Hume, según retrato realizado por Hallan Ramsey, y portada de su obra "Tratado sobre la naturaleza humana" (1739).

EL ESCEPTICISMO DE HUME

El empirismo inglés, a medida que avanza el siglo XVIII, acentúa sus intenciones críticas. El análisis del origen de las ideas va a servir para poner de manifiesto la inconsistencia de nuestros conocimientos tanto científicos como filosóficos.

Hume comienza por hacer una fundamental distinción entre las *impresiones* y las *ideas*. Las primeras son las huellas que marca en nuestros sentidos la acción presente de los estímulos externos. Las ideas son copias de las impresiones, más débiles que éstas, y su valor de conocimiento queda reducido al que tienen las impresiones originarias a las cuales reproducen. Lo que excede de las mismas carece de base y no contiene información fidedigna alguna.

Las ideas no persisten aisladas en nuestra mente, sino que se unen entre sí mediante "asociaciones" *(asociacionismo)*, las cuales se deben a la semejanza, contraste o contigüidad, espacial o temporal, de sus contenidos respectivos.

El conocimiento, pues, no puede ir más allá de las apariencias sensibles o *fenómenos* que recibimos en nuestro trato con las cosas, el cual es precisamente lo que denominamos experiencia.

El saber humano ha pretendido siempre averiguar el porqué de los hechos y llegar al conocimiento de las cosas mediante la observación de sus aspectos exteriores y de sus procesos. Esto quiere decir que la ciencia y la filosofía emplean constantemente los conceptos de causa y de sustancia. Ambos constituyen los pilares del armazón fundamental de la interpretación corriente de la realidad.

Hume va a hacer un análisis crítico de ambas ideas, con el objeto, según se indicó antes, de averiguar si hay una *impresión* original que las pueda avalar. Si no la hubiera, deberíamos confesar que tales conceptos deforman la realidad, pero en ningún caso nos informan válidamente acerca de la misma.

La experiencia muestra acontecimientos o hechos que se suceden con más o menos regularidad, pero jamás podremos decir que hemos sido testigos de que algo comunique el ser o produzca a otra cosa, es decir, nunca hemos visto causas ni efectos, sino sólo secuencias regulares de *fenómenos*. Lo que ocurre es que habiendo observado que a un hecho sucede constantemente otro, se forma en nosotros una *asociación* entre las ideas de los dos y, tan pronto como ocurre el primero, *creemos* que va a sucederle el segundo. La aparición de éste fortifica nuestra *creencia* y por ello la proyectamos a la realidad y vinculamos los fenómenos entre sí como si fueran causa y efecto, cuando en rigor sólo son apariencias que se siguen según habíamos previsto. No hay más que un hábito que se ha confirmado, y la supuesta conexión causal sólo tiene efecto en nuestra mente en forma de una asociación.

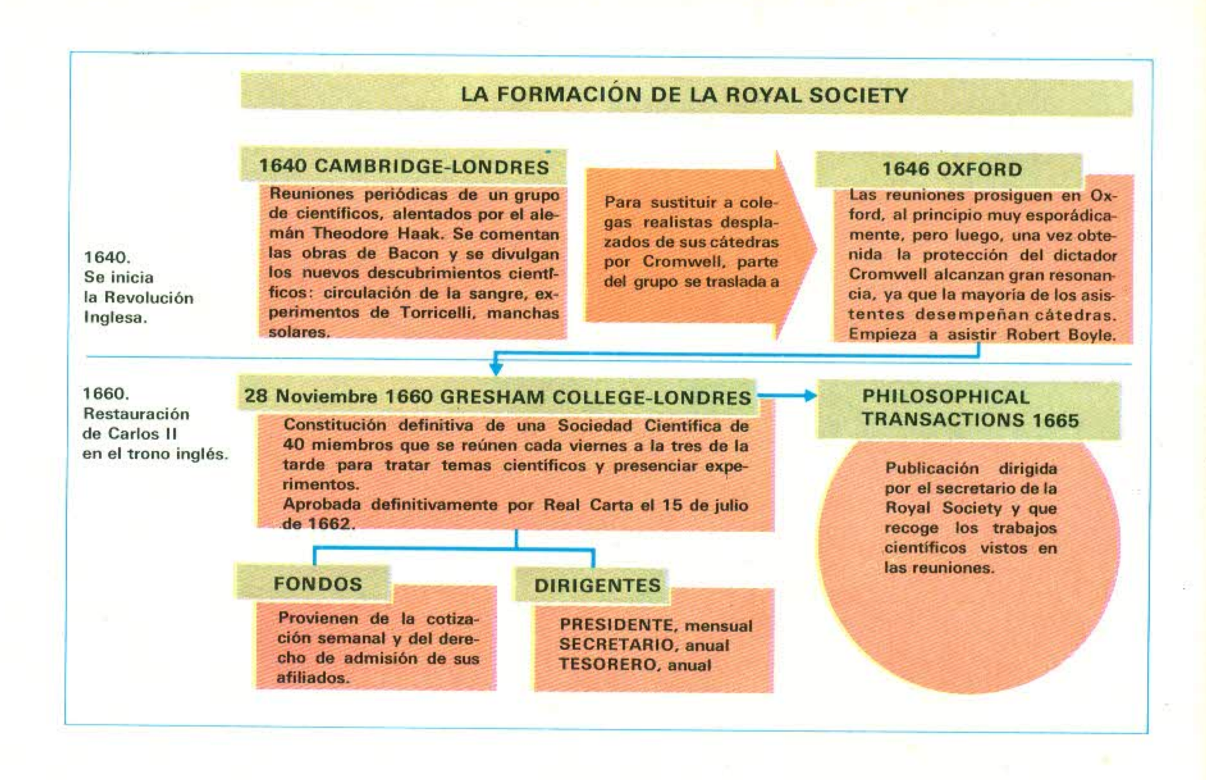
La idea de sustancia puede ser sometida a un análisis crítico parecido. El sentido común y la filosofía aseguran que ante nosotros hay cosas, es decir, sustancias dotadas de propiedades y accidentes. Se supone que la sustancia sostiene y unifica la diversidad de aspectos que la experiencia muestra unidos, como si fueran haces de cualidades, a los cuales interpretamos diciendo que son un mismo cuerpo. Si nos atenemos a la estricta experiencia, no observamos más que una conjunción de fenómenos, cuya aparición sucesiva, al variar nuestro punto de mira, es prevista por la imaginación anticipándose a lo que va a ser inmediatamente sentido. La misma imaginación se encarga de mantener la unidad de los fenómenos, que, al ser denominados con un nombre común, son interpretados como constitutivos de una cosa singular. De nuevo la sustancia es una mera hipótesis a la cual no responde ninguna real impresión.

No queda exenta de semejante crítica la afirmación según la cual el alma es una sustancia espiritual. Nuestra conciencia no nos muestra más que una pluralidad de fenómenos que adjetivamos como internos: sentimientos, actos de conocimientos, tendencias, etc., pero jamás tenemos la experiencia de un yo idéntico, permanente y central que pueda en rigor recibir el nombre de realidad sustantiva.

La versión del mundo que el *fenomenismo* nos permite tener por verdadera se reduce, por tanto, a la multiplicidad de las apariencias, sin que entre las mismas haya ninguna relación necesaria ni punto firme alguno que les pueda servir de fundamento.

Ante un espectáculo tan endeble y casual es difícil justificar que exista una ciencia natural rigurosa cuyas leyes puedan aspirar a ser universales y necesarias. Se comprende que la discordancia entre el escepticismo demoledor de Hume y la seguridad que ofrecía la física matemática contemporánea, especialmente después de Newton, planteara el problema urgente de justificar las pretensiones legítimas de esta última, sobre todo teniendo en cuenta su carácter de ciencia experimental.

F. G.

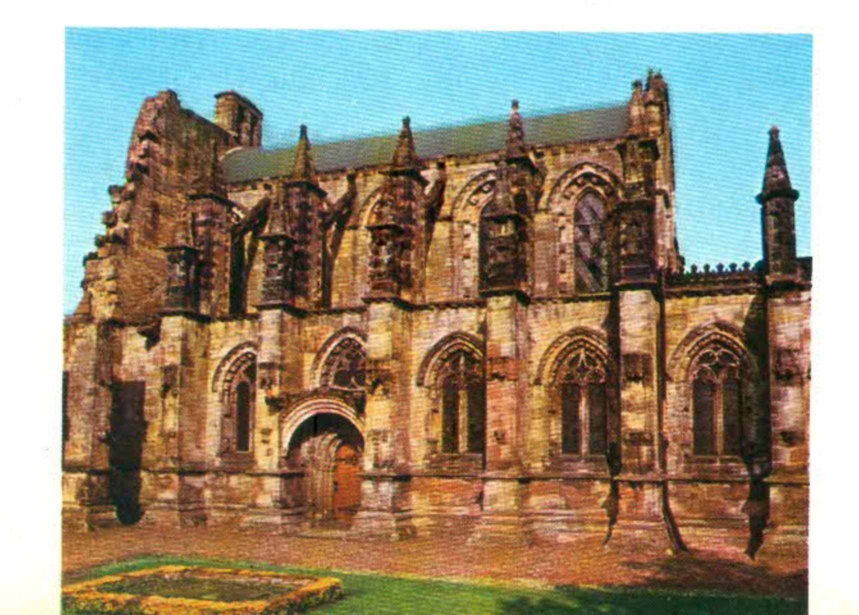


He aquí otro caso de antinomia. Podemos decir: "El cosmos es uniforme", o bien: "No hay nada simple ni uniforme en el cosmos, todo está compuesto de partes", etc. Estas son las antinomias de Kant, un hilito del que cogerse, tan sutil, que nadie podría esperar salvarse asiéndose a él... Con todo, las ciencias matemáticas y físicas logran evidencia sirviéndose de argumentos parecidos. La ciencia, dice Kant, no formula sus leyes con simples observaciones; una vez observados los fenómenos, los relaciona y sintetiza con un trabajo mental. La inteligencia funciona, pues, de acuerdo con algo que la domina y la rige; lo que pensamos será absurdo, pero no lo es decir que pensamos.

Otro argumento para Kant es el derivado de la conciencia. Descartes la había casi divinizado, Locke la había reconocido como la que está permanentemente tras las ideas... Pero Hume la había desechado, diciendo que los estados de conciencia están compuestos de impresiones desligadas y que las sensaciones llevan anexa la reacción que llamamos "conciencia", y que no hay, por tanto, diferencia entre las cosas percibidas y quien las percibe. Kant, en cambio, reconoció que lo que caracteriza a la conciencia es que da un sentido y explicación de las cosas. La conciencia no es pasiva; todo lo contrario, juzga las cosas y las interpreta sintéticamente. Esto confirma la facultad de conocer, pero, en cambio –Kant tuvo la nobleza de reconocerlo–, nos niega para siempre el conocimiento de "las cosas en sí mismas", o sea la esencia de cada cosa. Si todo lo que conocemos se halla condicionado a la interpretación que de ello hace nuestra conciencia, esto quiere decir que nunca llegamos a la medula misma de las cosas, a lo que Platón llamaba la idea *(noumenos)* de cada cosa: casi idéntico a lo que Kant llamó "la cosa en sí". ¡No puede ser más evidente! La verdadera realidad no debe depender de nosotros, del juicio o interpretación que hacemos de la realidad en nuestra conciencia individual; por tanto, inevitablemente, estaremos para siempre excluidos del conocimiento de esta realidad y de las "cosas en sí mismas". Los humanos nos quedamos así, por consiguiente, reducidos a formar nuestros juicios con la deficiente información que nos procuran los sentidos y la reacción de la conciencia.

Todo esto Kant lo estudió con rigurosa dialéctica matemática en su primera *Crítica*, llamada *Crítica de la Razón pura*. Este gran sis-

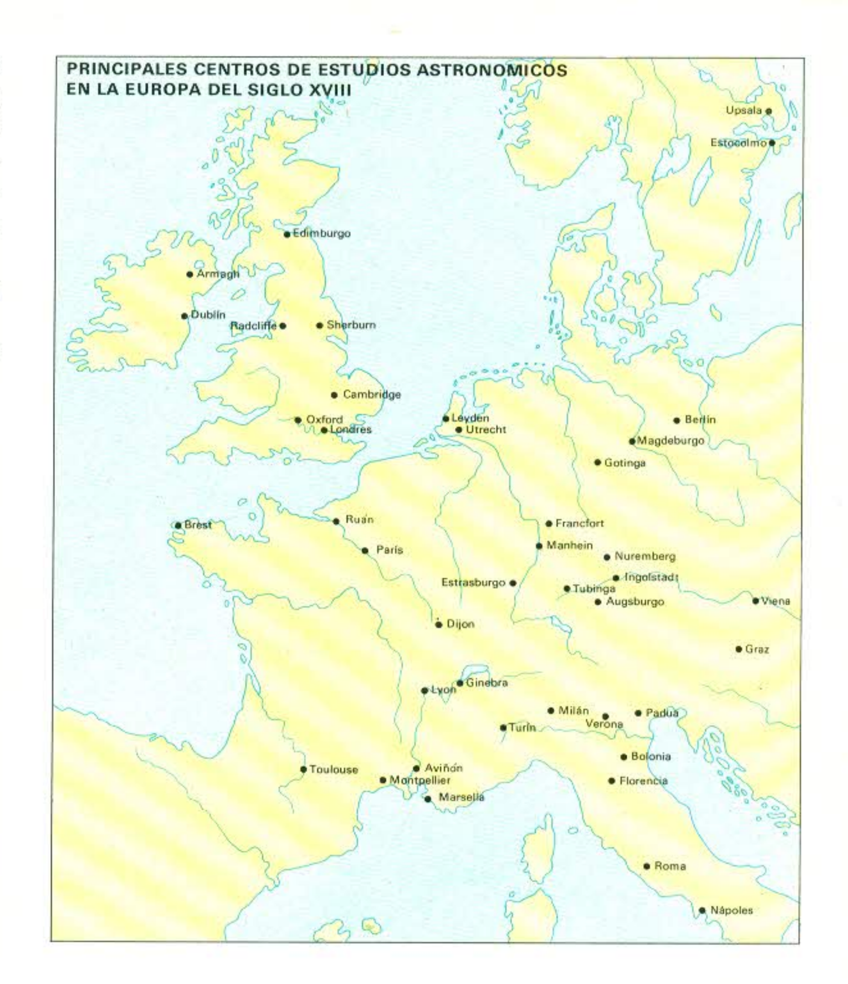
Rosslyn Chapel, en Edimburgo, la ciudad donde nació y murió David Hume.



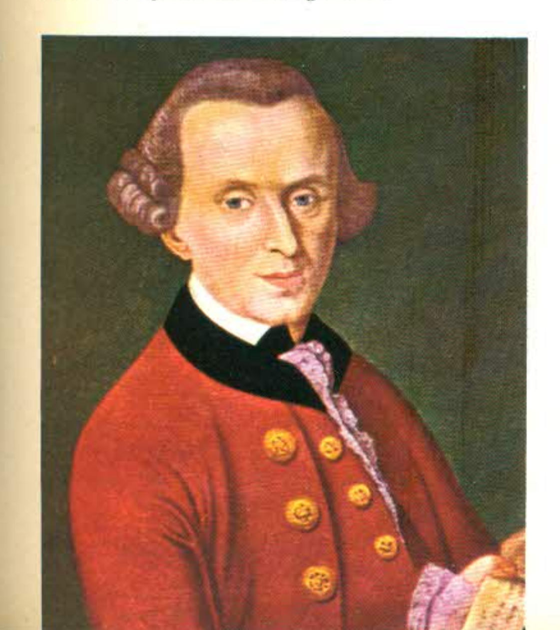
tema lo redactó en cinco meses; el estilo de la obra se resiente, acaso, de la precipitación; es oscuro y complicado, más aún de lo que presupone el difícil tema que con él se desarrolla. La dura, pétrea argumentación de los postulados y teoremas en que está redactada la *Crítica de la Razón pura* es agobiante. Después de animarnos con la demostración de que somos capaces de pensar humanamente, nos prueba Kant que no podemos pensar de otra forma y sin traspasar lo que nos impresiona, que es la corteza de las cosas.

En la *Crítica de la Razón práctica,* Kant trató de encontrar algo absoluto en el hombre, en lo que generalmente se llama *moral*. El tecnicismo que usa Kant es algo difícil; al deber, a la obligación moral, lo calificó de "imperativo categórico". Dice Kant que hay ocasiones en que el deber va asociado a la conjunción *si,* lo que quiere decir que es un imperativo (un deber, una obligación) reconocido por experiencia. Haríamos tal o cual cosa si... "Tengo que trabajar *si* quiero ganar dinero; tengo que abstenerme de la bebida *si* quiero estar sano", etc. Estos son "imperativos hipotéticos", dice Kant, pero, en cambio, hay otros imperativos sin esta condición. Por ejemplo: hemos de ser honestos y justos, que, según Kant, son imperativos absolutos, universales.

Kant define el imperativo categórico diciendo: "Obra como si tu manera de conducirte pudiera convertirse en una ley universal". Esta conducta se traduce en felicidad. Casi no creemos que valga la pena de continuar, porque muchos dirán que hay actos que algunos consideran como un "imperativo categórico", pero ejecutados por la humanidad entera la conducirían irremisiblemente al desastre total... Kant pareció reconocer esta dificultad cuando añadió que la moral de un acto está en su propósito. El objeti-

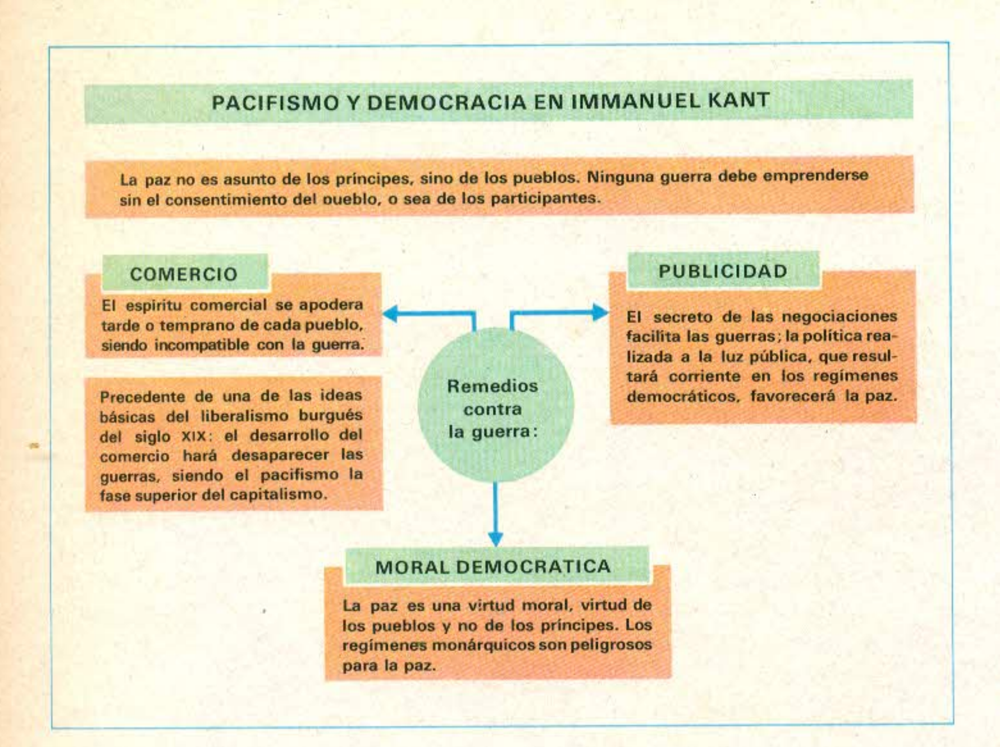


Immanuel Kant, el filósofo que devolvió a los humanos la fe en la inteligencia.



VIDA Y OBRA DE IMMANUEL KANT

1724	Nace en Königsberg (Prusia).
1748	Fin de la guerra de Sucesión de Austria.
1746-1755	Estancia en una hacienda rural de Prusia Oriental como preceptor. Inicio de la etapa "precrítica" de su filosofía.
1757	Los rusos ocupan gran parte de Prusia Oriental.
1758	Victoria prusiana de Zorndorf sobre los rusos, que se retiran a Polonia.
1763	"El único argumento posible para una demostración de la existencia de Dios".
	Paz entre Rusia y Prusia.
1770	Profesor ordinario de lógica y metafísica en la universidad de Königsberg. "De mundi sensibilis atque intelligibilis causa et principiis", que señala la transición hacia la etapa "crítica".
1772	Primer reparto de Polonia.
1781	"Crítica de la Razón pura": fase de plenitud crítica.
1783	"Prolegómenos a toda metafísica futura que quiera presentarse como ciencia".
1785	"Fundamentos de la metafísica de las costumbres".
1787	Segunda edición, modificada, de la "Crítica de la Razón pura".
1788	"Crítica de la Razón práctica".
1790	"Crítica del juicio".
1793	"La religión dentro de los límites de la mera razón". Segundo reparto de Polonia.
1795	"Proyecto filosófico de paz perpetua", donde expresa claramente que la paz no es asunto de príncipes, sino de los pueblos. Tercer reparto de Polonia.
1797	Kant deja la cátedra.
1804	Muerte de Kant en su ciudad natal.



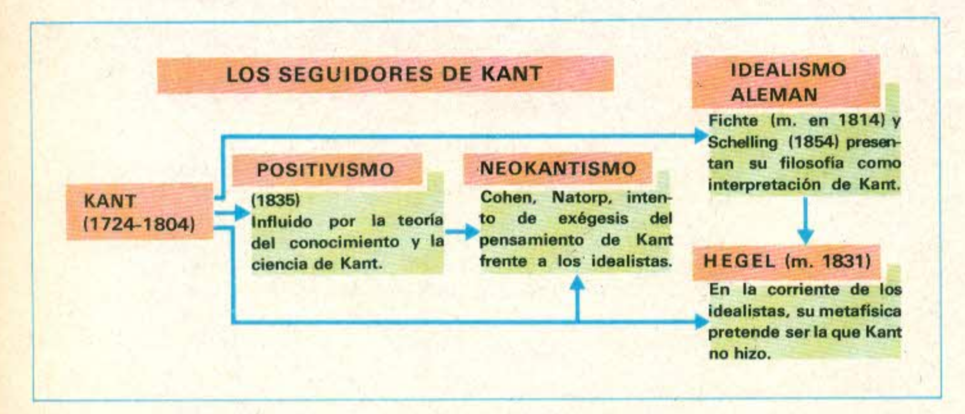
vo de un acto moral debe ser tal, que todo el mundo pueda proponérselo. El mundo moral es aquel en que no caben deseos contradictorios.

Y he aquí que Kant, después de haber restablecido al hombre en su dignidad eminente de ser pensante, trató de elevarlo todavía con algo definitivo y eterno, que es el absoluto imperativo categórico en las decisiones prácticas o de conducta. Procuró convencerse de que el hombre puede ser impulsado por móviles generosos, ideales, sin posible contradicción. Así, la realidad que había perdido el hombre por su incapacidad de conocer "las cosas en sí mismas", la recobraba con el imperativo inexcusable de proceder en sus actos con una sola y categórica manera de conducta, tan real, tan eterna, como aquella sustancia divina que es la causa de su naturaleza individual. Pero, por lo que toca al conocimiento, no lo olvidemos, el hombre tenía que resignarse a construir síntesis y formular leyes con la corteza de las cosas, que apreciaba únicamente con los sentidos corporales. Así, Kant fijó el modelo del hombre moderno, o mejor dicho, del hombre del siglo XIX. Por más de un siglo, a veces sin formulárselo, el hombre kantiano experimentó la impresión de que tendría que contentarse con observar los fenómenos, pero supo también que con ellos podría construir síntesis razonables y justificadas. Además, el hombre del siglo XIX, hijo de Newton y Kant, creyó que, en la desolación de su soledad espiritual, le quedaban el derecho y el deber de atenerse a las leyes morales –imperativos categóricos–, que eran lo único eterno de que jamás podría gozar y que debían revelársele dentro de su conciencia.

Portada de la "Crítica de la Razón pura" de Kant.

Critik
der
reinen Vernunft
von
Immanuel Kant
Professor in Königsberg.
Riga,
verlegts Johann Friedrich Hartknoch
1781

Todavía, como para consolar al hombre de su incapacidad en la esfera del conocimiento, Kant se anticipó a estudiar el fenómeno estético en su tercer libro, *La Crítica del Juicio*. Con este título, que parece inadecuado, Kant creyó descubrir una nueva especie de revelación por medio del arte. La obra de arte no reproduce exactamente el mundo visible, o por lo menos, no debe reproducirlo;



Casa de Kant en Königsberg.



nos da una versión modificada de lo que conocemos por los sentidos. Es una versión "ideal", entendiendo esta palabra en sentido platónico (ideas, almas de las cosas; lo cual corresponde a "la cosa en si" kantiana). De modo que, gracias a videntes, artistas, poetas y hasta pensadores, el hombre recobra aquel mundo cuya posesión y conocimiento le habían sido negados. No puede conocer, pero puede sentir la verdad, y ésta le aparece como una cosa bella. ¡Qué amable compensación! ¡Qué grandeza, qué bondad, qué piedad la de Kant, el demoledor del conocimiento absoluto!

EL CRITICISMO DE KANT

Kant representa la madurez intelectual del siglo XVIII, es decir, la superación del racionalismo y del empirismo, que en su tiempo llegaron a posiciones extremas mediante un sistema filosófico que los denomina y a la vez los explica.

La actitud filosófica de Kant se denomina *criticismo* porque su autor se propone ante todo analizar los fundamentos y estructura del conocimiento humano para decidir acerca del valor de sus pretensiones y acerca de sus límites. En concreto, tomó la física matemática newtoniana como modelo de una ciencia segura y se planteó la cuestión de si era posible edificar una metafísica y una moral de solidez parecida.

La lectura de las obras de Hume le había puesto de manifiesto que la experiencia sola se presenta como una pluralidad inconexa de impresiones sensibles. Por otra parte, el análisis de los métodos experimentales de la ciencia física moderna le reveló que los grandes científicos se sirven de la experiencia para comprobar la verdad de una teoría o idea propuesta previamente por razones rigurosas, especialmente de tipo matemático. De donde resulta que la mente no recoge sus conocimientos de los datos de la experiencia, sino que se sirve de ésta más bien para confirmar unos esquemas racionales previos. Este fue el punto de partida de lo que Kant llamó su *revolución copernicana.* El hombre conoce las cosas en cuanto les impone unos marcos o reglas que están de antemano en su estructura subjetiva. Kant las denomina *formas a priori,* es decir, ordenaciones previas a la experiencia.

Los sentidos, en lenguaje kantiano la *sensibilidad,* tienen dos formas a priori: el espacio y el tiempo. Los *fenómenos,* o sea, la realidad tal y como se nos aparece, se nos presentan siempre espacializados, si son fenómenos externos, e inscritos en el tiempo, tanto si son fenómenos externos como internos. Así pues, el espacio y el tiempo no son realidades, sino maneras como se nos muestra la realidad.

El entendimiento humano tiene también sus *formas a priori:* son las *categorías,* mediante las cuales ordenamos las cosas porque articulamos sus aspectos sensibles gracias a los juicios. En efecto, todo el saber posible acerca de algo se formula en un conjunto ordenado de juicios, o sea de verdades cuyos predicados exponen en forma intelectual el conjunto de propiedades y de caracteres del sujeto. Gracias a los juicios, las cosas quedan constituidas como realidades autónomas, precisamente porque como sujetos reciben todas las atribuciones que se predican de ellas.

Tanto en el plano sensible como en el intelectual, el conocimiento se compone siempre de dos elementos: la *materia,* que es el contenido recibido por la apertura del sujeto a la experiencia, y la *forma,* mediante la cual se articula y configura el aporte material.

Sólo hay un saber posible si se componen los dos ingredientes citados. La realidad como conjunto ordenado de cosas, apto para ser objeto de los varios campos del saber, está unificada por las formas que la estructura mental de los sujetos impone a los datos de la experiencia.

La conciencia humana común a todo individuo pensante es la *conciencia trascendental,* verdadero polo articulador de todo cuanto aparece en el mundo y aun del mundo mismo como horizonte común a todo lo cognoscible.

La metafísica tradicional pretendía ir más allá de la experiencia y conseguir un conocimiento válido de las cosas en sí mismas *(noumenos).* En sus varias partes aspiraba a conocer a Dios, el mundo como totalidad y el alma humana; realidades que no pueden ser jamás objeto de experiencia alguna, como es obvio. La conclusión de Kant es que una metafísica de este tipo es imposible como ciencia rigurosa, precisamente por el carácter ultraempírico de sus objetos.

Sin embargo, los temas de la metafísica tienen una función en el saber: son *ideas* de la razón que orientan el campo de las investigaciones que el hombre lleva a cabo. Como si fueran los puntos de referencia del conocimiento humano en su inagotable progreso en el saber.

La prueba de la inconsistencia de los intentos realizados en la historia por la metafísica la presentan la discrepancia y las disputas endémicas en el campo de la filosofía. Esta se ha enzarzado constantemente en *paralogismos* y *antinomias.* En los primeros, la razón ha atribuido al alma, como si constituyeran su real estructura y manera de ser, un conjunto de propiedades que sólo sirven para ordenar e interpretar la diversidad de lo que se denomina la experiencia interna. El alma, como última realidad central de cada hombre, no puede ser jamás término de un saber riguroso.

Las antinomias cosmológicas son aquellas proposiciones últimas sobre los aspectos más generales de la realidad del mundo y de las cosas (infinitud o finitud, simplicidad o carácter compuesto de las partes mínimas de la realidad, etc.) que se proponen como alternativas finales del saber, sin que se pueda decidir fundadamente cuál de los miembros de la alternativa es el válido.

F. G.

BIBLIOGRAFIA

Capek, M.	*El impacto filosófico de la física contemporánea,* Madrid, 1965.
Cassirer, E.	*Filosofía de la Ilustración,* México, 1943. – *Kant,* México, 1948.
Hazard, P.	*El pensamiento europeo en el siglo* XVIII, Madrid, 1946.
Hirschberger, J.	*Historia de la filosofía* (vol. II), Barcelona, 1963.
Hull	*Historia y filosofía de la ciencia,* Barcelona, 1961.
Lacroix, J.	*Kant et le kantisme,* París, 1967.
Laín, P., y López Piñero, J.	*Panorama histórico de la ciencia moderna,* Madrid, 1963.
Marías, J.	*Historia de la filosofía,* Madrid.
Zubiri, X.	*Cinco lecciones de filosofía,* Madrid, 1963.



Immanuel Kant, según dibujo de H. Veit Schnorr de Karolsfeld (Kupferstichkabünett, Dresde).



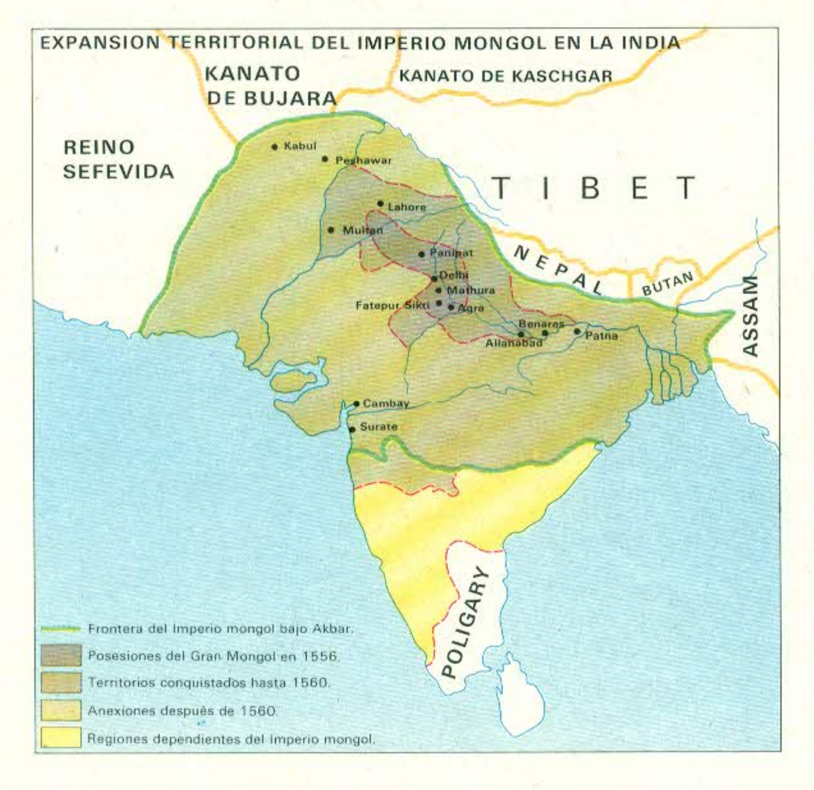
Músicas y bailarinas de la corte de un emperador mongol de la India (Biblioteca Nacional, París).

Los mongoles en la India

A mediados del siglo XVI empezó a circular por Europa la noticia de que había surgido en Oriente, precisamente en la India, un poder nuevo, un imperio regido por príncipes de gran personalidad, valerosos, ilustrados y tolerantes. Esto último sobre todo causó envidia a los pobres europeos, castigados por guerras de religión con matanzas como la de la noche de San Bartolomé, asesinatos, invasiones, abjuraciones y autos de fe. Los viajeros que iban a la India regresaban entusiasmados por el anticipado "despotismo ilustrado" de los emperadores mongoles. En sus relatos se percibían sombras hasta a través del espejismo oriental; pero describían virtudes de monarcas dignos de compararse con Trajano, Antonino Pío y Marco Aurelio. Por de pronto, los emperadores de la India habían logrado dos cosas que entonces parecían inalcanzables: la unificación política de la península indostánica, con su hormiguero de razas, pueblos y culturas, y el mutuo respeto de las numerosas religiones con que allí procuran su salvación quinientos millones de habitantes.

Los monarcas mongoles de aquel grande Imperio que parecía ejemplar descendían de Gengis-Khan y Tamerlán, que ya en siglos anteriores habían invadido la India. Eran mahometanos, aunque conviene recordar que los mongoles aceptaron el Islam a falta de otra cosa mejor. Gengis-Khan y sus hijos habían mostrado curiosidad por el cristianismo, pero la Iglesia no pudo o no quiso enviarle misioneros. El barniz mahometano de los mongoles encubría la sencillez religiosa y política de Gengis-Khan, quien decía que sólo debía haber un dios en el cielo y un emperador en la tierra. Del dios no estaba muy seguro, pero del emperador no tenía dudas, pues debía ser él, y por esto se llamaba *Emperador de los hombres*. La entrada de los musulmanes en la India se produjo mucho antes. Hacia el año 650, los árabes empezaron la conquista del Beluchistán. Sesenta años después se establecieron en todo el país, derribando la dinastía hinduista que lo regía. El mismo año que los musulmanes pisaron tierra española, el 711, iniciaron también la ocupación del Sind, región del bajo Indo, actualmente en el Pakistán. En el Sind y el Penjab fundaron dos principados independientes que reconocían al califa de Bagdad.

Castillo de los Timúridas o descendientes de Gengis-Khan y de Tamerlán, que habían invadido la India con anterioridad a quienes iban a fundar la dinastía de los Grandes Mongoles en la India.



Otros musulmanes, los turcos de Ghazni (Afganistán), amenazaron la India del Norte. El príncipe Mahmud hizo 17 razias y destruyó varias ciudades, entre ellas Matura.

El príncipe turco Mohamed de Gor, que conquistó Ghazni, continuó luchando y fundó en el Hindustán el primer imperio musulmán de la India, con capital en Delhi, y que comprendía la ciudad santa de los hinduistas, Benarés. Un siglo más tarde, los sultanes de Delhi conquistaron el Decán, estableciéndose en Delhi una nueva dinastía afgana, pronto sustituida.

Se ha hablado mucho de la ferocidad de los mongoles; las pirámides de cabezas de los que se resistían eran justo castigo o mejor una táctica militar que hoy denominaríamos de "represalia" o "terror". La invasión de la India por Gengis-Khan (1221) fue tan sólo un episodio de la conquista de Persia. El sha de Persia había huido a la India y el *Emperador de los hombres* fue a perseguirlo allende las cordilleras. Un poeta indo, ha-

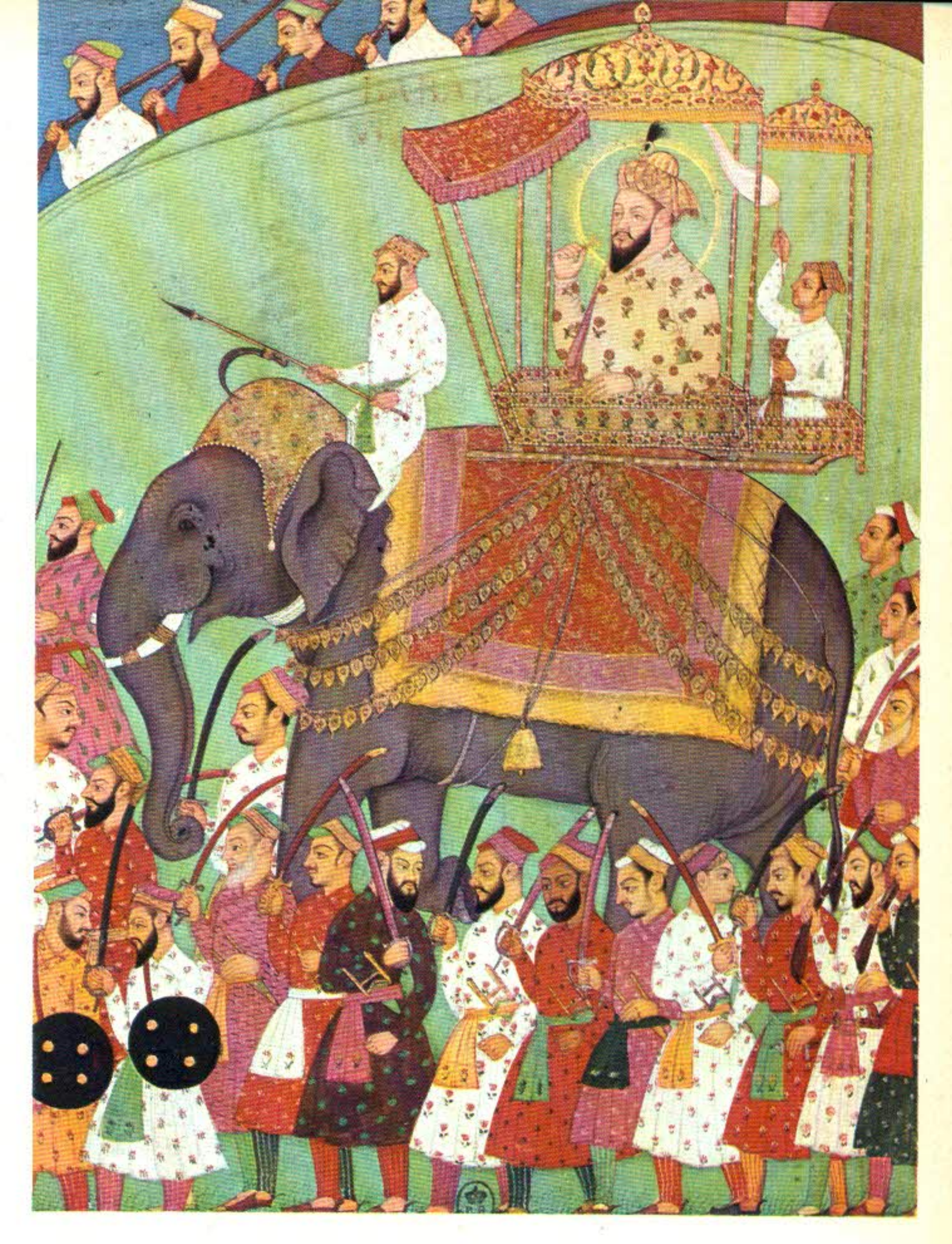
blando de la horda de Gengis-Khan, dice que los mongoles debían descender de perros, aunque tenían mayores huesos. Dios debía de haberlos creado con el fuego del infierno, puesto que parecían diablos (*flagellum Dei* les llamaban los europeos). Las gentes huían despavoridas y aterradas a la noticia de su llegada. Es muy interesante comparar estos juicios sobre los primitivos mongoles apenas arrancados de la estepa con el amor y respeto que infundieron en la misma India sus descendientes.

Tamerlán, también castigo de Dios, entró en la India como conquistador en 1398. Dice en sus *Memorias* que había ido allí impulsado por un doble motivo: hacer méritos para el Día del Juicio matando a los idólatras, y apoderarse de las riquezas de los infieles, "porque los musulmanes tienen derecho al botín de guerra santa como a la leche de sus madres". He aquí cómo describe el propio Tamerlán en sus *Memorias* la toma de Delhi: "Mi ejército, sin que yo pudiera contenerlo, entró en la ciudad, matando, saqueando y haciendo prisioneros. Aun queriendo, no habría podido evitarlo, porque era designio de Dios que sobre ellos cayese aquella calamidad". Cada individuo que formaba parte de la horda de Tamerlán regresó a Samarkanda con un rico botín en que figuraban treinta o cuarenta cautivos e inmensas cantidades de preseas de toda clase, en especial piedras preciosas, que fueron la parte del Gran-Khan. Pero Tamerlán tampoco se quedó en la India. Después de su campaña reaparecieron los estados "taifas" musulmanes e hinduistas. Entonces floreció Ahmedabat, la ciudad de las mezquitas.

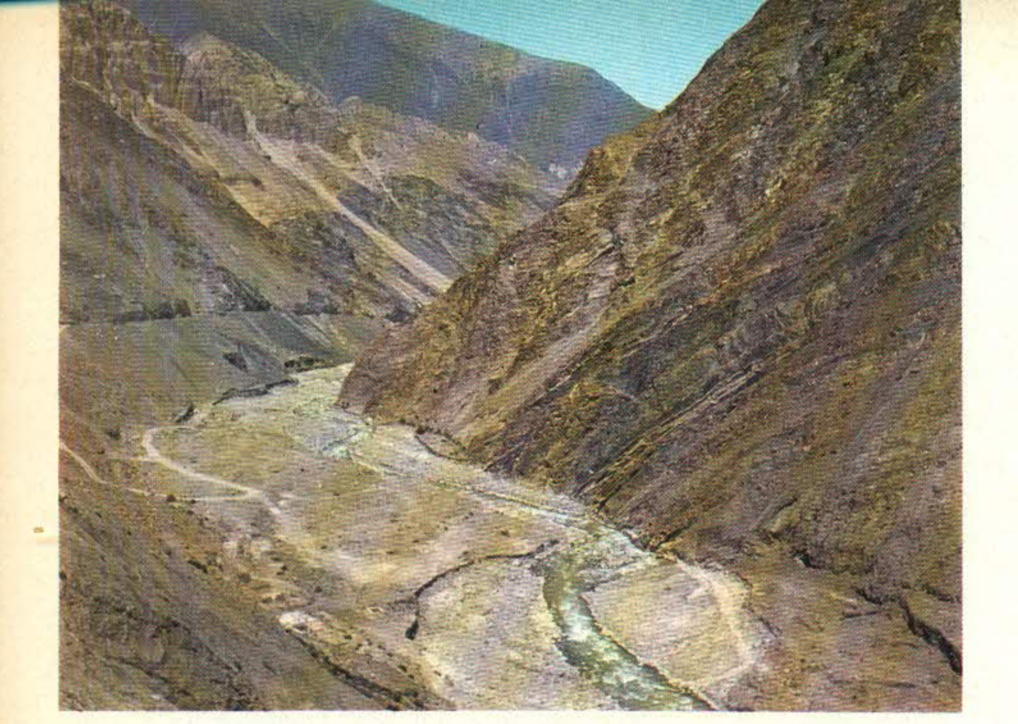
Estos dos episodios son como el pórtico sombrío, en contraste con lo que va a seguir. A principios del siglo XVI, Babar, descendiente de Tamerlán en sexta generación, era emir de Fargana en el Asia Central, en las riberas del Yaxartes. Fogoso, atrevido y noble, Babar había conquistado por dos veces a Samarkanda, donde estaba la tumba de Tamerlán, pero por dos veces también la había perdido, lo mismo que había ocurrido con su heredado patrimonio de Fargana.

En 1512, Babar, triunfando de las vicisitudes de la política oriental, logró por fin la posesión estable de Kabul (Afganistán), en los contrafuertes de la cordillera, y en cierto modo parte del ámbito exterior de la India. Era joven, pues frisaba en los treinta años, y había saboreado el dulzor de la fortuna y experimentado los sinsabores de la desgracia, de la soledad y el destierro. Las aventuras le conquistaron fama, y esto explica que Babar recibiera en Kabul la invitación del príncipe de Delhi en súplica de auxilio contra un sobrino usurpador. Aunque Babar, esperando ocasión de emplear sus energías, se aburría en Kabul, demoró su "entrada" en la India hasta el año 1524. Aparentemente iba en auxilio del príncipe de Delhi, con cuyo ejército y el suyo de montañeses, en su mayoría afganos, se adueñó en pocos meses de la situación y restableció a su protegido en el trono. Dejó a un veterano mongol para vigilar al nuevo monarca su protegido y regresó a sus estados.

Pero al año siguiente Babar entró de nuevo en la India sin disimular ya su carácter de conquistador. Ayudado por todos los descontentos de la India, Babar venció a los rajaes congregados para detenerlo en el histórico llano de Panipat, a 85 kilómetros al norte de Delhi. Allí se dieron la mayor parte de batallas que decidieron la suerte de la India; Babar venció en esta ocasión empleando la táctica tradicional de los mongoles, que consistía en colocar en las alas de su frente de batalla escuadrones de caba-



El emperador Babar, en campaña (miniatura de un códice conservado en la Biblioteca Nacional de París).



Valle del río Kunar, en Afganistán, donde transcurrió la juventud de Babar.

llería que, envolviendo los flancos enemigos, lo atacaban por la espalda. Además llevaba cañones manejados por artilleros turcos, que en aquella época eran los mejores del mundo. El ejército de los rajaes tenía, en cambio, el impresionante escuadrón de más de cien elefantes. He aquí cómo el propio Babar describe la batalla de Panipat: "El sol había ascendido sobre el horizonte como una medida de lanza cuando empezó la refriega. A la hora del mediodía el enemigo estaba deshecho y mi ejército triunfante". Dos destacamentos fueron a recoger los tesoros acumulados en Delhi; entre aquellas riquezas se encontraba el famoso diamante *Kohinor, Montaña de luz,* de 187 quilates, actualmente perteneciente a la corona británica.

Le fue algo difícil a Babar retener en la tórrida India a los montañeses de Kabul, que suspiraban por los pastos afganos y las fuentes de sus valles. El mismo Babar echaba de menos las uvas y melones de Kabul, pero en la India se podía establecer un gran Imperio, mientras que en las montañas los afganos y los mongoles siempre serían cabreros y pastores. Por esto Babar llamó a los jefes de sus tribus y les arengó así: "Hemos destruido un poderoso enemigo y conquistado un reino con incontables riquezas. ¿Vamos a regresar a Kabul como vencidos? Quien quiera ser mi amigo no ha de pensar en marcharse, aunque todos pueden regresar si quieren". Algo así dijo Alejandro a sus macedonios en aquellos mismos parajes, y todos murmuraron que querían retroceder. En cambio, los mongoles de Babar, como los españoles de Pizarro, consintieron en continuar la empresa comenzada.

Los rajaes se rehicieron y hubo que dar la segunda batalla para consolidar la conquista. Era el año 1527. Babar comprendió que los desposeídos lucharían furiosamente, y para congraciarse con Alá hizo voto de no beber más vino ni licores (la debilidad de los mongoles). Después de romper las copas y verter los mostos, improvisó este dístico: "Si pierdo, aunque muera venceré; – podré perder la vida, mas la fama guardaré". También ganó esta segunda batalla por los efectos del terror causado por la artillería. Los turcos al servicio de Babar usaban en gran escala esta

Entrevista del emperador Babar (acuarela india del Museo Guimet, París).

Plaza y medersa de Ulag-Beg, en Samarkanda, la ciudad ganada y perdida dos veces por Babar.



arma, que era completamente nueva para los indostanos. Usaron un gigantesco cañón llamado *El Victorioso*, que no se podía disparar más que dieciséis veces al día. Tenían también culebrinas y mosquetes.

La generosidad de Babar era proverbial. Un día al atravesar la cordillera de Sefid Kud tuvo que pernoctar cerca del paso, y como en la cueva que servía de refugio sólo cabían los de su séquito, Babar excavó para él un refugio en la nieve "del tamaño de una alfombra para el rezo", dice con candor. En sus *Memorias* cuenta que al llegar al Ganges quiso vadearlo nadando...

LOS MUSULMANES EN LA INDIA: ARABES, PERSAS, AFGANOS, TURCOS Y MONGOLES

Uno de los problemas del período mongol-musulmán de la India es el de la raciología de los inmigrantes e invasores y el de su adscripción étnica, cultural, lingüística y religiosa. La India constituye un gran espacio vital que hasta la segunda mitad del siglo pasado no pudo considerarse "saturado" en la relación demografía-producción de alimentos. A pesar de los rigores climáticos del cálido y húmedo verano y del peligro de las inundaciones provocadas por las lluvias monzónicas, es país con un extraordinario atractivo. Un grupo militar o político bien organizado puede, con relativa facilidad, capturar una porción del territorio y convertirlo en un reino o sultanato, y si tiene mayor empuje, en un imperio.

Si, además de invadir, conquistar y luego gobernar, se pretende predicar una religión, se encontrará un público atento, con clases dirigentes muy cultas, formadas en psicología, religión, filosofía, y dispuestas a escuchar. Ambas cosas practicaron Akbar y sus ministros.

Pero podemos preguntarnos, ¿de qué pueblo, a qué raza pertenecían los invasores musulmanes de la India? Los árabes que iniciaron la islamización del Beluchistán (actual Pakistán) en el siglo VIII eran mediterránidos orientales, seguramente con algún caucásico del enclave del Hadramaut. Estas dos razas del tronco europido son las que también se encuentran en Siria, país que en toda la etapa del califato de Damasco, su capital, influyó extraordinariamente en la islamización de Oriente y Occidente.

Por otra parte, en el Beluchistán vivía entonces, como ahora, un pueblo de lengua drávida, el braui, seguramente originario del sudoeste de la India. Posteriormente, persas y afganos dominaron el país y lo utilizaron como base para la islamización de las tierras del valle del Indo, del Penjab y del Hindustán. En Persia predominan los caucásico-armenoides, pero hay también indoafganos y mediterránidos.

Este es el complejo racial que por los célebres pasos del Afganistán invadió en varias ocasiones la India. Posteriormente se unieron a él turcos y mongoles. Los európidos o blancos de la India pertenecen a la raza indoafgana, aunque aparecen hibridados, principalmente con melánidos. Las primeras etapas musulmanas no representaron un cambio raciológico en la India. Los persas influyeron más por su elevada cultura, literatura, arte, ciencia. Su misma lengua dejó parte de su vocabulario en la lengua urdu de la India, que, por otra parte, se escribe en caracteres árabes.

Los turcos, que se unieron al complejo más tarde, constituyen otro problema desde el punto de vista raciológico. Es corriente que se les considere de raza mongol, cuando en realidad constituyen, junto con los tártaros, una raza intermedia o de contacto o del tipo de las poco diferenciadas, entre los troncos európido y mongol. Raciólogos como Vallois la consideran mejor clasificada entre los európidos que entre los mongólidos. No debemos olvidar que una parte del Turkestán está en el Afganistán y aún actualmente más de 2 millones de súbditos afganos son turcos y hablan turco.

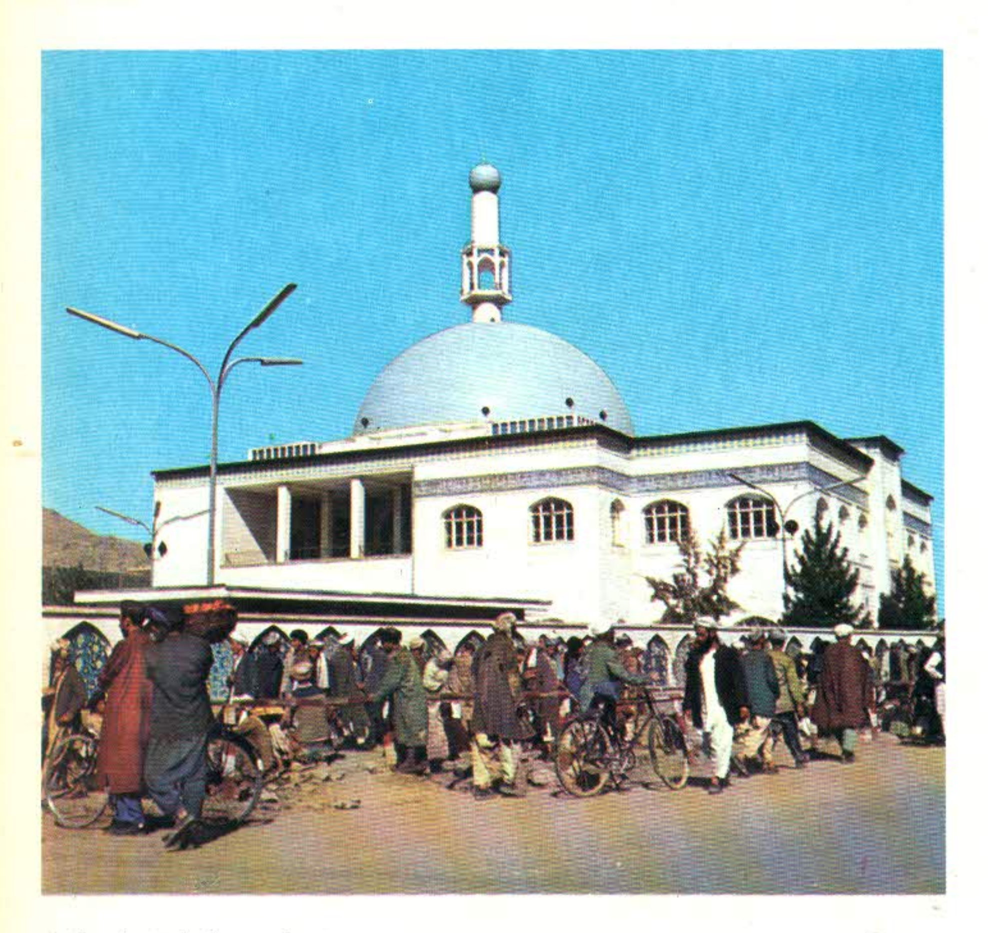
La primera dinastía turca que atacó la India fue la de Mahmud (997-1030), príncipe de Ghazni. Esta ciudad está a unos 150 kilómetros al sur de Kabul, dominando el camino de la India. La segunda dinastía turca fue la de Ghor, que después de conquistar Ghazni (1173) se estableció en Delhi (1193). La dinastía que ocupa Delhi durante el siglo XIII (1206-1290) es también turca. Fueron 26 los soberanos turcos de Delhi de las varias dinastías. Sus soldados aparecían en la India como si fueran miembros de una nueva casta militar. Así como en el norte del Afganistán la presencia de un grupo turco-tártaro (raza turania) es importante, en la India, debido a su inferioridad numérica, apenas quedan vestigios después de un fuerte hibridismo absorbente.

Racialmente, los mongoles no presentan problema. Constituyen el prototipo de la raza mongol o amarilla, de la cual los chinos son los representantes del grupo central o sínido.

A partir del reino de Chingiz (1155-1227), empezaron a amenazar la India, y es curioso que fueran los reyes turcos quienes mejor intentaran protegerla de la amenaza mongol. Fue Timur (Tamerlán) quien, después de seis meses de guerra, logró destruir el imperio turco de la India, si bien abandonó pronto el país.

La influencia racial de los mongoles históricos en la India se diluyó en algunas generaciones, todavía más de prisa que el influjo turco.

A. P.



Calle de Kabul, con la Gran Mezquita. Instalado en esta ciudad afgana, Babar, después de haber recibido la invitación de dirigirse hacia la India, planeó largamente la irrupción de los mongoles en aquellas regiones.

"Conté mis brazadas: fueron treinta, y otras tantas a la vuelta. Aquel río era el único que no había atravesado a nado." Babar hablaba el persa y el turco, y en árabe compuso sus poesias. En las *Memorias* recuerda los compañeros poetas que alegraron su juventud. Menciona a su madre, de pura sangre mongola, que le acompañó en sus campañas como las mujeres que seguían a la horda en tiempo de Gengis-Khan. Recuerda a su abuela –"que pocas mujeres pueden haberla superado en sentido común y sagacidad"–. Babar tiene algunas nociones de astronomía. Los mongoles habían fundado en Samarkanda un observatorio provisto de aparatos un siglo y medio antes del Uraniborg de Tycho Brahe. "Hasta aquel entonces –dice Babar–, yo no había visto la estrella Soheil (Canopus, que no se ve en el hemisferio norte), pero una noche, al atravesar las cumbres, vi hacia el Sur un astro refulgente y dije:

"–Este no puede ser más que Soheil.

"Mis compañeros respondieron:

"–Sí, es Soheil."

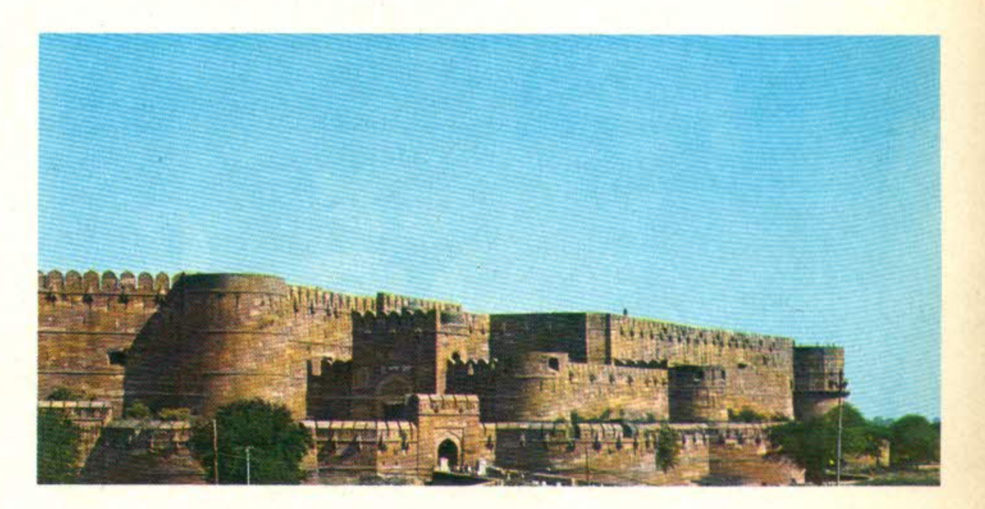
Babar tenía prodigiosa fuerza física. Podía recorrer el circuito de una fortaleza saltando de almena en almena con un hom-

<table>
<tr><th colspan="4">AFIANZAMIENTO DEL PODER MONGOL EN LA INDIA</th></tr>
<tr><th>IRAN ORIENTAL</th><th>PUNJAB</th><th>DELHI</th><th>BENGALA Y GUDJERAD</th></tr>
<tr><td>1504-1520. Babar logra dominar los territorios de Kabul y Kandahar, desde donde entra en relación con las dinastías afganas del Ganges.</td><td></td><td></td><td></td></tr>
<tr><td colspan="2">1524. Babar, interviniendo en los conflictos sucesorios de la dinastía Lodi de Delhi, entra en el Punjab.</td><td></td><td></td></tr>
<tr><td colspan="3">1525. Babar, en el valle de Ganges.
1526. Victoria de Panipat, entrada en Delhi; empieza el Imperio mongol en India.</td><td></td></tr>
<tr><td colspan="4">1527. Profundización en el territorio indio: victoria de Khanwah sobre la coalición rajputana. Por el Ganges, Babar lleva su poder hasta Bengala.</td></tr>
<tr><td colspan="3">1530. Muerte de Babar; advenimiento de Humayún; recuperación de la coalición de los rajaes.</td><td></td></tr>
<tr><td colspan="4">1535. En su lucha contra Gudjerat y Bengala, focos de la resistencia, Humayún se apodera de la mayor parte de Gudjerat.
1539. Sher Khan, señor afgano de Bengala, vence en Chaussa a los ejércitos de Humayún.
1540. Nueva victoria de Sher Khan en Kanaudj.</td></tr>
<tr><td colspan="3">1540. La dinastía Sur (Sher Khan), en Delhi. Humayún huye del Punjab.
1545-1553. Salim Sha, hijo y sucesor de Sher Khan.</td><td></td></tr>
<tr><td>1547. Humayún, refugiado en el Irán, inicia, con el apoyo de Thamasp, la reconquista del imperio paterno: conquista de Kandahar y Kabul.</td><td></td><td></td><td></td></tr>
<tr><td colspan="2">1551. Humayún en el Punjab: toma de Lahore.</td><td></td><td></td></tr>
<tr><td colspan="3">1555. Humayún vence a la dinastía Sur y ocupa Delhi y Agra.
1556. Muerte accidental de Humayún.
Advenimiento de Akbar el Grande.</td><td></td></tr>
</table>

Palanquín en que era transportada la favorita de un emperador mongol de la India (Biblioteca Nacional, París).

bre debajo de cada brazo. Pero en las *Memorias* manifiesta el placer con que en sus marchas atravesaba campos floridos. En Kabul había una fuente con hermosa perspectiva. Babar compuso en su honor esta poesía, que mandó grabar en el granito: "Dulce es el año en abril, – más dulce el rumor del agua. – Dulce es la uva madura, – más dulce la voz de la amada. – Disfruta Babar de todo esto, – pues ya no podrás – gozarlo después de muerto".

Babar, *León de Kabul,* fundador de la dinastía de los Grandes Mongoles de la India, fue realmente un rey caballero. Hasta su muerte dio pruebas de gran corazón. Cuen-

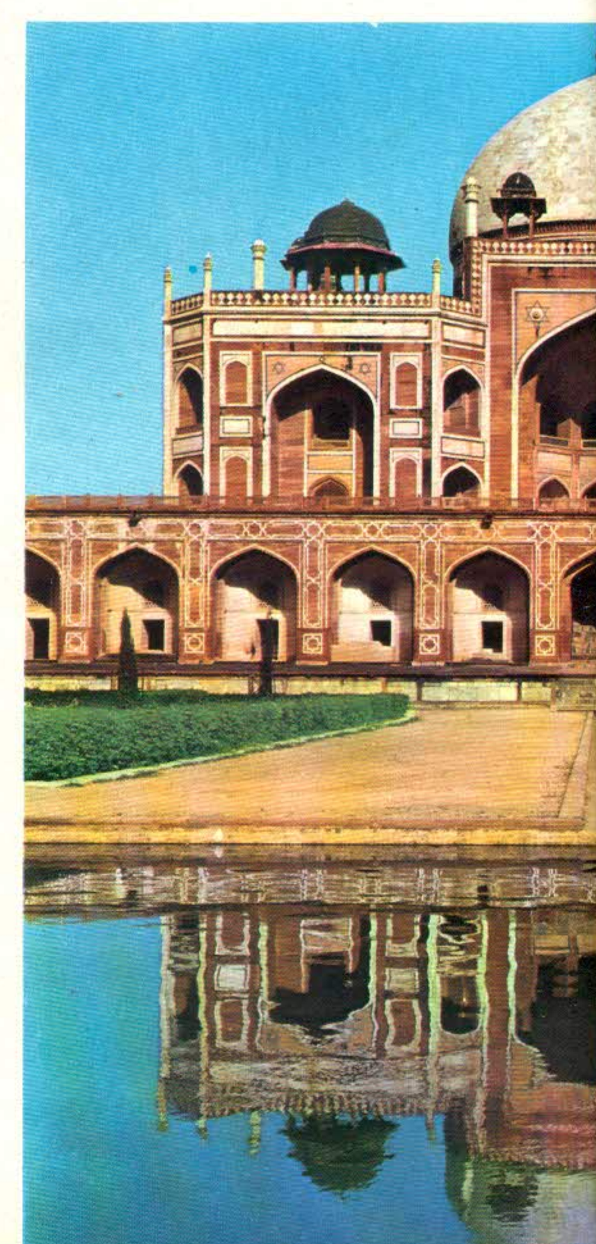


Imponente aspecto de la fortaleza de Agra, capital de los mongoles hasta el año 1658.

Escena de gineceo en la corte de los Grandes Mongoles de la India (Biblioteca Nacional, París).

tan que su hijo y sucesor, Humayún, estaba gravemente enfermo cuando Babar, dolorido, oyó decir a un santón que a veces el Todopoderoso se satisfacía si los parientes del enfermo sacrificaban en holocausto algo que mucho estimaran. Babar dijo que quería ofrecer su vida por la de su propio hijo. Dio tres vueltas rezando alrededor del lecho de Humayún y se le oyó exclamar: "¡Está concedido, está concedido!". A los pocos días Babar murió y sanó Humayún. Entre las recomendaciones que Babar hizo a su hijo, la más insistente fue que tratase siempre con cariño a sus hermanos; pero por esto fue el reinado de Humayún extremadamente infeliz, porque sus tres hermanos se coligaron con rajaes sediciosos y obligaron a Humayún a combatir. A veces Humayún, asociado a uno de sus hermanos, combatía a los otros dos, siempre acosado por sus intrigas y siempre perdonándolos. Humayún acabó por perder Delhi y toda la parte de la India conquistada por su padre y hubo de refugiarse en Persia. En este período de vida andariega, Humayún se enamoró de la hija de un pobre letrado, descendiente de la familia del profeta Mahoma, hasta el punto de casarse con ella. La *Esposa de la emigración* dio a Humayún su hijo Akbar, que fue después el más famoso de los Grandes Mongoles de la India.

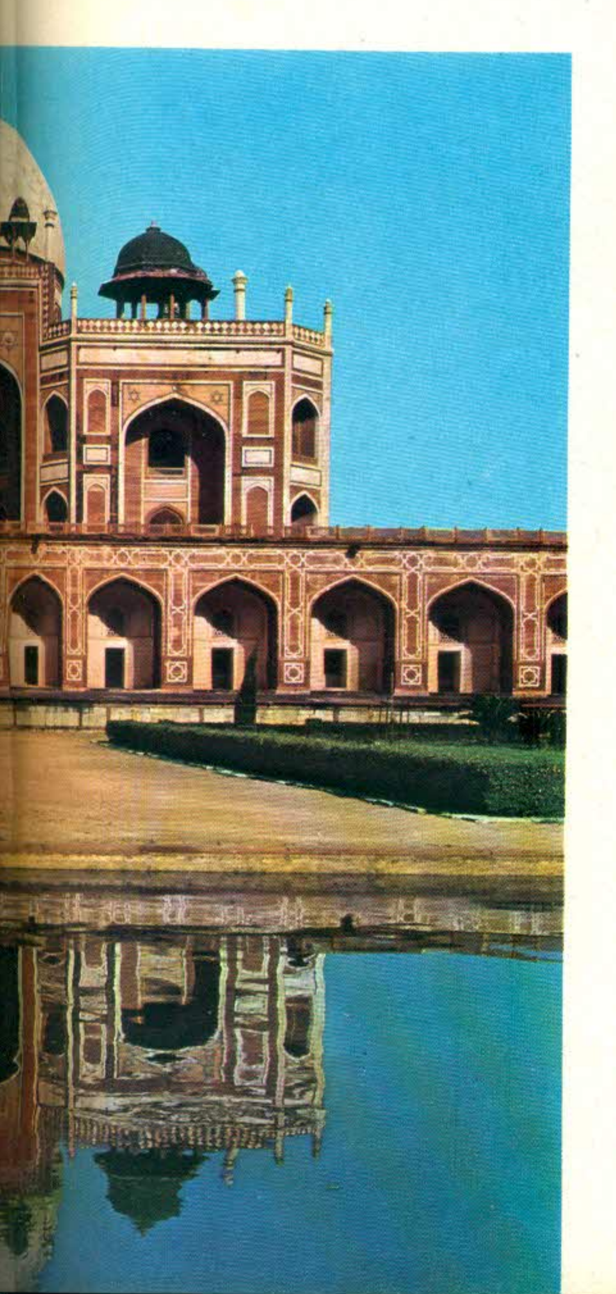
Humayún, pese a sus desdichas, no fue un príncipe resignado y pusilánime. Poco a poco recobró los estados de Babar. Primero Kabul, luego el Penjab, después Lahore y al fin Delhi. En estas campañas de reconquista, Humayún, acaso aleccionado por la experiencia, restableció el sistema mongol propio de Gengis-Khan y Tamerlán, de castigar a los vencidos levantando pirámides de cabezas. Babar habría preferido esclavizar



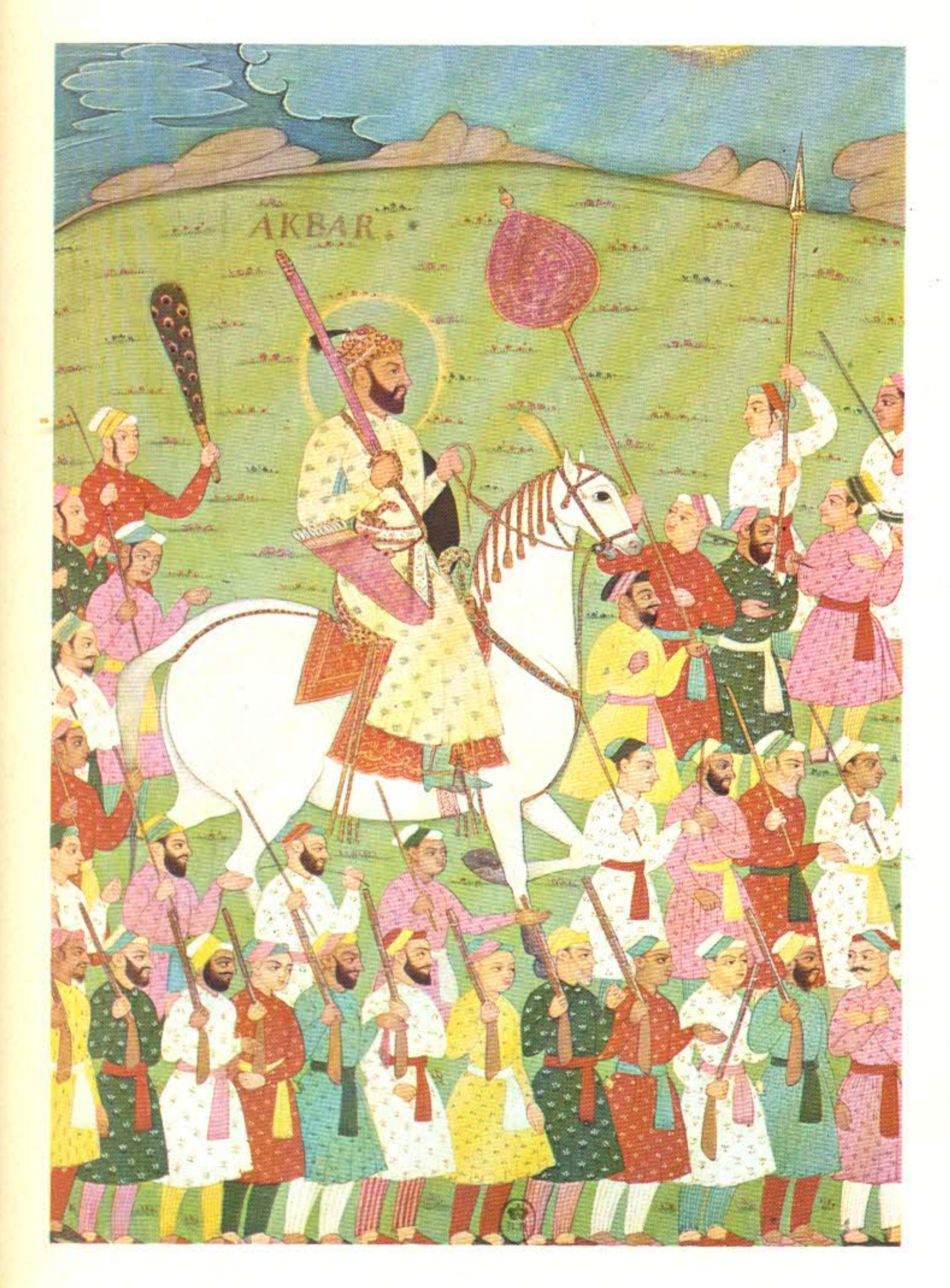
a los rebeldes, pero esto no era ortodoxo, porque muchos de los enemigos de los mongoles eran mahometanos, y a los creyentes se los puede matar, pero no esclavizar. El Islam es una fraternidad, y esclavizar a un hermano de religión no está permitido. Un cautivo necesariamente tiene que ser inferior. Muestra típica del destino de Humayún es que seis meses después de haberse reinstalado emperador en Delhi murió a consecuencia de una caída por la escalera de palacio. Aquel a quien no habían quebrantado veinte años de continuo infortunio, resbalaba en los mármoles pulimentados de su residencia.

Humayún murió el 1556, dejando por heredero al príncipe Akbar, que no tenía más que trece años. Akbar había estado en peligro de ser asesinado por sus tíos en dos diferentes ocasiones. Había ya combatido y aun mandado un cuerpo de ejército en la campaña de la reconquista. ¿Qué educación pudo recibir este niño Akbar, destinado a ser el príncipe más excelso que ha producido Oriente? Sabemos que cuando empezó a reinar no había tenido tiempo de aprender a leer y escribir. Pero el joven monarca se procuró en seguida un instructor de primeras letras y de rudimentos de la doctrina coránica. A los dieciséis años otro tutor le instruyó en "la lectura de poesías místicas". Akbar, por consiguiente, como los musulmanes mejor educados, sabría de memoria algunas suras del Corán y las poesías de Sadí,

El sultán Sikandar Sha (Biblioteca Nacional, París). El reinado del mongol Humayún se vio truncado por una revuelta que entronizó durante diez años una dinastía afgana; el último de sus representantes fue Sikandar Sha, aventurero que depuso al último afgano y fue derrotado por Humayún, que recuperó el reino.



Mausoleo del emperador Humayún, en Delhi. Para reconquistar su reino, este emperador instauró de nuevo los métodos típicos de los mongoles.



El sultán Akbar, a la cabeza de una expedición militar (Biblioteca Nacional, París).

Hafiz y Firdusi. Aprendió lo más selecto de la tradición, como, por ejemplo, historias de reyes, anécdotas y sentencias de famosos ministros, que fueron hasta hace poco tiempo el tema preferido de los orientales cultos. Completaron la educación científica de Akbar algo de astronomía, música y, sobre todo, retórica. Claro está que no son los conocimientos que hoy día exigiríamos de un monarca, pero hay que reconocer que eran superiores a los de muchos príncipes europeos de su época.

No nos entretendremos en relatar las luchas de Akbar para consolidarse como indiscutido emperador en Delhi. Al verle todavía niño, los rajaes esperarían desembarazarse de él fácilmente. La batalla decisiva se dio también en la llanura de Panipat, a 85 kilómetros al norte de la capital. Después de conseguida la victoria, puede decirse que el emperador Akbar reinó, sin encontrar oposición, por espacio de casi medio siglo, desde el año 1556 hasta el 1605, año en que murió.

Su hijo Jehanjir describe a Akbar en estos términos: "Era más bien alto, de color trigueño, ojos negros, frente ancha y voz recia pero de timbre agradable. Sus maneras eran distintas de las de los demás mortales; en su cara había un encanto de celeste dignidad". Akbar era aficionado a la caza, pero sin el apasionamiento de la mayoría de los monarcas europeos. Era hábil tirador y en el sitio de una ciudad mandó levantar una torre de madera ante la brecha y con su puntería quebró la resistencia. Pero no gustaba de aprovecharse de la superioridad de las circunstancias. Un día sorprendió a una partida de rebeldes durmiendo la siesta. Akbar mandó en seguida que redoblaran los tambores para despertar al enemigo y darle tiempo de prepararse. Sucedía esto casi dos siglos antes de Fontenoy, cuando los franceses dijeron: "¡Señores ingleses, tirad primero!". Sin embargo, la caballerosidad de Akbar no le impedía ser duro y algunas veces reaparecía la tradición de los castigos al estilo mongol, ordenando ejecuciones en masa, con el colorido de la gran pirámide de cráneos.

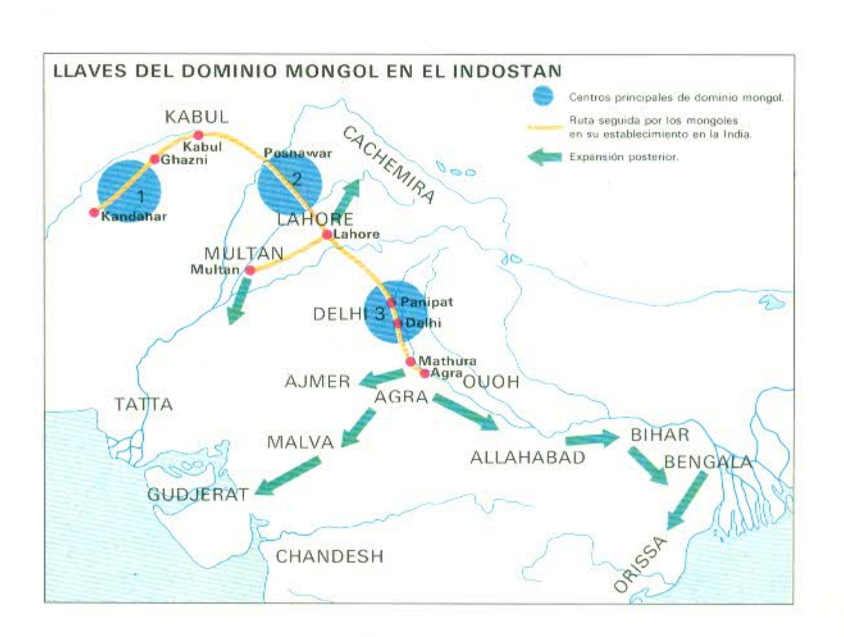
Sin embargo, Akbar tenía cualidades de gran estadista y aun de reformador. Construyó una nueva ciudad para residencia de la corte en las cercanías de Delhi, que hoy es una de las más interesantes maravillas de la India. Se llama Fatehpur Sikri, y fue levantada en aquel lugar porque allí nació el

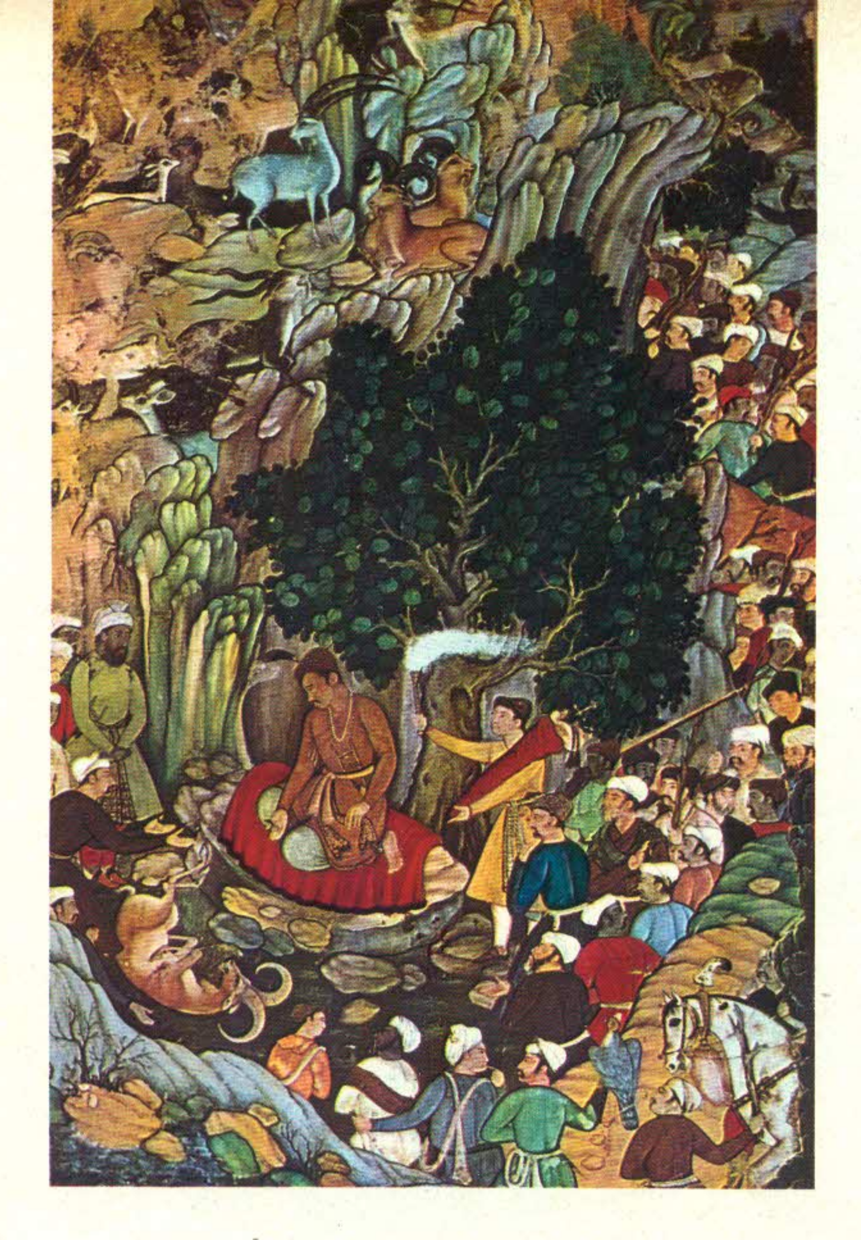
CRONOLOGIA DE AKBAR

1556 Advenimiento de Akbar.
1562 Se inicia su gobierno personal; contrae matrimonio con una princesa hindú. Queda abolida en todo el Imperio la tasa sobre las peregrinaciones.
1564 Akbar suprime los tributos impuestos a los no musulmanes.
1565 Batalla de Talikota: derrota de Vijayanaga frente a los musulmanes.
1572-1573 Campaña de Akbar en Gudjerat y Surate.
1573 Muerte del poeta Sur-Das.
1573-1580 Construcción de Fatehpur Sikri.
1574 Campaña de Akbar en Bengala.
1579 Akbar se proclama jefe religioso de todos sus estados.
1580 Akbar aplasta la rebelión de Bengala y Bikar.
1586 Conquista de Cachemira.
1592 Conquista de Orissa.
1593 Edicto de tolerancia general.
1595 Campaña de Beluchistán y ocupación de Kandahar.
1605 Muerte de Akbar: Jehanjir.

Exterior del Divan-i-Khas, edificio en que Akbar efectuaba las reuniones en que se trataban sobre todo temas de religión.

primogénito de Akbar. Poco a poco, Akbar fue construyendo edificios en Fatehpur y prolongando allí su estancia, hasta acabar por residir en este lugar más tiempo que en Delhi o Agra. Hoy la vieja Fatehpur está completamente deshabitada, si bien junto al antiguo palacio restaurado ha crecido un pequeño poblado hindú; los innumerables edificios construidos por el emperador y sus ministros cubren una vasta extensión, sin que turbe el silencio de las ruinas nadie más que los visitantes y turistas que van a contemplar una de las maravillas de la India. Akbar, desde que reinó sin regentes, al llegar a la mayor edad, manifestó deseos de legislar para el bien de sus súbditos. Prohibió los casamientos de menores, y en los de adultos exigía la libre voluntad de los contrayentes.





Akbar en una cacería (miniatura de una copia del Akbarnama o Anales de Akbar; India Office Library, Londres).

Sin impedir en absoluto la cremación de las viudas a la muerte del marido, dio a entender que no aprobaba la costumbre y que castigaría rigurosamente a los parientes del difunto si imponían el suicidio a la viuda. Desde hace bastantes años se ha logrado abolir el rito de la cremación de la esposa sobreviviente al marido *(satti)*, pero una viuda hinduista no suele contraer segundas nupcias. En cambio, ya veremos que la esposa predilecta de Jehanjir, hijo y heredero de Akbar, era viuda.

Akbar ordenó el censo y catastro de la India para imponer equitativamente las contribuciones. La tierra se clasificó en tres categorías: desierta, inculta y de cultivo. Esta última era la que producía cereales y plantas oleaginosas; su propietario tenía que entregar al estado un tercio de la cosecha, mucho menos de lo que pagaba el campesino de Francia en aquel entonces. A los que tenían tierras incultas se les procuraban semillas, se les hacía un anticipo y se les perdonaba la contribución por dos años. Es imposible detallar aquí el sistema de contabilidad del Tesoro de los Grandes Mongoles, pero los ingleses confesaban que en la India no hicieron más que tratar de imi-

INTERPRETACION DE LA INDIA MUSULMANA

El Islam es famoso en la India por dos hechos clave: uno religioso, la conversión de millones de hinduistas a la religión de Mahoma, y otro político, la creación de reinos e imperios, especialmente el llamado imperio mongol de la India, y recientemente la República del Pakistán, habitada por más de 100 millones de musulmanes.

La interpretación de estos hechos no es fácil y menos desde una perspectiva europea, nacionalista y cristiana. Enumeraremos algunos hechos que deben tenerse en cuenta para la interpretación de la India musulmana. En primer lugar, la India es un subcontinente abierto a las invasiones por tierra, especialmente por el NO., desde el Afganistán, y a las marítimas por casi todas sus costas, especialmente las occidentales.

La complejidad de su población, formada por centenares de pueblos de varios grupos lingüísticos (munda, dravidio, buruchaski, andamanés, indoario o sánscrito, tibeto-birmano, árabe-persa) y de gentes de los tres troncos raciales (európido, melánido, mongólido), explica la complejidad de sus culturas y grupos étnicos y el hibridismo dominante.

En la India es más fácil entrar que salir, más fácil adaptarse que imponerse. Lo normal es el hibridismo, no el mantenimiento de las características hereditarias o culturales de un solo grupo racial o cultural. Para entender las etapas musulmano-mongolas de la India se debe tener en cuenta que es más fácil predicar y mantener una religión que produce impacto que cambiar una cultura milenaria. Ante un pueblo pacífico, estructurado en etnias y castas y también en sectas o escuelas religiosas, no es muy difícil que un grupo guerrero, musulmán, árabe, afgano, turco o mongol, consiga organizar reinos, sultanatos, incluso imperios, pero es difícil que pudiera destruir o arrinconar el hinduismo y las tantas culturas de la India iniciadas en el paleolítico, en el neolítico, en la edad del bronce o del hierro y cuya herencia está viva aún actualmente.

En nuestros días se interpreta que el Islam ha dado otra religión a la India, como en el siglo VI antes de Jesucristo se la dieran Vardhamana, llamado el "Gran héroe" (Maha-vira), fundador del jainismo, y Sakyamuni, llamado el "Iluminado" (Buddha), fundador del budismo.

Los estados fundados por musulmanes y por mongoles islamizados constituyen dos de las grandes etapas políticas de la India, sobrepuestos y coexistentes con sus culturas, religiones y, en algunos casos, estados tradicionales. La primera es la de los reinos, sultanatos, invasiones de corta duración. La segunda es la del Imperio mongol de la India.

Juzgar en términos de "avances" y "retrocesos" de musulmanes o de hinduistas no parece que tenga demasiado interés, excepto en sentido antropológico-cultural y social. El trauma de la separación de la India y del Pakistán (propiamente hablando de los dos Pakistanes, el del Indo y el del Ganges o bengalí) parece hoy muy significativo porque inicia un período, el de la independencia, de gran trascendencia para la época contemporánea y es de presumir que para los próximos siglos.

A. P.

Mausoleo del emperador Akbar, en Sikandra.

tarla, aunque con poco éxito. Entre otras cosas, Akbar exigió de los oficiales de la administración que todos los documentos se redactaran en árabe-persa, y esto, dicen los ingleses, fue un gran paso hacia la unificación administrativa de la India, donde la mayoría de pueblos y tribus hablan diferentes lenguas. Se unificó también la moneda y el calendario.

Dividió la India en veinte provincias o gobiernos. Cada gobernador era como un virrey y tenía su corte en miniatura análoga a la de Delhi, con igual número de ministros. El gobierno era esencialmente de tipo musulmán, sin cámara ni representación popular de ninguna clase. El emperador se entendía directamente con sus ocho ministros, que por orden de categoría eran como sigue: el *diván* o tesorero; el intendente o camarero mayor; el pagador del ejército; el justicia o *qazi;* el limosnero o distribuidor de dádivas y oficios; el censor de la moral pública; el artillero mayor, y el jefe de correos y postas. Por el solo título de estos ministros imperiales y provinciales ya se comprende qué clase de estado sería el Imperio de los Grandes Mongoles de la India. Su eficacia dependía de la honradez y capacidad de las personas que desempeñaban los cargos. Pero lo mismo podía decirse de la Francia de Colbert y Luis XIV.

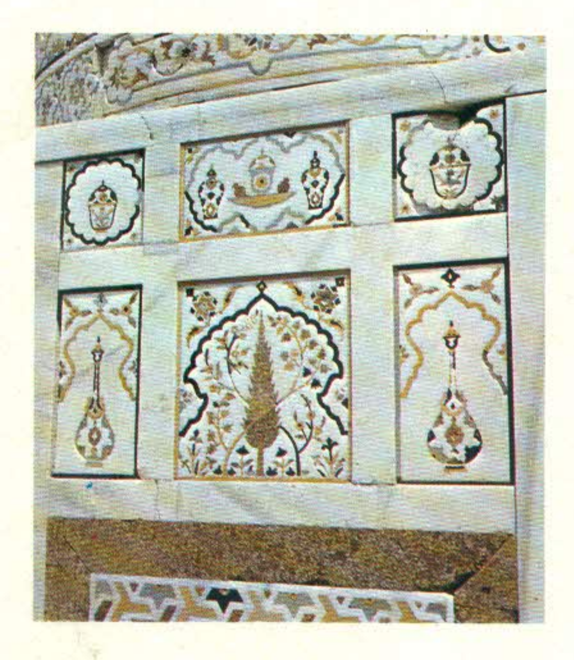
Mas lo que enaltece a Akbar sobre los monarcas europeos de su época es el interés que sinceramente sintió por lo que hoy llamamos *cosas del espíritu*. Educado en el islamismo y de madre árabe, Akbar tenía bastante de mongol para no satisfacerse con la rutina de las cinco oraciones diarias, las abluciones y la casuística de los ulemas o doctores del Islam. Cuando empezó a sentir ansias religiosas, Akbar pensó encontrar reposo peregrinando a los lugares santos de la India, rezando en torno de las tumbas de los santones y discurriendo con los que vivían entonces. Se cuenta que a menudo el emperador abandonaba el lecho y pasaba el resto de la noche meditando sobre el sitial de piedra del patio de palacio.

Esto duró hasta el año 1574. Akbar tenía entonces treinta y un años. Su secretario,



Lámpara cristiana de bronce procedente de la India (Museo Etnológico, Barcelona). Una de las religiones que Akbar quiso conocer fue la cristiana, y para ello entró en contacto con los jesuitas establecidos en Goa.

Mausoleo de Itimad-ud-Daula, consejero y suegro del sultán Jehanjir, en Agra.



Detalle de la decoración marmórea del mausoleo de Itimad-ud-Daula.

casi ministro, era un letrado llamado Faizi, poseedor de una biblioteca de más de 4.200 manuscritos. Al notar Faizi el espíritu religioso de su amo, insistió vivamente en presentarle a su propio hermano, llamado Abul Fazal, el cual vivía cerca de Agra en *un altivo retiro*. Tanto Faizi como Abul Fazal eran chiitas, o sea musulmanes de la secta de Alí, mucho más tolerante para todo lo que sea misticismo que la de los sunitas o mahometanos ortodoxos.

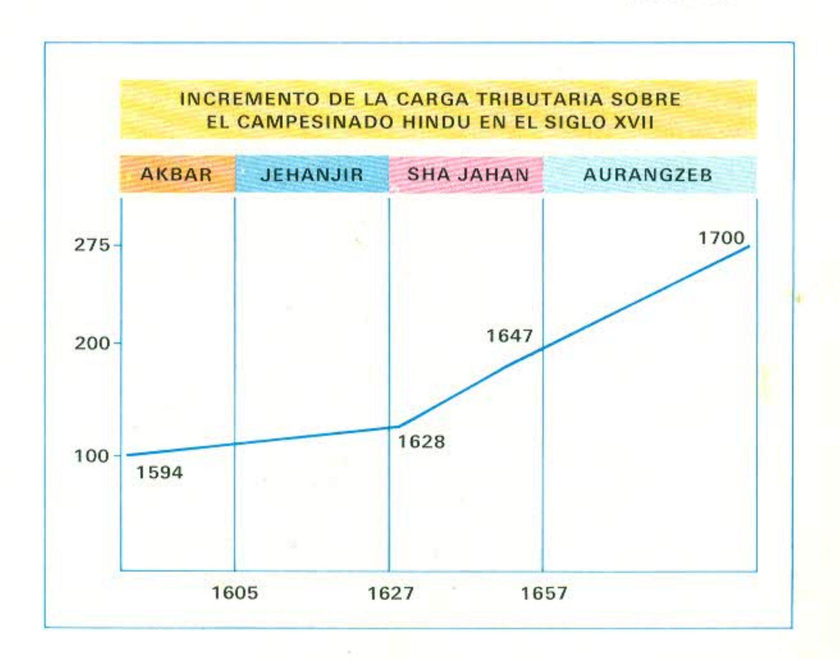
Cuando Abul Fazal fue presentado a Akbar tenía sólo veintitrés años, pero de su condición dará fe el siguiente párrafo de su crónica: "Mi mente no encontraba reposo; suspiraba por la vida de los anacoretas de Mongolia y los ermitaños del Líbano. Deseaba oír a los lamas del Tíbet y a los jesuitas de Goa. Me tentaba escuchar a los parsis

Lucha de elefantes, deporte a que eran dados los emperadores mongoles y que constituyó la pasión de Sha Jahán una vez muerta su esposa (Biblioteca Nacional, París).

Akbar reorganizó la Hacienda y unificó la carga tributaria impuesta al campesinado, reduciéndola a un tercio de los ingresos, lo que para su tiempo era una medida notablemente avanzada (pensemos en Luis XIV); pero, a partir de la reorganización de Akbar, en los reinados de sus sucesores el esplendor de las ciudades y la complicada jerarquía militar se financiaron mediante el aumento de la carga impositiva. Si tomamos como índice 100 el volumen total de los ingresos del fisco en 1594, en 1628 éste alcanzaba el índice 129; 166 en 1647 y llegaba en 1700 hasta 278.

cuando cantaban el Avesta. ¡Estaba harto de los sabios de mi tierra!".

Akbar y Abul Fazal mutuamente se estimularon para continuar su penosa investigación. Para esto, Akbar construyó en Fatehpur Sikri un edificio especial, un edículo, donde se discutirían principalmente materias de religión. Hoy se le llama *Divan-i-Khas;* pero en tiempo de Akbar le llamaban *Ibadat Khana.* Las reuniones se efectuaban en aquel edículo los jueves, y cuando Akbar no podía asistir delegaba a un príncipe real para presidirlas. Abul Fazal no faltaba nunca y espoleaba con cuestiones insidiosas a los ulemas musulmanes de las diferentes sectas para obligarlos a contradecirse y hacer patente la vanidad de sus doctrinas. A veces se discutían temas de la religión hinduista y hasta asistieron a las discusiones del jueves jesuitas de la misión de



LA ARQUITECTURA INDO-MONGOLA Y LOS OBSERVATORIOS ASTRONOMICOS

El arte, la ciencia, la tecnología, vistos como elementos de la cultura humana, amplían su significado o valor y sobrepasan los límites puramente artísticos o científicos. El arte musulmán en la India es algo más que otro estilo; fue, y es todavía, una obra inspirada por musulmanes, destinada, en principio y primordialmente, a los dirigentes y también al pueblo seguidor de Mahoma.

No obstante, abarcó un mayor ámbito que el estrictamente musulmán, y si se le llama indo-musulmán es no sólo por haber sido realizado en la India, sino porque la mayor parte de artistas y artesanos que lo ejecutaron fueron indios e hinduistas. Sólo a lo largo del proceso de islamización a través de los siglos se incorporaron los artistas extranjeros e indos al Islam. Proceso comparable a lo que sucedió en la península ibérica a raíz de la introducción del islamismo y su arte.

Los persas fueron los principales promotores de estos estilos en su fase inicial y en la etapa mongol. En conjunto, se considera que el Islam aportó al arte de la India la cúpula, que resolvía el problema de las grandes cubiertas; el arco de dovelas, que evitaba los largos dinteles; la decoración geométrica (arabescos) y con escritura (persa, árabe), el mosaico y el alminar.

En contraposición, se encuentran en la arquitectura indo-musulmana muchos elementos tomados directamente del arte del país, como los grandes patios rodeados de columnatas y las ménsulas de piedra, además de muchos motivos decorativos. El influjo turco se sobrepuso con frecuencia al persa, sobre todo en el reino de Delhi. El impulso más importante para fundir lo musulmán y lo hinduista lo realizó el emperador Akbar.

Vista en conjunto, la arquitectura indo-musulmana destaca por dos elementos magníficamente compenetrados: la grandiosidad y la perfección y armonía del diseño. Sus mezquitas, palacios, fortalezas, son de grandes dimensiones y de tal perfección académica de los proyectos, que se presentan como obras perfectas, acabadas, sin fallos, proporcionadas. Uno de los mejores ejemplos es el de Fatehpur Sikri, la gran obra de Akbar. Se la denomina, aun hoy día, la ciudad desierta, vacía, abandonada. Fue palacio y fortaleza, mezquita y mausoleo. Debía ser una ciudad y fue construida en pocos años, pero el mismo Akbar tuvo que abandonar su idea de convertirla en corte y capital, acaso por problemas en el suministro de agua. Uno de los elementos más característicos y conocidos es el trono de piedra de Akbar, construido sobre un enorme capitel formado por 36 ménsulas de piedra sostenidas por una sola columna. Este trono quedaba muy elevado sobre la sala de los coloquios y disputas religioso-teológicos.

La obra más perfecta del arte indo-musulmán de la dinastía mongol es el Taj-Mahal, la tumba del sha Jahán y de su esposa favorita. Obra de síntesis armoniosa de estilos, en la que trabajaron unas 20.000 personas durante los años 1631 a 1653. El proyectista fue el persa de Lahore, Ustad Ahmad; la bóveda, a pesar de su forma bulbosa de estilo persa, fue construida por el arquitecto turco Ismail Khan; la decoración la realizó Amanat Khan de Shiraz (Persia) y colaboró en la obra Austin de Burdeos. El mausoleo tomado como modelo fue el de Humayún de Delhi, obra del persa Mirak Mirza Guiyas (1566).

Otra maravilla arquitectónica-científica de la época mongol son los cinco observatorios astronómicos construidos por el maharajá de Jaipur (Rajputana) Jai Singh. Este deseaba comprobar las tablas y cálculos del astrónomo tártaro (turco) Uluk Beg de Samarkanda (Uzbekistán), cosa que no podía realizar con los pequeños astrolabios de la época. Para ello construyó estos cinco observatorios en Delhi, Benarés, Udjein y Jaipur. Son de mortero, piedra y mármol, y por su aspecto parecen esculturas monumentales cubistas. Además, inventó varios aparatos con los cuales podía medir el tiempo solar, la altura y el azimut de los astros y el movimiento aparente del Sol, y pudo demostrar la esfericidad de la Tierra. Su libro *Zig Muhamad Shahi* no sólo rectifica al que publicara 300 años ante Uluk, sino que da nuevas tablas mejor calculadas. Sus trabajos de investigación empezaron en el año 1734.

A. P.



Goa, que no hicieron mal papel. A requerimiento de Akbar, las autoridades eclesiásticas de Goa enviaron una comisión formada por tres jesuitas, un napolitano, un persa converso y un catalán, el padre Montserrat, que estuvo en la corte de Akbar los años 1580 y 1582 y dejó una relación de su estancia allí. Pero la táctica de Abul Fazal y Akbar consistía especialmente en debilitar la religión del estado, o sea el islamismo. Una noche, Abul Fazal propuso como tema de discusión si el rey debía ser guía espiritual de sus súbditos, como lo era en las cosas temporales. El conceder que Akbar tenía poder para decidir en religión atacaba la inviolabilidad del Corán, pero, por otro lado, las discusiones de los jueves anteriores habían demostrado la posibilidad de interpretarlo de las maneras más distintas y contradictorias. El resultado fue que los ulemas firmaron un documento en que reco-

El Taj-Mahal, mausoleo de la emperatriz Muntaz-i-Mahal, esposa de Sha Jahán.

nocían que, siendo Akbar un gobernante justo, tenía categoría de Mujtahid, con autoridad infalible en materias del Islam.

Pertrechados con este documento, Akbar y Abul Fazal procedieron ya sin escrúpulos a imponer su nueva religión. Se llamaba la *Divina Fe* o *Divino Monoteísmo*. En realidad, se reducía a una síntesis de todas las religiones de la India, algo parecido a la moderna teosofía. Una poesía de Abul Fazal dará idea del mar por que navegaban Akbar y su teósofo visir. Grabó por orden de Akbar en un templo de Cachemira:

"En cada templo, Dios mío, te veo – y en cada lengua te oigo alabar. – Hinduismo e Islam te buscaron. – Cada fe te proclama sin par. – En mezquitas e iglesias te adoran. – Hacia ti los rezos se van. – Para ti, discusión y ortodoxia – son palabras que ocultan verdad. – Para el fiel, religión es el polen – que hace a las rosas perfume exhalar".



Joya de plata con adornos que figuran dos cabezas de elefante afrontado. Procede de la región Puri de la India (Museo Etnológico, Barcelona).

El Divino Monoteísmo no llegó a establecer una nueva liturgia, pero prohibió muchas prácticas supersticiosas. Por de pronto, se abolió el impuesto que, según la tradición islámica, pagaban los no musulmanes. La ley negó la existencia de *jinns* o genios, de ángeles, diablos y otros seres sobrenaturales; negó también los milagros de profetas y santos, los premios y castigos eternos, "tan diferentes de la metempsicosis"; prohibió el casamiento entre consanguíneos, el dejarse la barba, la peregrinación a La Meca y contar los años por la Hégira. Se permitió vender y beber vino, comer carne de cerdo y el contacto con perros, considerados animales impuros por Mahoma. En cambio, Akbar y Abul Fazal practicaban el culto al fuego, al Sol y a los astros como manifestaciones del poder divino.

Camello policromado procedente de la región de Orissa y que se guarda en el Museo Etnológico de Barcelona.



No se trató de hacer prosélitos, pero se permitió a todos los súbditos creer a su manera en este dios que estaba en las iglesias, mezquitas y en el pétalo de las rosas. Aunque puede decirse que lo dominante de la fe de Akbar fue tomado de la religión de los parsis, como se llamaban los persas emigrados a la India, que practicaban todavía la religión de Zoroastro, Akbar y Abul Fazal no dejaron de aprovechar lo que podían descubrir de elevado en las viejas religiones indostánicas. Por orden de Akbar se tradujeron del indo al árabe los textos sagrados llamados Upanishads, y de la traducción de Akbar se valieron los europeos hasta hace poco. Una de las mejores ediciones actuales es la del anterior presidente de la Unión India, profesor Radakrishna.

El Divino Monoteísmo duró sólo hasta la muerte de Akbar. Su hijo Jehanjir, aunque practicó la religión del Islam, no fue tampoco celoso mahometano. Continuó el régimen de tolerancia de su padre. Jehanjir era príncipe de gran talento, pero tenía el vicio de la bebida y el opio. Estaba en pleno uso de razón hasta el atardecer, en que se sumía en sopor hasta la mañana siguiente. Tal era la regularidad de su vicioso hábito, que cada noche su esposa favorita le daba de comer estando dormido. Su esposa Nur Gahan ("Luz de Palacio") fue célebre por su belleza y talento. Era una viuda de origen persa que ya tenía 34 años cuando se casó con el emperador; en los últimos años de Jehanjir actuó de regente.

Jehanjir sintió el furor constructivo característico de todos los soberanos de la

CICLO ESENCIAL DEL MONUMENTALISMO MONGOL

Hacia 1526	Mezquita de Panipat y Jami Masjid de Sambhal, en estilos persa y otomano.
Hacia 1564	Mausoleo de Humayún. La ausencia de policromía aparece como característica diferencial del arte mongol.
1565-1570	Palacio-fortaleza de Akbar en Agra, con influencia predominante de lo hindú; distanciamiento del estilo persa.
1573-1580	Construcción de la ciudad de Fatehpur Sikri, en estilo hindú del Gudjerat con elementos rajputas y persas.
1601	Pórtico triunfal "Buland Darwaza" en Fatehpur Sikri, en estilo clásico persa, sin policromía, que va a convertirse en el estilo imperial mongol.
Hacia 1614	Mausoleo de Akbar en Sikandra.
1626	Mausoleo de Itimad-ud-Daulah en Agra.
1628-1658	Apogeo del arte mongol. Utilización predominante del mármol.
1628	Construcción del Diwan-i-amm de Agra por Sha Jahán.
1630-1648	Construcción del Taj-Mahal en Agra.
1638	Empieza la construcción del Fuerte Rojo de Delhi.
1644-1658	Jami Masjid de Delhi.
1658-1707	Reinado de Aurangzeb. El arte mongol evoluciona hacia el barroquismo, prescinde del mármol y degenera.

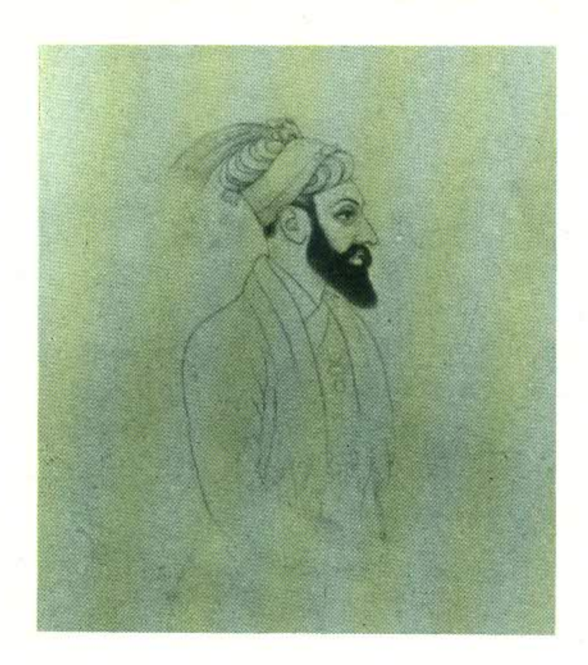
dinastía mongol. Los alrededores de Delhi y Agra se embellecieron con palacios, jardines y tumbas monumentales. Los rajaes se habían acostumbrado a la dinastía extranjera y las castas inferiores encontraban ventajas en la administración centralizada del Gran Mongol. De aquí la paz y los inmensos recursos que permitieron a Jehanjir y a su hijo levantar costosísimos edificios.

El inevitable conflicto entre hermanos a la muerte de Jehanjir acabó con la victoria del sha Jahán, y desde el 1627 al 1658 la India vio el más extraordinario espectáculo de pompa y esplendor. El sha aparecía al amanecer en la ventana de su aposento, que daba al patio donde estaban los cortesanos, muchos de ellos a caballo. Con el sha se mostraba la famosa reina, llamada Muntaz-i-Mahal, o sea "la elegida del palacio". Esta era una pequeña dama de tez morena, hija del primer ministro, que llegó a dar al sha Jahán catorce hijos. Murió al nacer el último y el sha Jahán edificó para ella el Taj-Mahal, que se considera el mausoleo más hermoso de la tierra.

Para distraerse de la pérdida de su amada, el sha Jahán continuó sus veleidades arquitectónicas y su deporte favorito, que eran las peleas de elefantes. Pensó en construir una nueva Delhi. Por de pronto, edificó su palacio dentro del fuerte de esta nueva capital. Construyó también allí una mezquita... ¿Mas para qué continuar? ¿No es ésta la eterna recaída en el afán oriental de construir, pensando en ganar fama superando a sus antepasados? Además, notemos la reaparición de la mezquita... Como consecuencia, el sha Jahán fue destronado por su hijo Aurangzeb, un fanático musulmán que encerró a su padre en una torre de Agra y procedió a la restauración de la ortodoxia islámica. Pero tal era el sentimiento de respeto que inspiraba la dinastía fundada por Babar y ennoblecida por Akbar, que Aurangzeb continuó reinando hasta su muerte, en el año 1707.

En nuestros días, los intentos de valoración de las culturas, del arte, de la ciencia, de otros períodos históricos o de otros pueblos han variado de dirección y hasta se puede afirmar que parten de otras bases. Nuestra perspectiva es más historicista y universalista y por ello es fácil salir del esquema del "clasicismo" greco-latino-renacentista-neoclásico considerado como "medida".

La India, en las épocas musulmana y de la dinastía mongol, continuó su venerable tradición, perfeccionó su reflexión teológico-filosófica, en la que participó personalmente el emperador Akbar; no olvidó las ciencias, que estaban a un nivel que podemos denominar "renacentista", y perfeccionó los métodos de administración "ilustrada" de un imperio. En cuanto al arte, desarrolló la arquitectura de estilo hindo-musulmán, de extraordinaria grandiosidad y perfección técnica y de estilo muy "mediterráneo". Las artes tradicionales continuaron, destacando la pintura, influida por el arte persa, la escultura y varias artes menores.



Aurangzeb, representado en un manuscrito contemporáneo (British Museum, Londres).



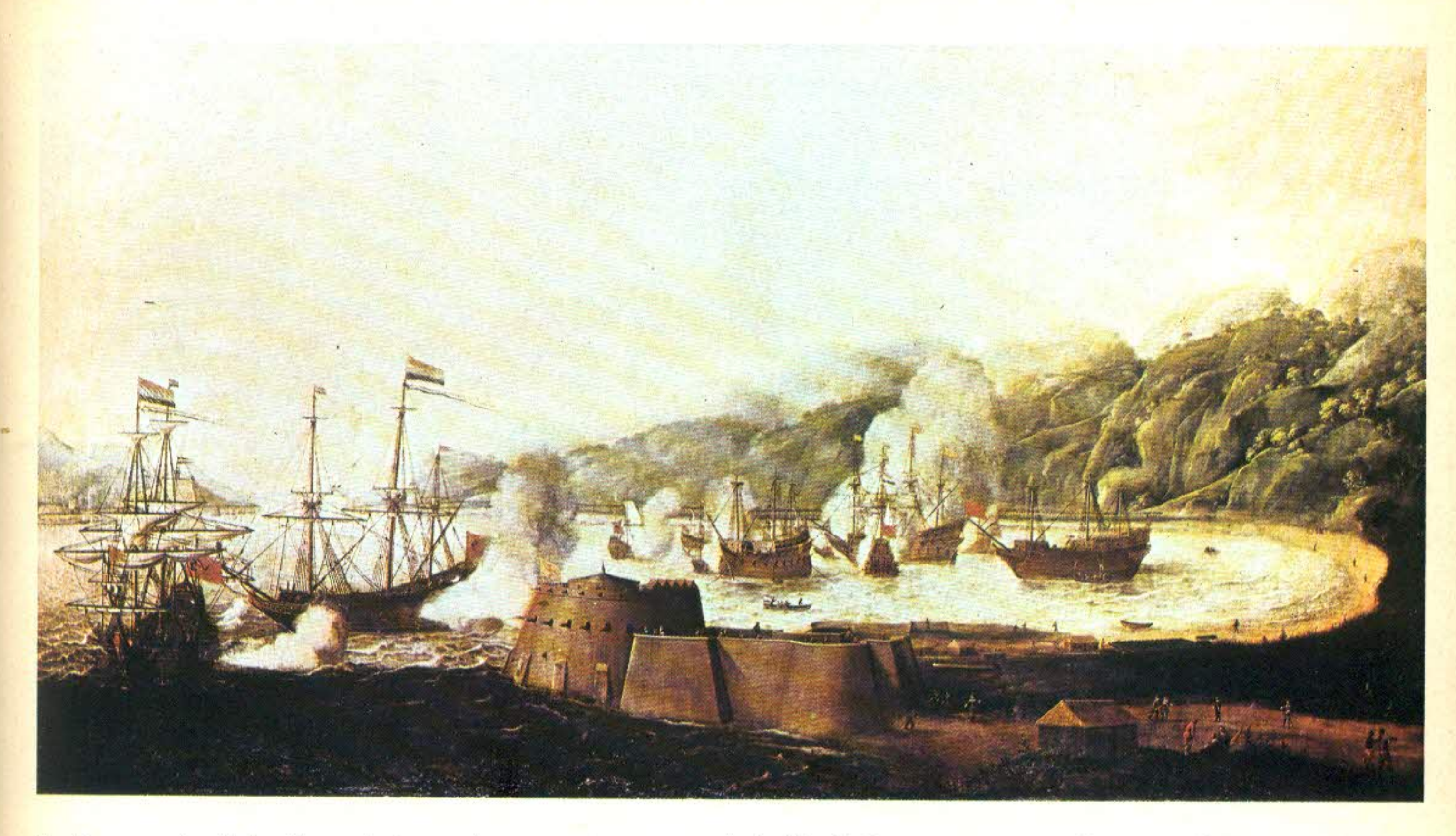
Mausoleo de Bibi-Ka Mougbara, esposa de Aurangzeb, cerca de Aurangabad.

BIBLIOGRAFIA

The Cambridge	*Shorter History of India,* Nueva Delhi, 1964 (2.ª ed.).
Frederic, Louis	*L'Inde. Ses temples, ses sculptures,* París, 1959.
Garrat, G. T.	*El legado de la India,* Madrid, 1945.
Goetz, H.	*La India,* Barcelona, 1965.
Mahajan, V. D.	*Muslim Rule in India,* Nueva Delhi, 1965.
Montserrate, A.	*Mongolicae Legationis Commentarius* (1582), edición de H. Hosten, Calcuta, 1914.
Moreland, W. H., y Atul Chandra Chatterjee	*Historia de la India,* Barcelona, 1964.
Pareja, F. M., y otros	*Islamología,* Madrid, 1952 (2 vols.).
Zimmer, H.	*The Art of Indian Asia* (2 vols.), Nueva York, 1960 (2.ª ed.).



Relieve representando un rey montado sobre un camello (Museo Etnológico, Barcelona).



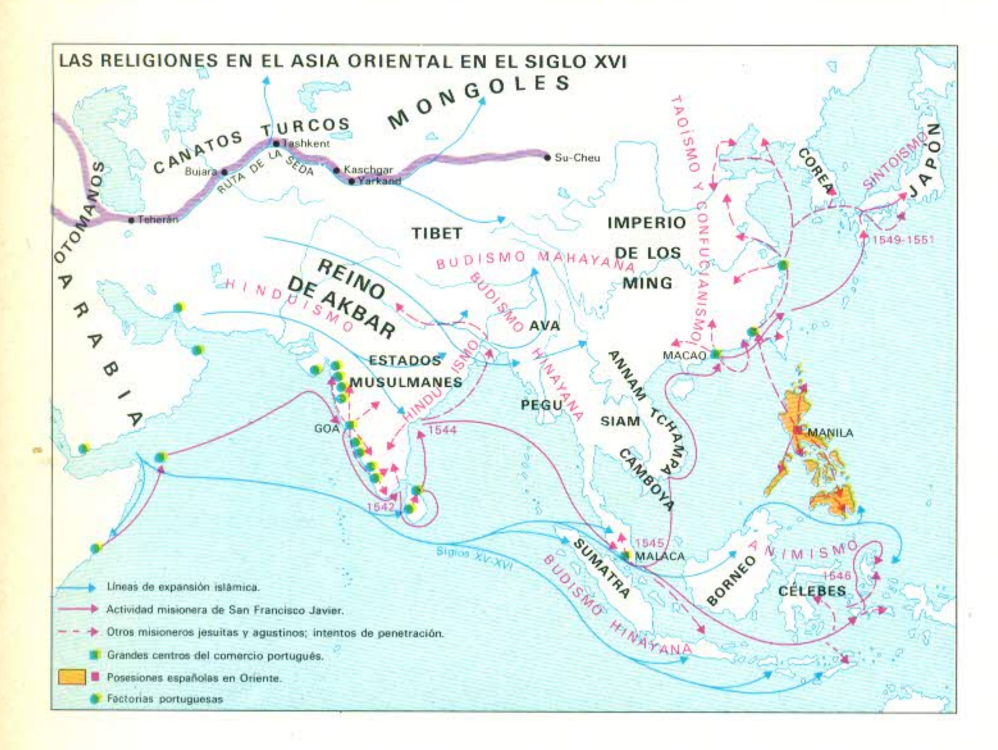
Captura, por los holandeses, de tres galeones portugueses en la bahía de Goa, por H. van Anthonnisen (Rijksmuseum, Amsterdam). Los mongoles de la India tropezaron siempre con la dificultad de no poseer nunca el dominio del mar, que durante el siglo XVII estuvo en manos de holandeses, franceses e ingleses.

Extremo Oriente durante la Edad Moderna

por JOSE FLORIT

Como hemos visto en el capítulo anterior, el reinado de Aurangzeb marca el final de los gloriosos Grandes Mongoles. Con él surgió de nuevo el enfrentamiento de musulmanes e hindúes, apaciguados desde el reinado de Akbar. De esta manera se precipita la decadencia del poder mongol. "Acelerada por los errores de los soberanos, la desintegración del Imperio tiene, sin embargo, profundas motivaciones de carácter social. La monarquía está minada por la indisciplina de la aristocracia sobre la que se apoya. Los servidores del estado, retribuidos con el disfrute de feudos, muestran el egoísmo tradicional de las aristocracias feudales; al carecer de una concepción elevada del estado, intentan liberarse de toda autoridad desde el momento en que ésta comienza a debilitarse. Guerras continuas los oponen entre sí. Una natalidad demasiado grande, multiplicada por la poligamia, acentúa las envidias entre las familias y en el interior de ellas, demasiado numerosas para que sea posible el éxito personal y el alcanzar una situación estable para los hijos. En estas familias demasiado numerosas, los repartos de las herencias conducirán a un rápido empobrecimiento; la fortuna sólo puede conservarse mediante luchas de conquista en las que los más valientes o los más afortunados eliminan a sus rivales. En la sociedad india, este régimen conduce a violencias y a exterminaciones, a

27





El príncipe Azam Sha, hijo del emperador Aurangzeb (miniatura de hacia 1680; Victoria and Albert Museum, Londres). Los sucesores de Aurangzeb, carentes de la personalidad de los primeros Grandes Mongoles, fueron perdiendo su preponderancia en la India en favor de otras fuerzas aparecidas en aquel inmenso territorio: los shiks y los marathas.

un irremediable desorden. Puede señalarse como en la misma época la sociedad occidental obtiene una estabilidad mayor gracias a la monogamia y a ciertas formas de celibato, sobre todo el celibato eclesiástico, que frenan la expansión demográfica de la aristocracia."

Otros defectos estructurales contribuyen a minar la brillante fachada que presenta el Imperio mongol. El poderío militar en tierra, superior a cualquiera que pueda oponérseles en la India, no está acompañado de un dominio del mar equivalente. El océano Índico está, durante el siglo XVII, en manos de holandeses, franceses e ingleses, que se disputan su soberanía. De esta forma, el gran comercio quedaba en manos de extranjeros que, continuando la tradición portuguesa, se establecerán en factorías a lo largo de la costa.

Los factores de disolución a finales del siglo XVII acabarán siendo los más fuertes y permitirán a diversas partes del Imperio escapar a la soberanía del Gran Mongol. En el Penjab, una comunidad religiosa fundada en el siglo XVI se transformó en una casta de guerreros, los shiks, que desde principios del XVIII se enfrentó con éxito a los mongoles, llegando a dominar todo el Penjab.



Dos danzarinas hindúes del Rajastán (Museo Etnológico, Barcelona).

UNA REACCION HINDU FRENTE AL ISLAM: LOS SHIKS

El monoteísmo musulmán, que se oponía al panteísmo brahmánico, contribuyó a desarrollar los elementos unitarios latentes en el hinduismo desde los "Upanishads". Desde mediados del siglo XV se desarrolló un movimiento en pro de una mayor pureza religiosa. Los reformistas se oponían a la idolatría, al politeísmo y al formalismo que se habían adueñado de la religión brahmánica. Exaltaban la independencia de los fieles frente a las imposiciones de los sacerdotes y abogaban por una relación personal entre la divinidad y los individuos.

De acuerdo con estas ideas, Nanak, un indio de la casta de los guerreros, los *kshatryas*, predicó una nueva doctrina en la que sublimaba la religión hindú, adoptando algunos elementos islámicos. Según ella, los profetas musulmanes y las encarnaciones divinas de los hindúes, como Visnú, no eran sino enviados de Dios para instruir a la humanidad. Dios era un ente trascendental, creador del mundo y, por lo tanto, anterior a él, distinto del universo, al que trascendía. Las relaciones entre Dios y el hombre eran naturalmente amistosas, pero sólo los elegidos podían reunirse con El. La gracia divina dependía de la voluntad del Ser Supremo. Sólo los predestinados podían llegar a alcanzarla. No obstante, las buenas obras y la voluntad del hombre eran necesarias para que la gracia surtiera efecto. El valor de las buenas acciones estaba en función de su finalidad. Los que obraban bien para obtener recompensa, aun de tipo espiritual, no eran capaces de actuar desinteresadamente y, en consecuencia, su muerte no podía conducir a la unión con Dios. No obstante, si su actuación había estado ajustada a las normas morales, el alma, después de la muerte, trasmigra a otro cuerpo, y en su nueva vida hallará condiciones más favorables para el desarrollo de la vida espiritual. Cuando ésta alcanza su grado máximo, esto es, cuando es capaz de realizar acciones buenas de forma desinteresada, sin esperanzas de recompensa, sólo por amor de Dios, la muerte significa alcanzar el Nirvana, la unión del hombre con el Creador, la fusión de la conciencia individual en la conciencia divina universal.

De estas creencias se derivan dos importantes consecuencias de orden social. En primer lugar, la exigencia de desinterés para que las acciones fueran meritorias dejaba sin valor todos los ritos y sacrificios de carácter religioso, que precisamente se realizaban para obtener el favor de los dioses. Las prohibiciones, los tabús religiosos, desaparecían por los mismos motivos. Así, los *shiks* podían comer carne, como los musulmanes, sin abandonar el hinduismo. Esta era una gran ventaja en un país donde buena parte de la población estaba subalimentada.

En segundo lugar, la igualdad esencial de todos los hombres ante Dios, pues la salvación depende de la voluntad divina y de las acciones de cada individuo, dejaba sin sentido la separación en castas típica de la sociedad india. Los parias y los miembros de las castas inferiores debían sentirse atraídos por una religión que tenía como dogma la igualdad fundamental de todos los miembros de la raza humana.

Los nuevos adeptos a las ideas de Nanak fueron cada vez más numerosos. Esto multiplicó el número de los *shiks*, quienes, bajo la dirección de los continuadores de Nanak, los *gurus*, pronto intentaron que la igualdad teológica de los hombres se reflejase en la vida terrenal. De esta manera, los *shiks* pasaron de la religión a la política.

Para oponerse a la supremacía de los musulmanes, desarrollaron una organización militar, un ejército, que pronto pudo enfrentarse a las tropas imperiales. Los guerreros de los *shiks* tomaron el nombre de *singhs*, los leones, y adoptaron una serie de características en el vestuario y el armamento que, todavía hoy, permite distinguirlos del resto de la población india. La espada, un brazalete de acero, los cabellos largos, un peine y unas calzas cortas eran imprescindibles en la indumentaria de estos guerreros.

"En pie desde el alba, tras las abluciones, leían los himnos de los *gurus* y meditaban sobre el Creador. Debían prescindir de las supersticiones hindúes: los peregrinajes, los infanticidios, el sacrificio de las viudas en la pira funeraria del marido. Podían comer carne de animales muertos de un solo golpe por un shik, pero evitaban el vino, el tabaco y los estimulantes. Su estimulante era el fervor religioso, excitado por el canto de himnos, por la repetición del nombre de Dios con amor y devoción, por las buenas acciones, pues 'sin buenas acciones nadie puede salvarse', y también por la creencia en la predestinación, que los hacía muy valerosos en las batallas" (Mousnier).

Los éxitos que los guerreros *shiks* obtuvieron en la lucha contra los musulmanes permitió a uno de sus *gurus*, Gobind Singh, transformarse en el campeón del nacionalismo hindú. A fines del siglo XVII era prácticamente independiente y sus dominios se extendían desde Djumna hasta Sittledj. A pesar del origen, en parte heterodoxo, de la secta, los *shiks* representaban la revuelta de la religiosidad hindú frente al Islam.

J. F.

En 1764, los shiks tomaron Lahore y de esta manera controlaron la región del noroeste de la India.

En el Deccan, los gobernadores de las diversas provincias *(nababs)*, aunque mantienen la ficción de la fidelidad al soberano, son de hecho independientes.

En este estado de descomposición, un principado, el de los marathas, llegará a trasformarse en la primera potencia de la India. El territorio de los marathas se extien-



El templo de Oro de Amritsar, fundado por los shiks bajo la tolerancia de Akbar. La secta de los shiks constituyó una de las reacciones del espíritu hindú en contra del Imperio de los mongoles.



Caballero mongol (Museo Etnológico, Barcelona).

de al sur y al norte de Bombay. Desde mediados del siglo XVII, un príncipe de los marathas consiguió dominar todas las fortalezas que desde las cimas de los montes Ghates vigilan el país. Este príncipe, Sivaji, fue el creador del reino autónomo de los marathas. Apoyándose en unas tropas especialmente aptas para la lucha de guerrillas, en un territorio sumamente montañoso, tuvo a raya a los mongoles y se convirtió en el campeón de la causa hindú frente a los musulmanes. Su herencia será recogida en 1714 por los peshvas, suerte de mayordomos de palacio, que conseguirán crear el Imperio maratha, que sustituirá a los mongoles en el dominio de la India.

En 1740, la potencia del Imperio maratha es tan grande, que la supervivencia de los soberanos mongoles constituye una pura ficción. De hecho, sólo subsisten tres grandes potencias capaces de dominar la India. Una es autóctona, el Imperio de los marathas. Las otras dos, potencias europeas, Francia y Gran Bretaña. Inglaterra consiguió eliminar a Francia como competidora en el Índico y, paralelamente, el Imperio de los marathas fracasaba en un nuevo intento de unificar la India. La situación de equilibrio resultante permitió a los ingleses desempeñar el papel de árbitros entre los distintos principados indios. La labor de Wellesley,

La fortaleza de Lahore, ciudad ocupada por los shiks a mediados del siglo XVIII, con lo que dominaron toda la región noroeste de la India.

gobernador de la Compañía de Indias de 1789 a 1806, fue transformar este papel de árbitros en el de dominadores; fue el de crear el Imperio británico de la India.

Durante la segunda mitad del siglo XIV, los mongoles fueron expulsados de la China. La dinastía Ming encarnó el espíritu nacionalista que había presidido la revuelta contra la dominación mongol. Consumada ésta, los primeros emperadores independientes reanudaron la política expansionista que había caracterizado a las grandes dinastías Hang y Tang. Corea, Manchuria, Mongolia, el Tíbet y la Indochina fueron dominados por los primeros Ming, Hang-Wu (1368-1404) y Young-Lo (1404-1424). Durante el reinado de este último, en 1421, se trasladó la capital a Pekín y se inició la restauración de la gran muralla con objeto de defender la frontera norte.

Entre 1400 y 1430, los emperadores organizaron una serie de expediciones marítimas que, por Occidente, alcanzaron las costas de África, abrieron nuevas rutas comerciales y pusieron en marcha una corriente migratoria del pueblo chino hacia el Asia del Sudeste. Paralelamente, las estepas ocupadas

Personaje bengalí (detalle de un rollo procedente de esta región india; Museo Etnológico, Barcelona).



ROBERT CLIVE Y LA INSTAURACION DE LA HEGEMONIA INGLESA EN LA INDIA

Los primeros intentos para transformar las factorías comerciales europeas en un imperio político se debieron a S. F. Dupleix, gobernador de la Compañía francesa de Indias. Hasta que Dupleix ocupó el cargo, los gobernadores de la Compañía habían atendido exclusivamente a asuntos de tipo comercial, prescindiendo de toda actuación de carácter político. Pero la defensa de los intereses comerciales supuso una actividad diplomática y militar tan intensa, que enfrentó a los colonos ingleses y franceses en una lucha a la que se vieron arrastrados sus respectivos aliados indios.

Durante la guerra de Sucesión a la corona austríaca (1743-1748), el enfrentamiento anglo-francés en los campos de batalla europeos tuvo su versión oriental en las guerras de la India.

Dupleix consiguió defender con éxito los intereses franceses e incluso tomó Madrás en 1746. Las operaciones militares pusieron de manifiesto la superioridad de la estrategia europea. Dupleix se dio cuenta de lo fácil que resultaría para un pequeño ejército, equipado y entrenado a la manera occidental, imponerse a los príncipes territoriales indios. Cuando el tratado de Aquisgrán puso fin a la guerra franco-inglesa, Dupleix aprovechó la paz para extender las posesiones francesas a costa del Imperio mongol, ya en franca descomposición.

En 1750, los franceses eran prácticamente los dominadores de todo el Deccan. Los impuestos recaudados en estos territorios proporcionaban a la Compañía unos ingresos mucho más regulares y mucho más seguros que el comercio. Pero el dominio de territorios extensos implicaba también cuantiosos gastos para desarrollar una estructura administrativa y una organización militar que garantizara su defensa. Estos inconvenientes inclinaban a los rectores de la Compañía francesa a una política tradicional, opuesta al expansionismo preconizado por Dupleix. La situación de éste al frente de los destinos de la Compañía se hizo cada vez más difícil. Sólo la continuidad en los éxitos podía mantenerlo en su puesto.

En 1752, un nuevo jefe inglés, Robert Clive, que se había enfrentado en varias ocasiones a los príncipes indios aliados de los franceses, se enfrentó directamente con las tropas coloniales francesas y las derrotó en la batalla de Tiruchirapalli. Dupleix fue desposeído de su cargo a causa de esta derrota y su obra se desmoronó con tanta rapidez, que a su muerte, en 1763, Francia había dejado de contar como potencia política en la India.

El vencedor de Dupleix, Robert Clive, hizo suya la política expansionista de su enemigo, sólo que en favor de Inglaterra, naturalmente.

Después de la batalla de Tiruchirapalli, continuó hostigando a los aliados de los franceses, hasta que una nueva guerra europea, la guerra de los Siete Años (1756-1763), enfrentó otra vez directamente a británicos y franceses. Durante esta guerra, el nabab de Bengala, prácticamente independiente de la soberanía del Gran Mongol, atacó a los ingleses y consiguió tomar Calcuta, su principal factoría. Ciento cuarenta y seis soldados británicos fueron encerrados en una casa sin ventilación, el Pozo Negro, y perecieron a causa de la asfixia. En la batalla de Plassey (1757), las tropas británicas obtuvieron una victoria que a la vez vengaba la muerte de los prisioneros de Calcuta y abría las puertas de Bengala a la dominación británica. Dos años después, la Compañía inglesa obligaba al Gran Mongol a entregarle la administración financiera de este territorio. Bengala se transformó así en la base del poderío inglés en la India.

Los franceses, aunque habían renunciado a una política expansionista, difícilmente podían tolerar que Inglaterra se transformase en la potencia hegemónica de la India. Si esta circunstancia llegaba a producirse, era de suponer que acabaría con el tráfico comercial galo en aquellos mares. Un cuerpo expedicionario desembarcó en Pondichery y atacó a los ingleses. Al principio, las armas fueron favorables a Francia. En diciembre de 1758, el ejército francés ponía sitio a Madrás. Pero en poco más de un año Clive logró darle la vuelta a la situación. La batalla de Wandiwash, ganada por los británicos, permitió a éstos atacar Pondichery, que fue destruida tras la capitulación de las tropas francesas. La victoria británica fue completa.

A pesar de que el tratado de París (1763), que puso fin a la guerra, devolvió cinco factorías a los franceses, la Compañía de la India no pudo sobrevivir a la derrota militar. Por su parte, China supo aprovechar las circunstancias favorables para extender su poder sobre Bihar y Orissa. Pero, como había sucedido en Francia con Dupleix, la política expansionista de Clive no era aprobada por el gobierno inglés ni por los dirigentes de la compañía británica. En la adquisición de nuevos territorios Clive había obrado por cuenta propia y, a pesar de sus éxitos, al regresar a Inglaterra fue sometido a un proceso. Aunque fue absuelto de la acusación que pesaba sobre él —haber cobrado impuestos en provecho propio—, el proceso acabó con el equilibrio mental de Clive. En 1774, el vencedor de las luchas coloniales en la India se suicidó. Pero la obra iniciada por él había de tener continuidad. Hastings y Wellesley, los sucesores de Clive, hicieron de la India el dominio más importante del Imperio británico.

J. F.



por los mongoles fueron objeto de intentos colonizadores a partir de la China del Norte.

Hacia 1500 aproximadamente, la expansión china se vio frenada. Una secuela de epidemias, inundaciones y malas cosechas señala el cambio de coyuntura. China pasó a la defensiva. Los pueblos que se encontraban junto a las fronteras del Imperio supieron aprovechar la nueva situación. Durante el reinado de Kia Tsing, cuyas dotes como poeta sobrepasaron en mucho su capacidad como gobernante, fueron frecuentes las incursiones de los mongoles de Altán, que forzaron las fronteras y llegaron a alcanzar Pekín. En 1592 serán los nipones los que se enfrenten con éxito a las tropas chinas en Corea. Sólo la debilidad interna del Japón detuvo su ataque contra el Imperio. La respuesta de China ante estas presiones consistió en replegarse sobre su territorio histórico e intentar olvidar al mundo exterior.

Así pues, el carácter más acusado que presenta la civilización de China durante los siglos XVI y XVII es el de retraimiento sobre sí misma, de autolimitación a lo puramente tradicional, con el consiguiente olvido del mundo exterior. Precisamente en el momento en que, tras el despliegue renacentista, Europa occidental se vuelca hacia el exterior, en busca de nuevos territorios, China abandona la política expansionista que había caracterizado los últimos siglos de la Edad Media. A partir de 1431 se acaban las expediciones hacia el estrecho de Ormuz y se reclaman por última vez los tributos de los principados de Java, Sumatra, Ceilán y de la costa malabar. La dinastía de los Ming, que en 1368 había conseguido derrotar a los mongoles, muestra ya señales de decadencia. El nacionalismo extremo, en el que el desprecio por lo extranjero no está exento de cierto temor, llevará a los chinos a olvidar que existe un mundo más allá de sus fronteras. Desde mediados del siglo XV se prescindirá incluso de la política de colonización de las tierras del Norte, de las estepas de los mongoles.

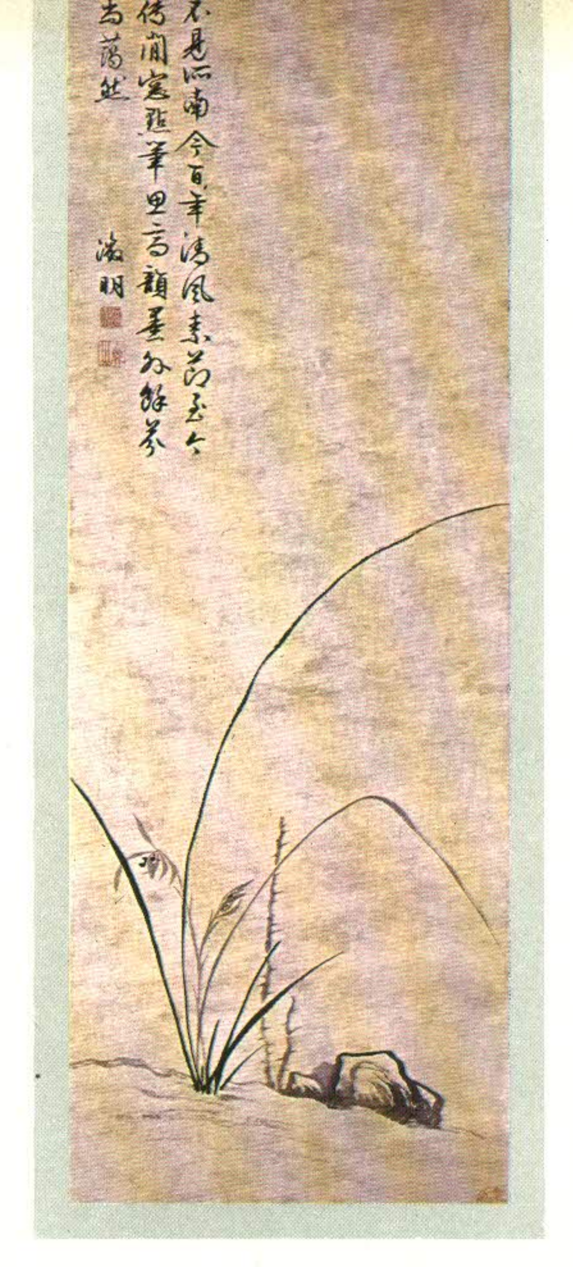
Encerrada en sus fronteras históricas, la población china experimentará un crecimiento fabuloso durante estos siglos. En 1500, la población total puede cifrarse en torno a los 50 millones. En 1662 ha rebasado los

Barcos de la Compañía inglesa de las Indias, fondeados en el Támesis, Londres. Algunos miembros de esta Compañía, como un poco antes los de la francesa, comprendieron los beneficios que reportaría la transformación de las factorías comerciales de la India en imperio político.

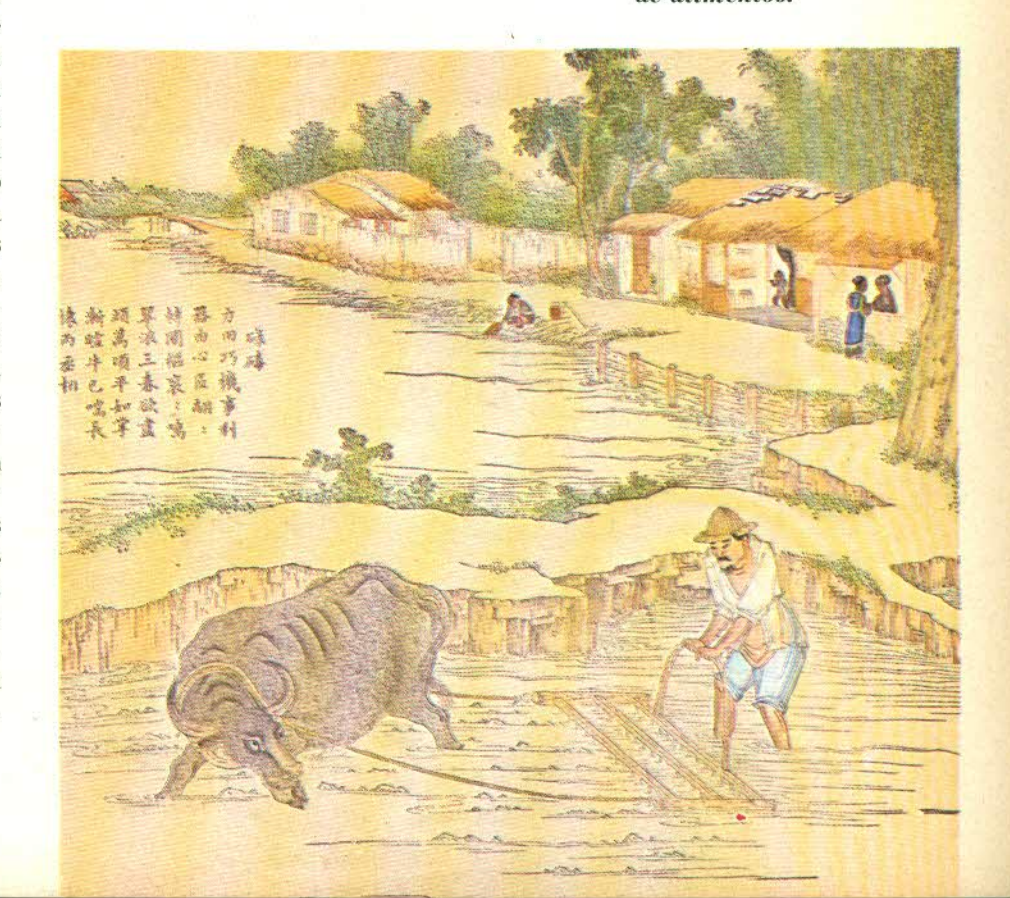
100 millones. Un crecimiento demográfico tan desmesurado, que no fue acompañado de un aumento de las tierras cultivables, provocó una serie de crisis y sublevaciones debido a las hambres que periódicamente azotaron al país. La introducción de nuevos cultivos de alto rendimiento, como el maíz, la batata y los guisantes, y la explotación intensiva de la tierra, con el uso de abonos naturales y la rotación de cultivos, no pudieron paliar el desequilibrio existente entre la población y los recursos alimenticios. Por esto la imagen estática que durante estos dos siglos presenta la China de fronteras para fuera no corresponde en absoluto a la intensa dinámica que conmueve a la sociedad china durante este mismo período.

Esta situación comprometida coincide con un período de decadencia de las instituciones imperiales. Los Ming de esta época viven recluidos en su corte, sin contactos con el exterior, repitiendo en la cima de la pirámide social la situación de aislamiento que caracteriza a toda la nación. Las intrigas palatinas, propias de la vida de harén, donde mujeres y eunucos intentan hacerse con los favores del soberano y garantizar una sucesión que les sea propicia, crean un clima que todavía aísla más a los emperadores. Quienes realmente gobiernan son los altos funcionarios; de ahí la importancia de estos cargos. La alta nobleza se encuentra enzarzada en una lucha continua con los eunucos y los funcionarios de palacio, que, además del favor del soberano, intentarán buscar el apoyo de las clases burguesas.

El desarrollo de la burguesía se vio favorecido por una serie de factores diversos. El aumento de población, los gastos de la corte y de los príncipes feudales, el aumento del comercio del algodón y la especulación con los productos alimenticios proporcionaron abundantes ocasiones de lucro. Por otra parte, el sistema de "oposiciones" seguido para cubrir los cargos públicos permitió a la burguesía alcanzar posiciones políticas que respaldarán su supremacía económica. "La nueva burguesía orientó a sus hijos hacia los concursos (para proveer funcionarios) en los que hasta entonces los vástagos de la nobleza eran los únicos candidatos. Los Ming habían regulado los estudios y las pruebas... Los admitidos... podían obtener un puesto de mandarín, encargado de los asuntos locales. Los que ambicionaban las más altas dignidades oficiales, tras otros tres años de estudios se presentaban a la última prueba en el palacio imperial de Pekín, donde realizaban un ensayo sobre problemas de carácter político: la irrigación, la agricultura, la colonización, la moneda, el ejército, la educación."



Piedra y flor, por Wentcheng-Ming (Museo Guimet, París).



El cultivo del arroz (Biblioteca Nacional, París). La China de los Ming, que conoció una explosión demográfica fabulosa, no supo compensar, aun introduciendo nuevos cultivos, el desequilibrio existente entre la población y la producción de alimentos.

Armario laqueado de finales de la dinastía Ming o principios de la manchú (Museo Guimet, París).



La continua situación de rivalidad y lucha por el poder entre las clases más elevadas, el desarrollo desmesurado de la burocracia y la creciente inflación, en parte fruto del desenfrenado lujo de la corte y de la nobleza feudal, contribuyeron a gravar las cargas que pesaban sobre las clases bajas, sobre el campesinado especialmente. La suerte de éste empeoró progresivamente y, en algunas regiones o durante algunos períodos de cosechas pobres, muchos campesinos optaron por el abandono de la tierra y se trasformaron en bandoleros rurales o más simplemente en mendigos.

El éxito alcanzado por ciertas formas de vida religiosa, de carácter ascético como el budismo amidista, o místico como el taoísmo, no es extraño al deseo de escapar a una realidad a menudo demasiado dura.

Este estado de cosas condujo durante el siglo XVII a una crisis crónica en la que

Horno de porcelanas de la época Ming (Biblioteca Nacional, París).

cada uno de los diversos grupos sociales intentaba imponerse a los demás, o por lo menos defender su supervivencia. Los funcionarios, enfrentados a los eunucos de palacio y a la nobleza, se coligaron en una academia de letrados que no era sino un partido político encubierto. La nobleza, por su parte, organizó una serie de sociedades secretas que recurrieron a toda clase de medios para conseguir sus fines. En conjunto, una auténtica guerra civil, con múltiples facetas, dividía al país. El Imperio carecía de la fuerza suficiente para garantizar la paz interna y, pronto, para asegurar la seguridad de las fronteras. Esta situación fue aprovechada por un pueblo procedente de las estepas, los manchúes.

Desde el siglo XVI, los manchúes, establecidos junto a la frontera del norte de China, habían adoptado progresivamente formas de la cultura de sus vecinos, transformando su régimen de vida nómada en sedentaria gracias al desarrollo de la agricultura. A principios del siglo XVII, un príncipe manchú, Nurhachi, consiguió unificar las diferentes tribus y organizarlas a la manera china. En la federación lograda por Nurhachi, además de las tribus manchúes fuertemente influidas por la cultura china, se contaban elementos de origen mongólico, coreano y aun chinos establecidos en Manchuria durante los intentos de colonización realizados en la Edad Media.

Esta poderosa coalición, situada a las puertas de China, pero en un territorio mucho más pobre que el del Imperio, difícilmente podía escapar a la tentación de hacerse con los dominios del Hijo del Cielo. La adaptación de los manchúes a la cultura china había sido lo suficiente para hacerles apreciar los beneficios de la civilización del Sur, pero no había llegado a mermar las cualidades bélicas propias de los nómadas.



Cerámica blanca y azul de la época Ming (Museo Guimet, París).

Avenida que conduce a las tumbas de los emperadores de la dinastía Ming.

FORMACION DEL IMPERIO MANCHU (1583-1715)

1583 El Imperio manchú es unificado por Nurhachi.

1616-1626 Nurhachi se proclama khan de los manchúes.

1625 Mukden, capital del Imperio manchú.

1627-1643 Abahai, hijo de Nurhachi, somete Corea y la Mongolia interior.

1629-1636 Expediciones por el norte de China.

1631-1644 Sublevación de Li-Tsu-cheng en China, contra los Ming.

1636 Abahai instituye la dinastía Ch'ing.

1644 Expediciones de rapiña de Li-Tsu-cheng por el norte de China: toma de Pekín. El general chino Wu-San Kuei solicita ayuda a los manchúes, que vencen a Li-Tsu-cheng y entran en Pekín como aliados de los Ming. Los manchúes ocupan casi sin lucha el norte de China. Ch'ung-chen (1628-1644), último emperador Ming, se ahorca.

1644-1662 Shun-chi, primer emperador manchú de la China. Bajo su reinado, y por acción del príncipe regente Dorgon, la dominación manchú se extiende al sur del país.

1662-1722 K'ang-hsi asciende al trono a los ocho años. En una serie de expediciones militares, los manchúes vencen a los últimos partidarios de los Ming. Apogeo del Imperio manchú; ya no se emplea la lengua manchú, ni siquiera entre los conquistadores.

1683 Formosa es ocupada.

1686 Tratado fronterizo con Rusia, que fija la frontera en Manchuria.

1688-1751 Expediciones contra Mongolia (príncipe Galdan) y Tíbet, que es sometido a protectorado.

1690-1696 Campaña del emperador K'ang-hsi contra los mongoles occidentales. Conquista de Mongolia.

1715 Sublevaciones en Mongolia occidental: Tse-wang Araptan, nombrado khan por los chinos, se subleva contra ellos. Las guerras se extienden al Turquestán y acaban con la conquista completa de Mongolia.



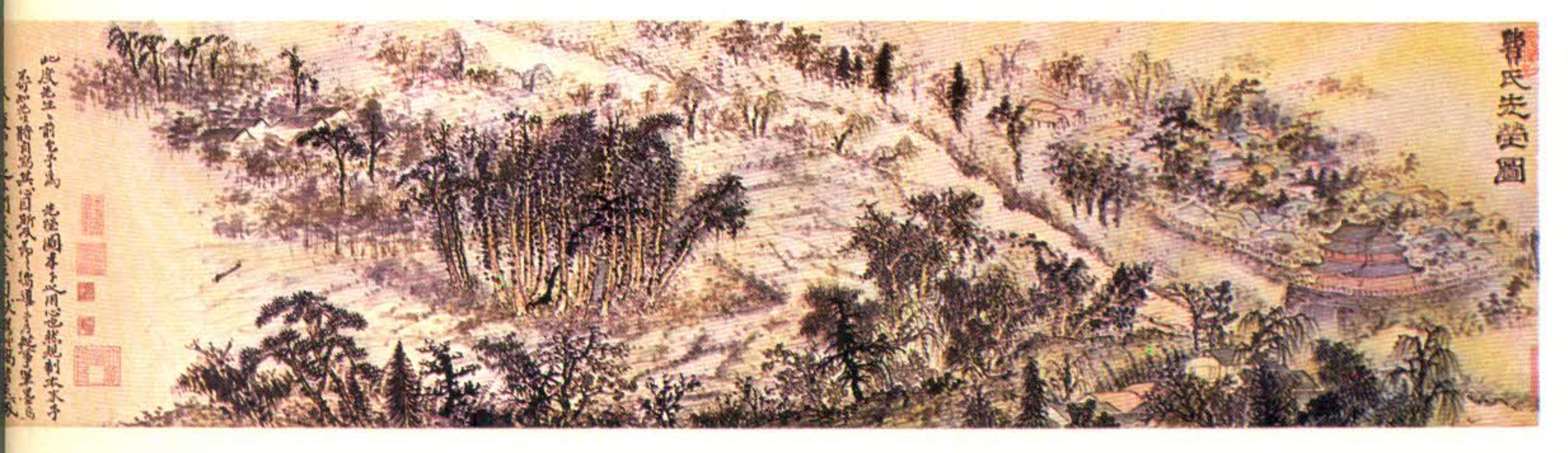
Plato manchú correspondiente a la llamada "familia verde", de la época Kang-shi (Museo Guimet, París).

A principios del siglo XVII, los manchúes habían realizado varias incursiones forzando las fronteras de China e incluso, en 1629 y 1634, llegaron a amenazar Pekín. Pero la invasión definitiva se produjo en 1644 y estuvo facilitada por una de las crisis que de forma crónica agitaban el Imperio. La sublevación de un caudillo popular en la provincia de Tse-Chuan consiguió derrocar al emperador. Para oponerse a ella, el general encargado de la defensa de la frontera norte solicitó la ayuda de los manchúes.

Estos consiguieron acabar con los sublevados, pero, conscientes de que ninguna fuerza era capaz de oponérseles en China, decidieron explotar su victoria en beneficio propio. Chuen-Tchi, el jefe de la expedición, se proclamó emperador, inaugurando así la dinastía manchú en el trono del Celeste Imperio. Los fieles a la dinastía de los Ming intentaron organizar la resistencia frente a los manchúes en las provincias del Sur, instalando su capital en Nankín. Esta tentativa no tuvo éxito y, hacia 1650, los manchúes dominaban prácticamente toda China.

La afirmación de los nuevos soberanos se realizó gracias a un sistema de separación de pueblos que reservó para los manchúes las funciones militares y de gobierno, mientras la mayor parte de la población china continuaba igual que en el período anterior. De hecho, la derrota de China había sido principalmente la derrota de la nobleza feudal y de la dinastía Ming. A los campesinos en poco afectó el cambio que se había producido en la dirección del Imperio.

Pintura de la dinastía manchú, procedente de una tumba de la familia Fei-Che-Tao (Museo Guimet, París).



En conjunto, el dominio manchú fue incluso favorable para los hombres del campo, ya que desaparecieron los feudos y la mayor sobriedad de los nuevos conquistadores produjo una considerable reducción en los gastos de la corte, con la consiguiente disminución de impuestos. La pacificación del país y la supresión de las luchas de banderías supuso también un beneficio para la mayor parte del campesinado.

La contrapartida de esta situación viene dada por un nuevo crecimiento demográfico, que no pudo ser compensado por la puesta en cultivo de nuevas tierras, ni por el desarrollo de la agricultura intensiva, a pesar de los esfuerzos realizados en ambos senti-



Plato de porcelana de la dinastía manchú correspondiente a la llamada "familia rosa", en la que, aun derivando de la "familia verde", predominan los tonos rosados más o menos púrpuras o violáceos (Reales Museos de Arte, Bruselas).





Emperatriz y emperador manchúes, según estampa de principios del siglo XVIII (Museo de Berna).

POSIBLES CAUSAS DE LA INEXISTENCIA DE UNA CLASE BURGUESA HOMOGENEA EN CHINA

Los mercaderes y primeros empresarios "capitalistas" no llegan a formar, como en Europa, una burguesía "conquistadora"; posibles causas:

- El peso del Estado: la administración imperial controla e impide a la vez las iniciativas personales; no existen ciudades "francas" y todas se hallan bajo la autoridad del mandarín local, representante del emperador.
- La debilidad de una industria donde los comerciantes puedan reinvertir sus beneficios: la escasez de madera es la posible causa del retraso industrial, pues las forjas no pueden desarrollarse tan rápidamente como en la Inglaterra del siglo XVII.
- El sistema sucesorio, que redistribuye el patrimonio entre todos los hijos y compromete a cada generación en el porvenir de la fortuna. Esta inestabilidad social impide la formación de una clase homogénea.
- La formación de una burguesía china en ultramar (Indochina, Insulindia) con mayores oportunidades de lucro que en el Imperio; la búsqueda de fortuna en el exterior de China se convierte en una oportunidad para los elementos más progresivos.

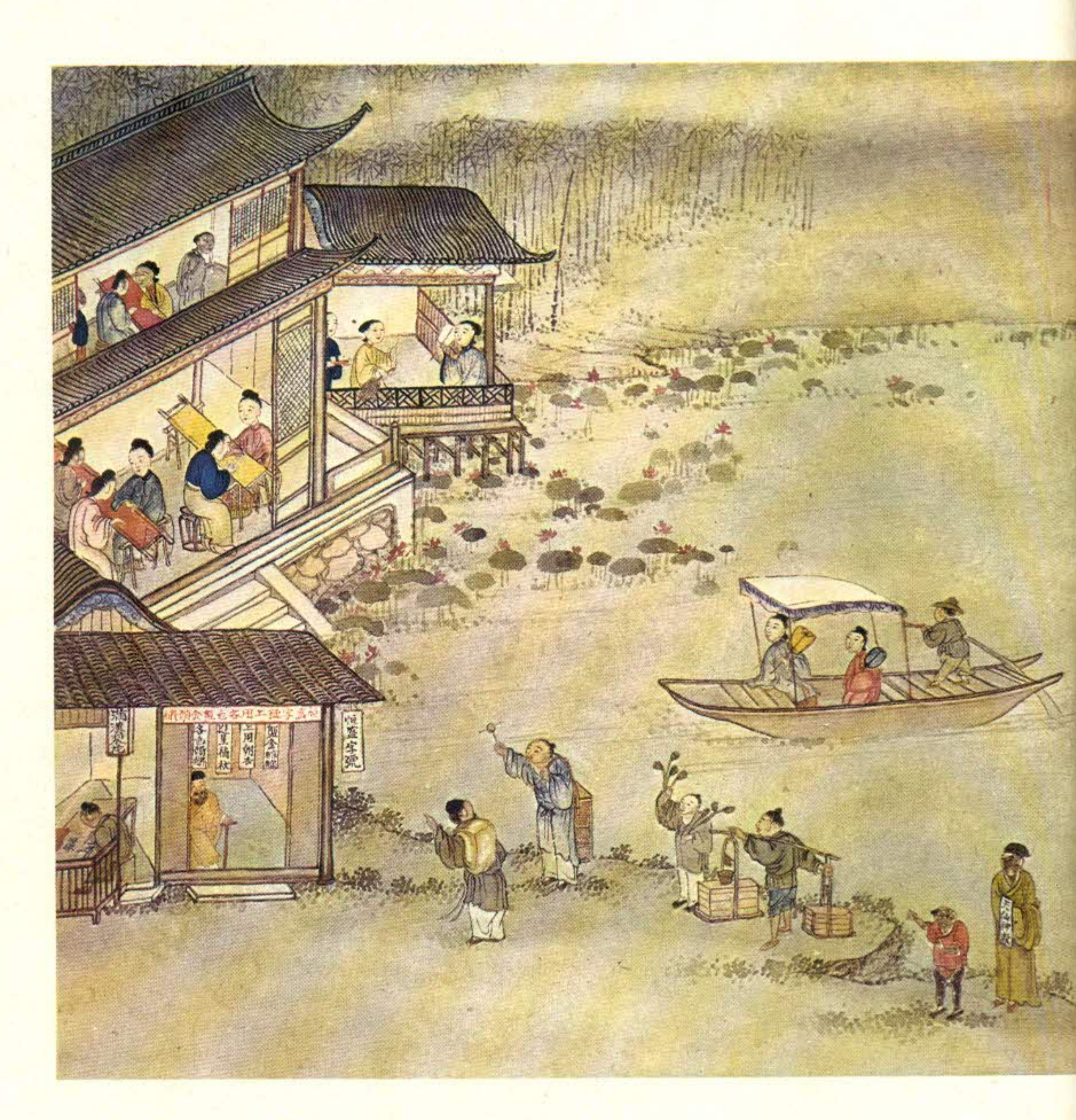
COREA DURANTE LA DOMINACION MANCHU

1623-1637	Sumisión de Corea por los manchúes.
1637	La familia real es hecha prisionera en Kanghwa. Corea se convierte en tributaria del Imperio manchú y por ello debe abandonar su política favorable a la China de los Ming.
1644	Corea, estado vasallo del Imperio chino.
Finales del siglo XVII	Causados por las luchas entre partidos, la mala política financiera, las cosechas insuficientes y las epidemias, los desórdenes aumentan en intensidad.
1671	Año de hambre.
1710-1733	Movimientos campesinos en las diversas provincias de Corea.
1725-1800	Represión de las sublevaciones, reformas y medidas de autonomía.
1749	Epidemia que produce más de medio millón de víctimas.
1797	Navíos europeos en la costa coreana.
1801	Primera persecución de cristianos.
Principios del siglo XIX	Ruina total de Corea por las luchas intestinas, períodos de hambres y epidemias.
1832	Inglaterra intenta en vano anudar relaciones comerciales con Corea. La política de aislamiento se prolongará hasta finales del siglo XIX.

dos. Durante esta época, el campo chino se explotó al máximo hasta transformarlo en una multitud de pequeños jardines donde las plantas alimenticias recibían los cuidados que en otras partes sólo se dedican a las especies ornamentales más delicadas.

La política exterior de este período rompió con la inmovilidad de los últimos Ming. Los manchúes sometieron como vasallos a buena parte de los nómadas de las estepas de Asia Central. En esta empresa, el origen nómada de los emperadores de China y el apoyo facilitado por una política de mutuo acuerdo con el Dalai Lama consiguieron afirmar la soberanía, en teoría al menos, de los emperadores manchúes sobre casi todas las poblaciones budistas desde el Caspio al Pacífico.

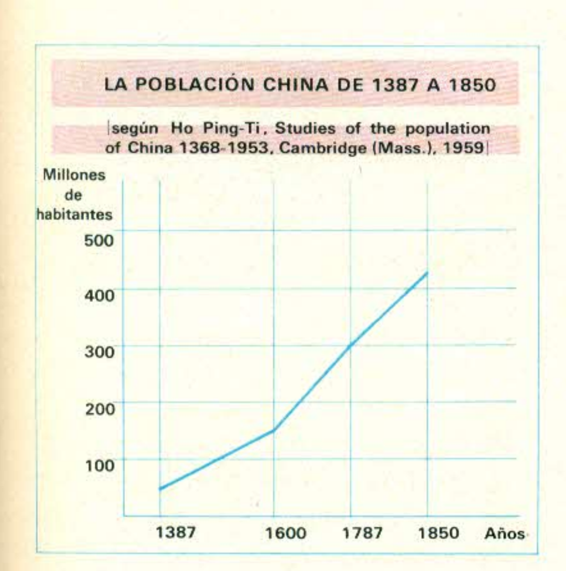
Los comerciantes chinos supieron aprovechar las ventajas que representaba este estado de cosas e hicieron del Asia Central un mercado en el que introducían productos



Tiendas e industrias en el Pekín manchú (grabado conservado en la Biblioteca Nacional de París).

Tetera de porcelana en forma del carácter de la Longevidad (Museo Guimet, París).





manufacturados, armas de fuego especialmente, a cambio del ganado de los nómadas. Fue precisamente a través del incremento del comercio como se produjo el interés de los europeos por la China, si exceptuamos a los misioneros cristianos, jesuitas especialmente, establecidos desde más de cien años atrás.

A lo largo de todo el siglo XVIII continuaron las relaciones entre europeos y chinos. Pero los resultados fueron mínimos. La China resultó refractaria a la civilización oc-

Paisaje, por Wang-Yuan-Ki (1642-1715) (Museo Guimet, París).



Palacio imperial de Verano en la época que, en el Japón, mandaba Hydeyoshi (Biblioteca Nacional, París).

UNIFICACION E IMPERMEABILIZACION DEL JAPON (1567-1651)

1567 Oda Nobunaga, señor feudal relativamente poco importante del centro de la isla Honshu, arrebata a su cuñado la provincia de Mino y se instala en la fortaleza de Gifu.

1568 Nobunaga escoge como residencia la ciudad de Kyoto, capital del Japón.

1573 Nobunaga destituye al último shogun de la casa de los Ashikaga. Ocupa y destruye varios monasterios budistas que habían tomado el partido contrario.

1582 Fin del gobierno de Nobunaga. Ha conseguido dominar la mitad del territorio japonés (norte y centro de Honshu) y ha suprimido las barreras aduaneras entre las distintas regiones del país, favoreciendo la expansión comercial, la unificación y la debilitación de los poderes feudales. Nobunaga muere asesinado, sucediéndole Toyotomi Hydeyoshi.

1582-1598 Política de confiscación de territorios de los señores feudales, que Hydeyoshi reparte entre los jefes de su fiel ejército.

1592 Comienzo de la expedición a Corea.

1592-1593 Fracasos militares en Corea.

1597-1598 El nuevo fracaso en el continente impide a Hydeyoshi proseguir su vasto programa expansivo, consistente en llevar la guerra a la China, Formosa y las Filipinas. Muerte de Hydeyoshi, sucedido por su capitán Tokugawa Iyeyasu.

1600 Batalla de Sekigahara, en que Tokugawa elimina la oposición de parte de los feudales.

1603 Tokugawa se hace proclamar por el emperador "shogun" hereditario. El shogunado se va a mantener hasta la revolución de 1867-68. Fortalecimiento del poder central. La jerarquía estatal está formada por funcionarios nombrados por el shogun, que controlan la administración de los estados, y por espías que vigilan la acción de los señores feudales.

1622-1651 Iemitsu, tercer shogun de la dinastía, consagra la política de impermeabilización del país: condena a muerte a todo japonés que abandone el territorio insular o construya barcos adaptados a largas travesías; sólo permite el acceso al Japón a los holandeses y chinos. Este aislamiento persistirá hasta mediados del siglo XIX.

cidental. Sólo en algunos aspectos técnicos consiguieron influir los jesuitas, que en conjunto fracasaron en sus intentos evangelizadores. En cuanto a los comerciantes, cuyas actividades quedaron limitadas a algunos puertos del Sur, poco influyeron en la cultura china. Cierta occidentalización en la temática del arte chino y el gusto por los motivos orientales en Europa son los resultados más visibles de estas relaciones entre Oriente y Occidente.

A finales del siglo XVIII poco se había adelantado en la aproximación cultural entre los dos mundos. China y Europa eran dos entidades extrañas la una a la otra. Las relaciones en el futuro estarían esencialmente centradas en el uso de la fuerza. El desfase técnico perjudicará a la China, que sólo verá retardado el imperialismo occidental por las disensiones que separarán a los diversos países de cultura europea.

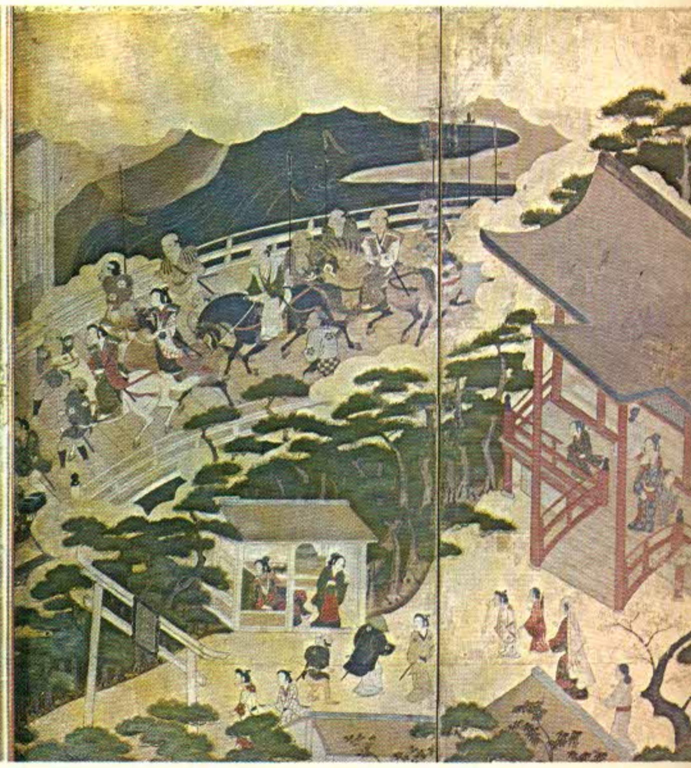
A pesar de varias diferencias de matiz, ciertamente importantes, la sociedad japonesa a partir del siglo XVI presenta un paralelismo con la sociedad medieval del occidente europeo lo suficientemente acusado como para calificarla de sociedad feudal.

Como en Europa, en el Japón existía un soberano, un emperador, al que teóricamente estaba sometido todo el país. Este emperador, o Mikado, está doblado por el Shogun, mayordomo de palacio que usurpa su autoridad. Pero de hecho ni el Mikado ni el



Mujer música, en grabado de Masanoba (Biblioteca Nacional, París).





Aspectos diurnos de Kyoto, la capital del Imperio japonés, representados en un biombo del siglo XVII.



Escena de viaje en la época de Hydeyoshi (Biblioteca Nacional, París).

Shogun pueden hacer efectiva su soberanía. El país está en manos de una multitud de señores territoriales, los daimios, que se apoyan en unos vasallos militares, los samurais. El paralelismo con la Europa medieval es, pues, evidente. Tanto más cuanto buena parte de las posesiones territoriales está en manos de los monasterios budistas, cuyos abades ejercen, además, poderes señoriales. Las clases campesinas están sometidas a la servidumbre, como sus homónimas occidentales.

La economía resultante de esta situación social es, naturalmente, de tipo agrícola, cerrada, y el desarrollo de un sistema de intercambios basado en la moneda, prácticamente imposible.

Durante el siglo XVI, una serie interminable de guerras feudales enfrentan a la multitud de señoríos. A lo largo de este período bélico los grandes señores consiguen asegurarse la fidelidad de sus vasallos y unas cuantas familias van extendiendo sus posesiones a costa de la pequeña nobleza. Hacia 1570, un daimio, Nobunaga, consiguió imponerse al resto de los nobles.

La clave del éxito de Nobunaga estuvo en la organización de un ejército nacional que agrupaba indistintamente a todas las clases sociales del país. Este ejército se apoderó en 1568 de Kyoto. Los grandes daimios de la isla de Hondo se coligaron contra Nobunaga, pero fueron derrotados por éste, quien obtuvo del emperador el título de dainagon (1573), que le confería todos los poderes temporales del Imperio. Aunque el emperador seguía reteniendo los poderes religiosos, la unificación del Japón se había logrado en la persona de Nobunaga. Fue precisamente por el carácter personalista de esta empresa por lo que en 1582, a la muerte del dainagon, toda la política unitaria estuvo a punto de fracasar. No fue así porque uno de los generales de Nobunaga, Hydeyoshi, supo hacerse con la herencia de su antiguo jefe.

LA INTRODUCCION DEL CRISTIANISMO EN EL JAPON

Las primeras predicaciones del Evangelio en Japón las realizó san Francisco Javier entre 1539 y 1551. El desarrollo de las primeras comunidades cristianas entre los nipones fue rapidísimo. En 1557 había más de 100.000 conversos, entre los que se contaban miembros de todas las clases sociales, desde los daimos hasta los más humildes campesinos y pescadores. Los jesuitas podían pensar que, con un número de misioneros adecuado, todo el Japón podía ser ganado para la religión de Cristo en una decena de años. Estos éxitos tan espectaculares, poco comprensibles dadas las diferencias que separan las concepciones religiosas de los japoneses y el cristianismo y el estado de la sociedad nipona en el siglo XVI, han suscitado explicaciones de índole diversa.

El profesor Chaunu, apoyándose en las actividades comerciales que desarrollaron los jesuitas a la vez que realizaban su apostolado, ha intentado dar una explicación de carácter económico a los éxitos del cristianismo en las tierras del Sol Naciente. Los jesuitas, españoles y portugueses en su mayoría, habrían monopolizado el comercio de la seda entre Japón y la China. El tráfico de armas de fuego, arcabuces y mosquetes principalmente, habría estado también controlado por los misioneros. Para garantizar los beneficios económicos derivados de este tráfico comercial y, a la vez, asegurarse el suministro de armas de fuego, preciosas en las circunstancias típicas de la anarquía feudal en que el Japón estaba inmerso, algunos daimos se habrían convertido y ordenado la conversión en masa de sus vasallos. Chaunu habla de un chantaje de la seda, doblado por el chantaje del arcabuz. De esta manera, los jesuitas no sólo habrían utilizado el comercio para sufragar los gastos de las misiones, sino que también se habrían servido de él para forzar las conversiones.

El fracaso final de la obra evangelizadora encontraría una explicación también económica, dentro de esta tesis, en el desarrollo del tráfico comercial entre Filipinas y México, que habría desviado la ruta de la seda del Japón. Con la desaparición de las ventajas económicas que aportaba el cristianismo, los daimos habrían renunciado a él y, después, habrían llegado hasta la persecución.

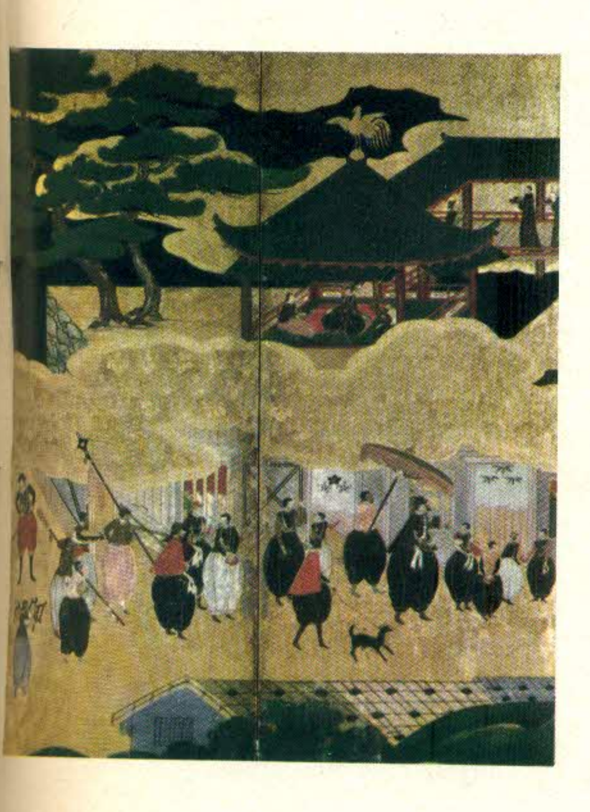
Esta tesis, quizás demasiado simplista, no es aceptada por numerosos especialistas, entre los que se encuentra Mousnier. Las objeciones que se le plantean son de diversa índole. La utilización de armas de fuego no fue privativa de los daimos convertidos al cristianismo, ni puede establecerse un paralelismo geográfico entre la difusión de su uso y la aceptación de los misioneros. Por otra parte, las tropas más selectas, los samurais, siempre fueron reacios al uso de armas de fuego durante las guerras civiles, por considerar que infringían las normas del "Bushido", el código de honor. Parece aventurado establecer una relación de causa-efecto entre las conversiones y el desarrollo del comercio de la seda, y en todo caso faltan datos concretos en los que apoyar esta explicación.

Otros motivos de orden político y religioso pueden contribuir a esclarecer el fenómeno. Los daimos debieron de ver con buenos ojos el establecimiento de los jesuitas en sus señoríos, ya que podían contrarrestar la influencia creciente de los monjes budistas zen sobre sus vasallos. La predicación desarrollada por los jesuitas adoptó una terminología próxima al budismo y no acentuó excesivamente las exigencias dogmáticas y metafísicas. Cierto confusionismo entre las numerosas sectas budistas y el cristianismo pudo favorecer la difusión de éste.

Las razones que explicarían el fracaso final, aceptando en parte las aducidas por Chaunu, estarían en el temor de que al predominio espiritual logrado por los misioneros siguiera la conquista política. Las noticias de la alianza que había existido entre la cruz y la espada en la conquista del Imperio español de América no eran muy tranquilizadoras. Desde luego, los comerciantes protestantes holandeses debieron difundir y aumentar estas teorías con objeto de librarse de la competencia de los jesuitas. Las posibilidades de que el cristianismo pudiera fomentar revueltas contra los señores feudales que no lo habían adoptado fue otro de los motivos de desconfianza. El desarrollo de una nueva versión del confucionismo tradicional, adoptado como religión oficial por numerosos daimos, contribuyó también al fracaso de la cristianización del Japón.

La exposición de las razones citadas anteriormente contribuye a explicar la brillante y corta carrera de las misiones de los jesuitas en el Japón del siglo XVI. Corta carrera, porque desde 1587 se dictaron prohibiciones contra la religión cristiana que, aunque de momento no fueron aplicadas, produjeron los primeros mártires diez años después.

J. F.



Portugueses que acompañaban a san Francisco Javier al desembarcar en el Japón (detalle de un biombo japonés pintado en el siglo XVI; Museo Guimet, París).

Hydeyoshi es uno de los personajes más sobresalientes de la historia del Japón. Su figura aparece envuelta por caracteres de leyenda. Según las tradiciones niponas, Hydeyoshi nació en una familia de campesinos. Su aspecto físico no debió de ser muy agradable, a juzgar por el apodo que le dieron sus compañeros de juegos primero y sus súbditos después: Sarumen Kanja, esto es, "Cara de mono". Sus padres consiguieron que entrase como discípulo en un monasterio budista, pero permaneció poco tiempo entre los monjes, ya que fue expulsado por su indisciplina. Después de cambiar de ofi-



Samurai, grabado de Utagawa Toyokuni (Biblioteca Nacional, París).

cio (treinta y siete veces, según la tradición), entró a formar parte de una cuadrilla de bandidos. Pronto abandonó su nueva profesión, "convencido de que podía robar más mediante la ley que contra ella". Entró al servicio de un samurai, al que en una ocasión salvó la vida. Esta hazaña le permitió ser admitido en la corte de los guerreros. El nuevo samurai se unió a las tropas de Nobunaga y participó en las campañas de éste, con tanta fortuna que llegó a ser uno de los jefes principales de su ejército. Cuando murió Nobunaga, Hydeyoshi se opuso enérgicamente a los conatos de restablecimiento de la anarquía feudal.

Gobernó el país como dictador militar, como taiko, y para consolidar la unificación nacional se propuso canalizar las energías guerreras de los japoneses hacia una política de conquista en el continente asiático. Los planes que Hydeyoshi propuso al Hijo del Cielo eran grandiosos: "Con tropas coreanas y el apoyo de tu ilustre influencia, pienso someter toda la China a mi dominio. Cuando se haya realizado esto, los tres países (China, Corea y Japón) serán uno. Lo haré tan fácilmente como un hombre arrolla la estera y se la lleva bajo el brazo".

La empresa no fue tan sencilla. Aunque los japoneses desembarcaron en Corea y consiguieron ocupar Seul y expulsar a las tropas chinas del sur de la península, la conquista total nunca llegó a su término. Las comunicaciones entre el Japón y el escenario de los combates eran muy difíciles. Las naves de los invasores tuvieron que enfrentarse –por primera vez en la historia de la guerra naval– con embarcaciones cuyos cascos habían protegido los coreanos con planchas metálicas. Las querellas feudales no totalmente acabadas también contribuyeron a debilitar las ansias de conquista de los japoneses. En 1598 murió Hydeyoshi sin que Corea fuese una provincia nipona. La política de expansión continental fue abandonada.

A la muerte de Hydeyoshi, como había sucedido cuando desapareció Nobunaga, los daimios intentaron de nuevo recuperar su independencia. Hydeyoshi antes de morir había hecho prometer a Ieyasu, un antiguo compañero de armas, que haría reconocer como regente a Hideyosi, hijo suyo. Ieyasu derrotó a los daimios rebeldes en Sekigahara, batalla en la que, según las crónicas –probablemente exageradas–, perdieron la vida más de 40.000 guerreros.

Durante la minoría de edad de Hideyosi ocupó el poder Ieyasu. Cuando el hijo de Hydeyoshi estuvo en edad de hacerse cargo del gobierno, Ieyasu se negó a entregárselo, alegando que el juramento que había prestado a su padre adolecía de defectos de forma según el código de honor de los samurais. Estalló una nueva guerra civil entre los dos pretendientes. Hideyosi resultó vencido y tuvo que refugiarse en la fortaleza de Osaka. Su enemigo consiguió asaltarla y acabar con él. Libre de enemigos, Ieyasu se proclamó shogun, inaugurando así la dinastía de los Tokugawa, que gobernó el Japón durante ocho generaciones.

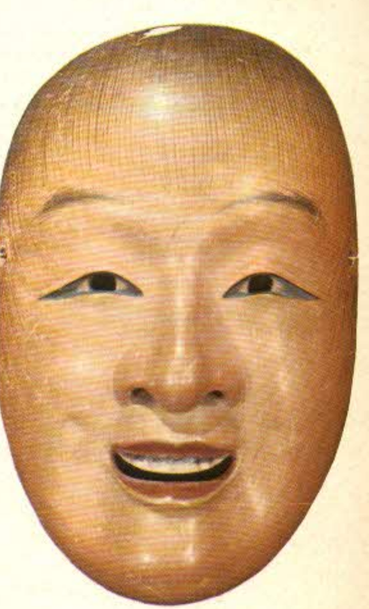
Bajo el shogunato de los Tokugawa se llevó a cabo una auténtica fosilización del régimen señorial japonés. Los daimios –salvo unas pocas grandes familias– quedaron sometidos a la autoridad del shogun. La población quedó dividida en estamentos, de

Bailarinas de un templo. Estampa sobre papel por Harunobo.

acuerdo con las funciones que ejercía: la guerra y el gobierno para la nobleza, la religión para los monjes y el trabajo agrícola para el pueblo llano.

Para apartar a los samurais de sus hábitos bélicos, peligrosos para la estabilidad interna del país, los shogunes estimularon entre esta clase social las actividades literarias y filosóficas. Puede decirse que desde el reinado de Ieyasu "floreció la cultura y decayó el militarismo en el Japón". El desarrollo del teatro y la fructífera rivalidad entre las escuelas de pintura de Kano y de Tosa atestiguaron este florecimiento cultural.

Durante el gobierno de los Tokugawa, el Japón se aisló progresivamente del mundo exterior. En 1614 se prohibió la predicación y la práctica de la religión cristiana en el Japón. Aunque de momento estas órdenes no fueron cumplidas, tras la muerte de Ieyasu se desencadenó una persecución que acabó con las comunidades cristianas japonesas. En 1638, el shogun Ixunitsu ordenó la expulsión de todos los extranjeros y la supresión de todo comercio con ellos. Sólo los holandeses fueron autorizados para mantener una pequeña factoría en Deshima, en el puerto de Norgasakia. De esta manera, el Japón debía permanecer replegado sobre sí mismo hasta 1854, y cuando en esta fecha salió de su aislamiento no lo hizo ciertamente por voluntad propia.



Máscara del teatro Nô, por Deme Tosui (Reales Museos de Arte, Bruselas).

BIBLIOGRAFIA

Durant, W.	*La civilización en Extremo Oriente,* Buenos Aires, 1960. –*La civilización en la India,* Buenos Aires, 1960.
Granet, M.	*La civilisation chinoise,* París, 1929.
Grousset, R.	*Historia de la China,* Barcelona, 1958.
Ienaga, S.	*History of Japan,* Tokyo, 1959.
Owen, E. L.	*Breve historia de China,* Buenos Aires, 1950.
Tsui Chi	*Historia de China y de su civilización milenaria,* Barcelona, 1962.



Paseo a orillas del agua, grabado de Hokusai (Biblioteca Nacional, París).



Apoteosis de Enrique IV, por Rubens (Galería de los Uffizi, Florencia).

La Francia de "Le Grand Siècle"

Los franceses llaman al XVII, *el siglo de Luis XIV* o *Le grand siècle,* porque señala el apogeo de la Francia borbónica y absolutista. El reinado de Luis XIV es el más largo que registra la historia de Francia. Duró setenta y dos años; pero a este período de apogeo francés deberían añadírsele los reinados de Enrique IV y Luis XIII, abuelo y padre, respectivamente, de Luis XIV, y la regencia del duque de Orleáns durante la menor edad del bisnieto de Luis XIV, que fue después Luis XV.

Tal convicción tuvieron entonces los franceses de su superioridad, que llegaron a publicar libros como el titulado *"Paris, le modèle des nations étrangères, ou L'Europe française"*. Querían indicar que la mentalidad de París, o mejor dicho de Versalles, se había contagiado a toda Europa. En realidad, Francia tuvo en esta época plétora de grandes hombres. No produjo un genio universal del tipo que podríamos llamar humano, como Cervantes; pero, en cambio, vio nacer de su seno multitud de talentos finos, agudos, genialmente inteligentes. A la agudeza, a la discreción, en Francia se la llamó *esprit*; se estimaba una respuesta maliciosa como algo espiritual y profundo. Mientras en la Edad Media, en el siglo de san Luis, Francia, centro del mundo católico, acogió a teólogos y artistas de todos los países y la Sorbona era un centro internacional de estudios, en el siglo de Luis XIV Francia es homogénea, típicamente francesa. No sólo no admite extranjeros, sino que exporta sus hombres, modas y lengua a toda Europa.

La prosperidad material de la Francia borbónica durante el siglo XVII fue obra de varios ministros inteligentes. Los monarcas tuvieron por lo menos la discreción de saberlos escoger y dejarlos en relativa libertad. El ministro de Enrique IV fue Sully,



Entrada de Enrique IV en París (grabado de Leclerc según un dibujo de N. Bollery; Museo Carnavalet, París). El asesinato de Enrique III elevó al trono a Enrique de Borbón, quien encontró, por protestante, dificultades para afianzarse en el trono hasta que abjuró. Es célebre la frase que se dice pronunció en aquel caso a modo de excusa: "París bien vale una misa".

que nos ha dejado unas confusas Memorias explicando sus esfuerzos para sanear la Hacienda. El solo título es ya una confesión de sus cualidades y limitaciones: *Sages et Royales Economies*. Se trataba, pues, de economizar sin grandes planes para producir riqueza. Sully logró mejorar la Hacienda, en lamentable estado después de las guerras de religión. Calculó que la deuda de Francia ascendía casi a trescientos millones de libras, una enormidad en aquel tiempo. Para disminuirla, Sully atendía a todo. Aunque consiguió aumentar sus honores y su fortuna, quiso que constara en sus Memorias que nunca se lucró en nada sin que lo supiese el rey su amo.

Enrique IV inició la política del gobierno personal, que debía conducir al más exagerado absolutismo. Las guerras de religión no sólo habían desangrado y empobrecido a la nobleza, sino que la habían dividido. Los nobles católicos preferían un rey absoluto católico a un monarca que, respetando sus antiguos derechos, transigiera con los hugonotes. Enrique IV empezó a relegar la vieja aristocracia francesa a una posición decorativa; en el reinado de Luis XIV encontramos a los nobles en Versalles, empenachados y cubiertos de lazos, encorvándose como lacayos al paso del gran monarca. Era casi inevitable, porque si los Borbones hubiesen respetado los privilegios de la antigua aristocracia feudal, se exponían a verse insultados en los Consejos reales por descendientes de antiguas familias, que pretendían ser más franceses y más nobles que ellos mismos. Enrique IV redujo su Consejo de ministros (numeroso durante los Valois) a cuatro secretarios. Despachaba con ellos por la mañana. Los nobles "de sangre" que iban a visitarle a aquella hora tenían que esperar a que el rey terminara.

Otro paso hacia el absolutismo fue el poco respeto con que los Borbones trataron a las asambleas parlamentarias de Francia. Además de los llamados Estados Generales o reunión de los tres brazos, popular, eclesiástico y nobleza, con representantes de toda Francia, que sólo se reunían convocados por la corona, había infinidad de parlamentos regionales que proponían medidas de gobierno y hasta gobernaban y administraban justicia en cada región. Enrique IV los trató con el mayor desprecio. He aquí

la respuesta de Enrique IV al agente del Parlamento de Burdeos que le visitó en París: "¡Muy bien, muy bien, monsieur Dubernet! ¡Buen orador! El papel lo sufre todo. Pero yo os contestaré como rey, como soldado, como gobernante... ¿Quién gana los pleitos en Burdeos? ¡El que tiene la bolsa más llena! Los parlamentos no valen nada, y el vuestro es el peor. Os conozco, puesto que soy gascón como vosotros. Decidme si hay un campesino que cultive viña propia... Todos trabajan la de un presidente o un consejero. Basta ser consejero (esto es, político) para enriquecerse inmediatamente".

En otra ocasión, Enrique IV espetó a sus "parlamentarios" esta arenga: "Yo sé cómo se gobierna con parlamentos, porque la corona que heredé (Bearn y Navarra) es de un país que se gobierna con ellos. Los reunía cada año. Y allí prevalecía el que más gritaba; el que recordaba más instituciones de emperadores, príncipes y señores. Las gentes no comprendían nada de lo que él decía, pero exclamaban: ¡Qué bien dicho! ¡Que le hagan síndico! Y después de encumbrado, era el primero en formar una *liga* (contra el rey)".

Tal fue Enrique IV. Su filosofía no pasó de un natural buen humor y su ciencia de gobernar se redujo a desear que todos los franceses echasen cada día gallina en el puchero. Este primer Borbón inició también el régimen de favoritas o amantes regias, que suplantaban a la reina legítima, si no en sus derechos, en sus honores. Después de tratar con varias bellezas, se fijó en Gabriela d'Estrées, de la que tuvo dos hijos; trataba de legitimarlos cuando murió la favorita. Previendo oposición contra sus bastardos, aceptó casarse con María de Médicis, con el solo propósito de tener un sucesor. De este matrimonio nació Luis XIII. Enrique IV fue asesinado en 1610 por un fanático católico a quien el rey gascón parecía demasiado tolerante con los hugonotes. Aunque Enrique IV había dicho que París, o la corona de Francia, bien valía una misa, y nunca flaqueó en su conversión, los católicos no le perdonaban su juventud protestante y sobre todo el edicto de Nantes, que establecía libertad de cultos. A la muerte de Enrique IV, su hijo Luis XIII era menor de edad, por lo que fue necesaria una regencia durante cuatro años. Luis XIII reinó desde 1614 hasta 1643, tiempo más que suficiente para consolidar un nuevo régimen. Pero era de carácter caballeresco, mesurado y algo tímido; no el tipo de monarca que se arriesga a grandes reformas y aventuras. Le gustaba ver prosperar tranquilamente sus estados y rodearse de gentes distinguidas. A París, prefería Versalles, "el Versalles de



Gabrielle d'Estrées, favorita de Enrique IV.

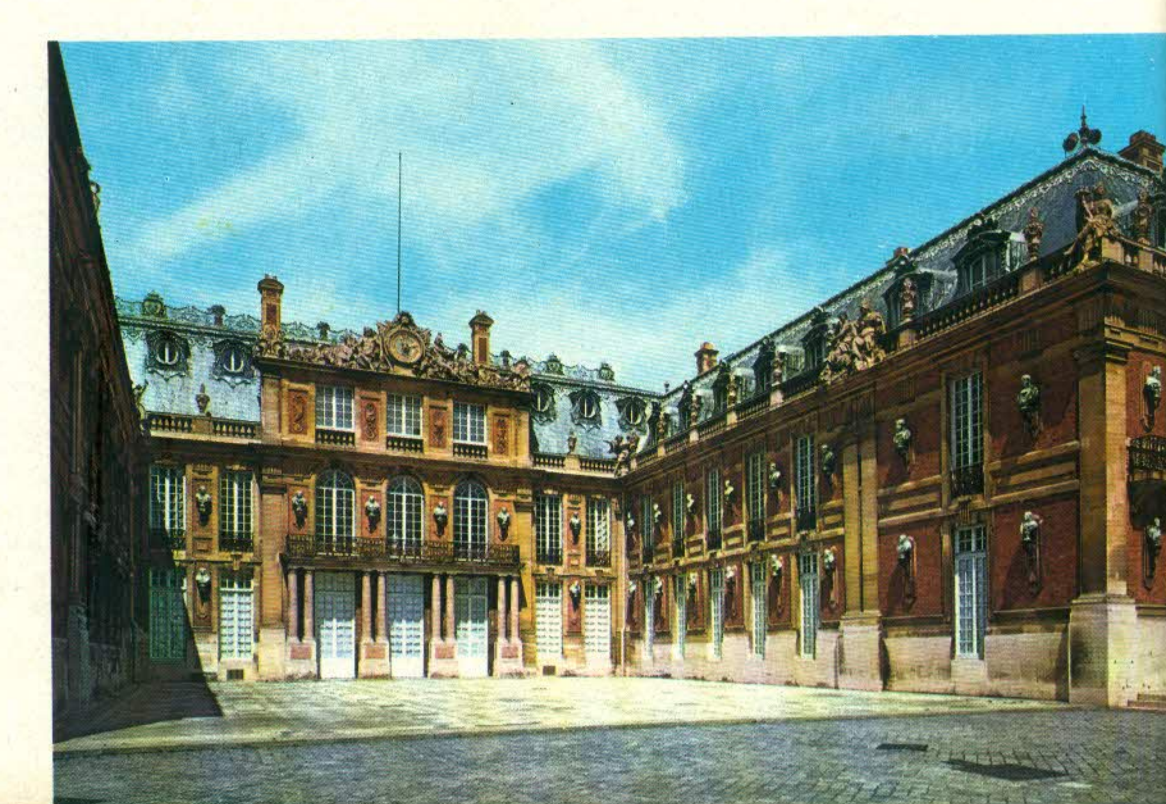


Luis XIII", que entonces sólo era un apeadero de caza, en la parte central del gran palacio que hoy se llama la *Cour de marbre*. Aquella fachada humilde no hace sospechar el Versalles pomposo que tiene detrás. Vivía allí como un gran señor rural, rodeado de un grupo de amigos más bien que de una pequeña corte, y se entretenía cazando.

Al comienzo de su reinado, Luis XIII cambió varias veces de ministro; pero desde el 1622 hasta su muerte en 1643 gobernó a Francia su valido, el famoso cardenal Richelieu, quien hasta cierto punto fue continuador de Sully, aunque de ideas mucho más vastas y de temperamento más aristocrático. Nervioso, dolorido, con el cuerpo enteramente cubierto de úlceras, aquel demacrado cardenal inició la política internacional de Francia que ha durado hasta nuestros días. Consistió en una mira interesada sobre los Países Bajos, el propósito de dominar la orilla izquierda del Rin y la vigilancia sobre España para que no pudiera amenazarla por el Sur.

Luis XIII accedió difícilmente al papel de *Roi fainéant* de Versalles a que le condenaba el cardenal erigido en "mayordomo de palacio". Pero no tuvo ánimos ni atrevimiento para despedirlo como a un criado desobediente. La reina legítima era una infanta española, Ana de Austria, hija de Felipe III, a la que Luis XIII no se confiaba más que para explicarle los disgustos que le daban sus amantes francesas. Un día que fue a París para visitar a una de ellas, mademoiselle de la Fayette, ya retirada en un convento, viose precisado por una tempestad a refu-

Luis XIII, niño, por Pourbus el Joven (Galería Pitti, Florencia).



La "cour de marbre", patio central del palacio de Luis XIII en Versalles, la residencia preferida del rey, donde vivía como un gran señor feudal.

LA TENSION ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA DURANTE LOS SIGLOS XVI Y XVII

La política exterior de los estados europeos, desde finales del siglo XV hasta el XVIII, estuvo dominada por la rivalidad existente entre las casas reales de Habsburgo –soberanos de España y Austria– y de Francia. No se trataba de una mera lucha dinástica, sino que resumía las presiones ejercidas sobre Francia por los distintos estados limítrofes. En efecto, bajo la soberanía de la dinastía de Habsburgo se reunieron en el transcurso de una generación las principales potencias enemigas de Francia.

Entre 1494 y 1559, una Francia en expansión intentó dominar la península italiana. Lógicamente tuvo que hacer frente a la coalición de las potencias rivales que hemos mencionado. En 1515, cuando Francia proclamó un nuevo soberano, Francisco I (1515-1547), se había llegado a una delimitación de esferas de influencia en Italia, con los españoles en Nápoles y los franceses asentados en Milán.

Una eficiente política matrimonial de los reyes adversarios de Francia hizo que un mismo monarca, Carlos I (1517-1556), fuera, a la vez, soberano de los Países Bajos, duque de Austria y rey de España y de las Indias. Si era elegido emperador de Alemania –como su abuelo Maximiliano I–, el cerco de Francia sería completo.

Francisco I intentó desesperadamente que Carlos I no fuera elegido emperador. Pero éste contaba con el apoyo de las poderosas bancas alemanas, cuya intervención decidió la voluntad de los siete príncipes electores en el sentido de asegurar la continuidad de la casa de Austria (1519).

La política inicial de Carlos I se oponía al poder establecido de Francia por lo menos en tres puntos: la recuperación de la parte de la herencia borgoñona que había pasado a Francia, el dominio del Milanesado y la idea del Imperio como entidad superior a todos los demás reinos cristianos.

Carlos I necesitaba apoderarse del Milanesado, con cuya posesión podía poner en contacto los dos principales bloques de su Imperio, a través de los pasos de los Alpes. A partir de 1521 se produjeron seis conflictos armados entre los Habsburgos y los Valois por la hegemonía europea. Una serie de paces o treguas jalonaron esta etapa bélica. La primera guerra se presentó como una liberación de Italia del dominio francés. Terminó con la gran victoria de Pavía, a raíz de la cual el Milanesado pasaba a manos españolas (1525). Un intento de liberar Italia de los españoles se frustró con la toma de Roma y la firma de la alianza hispano-genovesa (1527-1528). La tercera guerra condujo a una situación límite (tregua de Niza, 1538). Tras la cuarta, Francia renunció prácticamente a Nápoles y Milán (paz de Crépy, 1544).

Ambos poderes desarrollaron una amplia estrategia diplomática. La alianza genovesa proporcionó a Carlos I una escuadra y un fuerte respaldo bancario.

Pero el Imperio de Carlos I era tan vasto y le planteaba tan graves problemas, que nunca pudo lanzar contra Francia un ataque total. La cuestión del luteranismo en Alemania, la presión turca en el Danubio y en el Mediterráneo, la amenaza de los corsarios argelinos, obligaban a la política imperial a una constante dispersión de objetivos. En buena lógica, el rey de Francia se alió con todos los enemigos de Carlos. Alentó a los protestantes alemanes a defender las "libertades germánicas" y firmó un tratado con el sultán Solimán el Magnífico (1520-1566), que concedía a la flota otomana una base de operaciones en Tolón.

Francisco I murió en 1547, cuando Carlos I, vencedor de los protestantes en Mühlberg, estaba en la cumbre de su poder. Su sucesor, Enrique II (1547-1559), reemprendió la lucha en 1552, aliado con los príncipes alemanes insurgentes, y coincidiendo con una nueva ofensiva turca. El derrumbamiento de la política imperial fue completo. Carlos I fracasó personalmente ante la plaza de Metz (1553). Dos años más tarde abdicaba en Bruselas.

La reanudación de la guerra abarcó toda la Europa Occidental, desde Inglaterra hasta Nápoles. La victoria de San Quintín (1557) puso al nuevo rey de España, Felipe II (1556-1598), en condiciones de dictar la paz. Pero la primera bancarrota de la corona española le impidió obtener un total provecho de la victoria. También el estado francés estaba al borde de la quiebra. La paz firmada en Cateau-Cambrésis (1559) fue al mismo tiempo un compromiso y una liquidación. En su virtud, España se aseguraba el dominio mediterráneo.

En la segunda mitad del siglo XVI, el desarrollo de las guerras de religión en Francia alteró las relaciones entre Francia y España. Esta dejó de ser, para los dirigentes católicos franceses, el principal adversario y se convirtió en un eficaz aliado contra los hugonotes. De esta forma se produjo una intervención española en los asuntos internos de Francia, aunque, en muchos aspectos, la política exterior de los Valois permaneció invariable.

El momento culminante de la intervención española correspondió a los años 1589-1595, en los que los ejércitos de Felipe II respaldaron a la Santa Liga Católica francesa contra el rey calvinista Enrique IV de Borbón. En definitiva, España triunfó en sus objetivos religiosos –impedir una victoria calvinista–, pero fracasó en los políticos –mediatización de Francia–. A partir de su conversión al catolicismo, Enrique IV consiguió transformar la guerra civil en una reacción nacional contra España, imponiendo al Rey Prudente una profunda rectificación política en la paz de Vervins (1598).

La etapa de la militancia religiosa fue sucedida, a principios del siglo XVII, por una etapa de coexistencia pacífica, previa a la gran conflagración bélica de los Treinta Años (1618-1648). En el caso francés, la expansión exterior cedió paso a una política de reconstrucción interna. Más aún, a la muerte de Enrique IV (1610), los nuevos gobernantes, fervientes católicos, llevaron a cabo una política de amistad con España, que culminó en 1612 con un doble enlace matrimonial entre las familias reales de ambos países (Luis XIII y Felipe IV).

Para mantener esta política, Olivares debía alterar la naturaleza de la monarquía hispánica, de forma que todos los reinos financiaran el esfuerzo militar. Esta necesidad se hizo más perentoria a medida que la situación bélica se prolongaba sin esperanzas de una próxima victoria española. Pero también Richelieu se hallaba enfrentado con graves problemas interiores.

Por fin, en 1635 se produjo la intervención directa de Francia en el conflicto. La guerra de los Treinta Años, religiosa en sus comienzos, se había convertido en un gran duelo entre los Habsburgos y los Borbones. La guerra incidió de una manera directa en la crisis interna española. España se hallaba agotada por su esfuerzo militar. La plata americana se agotaba y los reinos no castellanos se negaban a abandonar sus privilegios fiscales. Presionados por Olivares, Cataluña y Portugal se sublevaron en 1640 y aceptaron aquélla la protección y ésta la alianza francesa. Fue el fin de los proyectos de Olivares, quien abandonó el poder en 1643. A Richelieu, fallecido el año anterior, le sucedió el cardenal Mazarino.

En el mismo año 1643 tuvo lugar el aniquilamiento de los tercios españoles por un ejército francés en Rocroi. Esta derrota, seguida por otras varias, señaló el fin de la hegemonía española. La paz de Westfalia, firmada en 1648 con Holanda y con los protestantes alemanes, así lo reconocía. No obstante, se prolongó la guerra con Francia. Los disturbios que aquejaron a este país (guerras de la Fronda, 1648-1653) permitieron a España prolongar su resistencia y recobrar el principado de Cataluña. Pero las repetidas victorias francesas y la difícil situación de la Hacienda obligaron a Felipe IV a aceptar la paz de los Pirineos (1659), que marcó el fin de la preponderancia española y el inicio de la francesa.

P. M.



El cardenal Richelieu, por Philippe de Champaigne (Museo de Versalles). Durante casi todo su reinado, Luis XIII tuvo como primer ministro o valido a este cardenal, cuya política exterior no tuvo más objetivo que el hundimiento de la casa de Austria.

giarse en el Louvre, donde vivía la reina. Aquella inopinada visita a su esposa fue causa de que naciera el heredero del trono, el prototipo de todo un régimen: Luis XIV.

Este es *le Roi Soleil*, el que, según los franceses, y por lo menos para ellos, caracteriza todo un siglo. Los principios fundamentales de su gobierno fueron una combinación de los de sus dos antecesores. Tuvo un ministro, Colbert, que sabía agenciar recursos como Sully, en tanto que el propio rey sabía gastarlos, como otro Richelieu, en aventuras de política exterior. Colbert era plebeyo, hijo de un mercader que no creyó necesario darle educación literaria. A los cincuenta años, siendo ya ministro del "rey cristianísimo", trataba de aprender latín mientras iba en carroza a despachar con el monarca los asuntos de la jornada. Ascendido grado por grado hasta alcanzar la alta posición de intendente de Hacienda, Colbert no podía ser ni filósofo ni filántropo. Frío, metódico, con ideas claras y persistente en aplicarlas, parecía oscilar como la brújula para señalar constantemente el Norte. Encontró la Hacienda sumida en un embrollo de deudas, garantías, pagarés y bonos entregados a los prestamistas. Colbert, sin llegar nunca a la liquidación de un presupuesto, consiguió al menos satisfacer las grandes necesidades de la costosísima corte de Luis XIV y sus todavía más costosos ejércitos.

El plan de Colbert era transformar a Francia, de país agrícola, como había sido hasta entonces, en un país esencialmente industrial y mercantil, el centro de la economía europea. Favoreció toda clase de nuevas industrias, desde la fábrica de tapices de los Gobelinos hasta los plantíos de moreras para gusanos de seda; envió instrucciones a los fabricantes de tejidos de lana, exponiendo los colores y calidad que debían tener las telas para competir con las de otros mercados, y a estas iniciativas y direcciones del gobierno siguió el nombramiento de inspectores autorizados para castigar a quienes fabricaran mercancías de inferior calidad. Las muestras de telas defectuosas se exponían en la picota con el nombre del fabricante delincuente. Caso de reincidir, se mencionaba al infractor en la reunión del gremio, y a la tercera falta se le exponía personalmente en la picota.

Colbert hizo esfuerzos desesperados para acabar de una vez para siempre con las aduanas regionales y otras trabas y gabelas que hacían en extremo difícil el comercio interior. Trazó una red de caminos que llegarían por doquier, habilitó puertos y empezó canales que durante años han abaratado los transportes en Francia. El primer canal del Languedoc, que puso en comunicación el Atlántico con el Mediterráneo, fue inaugurado por Colbert en 1681. Tenía más de 250 kilómetros de longitud, con 75 esclusas, y en el punto más alto alcanzaba 300 metros sobre el nivel del mar. Colbert consideró herencia prodigiosa los territorios franceses ultramarinos y animó a los que allí iban a establecerse o a traficar procurando a Francia mercancías de los trópicos. Era entonces época de "compañías" y sociedades anónimas, que aparecían por doquier en Inglaterra y en Holanda. Colbert quiso establecerlas y protegió la formación de compañías francesas para el comercio con las

REINADO DE LUIS XIV (1643-1715): FASE ASCENDENTE

1643 Regencia de Ana de Austria. Mazarino, primer ministro.
(19/5) Condé vence a los españoles en Rocroi. Los franceses ocupan Flandes y Henao.

1645 (mayo) Derrota de Turenne en Marienthal. Victoria de Condé en Nördlingen.

1646 Condé toma Dunkerque a los españoles.

1648 (20/8) Condé vence a los españoles en Lens.
(24/10) Paz de Westfalia: Francia obtiene Metz, Toul, Verdún, Alsacia, salvo Estrasburgo; Brisach, Philippsburgo y Pignerol.

1657 (23/3) Alianza con Cromwell contra España.

1658 Francia se convierte en potencia protectora de la Liga del Rin.
(16/4) Turenne deshace a los españoles en Nieuwpoort y ocupa Dunkerque.

1659 (7/11) Tratado de los Pirineos: Francia obtiene el Rosellón, Artois y varias fortalezas españolas de los Países Bajos. Condé se pone al servicio de Luis XIV.

1660 (4/6) Matrimonio de Luis XIV con la infanta María Teresa.

1661 (9/3) Muerte de Mazarino. Principio del reinado personal de Luis. Colbert dirige la economía del país.

1664 (12/1) Paz de Pisa con Alejandro VII. Luis XIV había ocupado Aviñón a causa de un conflicto con la curia.

1667 La Liga del Rin es disuelta. Después de la muerte de su suegro, Felipe IV, Luis anuncia sus derechos a la corona española y emprende la victoriosa Guerra de la Devolución. Turenne ocupa Lille.

1668 (19/1) Tratado secreto entre Luis XIV y el emperador sobre la partición de la herencia española.
(2/5) La Triple Alianza obliga al rey francés a firmar la Paz de Aquisgrán. Francia obtiene doce fortalezas en Flandes y en Henao, pero devuelve el Franco Condado a España.

1669 Vauban, ingeniero militar, es encargado de la construcción y reparación de varias fortalezas.

1670 (26/5) Tratado secreto de Dover entre Luis XIV y Carlos II contra los Países Bajos. Los franceses ocupan la Lorena.

1672 Luis XIV invade Holanda. Los holandeses abren los diques para impedir el avance.
(21/8) Derrota de las flotas francesa e inglesa en Texel.

1673 (16/6) Paz separada de Vosse con Federico Guillermo de Brandeburgo.

1674 (24/5) La Dieta de Ratisbona declara la guerra a Francia.
(16/6) Turenne deshace el ejército imperial en Sinsheim.
(11/11) Condé vence a Guillermo de Orange en Seneffe.

1675 (27/7) Muerte de Turenne en Salzbach (Baden).
(11/8) Derrota francesa en Tréveris.

1676 Ocupación de Philippsburgo por los imperiales.

1677 (17/2) El mariscal de Luxemburgo toma Cambray.
(11/4) Victoria total de Luxemburgo sobre Orange en Cassel.
(16/11) Los franceses ocupan Friburgo.

1678 Paz de Nimega con Holanda (10/8) y España (17/9): Francia obtiene el Franco Condado, Cambray, Saint-Omer y Valenciennes.

1679 (5/2) Paz de Nimega con el emperador: Friburgo queda para Francia, que debe devolver Philippsburgo.
(25/10) Tratado secreto con Brandeburgo. Creación de las Cámaras de reunión.

1681 (11/1) Alianza defensiva con Brandeburgo.
(30/9) Ocupación de Estrasburgo y de Casale de Monferrato.

1682 Luis XIV se instala en Versalles.

Antillas, el Extremo Oriente, el Levante mediterráneo, y hasta para empresas locales como la explotación de los bosques del Pirineo y las pesquerías del mar del Norte. Convencido además de que la superioridad de los franceses dependía de su buen gusto y temperamento estético, pensó contribuir a la prosperidad de Francia con la creación de la Academia de Bellas Artes en Roma y la Academia de Ciencias y la de Música en París. Richelieu había creado ya una Academia Francesa para la lengua y la literatura.

Explicado quién era Colbert, "el intendente", que agenciaba los recursos ahorrados por la Francia laboriosa, vamos a ver quién era el rey que los gastaba, esto es, Luis XIV. Fuerte, sano, de bella presencia, convencido de que su misión de gobernar a



Luis XIV en brazos de su ama Longuet de la Giraudière (Museo de Versalles). Hijo de Luis XIII y de la infanta española Ana de Austria, encarnó el absolutismo como ningún otro monarca de la época.

La Rochelle, en un grabado de Aveline (Biblioteca Nacional, París). La diferencia de religión de los súbditos franceses chocaba con el ideal absolutista de Richelieu. La plaza de la Rochelle, baluarte de los hugonotes, fue sitiada y ocupada por las fuerzas del cardenal. Luis XIV continuó quitando privilegios a los hugonotes, hasta revocar el edicto de Nantes. Como consecuencia de ello emigraron muchos habitantes de la población.

un gran pueblo no permitía injerencias de nadie, a veces escuchaba la opinión de los demás, pero siempre quería resolver él los asuntos. Desde joven había dicho que él sería su primer ministro, y así fue; ni Colbert ni Louvois llegaron a suplantar al monarca, como había hecho Richelieu con Luis XIII. Al principio se creyó que los galantes desórdenes del rey acabarían por apartarle de los asuntos políticos; pero, por lo visto, la vitalidad de Luis XIV le permitió distinguirse en los dos campos. A Luis XIV, en su juventud por lo menos, le gustaba la variación en estas intimidades femeninas. Las *Memorias* de Saint-Simon descubren la existencia de una hija del rey, de color achocolatado, y otra gruesa y mal hablada, nacida de la hija de un jardinero de Versalles. El rey le



Visita de Ana de Austria y el delfín al Hospital de la Caridad de París (Museo Carnavalet, París).

proporcionó un decente matrimonio, pero le prohibió el acceso a la corte. Se mencionan, además, una mademoiselle de Fontanges, una Soubise y una Loudre, pero sin categoría oficial de amantes regias. Por orden cronológico, las amantes titulares de Luis XIV se sucedieron como sigue: su primer amor fue María Mancini, sobrina del cardenal Mazarino, italiana de gallarda presencia. La segunda, beldad ya muy francesa, fue mademoiselle de La Vallière, que dio al rey tres hijos: dos varones que murieron niños y una hembra que el rey casó con el príncipe de Conti. El amor sincero del rey por La Vallière duró hasta 1670, pero ya antes había empezado a manifestar interés por una dama de la reina, casada con cierto Montespan. Hubo un período en que Saint-Simon dice que las gentes de Versalles se regocijaban viendo a las tres reinas: la esposa legítima, María Teresa de Austria, la Vallière y la Montespan. Pronto triunfó esta última, y el marido fue enviado primero a la Bastilla, después a sus tierras de Guyena.

Saint-Simon dice: "Los partos de madame Montespan eran públicos. Su círculo se convirtió en el centro de la corte... Era también un centro del ingenio por la agudeza en la conversación, de un tipo tan delicado, sutil y al mismo tiempo tan natural y agradable que se distinguía por su especial carácter". Esto dice Saint-Simon, enemigo declarado de la Montespan; hay que imaginar el daño que tal persona podía ejercer con su influencia sobre un monarca absoluto. Por esto Saint-Simon añade: "Madame de Montespan era caprichosa, de mal genio y altanera... No perdonaba a nadie y se burlaba

Alegoría del matrimonio de Luis XIV y de la paz de los Pirineos (1659). La paz de los Pirineos significa la consolidación del poderío francés en Europa y la culminación de la política sostenida por Richelieu y Mazarino. La boda del rey de Francia con la infanta española María Teresa abriría amplias perspectivas para la sustitución del poderío europeo de la casa de Austria por el de la casa de Borbón.



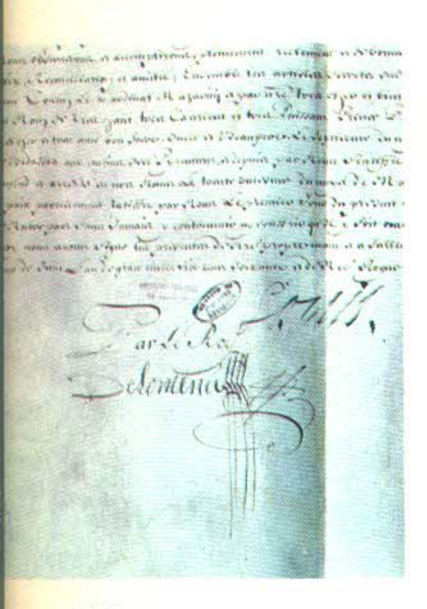


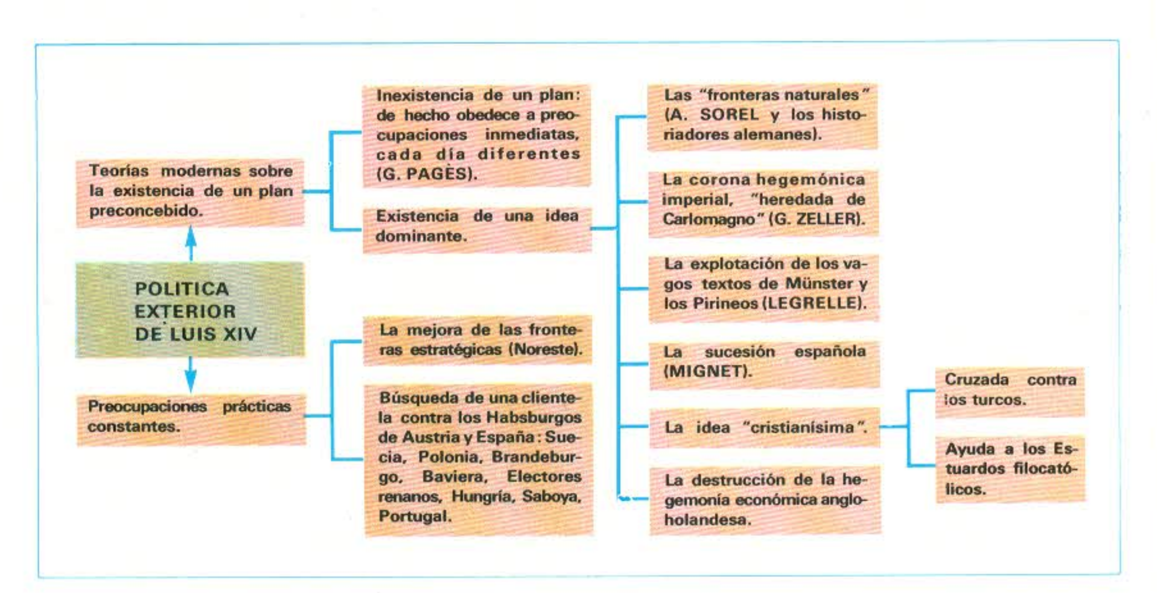
Comida de campesinos, por Louis Le Nain (Museo del Louvre, París). La gran pobreza del campesinado francés constituye una de las manifestaciones de la otra cara de "le Grand Siècle".

de todo el mundo con el solo objeto de divertir al rey. Como tenía fértil ingenio y era encantadora en sus maneras, no había nada más peligroso que ser ridiculizado por ella". Tuvo del rey ocho hijos: cuatro que murieron antes de la mayor edad y cuatro que ocuparon sitios de honor en la corte. Los dos varones fueron el duque de Maine y el conde de Tolosa; las dos hembras casaron, una con el hijo del gran Condé y la otra con el duque de Orleáns. Este era nada menos que el sobrino del rey, posible heredero de la corona. Cuando su madre supo que había dado su consentimiento para casarse con la hija de la Montespan le dio en público un bofetón. "Pero *el rey amaba a sus bastardos* y la duquesa tuvo que aguantar."

Hemos detallado someramente las "ligerezas" amorosas de Luis XIV, no por el maligno placer de exponer su conducta, sino porque fue imitado por la corte de Versalles, modelo de todas las demás cortes de Europa. Más tarde, un noble, Charles-Louis de Montesquieu, consejero y después presidente del Parlamento de Burdeos, escribirá las *Lettres persanes,* en las que dos ingenuos

Firma de Luis XIV en la ratificación de la paz de los Pirineos (Archivo General de Simancas, Valladolid).





LA OTRA CARA DE "LE GRAND SIÈCLE"

El "grand siècle" francés presenta una brillante fachada que ha deslumbrado a todos los historiadores amantes del autoritarismo, que han creído ver en él la culminación de una grandeza nacional que absuelve a la época de todos sus pecados y errores. Así, Jacques Bainville (*Histoire de France,* París, 1924), entre otros muchos, exulta de entusiasmo comentando que "Francia se esponja de dicha en esta reacción" en comparación con la anarquía de los años anteriores, y que todo el pueblo aclama unánimemente al soberano que ha dado al país "el orden en el interior y la seguridad en el exterior". Ahora bien, para cualquier historiador no cegado por sus opiniones políticas, como lo estaba Bainville por las del movimiento ultraderechista de "Action Française", si algo salta a la vista en el "grand siècle" es lo precario de su seguridad y de su prosperidad y el elevado precio que se pagó por el orden.

Luis XIV sacrificó la economía de la nación a su ambiciosa política exterior; las interminables y costosísimas guerras empobrecen al país, encajado en el rígido armazón de un dirigismo a ultranza que tiende a paralizar o al menos a entorpecer la iniciativa privada. Sobre todo a partir de la muerte del hábil Colbert (1683), las dificultades económicas se multiplican. Un rudo golpe para la vida económica francesa es también la revocación del *Edicto de Nantes* (1685), que empuja a exiliarse a numerosos protestantes, muchos de ellos dedicados a manufacturas. Por otra parte, se suceden las malas cosechas; en los campos, el hambre y las epidemias se hacen crónicas, diezmando a la población, y en el momento más crítico de la guerra de Sucesión española, el espantoso invierno de 1708-1709, uno de los más crudos que ha conocido la Historia, hace crecer las cifras de mortalidad de un modo nunca visto. Las consecuencias inevitables son los levantamientos campesinos y los motines ciudadanos, siempre severamente reprimidos. Cunde el descontento entre la población, mientras, para atender a las necesidades de la guerra, aumentan de un modo exorbitante los impuestos que agobian a un país hambriento y extenuado, cada vez más consciente de la monstruosa desigualdad con que se reparten estos impuestos.

Crisis económica interna, continuas y estériles guerras de prestigio en el exterior, lujo desenfrenado en la corte, miseria en el sector popular, gravísimo desequilibrio social debido a las prerrogativas de las clases privilegiadas, agudización de los problemas religiosos (revocación del *Edicto de Nantes;* querella entre jansenistas y jesuitas, que el rey zanja finalmente en favor de estos últimos), corrupción y desmoralización en las altas esferas, decadencia del comercio debido a la competencia anglo-holandesa: tales son las principales manchas oscuras de ese sueño de pompa y de grandeza que vive la Francia de Luis XIV.

Las voces de unos cuantos testigos de la época nos ayudarán a comprender hasta qué punto el fulgor de Versalles llegaba a disimular aspectos sombríos. La misma corte indigna a los que la conocen por dentro; para darse cuenta de ello, basta leer las terribles Memorias de Saint-Simon, o el epistolario de la princesa Palatina, una alemana casada por razón de Estado con el hermano del rey. La Palatina nos pinta con maligna lucidez desde el carácter de su marido, mediocre, egoísta y homosexual, hasta los últimos repliegues de las intrigas y corrupciones de palacio; nos habla de sus ruindades y de su inmoralidad, condenando inapelablemente a un mundo al que nunca llegó a acostumbrarse. Pero además de la vida cortesana ("la gran moda en París es que las damas se emborrachen igual que los hombres", "las mujeres se enamoran unas de otras, lo cual me repugna aún más que todo el resto", etc.), nos describe, por ejemplo, la impresión que le causó el ver reprimir los motines del hambre: cuando se reúnen en la calle seis mil trabajadores "pidiendo a grandes voces pan y dinero, como no tenían nada que darles, detuvieron a una mujer que se hacía notar por su insolencia y la pusieron en la picota. Entonces empezó el tumulto; arrancaron a la mujer de la picota y se pusieron a gritar: "¡Pillaje, pillaje!", y corrieron, en efecto, hacia las panaderías y saquearon las tiendas. Llamaron a los soldados de la guardia para disparar sobre la chusma; pero los revoltosos, al darse cuenta de que sólo disparaban con pólvora y para asustarles, gritaron: "Ataquémosles, no tienen plomo". Entonces los soldados se vieron obligados a matar a varios. Esto duró desde las cuatro de la madrugada hasta el mediodía".

Mucho más dura es aún la visión del escritor La Bruyère cuando esboza un retrato de los campesinos hacia el final del reinado: "Vemos a ciertos animales feroces, machos y hembras, desperdigados por el campo, negruzcos, lívidos y requemados por el sol, atados a la tierra que hurgan y que remueven con una testarudez invencible; tienen como una voz articulada y cuando se levantan sobre sus pies, muestran un rostro humano, y en efecto son hombres. Al caer la noche se retiran a sus cubiles, donde viven de pan negro, de agua y de raíces".

Pero la denuncia más clara y directa de la catastrófica situación del país y de las responsabilidades del soberano no procede de ningún extranjero, como la Palatina, de ningún resentido, como La Bruyère, de ningún protestante, como Jurieu, sino de una persona que en la época en modo alguno podría considerarse como sediciosa: Fénelon, eclesiástico de familia noble, arzobispo de Cambray y preceptor del nieto del rey. En la famosa carta que Fénelon escribió a Luis XIV en 1694 –mucho antes de los años más negros del reinado–, le acusa, entre otras muchas cosas, de haber "introducido en la corte un lujo monstruoso e incurable", de "haber empobrecido a Francia entera", de "haber llevado a cabo guerras que sólo tenían por razón un motivo de gloria y de venganza". "Vuestro nombre se ha hecho odioso... mientras vuestros pueblos mueren de hambre, el cultivo de las tierras está casi abandonado, las ciudades y el campo se despueblan, todos los oficios languidecen, Francia entera no es más que un gran hospital desolado y desprovisto. La sedición se enciende poco a poco en todas partes; creen que ya no tenéis ninguna compasión por sus males, que sólo amáis vuestra autoridad y vuestra gloria. Esta gloria que endurece vuestro corazón os es más querida que la justicia, incluso que vuestra salvación eterna, incompatible con ese ídolo de gloria". "Sólo amáis vuestra gloria y vuestra comodidad. Todo lo centráis en vos, como si fuerais el dios de la tierra y todo lo demás solamente hubiera sido creado para seros sacrificado."

C. P.

viajeros orientales descubren en París algo más "oriental" que en su propia patria. Además, la necesidad de Luis XIV de tener a su lado a una mujer inteligente, capaz de aconsejarle, determinó su casamiento con la última favorita, la llamada madame de Maintenon, de accidentada juventud. Era hija de una familia noble, pero arruinada. Todavía niña, emprendió un viaje a la Martinica y años después comparaba el torbellino de la corte de Versalles a los huracanes de América. De vuelta en Francia, la casaron con un poeta cómico de mérito, Scarron, de quien quedó viuda a los veinticinco años de edad. Madame de Montespan, que había podido apreciar sus cualidades, la nombró institutriz de los hijos que había tenido con el rey. No sabemos cómo la viuda Scarron (después madame de Maintenon) llegó a suplantar a la Montespan; pero es muy pro-



bable que forzaran el cambio los escrúpulos de conciencia del rey, que empezaba a fatigarse de sus desórdenes. La joven institutriz había sido hugonote en sus primeros años, y convertida al catolicismo conservó hasta la muerte una seriedad de que la Montespan carecía. Después de un corto período de relaciones a la vez espirituales y amorosas, Luis XIV, que era viudo, no tuvo reparo en casarse con aquella mujer, francesa, aunque no de sangre real.

El matrimonio se efectuó en secreto, sólo en presencia de dos testigos: Louvois y el arzobispo de París. Todo el mundo conocía el hecho del casamiento y algunas veces se habló de hacer la declaración oficial que hubiera elevado a madame de Maintenon a la categoría de reina de Francia; pero, posiblemente por la resistencia que opuso ella misma, nunca se llegó a dar semejante "escándalo".

Durante los últimos treinta años de Luis XIV, madame de Maintenon fue su fidelísima colaboradora y consejera. Sin preocuparse de tratamientos, recibía con gran dignidad a los hijos del rey y a los príncipes de la sangre. El rey la visitaba varias veces al día, y por la noche despachaba con sus ministros en la cámara de madame de Maintenon. La escena ha sido descrita varias veces: el rey y madame, sentados en sendos sillones a cada lado de la chimenea, escuchaban los informes de los ministros. Ella

Nicolás Fouquet, el ministro de Hacienda de Mazarino y de la primera época de Luis XIV cuya ostentación causó su desgracia: una fiesta excesivamente lujosa dada en su castillo en honor del rey, que se sintió molesto por el despliegue de riquezas, la aprovechó Colbert para perderle. Sometido Fouquet a juicio, perdió sus bienes y fue condenado a prisión perpetua en el castillo de Pignerol, donde murió.



El "Pont Neuf" de París, con sus tenderetes, sus charlatanes y sus carrozas, en la época de Luis XIV (Museo Carnavalet, París).

parecía no querer enterarse y proseguía su labor de cañamazo. Delante de la mesa del rey había dos taburetes: uno para el ministro y otro para la cartera. Aparentando hambre y sueño, madame de Maintenon cenaba y se desnudaba asistida por dos camareras, mientras el rey iba despachando los asuntos que le sometían sus ministros. Cuando éstos terminaban, Luis XIV iba a despedirse de ella, ya en la cama; y allí, sentado a la cabecera, recibía su último consejo.

¡Qué país, Francia, capaz de producir un personaje político como madame de Maintenon! Una aventurera había llegado a reina sin caer en aventuras. No se nos han transmitido quejas comprobadas de abuso del poder de madame de Maintenon. No protegió a nadie de su familia, no tuvo predilección por ninguno de los príncipes. Saint-Simon, que, como gran aristócrata, detestaba la alcoba de la Maintenon que había suplantado la cámara de los nobles en los consejos reales, dice que ella había decidido las tres cuartas partes de los nombramientos, gracias y beneficios que repartían los ministros. Es posible que se equivocara en sus protegidos, pero no lo hacía por vanidad de su poderío ni para engrandecer a sus criaturas. Nunca defendió ella misma a sus candidatos. Daba a entender de antemano a los ministros cuáles eran las personas que ella prefería y que apoyaría en

REINADO DE LUIS XIV (1643-1715): FASE DESCENDENTE

1684	(4/6) Luxemburgo y Tréveris son ocupados por los franceses. (15/8) Armisticio de Ratisbona con el emperador y España.
1685	Luis XIV hace valer sus derechos sobre el Palatinado electoral. (22/10) Revocación del Edicto de Nantes en Fontainebleau: muchos hugonotes dejan el país.
1688	(24/9) Principio de la Guerra del Palatinado.
1689	(marzo-mayo) El Palatinado es saqueado. (12/5) "Gran Alianza" contra Francia (Holanda, Inglaterra, el emperador).
1690	El mariscal de Luxemburgo deshace a los holandeses en Fleurus.
1692	(31/5-1/6) La flota anglo-holandesa inflige una grave derrota a la francesa en La Hougue y Cherburgo. (3/8) Luxemburgo vence a Orange en Neerwinden. Inocencio XI se reconcilia con Luis XIV.
1693	Paz separada con Saboya, que recupera Pignerol.
1697	Paz de Ryswick: (20/9) entre Francia, Inglaterra, Holanda y España. Luis reconoce a Guillermo II como rey de Inglaterra y devuelve Luxemburgo y Cataluña a España. (30/10) Entre Francia y el Imperio: Francia restituye Friburgo y Lorena; conserva Alsacia con Estrasburgo.
1698	(11/10) Primer tratado de reparto de la herencia española entre Inglaterra y Holanda.
1700	(15/3) Segundo tratado de reparto. Después de la muerte de Carlos II, Luis XIV proclama a Felipe de Anjou rey de España.
1701	El príncipe Eugenio deshace a los franceses de Catinat en Carpi (9/7) y a los de Villeroi en Chiari (1/9). (7/9) Gran Alianza de La Haya contra Francia. Inicio de la guerra de Sucesión española.
1701-1713	Guerra de Sucesión española: ruptura del predominio francés.



Juan Bautista Colbert, por Nattier (Museo de Versalles). La política financiera de Luis XIV estuvo sostenida por este economista francés, quien dedicó sus máximos esfuerzos a fomentar la industria y el comercio de su país.



Luis XIV, Colbert y los miembros de la Academia de Ciencias, por H. Pestelin (Museo de Versalles).

la nocturna conversación con el rey. Con arte y tacto ganaba los pleitos.

Así se gobernaba a Francia, el país más importante de Europa en el siglo XVII, con cuatro ministros-intendentes, un ministro femenino y un primer ministro que era el propio rey, quien, además de elegir a sus generales y embajadores, les daba instrucciones directas de su puño y letra o respaldaba con notas aclaratorias los despachos que redactaban sus intendentes. En ocasiones era deplorable su intervención. Una vez el rey le dijo a uno de sus generales que conocía bien el mapa de Alemania, a lo que el subordinado repuso que una cosa era conocer aquel país en el mapa y otra conocerlo por haber peleado en su suelo.

Luis XIV trabajaba al menos nueve horas diarias; pero no podía abarcar los múltiples servicios del estado. La organización era defectuosa; los altos oficiales, que habían comprado sus cargos, no se consideraban parte de un engranaje administrativo y no cooperaban mutuamente. La falta de articulación se notaba sobre todo en tiempo de guerra. Si Francia escapó de verse vencida en tiempo de Luis XIV, es porque no pudieron ponerse de acuerdo sus enemigos. Las otras cortes de Europa, copias de Versalles, eran todavía peores que el original.

En la primera parte del reinado de Luis XIV, con la extremada pericia de Colbert y disponiendo de generales a la antigua, como Condé y Turena, el rey pudo ensanchar algo sus fronteras y hacer ligeros avances en el Rin y el Palatinado. Aunque esto no era gran cosa, tan seguro sentíase Luis XIV de su engrandecimiento, que llegó a soñar en ser elegido emperador. La esperanza era muy remota, pero los territorios recientemente conquistados en el Rin le daban tal derecho, como príncipe del Imperio. Luis XIV casó al delfín con la hija del elector de Ba-

LA TARIFA ADUANERA DE 1664 EN FRANCIA

LANA · Cambrai · Amiens · LANA · Ruán · LANA · París · LINO · LINO · LORENA · Orleans · Nantes · Tours · SEDA · La Rochelle · SEDA · Lyon · Burdeos · CONDADO VENESINO · Nimes · SEDA · Toulouse · Canal Royal (1664 - 1681) · Marsella · ESPAÑA

Territorios afectados por la tarifa aduanera de Colbert en 1664.

LINO Localización de las principales industrias textiles de Francia.

viera, porque éste se comprometió a presentarle como candidato al Imperio en la próxima elección.

Deslumbrado el papa por los éxitos del "Gran Monarca", le recomendaba una cruzada contra el turco, asegurándole que en tres campañas los franceses podrían apoderarse de Constantinopla y de las provincias del Asia Menor. El rey de Francia podría después resarcirse repartiendo coronas a sus hijos legítimos y bastardos.

¡Cuán diferente fue el curso de los acontecimientos! Al finalizar su reinado, Luis XIV se encontraba enfrentado con el papa y

LA DOMESTICACION DE LA NOBLEZA

A fines del siglo XVI, cuando terminan las guerras de religión y sube al trono el primero de los Borbones, Enrique IV, la nobleza de Francia conserva la mentalidad y todas las prerrogativas de la época feudal. Pero el nuevo monarca no tardó en dar muestras de su decidida voluntad de restablecer la autoridad real sometiendo el orgullo de los nobles, que en el gobierno de las provincias había llegado a ser como unos reyezuelos casi independientes: los lugartenientes generales del reino van a vigilar de cerca las actividades de los gobernadores y unos comisarios de inspección contribuirán a ejercer un severo control en todas las regiones del país. Naturalmente, esta tendencia autoritaria y centralizadora ("Ahora soy rey y hablo como rey y quiero ser obedecido", decía en 1599) choca con la oposición de la nobleza: los Parlamentos se resisten a aceptar el Edicto de Nantes, varios de sus antiguos compañeros, como el duque de Biron, a pesar de ser colmados de honores, conspiran contra el rey. Enrique IV será más fuerte que ellos y logrará someter a los Parlamentos y a los nobles rebeldes (el duque de Biron es ajusticiado en 1602); pero en 1610 el monarca muere asesinado, dejando un hijo de sólo diez años, Luis XIII, y durante la regencia de María de Médicis la nobleza recupera el terreno perdido.

Hasta la subida al poder de Richelieu, en 1624, los nobles llevan a cabo un gran esfuerzo para recortar la autoridad real, aprovechando la debilidad de la regente y la turbulencia de la época. "El tiempo de los reyes ha pasado, ha llegado el de los grandes", afirma orgullosamente uno de esos señores feudales que gobiernan a su antojo grandes territorios –como los Condé en la Borgoña o los Longueville en la Normandía–, cuentan con la fidelidad de masas campesinas y amenazan con continuas sublevaciones; frente al débil poder real, el príncipe de Condé o los duques de Nevers o de Soissons son casi pequeños monarcas dentro del reino. En 1614, los nobles obligan a que se reúnan los Estados Generales (los últimos que convoca la monarquía antes de los de 1789 que desencadenarán la Revolución), pero al no llegarse a ningún acuerdo, la situación se hace cada vez más anárquica, se producen motines y en 1620 la nobleza se subleva contra el rey, contando incluso con el apoyo de la reina madre. Poco después de que los rebeldes sean vencidos, empieza el reinado personal de Luis XIII, quien cuenta ahora con un genial primer ministro, el cardenal de Richelieu (un segundón de la nobleza), que debía asestar un golpe mortal a su propia clase.

El ideal de Richelieu es una monarquía absoluta en la que el rey, "lugarteniente" de Dios sobre la tierra, asistido por un primer ministro que esté por encima de todo interés de partido, gobierne con mano firme a todos sus súbditos. Para ello era indispensable "humillar el orgullo de los nobles", como dice el mismo Richelieu en su *Testamento político:* ordena desmantelar sus castillos, últimos vestigios del poder feudal, hace frente a numerosos complots en los que toman parte la propia reina (Ana de Austria), la reina madre y el hermano del rey (Gaston de Orléans) y abate la arrogancia de los grandes señores a costa de hacer correr la sangre. La primera cabeza que cae es la del conde Chalais, ejecutado en 1626; al año siguiente es decapitado el conde de Montmorency-Bouteville por haber desobedecido las leyes contra el duelo; en 1632 muere en el cadalso el duque de Montmorency, quien había tratado de sublevar el Languedoc; todavía en 1642, el mismo año de la muerte del cardenal, se produce la conjura de un amigo de Luis XIII, Cinq-Mars, que termina con la ejecución de éste. Pocos meses después de la muerte de Richelieu (diciembre de 1642) moría Luis XIII dejando sentadas las bases de una monarquía absoluta.

Durante el período de la minoría de edad de Luis XIV, la política absolutista de Richelieu encuentra un digno continuador en el cardenal Mazarino, quien todavía tiene que capear el temporal de la llamada "Fronda de los Príncipes" (1650-1653), el último intento frustrado de la nobleza por imponerse al poder real. Una vez derrotado el príncipe de Condé, la autoridad del rey sale reforzada de esta prueba, y al morir Mazarino en 1661 y tomar en su mano Luis XIV las riendas del gobierno, todo está a punto para que se desarrolle el último acto de esta domesticación de la nobleza a la que asiste el siglo XVII francés. Progresivamente empobrecidos, alejados por sus prejuicios de casta de la industria y el comercio, los nobles siguen fieles a sus grandes ideales de honor y de gloria, y en un creciente proceso de inadaptación, cada vez encuentran rivales más fuertes en los burgueses enriquecidos que adquieren títulos nobiliarios con la compra de cargos públicos.

Para encadenar a la nobleza levantisca, Luis XIV se vale de la vanidad: los grandes señores se convierten en pocos años en los criados de lujo del monarca en la suntuosísima corte de Versalles, en la que los nobles, lejos de sus propiedades y llevando un tren de vida tan brillante como costoso, se van arruinando y amansando, y sólo viven para solicitar humildemente honores, pensiones y cargos. El prestigio de esta corte, que deslumbra a toda Europa, hipnotiza al país entero, y todos están dispuestos a hacer los mayores sacrificios para poder ver al soberano, para que éste fije en ellos un momento su mirada, para que –favor supremo– de tarde en tarde les haga una pregunta trivial o les dirija unas palabras más o menos amables. Los hijos de los que, unos años atrás, levantaban tropas contra el rey, ahora se han convertido de buen grado en sus lacayos más sumisos y serviles, los primeros títulos del reino se disputan el honor de servirle los platos de su cena o de sostenerle la palmatoria mientras se acuesta. Versalles se convierte así en "una máquina de domesticar a la nobleza y al alto clero" (Jacques Madaule).

Por otra parte, para terminar de reducir a la nobleza a una función decorativa, Luis XIV, siguiendo el ejemplo de Richelieu, se apoya en la burguesía, que carece del orgullo y de los prejuicios de los nobles, a quienes contrapesa eficazmente secundando muy bien la política absolutista del rey; así, de la clase media saldrán muchos de los hombres que más contribuyeron a la glorificación del monarca, como Fouquet y Colbert, y, entre los escritores, La Fontaine, Racine, Molière, Bossuet, etc. Por eso el altivo duque de Saint-Simon hablará en sus *Memorias* de un "largo reinado de vil burguesía".

Cuando decline el fulgor del Rey Sol, no faltarán grupos de nobles que sueñen con restablecer una hegemonía efectiva de su clase, volviendo a un pasado, no muy lejano, anterior al rígido absolutismo de Luis XIV; tal parece ser el sentido de la camarilla que en los últimos años del reinado pone todas sus esperanzas en la posible ascensión al trono del duque de Borgoña, nieto del monarca; pero la muerte en pocos años de dos generaciones enteras de herederos de la corona desbarata los planes del grupo de Fénelon, Saint-Simon y sus amigos. En el siglo XVIII, la Historia correrá por otros cauces, y finalmente, la nobleza, al resistirse a aceptar cualquier tipo de reforma o evolución y obligar a convocar los Estados Generales de 1789, provocará el estallido revolucionario que será su ruina.

C. P.

Luis XIV visita el Observatorio, en grabado de Leclerc (Biblioteca Nacional, París).



amenazado por una coalición de casi toda Europa. Aquella Francia tan arrogante y belicosa constituía un peligro para todo el mundo.

La causa inmediata de la Gran Alianza, como se llamó a la coalición de Alemania, Inglaterra, Holanda y Saboya contra Francia, que sólo contaba con el apoyo del elector de Baviera, fue el intento de desmembrar a España. El asunto revela de tal manera las costumbres políticas y la diplomacia de la época, que vale la pena dedicarle algunos párrafos.

Mucho antes de morir el último infeliz vástago de la casa de Austria en España, el imbécil Carlos II el Hechizado, ya Luis XIV había concertado con otros pretendientes el reparto de los territorios españoles en Italia y en los Países Bajos. España, a la muerte de Carlos II, tenía que quedar reducida a la península y a las colonias que poseía en el Nuevo Mundo. Con el resto había botín más que suficiente para satisfacer enteramente a todos los ambiciosos de Europa que tenían puestas en España sus miras. Holanda recibiría la mayor parte de los Países Bajos. Francia mejoraba su cinturón fronterizo por aquel lado tan sólo con algunas plazas, pero se quedaba en cambio con Guipúzcoa y con Nápoles y Sicilia. El emperador recibía el Milanesado. Inglaterra se contentaba con Dunkerque, Ceuta, Gibraltar, Mahón, Orán y La Habana. Por fin, el hijo del elector de Baviera recibía "solamente" la corona de España y sus posesiones de ultramar.

Todo esto se pactaba casi en público, sin que los españoles tuviesen voz ni voto en las negociaciones. Mas para llevar a cabo este reparto era necesario que el Hechizado muriese sin testar; y he aquí que un mes antes de morir, los nobles del Consejo de Castilla, impulsados por el cardenal Portocarrero, lograron que el Hechizado firmara un testamento declarando sucesor al duque de Anjou, nieto de Luis XIV. Confiaban en que la misma malicia que había obligado a Luis XIV a proponer el reparto de los territorios españoles le obligaría a defenderlos si el rey de España era uno de sus retoños. Cuando llegó a Versalles la noticia del testamento del Hechizado, el rey convocó Consejo extraordinario, como siempre en la cámara de madame de Maintenon, donde escuchó a sus ministros sin decir nada hasta entrada la noche. Al día siguiente, en una reunión de los príncipes de la sangre, Luis XIV declaró que aceptaba el testamento del Hechizado. Entonces el embajador español, marqués de Castelldosrius, pronunció la famosa frase: "¡Ya no hay Pirineos!". En seguida se envió un correo para anunciar a los españoles que Francia

Luis XIV, por Rigaud (Museo del Louvre, París). En este cuadro aparece el rey francés con toda la pompa de que era capaz el barroquismo y el absolutismo.

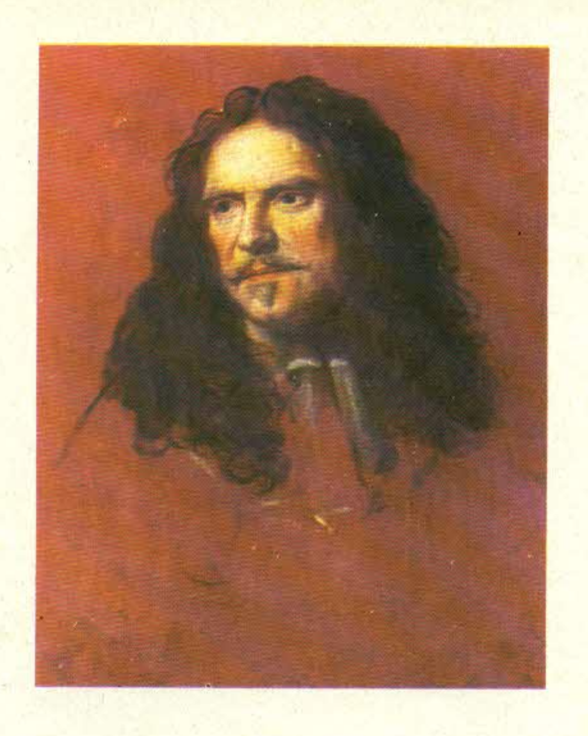
aceptaba la herencia que le otorgaba Carlos II todavía moribundo.

Sin embargo, había razones para rehusar tal herencia. De tener la seguridad de que se procedería al reparto de los territorios españoles según estaba convenido de antemano, es muy probable que Luis XIV se hubiera satisfecho con su parte. Era evidente que la aceptación de aquella herencia provocaría un conflicto europeo, pues nadie podía tolerar que en Francia y España reinase una misma familia. Por otra parte, si el duque de Anjou (o más bien Luis XIV) rehusaba el testamento del Hechizado, la guerra se desencadenaría igualmente, pues el emperador no querría conformarse con la parte de los territorios españoles que con la corona de España recaerían en su hijo segundo el archiduque. Y guerra por guerra era prefe-



Françoise d'Aubigné, marquesa de Maintenon, por Ferdinand Elle (Museo de Versalles).

El mariscal Turena (Henri de la Tour d'Auvergne, vizconde de Turena), por Lebrun (Museo de Versalles). Este gran militar al servicio de Francia desde 1630 se distinguió en las luchas contra imperiales y españoles; intervino en la guerra de los Treinta Años y en la Fronda acató al cardenal Mazarino. Derrotó a su rival Condé y con sus conquistas en Flandes preparó la paz de los Pirineos. Bajo Luis XIV realizó extraordinarias campañas en el Rin. Murió en el combate de Sasbach.



rible provocarla aceptando una herencia que pondría a España del lado de Francia. La guerra duró de 1701 a 1714. Se peleó en los Países Bajos, en Baviera, el Milanesado y España. Hubo batallas fatales para ambas partes. Los franceses rindieron un ejército entero en Baviera, en la batalla de Blenheim, y los coligados perdieron dos ejércitos en las batallas de Almansa y Villaviciosa. Cataluña se puso al lado de los coligados. Madrid fue evacuado dos veces por la corte borbónica. Por el Norte, la frontera francesa retrocedió hasta Lille y hubiera sido relativamente fácil llegar hasta el mismo París. Pero en 1711 moría el emperador José I y la corona recaía en el pretendiente austríaco Carlos, con lo que se volverían a unir España y el Imperio. ¡Qué tremendo conflicto!

Finalmente, se concertó la paz llamada de Utrecht, en 1713. Es interesante que en el artículo XIII de aquel tratado, el rey Borbón de España concedía amplia amnistía a los catalanes y además "los privilegios de que gozaban los *castellanos, de todos los pueblos españoles el que el rey quería más*". Es decir, que los Borbones les reconocían a los catalanes el beneficio de unos privilegios, pero no los suyos, no sus "fueros", sino los que gozaban los castellanos. Por esto Barcelona no sucumbió hasta un año después de firmarse el tratado; su resistencia se calificaba de "obstinación" hasta en Inglaterra. La armada inglesa (durante la guerra favorable a los catalanes) en 1713 tenía órdenes de acabar con la "confusión" de Barcelona, en el caso de que no hubieran bastado los ejércitos y armadas de los Borbones. Naturalmente, la paz de Utrecht se hizo a base de que España pagara todas las consecuencias. El Milanesado, los Países Bajos españoles, Nápoles y Cerdeña quedaron para el emperador. Gibraltar, Menorca, Terranova y las provincias marítimas del Canadá (estas dos últimas posesiones francesas) se dieron a los ingleses. Saboya recibió la isla de Sicilia. Como se ve, poco más o menos el mismo reparto concertado antes del testamento del Hechizado.

Entrada de Luis XIV y de María Teresa en Arras, por A. F. van der Meulen (Museo de Versalles). En la campaña de Flandes de 1667, el rey francés y su esposa entraron en Arras, ciudad en la que el ingeniero Vauban construyó sus primeras fortificaciones. El rey y su hermano van, a caballo, detrás de la carroza en que viaja la reina.



El palacio de Versalles proclama la gloria de Luis XIV. Iniciadas sus obras por Le Veau, fueron continuadas por Dorbay y Mansart. En su decoración intervinieron los mejores pintores y escultores de la época, y Le Nôtre proyectó y realizó los magníficos jardines.

El primer Borbón español, duque de Anjou, que en España se llamó Felipe V, era un muchacho inteligente, pero tan abúlico, que alguna vez que tomó parte en acciones militares, no se movía ni aun en momentos de peligro. Estaba casado con una princesa de Saboya, casi niña y escrofulosa en extremo. Pero la que dirigía los negocios del estado era una francoitaliana, la princesa de los Ursinos, amiga de la Maintenon. El jefe del ejército francés en España decía que la *Generala* (la Maintenon) estaba en Versalles y la *Capitana* (la Ursinos) en Madrid. Cuando murió de sus escrófulas la primera esposa de Felipe V (la *Saboyana,* como se la llamaba en Madrid), la princesa de los Ursinos entretuvo al rey procurándole cinco compañeros de caza y de diversión con el título de "entretenedores reales". Mientras tanto, la de Ursinos casaba al rey, por poderes, con una princesa de Parma, Isabel Farnesio, sin consultarlo siquiera con la corte de Versalles. Esto pareció ya demasiado a la Maintenon, y la nueva reina llegó con el propósito de desembarazar al Borbón de España de la antigua consejera. Isabel Farnesio y la de Ursinos se encontraron en Jadraque, y allí, en lugar de recibir las gracias de la nueva reina, la princesa de los Ursinos recibió la orden –que venía, naturalmente, de Versalles– de partir para la frontera, sin tiempo siquiera de cambiarse de traje.

La guerra de Sucesión, que más que guerra fueron cuatro conflictos bélicos a la vez, arruinó por completo a Francia y evidenció la tremenda desorganización a que la había conducido el poder personal. Si Enrique IV tenía algo de razón al condenar los parlamentos a la antigua, el régimen de un monarca absoluto demostró ser todavía peor. Los nobles franceses, que en el pasado habían salvado a la nación con sus energías y aptitudes directivas, se manifestaron corrompidos y enervados después del tratamiento recibido en Versalles. El rey nombraba a sus hijos bastardos, como figuras decorativas, para "dirigir" los cuatro frentes de combate; pero los mariscales, que tenían que planear las campañas y dirigir las batallas, eran tan vanos e incapaces como sus "superiores", que no se movían de la corte.

Luis XIV en el Salón de la Guerra de Versalles, por Coysevox (Castillo de Versalles).





Saint-Simon en sus *Memorias* dice que el rey gustaba de dar paradas militares para demostrar a las damas que sabía táctica. Explica con detalles repulsivos la parodia de un sitio de Compiègne. En una eminencia se colocó la silla de manos de madame de Maintenon, que escuchaba desde dentro los comentarios del soberano. Luis XIV, de pie, se bajaba para hablar por la ventanilla. El sitio, según cuenta Saint-Simon, debía acabar con la escena final de la retirada de los "sitiadores"; pero el que mandaba el ejército "derrotado" no se resignó a retroceder como estaba convenido hasta que llegaron órdenes terminantes del rey, porque no quería darse por vencido delante de la corte... "El día fue espléndido y el monarca dejó el campo satisfecho", dice Saint-Simon. Pero una cosa era hacer paradas y simulacros de ataque delante de las damas y otra desprenderse de los movimientos envolventes de Marlborough y del príncipe Eugenio en las llanuras de Flandes y del Milanesado.

Una vez expuesto el régimen de Versalles, con sus imitaciones en casi todas las demás cortes de Europa, cabe preguntar qué reacción provocó aquel ambiente político en los espíritus cultivados, que, según dijimos, abundaban entonces en Francia. Respuesta completa a ello dará el próximo capítulo; pero de momento podemos anticipar que hubo en Francia entonces suficientes asuntos para discutir, sin tener que entremeterse con

Carlos II de España, por Claudio Coello (Museo del Prado, Madrid). La sucesión del último monarca español de la casa de Austria daría ocasión para que Francia abatiera definitivamente a su rival. La herencia de la aún inmensa monarquía española permitiría que Francia aspirara a conseguir el dominio mundial, pero la reacción que ello provocaría en Europa lo impediría.



Reconocimiento de Felipe de Anjou como rey de España y homenaje prestado por el embajador español en la corte de Francia, marqués de Castelldosrius (Biblioteca Nacional, París).

Batalla de Villaviciosa, por Alaux (Museo de Versalles). Esta batalla fue decisiva en la fase peninsular de la guerra de Sucesión española. En ella, las fuerzas hispano-francesas, al mando de Felipe V y del duque de Vendôme, derrotaron a las hispano-austríacas del pretendiente Carlos de Habsburgo.



29

Felipe de Anjou, el nieto de Luis XIV sobre quien recayó, por testamento de Carlos II, la corona de España, donde reinó con el nombre de Felipe V. La aceptación por Luis XIV de tal testamento desencadenó la guerra de Sucesión de España.

Inauguración de la capilla del Hôtel des Invalides por Luis XIV el día 28 de agosto de 1706, por Pierre-Denis Martin el Joven (Museo Carnavalet, París). Este establecimiento lo creó Luis XIV para asilo de los mutilados de guerra. El edificio lo proyectó Libéral Bruant, y la capilla, Jules Hardouin-Mansart.

Jean de Lafontaine, por H. Rigaud (Museo del monasterio de Montserrat).



los peligrosos problemas del poder personal del monarca. Los literatos se entretuvieron en discusiones de estética y retórica. Se dio la batalla entre los que pretendían defender la Academia contra la Pedantería y el Galimatías, y la batalla entre Antiguos y Modernos; si se había de imitar a los poetas griegos y romanos o a los italianos y españoles. Se debatió si el arco de Luis XIV (Porte Saint-Martin) tendría su inscripción en francés o en latín. La estética de la época encontró su legislador en Boileau. Este, en una *Arte Poética,* imitación de Horacio, declama que hay que reflexionar, raciocinar ante lo que sugiere la inspiración. Hay que imitar a los antiguos, porque, según Boileau, ellos supieron descubrir las cosas grandes de la naturaleza y del hombre. Pero al tratar de explicar lo que hay de grande en la naturaleza y en las obras de los hombres, Boileau se pierde en confusiones mal disimuladas: "Sea natura vuestro único estudio". Y añade: "Estudiad la corte, conoced la ciudad". Los poetas y artistas han de ir a Versalles –la corte– y han de aprender de París –la ciudad–. Allí encontrarán Atilas, Brutos, Césares, Cides y Alejandros, por lo menos en el teatro de Corneille y de Racine. Boileau no es un gran entusiasta de Molière. Prefiere a Terencio. ¡Pobre Molière, digno hermano de Shakespeare y Cervantes! El nos dio el eterno *Avaro*, el eterno *Tartufo* o hipócrita religioso, el eterno *Enfermo imaginario* o neurasténico. Molière y Lafontaine con sus *Fábulas*, tan francesas de lenguaje y tan universales por su belleza, son los dos grandes artistas de la época. Racine y Corneille, por su ritmo pomposo, lograron efectos que hacen creer que Boileau tenía razón y que los franceses logran belleza y grandeza raciocinando. Pero fuera de Francia preferimos a Molière.

La frase tersa, tan sencilla y al mismo tiempo tan poética de Lafontaine nos admira incluso a los que no somos franceses. No

concebimos que se puedan decir las cosas mejor. La filosofía de las fábulas será popular, hasta vulgar si se quiere, pero los versos de Lafontaine la enuncian con melodiosa dicción.

No había tampoco necesidad de entremeterse en discusiones de ciencia política, de absolutismo y parlamentarismo, porque sobraban materias de disputa en el campo de la religión. Coleaba aún la cuestión de los hugonotes. Para un temperamento como Luis XIV, la libertad espiritual que reclamaban los protestantes debía contener la amenaza de convertirlos en rebeldes políticos. Poco a poco se les fueron disminuyendo prerrogativas. El edicto de Nantes no decía nada de los hijos. Se les obligó a educarlos católicamente. Se ordenó a las comadronas que bautizaran a los recién nacidos de hugonotes. Un intendente propuso raptar a los hijos de aquellos protestantes, educarlos en conventos y colegios y después devolverlos "para que pudiesen convertir a sus padres". Muchos hugonotes emigraron; y a los que permanecieron en Francia se les impuso la servidumbre de alojar a soldados, que tenían órdenes de procurar la mayor molestia posible. Son las "dragonadas". Por fin, en el año 1685 se revocó el edicto de Nantes, y los no convertidos fueron enviados a presidio o a galeras. Esta medida parecía justificada por la doctrina de algunos prelados:



Onza de ocho escudos de Felipe V de España acuñada en México en 1745 (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).

LA ESTETICA LUIS XIV

En la Francia de Luis XIV, todos los aspectos de la vida del país están rigurosamente controlados y dirigidos para que converjan en la exaltación de la idea misma de la monarquía absoluta, identificada con la persona del propio rey; nada puede dejarse al azar, a la libertad de la "inspiración", que se supone degenera en el desorden y en la anarquía; todo debe orientarse para mayor gloria de esta idea unitaria. Y las artes y las letras, reafirmándose en la tendencia ya iniciada por Richelieu, pasan a ser simples resortes que manipula el poder absoluto en beneficio de una imagen absorbente y majestuosa de la realeza.

El molde en el que se encaja la estética recibe el nombre de "clasicismo", término que se presta a graves equívocos, dado que es una adaptación muy peculiar de los ideales de belleza de la antigüedad greco-latina supuestamente tomados como modelo máximo. En realidad, lo que se busca es, más que un acercamiento a unos principios estéticos del pasado, unas fórmulas de pretendida intemporalidad que sugieran un estado de cosas inaccesibles a todo cambio histórico. La historia y el tiempo quedan abolidos, proscritos, condenados, el arte debe ser intemporal y universal, equilibrado y "razonable", como para reflejar una idea superior e inmovilista del universo.

En las artes plásticas, el barroco de origen italiano, plenamente vigente en la época de Luis XIII, será sustituido paulatinamente por un estilo más lineal que se inspira en las obras de la antigüedad: el nuevo Versalles de Luis XIV es todo línea recta, edificios, fuentes, jardines, salones y escaleras, todo trazado a cordel, ordenado y simétrico, bellamente frío y majestuoso, como símbolo e imagen de un orden universal, eterno e invariable, del cual la monarquía absoluta es un eco sobre la tierra. La gran columnata del Louvre —en la que Claude Perrault sustituyó al italiano Bernini, el gran maestro barroco—, las residencias reales de Versalles y Marly, los Inválidos de París, etc., representan en la arquitectura ese afán de norma y de equilibrio que domina todo el arte de la época.

Un arte sujeto a reglas, disciplinado, noble y solemne, destinado a corregir los "errores" de una naturaleza esencialmente irregular y "desordenada". En vez de un bosque —o de los jardines a la inglesa, que gustan de imitar el desorden de la naturaleza—, los jardines geométricos de Le Nôtre, admirables de composición, pero monótonos y aburridos; en vez de los cabellos naturales, una cuidada peluca que, por el imperio de la moda, uniformizará todas las cabezas masculinas del reino; en vez del habla llana y directa, tan propia de Enrique IV por ejemplo, la pulida corrección de una lengua cortés y educada hasta la misma incapacidad de aludir claramente a las cosas. Toda la estética Luis XIV respira aversión —y sobre todo miedo— a lo natural, que hay que vestir, dominar, limar y edulcorar a toda costa; pese a lo cual en teoría se profesaba un verdadero culto a "lo natural".

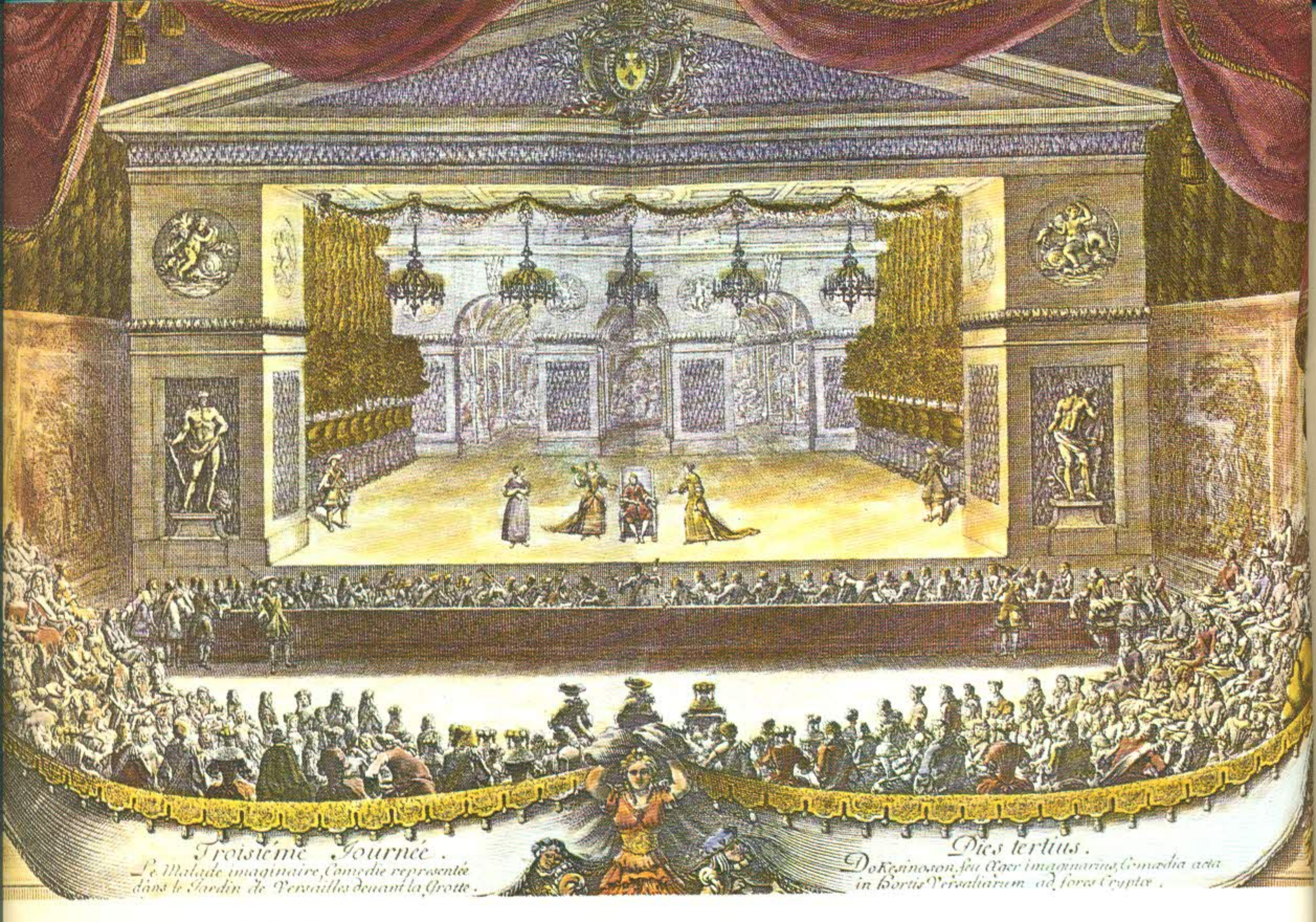
Este elogio de "lo natural", que, según un autor, cuando lo alejamos, vuelve al galope, se entendía como contraposición a lo rebuscado y enfático; no se trata de una naturaleza en estado virgen, sino domesticada, civilizada, dispuesta según ciertas reglas razonables que dependen del "buen gusto" y del "sentido común". Natural era un mueble de Boulle, que hoy nos parece bello pero recargadísimo; un verso de La Fontaine, que hoy nos parece ingenioso y perfecto en sí mismo, pero corto de alcances; un cuadro de Charles Le Brun, que hoy consideraríamos estudiado y frío. Esta noción se oponía a la arbitraria frondosidad decorativa del barroco, en el que todo parece depender solamente del capricho de cada artista. Pero transigir en materia de caprichos —aunque sean estéticos— era sentar un principio peligroso: tal vez si se acepta la individualidad en el arte, desde el punto de vista de la época se está al borde de aceptar la opinión individual, libre iniciativa en otros terrenos inadmisibles.

También el arte y las letras deben, pues, supeditarse a unos modelos superiores y eternos, intemporales (el "buen gusto", la "razón", el magisterio de los "antiguos" que encarnan las Academias, fundadas, controladas y dirigidas por el estado), que se supone están en la naturaleza misma. De este modo se atan todos los cabos: sólo hay una norma, no hay más que un criterio, como sólo hay un mecenas, el rey, que encarga palacios y jardines, estatuas y cuadros, que es incensado y defendido por Bossuet, que nombra historiógrafos reales a Racine y a Boileau, y contrata como organizador de las fiestas cortesanas a Molière; Racine se sentirá orgulloso de ser su criado, Boileau dedicará odas pindáricas a sus triunfos militares, La Fontaine dedicará sus *Fábulas* al Delfín...

En realidad, el llamado "clasicismo" francés de la era de Luis XIV es una amalgama de clásico y de barroco; un arte solemne —pero no severo, como lo era el de Luis XIII—, aparatoso y teatral, artificioso siempre en nombre de la naturalidad, camuflando las formas más exacerbadamente barrocas (piénsese en la decoración de interiores, en la indumentaria, en la escenografía, etc.) bajo una cuidada factura, lisa y armoniosa en su conjunto.

Pocas veces el antiindividualismo por razones de estado llegó tan lejos, pocas veces fue tan escasa la libertad del artista, agobiadoramente presionada y condicionada por un gusto oficial que apenas admitía escapatoria. El resultado fue un arte sistemático y correcto, púdicamente distanciado de toda realidad concreta, a veces elegante, fino o grandioso, casi siempre abstracto y más bien frío.

C. P.



Representación, ante la corte de París, de "Le malade imaginaire" de Molière. Con Racine y Corneille, Molière forma la trilogía de los grandes dramaturgos del siglo de Luis XIV.

"Dios hace reinar a los reyes sobre la tierra –dice Bossuet, obispo de Meaux– para que los reyes católicos hagan reinar a Dios con las leyes y la fuerza". En cambio, Fénelon, obispo de Cambray, preceptor del hijo del delfín, encontraba poco cristiana la política del Rey Cristianísimo.

Otro "entretenimiento" de los cortesanos de Luis XIV fue la lucha de la Iglesia de Francia con la curia romana. Más de sesenta obispos franceses habían firmado unas declaraciones (condenables según Roma), llamadas los *Cuatro Artículos*. Por los tres primeros se reconocían los derechos del papa en materias de dogma; pero por el cuarto se insinuaba que el rey tenía el derecho de gobernar los asuntos temporales de la Iglesia en el país. El rey pretendía nombrar los obispos, pero el papa reclamaba el derecho de aprobación. ¿Había de ser galicana o romana la Iglesia católica de Francia? Unos decían: "Seamos gallos, no gallinas"... Pero no hubo más remedio. Los obispos que habían firmado los *Cuatro Artículos* tuvieron que retractarse. Luis XIV quería ser absoluto en Francia y no quería que el papa lo fuera en Roma. Los agentes de Luis XIV en Roma decían al papa: "Roma es una República compuesta de todas las naciones del mundo; y basta haber sido bautizado y ser católico para pertenecer a ella y aun gobernarla". La disputa duró desde 1682 hasta 1693. Francia no fue romana ni galicana.

Ciertas gentes de iglesia recibieron, como todos los demás, la influencia de Versalles. Saint-Simon explica que en una tertulia de cortesanos le hicieron creer a uno que el autor del *Padrenuestro* era Moisés, y otro dijo que todos los crucifijos debían ser obra de un mismo autor, que se firmaba Inri. En lugar de teólogos, Versalles produjo predicadores retumbantes y confesores acomodaticios. Apareció el tipo nuevo del "casuista", que podía diagnosticar pecados y calificarlos de veniales y mortales y sobre todo tranquilizar a los pecadores con su jerga untuosa –casi una receta–, donde se mezclaban grandes dosis de la gracia divina con pequeñas dosis de penitencia. Los manipuladores de estos tratamientos de confesonario perfumado y amable fueron sobre todo los jesuitas. Para tranquilizar a las gentes llenaron sus iglesias de guirnaldas, angelitos o cupi-

dos, lazos, festones, bordados y cresterías. Ya san Ignacio había recomendado no espantar a los pecadores con las exageraciones de las dificultades de su salvación; pero algunos jesuitas del siglo XVIII extremaron el régimen de abrazar a la oveja descarriada y de hacer festín cada vez que el hijo pródigo se arrodillaba ante el confesonario. El confesor de Luis XIV, el jesuita padre La Chaise, al reprocharle el rey por su benignidad, contestaba que él como confesor era justo, y el rey demasiado exigente y duro consigo mismo.

Pese a escoger a sus confesores entre los jesuitas, Luis XIV no era monarca para dejarse influir por ellos. Se dijo que en los

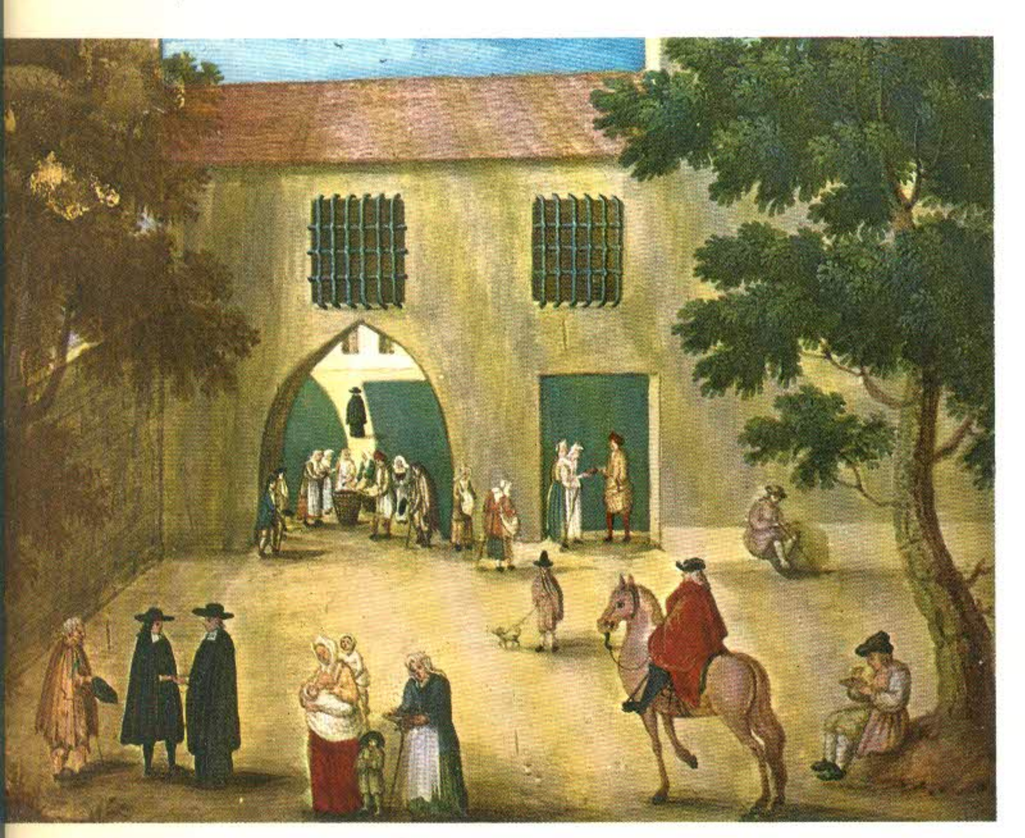
"LE GRAND SIÈCLE" DE LA LITERATURA FRANCESA

Acontecimientos literarios		Pierre Corneille		Jean Racine	
1603	"Ariane", de Hardy.				
1605	"L'Ecossaise", de Montchrestien.				
		1606	Nacimiento.		
1609	Nacimiento de Rotrou.				
1610-1619	"L'Astrée", de H. d'Urfé.				
1617	"Pyrame et Thisbé", de Th. de Viau.				
1618-1652	L'Hôtel de Rambouillet.				
1622	Nacimiento de Molière.				
1628	Muerte de Malherbe.	1628-1650	Corneille, abogado en Ruán.		
		1629	"Mélite".		
1634	"Sophonisbe", de Mairet.	1634	"La Suivante", "La Place Royale".		
1635	Fundación de la Academia Francesa. Nacimiento de Quinault.	1635	"Médée".		
1636	Nacimiento de Boileau.	1636	"L'Illusion comique", "Le Cid".		
1637	"Discours de la Méthode", de Descartes. "Sentiments de l'Académie française sur le Cid".				
				1639	Nacimiento.
		1640	"Horace", "Cinna".		
		1643	"Polyeucte", "La mort de Pompée", "Le menteur".		
1646	"Saint-Genest", de Rotrou.	1646	"Héraclius".		
1650	Muerte de Rotrou.	1650	"Don Sanche d'Aragon".		
		1652-1659	Corneille se retira a Ruán.		
				1655-1658	Racine en Port-Royal.
1657	"La Pratique du Théâtre", del Abbé d'Aubignac.				
1659	"Les Précieuses ridicules", de Molière.	1659	"Oedipe".		
1660	Primeras sátiras de Boileau.	1660	"Examens et Discours sur la tragédie".	1660	"La Nymphe de la Seine".
				1661-1662	Racine en Uzès.
1663	"Astrate", de Quinault.	1663	"Sophonisbe".	1663	Retorno a París.
		1664	"Othon".	1664	"La Thébaïde".
				1665	"Alexandre".
1666	"Le misanthrope", de Molière.	1666	"Agésilas".	1666	Ataque de Racine a sus antiguos maestros de Port-Royal.
		1667	"Attila".	1667	"Andromaque".
1668	Primeras fábulas de Lafontaine.			1668	"Les Plaideurs".
				1669	"Britannicus".
1670	Primeras epístolas de Boileau.	1670	"Tite et Bérénice".	1670	"Bérénice".
		1671	"Psyché", en colaboración con Molière.		
				1672	"Bajazet".
1673	Muerte de Molière.			1673	"Mithridate".
1674	"L'Art poétique", de Boileau.			1674	"Iphigénie".
				1677	"Phèdre". Racine abandona el teatro y se reconcilia con Port-Royal.
				1677-1695	Racine, historiógrafo de Luis XIV.
		1684	Muerte de Corneille.		
1688	Muerte de Quinault.				
				1689	"Esther".
				1691	"Athalie".
1695	Muerte de Lafontaine.				
				1699	Muerte de Racine.



La abadía de Port-Royal-aux-Champs antes de que se procediera a su demolición (Museo de Versalles).

Socorros que se entregaban a los necesitados en la puerta de la abadía de Port-Royal (acuarela de Madeleine de Boulongue en el Museo de Versalles).

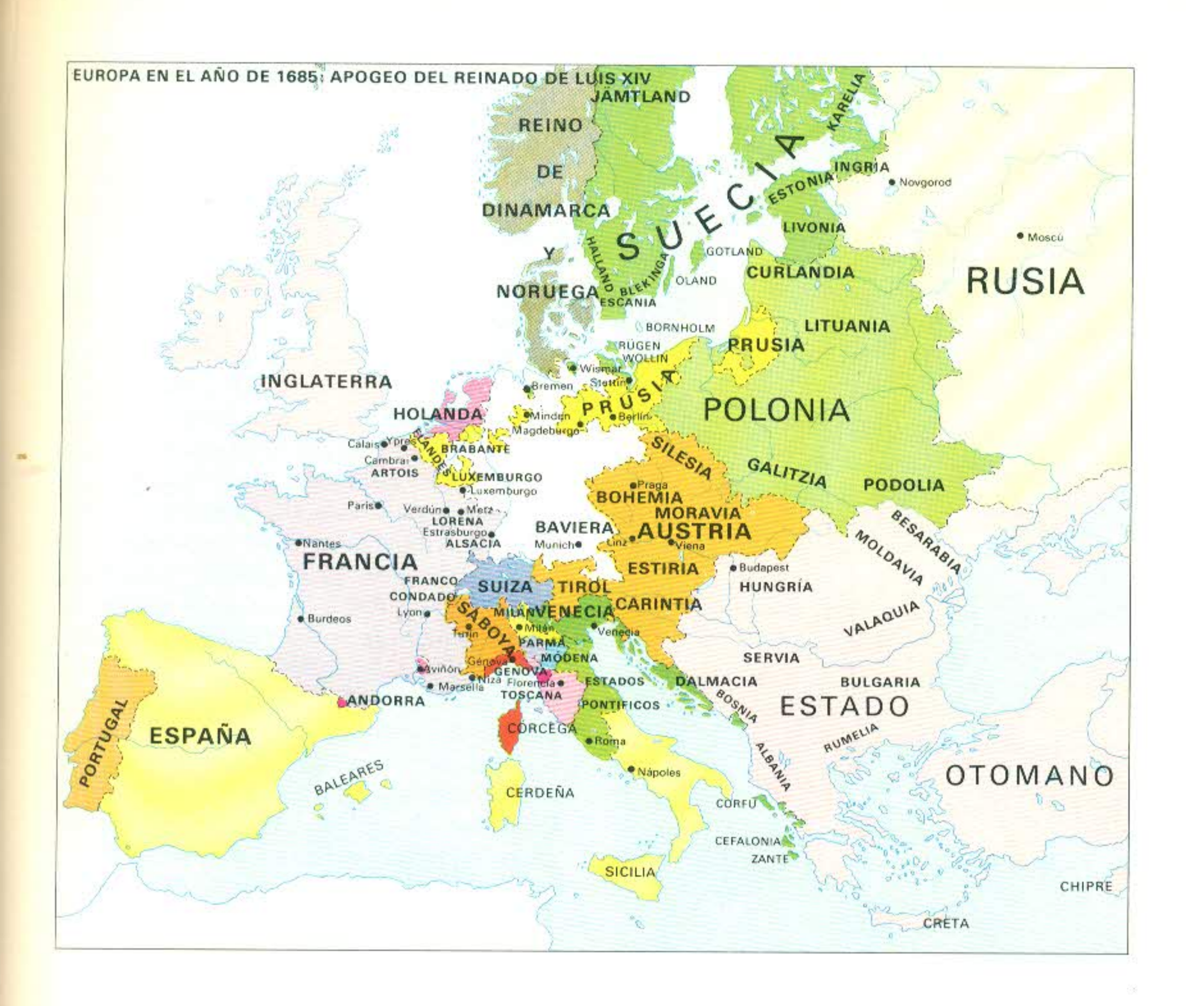


últimos años de su vida había sido admitido como socio laico de la Compañía para beneficiarse de sus privilegios en la hora de la muerte; pero esto no consta de modo seguro. Además, madame de Maintenon, por su origen calvinista, tendía más a favorecer las corrientes galicanas de la Iglesia, representadas por el alto clero francés, que las injerencias romanas representadas por los mismos jesuitas.

Los mejores espíritus de la Iglesia de Francia en este tiempo fueron resueltamente galicanos, esto es, partidarios de una moderada autonomía con respecto a la curia papal en asuntos temporales. Para reforzar su posición y excusar el deplorable estado actual de la Iglesia, algunos abates y prelados se dedicaron con ardor a trabajos de erudición e historia eclesiástica. Del tiempo de Luis XIV son los trabajos de Mabillon, de Pedro Marca, de Baluze y tantos otros que establecieron los métodos de la diplomática y la paleografía modernas. Pero esto no bastaba. El entretenerse con la Historia, tratando así de olvidar los problemas de la salvación, gracia, predestinación, redención, etc., no satisfacía a los más exaltados.

Algunos espíritus escrupulosos dentro del catolicismo se refugiaron en una especie de fraternidad religiosa agrupada alrededor de la abadía de Port-Royal. Esta era una antigua abadía de monjas, cerca de París, reformada por su abadesa, de la gran familia de los Arnauld. El parentesco o amistad de esta monja mística atrajo a varios nobles descontentos de la Iglesia y de la corte que se retiraron a vivir en torno de Port-Royal. Tenían allí pobres, pero cómodas chozas, donde vivían individualmente, continuando sus estudios y devociones. La categoría de los "señores" de Port-Royal, muchos de ellos nobles y todos más o menos eruditos, hizo temer que de allí saliera otro intento de reforma dentro de la Iglesia galicana, que podía alterar la paz de las conciencias, obtenida, al fin, con la moral casuística.

En realidad no había razón de alarmarse. Los "señores" de Port-Royal (como ellos mismos se llamaban) eran de temperamento aristocrático, sin intención de hacer prosélitos. No llegaron a organizarse en comunidad religiosa; no tenían la misma formación intelectual ni sentían el impulso del misionero y casi desdeñaban el trato de las gentes. Tenían una hospedería cerca de la casa sucursal de las religiosas de Port-Royal en París; pero la relación entre los grupos de monjas y "señores", tanto en Port-Royal como en París, era de exquisita elevación moral. Las monjas de Port-Royal tenían visiones, se curaban por milagros de reliquias. Los "señores" habían resucitado la doctrina de la predestinación y de la gracia, que creían por redescubrir, olvidada en los escritos de san Agustín. Tal fue el motivo para combatir a Port-Royal. Uno de los "señores", cierto Saint-Cyran, había aceptado lo más condenable del libro *Augustinus*, de Jansenio, donde



se exponían en detalle las opiniones de san Agustín sobre la gracia y la salvación. El *Augustinus* es un terrible infolio que nadie lee, y que casi podemos afirmar que nadie leyó en su tiempo. Algunos de los "señores" y monjas de Port-Royal decían que no lo habían leído. Pero los jesuitas, o sus colaboradores, llegaron a encontrar en el *Augustinus* de Jansenio cinco proposiciones heréticas, y los "señores" de Port-Royal, por otras razones más que por defender el *Augustinus*, respondieron que las cinco proposiciones eran ciertamente condenables, pero que no estaban en el *Augustinus*. Sin embargo, el *Augustinus* fue condenado, y aunque Jansenio nunca estuviera en Port-Royal (fue obispo de Ypres) y en aquella época estaba ya muerto y enterrado, a las monjas y "señores" de Port-Royal se les acusó de jansenistas. Tanto los jesuitas como Versalles vieron jansenistas en todos los que no se conformaban con la moral casuística. Uno de los jansenistas, el consejero Arnauld, que era hermano de la abadesa de Port-Royal, protestó por escrito y fue excluido inmediatamente de la Sorbona.

A tres siglos de distancia podemos hoy juzgar mejor a Port-Royal que los ministros de Luis XIV y los jesuitas que les aconsejaban. En el dominio de las ideas representa



Cornelius Jansen, llamado Jansenius, en un grabado de E. J. Desrochers (Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona). Este obispo de Ypres había escrito la obra "Augustinus", que contenía proposiciones que se consideraban heréticas y que dio origen al movimiento jansenista. Los señores y religiosas de Port-Royal fueron acusados de jansenismo y, aunque lo negaron siempre, la abadía fue ocupada y luego destruida.

GRANDES FIGURAS DE LA PINTURA BARROCA EUROPEA (SIGLO XVII)

Annibale Carracci	1560-1609	Louis Le Nain	1593-1648	Philippe de Champagne	1602-1674
Francisco Ribalta	1564-1628	Georges de La Tour	1593-1652	REMBRANDT VAN RIJN	1606-1669
CARAVAGGIO	1573-1610	Jacob Jordaens	1593-1678	David Teniers	1610-1690
Guido Reni	1575-1642	NICOLAS POUSSIN	1594-1665	BARTOLOME ESTEBAN MURILLO	1618-1682
PEDRO PABLO RUBENS	1577-1640	Pietro da Cortona	1596-1669	Juan de Valdés Leal	1622-1682
Frans Hals	1580-1666	FRANCISCO DE ZURBARAN	1598-1664	Vermeer de Delft	1632-1675
Il Domenichino	1581-1641	ANTON VAN DYCK	1599-1641	Meindert Hobbema	1638-1709
Simon Vouet	1590-1649	DIEGO VELAZQUEZ	1599-1660	Andrea Pozzo	1642-1709
JOSE DE RIBERA	1591-1652	CLAUDE LE LORRAIN	1600-1682		
IL GUERCINO	1591-1666	Alonso Cano	1601-1667		



no pedía refractarios al progreso, sino campeones de justicia y moralidad. Sin embargo, el ataque de los enemigos de Port-Royal motivó la defensa, o mejor dicho, el contraataque de Pascal, con sus *Cartas a un provincial de la Compañía y a los Jesuitas,* que hará pensar en Port-Royal hasta el fin de los siglos. Este monumento de polémica no pretende escudar a los "señores" o jansenistas de Port-Royal, sino que va directamente a poner de manifiesto los errores de los jesuitas para que así, debiendo ellos defenderse, soltaran su presa, o sea Port-Royal. Pascal era filósofo y físico más bien que teólogo. De riquísima familia de Auvernia, se había establecido en París, donde vivió por algún tiempo con tren de carroza y criados. Tenía una mente aptísima para las matemáticas, pero en su período de hombre de mundo de París escribió un libro sobre el amor, que hasta hace poco (y así todavía lo creen los jansenistas) se creyó que quería decir el amor de Dios. Pero últimamente se ha creído descubrir la fe de bautismo de un hijo natural de Pascal, y esto ha hecho creer que el amor a que se refiere el libro *Del Amor* no sea "el amor divino".

Cuando Pascal, todavía joven, hubiera

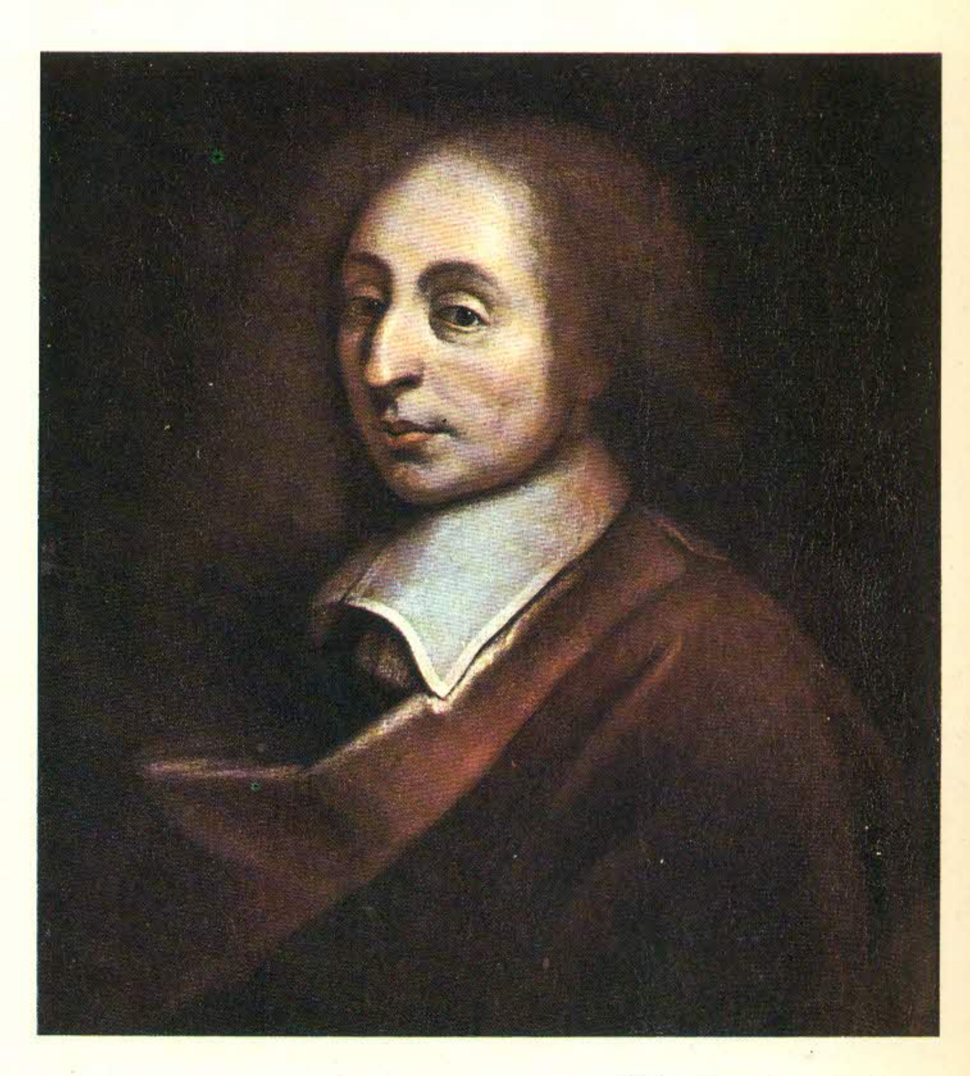
Jardín de Port-Royal, donde se reunían las religiosas que pertenecían a esta abadía, por Madeleine de Boulongue (Museo de Versalles).

Port-Royal una recaída más bien que un progreso. Los "señores" de Port-Royal fueron espíritus sinceros y hasta consecuentes, que se figuraban retornar a un catolicismo del tiempo de san Agustín y san Ambrosio. Pero en la vida muy pocas veces es posible ser consecuente. Descubrimos en los "señores" y en las religiosas de Port-Royal virtudes que eran ya de poca trascendencia en su tiempo. Es verdad que hacían devociones y se infligían penitencias que daban ocasión a fenómenos místicos interesantes. Es verdad que recibían los sacramentos con pureza y fervor. Pero en Port-Royal se encuentran también algunas simplezas explicables sólo por un sentimentalismo de gran vulgaridad. En el suelo de la iglesia estaban señalados los lugares donde se enterraron los "señores" más notables, o por lo menos alguna de sus entrañas, como el corazón. En el jardín, las religiosas hilaban discutiendo cosas santas. Es verdad que en Port-Royal algunos de los "señores", que eran riquísimos, vivían como ermitaños, sin comodidades ni servidumbre; pero el mundo



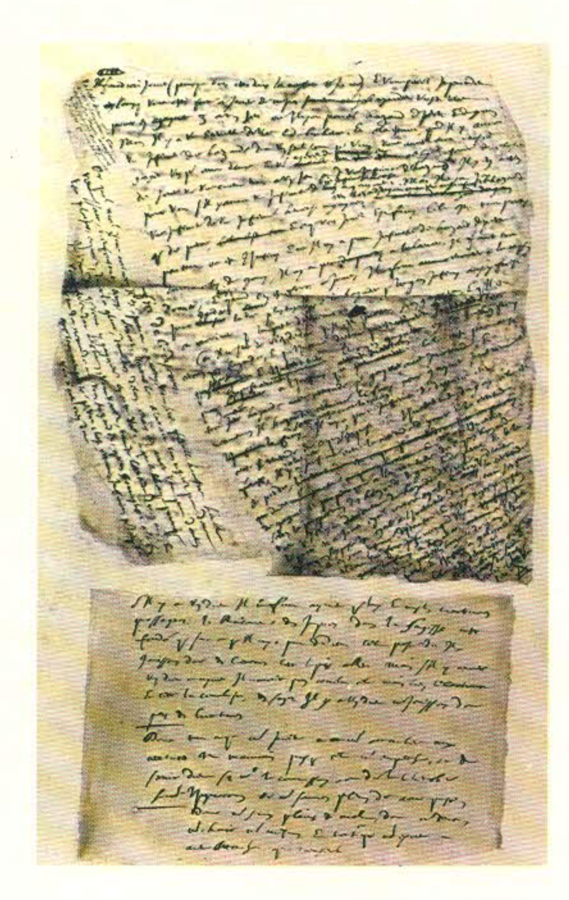
Exvoto que representa a la hija del pintor y a sor Angélique Arnauld, religiosas de Port-Royal, por Philippe de Champaigne (Museo del Louvre, París).

podido continuar sus trabajos científicos, se convirtió bajo la influencia de los "señores" de Port-Royal, donde encontró espíritus sinceros y apasionados como el suyo. Irritado por la persecución de que eran objeto aquellos nuevos amigos, falsamente acusados de jansenismo, Pascal descendió al palenque con las *Cartas* ya mencionadas. Las firmaba Montalve y aparecían como impresas en Colonia. Su estilo es maravilloso; es un libro de controversia teológica que se ha convertido en clásico de la literatura universal. Hoy ya no nos importan las cuestiones allí debatidas; pero nos regocija la maliciosa agudeza con que están tratadas. Todos los "señores" de Port-Royal escribieron en estilo de párrafos finos, comprimidos, cuidados, pulidos, pero no abrillantados. Y he aquí que Pascal los defiende con el más intencionado y refinado lenguaje que jamás se escribió. Hoy nos sorprende que las *Cartas* de Pascal fuesen revisadas por algunos de los "señores" de Port-Royal y que aprobasen su publicación. Pero es posible que hasta facilitasen a Pascal muchos de los datos y citas intencionadas con que él acorrala a los jesuitas. Pascal menciona más de cuarenta obras jesuitas de las que extrae párrafos que realmente hasta a un

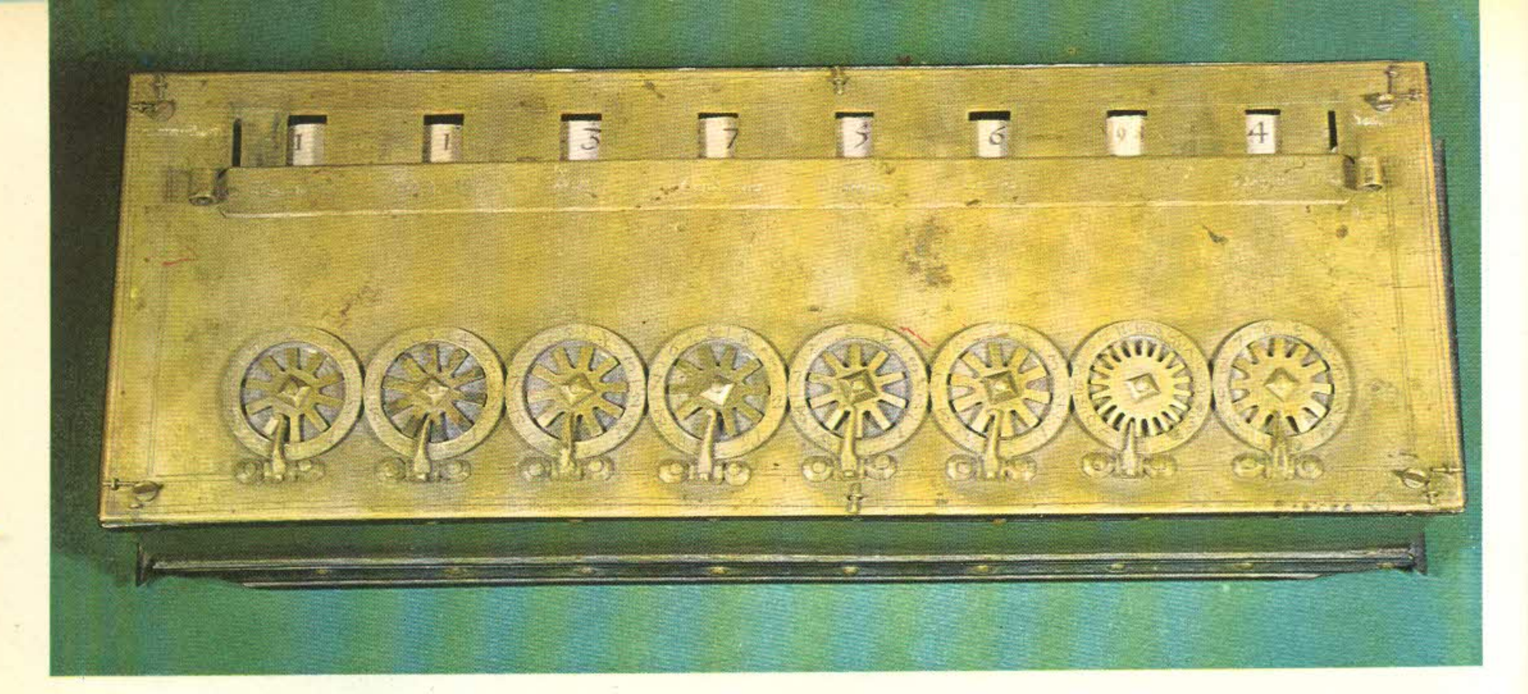


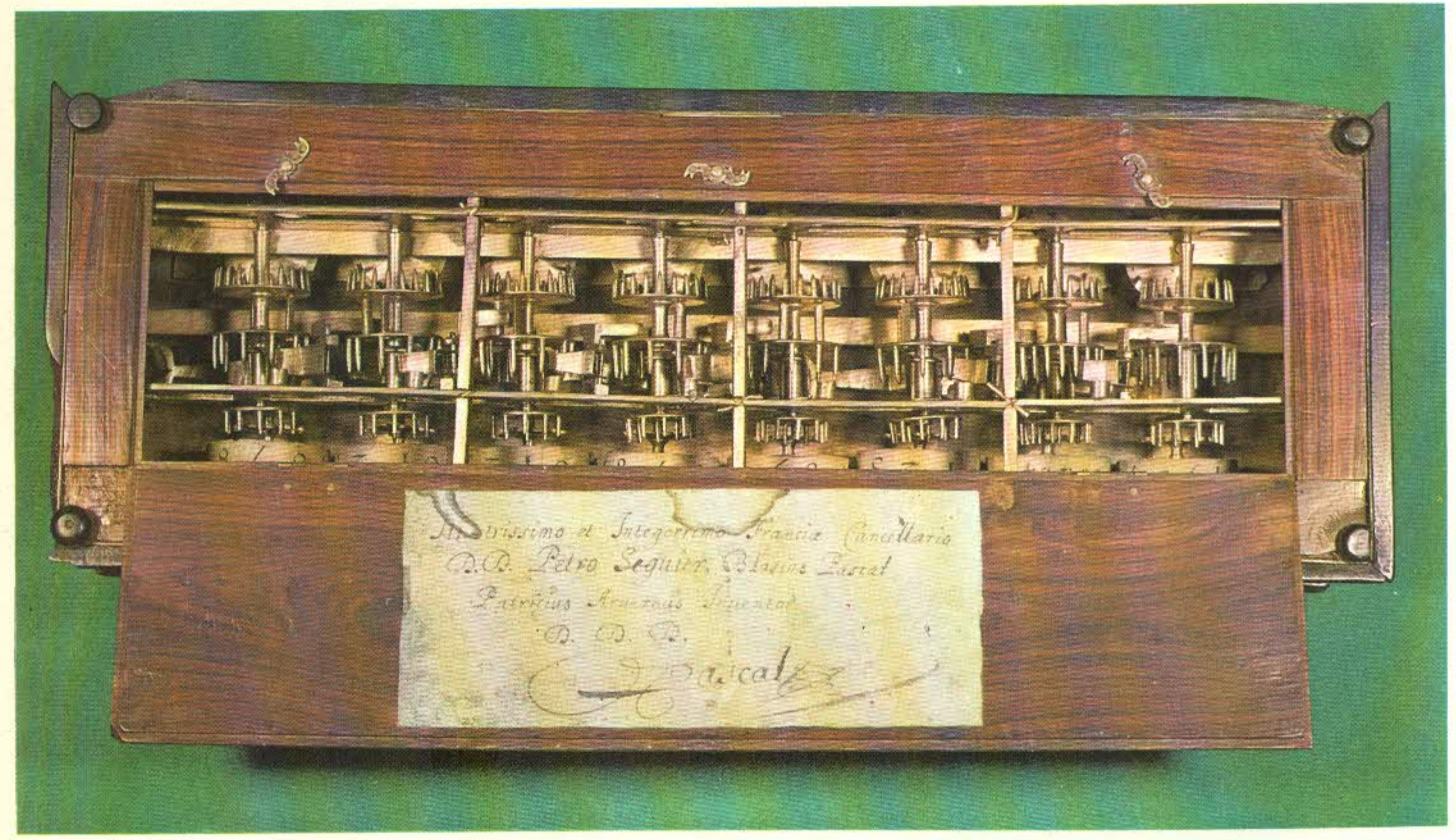
Blaise Pascal, según pintura de autor desconocido conservada en el Museo de Versalles.





Textos autógrafos de los "Pensamientos" de Pascal (Biblioteca Nacional, París).





Máquina calculadora inventada por Pascal en 1642. En el grabado inferior se ha invertido la máquina para mostrar los engranajes de su mecanismo y la dedicatoria manuscrita del inventor (Conservatorio de Artes y Oficios, París).

lego sonrojan. Los jesuitas se excusan diciendo que es de mala fe extraer párrafos de un libro porque es probable que estén rebatidos por el espíritu general de la obra. ¿Pero acaso no se les acusaba a ellos de hacer lo mismo con el *Augustinus*? ¡Y qué diferencia entre el *Augustinus*, que pecaba por exceso, y las doctrinas de aquel jesuita que en la Sorbona daba un curso de "devoción fácil", o de aquel otro que encontraba razones para no pagar las contribuciones, de los que defendían la reserva mental, las opiniones probables, etc.! Hemos concedido a la fundación de la Compañía de Jesús un capítulo entero de este volumen. Queremos justificarnos de antemano, para tener derecho a copiar este párrafo de la quinta *Carta* de Pascal: "Sabed, dice un jesuita del siglo de Luis XIV, que nuestros superiores no intentaron corromper las costumbres, pero tampoco reformarlas. Sería una política desastrosa. He aquí su idea: tienen tan buena opinión de sí mismos, que creen útil y necesario, para el bien de la religión, que su influencia se extienda por doquier y así puedan gobernar todas las conciencias. Para ello los confesores no deben ser severos".

Los ataques del clero acomodaticio de Versalles no se reducían a acorralar a los jansenistas en sus dos casas de Port-Royal-

aux-Champs y Port-Royal de París: combatían con igual persistencia los excesos de misticismo extremado llamado "quietismo". Originado en España, había penetrado en Francia y hecho prosélitos incluso en personas de la corte. Hasta se había sospechado de Fénelon, el preceptor del hijo del delfín, de haber simpatizado con los quietistas, y la mismísima madame de Maintenon, cónyuge de Luis XIV, toleraba las visitas y consejos de una madame Guyon, la propagandista del quietismo integral. Los quietistas no eran un peligro nacional, pero, como los jansenistas, eran un síntoma del despego que se podía producir hacia la jerarquía católica. Los quietistas se proponían conseguir los consuelos de la beatitud y el éxtasis con el silencio y la abstención mental. Si se hubiesen retirado a un convento con objeto de obtener los más altos efectos de la gracia, lejos del bullicio de la corte y desatendiendo los deberes sociales, el quietismo no hubiera causado alarmas, pero los quietistas creían que podían ejercer cargos públicos, dedicarse a los negocios y a la familia con el alma entregada a la contemplación.

Era una corriente general del espíritu europeo, consecuencia de las guerras de religión. ¿Para qué tanta lucha si Dios estaba en lo alto? En el campo protestante aparecieron también "reformas" como la de los pietistas, que arraigó sobre todo en Alemania; la de los metodistas anglicanos, iniciada por Wesley; la de los cuáqueros, iniciada por Fox; la de los mennonitas, por el holandés Mennon, y sobre todo la multitud de místicos que no llegaron a reunir más que pequeños grupos de prosélitos. Todo el que sentía con exceso la religión tenía un carácter anormal, poco eclesiástico; aceptaba los sacramentos y los aspectos externos de la liturgia como rutina casi necesaria, pero contaba especialmente con milagros. Casi todos los santos de la época barroca son taumaturgos.

San Francisco de Sales, con su *De vida devota,* expone los métodos verdaderamente católicos de piedad eclesiástica, sin excesos. Pero hasta el mismo santo recibía inspiración de santa María de Chantal, que hacía milagros. Sin embargo, más humano y más cristiano era san Vicente de Paúl, el cual creaba su orden de sacerdotes cultos y santos para levantar al pueblo caído en la miseria y la ignorancia.

Estos conflictos de alta mística, el quietismo y la piedad práctica con abundancia de sacramentos, no trascendieron a la corte de Versalles, pero algunos artistas y escritores se contaminaron de sus extremos. El gran trágico Corneille fue acusado de jansenista y el pintor Philippe de Champaigne fue amigo de los "señores" de Port-Royal. Tenía a sus dos hijas en Port-Royal-aux-Champs y por una de ellas se logró una curación que se reputó milagrosa.

Todavía queda un grupo de fervientes discípulos de Port-Royal en París, que forma una especie de congregación. Conservan el archivo de los primitivos "señores" y algunos de los preciosos objetos a los que se daba valor religioso, como una espina de la corona de la Pasión. No; el jansenismo no ha terminado. Es una desviación hacia la mística individual y extremada que experimentan todas las religiones, como encontramos en el judaísmo y el islamismo.



Telémaco mata a Adrasto, grabado de Pedro Celestino Naré que ilustra una edición del siglo XIX de la obra de Fénelon "Las aventuras de Telémaco" (Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona). Fénelon escribió esta obra para el duque de Borgoña, discípulo suyo y nieto de Luis XIV, pero fue prohibida inmediatamente de publicada por suponerse que era una sátira contra el Rey Sol y su gobierno. Fue oponente de Bossuet, otro de los máximos espíritus eclesiásticos de la época de Luis XIV.

BIBLIOGRAFIA

Belloc, H.	*Richelieu,* Barcelona, 1962.
Bray, R.	*La formation de la doctrine classique au XVII^e siècle,* París, 1957.
Erlanger, Ph.	*Luis XIV,* Madrid, 1968.
Funck-Brentano, F.	*Luis XIV y su corte,* Barcelona, 1943.
Hazard, P.	*La crise de la conscience européenne. 1680-1715,* París, 1957 (2 vols.).
Huxley, A.	*Eminencia gris,* Buenos Aires, 1958.
Luis XIV	*Mémoires (1661-1668),* París, 1927.
Peyre, H.	*¿Qué es el clasicismo?,* México, 1953.
Saint-Simon, duque de	*Mémoires,* París, 1949-1953 (5 vols.).
Saulnier, V. L.	*La littérature du siècle classique,* París, 1944.



El Gran Trianon, en Versalles, construido por Luis XIV para Madame de Maintenon, según planos de Hardouin-Mansart.

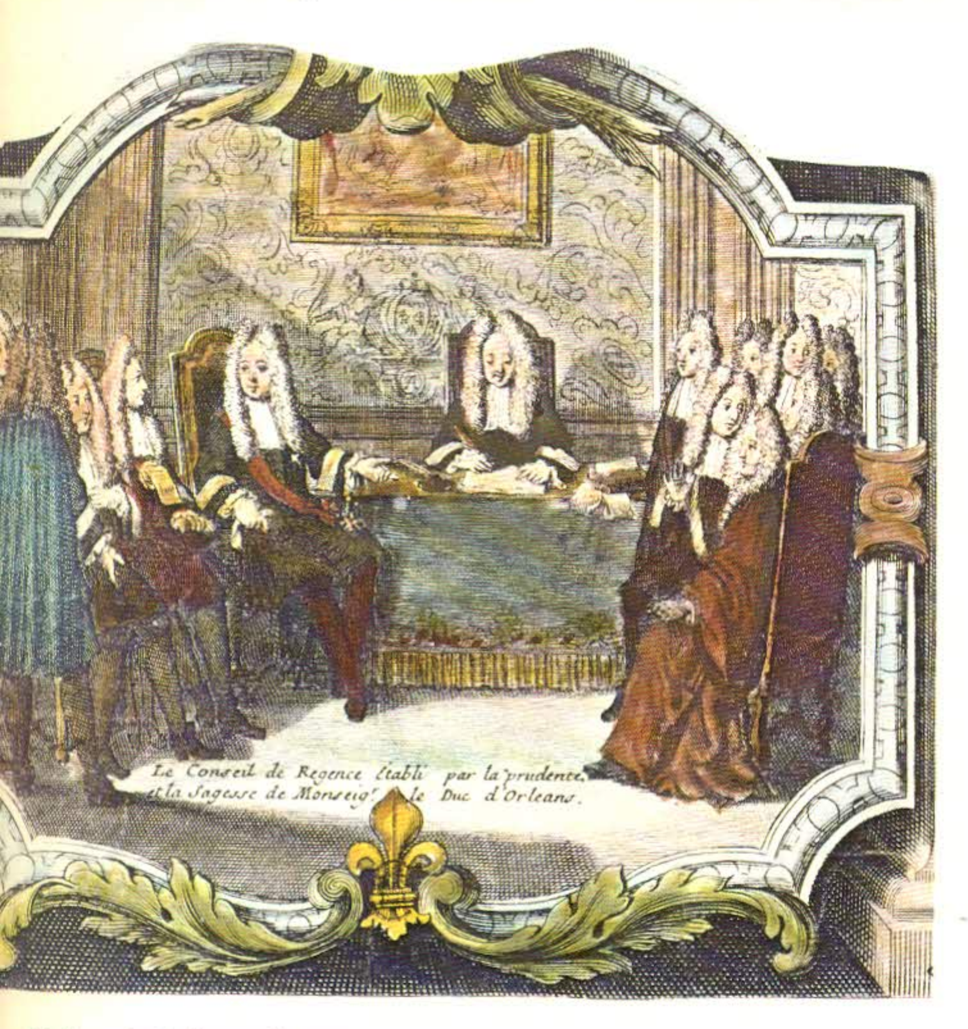


El regente Felipe de Orleáns con el pequeño Luis XV en su gabinete de trabajo (cuadro de escuela francesa del siglo XVIII; Museo de Versalles). Felipe de Orleáns, regente a la muerte de Luis XIV, dejó que el abate Dubois rigiera su política exterior y prestó apoyo, en lo económico, a los planes financieros de Law.

El "Siglo de la Filosofía". Voltaire y Rousseau. La Enciclopedia

El siglo XVIII, acaso porque no tuvo grandes y verdaderos filósofos, fue un "siglo de filosofía". Todo el mundo se creyó con derecho a filosofar, propugnando panaceas para el estado. Con ellas se podían remediar todos los males económicos y acabar con todas las injusticias sociales. Las filosofías o seudofilosofías del siglo XVIII tendrán muy poco de filosófico, pero trajeron la revolución. Aunque fueran utópicas, las gentes podían comprenderlas. Embriagados de filosofía, los pueblos, sin reparar en daños, se lanzaron a la ardua tarea de configurar un nuevo régimen. En la segunda mitad del siglo se rebelaron las colonias americanas, y del año 1789 es la convocatoria de los Estados Generales por Luis XVI, con la que en realidad comienza el período revolucionario en Francia.

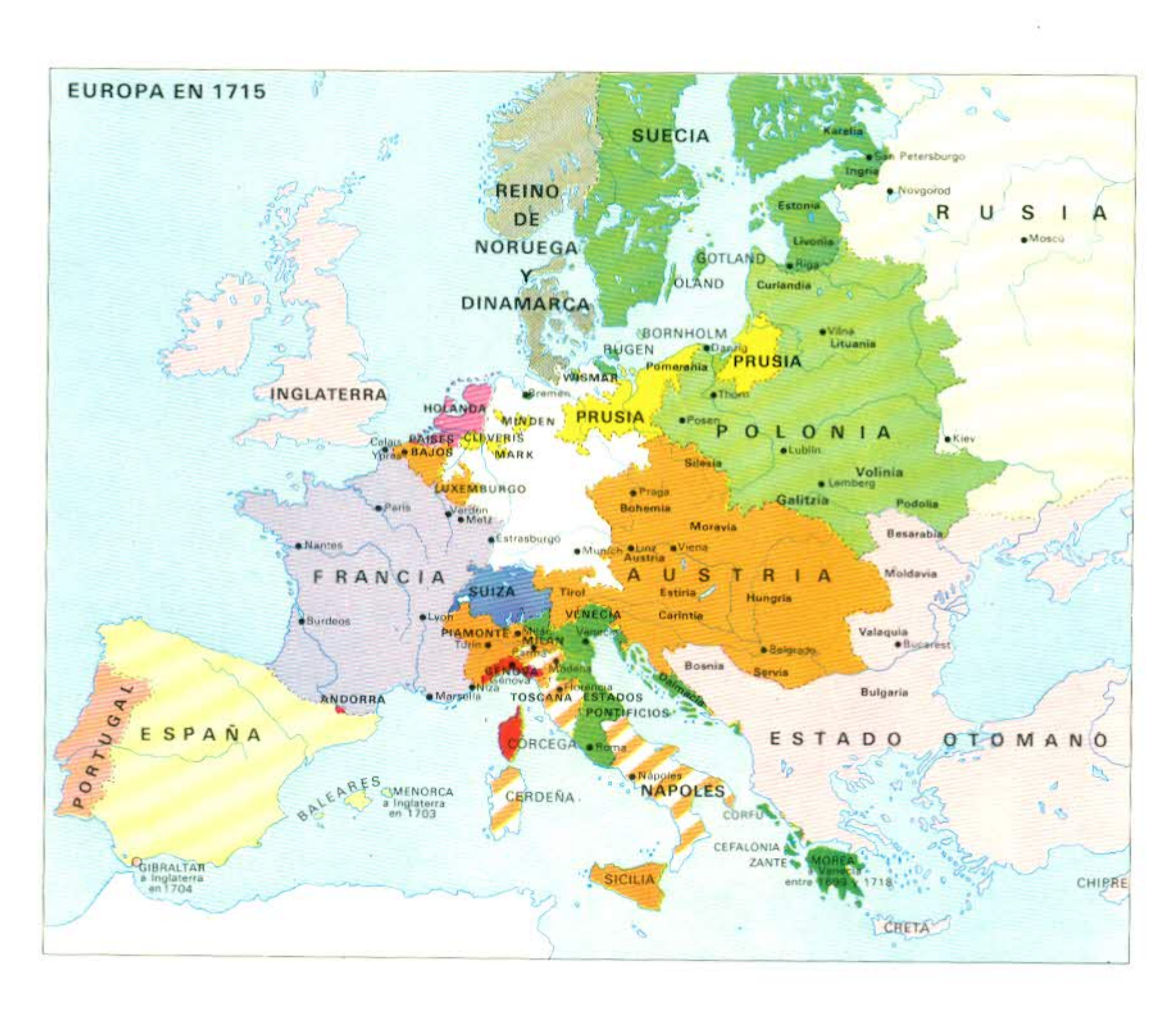
Fue una filosofía que tuvo carácter práctico. Pretendió basarse en estadísticas, en biología, en historia y en geografía. Las doctrinas sociales del siglo XVIII, despreciando los principios metafísicos, creían arrancar de

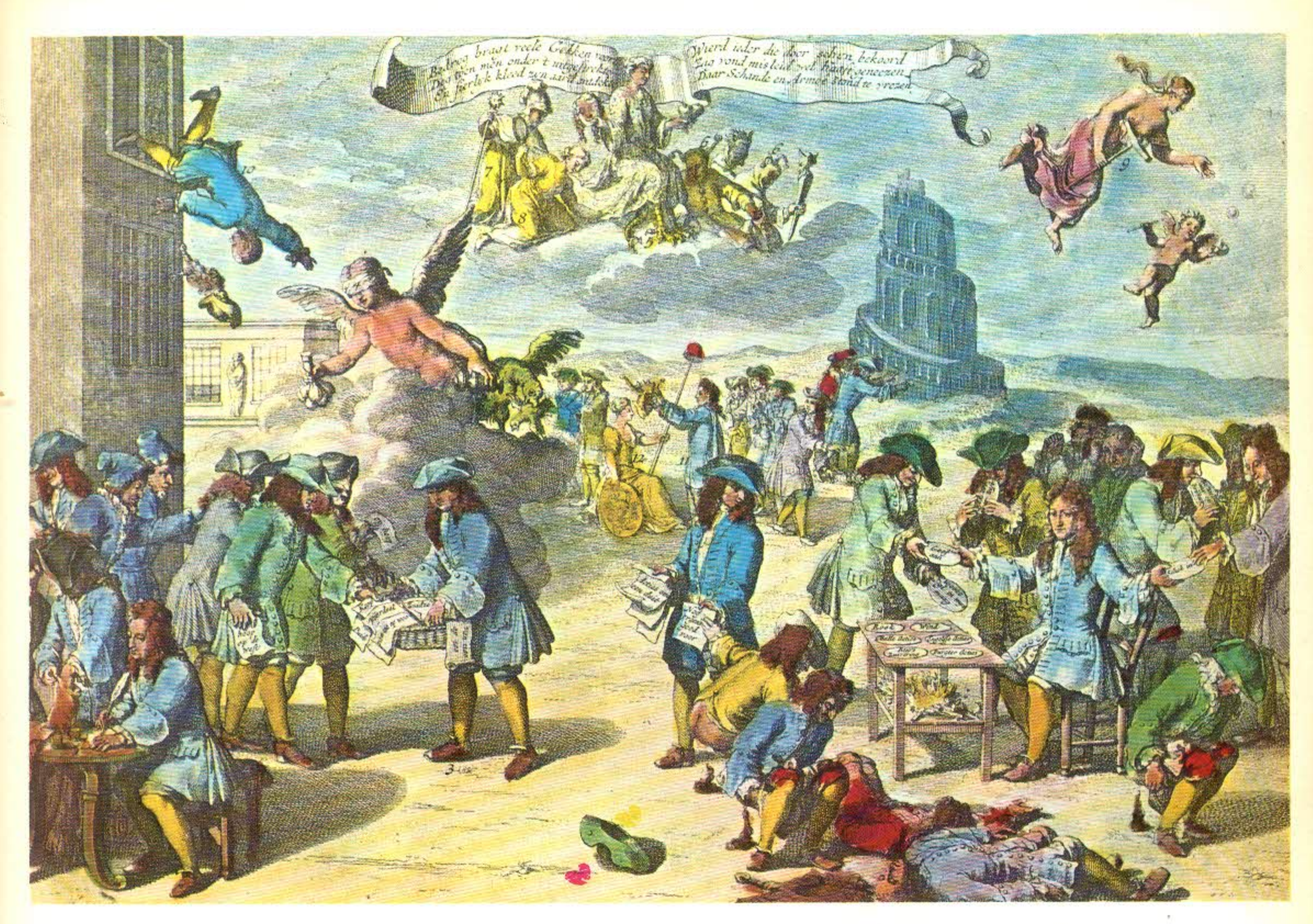


El Consejo de Regencia presidido por Felipe de Orleáns (Biblioteca Nacional, París).

la realidad de los hechos, o al menos de lo que se pensaba ser hechos probados. A veces se daba como científico y probado algo que era más problemático que los razonamientos de los teólogos. Un político filósofo dogmatizaba que los hombres eran potencialmente idénticos y buenos. Las diversas maneras de pensar provenían del clima, y sus maldades, de la educación. Otro economista filósofo asombraba a los lectores con cifras que pretendían sanear la renta pública en diez años. Su enemigo, para defender otro programa milagroso, aseguraba que el primero se había equivocado en la mitad de sus cálculos de ingresos y gastos. El público leía y leía sin cesar.

Fue una época de folletos más bien que de grandes libros. Hasta los textos de esta época que han pasado a ser clásicos, como el *Contrato Social* o las *Novelas* de Voltaire, son cortísimos. Pero, en cambio, la cantidad de escritos ligeros seudofilosóficos del siglo XVIII es enorme. Asombra verlos reunidos en las salas de las bibliotecas modernas destinadas a esta especialidad. Se necesitan millares de aquellos libritos que fueron lecturas apasionantes en el siglo XVIII para llenar una estantería; y como quiera que las modernas encuadernaciones les han dado más cuerpo, llegan a ocupar salas enteras. Algunos se publicaron en el extranjero;





Estampa holandesa contemporánea que satiriza el sistema financiero establecido por Law (Biblioteca Nacional, París).

otros, anónimos, aparecieron con pie de imprenta falso para despistar a las autoridades. Pero, por lo regular, no hubo gran persecución del pensamiento ni se pusieron cortapisas a los editores. No se sospechaba que aquella erupción filosófica fuera la señal de una revolución política.

Francia, o París, "escuela de naciones" por lo que toca a los abusos absolutistas, fue también "escuela de naciones" para la filosofía de la revolución. Los acontecimientos se prestaban a comentarios digamos filosóficos.

Luis XIV en su testamento confió la educación de su bisnieto y sucesor, Luis XV, al bastardo legitimado duque de Maine, hijo de la Montespan. Pero como la regencia del reino tenía que recaer en un "príncipe de la sangre", no tuvo más remedio que consentir en que el regente fuera el duque de Orleáns, de costumbres licenciosas y prácticamente incrédulo.

Mientras el joven rey iba creciendo, educado por damas y obispos en las Tullerías, el regente habitaba el *Palais Royal,* rodeado de pervertidos, *roués,* de uno y otro sexo. Como todos los Orleáns, el regente era inteligentísimo, y hubiera podido hacer mucho bien si hubiese persistido en algunas de sus ideas. Pero no tenía empeño en gobernar; los cuidados de la política le robaban el tiempo que necesitaba para sus "distracciones" y comprendía que sus reformas estaban amenazadas por el cambio que traería necesariamente la mayor edad de Luis XV.

Las orgías del *Palais Royal* le interesaban más que los asuntos de la corona. En aquel palacio reunía a los aristócratas encenagados, como él, con las "pequeñas ratitas" de la Opera. La Regencia inventó los bailes de máscaras en el teatro, donde no hubo indecencia ni desorden que no se manifestara de un modo público.

Con todo, el regente permitió dos experimentos de la administración que vale la pena consignar. Los ministros o intendentes reales de Luis XIV ("visires", como llegó a llamárseles) fueron sustituidos por ocho Consejos: uno central, llamado Consejo de la Regencia, y los Consejos de Gobierno Interior, de Conciencia, de Guerra, de Marina, de Hacienda, de Negocios Extranjeros y de

LA CULTURA EUROPEA DE LA ILUSTRACION HASTA EL INICIO DE LA ERA DE LAS REVOLUCIONES

1690 Locke: "Essay on human Understanding".
1697 Bayle: "Dictionnaire historique et critique". Sociedad de Medicina y Ciencias de Sevilla.
1711 Addison: "The Spectator".
1714 Fundación de la Real Academia Española.
1715 Lesage: primera parte de "Gil Blas".
1721 Montesquieu: "Les Lettres Persanes".
1726 Swift: "Gulliver's Travels". Vico: "Scienza nuova". Feijoo: volumen I del "Teatro crítico universal". Volumen I del "Diccionario de Autoridades" en Madrid.
1728 Chambers: "Cyclopaedia".
1729 Renovación de las tareas académicas en Barcelona.
1730 Marivaux: "Le Jeu de l'amour et du hasard". Boerhaave: "Physicis".
1732 Destouches: "Le Glorieux".
1733 Pope: "Essay of Man".
1734 Montesquieu: "Considérations sur les causes de la grandeur des Romains". Voltaire: "Lettres Philosophiques".
1735 Expedición de La Condamine al Perú para la medida del meridiano.
1738 Voltaire: "Discours sur l'homme". Piron: "La Métromanie". Fundación de la Academia de la Historia de Madrid. Bernouilli: "Hydrodynamique".
1739 Feijoo: último volumen del "Teatro crítico".
1740 Hume: "Treatise on Human Nature". Marivaux: "L'Epreuve".
1742 Hume: "Essays". Young: "The complaint, or Night Thoughts".
1746 Fundación del Colegio de Cirugía de Cádiz Diderot: "Pensées philosophiques". Nace Goya.
1747 Flórez: primer volumen de la "España Sagrada". Gresset: "Le Méchant".
1748 Voltaire: "Zadig". Montesquieu: "L'Esprit des Lois". Hume: "An Enquiry concerning human Understanding".
1749 Diderot: "Lettre sur les Aveugles". Buffon: tres primeros volúmenes de la "Histoire Naturelle" y "Théorie de la Terre".
1750 Prohibición real de los escritos contrarios a Feijoo. Rousseau: "Discours sur les Sciences et les Arts". Montiano: "Virginia".
1751 Inicio de la publicación del "Dictionnaire Encyclopédique". Muratori: último volumen de "Rerum italicorum scriptores".
1753 Goldoni: "La locandiera".
1754 Hume: "History of England". Condillac: "Traité sur les Sensations". Rousseau: "Discours sur l'origine de l'inégalité".
1756 Voltaire: "Essai sur les moeurs".
1757 Haller: "Elementos de fisiología". Diderot: "Le fils naturel". Burke: "A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and the Beautiful".
1758 Quesnay: "Tableau économique". Helvetius: "De l'esprit". Isla: "Fray Gerundio de Campazas". Diderot: "Le Père de famille". Fundación de la Junta de Comercio en Barcelona.
1759 La Enciclopedia, condenada por el papa Clemente XIII. Voltaire: "Candide". Fase final de la publicación de la Enciclopedia (hasta 1772).
1760 Diderot: "La religieuse". Spallanzani: "Nove Ricerche".
1761 Diderot: "Le neveu de Rameau". Rousseau: "La nouvelle Hélloïse".
1762 Rousseau: "Le Contrat Social" y "L'Emile". Ward: "Proyecto económico". Creación del Colegio de Cirugía de Barcelona.
1763 Nicolás F. de Moratín: "Desengaño al teatro español". Beccaria: "Dei delitti e delle pene". Voltaire: "Traité de la Tolérance".
1764 Voltaire: "Le Dictionnaire Philosophique". Kant: "Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime". Adam Smith visita Francia y se entrevista con Voltaire. Fundación de la Academia de Ciencias y Artes de Barcelona.
1765 Cavendish estudia el hidrógeno. Campomanes: "Tratado de la Regalía". Investigaciones de Lavoisier.
1766 Lessing: "Laocoonte". Voltaire: "Commentaire sur le livre des délits et des peines". Goldsmith: "El vicario de Wakefield".
1767 Lessing: "Minna von Barnhelm". Sterne: "Tristram Shandy".
1768 Quesnay: "La Physiocratie". Aparece la Enciclopedia Británica. Sterne: "Viaje sentimental".
1769 Turgot: "Reflexion sur la formation et la distribution des richesses". Ramis: "Lucrècia".
1770 D'Holbach: "Système de la Nature". Immanuel Kant: "De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis".
1771 Campomanes: "Memorial Ajustado". "Gramática" de la Real Academia Española.
1773 Goethe: "Goetz von Berlichingen". Jovellanos: "El delincuente honrado".
1774 Goethe: "Werther". Basedow funda el Filantropio. D'Holbach: "Politique naturel" y "Système sociale". Campomanes: "Discurso sobre el fomento de la industria popular". Descubrimiento del oxígeno por Lavoisier, Priestley y Scheele.
1775 Beaumarchais: "Le Barbier de Séville". Campomanes: "Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento". Alfieri: "Filippo II". Vacuna antivariólica de Jenner. Goethe: "Ur-Faust".
1776 Adam Smith: "The Wealth of Nations".
1777 Voltaire: "Commentaire sur l'Esprit des lois". Sheridan: "The School for Scandal". La Inquisición española prohíbe el tratado "Dei delitti" de Beccaria a toda clase de lectores. Edición norteamericana de "Dei delitti" en Charleston.
1778 Diderot: "Paradoxe sur le comédien". García de la Huerta: "Raquel". Pedro de Castro: "Defensa de la tortura y leyes patrias que la establecieron". Muerte de Voltaire y Rousseau. Gibbon: "History of the Decline and Fall of the Roman Empire".

Comercio. Cada uno se componía de diez miembros escogidos por el regente entre la nobleza y la magistratura. Algo útil hicieron; pero a poco aquellos personajes que Luis XIV había acostumbrado a envanecerse de cargos puramente honoríficos dejaron de reunirse y el estado cayó todavía en mayor confusión.

El segundo experimento fue el ensayo con que intentó el regente que el gobierno se beneficiase de las especulaciones. Mientras el estado se debatía en el déficit más espantoso, algunas compañías y particulares se enriquecían como por arte de magia. Muchos negocios eran pompas de jabón, pero otros producían beneficios y ganancias colosales! No hay que olvidar que era un momento en que la humanidad comenzaba a aprovecharse de los descubrimientos geográficos. Gentes ambiciosas que disfrutaban de monopolios concedidos por el estado sacaban fruto por primera vez de territorios coloniales y hasta de inventos industriales.

Parecía que la nación debía participar de aquella prosperidad, y un escocés, llamado Law, hizo comprender al regente la oportunidad que perdía el estado no aprovechándose de su crédito. "El estado ha de conceder el crédito –decía Law al regente–, no recibirlo de los particulares." Law propuso al regente que el estado fundara un banco de emisión de billetes y con el capital constante de los accionistas se resarciera en negocios provechosos de lo que perdía la nación en servicios públicos. Estos, que por ser públicos no dejaban de ser negocios, se liquidaban entonces, como acostumbra suceder ahora, con grandes pérdidas. Es exactamente lo mismo que pasa en nuestros días con los privilegios concedidos a compañías que explotan la fuerza eléctrica nacional; es exactamente lo mismo que ocurrió en el siglo XIX, cuando particulares y compañías se aprovecharon del invento de la máquina de vapor en los ferrocarriles. Es la historia, que amenaza con ser eterna, de servicios que realizan particulares mientras son provechosos y luego se convierten en parásitos del presupuesto de la nación cuando ya no pagan dividendos.

En el siglo XVIII no se soñaba aún en la energía eléctrica ni en la fuerza del vapor, pero había negocios nuevos de banca y de colonización que producían ganancias colosales. ¿Por qué no podía el gobierno lucrarse con ellos? El regente aceptó de Law la idea de la creación de un *Banco General de Emisión,* y a poco la de una *Compañía de Occidente* para la explotación de las colonias francesas en América. Para participar en estos negocios manejados por el estado, los accionistas debían comprar sus acciones pagando una parte en dinero contante y otra parte en antiguos créditos contra el estado o en billetes de Deuda. Así Law y el regente rebajaron en muchos millones la Deuda nacional y muchos acreedores del estado canjearon bonos, que representaban positivos desembolsos en empréstitos del tiempo de Luis XIV, por el "papel" del *Banco General* o por el de la *Compañía de Occidente*. Esta participación del público ocasionó la catástrofe. Los tenedores del papel de Law, mejor dicho, papel del estado, especularon desaforadamente; las acciones llegaron a valer diez veces más del precio de emisión, pero se desvalorizaron también con pasmosa rapidez.

Law trató de mantener los precios por todos los medios que emplearía un bolsista moderno, esto es, comprando sus propias acciones, jugando al alza, emitiendo más acciones de las que legalmente estaba autorizado, etc. Además, se valió de los recursos que le daba el poder absoluto de regente:



Rueca de la época de Luis XV (Museo de Artes y Oficios, París).

Luis XV concede títulos de nobleza a los miembros del municipio de París (obra atribuida a L. de Boullongne el Joven; Museo Carnavalet, París).

Estampa francesa alegórica a la fundación de la Compañía de Occidente para la explotación de las colonias francesas de América (Biblioteca Nacional, París).

hizo promulgar edictos que obligaban a todos los ciudadanos a aceptar los billetes del banco y a no atesorar más que un mínimo de moneda... Para la colonización en cierne del Mississippi hizo deportar a la Luisiana legiones de desocupados que perecieron por falta de dirección y recursos... También aquello fue un desastre. Ricos y pobres, nobles y burgueses, perdieron sus ahorros en el *Banco* y la *Compañía de Occidente,* y el estado se encontró más endeudado y desacreditado que antes de emprender aquellos negocios.

El mismo Law, que había llegado a Francia con una fortuna considerable, la perdió con sus experimentos. Nadie le culpó de fraude. Creemos deber terminar este episodio con la explicación que da del desastre Saint-Simon, amigo de Law y del regente. En el Consejo del Reino, del que formaba parte, Saint-Simon dijo que mientras veía que los proyectos de Law (Banco y Compa-



Grabado popular que satiriza el fracaso del sistema Law (Biblioteca Nacional, París).

ñía) podían ser excelentes en una república donde la Hacienda está públicamente fiscalizada, como en Inglaterra, eran peligrosísimos en una monarquía absoluta, como Francia, donde las necesidades de la guerra, la avidez de un favorito o de una amante real, el lujo de la corte y la prodigalidad del monarca podían agotar los depósitos del banco y arruinar a los accionistas, sin que nadie pudiera advertirlo.

El duque de Orleáns murió en 1723, tras ocho años de gobierno. ¡Pero qué años! Poco después Luis XV comenzó su largo reinado, que pareció ser degenerada repetición del de Luis XIV. Duró hasta 1774, casi medio siglo. Lo habían casado aún niño con una princesa polaca de más edad que él y un tanto fea. Al principio Luis XV fue un esposo modelo, pero en 1733, a los veintidós años, empezó a trabar relaciones amorosas con varias de las damas de la corte. Era casi una vergüenza para los cortesanos que el bisnieto de Luis XIV no tuviera amantes. "De cada veinte señores de la Corte –dice Barbier–, quince no viven con sus esposas." Hacia 1745 el rey acabó por fijarse primero en madame Pompadour, que le "aconsejó" durante veinte años, y después en madame Dubarry, hasta que le sobrevino la muerte por viruelas.

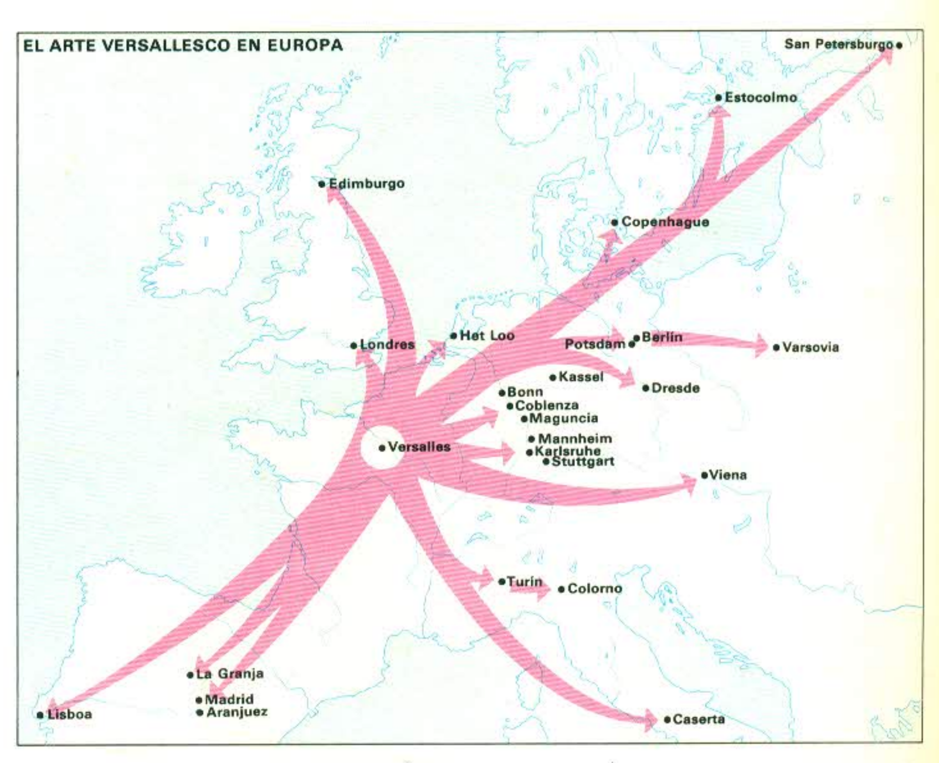
La Pompadour era casi tan inteligente como madame de Maintenon y supo tratar al rey con suma habilidad, imponiendo a veces, discretamente, sus caprichos, incluso en asuntos de carácter político.

Madame de Pompadour era alta, esbelta, de rostro perfectamente ovalado, sonrisa cristalina y la *plus belle peau du monde*. Distraía al rey con fiestas, *petits plaisirs*, a los que asistía toda la corte. La Pompadour era casi una actriz, amiga de los "filósofos" y de los "financieros". Voltaire había frecuentado su salón en París antes de que se elevara a la categoría de favorita oficial de Versalles. Con un espíritu menos religioso que madame de Maintenon, en 1762 la Pompadour consiguió del rey la expulsión de los jesuitas. Voltaire dijo que los jesuitas debían haber sido lapidados con las piedras de Port-Royal, que ellos habían obligado a demoler con sus calumnias en tiempo de Luis XIV. Pero, en realidad, el episodio de Port-Royal influyó poco: los jesuitas se habían hecho odiosos a todo el mundo. Hasta sus métodos pedagógicos eran anticuados. Renegando de Descartes, únicamente enseñaban teología escolástica y a escribir versos en latín. Tenían, al ser expulsados de Francia, más de cien casas o colegios; treinta y ocho en los alrededores de París. Todos fueron confiados a instructores laicos.

Cinco años después de expulsados de



"Sécretaire" de marquetería y laca de 1764 (Museo de Artes Decorativas, París).





Sesión del Parlamento francés, según óleo de Nicolas Lancret (Museo del Louvre, París).

Francia, los jesuitas lo fueron también de España y de sus colonias y por fin de Nápoles. Por algún tiempo el papado creyó que podría salvar a los jesuitas de una total destrucción si se reformaban. Pero su general respondió con las famosas palabras "sean como son, o no sean", y el papa Clemente XIV no tuvo más remedio que decretar la extinción de la Compañía de Jesús. El documento pontificio que abolió canónicamente a los jesuitas en 1773 es de terrible severidad. Recoge todos los cargos que les habían hecho, sin tratar de excusarlos.

Los jesuitas se portaron en esta crisis con su característica habilidad. Algunos sufrieron en el destierro, pero otros se refugiaron en los países protestantes y en Rusia. El *interregnum*, como llaman los jesuitas al período de su supresión, duró hasta 1814, en que Pío VII autorizó el restablecimiento de la Compañía. El provincial de Rusia pasó casi automáticamente a tomar el cargo de general y todo quedó como antes.

Por lo que toca a la cultura, la Pompadour protegió el arte francés, en contraste con el gusto por el arte italiano que habían estimulado Richelieu, Colbert y hasta Luis XIV. El marqués de Marigny, hermano de la Pompadour, que era director de Bellas Artes, prefería los edificios aparatosos, los salones dorados, los muebles y las joyas de líneas retorcidas, a los de gusto clásico. El rey permitía gastar sumas enormes en nuevos castillos reales. El de Bellevue, por ejemplo, costó dos millones y medio de libras.

El reinado de Luis XV se pareció también al de Luis XIV por la continuada pesadilla de las guerras europeas. Fueron igualmente guerras de familia, de "sucesión", enervantes y sin grandeza. Hubo guerra por la sucesión de Polonia, guerra por la sucesión de Austria y guerras en Italia para preparar allí la sucesión de Felipe V de España. Fueron largas campañas (una de ellas se llamó guerra de los Siete Años), sólo ventajosas para los ambiciosos que conseguían las coronas. Se empleaban ejércitos de mercenarios; pero así y todo, los pueblos padecían los atropellos de la soldadesca y la nueva sangría impuesta al ya exhausto tesoro nacional. El único positivo resultado de las guerras incesantes fue que estimularon a pensar sobre problemas de Derecho internacional. Grocio, en el siglo anterior, expuso los principios de una jurisprudencia para pueblos beligerantes en su obra magistral *De Iure Belli ac Pacis*. Se aprovechó para su tratado de los escritos de todos los que le precedieron en el mismo asunto. Provisto de una erudición formidable, mezcló las opiniones de filósofos griegos y jurisconsultos romanos con ejemplos de la Biblia y sentencias de los Padres de la Iglesia. Pero además mencionó a Vázquez y Suárez y debió acaso la inspiración de su libro (aunque no lo cita) al gran Francisco de Vitoria, a quien se considera el verdadero fundador del Derecho internacional.

La causa de haberse anticipado los españoles del siglo XVI, como Vitoria, Vázquez y Suárez, a Grocio, se debe a que a España se le presentó urgente necesidad de decidir en cuestiones de Derecho internacional al anexionarse los territorios americanos. ¿A quién pertenecían de derecho las tierras de América? ¿Había pecado en tomarlas? ¿Era natural y legítimo suplantar en su gobierno a los naturales, concediéndoles la compensación de una moral y una religión superior?

No se puede negar que los casuistas españoles se anticiparon a Grocio en más de un siglo, pero lo hicieron sin la científica serenidad y amplia generalización del problema que le supo dar Grocio. Este era holandés, había nacido en Delft en 1583, pero tuvo que emigrar y compuso su obra en Francia. Un día le escribió a su hermano: "No pidas nada para mí. Si mi país no me necesita, yo no necesito a mi país. El mundo es bastante grande sin Holanda".

Al compilar las leyes que deben regular los casos de paz y guerra entre pueblos, Grocio apeló a la humanidad y la naturaleza. Menciona a clásicos y textos antiguos, pero es sólo para confirmar con hechos ocurridos los que le sugiere el sentido común. La sociedad de las naciones necesita regirse por



Uno de los salones de Luis XV en el palacio de Versalles. Con la Regencia y el reinado de Luis XV, el barroco francés alcanza las exquisiteces del rococó.

otras leyes que las que rigen a los individuos dentro de un pueblo. Pero la guerra debe sólo declararse para mantener un derecho, y una vez reconocido éste, debe acabar. Durante el período de guerra, los derechos civiles, de paz, se suspenden, pero debe regir un derecho militar, de guerra, que es el que Grocio se proponía precisar y establecer con su libro. Guerra no excluye Justicia.

Sin embargo, las gentes soportaban las guerras y sus desmanes con gran resignación. El pueblo tiene incomprensible paciencia para el desgobierno y aun consiente ver a sus hijos sacrificados en los campos de batalla, alejados de la patria por el interés y la vanidad de sus gobernantes..., pero no tolera verse abrumado por impuestos que le roban año tras año el fruto de su trabajo. Esto es

Boda de Luis XV con María Leszczynska, ceremonia recogida en una estampa de sabor popular (Biblioteca Nacional, París).

LOS FILOSOFOS

Como es sabido, en el siglo XVIII la palabra "filósofo" tenía una acepción mucho más amplia que la actual y abarcaba no sólo a los que hoy consideramos como cultivadores de la filosofía propiamente dicha, sino también a los que se interesaban por toda clase de problemas intelectuales. Un "filósofo" podía ocuparse en metafísica, lógica o moral, pero también en economía, ciencias naturales, física, literatura, arte, política, historia de las religiones, etc., y casi siempre –y ésta es una de sus características esenciales– con el empeño de poner este saber al servicio de un cambio efectivo de las condiciones de vida de su época. El "filósofo" del XVIII es, pues, más que un sabio en abstracto, un sabio que aplica su inteligencia al "progreso de las luces", poniendo de un modo u otro en tela de juicio las bases en las que se asienta la sociedad constituida. Este sabio combativo y progresista está cerca del personaje que en el siglo XX llamamos "intelectual", y sus equivalentes modernos, dentro de un contexto histórico muy distinto, serían los autores que, como Ibsen y Shaw, convierten su teatro en una plataforma crítica, el Zola del "J'accuse", algunos sabios *engagés* y, sobre todo, Jean-Paul en Francia y Bertrand Russell en Inglaterra.

¿Quiénes eran y cómo eran estos "filósofos"? Por su extracción social, la inmensa mayoría de ellos eran hijos de burgueses, en una escala que va desde el humilde artesano hasta la alta burguesía dignificada por el ejercicio de profesiones liberales e incluso ennoblecida por la compra de cargos públicos: Bayle era hijo de un pastor protestante; Diderot, de un cuchillero; Rousseau, de un relojero; Voltaire, de un notario; Helvétius, de un médico; La Mettrie, de un comerciante; Buffon pertenecía a la "nobleza de toga"; sólo unos pocos proceden de la nobleza: Montesquieu y Holbach eran barones, Condorcet era marqués.

En general, su situación económica fue por lo menos desahogada: Voltaire llegó a ser muy rico; Helvétius, arrendatario general del reino a los 23 años, fue incluso millonario; otros, como Montesquieu y Holbach, eran ricos por su familia, y algunos ocuparon importantes cargos, como Quesnay, médico del rey, y Turgot, que llegó incluso a primer ministro de Francia (1774-1776); no les faltaron tampoco poderosos protectores extranjeros que, aunque con miras interesadas, ayudaron económicamente a los más necesitados (así, Catalina de Rusia con Diderot, y Federico II de Prusia con La Mettrie y tantos otros). Casi siempre que un filósofo conoció estrecheces graves se debió a su espíritu de independencia: Mably se negó a ser preceptor del Delfín, Diderot no quiso atarse a la corte de Rusia, y Rousseau, cuando empezaba a ser famoso, lo sacrificó todo para pasar el resto de sus días, como él dice, "en la independencia y en la pobreza", y para ganarse la vida se hizo copista de música.

Sus ideas políticas oscilan por lo común entre el modelo inglés de la monarquía constitucional y la teoría del "Despotismo Ilustrado" al estilo de Prusia, Austria o Rusia. En esto, como en tantas otras cosas, Voltaire es un buen representante de su siglo; también Diderot vacilaba entre estas dos soluciones, aunque finalmente se desengañó de ambas, llegando a conclusiones casi escépticas: "El pueblo pasa en un abrir y cerrar de ojos de la esclavitud a la anarquía; en medio de este tumulto general no se oye más que un grito, "¡Libertad!"; pero ¿cómo preservar este don precioso? Nadie lo sabe". Si Bayle, todavía a fines del XVII y en una situación muy peculiar que lo justifica, es partidario de la realeza absoluta, en general los "filósofos" no sólo condenarán el despotismo, sino que se mostrarán adversos al absolutismo; Montesquieu abogará por una monarquía moderada a la inglesa y Rousseau irá mucho más lejos en el análisis de estos problemas, convirtiéndose en el precursor más claro de la filosofía política de la Revolución. Casi todos estos intelectuales piensan en la república más como utopía que como posibilidad, aunque entre ellos no falte quien apunte incluso soluciones socialistas, como Mably, que condena el derecho de propiedad.

La unión del Trono y el Altar, característica del Antiguo Régimen, hacía que la religión y la Iglesia fuesen solidarias de las situaciones políticas, sociales e intelectuales que los "filósofos" trataban de modificar. En mayor o menor grado, todos ellos atacaron a la Iglesia católica de su tiempo y se declararon racionalistas, aunque sus actitudes distan muchísimo de ser uniformes. Lo que predomina es el elogio de la tolerancia y de una religión "razonable", junto a los más duros ataques contra el fanatismo y la superstición. El anticlericalismo es una nota común a todos, desde el protestante Bayle a Rousseau –que predica una religión sentimental sin dogmas–, pasando por un racionalista relativamente moderado, como Montesquieu, y por el deísta Voltaire... Lo cual no impidió que una serie de clérigos "avanzados" figurasen en primera línea del combate filosófico (el abate Morellet, el abate Raynal). El siglo careció de grandes apologistas de la religión, no dio ningún Pascal, ningún Bossuet, ningún Fénelon, y los defensores de la ortodoxia, desde el punto de vista intelectual, casi siempre hacen mal papel frente a sus antagonistas. Por otra parte, el ateísmo militante es un fenómeno un tanto excepcional: el barón de Holbach, La Mettrie y en cierto momento el propio Diderot, lo representan, pero no refleja la opinión mayoritaria, casi siempre de carácter deísta, que, a través de Voltaire, combatió con dureza contra los ateos.

Al lector moderno puede sorprenderle la variedad de campos que abarcan los "filósofos", fruto de una época en la que los conocimientos científicos estaban aún poco desarrollados y especializados, y, también, de una concepción más unitaria de la cultura; junto a científicos propiamente dichos (D'Alembert era un gran matemático y geómetra; Buffon revolucionó las ciencias naturales, como Lavoisier la física; Turgot y Quesnay figuran entre los grandes economistas, etc.) figuran los divulgadores científicos, a menudo de una altura tan extraordinaria como Voltaire (que escribió, por ejemplo, sobre Newton) y Diderot; pero el tipo más abundante es el de "publicista", que se interesa por todo y escribe sobre todo. La ingente producción de Voltaire es la mejor prueba de esta curiosidad universal: poemas, dramas, cuentos y novelas, libros históricos, ensayos de todo orden, libelos, crítica literaria, traducciones, opúsculos sobre física, etc. Montesquieu cambia el rumbo de las ciencias sociales con su voluminoso *Espíritu de las leyes,* pero también escribe poemitas cortesanos, una novela satírica *(Las cartas persas)* y una disertación sobre las causas del eco; Diderot pasa a la historia como novelista, dramaturgo, crítico de arte, ensayista, filósofo y periodista; Rousseau tampoco desdeña escribir novelas e incluso óperas, y así la mayoría de los "filósofos". Todas las ramas del saber, todos los géneros literarios, hasta las cartas personales y la conversación privada, confluyen así en esta voluntad no sólo de comprensión de lo que es el hombre y el mundo que le rodea, sino también de perfeccionamiento de las condiciones de vida que deben asegurar la felicidad humana.

C.P.

lo que ocurrió en Francia. Imagínese cómo estaba el Tesoro después del reinado de Luis XIV, de la Regencia y del reinado de Luis XV. El fisco reclamaba una parte enorme del producto de las cosechas en contribuciones, levas, capitalización, diezmos y gabelas. Más exasperante era aún que los privilegiados, esto es, las clases superiores, nobleza y clero, estuviesen prácticamente exentas de impuestos. El tercer estado, o brazo popular, que trabajaba la tierra y elaboraba los productos manufacturados, pagaba casi todos los gastos. La nobleza y el clero poseían inmensas fincas rústicas y

aun percibían pensiones con que los favorecía el rey, además de los sueldos por cargos cortesanos. A mediados del siglo XVIII, los gastos de Versalles consumían la sexta parte de los ingresos anuales de la Hacienda francesa. Estos abusos económicos, más que la vanidad belicosa de los monarcas borbónicos, más que la inmoralidad de sus costumbres, avivaban el fermento filosófico que no tardaría en convertirse en voraz incendio revolucionario.

El profundo cambio de ideas políticas, no ya de Derecho internacional, sino de Derecho público, realizado en la primera mitad del siglo XVIII, se nota ya en el tratado de Montesquieu sobre el *Espíritu de las Leyes*. Mientras Bossuet proclamaba que los reyes "eran dioses" y Fénelon sólo se dolía de que no hicieran buen uso de sus derechos divinos, Montesquieu lanzó la teoría de que los pueblos podían regirse lo mismo por un sistema republicano que por una monarquía y hasta por un despotismo. Las leyes, según opina Montesquieu, son relaciones necesarias, justificadas por la índole de cada pueblo. Aquellos cuya cualidad suprema sea la virtud necesitarán una república; los que estimen más el honor preferirán una monarquía; los temerosos requerirán un déspota. Así en algunos casos un tirano puede ser preferible a un monarca constitucional y hasta a una república. Todo depende del tiempo y los países. Montesquieu pretendió haber descubierto reglas fijas, casi matemáticas, de la política. En el prólogo de su libro asegura "que ha visto adaptarse a sus principios los casos particulares de la Historia". ¡Qué contraste entre Montesquieu, encontrando razones para las leyes en el carácter de los pueblos, y Bossuet, para quien la Historia se atiende al plan fijado de antemano por Dios y cuya realización se ha encargado a los reyes! La voluntad del rey es la ley del reino. "¡El Estado soy yo!", como dijo Luis XIV.

Montesquieu no pretendió generalizar sobre cuál sería el mejor régimen de gobierno en Francia. Saturado de lecturas clásicas, prefería naturalmente vivir en una república, pero en aquella época no se concebía que pudiera haber repúblicas en vastos países. Las conquistas, dice Montesquieu, obligaron a Roma a abandonar el régimen republicano. Una monarquía constitucional como la inglesa no sería posible en Francia; lo mejor que puede desear Montesquieu a su país es volver al sistema de unos monarcas que aprovecharan la colaboración de la nobleza y estuvieran intervenidos por la fiscalización de las asambleas provinciales.

En los cortos párrafos que hemos dedicado a las ideas políticas del siglo XVIII ya habrá notado el lector que los seudofilósofos franceses aluden como obsesionados al gobierno constitucional inglés. Aun sin considerarla remedio de los males del mundo entero, la Constitución inglesa se fundaba en principios de gobierno que parecían un gran progreso. El Parlamento inglés, de origen medieval, se creía con derechos casi soberanos. Sólo él podía autorizar impuestos y había sostenido guerras contra los monarcas absolutos. A Carlos I le había costado la cabeza y a Jacobo II el trono. Los franceses podían por consiguiente, decir: *Ex Britannia lux.*

De Inglaterra llegó a Francia no sólo un primer ejemplo moderno de revolución, sino también la teoría de su legalidad. Descartes había teorizado sobre el derecho a pensar; pero era demasiado filósofo para descender a discutir trivialidades políticas.

Armario de lujo estilo Luis XV para guardar joyas (Palacio de Versalles).



En cambio, la filosofía de la naturaleza de Newton condujo gradualmente a una filosofía de la sociedad humana y a sus derivados, las ciencias morales y políticas.

El primer filósofo inglés que trató de estas cuestiones fue Hobbes, quien todavía creyó posible justificar con raciocinios el absolutismo monárquico. Los hombres, según Hobbes, vivían al principio sin ley, víctimas del mal que se hacían unos a otros. Para evitarlo, resolvieron renunciar a su libertad original y conformar su voluntad a las decisiones de un soberano. Este era libre: primero, porque no se había desposeído de los derechos del hombre primitivo, y además porque los otros hombres se habían conformado a respetar sus decisiones. Siempre que les asaltara la tentación de desobedecerle, tenían que recordar la "soledad vil y miserable" en que vivían antes de aceptar su gobierno... Estas ideas de Hobbes podían ser disparatadas, pero pretendían no apoyarse en la Escritura ni en la filosofía, sino en la Razón.

Locke, en su *Tratado sobre el gobierno,* contradijo a Hobbes al afirmar que, siendo el hombre primitivo naturalmente libre y virtuoso, el gobierno era casi un mal. Mal necesario, pero mal que debía reducirse al mínimo posible. El convenio que, según Locke, había legalizado la vida civil no despojaba a los hombres de todos sus derechos, como pretendía Hobbes. Tan sólo para proteger las vidas y haciendas de los individuos se había constituido el estado; en todo lo demás, cada cual conservaba sus derechos y

Luis XV, por Van Loo (Museo de Versalles).



Gabinete de Luis XV en Versalles.

podía resistir al que tratara de arrebatárselos. El entendimiento humano es la suprema ley. Antes de que se instituyera el estado ya existía la Razón. Por esto, según Locke, en manera alguna estamos obligados a cumplir leyes opuestas a lo que prescribe la Razón natural.

Ya puede comprenderse con qué acento exótico sonarían estas discusiones en los franceses que iban a Inglaterra, sobre todo al ver la flemática decisión con que se aplicaban estas teorías, sin detenerse ante la cabeza de los reyes. Montesquieu había estado en Inglaterra en viaje de estudios; Voltaire estuvo allí desterrado; Rousseau halló hospitalidad en casa de Hume, discípulo de Locke.

Voltaire era hijo de un notario llamado Arouet. Saint-Simon dice despectivamente que redactaba las escrituras de su padre, y añade: "Ahora el hijo, con el nombre de Voltaire, ha conseguido ser personaje de importancia en la república de las letras y hasta es considerado con respeto por ciertas gentes". Así, ya no debe extrañarnos que Voltaire fuera encerrado en la Bastilla por "versos satíricos muy imprudentes" y que lo apalearan los criados del duque de Rohan, y que cuando quiso desafiar al gran prócer fuese desterrado. Voltaire regresó de Inglaterra con unas *Cartas filosóficas,* que fueron su venganza. En las primeras trata de religión, mejor dicho de religiones, porque Voltaire tenía empeño en hacer constar que en Inglaterra todas las religiones estaban permitidas y que había muchas. Otras dos cartas describen la política inglesa, la parte que tiene el Parlamento en la vida civil al votar y fiscalizar los impuestos. Otra carta está dedicada al comercio, base de la grandeza británica; y por fin, siguen las cartas verdaderamente filosóficas. En ellas divulga Voltaire los descubrimientos de Newton y de Locke, el primero exponiendo las leyes de la materia y el segundo reduciendo el espíritu a su función material.

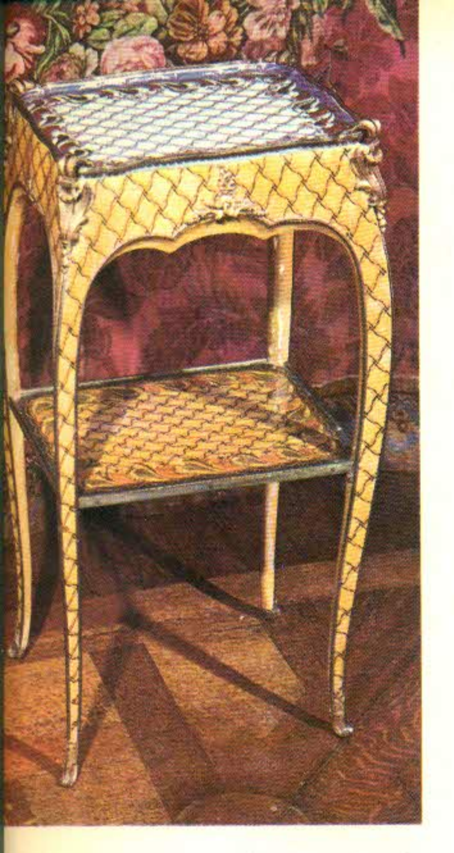
Publicadas anónimas, las *Cartas filosóficas* de Voltaire fueron condenadas en Francia, quemadas y reclamado su autor. Voltaire se refugió en un castillo puesto a su disposición por su fiel amiga madame du Châtelet. En aquel primer retiro Voltaire escribió profusamente dramas y sátiras, preparó el *Ensayo sobre las costumbres* y los *Discursos sobre el hombre.* Además, madame du Châtelet quería que Voltaire se dedicara a la filosofía y a la ciencia pura; le había arreglado un laboratorio y hasta le obligó casi a escribir un tratado de vulgarización: *Elementos de la filosofía de Newton.* Madame du Châtelet hubiera preferido que Voltaire fuera otro Newton, un Newton francés, más avanzado. Por aquellos vericuetos científicos no había peligro de volver a la Bastilla.



Madame de Pompadour, por Nattier (Museo de Versalles). La Pompadour, mujer de gran inteligencia, consiguió distraer al rey con fiestas y regocijos.

Voltaire cedió a los deseos de su amiga sin embotar sus formidables facultades de crítico mordaz y de agudo "calumniador del mal". Es tanta la ferocidad exquisita con que Voltaire ataca los abusos e injusticias, que peca de injusto y llega al abuso. Había logrado gran popularidad. Ya dijimos que contaba con el favor de madame de Pompadour, pero además se había reconciliado con la corte, escribiendo un poema épico: *La Henriada,* cuyo héroe era el primer Borbón francés, Enrique IV. Había dedicado al papa su tragedia *Mahomet* y el pontífice le había dado las gracias en una carta que Voltaire publicó a manera de prólogo. Mahoma era el intolerante, el ejemplo de despotismo religioso, de crueldad inquisitorial y de malas costumbres, no la curia romana.

A la muerte de madame du Châtelet,



Mesita auxiliar realizada con placas de Sèvres. Estilo Luis XV (Museo Nissim-Camondo, París).

LA RENOVACIÓN DE LOS MÉTODOS DE ENSEÑANZA EN EL SIGLO XVIII.

Enseñanza tradicional

HUMANIDADES

1.er ciclo: Gramática latina, Humanidades (sobre todo poesía), Retórica.
2.° ciclo: Filosofía: Lógica formal, Metafísica, Moral.

Crítica enseñanza tradicional

CIENTÍFICOS

No se han introducido en la enseñanza los nuevos descubrimientos ni se concede importancia a las nuevas ramas de la ciencia.

UTILITARIOS

Es preciso dotar a los alumnos de conocimientos prácticos de carácter técnico, que tengan inmediata utilidad en la vida.

SENSUALISTAS

Las ideas proceden de la experiencia sensible; luego la enseñanza no debe ser abstracta y libresca, sino que debe basarse en la observación de la realidad, en la experiencia.

Realizaciones

DIFUSIÓN ENSEÑANZA PRIMARIA

Hasta ahora confiada a la iniciativa privada y limitada a las clases acomodadas, empieza a ser organizada por el Estado, se generaliza y fija su contenido: catecismo, moral, lectura, escritura, aritmética.

1763. PRUSIA: Federico II decreta la obligatoriedad de la enseñanza primaria.
1774. AUSTRIA: Reorganización estatal de la enseñanza primaria.
1786. RUSIA: Estatuto de las Escuelas Populares, protegido por Catalina II.

NUEVOS MÉTODOS

ROUSSEAU (1712-1778): El niño debe ser enfrentado con la realidad y debe aprender lo que es bueno y lo que puede perjudicarle. El niño debe ser educado en un ambiente de libertad y sincerrdad para que conserve las virtudes innatas.
BASEDOW (1723-1790): Dessau, lecciones de cosas.
PESTALOZZI (1746-1827): Neuhof, desarrollo progresivo de las facultades del niño.

REORGANIZACIÓN ENSEÑANZA RELIGIOSA

Las órdenes religiosas se esfuerzan en adaptar sus métodos. En Francia, el colegio de Sorèze, de los benedictinos de Saint-Mauro, propugna ideas modernas: elección del alumno entre varios programas, supresión del latín, introducción de lenguas modernas.

RENOVACIÓN ENSEÑANZA

En algunas escuelas tradicionales penetran las nuevas tendencias.
Francia: Hermanos de la Doctrina Cristiana: enseñanza de oficios en talleres.
Prusia: Cultivo de los idiomas nacionales, difusión de la filosofía moderna.
Austria: Penetración de los métodos experimentales en física, química y ciencias naturales.

ESCUELAS TÉCNICAS

Ante la resistencia de los profesores de Universidades y colegios a modificar su enseñanza, se crean escuelas especiales:

Escuelas de comercio	Francia, Alemania.
Escuelas militares	Francia, Austria, Flandes.
Escuelas de Minas	Alemania, Francia.
Escuelas de Marina	Francia.

Moneda de plata de Clemente XIV, el papa que disolvió la Compañía de Jesús (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).



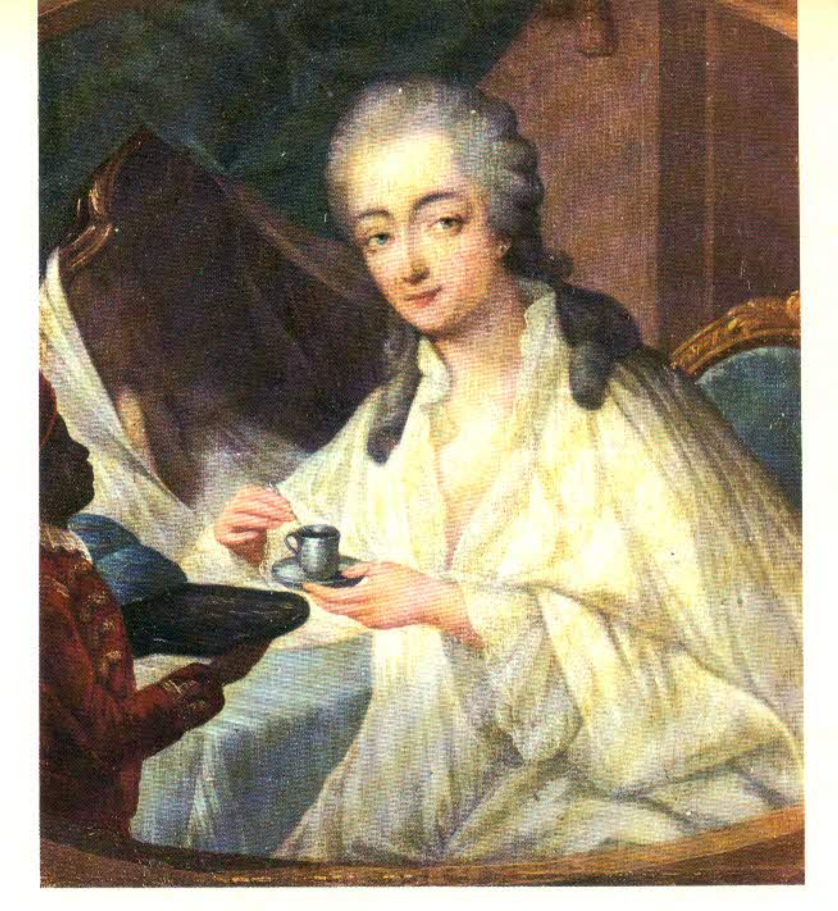
Voltaire prefirió aceptar la invitación de Federico el Grande de Prusia, aficionado desde joven a la filosofía. Cuando príncipe heredero, había publicado un *Anti-Maquiavelo,* pero ya en el trono quiso destruir su propia obra. En medio de sus preparativos guerreros, continuaba una correspondencia familiar con Voltaire y éste acudió a Potsdam, donde fue colmado de favores. La estancia de Voltaire en Potsdam confirmó sus sentimientos anticlericales. Federico el Grande, para ser rey de su siglo, tenía que claudicar de los sentimientos que había expuesto en su *Anti-Maquiavelo,* pero no tenía necesidad de transigir con la Iglesia romana porque era jefe de un país protestante.

De todos modos, Voltaire no pudo conformarse con la pequeña corte de semifilósofos que había reunido Federico en Potsdam en 1753, y escapó buscando refugio a Ginebra. Allí, a los sesenta años, tuvo por fin su propia mansión en Ferney. "Por experiencia me he convencido, a la larga, de que no vale la pena que uno deje su casa por cuanto se dice y se hace." Sus escritos lo habían enriquecido y supo acrecentar su fortuna con hábiles especulaciones. No una, sino cuatro casas abiertas mantuvo, a veces, Voltaire para escapar de una a otra si era perseguido. No cesó nunca en sus ataques, no transigió con el error ni se enfrió su odio contra la hipocresía y la superstición. Hasta su muerte fue agresivo, sarcástico e intencionado. Voltaire fue muy superior a los que después se llamaron volterianos: cínicos y escépticos. El atacaba de soslayo porque así creía hacer más daño que con un ataque de frente. Escribía con ironía porque lo creía más estratégico; no para gozarse riendo de la confusión que producían sus maliciosas alusiones. Cuando era conveniente emplear otra táctica, Voltaire se ponía serio y alqui-

laba abogados y pleiteaba en favor de los oprimidos. Por tres veces puso su reputación y su fortuna al servicio de pobres atropellados; fue tres veces Quijote, entremetiéndose, como Zola, en asuntos peligrosos, análogos al caso Dreyfus.

A continuación de Voltaire se menciona siempre a Rousseau, como si fueran dos genios gemelos que trabajaran asociados. Todo lo contrario. Rousseau pecó por excesiva franqueza, por demasiada sinceridad. Hijo de un pobre relojero de Ginebra, su madre murió al darle a luz y su padre apenas pudo ocuparse en su educación. Ginebra era entonces una república reducida casi al perímetro de sus murallas. Al salir de ellas, Rousseau se halló sin familia ni patria, y en su desamparo reconoció por patria, familia y bienes a la naturaleza. Los bosques, las montañas, los torrentes y el cielo fueron sus amigos y su tesoro. Después de vagabundear varios años, Rousseau encontró asilo en casa de una viuda despreocupada, madame de Warens, en Chambéry, que le concedió sus favores y le permitió gozar de la bellísima soledad de la Alta Saboya. Rousseau nos ha dejado en sus memorias *(Confesiones)* una descripción de los años pasados en compañía de madame de Warens, a quien llamaba la "mamá".

Empujado por madame de Warens, que experimentaba por Rousseau un sentimiento casi maternal, lanzóse él de nuevo a la vida aventurera y estuvo en Venecia, Turín, Montpeller y Lyon, curioseando, leyendo, pero sin conseguir de momento ningún cargo ni adquirir reputación. Vivía como un bohemio, amancebado con una moza de posada, Thérèse Levasseur, que fue su compañera hasta la muerte. En octubre de 1749, a los treinta y siete años de edad, debía parecer un simple soñador, fracasado, pues todavía no había publicado ni hecho nada que mereciera elogio. Pero en aquella fecha supo que la Academia de Dijon ofrecía un premio en metálico al mejor ensayo sobre si "el progreso de las ciencias y artes había contribui-



Madame Dubarry (Museo de Versalles), la mujer que recogió el afecto que Luis XV había sentido por la Pompadour.



Salón de las habitaciones de madame Dubarry en el palacio de Versalles.



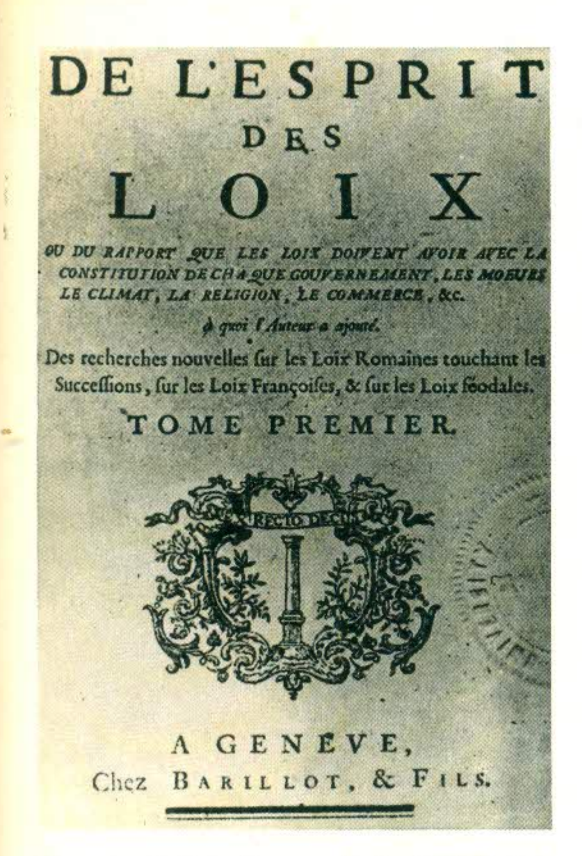
Hugo de Groot, llamado Grocio, autor del primer tratado de Derecho internacional (Rijksmuseum, Amsterdam).

do a corromper o a purificar las costumbres". Rousseau ganó el premio con una memoria que le hizo inmediatamente famoso. "No; el progreso –decía Rousseau– no había mejorado al hombre. El hombre primitivo vivía feliz e inocente. El hombre es naturalmente bueno. La civilización tan sólo ha proporcionado satisfacciones sensuales, estimulando el egoísmo y organizando la explotación social."

El discurso-sermón de Rousseau en favor del hombre natural y primitivo cayó en terreno propicio. Hasta la aristocracia, fatigada de la excitación vana y febril de Versalles, empezó a desear el nuevo deporte del primitivismo. En 1754, Rousseau publicó otra memoria, enviada también a la Academia de Dijon, sobre la *Desigualdad humana.* Esta vez ya no se atrevieron a premiarla. Las disonancias eran excesivas. Según Rousseau, la desigualdad era consecuencia de la propiedad privada. El estado, instituido para protegerla, había degenerado en el peor enemigo de aquellos a quienes tenía que proteger. Copiaremos algunos párrafos de esta obra, para que se haga cargo el lector de las estridencias de su estilo:

"El primero que cercó un terreno diciendo esto es mío y encontró gentes bastante simples para creerlo, fue el verdadero fun-




DE L'ESPRIT
DES
LOIX
OU DU RAPPORT QUE LES LOIX DOIVENT AVOIR AVEC LA CONSTITUTION DE CHAQUE GOUVERNEMENT, LES MOEURS, LE CLIMAT, LA RELIGION, LE COMMERCE, &c.
à quoi l'Auteur a ajouté
Des recherches nouvelles sur les Loix Romaines touchant les Successions, sur les Loix Françoises, & sur les Loix féodales.
TOME PREMIER.
A GENEVE,
Chez BARILLOT, & FILS.

Portada de la primera edición (1748) de la obra "De l'esprit des loix", de Charles-Louis Montesquieu, el escritor francés que pretendió haber descubierto las reglas, casi matemáticas, de la política.

dador de la sociedad civil. ¡Qué de crímenes, guerras, muertes, miserias y horrores se habrían evitado al género humano si alguien, arrancando las vallas, hubiera gritado a sus semejantes: –¡Cuidad bien de no escuchar a este impostor! Estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la tierra de nadie!"

"Nadie podría decir: –Yo gané esta tierra con mi trabajo. Yo la cerqué. –¿Pero quién os ha dado los términos? ¿En virtud de qué trabajo queréis remuneración? ¿Ignoráis que la multitud de vuestros hermanos perece y sufre por falta de lo que os sobra a vosotros?" Estos gritos del Rousseau desheredado, huérfano y vagabundo, alcanzan apasionada elocuencia: "He aquí el pacto social entre el rico y el pobre: tú tienes necesidad de mí porque yo soy rico y tú estás en la miseria. Hagamos un convenio: yo permitiré que me sirvas con tal que me des lo poco que te queda. En cambio, yo voy a tomarme el trabajo de mandarte".

Como se ve, la "filosofía" de Rousseau iba más lejos de lo que hubieran querido los *filósofos* de su tiempo. Voltaire le escribe: "He recibido vuestro libro *contra* el género humano (el discurso acerca de la Desigualdad), y creo que agradará a las gentes, aunque sin corregirlas. No se puede pintar la sociedad con colores más sombríos, ni nunca se ha empleado tanto ingenio en desear que nos convirtamos en bestias. (Voltaire no creía que el hombre primitivo fuera modelo de perfección.) Leyendo vuestro libro dan ganas de andar a cuatro patas. Desgraciadamente hace ya sesenta años que perdí esta costumbre y dejo, por lo tanto, la posición natural (de cuadrúpedo) a los más dignos de ella que vos y yo...".

¡Qué contraste entre la fogosa elocuencia de Rousseau y la pirotecnia maliciosa de Voltaire!... Pero ambas producían igual resultado. A grandes brochazos o con fino pastel, se exhibía el escándalo de la sociedad monárquica. Ya no se hablaba del derecho divino de los reyes. Se podía discutir si el hombre primitivo fue salvaje o ángel; pero en lo importante (esto es, que el hombre actual era un miserable esclavo y que tenía de-

El despertar de Voltaire en Ferney, por Jean Huber (Museo Carnavalet, París). Voltaire fue el más malicioso de los "filósofos" franceses.



rechos que podía reclamar) no había discusión. Rousseau clamaba en alta voz: "El déspota sólo es amo mientras es fuerte, y en cuanto se le expulsa ya no tiene derecho a reclamar". Sobre todo, la aristocracia francesa era intolerablemente egoísta. "Las palabras de bien público, felicidad de los súbditos y gloria nacional –dice Rousseau– sirven para preparar al pueblo a obedecer órdenes funestas."

Más tarde, cuando tenía ya cincuenta años, precisamente el 1762, Rousseau publicó otro resumen menos apasionado de sus ideas políticas en el famoso *Contrato Social*. Al comenzar a esbozar aquel trabajo –que él pensaba que era el que establecería su reputación–, Rousseau lo había titulado *Instituciones políticas*.

Como a todos los grandes ingenios, a Rousseau no le espantaba contradecirse, y en el *Contrato Social* ya no es aquel Rousseau enemigo de la sociedad, que condena sin distinción, artes, letras y ciencias. Al contrario, el *Contrato Social* es una apología de la sociedad, hace el elogio de la vida política y acepta como un bien la ciudad. Por el *Contrato Social*, el individuo se desprende de algunos de sus derechos para reconocer la supremacía de la ley. Pero Rousseau no claudica enteramente. Al hombre civil después del *Contrato* le son confiados por el estado bienes materiales y propiedad sólo a título de precario y a cada momento revocables. Sin embargo, sería absurdo perder el tiempo tratando de explicar el sistema político que quiere defender Rousseau en su famoso libro. Su valor y su eficacia dependen, no de lo que dice, sino de cómo lo dice. He aquí el toque de diana con que empieza:

"El hombre ha nacido libre y está por todas partes encadenado. Aquel que se cree señor de los demás es un esclavo. –¿Cómo se ha efectuado este cambio? Lo ignoro. ¿Cómo puede legitimarse esta esclavitud? Voy a tratar de contestar a esta pregunta".

"Si yo no tuviera en cuenta más que la fuerza, yo diría: –Si un pueblo obedece porque está obligado a obedecer, hace bien; pero así que pueda desprenderse del yugo debe hacerlo, porque recobrando su libertad



Voltaire, anciano, por Houdon (Academia Francesa, París).

CLASICOS DEL TEATRO EUROPEO DE LOS SIGLOS XVII-XVIII

Autor	Años	Lengua
MIGUEL DE CERVANTES	1547-1616	Lengua castellana
FELIX LOPE DE VEGA	1562-1635	Lengua castellana
WILLIAM SHAKESPEARE	1564-1616	Lengua inglesa
ALEXANDRE HARDY	1570-1632	Lengua francesa
TIRSO DE MOLINA	1571-1648	Lengua castellana
BEN JONSON	1573-1637	Lengua inglesa
JOHN FLETCHER	1579-1625	Lengua inglesa
JUAN R. DE ALARCON	1581-1639	Lengua castellana
FRANCIS BEAUMONT	1584-1616	Lengua inglesa
PEDRO CALDERON DE LA BARCA	1600-1681	Lengua castellana
PIERRE CORNEILLE	1606-1684	Lengua francesa
MOLIERE	1622-1673	Lengua francesa
JEAN RACINE	1639-1699	Lengua francesa
CARLO GOLDONI	1707-1793	Lengua italiana
GOTTHOLD E. LESSING	1729-1781	Lengua alemana
CARON DE BEAUMARCHAIS	1732-1799	Lengua francesa
NICOLAS F. MORATIN	1737-1780	Lengua castellana
VITTORIO ALFIERI	1749-1803	Lengua italiana
JOHANN W. GOETHE	1749-1832	Lengua alemana
JOHANN CH. SCHILLER	1759-1805	Lengua alemana

Lengua castellana · Lengua francesa · Lengua inglesa · Lengua italiana · Lengua alemana

LOS "FILOSOFOS" OPINAN

Sobre Dios y la religión:

"No hay nadie que, al servirse de la razón, no necesite la asistencia de Dios; pues sin ésta, la razón es un guía que extravía: la filosofía puede así compararse a unos polvos tan corrosivos que, después de haber quemado la carne supurante de una herida, roen la carne viva y cariarían los huesos y llegarían hasta la medula. La filosofía empieza por refutar los errores, pero si no se detiene aquí, ataca las verdades" (PIERRE BAYLE).

"El primer objetivo de un hombre religioso, ¿acaso no debe ser el de complacer a la Divinidad qué ha establecido la religión que él profesa? Pero el medio más seguro para conseguirlo es, sin duda, observar las normas de la sociedad y los deberes de la humanidad: pues, sea cual fuere la religión en que se vive, dado que se admite una, hay que admitir también que Dios ama a los hombres, puesto que estableció una religión para hacerles felices; que, si ama a los hombres, podemos estar seguros de agradarle amándoles también, es decir, ejerciendo para con ellos todos los deberes de la caridad y de la humanidad, y no violando las leyes bajo las que viven" (MONTESQUIEU).

"Después de nuestra santa religión, que sin duda es la única buena, ¿cuál puede ser la menos mala? ¿No será acaso la más sencilla? ¿No será aquella que enseñe mucho de moral y muy poco de dogmas? ¿La que tienda a hacer justos a los hombres sin hacerles absurdos?... ¿No será aquella que no sostenga su creencia por medio de verdugos y que no inunde la tierra de sangre por sofismas ininteligibles?... ¿La que no enseñe más que la adoración de un Dios, la justicia, la tolerancia y la humanidad?" (VOLTAIRE).

"¿Un fenómeno nos parece por encima del hombre? En seguida decimos: Es la obra de un Dios; nuestra vanidad no se contenta con menos. ¿No podríamos poner en nuestros razonamientos un poco menos de orgullo y un poco más de filosofía? Si la naturaleza nos ofrece un nudo difícil de desatar, tengámosle por lo que es; y no nos sirvamos para cortarlo de la mano del ser que en seguida se convierte para nosotros en un nuevo nudo más indisoluble aún que el primero" (DENIS DIDEROT).

"Os confieso que la majestad de las Escrituras me sorprende, la santidad de los Evangelios habla a mi corazón... Sí, si la vida y la muerte de Sócrates son propias de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son propias de un Dios... Pero este mismo Evangelio está lleno de cosas increíbles, de cosas que repugnan a la razón, y que es imposible que un hombre sensato conciba y admita. ¿Qué hacer en medio de tantas contradicciones? Ser siempre modesto y circunspecto" (JEAN-JACQUES ROUSSEAU).

"La idea de Dios es el único error que no puedo perdonar a los hombres" (SADE).

Sobre los reyes y los gobiernos:

"Lo que hace la fuerza de la autoridad de los soberanos es que a menudo no es posible impedir el mal que hacen más que con un mal aún mayor, que es el peligro de la destrucción" (MONTESQUIEU).

"Concibo fácilmente, dijo el brahmán, que en la tierra haya muy pocas repúblicas. Raras veces los hombres son dignos de gobernarse a sí mismos. Esta dicha sólo corresponde a pueblos pequeños que se ocultan en islas o entre montañas, como conejos que evitan el trato de animales carniceros; pero a la larga son descubiertos y devorados" (VOLTAIRE).

"El soberano es la fuente de todo poder político y civil. No entiendo este razonamiento. A mi juicio, la fuente de todo poder político y civil es el consentimiento de la nación, representada por diputados o asambleas corporativas" (DIDEROT).

"Uno de los representantes de Júpiter en la tierra se levanta de la cama, él mismo se prepara su chocolate y su café, firma órdenes sin haberlas leído, ordena una cacería, vuelve del bosque, se cambia de ropa, se sienta a la mesa, se emborracha como Júpiter o como un faquín, se duerme sobre la misma almohada que su amante, y a eso llama gobernar su imperio" (DIDEROT).

"Definición de un gobierno despótico: un orden de cosas en el que el superior es vil y el inferior está envilecido" (CHAMFORT).

Sobre la guerra:

"Sin duda es un arte bellísimo este que arrasa los campos, destruye las viviendas y hace perecer, como término medio, de cada cien mil personas unas cuarenta mil cada año" (VOLTAIRE).

"La guerra ahoga la voz de la naturaleza, de la justicia, de la religión y de la humanidad. Sólo engendra rapiñas y crímenes; va acompañada por el espanto, el hambre y la desolación; desgarra el alma de las madres, de las esposas y de las hijas; arrasa los campos, despuebla las provincias y reduce a polvo las ciudades. Agota a los estados florecientes en medio de sus mayores triunfos; expone a los vencedores a los trágicos reveses de fortuna; corrompe las costumbres de todas las naciones y hace aún más miserables que a los que arrebata. Estos son los frutos de la guerra" (CABALLERO DE JAUCOURT en la *Enciclopedia*).

"No, no es con convulsiones peligrosas, no es con combates, con regicidios y con crímenes inútiles como conseguiremos que cicatricen las heridas de las naciones. Estos remedios violentos son siempre más crueles que los males que queremos hacer desaparecer. Sólo con la ayuda de la verdad podemos hacer que Astrea descienda entre los habitantes de la tierra. La voz de la razón no es ni sediciosa ni sanguinaria. Las reformas que propone, por ser lentas no son por ello menos adecuadas. Al ilustrarse, los hombres se suavizan" (HOLBACH).

"Las pasiones ciegas de los soberanos les llevan a extender los límites de sus estados; despreocupándose del bien de sus súbditos, sólo piensan en aumentar el número de hombres a quienes hacer desgraciados. Estas pasiones encendidas o mantenidas por ministros ambiciosos o por guerreros cuya profesión es incompatible con el reposo, han tenido en todos los tiempos los efectos más funestos para la humanidad. La historia sólo nos proporciona ejemplos de paces violadas, de guerras injustas y crueles, de campos devastados, de ciudades reducidas a ceniza" (artículo "Paz" en la *Enciclopedia*).

C. P.

Capilla erigida a Dios por Voltaire en Ferney.



con el mismo derecho con que se la han quitado, o tiene razón en recuperarla o no tenían razón los que aplicaron la fuerza para quitársela. Pero el orden social es un derecho sagrado que sirve de base a todos los demás, y este derecho social no procede de la Naturaleza, es producto de un contrato. Vamos a ver qué es este contrato social."

Estas furiosas invectivas se publicaban y leían como filosofía, pero iban elaborando

"Les Charmettes", casa de madame Warens, en Chambéry (Saboya), donde Rousseau pasó su juventud.

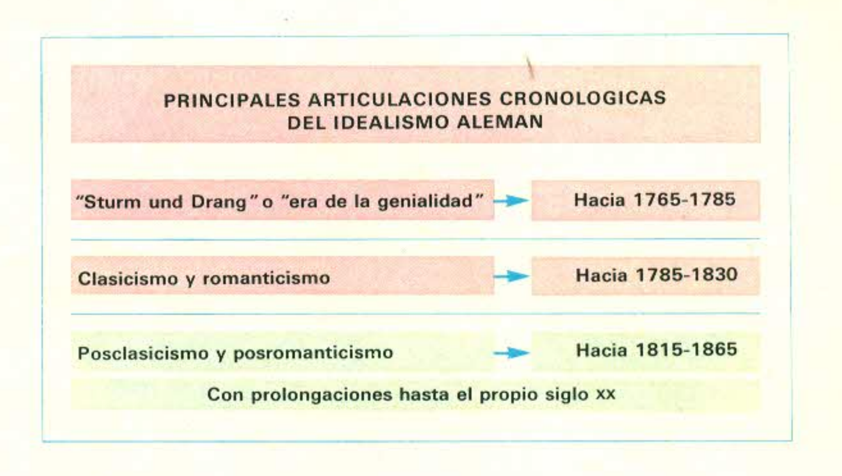


Jean-Jacques Rousseau, en una escultura del siglo XVIII (Museo Carnavalet, París).

la revolución. Además, Rousseau con otros escritos dio positivas normas de conducta, algunas de las cuales nos son todavía de gran utilidad. En la deliciosa novela sentimental *La nueva Eloísa* defendió el casamiento por amor, por libre elección y voluntad de los cónyuges, no por conveniencias de la familia, como se practicaba entonces. En el *Emilio* o la *Educación* dio un programa pedagógico para educar a un muchacho con arreglo a la razón y ateniéndose a las indicaciones que recibimos de la naturaleza. Predicaba la lactancia maternal; el desarrollo gradual de las facultades y, por consiguiente, la gradación de los estudios; la libertad del pensamiento, la religión cordial, directa, sin ritos complicados; la sencillez de bienes y de vida; el amor fraternal, universal, no reducido a la familia o a los compatriotas... Y, además, lo practicaba. Vivía en un *ermitage*, o en una isla, o en un refugio, o en los barrios bajos de París, sin preocuparse de amasar una fortuna ni de establecer

su cuartel general en una mansión que fuera suya. Pese a sus extrañezas y locuras (acabó realmente paranoico), Rousseau era adorado por las personas sensibles e inteligentes de su época, cuyas visitas le enojaban, y más enojo le daba todavía que quisieran honrarse concediéndole su protección.

Uno de los efectos de la "predicación" de Rousseau fue el que se ha llamado después retorno a la naturaleza. Sus escritos obligaron a estimar el paisaje, a querer la vida simple y natural de los campesinos, al extremo de tratar de imitarles hasta en sus defectos. El amigo y discípulo de Rousseau, el



PRINCIPALES ARTICULACIONES CRONOLOGICAS DEL IDEALISMO ALEMAN

"Sturm und Drang" o "era de la genialidad" →	Hacia 1765-1785
Clasicismo y romanticismo →	Hacia 1785-1830
Posclasicismo y posromanticismo →	Hacia 1815-1865
Con prolongaciones hasta el propio siglo XX	

Representación de "La nueva Eloísa", de Rousseau, por F. Hubert (Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona). Rousseau, al paso que escribía obras como el "Contrato social", era autor de una literatura sentimental (como "La nueva Eloísa", en que defiende el matrimonio por amor) que dará origen a la literatura lacrimógena posterior. También fue creador del mito del "retorno a la naturaleza".

DOS CHIVOS EXPIATORIOS DEL SIGLO XVIII: LOS JESUITAS Y LA MASONERIA

Las causas del odio que la Compañía de Jesús se había atraído en los ambientes ilustrados del siglo son complejas, pero podrían sintetizarse en dos: su carácter de "milicia de la Iglesia", en primera línea del gran debate ideológico de la época, y el poder y la inmensa influencia que los jesuitas habían alcanzado en todo el mundo. Confesores de muchos monarcas europeos, entre otros de los reyes de Francia desde Enrique IV, con una importante red de prestigiosos colegios en los que se formaron no pocas de las grandes figuras intelectuales del siglo (Voltaire, Prévost, Diderot, Buffon, Morellet, Raynal), lanzados a empresas misionales de extraordinaria importancia y manejando cuantiosos fondos, en torno a ellos se creó el mito de una poderosa "secta" secreta que aspiraba a dominar el mundo sin reparar en los medios. Ya en el siglo XVII el clima antijesuítico fue muy fuerte en Francia, y la enconada disputa con los jansenistas, en la que finalmente triunfaron aunque a costa de perder muchas simpatías (recuérdese el famoso libelo antijesuítico de Pascal, *Las cartas provinciales,* en las que ataca la casuística acomodaticia que se atribuía a la orden), contribuyó a su descrédito.

Los "filósofos" tienden a ver en la Compañía el símbolo vivo del oscurantismo, el fanatismo y el afán de poder de la Iglesia, y no le ahorran ataques de todo género, mientras que la opinión pública le es cada vez más adversa y grandes sectores de la Iglesia francesa se enemistan también con ella al ser ganados a las ideas galicanas y ver, por tanto, en los jesuitas a los "agentes" del papa. Sin embargo, paradójicamente, en el siglo en que arrecia la campaña antijesuítica que culminará con la disolución de la orden, el papel de los discípulos de san Ignacio dista de ser, en conjunto, enteramente "retrógrado", y en ocasiones incluso pueden parecer más modernos y "avanzados" que los propios "filósofos" que los combatían en nombre de "las luces".

Si las publicaciones jesuíticas, como el famoso *Journal de Trévoux,* se opusieron en general a las innovaciones y atacaron con verdadera saña a la *Enciclopedia,* fueron muchos los jesuitas que adoptaron actitudes más comprensivas y abiertas, y Voltaire, por ejemplo, nunca dejó de mantener relaciones amistosas con sus antiguos maestros. En cuanto a los dos grandes escándalos del siglo que debían contribuir decisivamente a la pronta desaparición temporal de la orden, vistos desde el siglo XX parecen más bien indicios de vitalidad que de corrupción: el asunto de los ritos chinos muestra cómo los jesuitas se adelantaron en varios siglos a la visión actual de los problemas misionales, en el sentido de respetar la civilización de los pueblos paganos que querían evangelizar y de adaptarse en todo lo posible (en Roma se juzgó que se había ido demasiado lejos en este punto) a las costumbres y tradiciones del país; en cuanto a las reducciones del Paraguay, el llamado "reino jesuita" del Nuevo Mundo, con una organización que parece un anticipo del moderno comunismo, fueron muchos los "filósofos" que no les regatearon sus elogios: así, Voltaire (a pesar de las sarcásticas bromas de *Cándido*) en *El ensayo sobre las costumbres,* Montesquieu en *El espíritu de las leyes,* Buffon, D'Alembert, Raynal y otros, todos ellos nada sospechosos de simpatías clericales.

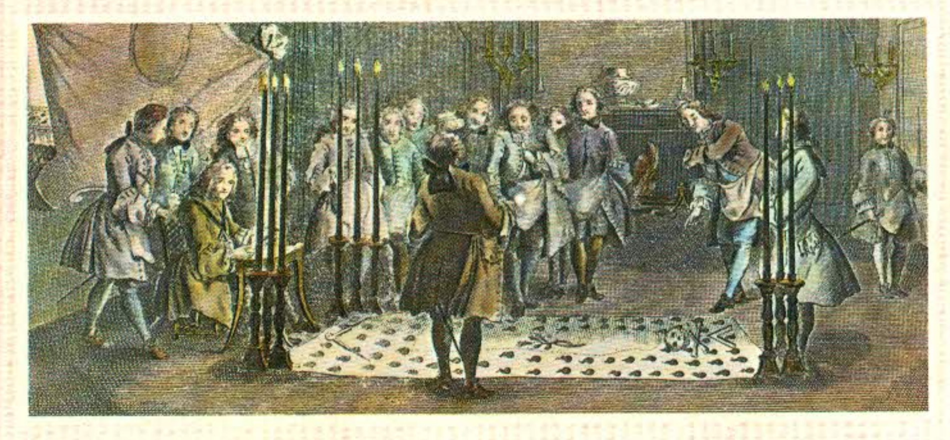
Otro escándalo mucho menor, pero infinitamente más justificado, el de la bancarrota, en 1760, del padre Lavalette, en palabras de un historiador católico "un sorprendente filibustero con sotana, que se había creado en las Antillas un pequeño imperio colonial", atizó los odios antijesuíticos, provocando la supresión de la Compañía en Francia (1762). Unos años antes, en 1759, los jesuitas habían sido expulsados de Portugal, y en abril de 1767 lo fueron de España. Los monarcas católicos de toda Europa pidieron al papa que disolviera la orden, y así lo hizo Clemente XIV en 1773, y si el decreto no se aplicó en todo el continente fue debido a la oposición de un rey herético (Federico II de Prusia) y de una emperatriz cismática (Catalina II de Rusia) que acogieron en sus estados a muchos de los padres dispersados. Los "filósofos", representados por D'Alembert *(Mémoires sur la destruction des jésuites,* 1765), cantan victoria, pero Voltaire se muestra más circunspecto: acoge en sus propiedades a varios de los fugitivos y recuerda a D'Alembert, no sin ironía, el refrán de que es mejor malo conocido que bueno por conocer.

El mito de la francmasonería como sociedad secreta con fines subversivos y anticristianos, de signo opuesto al del "poder jesuita", no cuaja plenamente hasta el siglo XIX, pero sus elementos principales aparecen ya en el XVIII. Cuando las antiguas corporaciones de albañiles de la Edad Media, que guardaban celosamente sus secretos profesionales y admitían como afiliados a grandes señores curiosos, se convirtieron en la masonería filosófica o "especulativa", cristalizó en las logias esa actitud de tipo racionalista y deísta, que favorecía las ideas de libertad e igualdad, pero sin ningún carácter específicamente anticristiano.

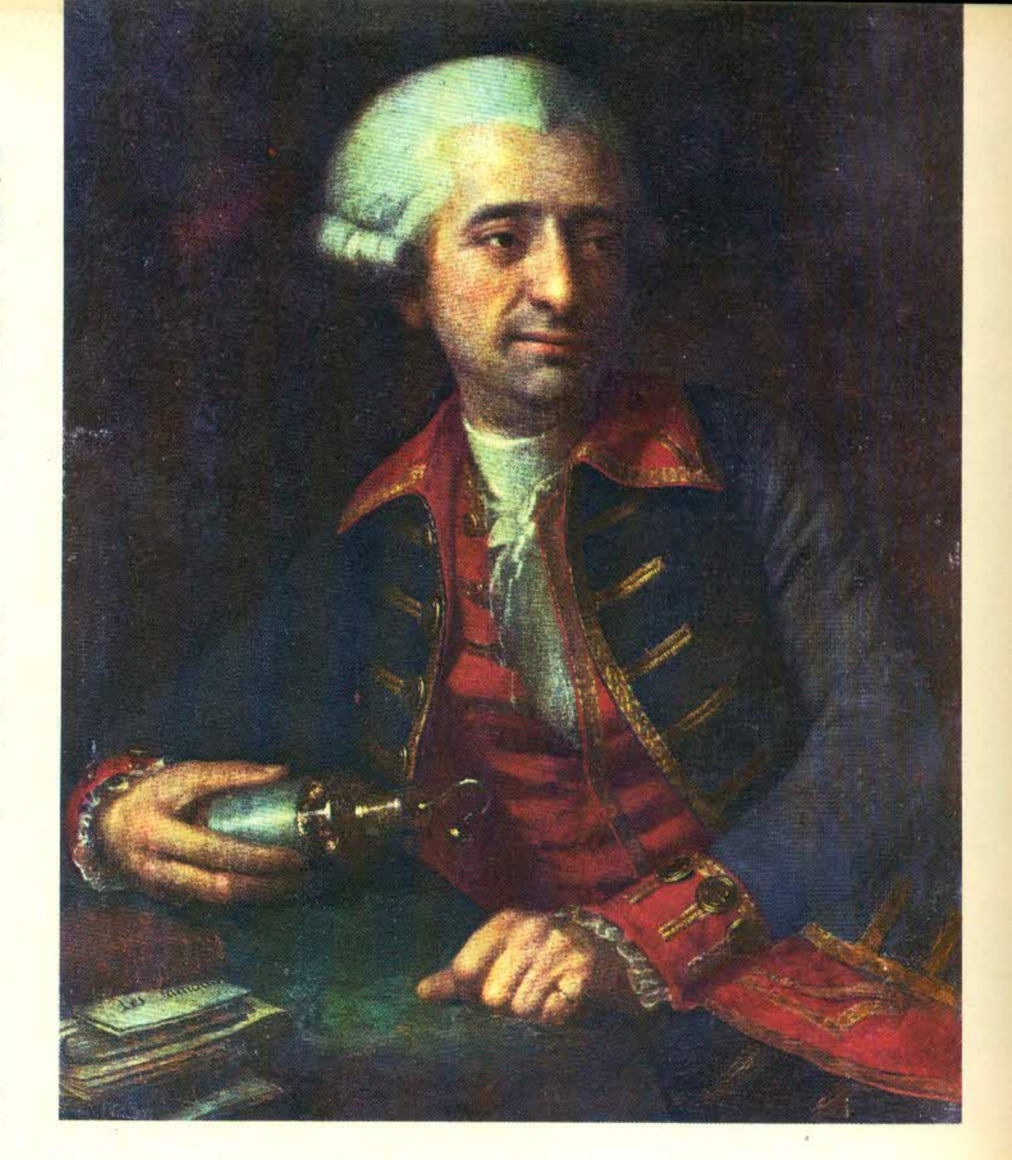
El papa Clemente XII condenó la francmasonería en 1738, condenación renovada en 1751 por Benedicto XIV, pero ello no impidió que, excepto en España y Portugal, donde la Inquisición perseguía a los masones, en casi todos los países estas bulas se consideraran como letra muerta (en Francia, por la razón legal de que no habían sido refrendadas por el Parlamento de París) y los hermanos pudieron reunirse casi abiertamente incluso en la propia ciudad de Roma. A lo largo de todo el XVIII (e incluso principios del XIX) fueron muchos los católicos adeptos de la masonería, que, haciendo caso omiso de las disposiciones pontificias, seguían convencidos de su carácter religioso o, por lo menos, innocuo desde este punto de vista; y no sólo simples fieles, sino incluso muchos clérigos y miembros del alto clero. En Francia, en vísperas de la Revolución, entre los "venerables" abundaban los clérigos, los canónigos y los benedictinos, y la logia *L'Amitié à l'Epreuve,* de Narbona, en 1782 estaba compuesta exclusivamente por miembros del clero.

Respecto a su peligrosidad social, hay que recordar que de las logias francesas (que en 1776 eran unas 300, agrupando a unos 30.000 hermanos) salieron muchos promotores de reformas e incluso de ideas revolucionarias: a fines del siglo, Sieyès, Desmoulins, Danton, Talleyrand, Mirabeau, Felipe Igualdad, Marat y Robespierre, entre otros, pertenecían a la francmasonería, pero, contra lo que suele creerse, fueron relativamente muy pocos los "filósofos" afiliados a ella (Montesquieu, Helvétius, Mably, Condorcet, Voltaire pocos días antes de su muerte, a los 84 años)... Carece también de fundamento la suposición de que la *Enciclopedia* fue una empresa masónica (de sus 150 redactores, sólo unos diez eran masones). Los datos conocidos permiten afirmar que en las logias de esta época tanto los extremistas políticos como los ateos eran una minoría muy escasa.

C. P.



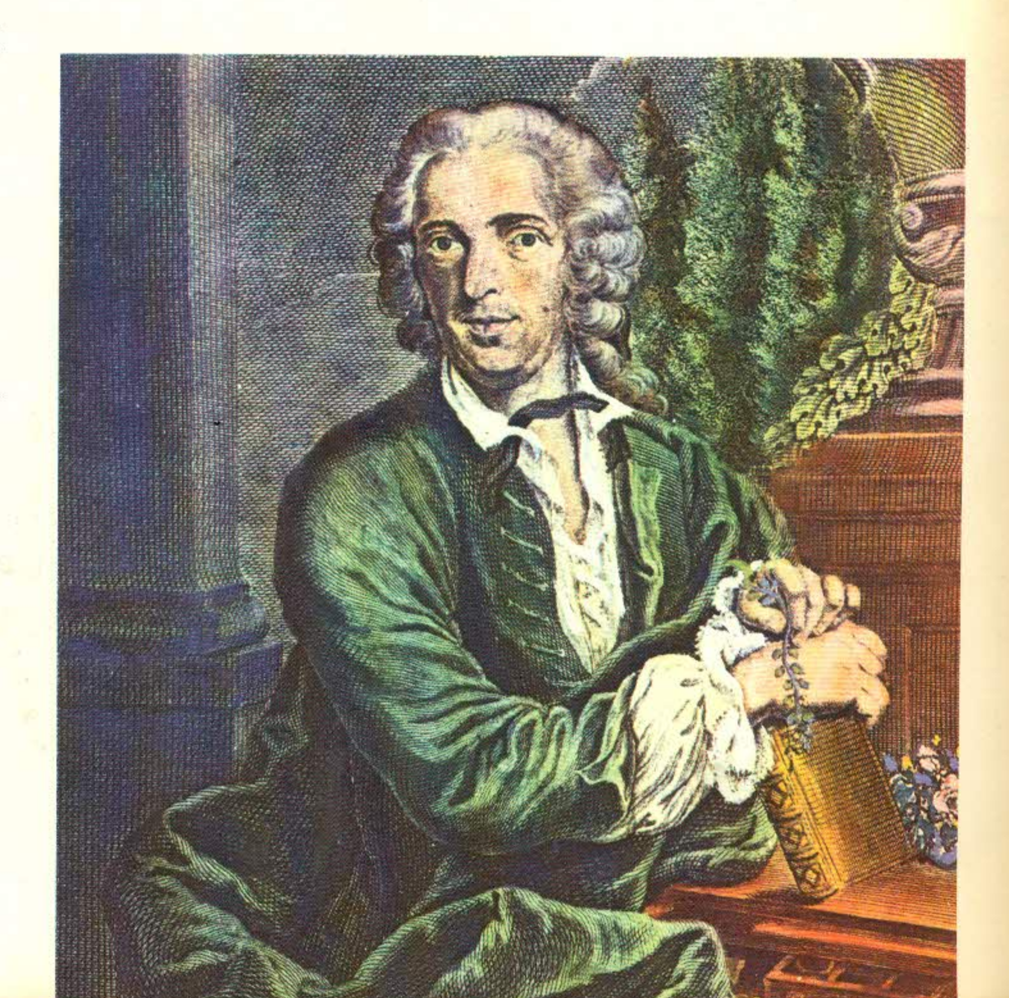
A.-L. Lavoisier, por Brossard de Baulieu (Museo de Versalles). Este notable químico francés estudió sobre todo las oxidaciones y después la respiración de los animales. Además de sus actividades científicas, formó parte del cuerpo de recaudadores de impuestos, cuyos componentes fueron detenidos, cuando la Revolución francesa, por la Convención, y Lavoisier fue condenado a muerte y ejecutado.



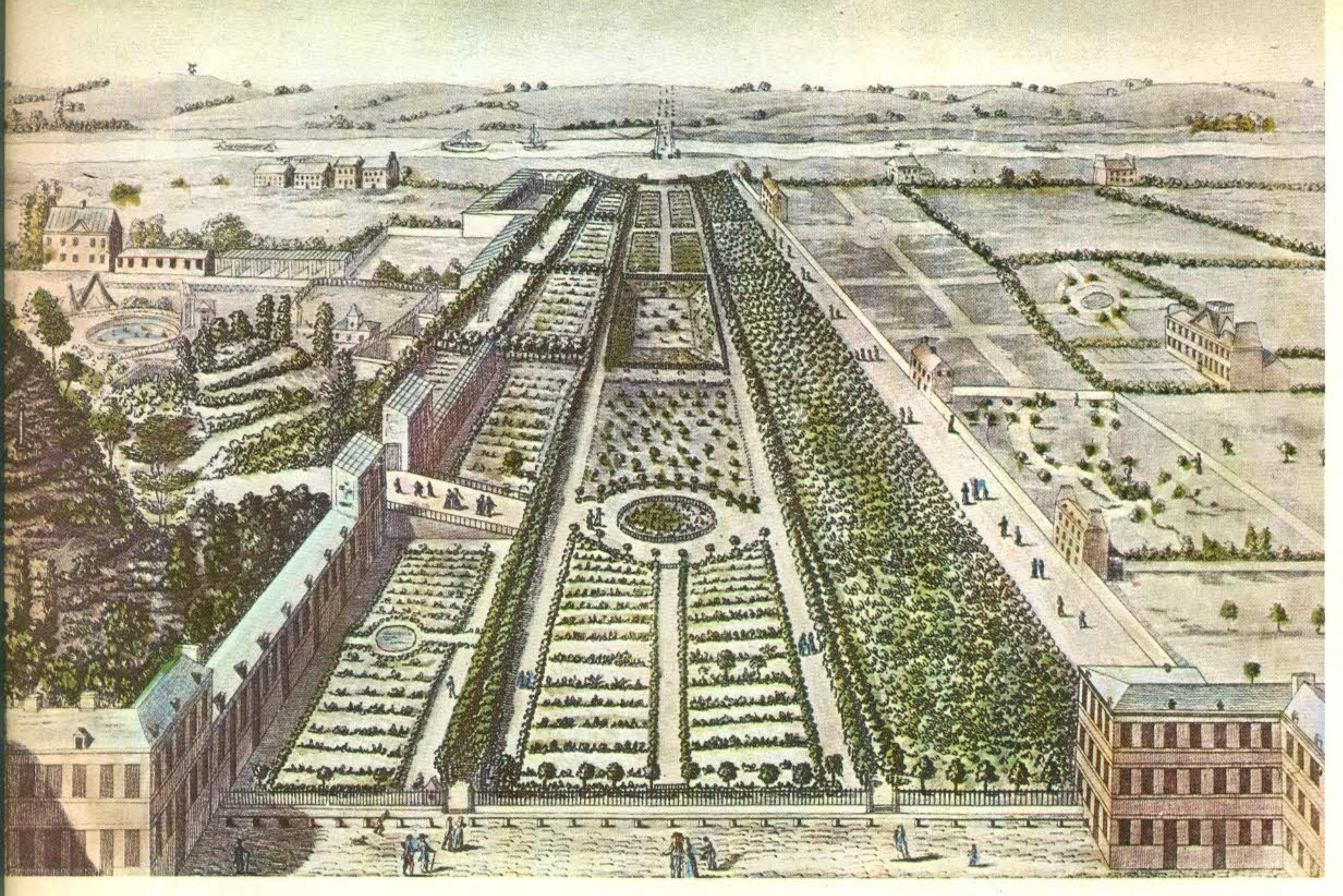
abate Bernardino de Saint-Pierre, extremó la nota con su novelita *Pablo y Virginia*. El peligro que entrañaba esta vuelta a la rusticidad y simplicidad era de que en lugar del entusiasmo apasionado y masculino de Rousseau por la vida natural y sana, se cayera en un huero romanticismo. La filosofía se convertía en novela.

Mientras Voltaire y Rousseau ponían en la picota los principios elementales de la sociedad humana, haciendo antropología, sociología o ciencia política, los verdaderos científicos arrancaban nuevos secretos a la materia, que hasta Newton había parecido su eterna y misteriosa enemiga.

Cavendish, en Inglaterra, el descubridor del hidrógeno, describió con minuciosa precisión sus caracteres físicos y químicos. Priestley descubrió el oxígeno y Lavoisier completó el descubrimiento explicando el fenómeno de la combustión y la parte que desempeña el oxígeno en la respiración. El fenómeno de que al arder los cuerpos consumiesen aire había preocupado ya a Priestley. Observó que una candela ordinaria consumía un galón de aire (cuatro litros y medio) por minuto. Y así dice Priestley: "Considerando la enorme cantidad de aire que necesitarán los volcanes y fuegos de toda clase, es un asunto digno de investigación filosófica descubrir cómo repara la Naturaleza el daño que recibe por estos medios". Priestley encontró la solución: las plantas regeneraban el aire viciado, pero creyó que lo hacían



Carlos de Linneo (Carl von Linné), el científico sueco que intentó establecer una sistemática natural de los seres vivos. Su "Systema naturae" es la base de la taxonomía zoológica, del mismo modo que "Species plantarum" es el punto de partida de la nomenclatura botánica. Uno de sus mayores méritos consiste en haber ideado la nomenclatura binaria. (Biblioteca Nacional, París.)



El "Jardin des Plantes" a finales del siglo XVIII, después de las ampliaciones de Buffon (Biblioteca Nacional, París).

desflogisticando los vapores, lo que era tanto como no explicarlo, porque las palabras *flogisto* y *flogisticar* eran para los químicos de entonces tan misteriosas como para nosotros.

Lavoisier observó que al arder el fósforo, el ácido formado por la combustión pesa más de lo que pesaba el fósforo, y el exceso de peso no podía ser otro que el oxígeno tomado del aire y añadido al fósforo. La respiración era otra combustión. El aire al salir de los pulmones no era ya aire, sino bióxido de carbono y agua.

Las ciencias naturales recibieron una ayuda extraordinaria con la simple idea de Linneo de clasificar los seres vivos valiéndose de dos nombres, uno genérico y otro específico. Linneo estudió mayormente las plantas y aceptó el famoso axioma: *Natura non facit saltus,* esto es, que las especies no se transforman o evolucionan bruscamente, sino por gradaciones llamadas anillos de tránsito. Linneo fundó su sistema de clasificación en la flor, exagerando en gran manera la importancia de este órgano, como si el resto de la planta casi no fuese digno de atención.

La obra de Linneo en Suecia fue continuada en Francia por Buffon. Este era, además, un gran escritor, que se apasionaba

EL REDESCUBRIMIENTO DE LA ANTIGÜEDAD CLASICA Y LA APARICION DEL NEOCLASICISMO

1709 Descubrimiento de las ruinas de Herculano.
1748 Hallazgo de las ruinas de Pompeya.
1750 Publicación de los resultados de las investigaciones de Dawkins y Wood en Palmira y Baalbek.
1755 Aparición de las "Reflexiones sobre la imitación de las obras de arte de Grecia" por Johann Joachim Winckelmann (1717-1768).
1763 Winckelmann, comisario de las antigüedades romanas y bibliotecario del Vaticano.
1764 Winckelmann: "Historia del arte en la Antigüedad".
1764-1790 Construcción del Panteón, en París, por Soufflot.
1766 Lessing: "Laocoonte".
1767 Edición de los trabajos arqueológicos realizados en Paestum.

por el estilo. Insiste en la necesidad "de acumular hechos para inferir ideas que sean su consecuencia". Aludiendo a Linneo, desprecia a los naturalistas que se contentan con clasificar y dar nombres a las especies. "La Naturaleza –dice Buffon– trabaja con un plan eterno que no abandona jamás." El descubrir o adivinar este plan es la obra del naturalista. Buffon se arriesga a lanzar ideas que hoy llamaríamos hipótesis, pero que hacen decir a Voltaire que su *Historia Natural* es una novela. He aquí el resultado: lo que en Suecia se reducía a una simple ciencia de clasificación con Linneo, en Francia se convertía en filosofía peligrosa hasta a juicio de Voltaire. Condorcet dice: "Acaso Buffon ha pensado que el mejor método de destruir los errores de la metafísica y la moral era multiplicar las verdades obtenidas con la observación en las ciencias naturales". En lugar de combatir al hombre terco en su ignorancia, prefirió inspirarle el deseo de instruirse.

Todos estos nuevos conceptos, y muchísimos más, fueron incorporados en el gran diccionario, tendencioso, "filosófico", llamado *Enciclopedia*.

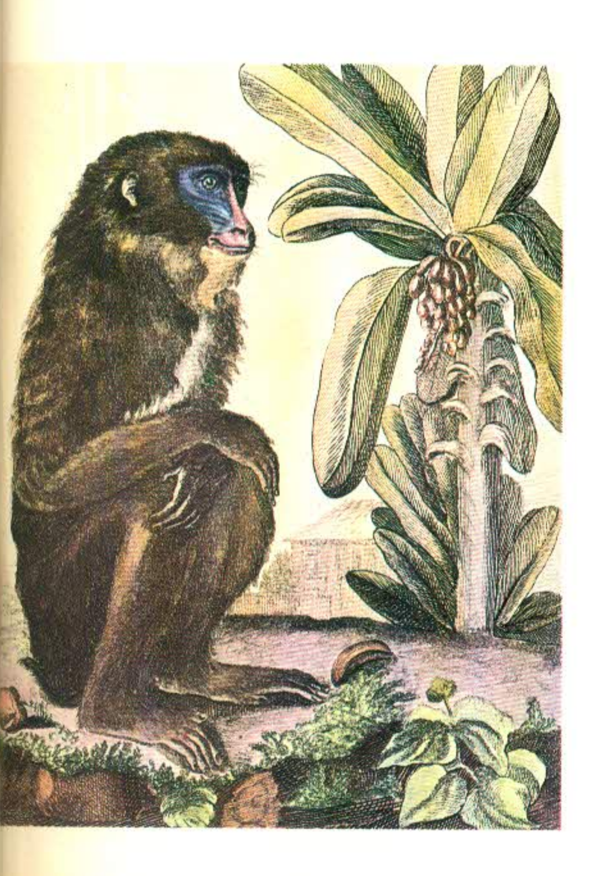
La idea de archivar en volúmenes por orden alfabético la entera perspectiva del conocimiento humano había venido también de Inglaterra. Los libreros de París pensaron hacer un negocio editorial adaptando al gusto del público francés la traducción de la *Enciclopedia* de Chambers, publicada en 1728.



Denis Diderot, según grabado de la Biblioteca Nacional de París. Recibió, junto con D'Alembert, la dirección de la "Enciclopedia", para la que consiguieron la colaboración de las mejores plumas de la época. En esta obra trabajó durante veinte años, a ella dedicó todos sus esfuerzos y llegó a ser el alma de la misma. Escribió novelas, pensamientos filosóficos, dramas para el teatro y hasta críticas de las exposiciones de pintura.

Pero encargaron la dirección a Diderot y D'Alembert, dos filósofos que en seguida comprendieron la tremenda oportunidad de difundir las ideas nuevas, y más que una obra científica hicieron un libro de propaganda. Los colaboradores fueron Voltaire, Rousseau, Buffon, Helvecio, Condillac y el *abbé* Raynal, para citar tan sólo los nombres de los más conocidos.

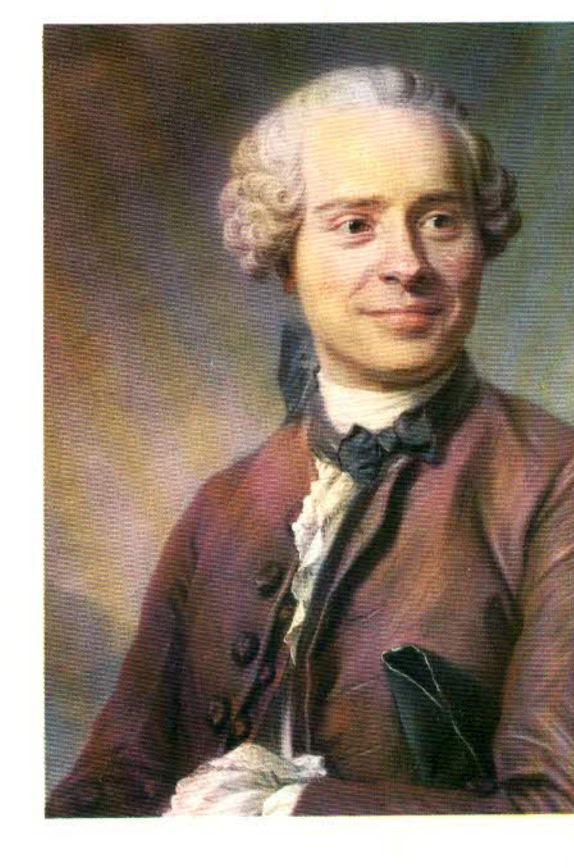
Los editores, por otra parte, no ocultaban sus propósitos. En el *Discurso preliminar* de D'Alembert se dice bien claro que la *Enciclopedia* iba a ser un *Diccionario razonado*, y jugando con la palabra razonar se dice que no se aceptará lo que diga la tradición y la autoridad, sino sólo lo que acepte la razón. Los maestros no serán Aristóteles ni Tomás, sino Descartes, Newton y Locke... Ellos han probado que la certidumbre nace del raciocinio y que la historia humana es el progreso de la inteligencia. La *Enciclopedia* no podía ser intentada más que en un "siglo filosófico", y éste era, según creían Diderot y D'Alembert, el siglo XVIII.



Mandril, del cuaderno de animales de Buffon, el naturalista francés continuador de la obra de Linneo (Biblioteca Nacional, París).

Lo gracioso de la *Enciclopedia* es que algunos artículos estaban redactados por espíritus tan finos, que no se sabe si hablan seriamente o si se burlan de los grandes títulos que tratan de explicar. Capítulos como los que explican las palabras *Dios, Religión, Fe,* producían un efecto corrosivo bajo una apariencia de imparcialidad. Esto produjo gran revuelo y llegó a prohibirse la publicación de la *Enciclopedia*. Pero, a pesar de ello, fue saliendo con pie de imprenta falso en el propio París, hasta su terminación.

El efecto de la prohibición fue sólo enfriar a algunos colaboradores; otros, como Voltaire, se cansaron pronto. Tenían su obra personal que les absorbía casi completamente. Desde el cuarto volumen la *Enciclopedia* puede decirse que fue redactada casi enteramente por Diderot, que hizo de ella la ocupación de toda su vida.



Jean le Rond d'Alembert, por Quentin-Latour (Museo del Louvre, París). Físico y matemático, empezó, junto con Diderot, a dirigir la "Enciclopedia", para la que escribió el "Discurso preliminar" (1751). Intimidado por la oposición que la publicación de aquella obra suscitó, abandonó la empresa el año 1759. Escribió obras filosóficas y de física.

EL DESARROLLO DE LA PRENSA EN INGLATERRA

SU APARICIÓN

La Prensa inglesa se desarrolla libremente –cualquier persona puede fundar un periódico, no hay censura–, respondiendo a las necesidades de información política –en un país con régimen parlamentario–, financiera y cultural.

SU DIFUSIÓN

Las publicaciones pronto alcanzan ritmo semanal y desde 1702 hay diarios. Diversos tipos de periódicos: políticos, gacetas morales, hojas de anuncios, etc. La variedad de formatos, el número, el bajo precio –algunos eran una simple hoja–, hacen que la Prensa se cree un público muy amplio y llegue a las clases inferiores.

LA PRENSA POLÍTICA

Inicio de una influencia real de la Prensa sobre el público –con autores como Defoe, Swift y Fielding– y comienzo de la utilización política de esta influencia.

REACCIÓN GUBERNAMENTAL

PRESIÓN FISCAL

Ley del Timbre: grava a los periódicos con una carga adicional elevada.

ORGANIZACIÓN DE LA COMPETENCIA

Subvención gubernamental a periódicos favorables; inspiración directa de periódicos gubernamentales.

PERSECUCIÓN JUDICIAL

Prohibición de escribir sobre los debates parlamentarios: sometimiento de los periodistas a una jurisdicción especial.

PRENSA INDEPENDIENTE

SELECCION COMPETITIVA

La ley del Timbre hace desaparecer los pequeños periódicos, pero favorece a los más fuertes, pues les permite ampliar su público.

FINANCIAMIENTO PROPIO

Los periódicos buscan en las fortunas privadas y en la inserción de publicidad un medio económico de subsistencia.

INFORMACIÓN EN CLAVES

Es el caso de Swift, quien, al transcribir las discusiones del Parlamento de Liliput, refiere a un público de "enterados" los problemas de la Cámara de los Comunes.

La administración del Estado es criticada abiertamente. Medidas represivas de los magistrados londinenses (1751, asunto Wilkes, etc.). La presión popular es favorable a los periodistas.

LEGISLACIÓN DE 1792

Los periodistas no estarán sometidos ni a una ley de excepción ni a jurisdicciones especiales. En asuntos de Prensa, la decisión corresponde a los tribunales ordinarios.

Algunos de los hombres de ciencia de que hemos hablado pueden considerarse ya como intermedios, como puentes, entre dos centurias. Lavoisier fue guillotinado por la Revolución, pero su viuda casó con otro químico y continuó desempeñando el papel de inspiradora del progreso científico hasta principios del siglo XIX. ¡Qué no hubiera podido hacer Lavoisier!

Volta, el descubridor de la electricidad, o por lo menos de algunas de sus propiedades, nació en Como en 1745 y murió en 1827. Consiguió producir la primera corriente eléctrica permanente. Puede decirse también que es el inventor de la pila eléctrica. La ciencia le ha recompensado llamando voltio a cierta unidad eléctrica.

Contrastando con Volta, metódico y científico a la vez, a fines del siglo XVIII apareció el genial charlatán Franz Anton Mesmer. Era

Ilustración de la "Enciclopedia", la obra de los "filósofos" que había de difundir las nuevas ideas en lo que había de ser el compendio de todo el conocimiento humano de la época.

austríaco, pero residió en París largo tiempo. Arrancando del principio disparatado de que los cuerpos celestes influyen en los seres vivos, en realidad descubrió Mesmer el hipnotismo. La popularidad de Mesmer y sus "tratamientos" de la neurosis de la época, la enfermedad de agotamiento y fatiga características del "fin de siglo", ocasionaron una polémica entre los hombres de ciencia liberales y los eclesiásticos, que obligó a pensar y en cierto modo contribuyó a preparar los progresos de la psicología patológica del siglo XIX.

Por fin, podríamos incluir en este capítulo los primeros intentos de aeronáutica de los hermanos Montgolfier, quienes consiguieron interesar a la corte con sus experimentos. En 1782 uno de los Montgolfier se elevó por primera vez en el aire con un globo aerostático. En aquella ascensión le acompañaban dos individuos más. Icaro había sido superado.



Los hermanos Joseph-Michel y Jacques-Etienne Montgolfier, realizadores de los primeros intentos de aeronáutica.

BIBLIOGRAFIA

Gershoy, L.	*L'Europe des princes éclairés. 1763-1789,* París, 1966.
Hazard, P.	*El pensamiento europeo en el siglo XVIII, de Montesquieu a Lessing,* Madrid, 1952.
Mauzi, R. M.	*L'idée de bonheur dans la littérature et la pensée française au XVIII^e siècle,* París, 1960.
Mornet, D.	*La pensée française au XVIII^e siècle,* París, 1956.
Mousnier, R.; Labrousse, E.; Bouloisseau, M.	*El siglo XVIII. Revolución intelectual, técnica y política,* en "Historia de las civilizaciones", tomo V, Barcelona, 1963.
Pomeau, R.	*L'Europe des lumières. Cosmopolitisme et unité européenne au XVIII^e siècle,* París, 1966.
Saulnier, V. L.	*La littérature française du siècle philosophique,* París, 1961.
Textes	*choisis de "L'Encyclopédie". Introduction et commentaires par Albert Soboul,* París, 1962.
Voltaire	*Obras,* Barcelona, 1968.



Representación de la elevación de un globo montgolfier que se efectuó en 1783 (Museo Lázaro Galdiano, Madrid).

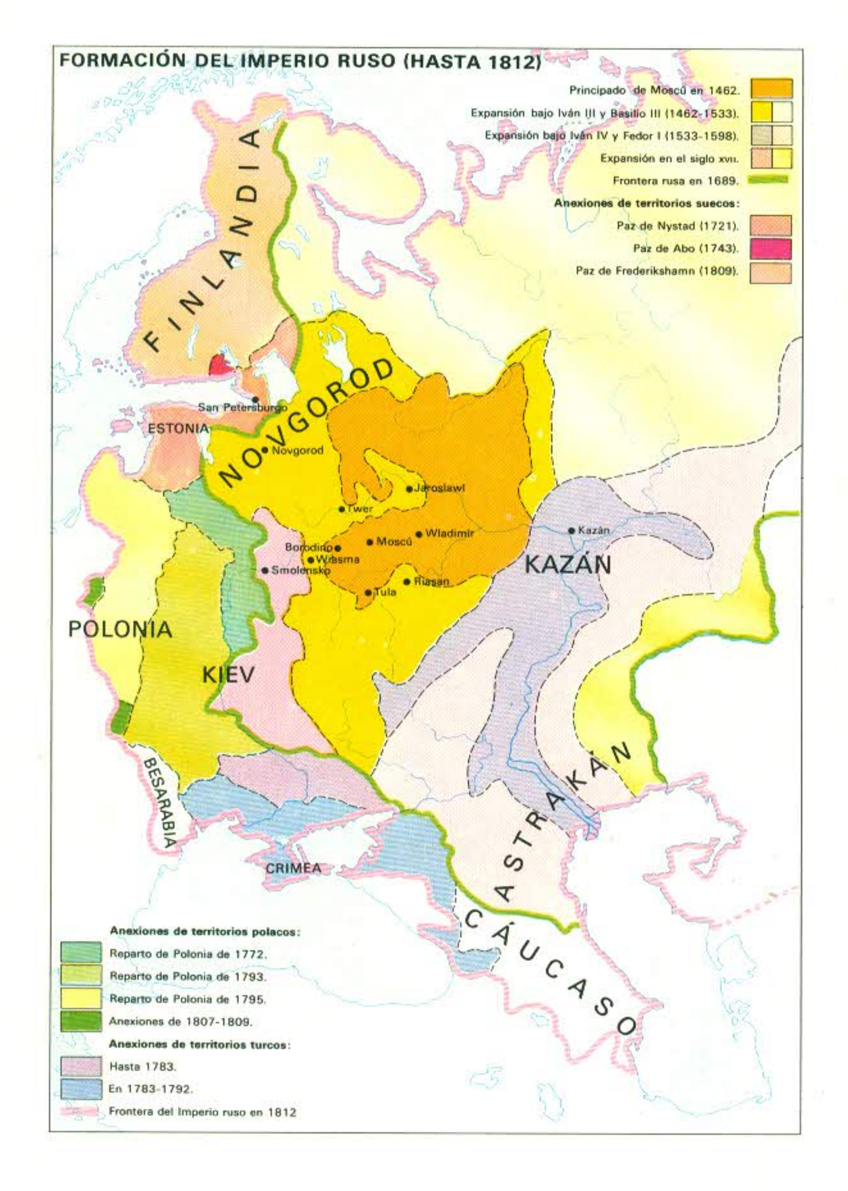


Embajada rusa del primer tercio del siglo XVII dirigiéndose a la asamblea de los Estados Generales holandeses en La Haya. Cuadro de Sybrand van Beest en el Rijksmuseum de Amsterdam.

Pedro I y Catalina de Rusia. Federico el Grande y María Teresa de Austria

La formación de las nacionalidades del oriente de Europa se efectuó con gran retraso. A principios del siglo XVI, vastas extensiones al norte de los Cárpatos estaban divididas en pequeños estados de fronteras inciertas, con organización de tipo medieval. Algunas, como Rusia, a duras penas habían conseguido establecer una sombra de monarquía, aún feudal, pero hereditaria; otras, como Polonia, quedaban anquilosadas en repúblicas aristocráticas que toleraban las dinastías tan sólo mientras lo permitían las rivalidades de los nobles. En Alemania, además del Rin y el Palatinado, que entraban en la órbita francesa, y Baviera, que oscilaba entre Francia y Austria, estaban Sajonia y la pequeña Marca de Brandeburgo, casi eslava, destinada a convertirse en Prusia y a ser el núcleo de otro gran Imperio germánico.

Pero incluso allí donde los acontecimientos siguieron un curso más rápido, precisaron dos o tres siglos para que aquellas regiones se pusieran a nivel del resto de Europa. A principios del siglo XVI, Crimea y las llanuras del sur de Ucrania estaban ocupadas por los tártaros. La autoridad del *Gran Príncipe de Moscovia* era sólo nominalmente reconocida por los boyardos o señores feudales rusos. Los lituanos, de antigua sangre turania, mezclados con teutones y gobernados por una Orden militar de caballeros germánicos, cerraban a los rusos el acceso al Báltico. El verdadero fundador del estado ruso fue Iván III de Moscú, llamado el Grande, que reinó de 1462 a 1505. Casó con Zoe, o Sofía, sobrina del último emperador bizantino, Constantino Paleólogo, y esto pudo animarle a adoptar el título de zar,



palabra que deriva de césar, distinción que a menudo concedían los augustos o emperadores bizantinos a príncipes bárbaros, sus vasallos, sin que este título implique en modo alguno reconocimiento de derechos imperiales, como pretendieron después los rusos para cohonestar su deseo de poseer Constantinopla. Más positivo resultado obtuvo Iván III empezando a imponerse a los turbulentos boyardos. Su nieto, Iván IV el Terrible, estableció la supremacía del zar de Moscú mediante una táctica política que hubiera podido ser eficacísima. Dejó a los boyardos tranquilos en sus haciendas-estados y creó una nobleza adicta a la corona. Cada sector de la administración resolvía con doble jurisprudencia. Los boyardos mantenían sus prerrogativas en un Consejo Real, o sea la Duma, y los nuevos nobles formaban otra corte separada sin privilegios, pero recibían del monarca continuos favores. Se les dieron las mejores tierras en las cercanías de Moscú y a lo largo de las vías de comercio. Los boyardos quedaron cada vez más alejados de la capital y obligados por su propio interés a defender las fronteras.

Pero este plan, aun si su autor lo hubiese concebido con entera claridad, hubiera requerido, para tener buen éxito, un temperamento mucho más dúctil que el de Iván el Terrible. No obstante, logró atemorizar a los boyardos, arrebató a los tártaros Kazán y Astrakhan y por el Norte consiguió llegar hasta las cercanías del mar Báltico. Iván IV asesinó a su hijo primogénito en uno de sus arrebatos de furor; al morir sólo quedaba para sucederle Teodoro, un infante incapaz, a quien hábilmente suplantó su cuñado Boris Godunov.

Una serie de pretendientes que se decían sucesores de Iván imposibilitaron el gobierno de Godunov. Se presentó, incluso, un impostor apoyado por los jesuitas, deseosos de hacer llegar a Rusia el catolicismo. Cabe imaginar con cuántos y cuán poderosos recursos contaría y la conmoción que produciría el impostor teniendo a su lado la vecina Polonia, también entregada a los jesuitas.

Por fin, una asamblea nacional, en la que tuvieron poca influencia los boyardos, eligió por zar, en 1613, a Miguel Romanov, quien, por el solo hecho de haber sido elegido por tal asamblea, tenía forzosamente que ser un personaje mediocre, pusilánime y piadoso; pero su hijo Alejo continuó la obra de Iván IV, ensanchando las fronteras, siempre con la persistente idea de llegar hasta el mar.



Vista parcial del Kremlin, el alcázar donde vivían los zares rusos.



Un noble ruso del siglo XVII: Pedro Ivanovich Potemkin, gobernador de Borousk y prelado de Ullech, embajador de Fedor II en España en 1668 y 1681. Retrato por Carreño de Miranda (Museo del Prado, Madrid).

En 1672, después de desvanecer las pretensiones que Polonia tenía sobre Ucrania, empezó a hostigar a los tártaros para apoderarse de Crimea, lo que representaba llegar al mar libre por el Sur.

La política de Alejo Romanov fue continuada y ampliada por su hijo, el famoso Pedro el Grande, que ha pasado a la Historia como el caso más ejemplar de príncipe reformador. Niño todavía, asistió al asesinato, por los boyardos, de un consejero de su padre, reformista, que al verse perseguido se le había abrazado en busca de protección. Esto le impresionó de tal modo, que, a pesar de su salud robusta y su cuerpo agigantado, Pedro quedó toda la vida afecto de ataques epilépticos. Hasta los diecisiete años vivió retirado de la corte, divirtiéndose atolondradamente con una banda de muchachos de su edad, que le había procurado su hermana Sofía, regente del Imperio. Aquella compañía, que hubiera envilecido a un espíritu vulgar, sirvióle de escuela a Pedro el Grande. Jugaba con sus camaradas a levantar fortalezas y a asaltarlas y construía barcos para navegar en un lago vecino. Su educación teórica se redujo a un poco de geometría; todo lo demás, filosofía, moral, historia, y sobre todo religión, lo ignoró por completo.

En la primera parte de su reinado tuvo la fortuna de encontrar un consejero tan ignorante como él, un aventurero suizo llamado Lefort, soldadote rudo, libre de prejuicios y dotado de inagotable buen humor.

Pedro fue coronado emperador el 1689, pero tampoco este honor alteró su carácter. Continuó viviendo tan desordenadamente como antes con sus camaradas de juventud. Había hecho dos viajes al mar Blanco, a la región de Arkhangel, y la contemplación de aquel océano desierto, helado durante nueve meses del año, única salida que tenían al mar los rusos, le movió a acometer la empresa de arrebatar un pedazo de costa del Sur a Turquía. Seguido de sus camaradas y de un reducido ejército, tuvo la audacia de atacar a Azov, plaza fuerte de los turcos. Esta primera expedición fue un desastre. Los turcos castigaron a los sitiadores tomándoles los cañones en un contraataque. Pero Pedro no



Catedral de la Anunciación, en el Kremlin, construida por Iván III el Grande, verdadero fundador del estado ruso.





Coronas que pertenecieron a Miguel Fedorovich Romanov (Armería del Kremlin, Moscú), el zar de la nueva dinastía elegido por la Asamblea Nacional en 1613.

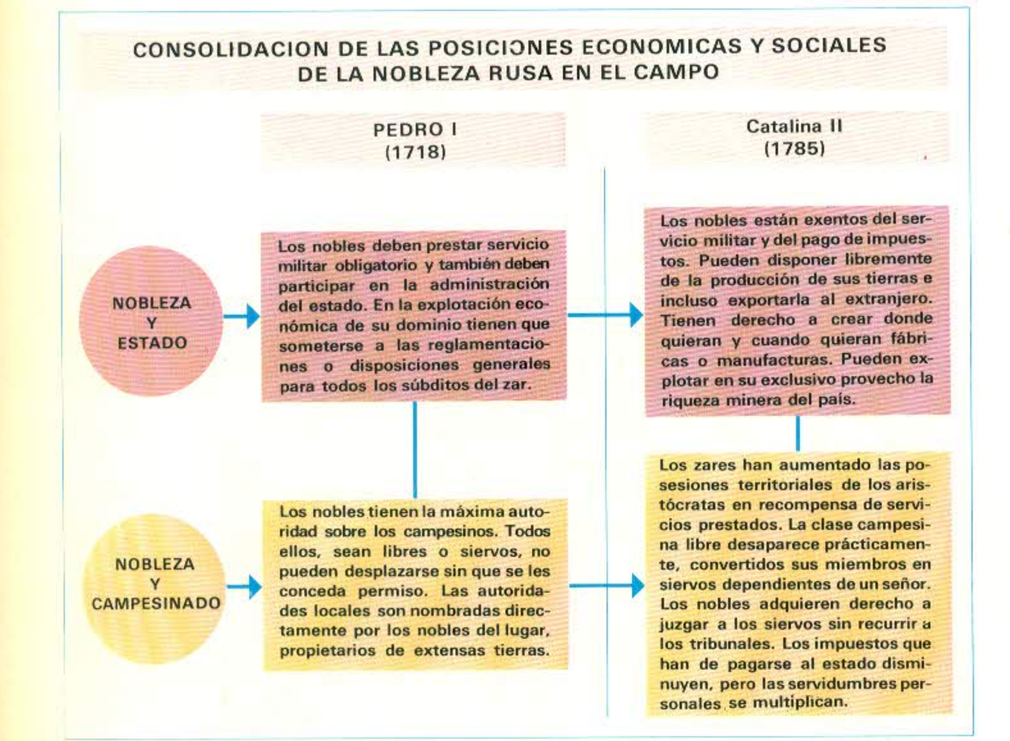
cejó; envió a buscar carpinteros y artilleros a Austria y Holanda y se preparó para una nueva salida. Descendió esta vez el Don con una flotilla de ocho galeras. Una de ellas, llamada *Principium,* esto es, "comienzo", construida por el propio zar, fue el primer buque de guerra ruso. Los turcos se hallaban entonces distraídos en una campaña contra Austria y no pudieron prestar mucha atención a lo que ocurría en aquel desolado rincón del mar Negro. Pedro y Lefort conquistaron a Azov, después de un sitio de tres meses. En la cabalgata infantil, casi cómica, que entró triunfalmente en la fortaleza, Lefort iba delante como gran almirante; un aventurero alemán representaba el generalísimo de los moscovitas y el zar iba en un trineo, pica al hombro, con el solo título de capitán Pedro. La conquista se consolidó construyendo una estación marítima con un arsenal en la vecindad.

En aquella ocasión Pedro comprendió que iba a necesitar colaboradores y que éstos debían ser rusos. En un Consejo celebrado el 15 de noviembre de 1696, obligó a los boyardos a enviar cincuenta muchachos de las mejores familias rusas a Inglaterra, Holanda y Venecia, y una embajada a las naciones del occidente de Europa para pedir ayuda contra los turcos. La embajada partió el 1697, yendo como representante acreditado del zar de Moscú aquel mismo disparatado suizo Lefort que había conquistado a Azov; pero lo extraordinario fue que entre los marineros iba de incógnito el mismo zar, disimulado con el nombre de Pedro Mijáilov. Así el joven monarca quedaba libre de la etiqueta ceremonial y podía a su antojo visitar arsenales y aun aprender prácticamente la arquitectura naval, que era su gran afición. La embajada encontró a Europa ocupada en el asunto de la sucesión de la monarquía española, y nadie mostró grandes deseos de guerrear contra los turcos; al contrario, muchos deseaban que Austria y Turquía concertaran la paz para que Austria se resolviese contra el poderío de los Borbones.



Basilio IV, el primer soberano de Rusia que tomó el título de autócrata (Biblioteca Nacional, París).

El único resultado del viaje fue la educación del propio zar y su firme propósito de europeizar a Rusia. Los relatos de la época nos enteran de la extraña impresión que produjo en las cortes de Europa la visita de aquel hombre, vestido simplemente, gran señor y al mismo tiempo de modales bárbaros. No obstante, los espíritus verdaderamente finos se dieron cuenta de la superioridad moral que la conducta de Pedro manifestaba. Saint-Simon dice en sus Memorias: "El zar, en París, se hacía admirar por su curiosidad extremada, siempre fija en sus ideas de gobierno, de comercio, de construcción y de política. Atendía a todo y no desdeñaba nada que pudiese serle útil. Estimaba todo lo merecedor de estima, dando así prueba de la justa apreciación de su espíritu.



LA SOCIEDAD RUSA EN EL SIGLO XVIII

Durante el reinado de Pedro el Grande, el naciente Imperio ruso sólo contaba con trece millones de habitantes. La población se había elevado a 19 millones en 1762, al comenzar el reinado de Catalina II, y al terminar el mismo era ya de 29 millones, cifra que ya superaba a la francesa. La población había doblado en menos de cien años, parte por el crecimiento demográfico, parte por las anexiones territoriales. El 90 % de la población estaba constituido por campesinos, el 7 % por los nobles y sólo un 3 % correspondía a las clases medias (burguesía y población urbana), hecho clave para comprender la posterior evolución de Rusia.

En realidad, gran parte del país vivía aún en una economía de tipo "cerrado". Los dominios señoriales producían todos los productos necesarios a sus habitantes.

La agricultura era la principal fuente de riqueza, pero las tierras pertenecían al zar (el principal propietario) y a la nobleza, cuyo poder sobre el campesino no había cesado de aumentar desde la legislación de fines del siglo XVI que consagró la adscripción del campesino a la tierra que trabajaba. Sólo las tierras menos fértiles del Norte albergaban unos pocos campesinos libres, pero a partir de 1718 tampoco éstos podían abandonarlas sin permiso de la nobleza y bajo Catalina II se convirtieron definitivamente en siervos.

La misma Catalina patrocinó la colonización de tierras del Volga y de Ucrania —ganadas a los turcos—, en las que estableció colonos alemanes, fundando ciudades que llevaban su nombre: Ekaterinenburg en los Urales, Ekaterinoslaf en el Dniéper, etc. Estos colonos, conocidos como "los alemanes del Volga", formaron una comunidad propia hasta la segunda Guerra Mundial.

Decidido a europeizar Rusia, Pedro el Grande protegió el desarrollo de la industria mediante elevados derechos aduaneros. Para las necesidades del ejército creó la industria metalúrgica de los Urales, en gran parte explotada por el Estado, junto con la minería. En 1725 existían casi 100 establecimientos industriales y el hierro ruso se exportaba a Inglaterra, en competencia con la producción sueca.

La mano de obra de la naciente industria era de condición servil. Los empresarios industriales pudieron tener siervos, a partir de 1721, como los nobles. En realidad, muchos nobles eran empresarios industriales privilegiados con relación a la inexistente burguesía. Las 98 manufacturas de 1725 habían pasado a 984 en 1762 y a 3.160 en 1796. Catalina II redujo la intervención del Estado, aceptando la libre competencia y aboliendo la reglamentación industrial.

Las empresas del Ural explotaban yacimientos de hierro y de cobre. En la segunda mitad del siglo, la nobleza sustituyó al Estado como principal empresario. La técnica era rudimentaria, pero gracias al trabajo forzado de los siervos particulares y estatales la producción era rentable, exportándose a toda Rusia y al extranjero. No tardaron en producirse desórdenes sociales, sobre todo a raíz de la famosa rebelión de Pugachev, movimiento de los cosacos a los que se unieron algunos nómadas asiáticos y los obreros que trabajaban en las minas (1774-1775).

Al mismo tiempo se había desarrollado la industria textil en Moscú y San Petersburgo. El comercio interior se hallaba centrado en las ferias (las famosas de Nijni-Novgorod). El exterior consistía en la exportación de materias primas (hierro, madera, lino, cáñamo) y la importación de productos manufacturados (tejidos de seda, lana y algodón). La ocupación de las "tierras negras" de Ucrania a los turcos y tártaros de Crimea convirtió a Rusia en un gran exportador de trigo. Asimismo se inició el desarrollo de la Banca. A partir de 1754, la nobleza creó instituciones bancarias que permitieron financiar la industria del Ural. En 1769 tuvo Rusia su Banco estatal, a semejanza de los creados en Austria y Prusia.

Los rasgos distintivos de la sociedad rusa en esta época eran: la servidumbre campesina, el dominio de la nobleza, la debilidad de las clases medias y la autocracia de los soberanos. La nobleza media poseía de 100 a 500 siervos. Los grandes señores rebasaban los 1.000. Los pequeños nobles se contentaban con menos de 100. Desde fines del siglo XVII, la ley les permitía vender a los campesinos sin la tierra y castigarlos con el "knut" (látigo), hasta entonces reservado a los esclavos personales. También podía deportarlos a Siberia o a las minas (derecho confirmado de nuevo en 1806). Las prestaciones personales pasaron de tres a seis días, de forma que el campesino sólo podía cultivar sus campos en domingo. Los siervos no podían casarse sin permiso del señor y sus familias podían ser separadas por éste. Esta situación explica las continuas rebeliones campesinas, que contribuyeron al citado alzamiento de Pugachev en toda la región del Volga.

Los zares promovieron la aparición de una nueva "nobleza de servicio", formada por la burocracia y los mandos del ejército, a la que fusionaron con los antiguos "boyardos". Ya Pedro el Grande estableció la estrecha alianza entre el soberano y los aristócratas, a quienes otorgó grandes poderes sobre los campesinos y el control de la administración local. Catalina II confirmó esta situación privilegiada. Una "carta de la nobleza" (1785) confirmaba su exención del servicio obligatorio y de los impuestos.

A los privilegios políticos y territoriales se unieron otros que pusieron en manos de la nobleza la dirección de la industria y del comercio. Podían explotar libremente las tierras y el subsuelo, establecer fábricas, comerciar y exportar productos agrícolas y manufacturados. Todo ello redundaba en perjuicio de los escasos mercaderes de las ciudades, cuyo capital era limitado y que carecían de subvención estatal. Sólo algunos prosperaron uniéndose a la nobleza para la creación de grandes empresas en el Ural y en el territorio de los baskires.

El emperador de Rusia era, según indicaba su propio título, un verdadero autócrata. Pedro I creó un gobierno centralizado según el modelo sueco, pero no logró estabilizar la sucesión. Se ha dicho que el trono de Rusia en el siglo XVIII no era "ni hereditario, ni electivo, sino ocupativo". Los regimientos de la guardia imperial —como los pretorianos romanos y los jenízaros turcos— constituían la fuerza decisiva. Tres emperadores fueron destronados: Iván VI en 1741, Pedro III en 1762, Pablo I en 1801, y asesinados en circunstancias diversas.

Catalina II, como "déspota ilustrada", se interesó por la difusión de la cultura. Alternativamente había dominado en la corte la influencia alemana y la francesa. Catalina, a semejanza de Federico II, sintió la influencia de los enciclopedistas franceses, que la mitificaron como "Semíramis del Norte" y "Minerva rusa".

La soberana trazó un plan de educación nacional que abarcaba desde la enseñanza primaria hasta la creación de cinco universidades. Tan ambicioso proyecto no se convirtió en realidad, deteniéndose en la enseñanza secundaria. El químico Lomonossov, escritor polifacético, había logrado, sin embargo, la fundación de la universidad de Moscú en 1755. Pedro I había deseado la formación de una "Academia Imperial de Ciencias", establecida en San Petersburgo en 1726. En 1755 se creó en la misma ciudad una Academia de Bellas Artes, que, a partir de 1760, celebraba exposiciones de las obras de sus discípulos.

No obstante, todas estas tentativas no lograron alterar la forma de vida del pueblo ruso ni remediar la falta de una burguesía urbana y de unos funcionarios cultos. El clero y los elementos conservadores lamentaban la occidentalización del país y en especial la sustitución del patriarcado de Moscú por un Santo Sínodo controlado por el Estado (1721). Por otra parte, las reformas realizadas se habían logrado mediante el sacrificio de las restantes clases sociales en favor de la aristocracia.

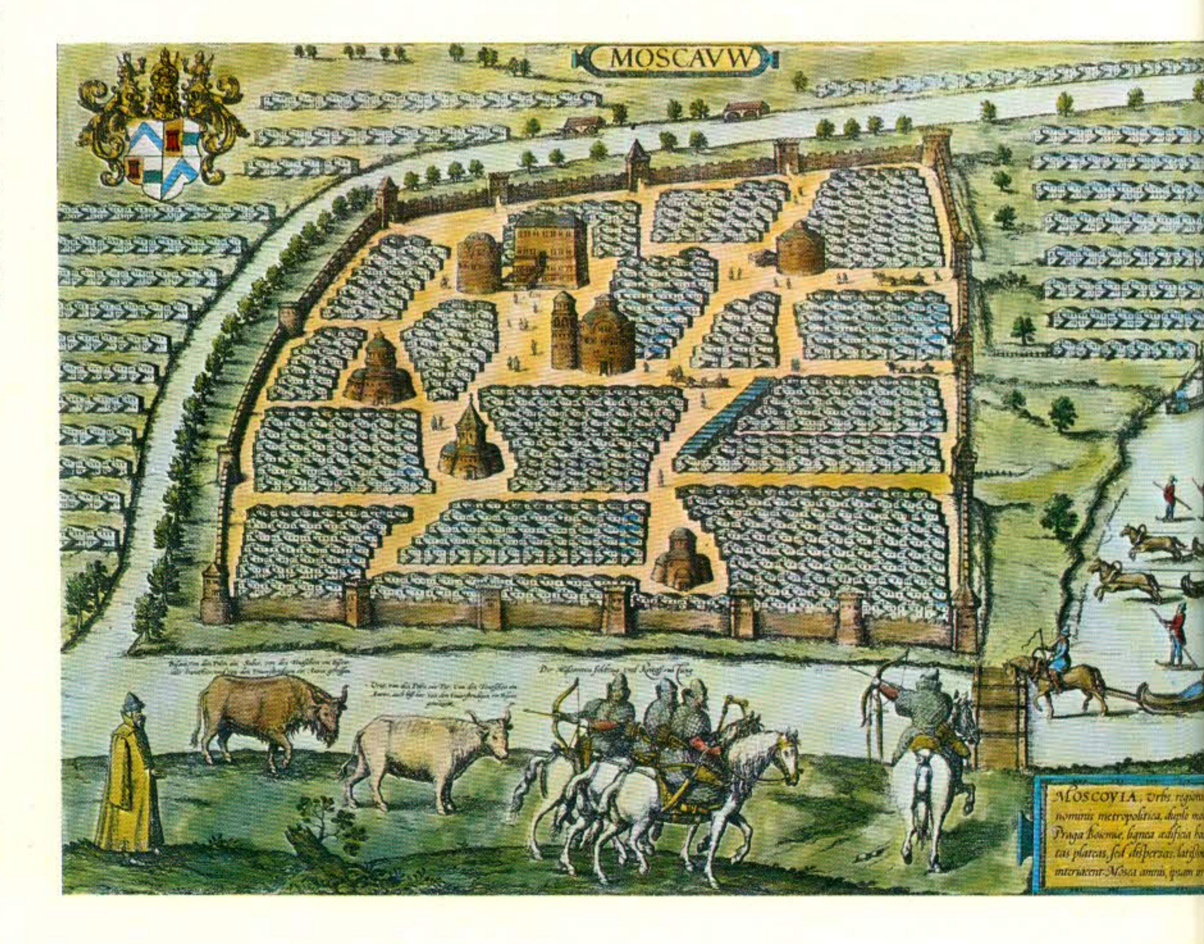
P. M.

Todo mostraba en él la vasta extensión de sus miras y revelaba una consecuencia continuada" *(Tout montrait en lui quelque chose de continuellement conséquent).*

El viaje de Pedro duró poco más de un año. Tuvo que regresar precipitadamente por haberse rebelado un regimiento de la guardia. Cuando llegó a Moscú, la sublevación había sido ya sofocada, pero este incidente decidió al zar a reprimir toda oposición a sus reformas con un rigor que sólo podríamos calificar de moscovita. Al día siguiente de su llegada del extranjero, Pedro convocó a los principales magnates de la corte, y cuando los tuvo reunidos, apareció con unas grandes tijeras y les cortó a todos la barba y las guedejas. La eliminación de aquel pelo era realmente una saludable mejora, pero infligirla sin explicaciones y a carcajadas era casi prueba de extravío mental. Así impuso Pedro el Grande la mayoría de sus reformas; el tratamiento administrado por Porfirio Díaz a México (la civilización a cañonazos, que no pasó de ser una frase) sería un régimen benigno comparado con el que Pedro el Grande aplicó a Rusia. Llegó hasta el extremo de hacer víctima de él a su único hijo, de temperamento tranquilo como la madre (a la que ya Pedro había relegado a un convento) y que no participaba de buen grado en la obra europeizadora de su padre.



Alejo Mijailovich, hijo de Miguel Romanov. y padre de Pedro el Grande (Biblioteca Nacional, París). El segundo zar de la dinastía Románov inició la europeización del país, contrató a militares extranjeros para la instrucción del ejército y operarios europeos para que enseñaran a los rusos. Inició el avance hacia Crimea con el fin de llegar al mar libre.



Vista de Moscú en el siglo XVII (grabado de la Biblioteca Nacional de París).

No se resistía, pero obedecía frío y como pensando en que un día él podría deshacer todo aquello que Pedro había creado con tanto esfuerzo. "¡No es obediencia de ti lo que quiero, sino entusiasmo!", escribía el zar a Alejo, el príncipe heredero, quien había leído enteramente la Biblia seis veces, cinco en eslavo y una en alemán, y había estudiado los escritos de los padres de la Iglesia griega, hablaba francés y podía discutir de historia, geografía y matemáticas. Le habían casado con una princesa alemana, que murió del primer parto. Al enviudar el príncipe se amancebó con una sirvienta finlandesa y escaparon a Viena. Sintiéndose allí poco seguros aún, el príncipe y su amante marcharon a Nápoles.

Pedro comprendió que era indispensable para el éxito de sus reformas conseguir el regreso de Alejo y eliminarlo después. Envió a Nápoles para esta delicada misión a su amigo Tolstoi, quien prometió al príncipe que si regresaba a Rusia se le permitiría casar con su amante y vivir como simple ciudadano, renunciando a la corona. Pedro confirmó las promesas de Tolstoi con una carta, "jurando delante de Dios y del Trono de Gracia" que si Alejo regresaba no sería molestado por su pasada conducta, y tratado como un hijo querido.

Alejo llegó a Moscú en enero de 1718. A pesar del salvoconducto de Tolstoi y de los juramentos del zar, Alejo murió en junio del mismo año a consecuencia de una tremenda paliza a latigazos. Su amante confesó *en el tormento* que la intención del príncipe era reinar abandonando la política de su padre, reducir el ejército y no construir más buques. Y esto era ya más que suficiente para que Pedro el Grande olvidara el compromiso contraído "delante del Trono de Gracia". La Iglesia ortodoxa tranquilizó los tenues escrúpulos de conciencia que pudieran inquietar al zar afirmando que, dada la calidad de los crímenes del príncipe Alejo, solamente el monarca podía resolver lo que sería más justo y conveniente.

Creemos que estos episodios bastarán para que el lector se haya formado idea del carácter de Pedro el Grande. Intervino en todos los detalles de la vida de su pueblo promulgando ukases sobre el modo de vestir, de edificar casas, de contar los años, etc. Pero todas estas medidas no fueron impuestas por capricho, sino para hacer de los rusos verdaderos europeos y dignos del vasto Imperio que él les estaba conquistando. Rusia llegó, en tiempos de Pedro el Grande, casi a tener los mismos límites fronterizos que tiene actualmente. Siberia, aunque enteramente *tierra incógnita,* quedó constituida en una de las ocho provincias de Rusia. Las conquistas por el Sur se extendieron con nuevas campañas y tratados con Turquía y una guerra contra Persia, que hubo de ceder Bakú, Derbent, Mazanderán y Astrabad. En 1724, un año antes de morir Pedro, un tratado dividió el mar Caspio en tres partes iguales entre Rusia, Turquía y Persia.

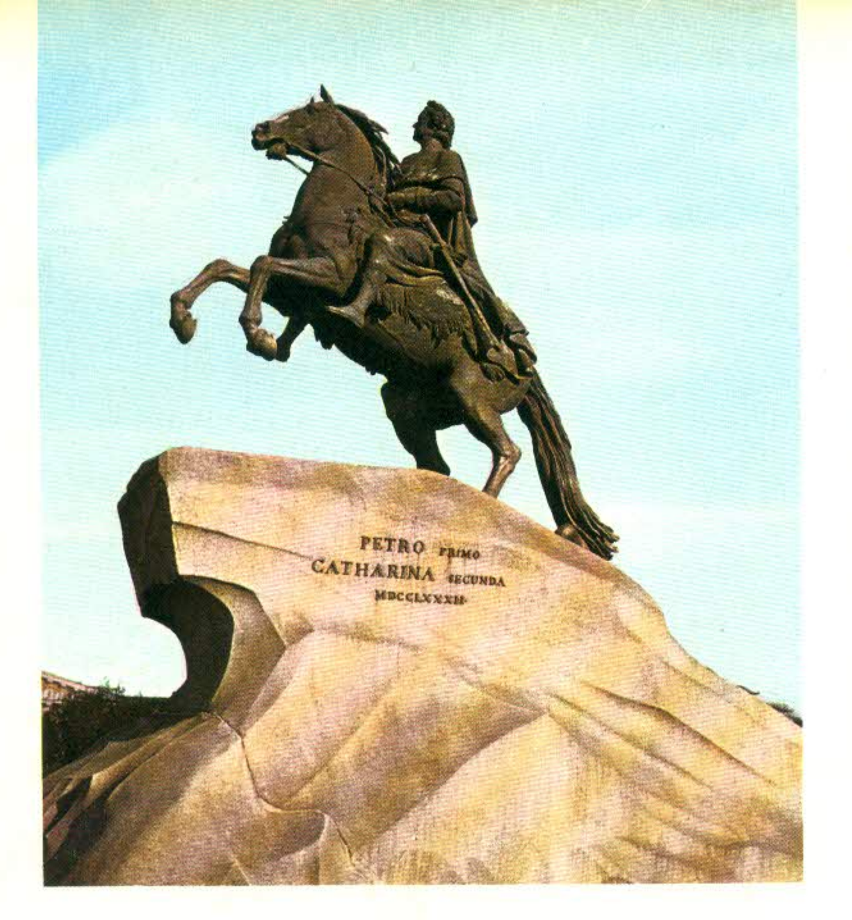
En lo tocante al Báltico, al día siguiente de haber concertado la primera paz con Turquía, ordenó Pedro el Grande la invasión de Livonia; conquistó Finlandia, y en la desembocadura del Neva fundó su nueva capital, Petersburgo, dejando a Moscú el carácter de ciudad santa. Además de realizar estas



Pedro I de Rusia, llamado el Grande, por Aert de Gelder (Rijksmuseum, Amsterdam).



El Neva a su paso por San Petersburgo, la nueva capital de Rusia fundada por Pedro el Grande (Biblioteca Nacional, París).



Monumento a Pedro el Grande erigido por Catalina II en San Petersburgo (Leningrado).

conquistas materiales, fundó la Academia de Ciencias, que había de ser, a un tiempo, universidad, liceo y escuela elemental. Para sostenerla se le concedieron los derechos de aduana de Reval, Narva, Dorpat y Arenberg. Fundó, además, escuelas de matemáticas y navegación, de filosofía "cartesiana", danza, retórica, etc. La gran dificultad con que tropezaban estas escuelas era la carestía de libros en ruso, por lo que estimuló la impresión de los textos más elementales, y en el año 1703 apareció el primer periódico ruso con el título de *Noticias de acontecimientos militares y otros sucesos dignos de recordación.*

Pero lo que parece inaudito es que el rudo y epiléptico zar se anticipase a enviar misiones de descubrimiento y exploración, por puro celo científico, a Siberia y a Kamchatka. Todavía hoy la mayoría de antigüedades de Siberia, que son el tesoro más precioso de las colecciones que se guardan en el Museo de Leningrado, proceden de las expediciones enviadas por Pedro el Grande al Asia central.

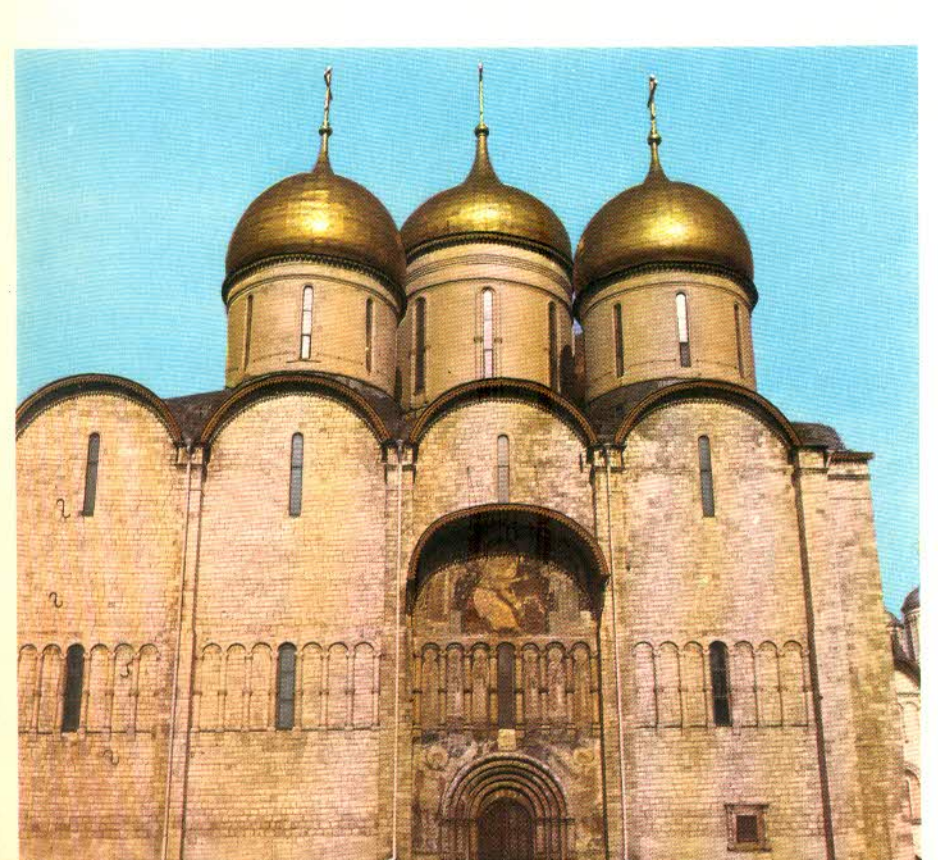
El gran zar murió en 1725. Su reinado había durado más de treinta y cinco años. Con todo, se dolía de que "las reformas de un pueblo son como los frutos de las palmeras, que no se empiezan a cosechar hasta después de muerto el plantador".

Acaso el decreto más importante de Pedro el Grande fue el que regulaba su sucesión. Quedaba todavía un hijo del príncipe Alejo, niño de seis años, y dos hijas también menores del propio zar Pedro. Pero en vez de escoger para sucederle a uno de estos tres descendientes y nombrar un consejo de regencia, decidió transferir la corona a su segunda esposa Catalina, para que reinara, como él había reinado, con carácter de autócrata. Catalina I era una muchacha sencilla, de baja extracción, pero bondadosa. Su corto reinado de dos años no sirvió más que para establecer un precedente.

Porque a la muerte de Catalina I siguió el reinado turbulento de Pedro II, hijo del príncipe Alejo, y después de un período de desórdenes, el de Pedro III, casado con la que tenía que completar la obra de Pedro el Grande, la famosa Catalina II. "Dichoso quien dentro de un siglo pueda escribir vuestra historia", escribía Voltaire a la zarina. Esta era de familia alemana, pero comprendió, desde el día de su llegada a Petersburgo en 1745, que debía bautizarse según el rito ortodoxo y convertirse enteramente en rusa. Su marido, el zar, en cambio, también alemán por parte de padre, se había conservado adicto a la religión luterana y sólo encontraba excelente lo que hacía el rey de Prusia, entonces Federico II el Grande.

No es de extrañar que alrededor de la zarina se reunieran los descontentos del zar, que sólo pensaba en divertirse en mascaradas y banquetes. El zar se dio cuenta de la rivalidad de intereses que se agrupaban al lado de su esposa y llegó a pensar en encerrarla en un convento. Pero Catalina aparentó no resistir y escondió su ambición para que el zar no se decidiera a divorciarse. Sin

Catedral de la Asunción, en el Kremlin, donde se coronaban los zares de Rusia.





Jarra para "kvas" de Catalina II.

embargo, exhibía ya a sus amantes, y otros consejeros ambiciosos preparaban el golpe de estado que debía eliminar a su esposo. En la mañana del 9 de julio del año 1762, el amante de la zarina, Alexei Orlov, condujo a Catalina al cuarto de la Guardia, donde algunos oficiales ya estaban enterados de lo que iba a ocurrir. Aclamada por los guardias, fue en seguida a coronarse autócrata en la catedral de Kazán, mientras los guardias iban a atacar el palacio de Peterhof, en las afueras de Petersburgo, residencia favorita de Pedro III, quien sin resistencia a lo que pedían firmó su abdicación. De momento lo encerraron en una fortaleza, y para mayor seguridad lo asesinaron a los ocho días.

Así comenzó a reinar sola, sobre el vasto imperio creado por Pedro el Grande, aquella que veinte años antes había llegado de Alemania como princesa consorte. Pero nadie deploró (ni deplora todavía) su injerencia en el estado. Completó la obra de Pedro el Grande con un carácter más ruso que el que le hubiera dado el gran zar reformador. Catalina II se sentía rusa; actuaba y pensaba como rusa. Las tierras nuevas tienen un poder de asimilación espiritual que convierte en naturales a los inmigrantes. Catalina II reinó hasta 1796, más de treinta y tres años. Añadió al Imperio ruso más de doscientas mil millas cuadradas y más de siete millones de súbditos. Gran parte de estas adquisiciones fueron fácil resultado del reparto de Polonia entre Prusia, Austria y Rusia.

Astuta y fina en las artes de la diplomacia, para Catalina II los únicos enemigos irreconciliables fueron los turcos. Como buena rusa veía en ellos los sucesores de los



Globo de oro con corona de piedras preciosas que perteneció a Catalina II.



Detalle del servicio que perteneció a Catalina II la Grande.



Catalina II en la época de su matrimonio (1745), según grabado conservado en la Biblioteca Nacional de París.



Tejido de seda lionesa realizado para Catalina II la Grande.



Cetro de los zares. El diamante que lo decora fue regalado por el príncipe Orlov a Catalina II y de él recibe su nombre.

tártaros. Los generales de Catalina los vencieron e hicieron retroceder por tierra, y hasta sus buques lograron la victoria en una batalla naval en la rada de Chesmeh. La armada rusa, mandada por Potemkin, había zarpado de Kronstadt y circunnavegando casi toda Europa había llegado a las costas de Grecia. ¡Qué grito de alegría hubiera lanzado Pedro el Grande si hubiese podido presenciar tal hazaña!

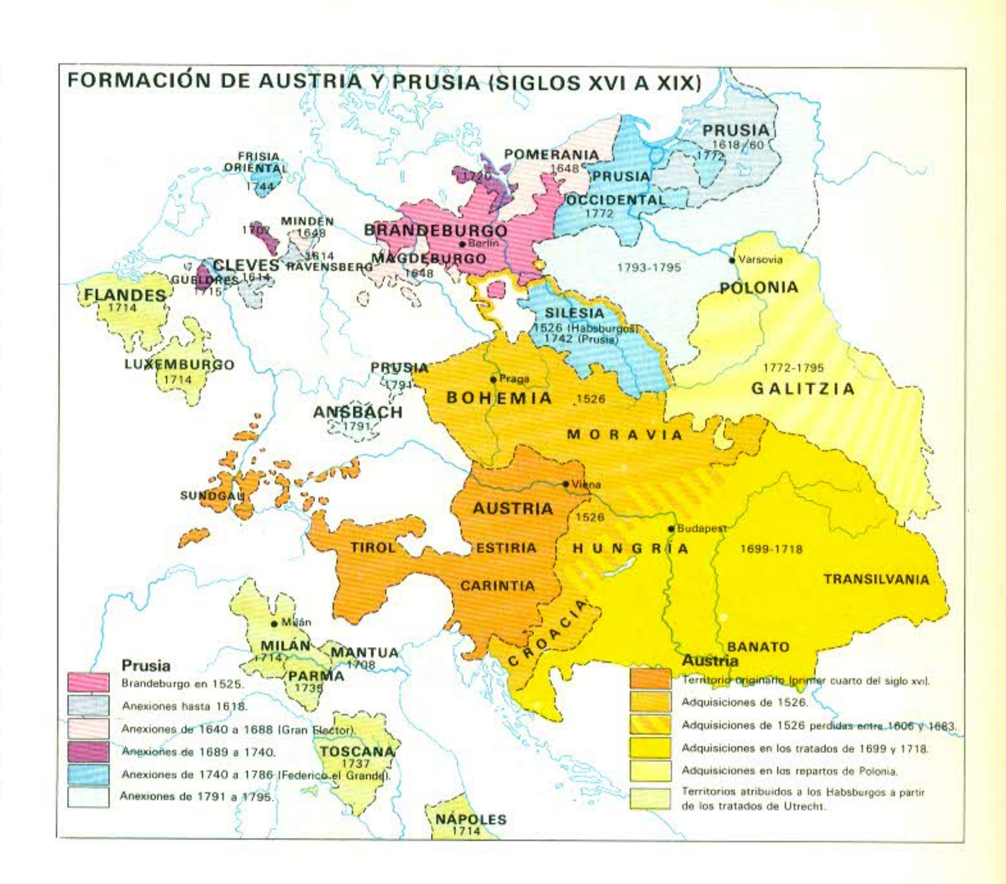
Lo notable es que Catalina II, aunque se valió de colaboradores que a menudo eran sus amantes, nunca cedió a un valido las riendas del poder. En su correspondencia con Diderot, D'Alembert, Voltaire y Federico de Prusia, trata de asuntos políticos y no puede olvidar que es la autócrata del mayor imperio de Europa. Acaso Catalina escribió demasiado. Además de sus *Memorias,* redactó unas instrucciones llamadas *Nakás* para la comisión que tenía que redactar el nuevo Código Civil ruso. En ellas la zarina manifiesta el espíritu del siglo de los filósofos, declarando, como Fénelon y otros autócratas como ella, que "el monarca debe ser para el pueblo, no el pueblo para el monarca". Pero si en teoría era partidaria del gobierno liberal, Catalina vivió lo suficiente para ver la aplicación de sus doctrinas en la Revolución francesa, y ya entonces, como autócrata ofendida, no pudo menos de protestar.

Mientras así, en el extremo oriental de Europa, se creaba y organizaba el gran Imperio de Pedro I y Catalina II, otros dos estados se transformaban para formar el mosaico de la Europa central, que duró hasta la guerra del año 1914. En el Norte la pequeña Marca de Brandeburgo se transformaba en Prusia por obra de Federico III de Brandeburgo, hijo del Gran Elector, quien representaba para Prusia lo que Iván IV para Rusia, con la debida diferencia de época para el progreso inicial. Federico no se encontró con súbditos boyardos borrachos y bárbaros mujiks. Pero el sentimiento de formar parte de una nación prusiana o germánica era muy débil en la mayor parte de ellos. La antigua Marca de Brandeburgo estaba ocupada por grandes manchas o grupos de emigrantes holandeses, escandinavos y eslavos. Federico empezó a darles conciencia de unidad prusiana, aunque apenas les confió asuntos de gobierno. El emperador Leopoldo I de Austria, para obtener su apoyo en la guerra de Sucesión española, le dio el título de rey (noviembre de 1700); desde entonces fue Federico I.

El hijo de este primer rey de Prusia, llamado Federico Guillermo I, inició el régimen de organizar un ejército disciplinado. Federico Guillermo dio a Prusia el carácter de pueblo agresivo, temible, sobre todo, por su férrea organización. Además del ejército, lo que mayor preocupación despertaba en el rey eran los correos. Después de Francia, donde fueron organizados por Richelieu, los servicios postales de Prusia fueron los primeros en Europa como de servicio fundamental del estado. Pero no era esto sólo; en unas instrucciones testamentarias a su hijo Federico, el rey le recuerda que "una nación sin industria es un campo sin vida", "la prosperidad de un país depende del número de habitantes", "el monarca debe tener los cordones de la bolsa", etc. Por lo visto (aunque a su manera), el rey de Prusia empezaba a filosofar. En unas reuniones que se llamaban "Academia del Tabaco", porque se celebraban por las tardes en palacio entre el humo de las pipas y el ruido de los vasos,

el rey hablaba libremente de política con sus amigos.

Pero aparte de estas expansiones, el monarca era terriblemente severo. Los burgueses de Berlín se escondían cuando el rey salía de paseo. Delante de la corte propinaba azotainas al príncipe heredero que había de ser Federico II el Grande, quien a la sazón pensó seriamente en escapar a Inglaterra y esperar allí la muerte de su progenitor. Pero la dureza y rigidez del padre sirvió por lo menos para que el hijo heredara un estado floreciente y provisto de una máquina de guerra formidable. Federico Guillermo había empezado a reclutar sus milicias con algo parecido a lo que hoy llamamos el servicio militar obligatorio. Pero al lado de esta fuerza creó otra de choque, compuesta de mercenarios de gigantesca talla, reclutados por toda Europa y sometidos a una disciplina férrea, en la que no se ahorraban los castigos corporales. Con ella formó las unidades de su guardia. Podríamos decir que Prusia era una nación dispuesta siempre para la guerra.



Federico Guillermo de Brandeburgo en la batalla de Fehrbellin (tapiz en el castillo de Charlottenburgo, Berlín). Federico Guillermo, conocido por el Gran Elector, intervino en la guerra de los Treinta Años y reconquistó fortalezas que estaban en manos de los suecos. Recibió la Pomerania Interior en la paz de Westfalia y el reconocimiento de Prusia por Polonia. Venció a los suecos, aliados de Luis XIV, en la batalla de Fehrbellin. Fue el creador del ejército permanente de Prusia.



Vista de Berlín en 1691, según dibujo de Johann Stribek (Biblioteca de Berlín).

Con este pueblo educado militarmente, Federico II, llamado el Grande, se entremetió en todas las guerras de la Europa de su tiempo. Federico II no era un modelo de castidad; pero no se complacía perezosamente en sus amantes, como era tradicional en los Borbones franceses. Las dos pasiones de Federico II (casi sus vicios) eran la filosofía y la guerra. Podríamos decir que la filosofía era su recreo, y que la guerra constituía en él una necesidad. El dirigía personalmente las marchas tácticas de sus ejércitos y con astucia felina esperaba el momento de atacar al enemigo cuando éste descuidaba la defensa de algún lugar.

En aquel tiempo, la caballería tenía importante papel en las batallas. La proporción de las tres armas y el modo de manejar el acero o bayoneta de la infantería contra la caballería, o la artillería contra ambas, originaron una ciencia, la única de que se alababan los magnates. Era por lo menos un gran arte. Federico II movió sobre el tablero de Europa grandes ejércitos, que grande para entonces era exceder de 100.000 infantes con 15.000 caballos. Sobre todo guerreó con milicias propias, nunca, o casi nunca, asociado con aliados. Si perdía, perdía él solo; si ganaba, también era para él exclusivamente toda la ganancia.

La ocasión para inmiscuirse en los asuntos de sus vecinos se la ofreció a Federico el Grande la sucesión de Austria.

La muerte del emperador Carlos VI –el

LA PRUSIA DE FEDERICO EL GRANDE

Federico Guillermo I dejó a su hijo un reino de cerca de dos millones y medio de habitantes. Federico II emprendió un amplio programa de colonización interior, sobre todo tras las devastaciones de la guerra de los Siete Años y del primer reparto de Polonia. Se llamó a colonos procedentes de otros estados alemanes, sobre todo de Suabia y del vecino Mecklemburgo. Se fundaron unas 900 nuevas poblaciones, con un total de 300.000 habitantes. A la muerte del rey, Prusia contaba con seis millones de habitantes. Su política agresiva había duplicado la extensión del Estado.

El monarca apoyó el desarrollo de la agricultura, ordenando roturar bosques y desecar las abundantes zonas pantanosas. Se introdujo –como en Rusia– el cultivo de la patata y se mejoró la ganadería, la arboricultura y la riqueza forestal. La producción triguera era objeto de exportación: en 1774 alcanzó el valor de dos millones de táleros.

La posesión de la tierra correspondía de una manera primordial a los nobles, llamados en Prusia "junkers", cuya fuerza había crecido desde el siglo XVI: recibían prestaciones feudales, habían sometido los campesinos a la gleba y se habían enriquecido con la secularización de bienes eclesiásticos. Tras la guerra de los Treinta Años (1618-1648), los grandes señores se anexionaron enormes territorios. La clase de los "junkers" constituía la base social de la oficialidad y de la burocracia del Estado prusiano, una fuerza importante cuyo poder se mantuvo, en menor o mayor grado, hasta 1945.

Prusia era un centro de la industria pañera. La anexión de Silesia fue muy provechosa, ya que esta región producía tejidos de lana y era uno de los principales centros productores de lino. Federico II intentó desarrollar la industria mediante medidas mercantilistas: prohibición de exportar lana, de importar artículos de lujo, elevados derechos de aduana, concesiones de monopolios y de subvenciones a las empresas privadas: pañerías, fábricas de porcelana y terciopelo, etc.

Una red de canales entre el Vístula y el Elba facilitaba el comercio y las comunicaciones. La flota comercial constaba de 1.300 unidades. Se exportaban hilados, trigo, madera, paños. En 1765 se creó un Banco estatal.

Toda la riqueza económica de Prusia estaba en función de su ejército. Incrementar el poder militar era para Federico el fin primordial del Estado. Tenía soldados en los campesinos y oficiales en los nobles. Los numerosos impuestos indirectos –sobre artículos de primera necesidad, tanto como sobre las importaciones de lujo– mantenían en pie la máquina militar prusiana.

La conjunción nobleza-ejército alcanzaba una amplia resonancia social. Los oficiales y la alta burocracia se reclutaban entre los terratenientes nobles. El propio Federico dio gran prestigio a la profesión militar al vestir constantemente el uniforme. El uniforme militar se identificó desde entonces con la indumentaria real y los oficiales disfrutaban de una total precedencia sobre cualquier civil, aunque se tratara de un noble. La burguesía debía sostener con el pago de impuestos el esfuerzo militar, aunque contaba con la protección del Estado para desarrollar la economía.

Por encima de todas las clases sociales, también el rey se consideraba a sí mismo un servidor del Estado. Gobernaba de una forma personal, por medio de sus consejeros y secretarios (de hecho, Federico nunca tuvo un primer ministro). En Prusia no había una Dieta única, sino una serie de "dietas territoriales" o provinciales, dominadas por la nobleza y la burocracia (también noble), pero cuyo poder frente al monarca era nulo.

La reforma del Estado afectó de una manera especial a la administración de Justicia, llegándose a una especie de división de poderes. Los jueces fueron remunerados a fin de que no cayeran en soborno y se les seleccionó por medio de exámenes. Los procesos, las penas y las prisiones fueron reformadas (el mismo Federico había sido encarcelado en una prisión militar por orden de su padre) de acuerdo con la opinión de la época.

Este era el Estado cuyo soberano fue y es aún más conocido como "el Grande", título que ningún estadista ni militar posterior, ni siquiera el mismo Napoleón, ha podido conseguir.

P. M.

archiduque Carlos de la sucesión de España— en 1740 señaló la extinción de la rama masculina de la dinastía de los Habsburgos. Por supuesto que esta posibilidad había sido prevista años antes. Ya en 1713, el propio Carlos VI, monarca más importante de lo que comúnmente se cree, se había preocupado de asegurar a su descendencia femenina la posesión de los dominios patrimoniales hereditarios y de la corona imperial, siempre electiva. Una Pragmática Sanción, elaborada aquel año, establecía la individualidad de los estados de la dinastía como ley fundamental, principio que garantizó su continuidad hasta 1918.

Gran parte de la actividad diplomática del reinado de Carlos VI se encaminó a obtener el reconocimiento de la Pragmática, tanto por parte de los súbditos como por la de los restantes monarcas europeos. El reconocimiento interno no presentó dificultades. Hungría —el problema más difícil— aceptó la nueva ley, que fue aprobada por los restantes estados entre 1722 y 1726.

Para obtener la garantía de las demás potencias europeas, Carlos VI se vio obligado a aceptar duros sacrificios políticos y económicos. A grandes rasgos podemos decir que le costó la cesión de Nápoles y Sicilia a los Borbones españoles; la renuncia a desarrollar una compañía de comercio colonial en Ostende (Países Bajos) que podía interferir en la expansión inglesa; la entrada en la guerra de Sucesión de Polonia (1733-1736); el consentimiento a la anexión del ducado de Lorena por parte de Francia y otras garantías de carácter territorial a Prusia y otros príncipes alemanes.

No obstante, la hábil diplomacia austríaca había alcanzado el reconocimiento de los diversos gobiernos interesados, con la excepción del príncipe elector de Baviéra, Carlos Alberto, el cual se presentaba como candidato a la sucesión. La nueva soberana de Austria, María Teresa, aunque se encontró con un tesoro vacío y un ejército desorganizado, podía contar con una sólida situación diplomática.

Todo ello fue deshecho en breve tiempo por la intervención de Federico II, que inauguró en la historia de Europa un período bélico de gran alcance, ya que lo enlazó con la rivalidad que enfrentaba a Inglaterra y Francia en el ámbito de las colonias.

Con el cinismo que caracterizaba su política, Federico se apoderó, sin previa declaración de guerra, del ducado de Silesia. La conquista tuvo lugar en una rápida campaña de invierno, sorprendiendo a las guarniciones austríacas dispersas. La opinión europea estaba convencida de que, en la primavera, las superiores fuerzas austríacas darían bue-



Federico II de Prusia, por A. Pesne (Museo Nacional, Berlín).



María Teresa de Austria, por Von Meytens (Germanisches Museum, Nuremberg). Hija de Carlos VI, su reconocimiento como emperatriz desencadenaría la guerra de la Pragmática Sanción y daría lugar a que Federico II hiciese de Prusia un estado que trastrocaría el edificio del Imperio.

na cuenta del invasor. Pero en la batalla de Möllwitz (abril de 1741), la exacta precisión de fuego de la disciplinada infantería prusiana triunfó sobre las brillantes cargas de caballería de sus adversarios. Este hecho de armas consagró la eficiencia del nuevo ejército, cuya fama perduraría hasta las guerras napoleónicas.

La acción de Federico, al poner de relieve la debilidad del estado austríaco, dio lugar a una coalición general de los enemigos de la casa de Habsburgo. Tomó parte en ella Felipe V de España. Al frente de la alianza se hallaba Francia, cuyo partido belicista quería desmembrar los territorios hereditarios de María Teresa y coronar emperador al elector de Baviera, con lo que se daría feliz remate a una secular aspiración de la política exterior francesa. Esta coalición, a la que naturalmente se unió Prusia, logró en muy pocos meses ocupar el reino de Bohemia y amenazar la propia ciudad de Viena. Carlos Alberto fue elegido y coronado emperador, rompiendo de esta forma la serie de los emperadores de la casa de Austria, que se remontaba al siglo XV.

No obstante, algunos factores jugaban en favor de María Teresa. En primer lugar, la lealtad de gran parte de sus súbditos, en especial del reino de Hungría. En segundo,

LA PUGNA ENTRE MARIA TERESA Y FEDERICO II: LA GUERRA DE SUCESION A LA CORONA AUSTRIACA (1740-1748)

1740 Ascensión de Federico II al trono de Prusia.
(20/X) Muerte del emperador Carlos VI, que deja como sucesora a su hija María Teresa; la legalidad de esta sucesión es discutida, entre otros, por el elector Carlos Alberto de Baviera, yerno del emperador José I, y por Felipe V, como heredero de los Habsburgos españoles.

1741 En cuatro semanas, Federico II ocupa la Silesia austríaca y ofrece, a cambio del reconocimiento de la posesión de este terreno, su apoyo al esposo de María Teresa en la elección imperial; la oferta es rechazada.
(10/IV) Victoria prusiana de Möllwitz sobre los austríacos.
(28/V) Alianza de Nymphenburg entre Baviera y España.
(31/VII) Toma de Passau por los bávaros.
(19/IX) Alianza entre Baviera y Sajonia.
(2/X) Después de la ocupación de Linz por los ejércitos de Francia y Baviera, Carlos Alberto recibe el homenaje de los estados de la Baja Austria.
(4/XI) Federico II firma un acuerdo con Baviera por el que asegura a Carlos Alberto la elección imperial, así como la posesión de Bohemia, Austria y Tirol.
(26/XI) Después de la toma de Praga, Carlos Alberto es proclamadó rey de Bohemia.
(26/XII) Federico II se apodera de Olmütz (Moravia).

1742 (24/I) Carlos Alberto, elegido emperador en Francfort. Las tropas austríacas de Khevenhüller ocupan Linz y Passau.
(12/II) Coronación de Carlos Alberto en Francfort. Un destacamento de húsares húngaros alcanza Munich. Carlos Manuel III de Cerdeña se alía a Austria contra España.
(17/V) El rey de Prusia vence a Carlos de Lorena, general de María Teresa, en Chotusitz.
(26/XII) Rendición de Praga a los austríacos.

1743 (8/II) Victoria austríaca sobre los españoles en Camposanto.
(12/V) María Teresa es coronada reina de Bohemia.
(13/V) Carlos de Lorena y Khevenhüller vencen a los bávaros en Simbach.
(11/VI) Gracias a la mediación inglesa, la paz preliminar de Breslau es negociada entre Austria y Prusia.
(27/VI) De acuerdo con lo convenido, el general bávaro Seckendorff efectúa la rendición de su país.
(28/VII) Ratificación de los acuerdos de Breslau en Berlín: Prusia obtiene Silesia y Glatz.
(13/IX) En Worms, Jorge II de Inglaterra negocia una alianza entre Austria, Inglaterra y Cerdeña para arrojar a los Borbones de Italia y garantizar la Pragmática Sanción.
(20/XII) Tratado entre Sajonia y Austria.

1744 (24/VII) Alianza de Prusia con el emperador Carlos VII. Federico II invade Bohemia.
(16/IX) Praga se rinde a los prusianos.
(17/X) Habiendo evacuado Baviera los austríacos, Carlos VII entra en Munich.
(11/XII) Federico II se ve obligado a retirarse de Bohemia, sufriendo importantes pérdidas.

1745 (8/I) Inglaterra, Austria, Sajonia y Holanda concluyen la Cuádruple Alianza de Varsovia, por la que holandeses e ingleses se comprometen a otorgar subsidios para la conquista de Silesia.
(20/I) Muerte del emperador Carlos VII.
(22/IV) Paz de Füssen entre Maximiliano José de Baviera (sucesor de Carlos Alberto) y María Teresa, por la que el primero recupera Baviera, reconoce la Pragmática Sanción y otorga su voto al esposo de María Teresa.
(18/V) Alianza de Leipzig entre Austria y Sajonia.
(4/VI) Derrota austro-sajona en Hohenfriedberg.
(13/IX) Bajo el nombre de Francisco I, el esposo de María Teresa es elegido emperador por unanimidad de votos, ausentes Brandeburgo y el Palatinado.
(30/IX) En una incursión en Bohemia, Federico II vence a Carlos de Lorena en Soor, pero se retira luego a Silesia.
(23/XI) Carlos de Lorena es rechazado por los prusianos.
(15/XII) En Kesseldorf, Leopoldo de Dessau vence a los sajones. Federico II, frente a Dresde el mismo día.
(18/XII) Entrada de Federico II en Dresde, abandonada por Carlos de Lorena sin luchar.
(25/XII) Paz de Dresde entre Prusia, Austria y Sajonia. Confirmación de la de Breslau-Berlín y reconocimiento de Francisco I por Federico II.

1746 (2/VI) Alianza austro-rusa contra Prusia.
(15/VI) Victoria de Piacenza por el general austríaco Browne.
(IX) Los austríacos ocupan Génova.

1748 (18/XII) Paz de Aquisgrán, que ratifica la cesión de Silesia a Federico II, así como la Pragmática y la ascensión al trono imperial de Francisco I.

la alianza inglesa, lógica, ya que Francia estaba entre los enemigos. En tercero, el frío cálculo del rey de Prusia, que le llevó a retirarse de la coalición, abandonando a sus aliados, una vez se le aseguró, por separado, la cesión de Silesia (1742).

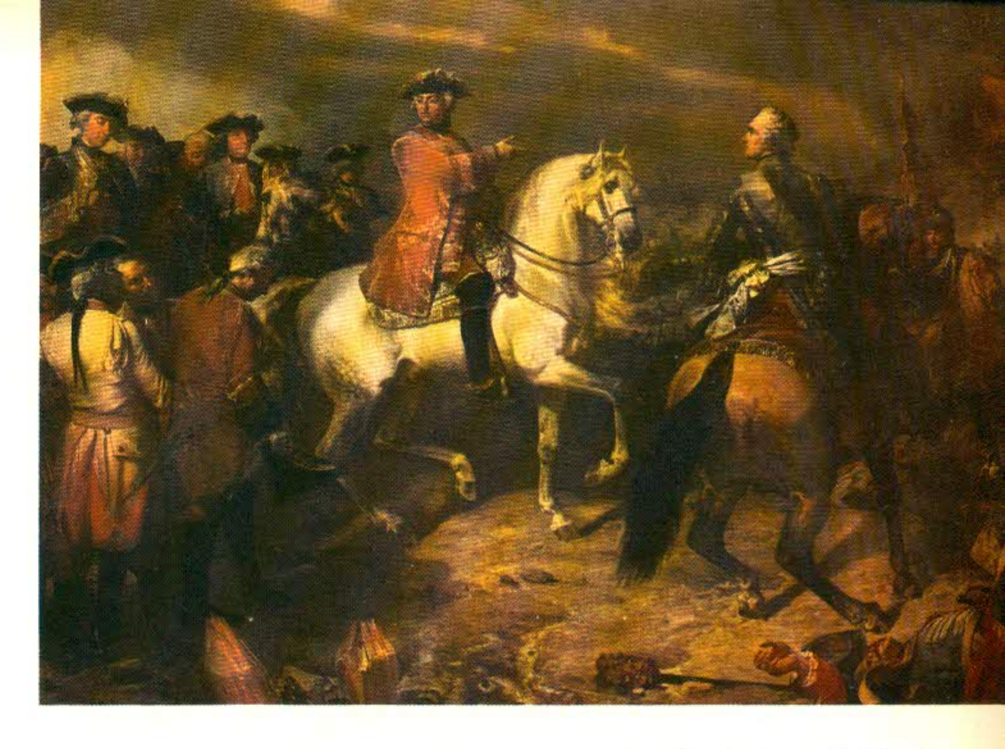
La reacción austriaca fue sorprendente. Los ejércitos de María Teresa, cuya causa parecía perdida a principios de 1742, expulsaron a los franceses de los territorios hereditarios, obligándoles a una terrible retirada que prefiguraba la campaña de Napoleón en Rusia. Munich, la capital de Baviera, fue tomada y el nuevo emperador electo se vio convertido en un soberano errante.

Las armas austríacas victoriosas recibieron ayuda británica en dinero y en soldados (la última vez que un rey inglés mandó un ejército en campaña). Francia fue invadida. En este momento, Federico II truncó de nuevo la evolución de los acontecimientos al emprender la llamada "segunda guerra de Silesia" (1744-1745). Este conflicto inesperado impidió la invasión de Francia y puso nuevamente de manifiesto la superioridad militar prusiana, al tiempo que señalaba los límites de la reacción austríaca.

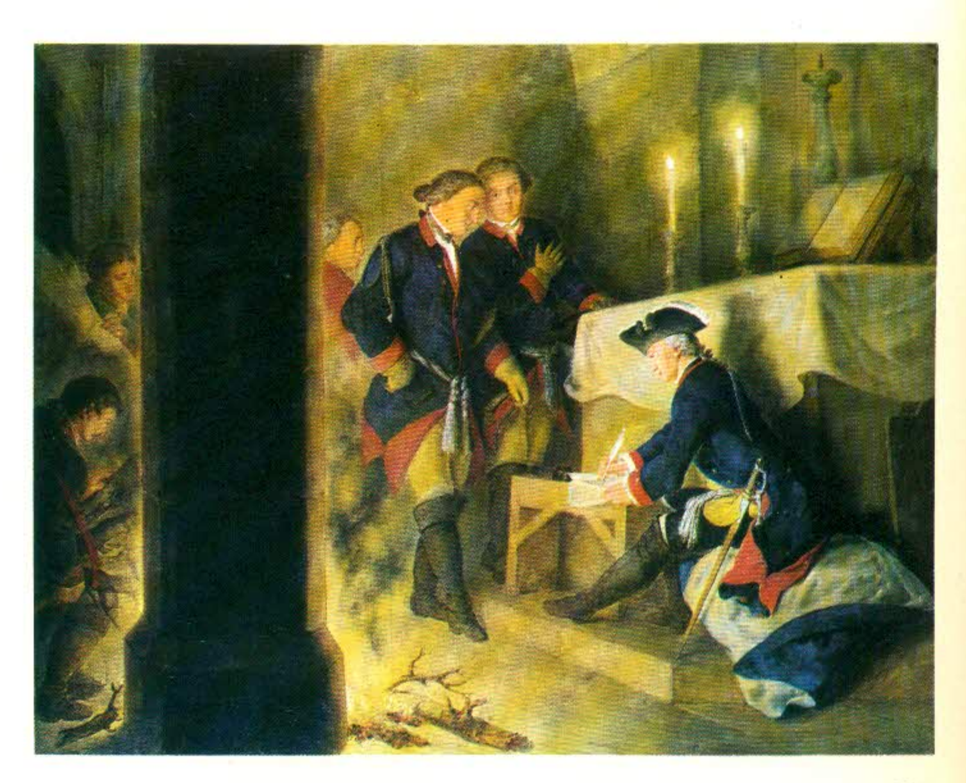
Los años siguientes marcaron la evolución hacia la paz de Aquisgrán (1748), por la que terminó esta guerra de Sucesión de Austria, llamada también guerra de la Pragmática. El rey de Francia reconocía como emperador al esposo de María Teresa, Francisco I (ex duque de Lorena), que había sido elegido a la muerte del desdichado Carlos Alberto (1745). El tratado fue recibido, injustificadamente, por la opinión francesa como una muestra de debilidad. De hecho, puso fin a la secular lucha entre las casas de Austria y de Francia.

María Teresa sólo consideraba la paz, por lo referente a Prusia, como una tregua necesaria. Toda su política se dirigía a hacer de Austria un estado fuerte y moderno que fuera capaz de recuperar Silesia. Era evidente que la superioridad militar prusiana corría parejas con la mayor eficiencia de su burocracia y de su sistema fiscal. A partir de 1748, el gobierno austríaco emprendió una política conducente a la centralización de los organismos administrativos y a hacer pasar la recaudación de impuestos, de manos de los estamentos nobiliarios, al control de burócratas designados por el monarca. Fue un emigrado silesiano, el conde Haugwitz, quien puso en marcha la reforma administrativa, basándose en parte en el propio modelo prusiano.

A idéntica preocupación por Silesia debió la dignidad de primer ministro el diplomático conde Kaunitz. Este personaje, que ejerció el poder desde 1753 hasta 1792, era, en frase de Federico II, "frívolo en sus gustos



Batalla de Lawfeld (óleo de A. Conder, Museo de Versalles), en que los franceses, al mando del mariscal Mauricio de Sajonia, derrotaron a las tropas austríacas, inglesas y holandesas en la guerra de Sucesión de Austria.



Federico II el Grande después de la batalla de Torgau, por C. Bernbardrore (Museo de Berlín). Durante la llamada "guerra de los Siete Años", Prusia llegó a extremos desesperados, pues sus ejércitos sufrieron terribles derrotas. Pero en 1760 las cosas cambiaron y la victoria de Torgau y las inglesas en Asia y América salvaron al estado prusiano.



Escena familiar en la corte de la emperatriz María Teresa: la archiduquesa María Cristina reparte los regalos del día de san Nicolás. En esta miniatura, realizada por la propia archiduquesa, están representados María Teresa, su esposo Francisco de Lorena y sus hijos, entre los que conviene señalar a la futura reina de Francia María Antonieta, la niña que juega con una muñeca (Kunsthistorisches Museum, Viena).

y profundo en sus negocios". Su plan de acción sostenía que la rivalidad austro-francesa era un espejismo del pasado, por culpa de la cual ambos estados se agotaban inútilmente en beneficio de un tercero, concretamente el rey de Prusia. Proponía, en cambio, una reconciliación de los dos eternos rivales, que debía traducirse, ante todo, en una derrota de Prusia y en la recuperación de Silesia.

Esta audaz "inversión de las alianzas", que alteró el sistema político europeo, se produjo en 1756. Sin disminuir la actividad de Kaunitz, el verdadero motor de la misma fue el propio rey de Prusia, que abandonó de nuevo a sus aliados franceses para concertar un tratado con el rey de Inglaterra. Una dura guerra-relámpago permitió a Federico tomar ventaja inicial, al atacar sin declaración alguna, según su costumbre. Con este hecho comenzó en Europa la llamada "guerra de los Siete Años" (1756-1763).

Durante la misma, la situación de Prusia llegó a extremos desesperados, ya que debía hacer frente a una amplia coalición de potencias enemigas, a las que se había unido Rusia, con sus enormes contingentes militares. Los mandos austríacos, a pesar de su tradicional lentitud e indecisión, habían mejorado, y en conjunto el ejército prusiano tuvo que mantenerse a la defensiva, sufriendo terribles derrotas (Kolin en 1757, Zorndorf en 1758, Hochkich y Kunesdorf en 1759). La propia Marca de Brandeburgo fue invadida y saqueada; Berlín tuvo que pagar fuertes contribuciones de guerra para no correr la misma suerte.

No obstante, Federico logró resistir en las condiciones más adversas, aprovechando los errores y vacilaciones de sus enemigos y obteniendo brillantes victorias, tal vez las más características de su genio militar. La campaña de 1757, iniciada con victorias y jalonada por derrotas, terminó con los dos resonantes triunfos de Rossbach y Leuthen, en los que puso fuera de combate a los ejércitos francés y austríaco respectivamente. La intervención rusa y la tenacidad austríaca se dejaron sentir de nuevo en los años sucesivos. Pero a partir de 1760, las victorias propias (Torgau), las de su aliada Inglaterra en Asia y América y un repentino cambio de

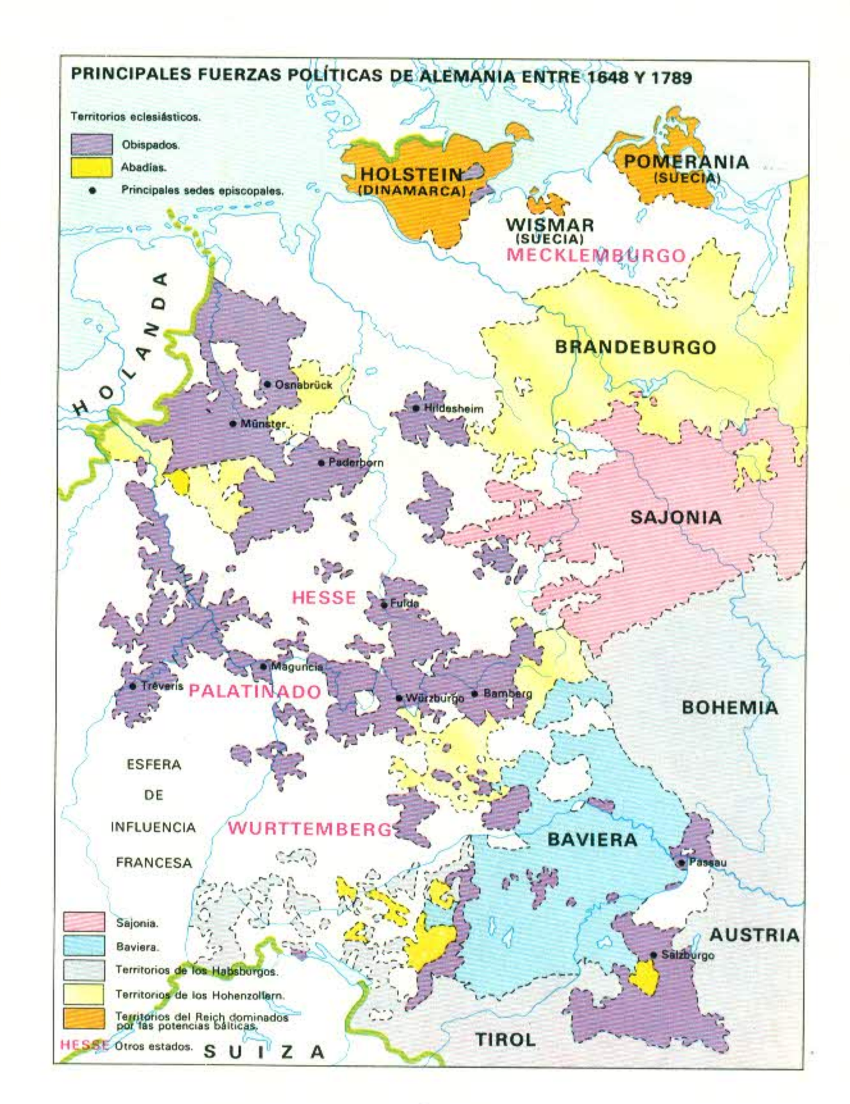


orientación política en Rusia (el breve reinado de Pedro III) salvaron a la comprometida monarquía prusiana. Austria tuvo que reconocer la pérdida definitiva de Silesia (1763) y el establecimiento, de hecho, de un dualismo austro-prusiano en el interior del Imperio, sistema que con algunas variaciones perduró hasta 1866.

La guerra había arruinado a Prusia. Su población estaba disminuida. Se había provocado la inflación. Federico emprendió una política de reconstrucción que en breves años recuperó su nivel anterior.

También María Teresa continuaba la política de reformas, desde 1765 en régimen de corregencia con su hijo José II, cuyo reinado abarcó hasta 1790. Esta etapa coincide con la vigencia en Austria de los principios del Despotismo Ilustrado, uno de cuyos entusiastas difusores era el mismo emperador. Toda la época registró un vasto programa de reformas de toda índole, aplicadas con prudencia durante la corregencia y de una forma acelerada en los diez años del reinado de José II (1780-1790), quien había tomado como modelo al tenaz rival de su madre, Federico de Prusia. Estas reformas cubrían especialmente los aspectos administrativos, sociales y religiosos.

Las reformas administrativas buscaban el doble fin de centralizar el ejercicio del poder y aumentar la autoridad del estado. Kaunitz procedió a un reajuste de departamentos ministeriales en los años 1760-1762. A pesar de que su política no había conseguido la devolución de Silesia, se mantuvo en el cargo hasta la muerte de María Teresa y durante el reinado de sus hijos. Una nueva burocracia, en la que figuraban nobles de segundo rango, algunos burgueses y una buena representación de la aristocracia checa, dominaba los resortes del estado. Se desarrolló –tardíamente– una política mercantilista. Una serie de códigos remozaron los distintos aspectos del derecho. José II procuró unificar y nivelar las diversas provincias, disminuyendo su número y sometiéndolas a una autoridad única. La célula





Banquete organizado en Francfort, en 1765, con motivo de la coronación de José II (cuadro de la escuela de Maytens; Kunsthistorisches Museum, Viena). La corregencia de María Teresa con su hijo José II fue precisa ante la necesidad urgente de establecer una serie de reformas que revitalizasen la monarquía de los Habsburgos. Sin embargo, sus reformas no fueron bien aceptadas y muchas de ellas quedaron en suspenso.

EL IMPERIO DE LOS AUSTRIAS

Los soberanos del Sacro Imperio debían, en los tiempos modernos, casi su única fuerza a sus posesiones familiares. Los emperadores de la casa de Austria dominaban una serie de territorios de una extensión semejante a la francesa, con una población similar (unos 22 millones en el siglo XVIII), pero con unos ingresos cinco veces inferiores y un poder limitado.

Los territorios de los Habsburgos, esparcidos desde el mar del Norte hasta el Adriático, no tenían cohesión de raza, lengua o religión. El soberano lo era, en teoría, de cada uno de ellos por separado. Los distintos estados gozaban de amplia autonomía interna; la nobleza laica y eclesiástica defendía sus privilegios, sobre todo los fiscales, y controlaba la administración local.

A pesar de esta variedad, los soberanos del siglo XVIII –de Carlos VI a Leopoldo II– supieron imprimirle una unidad real, basada en la fidelidad a la dinastía y en una innegable moderación en el uso de la autoridad, de tal forma que el siglo XVIII corresponde a la madurez política del estado imperial austríaco.

El núcleo del Imperio estaba formado por las llamadas "tierras hereditarias", de población mayoritariamente alemana (con minorías italianas y eslovenas), religión predominantemente católica y cierto auge de la burguesía. Correspondían a grandes rasgos a la actual Austria: archiducados de Baja y Alta Austria, ducados de Estiria, Carintia y Carniola, condados de Tirol y de Gorizia y ciudades de Trieste y Fiume, a través de las cuales el Imperio obtenía la salida al mar Adriático.

El reino de Bohemia, o corona de san Wenceslao, estaba regido por los Habsburgos desde 1526. El reino disponía de derecho de voto en la elección imperial. Estaba formado por Bohemia propia, el margraviato de Moravia y el ducado de Silesia, que tuvo que ser cedido casi en su totalidad a Prusia como consecuencia de las guerras mantenidas entre ambos estados. Eran países de agricultura y minería rica, con grandes propiedades nobiliarias y un elevado porcentaje de población judía.

El reino de Hungría, o corona de san Esteban, era completamente independiente del Sacro Imperio. Los Habsburgos eran soberanos desde 1526, pero gran parte del país había estado ocupado por los turcos hasta fines del siglo XVII y se había producido una intensa despoblación. Aparte de la Hungría propia, se administraban separadamente el principado de Transilvania, los reinos de Croacia y Eslavonia, el banato de Temesvar (unido a la corona en 1779) y las fronteras militares con Turquía, gobernadas no por la nobleza magiar, sino por el ejército imperial.

Los estados citados hasta aquí formaban una continuidad territorial. Existían además las posesiones obtenidas por Carlos VI en la guerra de Sucesión de España: estados italianos, de los cuales sólo Milán fue duradero, y los Países Bajos, durante mucho tiempo clave de la política europea, provincias ricas cuya defensa exigía grandes esfuerzos y que en frase de un diplomático eran "una piedra de molino atada al cuello de Austria". Incluso existían unos territorios reliquia de los orígenes de la dinastía y de su pasado esplendor en el Alto Rin. Estas "tierras altas" habían perdido gran parte de su anterior importancia, pero todavía englobaban ciudades tan significativas como la plaza fuerte de Breisach y el centro universitario de Friburgo de Brisgovia.

Este conjunto de territorios contaba con unas pocas instituciones comunes, al paso que conservaba todos los organismos administrativos de etapas precedentes. Como centro coordinador existía en Viena un Ministerio de Estado y Conferencia –derivación del Consejo Privado– y algunos departamentos concretos: la cancillería austríaca, el consejo áulico de la guerra y la cámara áulica, para la administración de la Hacienda. Por otra parte, los distintos grupos territoriales contaban con sus propias cancillerías (Hungría, Bohemia) o consejos (Italia, Flandes).

La reforma de 1749 intentaba limitar las divisiones territoriales y asimilar las diversas categorías de territorios. La cancillería de Bohemia fue suprimida, creándose un organismo único para gobernar conjuntamente las provincias austríacas y las alemanas. Los consejos de Flandes y de Italia desaparecieron en 1757. La reforma fue completada en 1760 con la creación de un Consejo de Estado, centro consultivo de toda la política, con la separación de las funciones administrativas y fiscales, etc. Al mismo tiempo se creó un Supremo Tribunal (a la vez ministerio de Justicia) y consejos para la dirección de la Banca y del Comercio, así como comisiones para la instrucción pública, la reforma agraria, etc. El principal ministerio era la cancillería de Estado, cuyo titular era el príncipe de Kaunitz.

Estas medidas se complementaban con la transferencia de la administración local de manos de la aristocracia a la de los burócratas, lo que significaba el fin de la autonomía de los estamentos locales. El resultado de la guerra de la Pragmática provocó la supresión del sistema de votar los impuestos en cada caso particular y la implantación de una contribución de guerra fija, así como la sustitución de los pagos en especies por dinero. Para este fin, las autoridades militares debían establecer un catastro de las propiedades y percibir el 1% de los ingresos de la nobleza y el 2% del estado llano.

La medida encontró cierta resistencia en los círculos aristocráticos e incluso en el mismo gobierno, pero a la larga los estamentos –excepto los de Carintia– se sometieron con sorprendente facilidad. La propia organización administrativa fue alterada por los nuevos sistemas burocráticos (1749).

Pero el alcance de estas medidas fue parcial. Nunca fueron aplicadas en el reino de Hungría, en el cual toda la administración local estaba en manos de la nobleza. Los escasos burgueses que vivían en las ciudades libres no tenían ninguna representación política. Mucho menos los campesinos. Los hidalgos, que consideraban a la nobleza "una e igual", sin diferencias con los magnates, dominaban la administración de los distritos por medio de los palatinados, de los que dependía el reclutamiento militar y la percepción de los impuestos. La Cámara Baja de la Dieta o Parlamento estaba también integrada por los representantes de los palatinados, hostiles a cualquier disminución de su poder.

Aunque la Dieta húngara siempre consintió en hacer los mayores sacrificios en favor de su "rey" María Teresa (la Constitución húngara no reconocía reinas), nunca admitió el principio del impuesto no votado previamente y mucho menos el pago del mismo por la nobleza, ya que el impuesto era indicio de condición servil. Por último, la Dieta entró en conflicto con la corona cuando ésta quiso practicar una política de mejora de la condición campesina. A partir de 1764, María Teresa dejó de reunir la Dieta y tampoco renovó la dignidad de conde palatino, una especie de virrey vitalicio y elegido por la nobleza.

El "déspota ilustrado" José II practicó un política filocampesina y de apoyo a la burguesía, cuya alianza necesitaban para vencer la resistencia de los estamentos privilegiados. El gobierno subvencionaba los folletos antiaristocráticos en los que se acusaba a la nobleza de no desempeñar la función que les correspondía en las dietas provinciales y en la administración.

No obstante, los "ilustrados" habían menospreciado la fuerza de la nobleza, cuyo peso era fundamental en Hungría, importante en Bohemia y en la mayoría de "países hereditarios", como se demostró en la reacción de 1790-1791. Este movimiento barrió gran parte de la obra de José II, pero conservó las reformas administrativas debidas a María Teresa, que debían formar la base del Estado durante otros cincuenta años.

Debe señalarse la importancia que todos estos soberanos prestaron a la creación de centros de enseñanza y de formación de funcionarios. Los jesuitas crearon el Colegio Teresiano de Viena, dedicado a la educación de la nobleza. Para contar con un buen plantel de oficiales se fundó la Academia Militar de Wiener-Neustadt. El propio Kaunitz protegió el desarrollo de una Academia de Orientalistas, en función de la diplomacia austro-turca. En 1775 se fundó la Academia Imperial de Ciencias y Bellas Letras. José II impulsó la enseñanza primaria y media y creó el cuerpo de profesores austríacos, contribuyendo al desarrollo cultural de los países danubianos.

P. M.

Johann Sebastian Bach, por E. G. Haussmann. Bach, redescubierto por Mendelssohn, es "el inventor de la música moderna".



administrativa era el círculo o "kreise", gobernado por un "capitán" que debía poseer título universitario. Pero aunque la pequeña nobleza y la burguesía tuvieron acceso a la administración, los cargos más importantes seguían reservados a las grandes familias nobles.

El emperador mostró gran interés por las clases humildes, hasta el punto de que ha sido calificado de "revolucionario imperial", "rebelde purpurado", "emperador del pueblo" e incluso "Lenin con corona". En especial atendió a la condición de los campesinos, todavía sometidos a prestaciones personales, al pago de exorbitantes censos y rentas y a los monopolios señoriales, así como a su justicia y administración. En este punto, José II compartía la orientación de su madre, quien en 1764 había intentado mejorar la situación de los campesinos húngaros, provocando con ello la reacción de la nobleza ante este "atropello" de que se les hacía víctima. También estableció pequeños propietarios campesinos en las tierras de la corona, cuyo rendimiento aumentó. Pero los nobles no imitaron el ejemplo.

La resistencia de los señores a la emancipación produjo las rebeliones de campesinos de Hungría (1764), Bohemia (1775) y Transilvania (1784), reprimidas duramente por la aristocracia. Pero José II extendió y amplió la legislación anterior: emancipó a los campesinos, convirtiéndoles en virtuales poseedores hereditarios del suelo, a cambio del pago de un censo. Fue la única reforma personal del emperador que le sobrevivió.

La aceleración de las reformas debida a José II y su equipo "ilustrado" fue muy sensible en el campo religioso. María Teresa había abolido el uso de la tortura en los procedimientos judiciales y había suavizado algunas disposiciones contra los disidentes religiosos. José II se apresuró a promulgar un edicto de tolerancia (1781) por el que concedía la libertad religiosa a luteranos, calvinistas y ortodoxos, los cuales obtenían el derecho a establecer colegios y a desempeñar cargos públicos. Incluso mejoró la situación de los judíos, a los que se permitió establecerse como industriales y comerciantes, asistir a las universidades, etc. El crimen de herejía dejó de existir.

El emperador, basándose en las doctrinas de Febronius (Nicolás Hontheim, obispo auxiliar de Tréveris), se proponía crear una Iglesia nacional independiente de Roma;



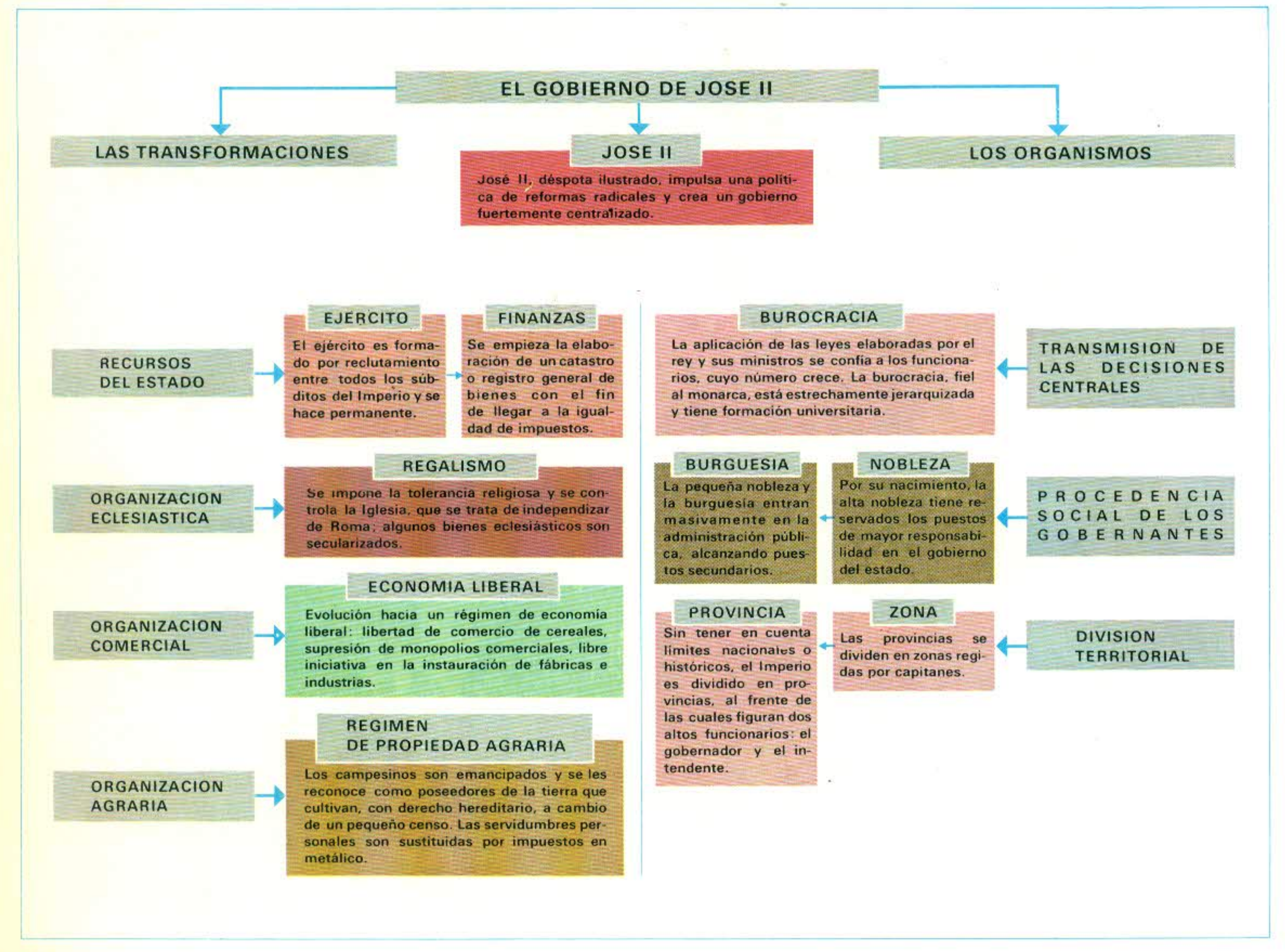
este ideal era alentado por algunos canónigos y profesores de la universidad de Viena. Para conseguirlo, su tolerancia se trocó en persecución religiosa. Fueron clausurados 700 monasterios, las Órdenes contemplativas quedaron prohibidas, así como los estudios de teología, las procesiones y las peregrinaciones. Las bulas pontificias y las disposiciones episcopales se sometían al visto bueno del estado. Se trataba de un verdadero proceso de secularización.

Para asegurar la continuidad del sistema, los seminarios diocesanos fueron sustituidos por doce seminarios oficiales, en los que debía formarse el nuevo clero. Esta política religiosa no tuvo en cuenta el poder de la Iglesia y los sentimientos del pueblo. En los Países Bajos (Bélgica), la cuestión religiosa fue uno de los motivos fundamentales –junto con la resistencia al centralismo– de la revolución de 1789, que en pocas semanas derribó el régimen austríaco.

También Hungría llegó al borde de la rebelión. El emperador se había enfrentado con la nobleza al abolir el tradicional sistema de administración por "condados", medida a la que unió otras dos en extremo aventuradas: la implantación del alemán como idioma oficial único y la confección de un censo de la propiedad con el propósito de establecer la igualdad ante el impuesto.

En las relaciones exteriores, la política de José II se saldó también con un relativo fracaso: la breve e inútil guerra de Sucesión de Baviera (1779); la "liga de los príncipes", organizada por Federico II para anular cualquier iniciativa imperial; los fracasados intentos de abrir el Escalda a la libre navegación, dando nuevo vigor al puerto de Amberes; la última guerra con Turquía (1788-1790), que no reportó ninguna ganancia territorial a Austria.

José II murió en 1790, convencido de que su reforma global había fracasado. El mismo anuló gran parte de sus disposicio-



nes. Su sucesor, Leopoldo II, para asegurar la estabilidad política, llegó a un acuerdo con las aristocracias locales, retornando a la política de reforma moderada de María Teresa. El influjo de la Revolución francesa ya se dejaba sentir en el Imperio de los Habsburgos.

Viena era la capital artística y galante de la Europa central. A María Teresa sobre todo le debemos la Viena de Mozart y de Haydn. Y muchos que no fueron víctimas de la soberbia austríaca, de la petulancia aristocrática del gobierno de Viena, dirán que el *Don Juan* de Mozart bien vale un gobierno de María Teresa.

En la segunda mitad del siglo XVIII lo mejor del espíritu humano se manifestó en música. La filosofía, después de Rousseau y Voltaire, se había reducido a un entretenimiento de aristócratas librepensadores. Hasta Federico II y Catalina de Rusia filosofaban; pero escondida en compases musicales, el alma humana empezaba a expresarse intensa y sentimental en las obras de Bach, Hændel, Haydn y Mozart. El primero, iniciador de una época musical, pasó casi inadvertido en su tiempo; lo redescubrió Mendelssohn como maestro de capilla, sin pretensiones, en Weimar y Leipzig. Cuando murió, en el año 1750, nadie pensó que aquel organista había sido el más grande músico que hasta entonces había producido la Humanidad. Muchas de sus obras manuscritas, repartidas entre sus numerosos hijos, se creen aún irremediablemente perdidas.

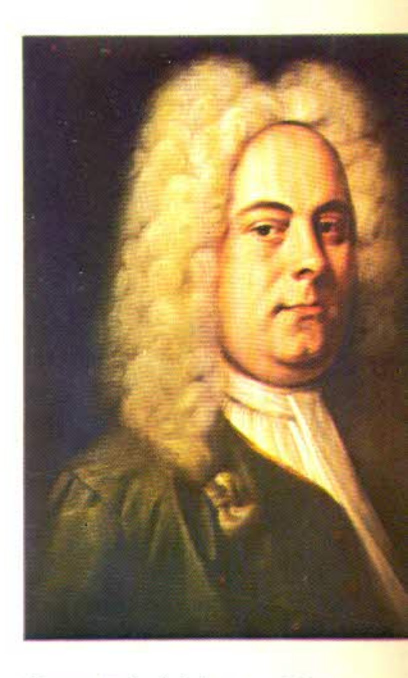
Es difícil darse cuenta de lo que representa Johann Sebastian Bach. Es algo más que un revolucionario en su época. Es, simplemente, el *inventor* de la música moderna. La música no comienza a ser tal –según hoy entendemos su concepto– sino después de J. S. Bach. Y es curioso pensar que este hombre, que pudiera representar a primera vista el antípoda de la escuela italiana, hizo gran parte de su aprendizaje sobre los manuscritos de Vivaldi y otros notables compositores italianos de su época. Y es que, en realidad, lo que se pierde después al sobrevenir la degeneración de las formas teatrales es la propia tradición italiana. No hay que olvidar que los más grandes músicos anteriores a J. S. Bach son los italianos y los españoles (Palestrina, Victoria).

La causa del poco interés que despertó la música de Bach en su tiempo y en los años siguientes es que se mantuvo fiel a la tradición polifónica medieval, que parecía indispensable en temas religiosos. Pero el teatro, entregado con frenesí a la ópera, exigía música, y la escena requería cantatas, arias, duetos y bailes, imponiendo otro tipo de composición.

Corelli y Scarlatti fueron los primeros en emplear nuevas formas musicales, esencialmente melódicas y contrapunteadas. En teoría era un retroceso a una simplicidad vulgar y dulzona, pero los grandes genios consiguieron hacer obras sublimes con temas triviales de rondós, minuetos y cantables.

Hændel, nacido en Halle (Sajonia), residió la mayor parte de su vida en Londres, al servicio de la casa real, o como empresario de sus propias óperas. Los títulos de las óperas y hasta sus libretos estaban en italiano: nadie podría imaginar que aquellas palabras pudieran revestirse de música elevada. Hændel, en sus últimos años, se aplicó a componer *oratorios*, pomposas composiciones para masas corales y solistas, que consiguieron entusiasmar a la corte perfumada y frívola de Jorge III. Pero la aparente vaciedad de los arpegios y trinos de las cantatas que compusiera Hændel encubre bajo su esplendor una grandeza de estilo que volvemos a admirar sinceramente en nuestro tiempo.

Algo análogo ocurre con Haydn. Era austríaco, nacido en 1732, y aunque errante y andariego como los artistas de su época, pasó la mayor parte de su vida en Viena. Escribió también óperas y oratorios, pero casi podríamos decir que lo más importante de su vida fue la fraternal amistad que mantuvo con Mozart, enseñándole y animándole. Mozart empezó como un niño prodigio. A los tres años ya tocaba el clavicordio y componía, y algunas de sus más inspiradas obras musicales datan de cuando su autor era de muy corta edad. El padre de Mozart hizo viajar al pequeño músico, incluso procurando que fuera a Italia, entonces indispensable complemento de una educación musical. Mozart continuó su maravillosa carrera de hombre entregado a la música hasta su muerte, en 1791, cuando sólo tenía treinta y cinco años. Fue en verdad un caso extraordinario de ser humano creado para hacer música y vivir por la música. La moda del tiempo le exigió un estilo melódico, aparentemente simple. La pedantería neoclásica del siglo le hacía escribir música para dramas que no tenían nada vivo y real. He aquí los títulos: *Mitridates rey del Ponto, Ascanio de Alba, El sueño de Escipión, El Rey Pastor, Idomeneo rey de Creta*. Mozart quería ante todo sílabas sobre las que tejer la maravillosa fantasía de sus melodías, pero en los moldes de un estilo convencional vertió a menudo sentimientos apasionados, humanísimos. *Las bodas de Fígaro* y *Don Juan* representan un avance considerable, y *La flauta mágica*, de un simbolismo casi incomprensible para nosotros, expresaba en sus notas el anhelo de una vida mejor.



Georg Friedrich Haendel, por B. Denver (National Portrait Gallery, Londres).

Wolfgang Amadeus Mozart, el hombre creado para hacer música y vivir por la música (Conservatorio Rossini, Bolonia).

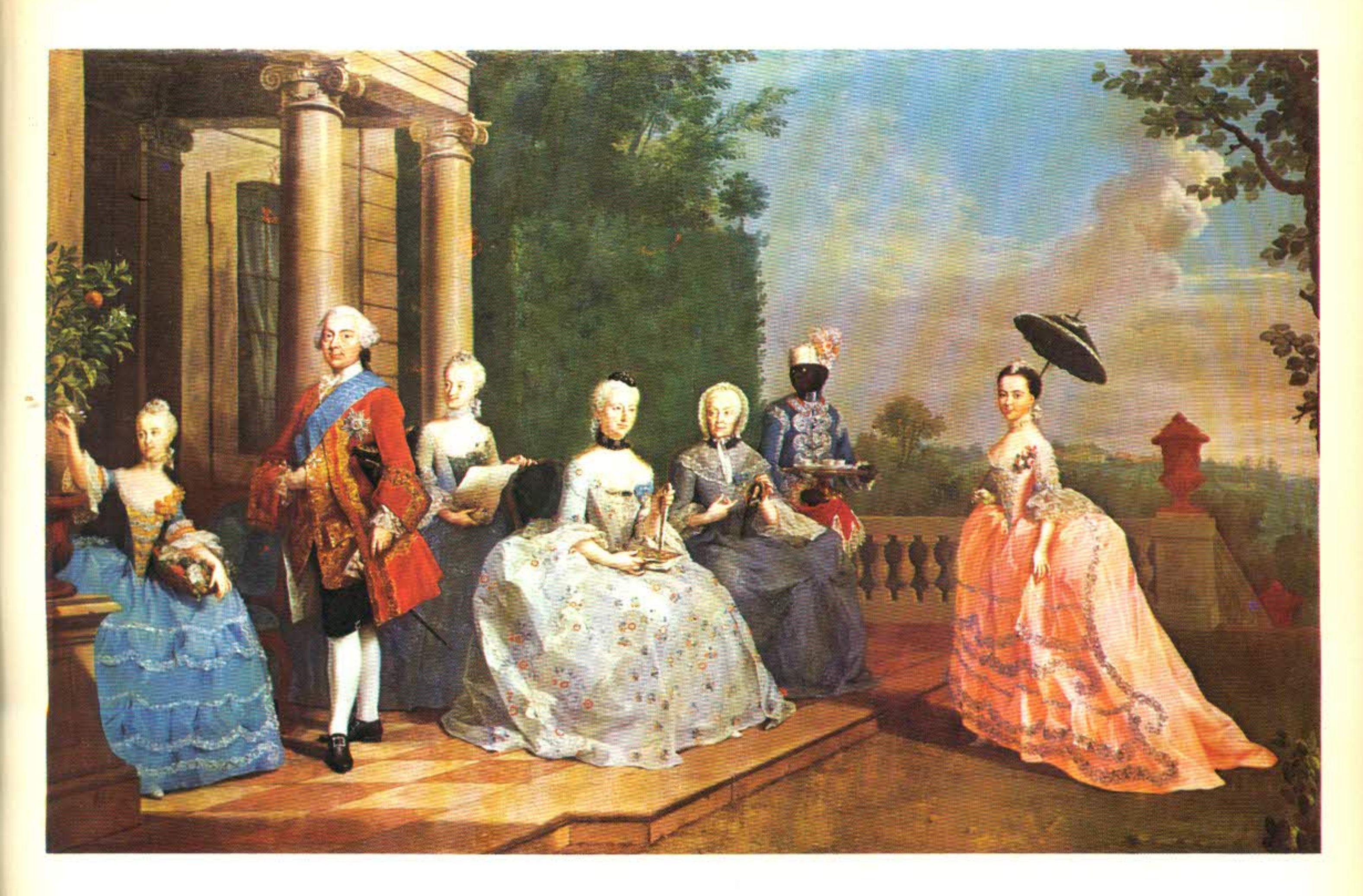


BIBLIOGRAFIA

Arneth, A. von	*Maria Theresia* (7 vols.), Viena.
Brian-Chaninov	*Historia de Rusia,* Barcelona, 1955.
Droz, J.	*Histoire de l'Autriche,* París, 1954. – *Histoire de l'Allemagne,* París, 1964.
Earl, A.	*Historia de Rusia,* Barcelona, 1967.
Hantsch, H.	*Die Entwincklung Osterreich-Ungarns zur Grossmacht,* Friburgo, 1933.
Lavisse, E.	*La jeunesse du grand Frédéric,* París, 1916.
Marcoff, A.	*Pugachev,* Barcelona, 1944.
Mayer, F. M.	*Geschichte Osterreichs* (2 vols.), Viena, 1908.
Miliukov, P.	*Histoire de la Russie* (3 vols.), París, 1932-1933.
Nementh, A.	*María Teresa de Austria,* Barcelona, 1952.
Pascal, P.	*Histoire de la Russie, des origines à 1917,* París, 1963.
Valloton, H.	*María Teresa, emperatriz de Austria,* Madrid, 1966.
Zollner, E.	*Histoire de l'Autriche. Des origines à nos jours,* París, 1965.



Sala de san Jorge, en el Kremlin, Moscú.



La familia ducal de Schleswig-Holstein en el jardín de su palacio de verano en Traventhal, por J. H. Tischbein (Museo Nacional, Frederiksborg). Desde 1460, los ducados alemanes de Schleswig y Holstein habían sido unidos "para siempre" a la corona danesa. Su vinculación, por otra parte, al Imperio daría ocasión a que la política de éste repercutiera en aquellos ducados.

Los países del Báltico, del siglo XVI al XVIII

por PEDRO MOLAS

La triple unión de los reinos escandinavos –Dinamarca, Noruega y Suecia– formada en Kalmar en 1389, había desaparecido de hecho en el siglo XV, a causa de la constante resistencia de los suecos a ser gobernados por monarcas daneses. Reyes y regentes suecos fueron los verdaderos soberanos del país, a pesar de la soberanía nominal de la casa danesa de los Oldenburgo.

En los primeros años del siglo XVI se realizó un último esfuerzo para vigorizar la Unión, al tiempo que se intentaba convertir la monarquía danesa en autoritaria, siguiendo el modelo general europeo. El rey de Dinamarca Cristián II (1513-1523) fue un verdadero político del Renacimiento. Como virrey de Noruega primero, y más tarde como monarca, se apoyó en la burguesía escandinava para combatir simultáneamente la presión económica de las ciudades alemanas de la Hansa y el poder de la nobleza. Se alió con Carlos V –soberano de los Países Bajos– y en 1520 logró derrotar al último regente sueco Sten Sture. La Unión de Kalmar era restaurada.

La victoria de Cristián II fue seguida de una violenta represión, conocida con el nombre de "baño de sangre de Estocolmo".

ESTRUCTURA DUALISTA DE DINAMARCA

GOBIERNO CENTRAL

Desde 1751, el gobierno tiene carácter reformista e ilustrado. Los ministros tratan de eliminar la influencia política de la nobleza. En 1787, los siervos rurales son declarados libres, aunque no se les exime de los derechos feudales. La burguesía recibe protección: se crea un medio de financiamiento –Banco de Copenhague, 1736–, se fundan compañías comerciales –Compañía asiática– y se procura establecer o desarrollar la industria.

ZONA INTERIOR, ARISTOCRATICA

Grandes nobles se reparten las posesiones territoriales del interior del país, que son cultivadas por campesinos-siervos, sometidos a cargas y prestaciones feudales.

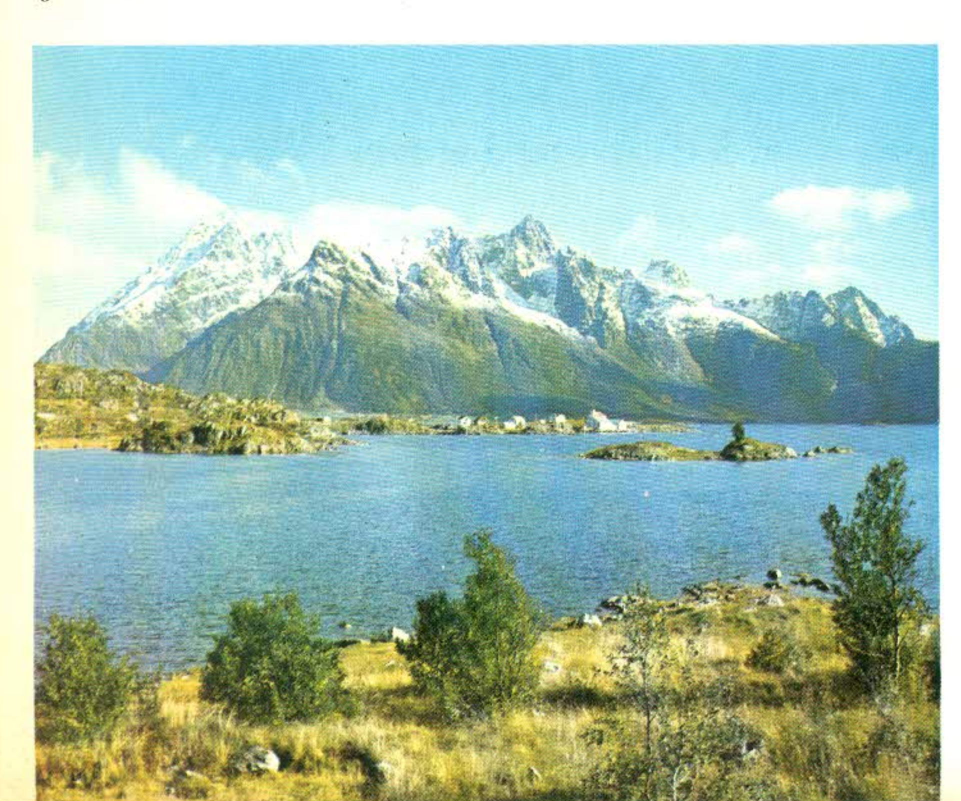
ZONA MARITIMA, BURGUESA

La amplia zona costera posee buenos y numerosos puertos y el tráfico marítimo que circula por los estrechos daneses es muy importante. Una burguesía tradicional y enriquecida puebla esta parte del país.

Su dureza provocó la insurrección de la región minera de Dalecarlia, cuyos habitantes proclamaron al joven noble Gustavo Erikson Vasa. Los daneses fueron expulsados, junto con los dirigentes suecos "unionistas". Una asamblea nacional o *Riksdag* legitimó el alzamiento, eligiendo como rey a Vasa, con el nombre de Gustavo I.

Gustavo Vasa fue el fundador del moderno estado sueco. Su política tendió a la centralización monárquica, para lo que tuvo que vencer fuertes resistencias internas. Reorganizó la administración política, judicial y financiera e incluso intervino en materias religiosas. El poder autoritario de la corona fue mantenido por su hijo Juan III, tras el intervalo de inestabilidad política correspondiente al reinado de Erik XIV (1551-1568).

Panorámica de las islas Lofoten, en Noruega. Esta nación, después de la destrucción de la Unión de Kalmar, quedó unida a Dinamarca, de la que dependió más como tierra de colonización que en plan de igualdad.



El fracaso de la Unión produjo el hundimiento de la obra de Cristián II. La nobleza y las ciudades de la Hansa, a las que había combatido, aprovecharon la crítica situación financiera del reino para deponerle y proclamar en su lugar a Federico I (1523-1533). Los intentos de Cristián para recobrar el poder, con la ayuda de los Países Bajos, fracasaron. Murió encarcelado en 1559.

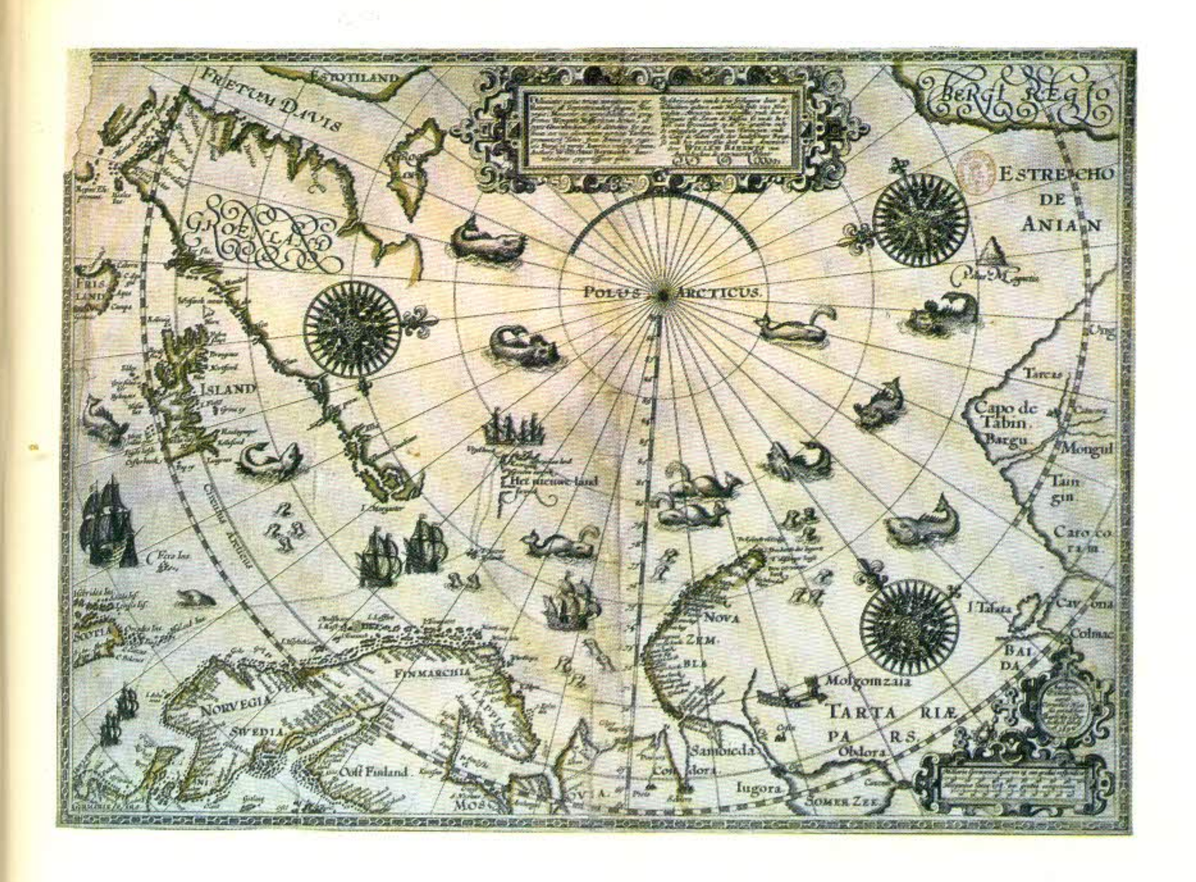
La disolución de la Unión dio lugar a dos agrupaciones estatales. De una parte, la corona noruego-danesa, que abarcaba también parte de la actual Suecia –en especial la rica región triguera de Escania– y los ducados alemanes de Schleswig y Holstein, que en 1460 habían sido unidos "para siempre" a la corona. Asimismo comprendía las islas de Groenlandia, Islandia y Feroë. Este conjunto de territorios era gobernado desde Dinamarca.

Por otra parte, existía el reino de Suecia, que extendía sus límites hasta Finlandia. La clase dirigente de este país conservó la lengua y las instituciones suecas hasta principios del siglo XX.

La Unión de Kalmar se había formado como defensa frente a la presión económica de las ciudades de la Hansa germánica, que en la baja Edad Media habían logrado arrebatar a los daneses el dominio del Báltico, desde el Elba hasta el golfo de Finlandia. Los países bálticos eran grandes productores de trigo, madera, lino, cobre y hierro, que las ciudades mercantiles deseaban monopolizar.

A principios del siglo XVI, la presencia alemana en el Báltico se hallaba en crisis. Todavía la ciudad de Lübeck había provocado el fin de la Unión, respaldando a Gustavo Vasa y luchando contra Cristián II. Más al Este se hallaban los territorios de la Orden Teutónica (Prusia) y de los Caballeros Portaespadas (Estonia, Letonia), gobernados por la nobleza y el patriciado urbano de origen alemán. Pero en ambos casos debían soportar, los primeros, la tutela polaca, establecida en el siglo XV, y los segundos, la presión de los grandes príncipes de Moscú.

Durante el siglo XV, los reyes de Polonia de la dinastía de los Jagellon habían formado un vasto dominio en Europa oriental. El reino de Polonia y el gran principado de Lituania constituían una singular confederación. Era uno de los estados de mayor extensión territorial de Europa, ya que comprendía gran parte de las actuales Ucrania y Rusia Blanca. Una rama menor de la dinastía gobernó, hasta 1526, en Bohemia y Hungría. Los principados danubianos de Moldavia y Valaquia habían caído en su esfera de influencia.



Mapa polar de B. van Deotecum (Biblioteca Nacional, París), en que se aprecia la península escandinava y el océano Ártico. De Dinamarca, tras la independencia de Suecia, dependían Noruega, Islandia y Groenlandia.

No obstante, el gran estado polaco-lituano era un gigante con pies de barro. El poder estaba en manos de una poderosa oligarquía nobiliaria, que a principios del siglo XVI consiguió incrementar sus privilegios: adscripción de los campesinos a la tierra, exención de impuestos y derechos aduaneros, poder legislativo y judicial de las asambleas nobiliarias, etc.

En la primera mitad del siglo XVI tuvo lugar la expansión del luteranismo por el espacio báltico, a partir de Alemania. En Dinamarca, una primera etapa corresponde a la simple tolerancia de la predicación luterana. En 1536, tras una guerra civil (la llamada "guerra de los condes"), la Reforma luterana triunfó abiertamente. En Suecia, Gustavo Vasa hizo del luteranismo un símbolo de la unidad nacional. En ambos países fueron confiscados los bienes de la Iglesia.

De Dinamarca y Suecia, el luteranismo se extendió a todo el ámbito báltico. De una parte, a Noruega e Islandia. De otra, a Finlandia y a los territorios de las Ordenes militares, a partir de la metrópoli comercial alemana de Riga. En 1525, el gran maestre de la Orden Teutónica, Alberto de Brandeburgo, abjuró de sus votos, se convirtió a la Reforma y transformó el territorio de la Orden en un ducado secular (Prusia), cuyo soberano fue él mismo. La Orden de los Portaespadas conservó por más tiempo su antigua estructura, pero terminó por dar lugar al ducado de Curlandia (1559). Ambos estados quedaron bajo tutela polaca.

En Polonia, la Reforma se propagó en su versión calvinista. También floreció la doctrina de los "unitarios", que negaban la existencia de la Trinidad. El estado polaco era un mosaico de religiones y cultos: católicos, ortodoxos, judíos, además de otras confesiones minoritarias. La reacción católica, diri-

Caza del oso en los hielos de Laponia (grabado de "Vera descriptio", Francfort, 1601; Biblioteca Nacional, París).





Hans Nausen, burgomaestre de Copenhague (Museo Nacional, Frederiksborg).

gida por la Compañía de Jesús y por el arzobispo Estanislao Hosius, triunfó sobre el protestantismo, obteniendo la única victoria católica en el Báltico.

La consolidación de los estados escandinavos ocasionó la decadencia de Lübeck, centro de la Hansa. Sus últimos esfuerzos por el dominio del Báltico y su intervención en la política interna de los reinos escandinavos terminaron con su derrota en la "guerra de los condes" (1534-1536). Sus privilegios comerciales en Dinamarca y Suecia fueron revocados.

Dinamarca, dueña del estrecho del Sund, controlaba el comercio báltico y percibía importantes derechos de tránsito. El gran producto de exportación era el trigo, que los países bálticos producían en abundancia. Sólo Noruega padecía un continuo déficit, que debía suplir con la importación. Las principales regiones exportadoras eran Escania –posesión danesa– y Polonia, que comerciaba a través del puerto de Danzig. En el último tercio del siglo XVI se intensificó el comercio entre los países del Báltico y del Mediterráneo. Las grandes ciudades del Sur representaban un importante mercado de consumo para las tierras del Norte, agrícolas, forestales y mineras.

La tasa de rendimiento agrícola era superior en los países escandinavos que en los restantes territorios bálticos. Los nobles polacos aprovecharon la demanda de trigo para incrementar la producción de las tierras que cultivaban directamente: la reserva señorial. Para conseguirlo tendían a sustituir el cobro de rentas en metálico por la prestación de trabajo personal. De esta forma se desarrolló en Europa oriental una relación laboral que desaparecía en los países occidentales.

El comercio del trigo fortaleció la posición de la nobleza polaca. La burguesía era casi inexistente, salvo algunos grupos alemanes o judíos. El campesinado se hallaba en servidumbre. Los señoríos eran casi independientes y los reyes, electivos, debían aceptar condiciones previas a su proclamación. Polonia era uno de los países europeos con mayor proporción de nobles. Todavía en el siglo XIX, uno de cada 68 habitantes era noble, porcentaje sólo superado por Hungría.

Desde 1569 existía una completa igualdad entre la nobleza polaca y la lituana, aunque en la realidad la primera ejerció una influencia preponderante. En 1596, parte de la Iglesia ortodoxa rutena (ucraniana) decidió unirse a la católica, conservando su propio rito. Pero la clase dirigente polaca siempre trató a estos "uniatas" como un grupo inferior, casi herético. Peor fue, por supuesto, la suerte de los que rechazaron la unión.

La lucha por el dominio del mar Báltico y de su riqueza económica enfrentó durante más de cien años a los tres principales estados ribereños: Dinamarca, Suecia y Polonia, a los que pronto se unió el nuevo estado ruso.

Un ataque del zar Iván IV el Terrible a

La iglesia de san Nicolás, en la parte vieja de Copenhague.



LA ECONOMIA DE LOS PAISES BALTICOS

Es difícil calcular la población de los países del Báltico en el siglo XVI, debido a la escasez de fuentes estadísticas. El estado sueco –que comprendía también Finlandia– tenía cerca de un millón y medio de habitantes en 1600. Suecia propiamente dicha contaba sólo con 750.000 habitantes en la segunda mitad del siglo XVII. La corona danesa superaba ligeramente el millón de habitantes, de los cuales correspondían a Dinamarca estricta, 600.000. El primer censo, realizado en Dinamarca en 1769, daba 825.000 habitantes al reino y 727.000 a Noruega. En los mismos años, la población de Suecia y Finlandia sumaba dos millones y medio de habitantes.

Más inseguras son las cifras de 11 millones dadas para el enorme territorio de Polonia que se extendía hasta el río Dniéper. Sólo el 50% de la población era polaca. Rusos y ucranianos formaban el 30%, y habitaban en las regiones orientales: Lituania, Podolia, Volinia, Polesia. Los demás habitantes eran alemanes, lituanos y judíos.

Polonia era un país de población rural; las ciudades sólo representaban el 7%. Veinte o treinta mil familias nobles dominaban a una masa de siervos campesinos que formaba el 72% de la población. A su vez, la pequeña nobleza, empobrecida, se situaba bajo la protección de los grandes magnates: unas 20 familias a lo sumo.

Los distintos grupos étnicos y religiosos se articulaban en relaciones de dependencia. En Polonia oriental, la nobleza polaco-lituana, católica, dominaba a los siervos ucranianos, ortodoxos. En Curlandia y Livonia, la nobleza y la burguesía alemana se alzaban sobre la población autóctona. En Finlandia, los dirigentes son suecos o adoptan formas de vida suecas, etc.

La economía se basaba en la explotación agrícola y minera. En Suecia, en el siglo XVI, los campos, sin cercas, se extendían tras la casa, construida en la calle mayor de la aldea. Se empleaba el sistema de rotación bienal. Cuando el rendimiento de la tierra era bajo, se dedicaba a pasto. El clima de los países nórdicos, unido a la dificultad de las comunicaciones, obligaba a mantener una "economía de almacenamiento", de reservas. Se trataba, en parte, de una agricultura de subsistencia, que, a pesar de diferentes mejoras, no había variado esencialmente desde la alta Edad Media.

La demanda de trigo báltico, incluso en el Mediterráneo, a fines del siglo XVI, contribuyó a desarrollar una de las principales fuentes de riqueza agrícola. El lino era requerido para la industria textil y para la fabricación de velamen destinado a una construcción naval que dependía en gran manera del Báltico.

La explotación forestal alcanzó también gran importancia. Los bosques suecos, noruegos y rusos debían satisfacer la demanda de Europa. Para gran parte de la población escandinava, el bosque constituía la mayor, y en muchos casos la única, fuente de recursos. El comercio de la madera y la industria de la construcción naval –más tardía– enriquecieron a la nobleza y a una clase burguesa.

La situación del campesinado variaba según los países. En Escandinavia, el campesino era libre, aunque en el siglo XVII se produjo una fuerte ofensiva aristocrática. La "edad de oro de la nobleza" significó la decadencia del campesinado libre. En 1667 se produjo una revuelta de los campesinos en la rica región triguera de Escania. De todas formas, los agricultores suecos disponían de una representación política en la asamblea de los estados; esta institución, aunque de fuerza limitada, los convertía en privilegiados en comparación con el campesinado polaco.

En el siglo XVIII, los campesinos escandinavos estaban sujetos a los derechos feudales, pero eran relativamente libres y acomodados. En 1787 la servidumbre fue abolida en Dinamarca. Incluso con anterioridad, algunos grandes propietarios habían prescindido de las servidumbres personales, convirtiendo a sus campesinos en colonos. A fines de siglo, buen número de campesinos se habían convertido en propietarios. En Suecia, una gran operación de reparto de tierras mejoró aún más la situación campesina.

Los campos fueron cercados; la extensión de los cultivos se realizó a costa de la explotación forestal y de la ganadera, que era muy importante en Dinamarca, país exportador desde el siglo XVI.

Suecia era el único país industrial del espacio báltico, merced a sus yacimientos de cobre y de hierro. Se ha considerado que entre 1540 y 1640 se había producido en el país "una primera revolución industrial", como en Inglaterra y Holanda.

Durante el siglo XVI la extracción y la industria del cobre se hallaban en decadencia. La inflación monetaria del XVI incrementó la circulación del cobre y permitió hacia 1600 una gran expansión de este metal. El principal centro de la minería del hierro era Dannemora. En el siglo XVII, las exportaciones de hierro en barras duplicaron el valor de las de la centuria precedente. La utilización de martinetes acentuó el carácter capitalista de la industria metalúrgica. Casi todo este material pertenecía a la corona, pero el principal empresario del país era el belga Luis de Geer, y en general, las minas estaban controladas por capital holandés. El desarrollo de la metalurgia sueca permitió la creación de una excelente artillería que hizo posible las grandes campañas suecas del siglo XVII. Metalúrgicos suecos fueron llamados a Francia por Colbert, para desarrollar la industria francesa.

Por el contrario, la reducida industria polaca había sido arruinada en el siglo XVI por la inconsciente política económica de la nobleza, que para procurarse a mejor precio los productos suntuarios extranjeros proclamó un absoluto libre comercio. En cambio, el establecimiento de tasas máximas limitó los beneficios de los negociantes nacionales, a quienes se prohibió la importación de mercaderías. La nobleza prefería adquirirlas a los comerciantes extranjeros a quienes vendía su trigo.

El comercio del Báltico consistía en la exportación de sus productos naturales y en la importación de productos manufacturados o naturales ajenos a su área. Copenhague fue en el siglo XVI un centro de redistribución de especias. Pero los países bálticos no desarrollaron su marina hasta el siglo XVII. Las campañas bálticas de los reyes suecos requerían la colaboración holandesa. Eran buques holandeses, ingleses y hanseáticos los que llevaban el trigo báltico hasta el Mediterráneo.

En el siglo XVIII, los puertos daneses eran numerosos y prósperos. Un activo tráfico mercantil contribuyó al desarrollo de la burguesía. Los países escandinavos tuvieron una moderada participación en la expansión y en el comercio colonial. En el siglo XVII, hombres de negocios holandeses fundaron compañías coloniales en Dinamarca y Suecia para el comercio con las Indias Orientales, mar del Sur y África. Entre las diversas compañías danesas del siglo XVII destacó la Compañía de Islandia. Los intentos de Gustavo Adolfo para crear una Compañía de las Indias libre del control holandés no tuvieron éxito, pero los suecos lograron establecerse –transitoriamente– en el actual estado norteamericano de Delaware.

El período de florecimiento del comercio danés organizado corresponde al siglo XVIII. Una Compañía de las Indias Occidentales y de Guinea ocupó algunas pequeñas islas de las Antillas. También el elector de Brandeburgo fundó en los años 1683-1684 compañías para el comercio con la costa occidental de África y las Indias Orientales; tenían su centro en el puerto báltico de Pillau (Prusia).

La política de los reyes escandinavos se inclinó hacia el mercantilismo. En el caso sueco debieron contar con la fuerte presión económica holandesa, interesada en dominar el comercio del Báltico y en explotar sus riquezas naturales. La expansión militar sueca estuvo basada, bien en el capital holandés, bien en los subsidios franceses o en la alienación de tierras de la corona. Las guerras de Carlos XII produjeron la inflación y la decadencia del comercio, motivando que la burguesía se aliara con la nobleza en 1719 para limitar el absolutismo real.

P. M.

Knud Gambord, comerciante de Copenhague, con su familia (Museo Nacional, Frederiksborg). El reino de Dinamarca-Noruega fue un gran productor de trigo mientras poseyó la región sueca de Escania. Los comerciantes daneses de las regiones costeras pudieron enriquecerse con el comercio y evolucionar, mientras que los habitantes del interior iban quedando rezagados.





Livonia (1558) provocó el hundimiento del estado de los caballeros portaespadas. Sus restos, convertidos en ducado de Curlandia, aceptaron la soberanía polaca. Al mismo tiempo, la hostilidad sueco-danesa daba origen a una guerra "de los tres reyes" –polaco, danés y ruso– contra Suecia; pero se impuso el temor a Rusia, contra la que se aliaron suecos y polacos.

El fracaso de la intervención rusa en Livonia se debió, en parte, a las dotes personales del rey polaco Esteban Báthory (1576-1586), el cual, a pesar de las limitaciones constitucionales de su poder, logró desarrollar una eficiente labor de gobierno. Tres campañas victoriosas contra Iván IV le permitieron obtener la parte del león en el reparto de los antiguos territorios germánicos, excepto Estonia, que pasaba a dominio sueco. De este modo, dominaron los suecos las dos orillas del golfo de Finlandia.

La alianza circunstancial entre suecos y polacos adquirió un matiz muy peculiar cuando el rey de Suecia, Segismundo III Vasa, fue al mismo tiempo el rey elegido de Polonia, como sucesor de Báthory en 1587. Los intereses de ambos países eran opuestos. Además, Segismundo era católico e intentó impulsar en Suecia el movimiento de reforma católica que había triunfado en Polonia. En consecuencia, se enfrentó con la hostilidad de la Asamblea sueca. Desde 1595, su

Caza de focas en Laponia (grabado de "Vera descriptio"; Biblioteca Nacional, París).



poder en Suecia fue meramente nominal; sus intentos de recobrar su autoridad por la violencia fracasaron (1598). Su tío, el duque de Sudermania, gobernó como regente, y luego como rey: Carlos XI (1604-1611). La ruptura de la unidad de los Vasas en dos ramas, una católica en Polonia, y otra protestante en Suecia, dio una razón dinástica a una larga serie de guerras por el dominio del mar Báltico.

En principio, ambos estados se aprovecharon de la anárquica situación de Rusia en el llamado "tiempo de las turbulencias" (1605-1613). Dos zares fueron entronizados con ayuda polaca. Tropas suecas y polacas ocuparon Moscú y se instalaron en el Kremlin, mientras que el príncipe Ladislao de Polonia era proclamado zar. Incluso después de la reacción nacional de Miguel Romanov (1613), Rusia tuvo que ceder a Polonia los territorios de Smolensko y Chernigov, y a Suecia, las regiones de Carelia e Ingria, con lo que renunciaba a toda salida al golfo de Finlandia.

El problema báltico era sólo uno de los que tenía planteados el reino polaco. En su frontera sur debía hacer frente a la presión otomana. En la llanura de Ucrania, los cosacos, súbditos de Polonia, y los tártaros de Crimea, vasallos del sultán, se dedicaban a una continuada y terrible guerra fronteriza de saqueo. Para protegerse de las grandes expediciones turcas, Polonia intentó convertir los principados danubianos –sobre todo Moldavia– en estados tampones.

Carlos IX de Suecia se había apoyado en la burguesía y en el campesinado suecos. Su sucesor, Gustavo Adolfo II (1611-1632), considerado como el mayor rey de Suecia, dio estructura definitiva a un Parlamento en el que participaba la nobleza, el clero, la burguesía y los campesinos. También modernizó la hacienda, la administración de justicia y la burocracia estatal.



Federico IV de Dinamarca, por H. Rigaud (Museo Nacional, Copenhague). Su reinado se caracterizó por las guerras exteriores. El tratado de Traventhal puso fin a la guerra contra Carlos XII de Suecia. Como resultado de otra guerra contra esta nación, unió administrativamente el Schleswig a Dinamarca.

GUSTAVO I VASA (1523-1560)

ERIK XIV (1560-1568) (m. 1577)

JUAN III (1568-1592) — CATALINA DE POLONIA

CARLOS IX (1600-1611)

SEGISMUNDO (1587-1632) (1592-1600)

CATALINA VASA (m. 1638) — JUAN CASIMIRO (m. 1652) conde palatino

GUSTAVO II ADOLFO (1611-1632)

LADISLAO IV (1632-1648) zar de Rusia (1610-1612)

JUAN CASIMIRO II (1648-1668) (m. 1672)

CARLOS X (1654-1660)

CRISTINA — FEDERICO DE BADEN (m. 1677)

CRISTINA (1632-1654)

CARLOS XI (1660-1697)

FEDERICO DE BADEN (m. 1709)

CARLOS XII (1697-1718)

ULRICA-ELEONORA (1719-1720) — FEDERICO I DE HESSE-KASSEL (1720-1751)

ALBERTINA — CRISTIAN AUGUSTO DE HOLSTEIN-GOTTORP (m. 1726)

ADOLFO FEDERICO II (1751-1771)

GUSTAVO III (1771-1792)

CARLOS XIII (1809-1818) rey de Noruega (1814-1818)

Adopta por heredero al mariscal napoleónico

GUSTAVO IV (1792-1809) (m. 1837)

J.-B. BERNADOTTE

LA DINASTIA DE LOS VASA EN SUECIA Y POLONIA DURANTE LOS SIGLOS XVI A XVIII

Reyes de Suecia

Reyes de Polonia



Medallón con la efigie del conde A. P. Bernstorff, por Thorvaldsen (Museo Thorvaldsen, Copenhague). Aunque este político danés reorganizó el ejército, su política exterior, de neutralidad mediante la firma de diversas alianzas, fue muy beneficiosa para el país.

Intentó limitar la dependencia económica de Suecia respecto al capital holandés, sin conseguirlo. Bajo su dirección se creó una marina de guerra, de la que Suecia carecía y que era indispensable para conseguir el dominio del Báltico. La primera etapa de su reinado se halla dominada por la lucha contra Polonia, a la que logró arrebatar el territorio de Livonia con la ciudad de Riga (1629).

El rey de Suecia era un hombre profundamente religioso, un verdadero cruzado del luteranismo, para quien la defensa de la religión se identificaba con la expansión de su estado. Su ejército avanzaba cantando salmos y había prohibido severamente el pillaje. La diplomacia francesa logró inducirle a una intervención armada en Alemania, don-

Cristián VI de Dinamarca, por J. S. Wahl (Museo Nacional, Copenhague). Durante su reinado se fundaron numerosas instituciones culturales y se desarrolló el rococó danés.



de los estados protestantes se encontraban en situación muy precaria. Una anterior acción militar del rey de Dinamarca Cristián IV, también protector de los protestantes, había terminado con su derrota a manos de las tropas católicas e imperiales (1625-1629).

Gustavo II había transformado el ejército sueco en el mejor del mundo. La metalurgia de Dalercalia le había permitido crear una artillería que dirigía con gran maestría táctica. En 1630, desembarcó en Alemania al frente de un ejército pagado con subsidios franceses. Le bastó una campaña para destruir los resultados de doce años de victorias católicas. Aunque el rey murió en la batalla de Lützen (1632), el ejército sueco fue un factor de primer orden en el ulterior desarrollo de los acontecimientos bélicos. Dominó gran parte de Alemania, más como conquistador que como salvador de la religión luterana. La paz de Westfalia (1648) le cedió importantes puertos en el Báltico (Bremen, etcétera). Una guerra simultánea contra Dinamarca (1643-1645) permitió a Suecia prescindir de la odiada aduana del Sund. Además, Suecia salió de la guerra de los Treinta Años fortalecida con la alianza francesa.

Mientras Suecia llegaba a su apogeo, el estado rival de Polonia se hundía en una terrible sucesión de crisis. En 1648 estalló en Ucrania un alzamiento de los cosacos, que infligieron duras derrotas al ejército de la corona y se hicieron conceder una amplia autonomía política. La revelación de la debilidad del estado polaco incitó a los soberanos vecinos. En el plazo de un año, los cosacos y sus aliados moscovitas ocuparon el este del país –Vilna, Lvov–, mientras que un ejército sueco tomaba Varsovia (1656).

Esta primera "guerra del Norte" (1655-1661) fue un conflicto muy intrincado: además de los intereses citados, estaban en juego los de Prusia y Dinamarca. El duque de Prusia-Brandeburgo, maniobrando con habilidad entre los beligerantes, logró hacer a su país completamente independiente. La



Grupo de porcelana de Dresde que simboliza las pacíficas relaciones existentes entre Dinamarca y Rusia después de la muerte del zar Pedro III (Museo Nacional, Frederiksborg).



Panorámica de la ciudad antigua de Estocolmo, en la que Cristián II llevó a cabo el "baño de sangre". La reacción contra tales desmanes provocó la insurrección de Suecia y la elevación al trono de Gustavo I Vasa.

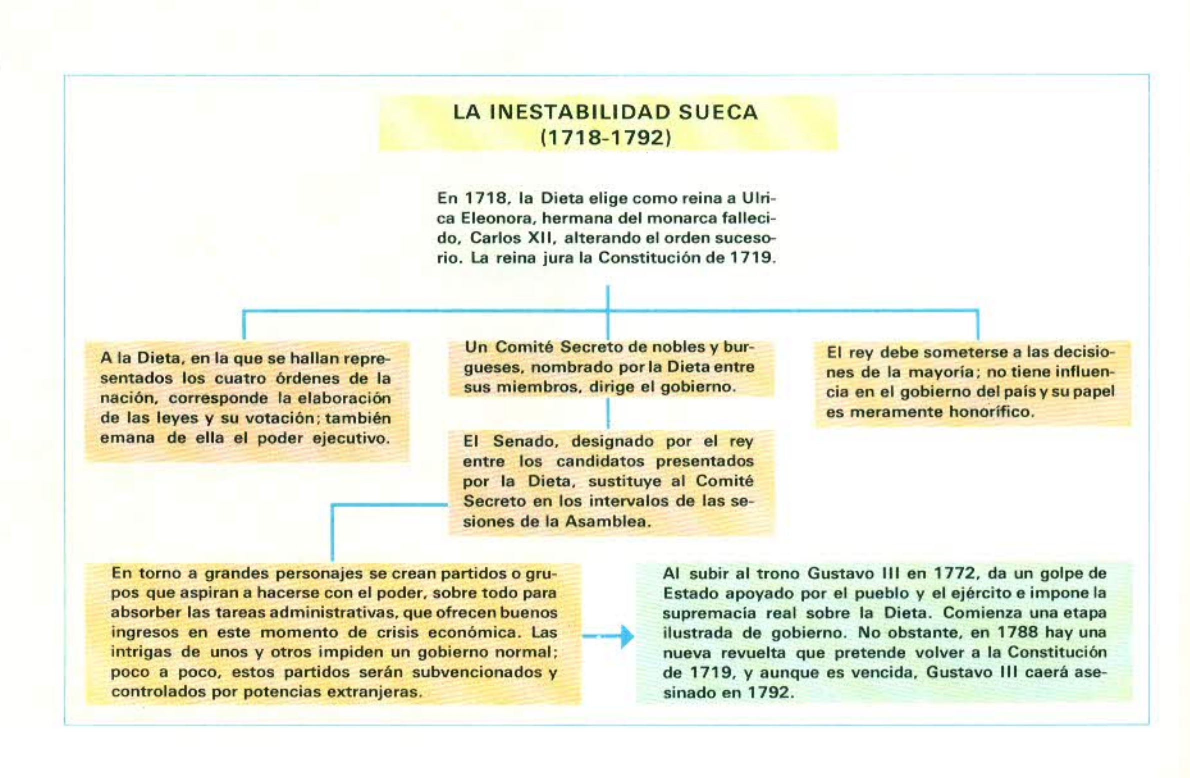
intervención de Dinamarca provocó la invasión de un ejército sueco –mandado por el rey Carlos X Gustavo (1654-1660)– que cruzó el Sund sobre el hielo. La desesperada defensa danesa y el conjunto de la situación internacional impidieron que la derrota de Dinamarca fuera absoluta. No obstante, tuvo que ceder a Suecia la rica región triguera de Escania.

La acción de potencias ajenas al Báltico evitó el total colapso de los estados polaco y danés. El Imperio no deseaba la desaparición del reino católico de Polonia. Poderosas razones económicas hacían que Holanda e Inglaterra temieran la transformación del Báltico en un "lago sueco". El sistema de relaciones exteriores establecido por las paces de Oliva y Cardis (1660-1661) dio a Suecia sus actuales fronteras, pero señaló el punto máximo de su expansión.

Suecia carecía de los recursos financieros y económicos necesarios para desempeñar el papel de gran potencia báltica. Su presupuesto de guerra se equilibraba con las subvenciones francesas, por la concesión de privilegios fiscales y por la venta de tierras de la corona, que pasaban a manos de la aristocracia.

En la segunda mitad del siglo XVII, Suecia conservó difícilmente su hegemonía. En los años 1674-1679, Dinamarca y Brandeburgo lucharon con éxito contra los suecos. La victoria prusiana de Fehrbellin (1675) fue un duro revés para la máquina militar creada por Gustavo Adolfo. Sólo la intervención diplomática de Luis XIV impidió que Dinamarca recobrara los territorios perdidos (paz de Saint-Germain, 1679). Francia empleaba a Suecia como un segundo frente contra los estados alemanes.

En la misma época, los monarcas escandinavos realizaron sus primeras experiencias absolutistas. Los reyes daneses del siglo XVI no habían logrado un poder hereditario y absoluto. A su advenimiento debían aceptar las capitulaciones de la nobleza. Pero, en los años 1660-1665, el rey Federico III, apoyado por el clero y la burguesía, logró imponer





Gustavo I Vasa, en 1542 (Museo Victoria, Estocolmo), el fundador de la Suecia moderna.

EL CONDE DE ULFELDT

Este personaje revistió gran importancia en el curso de las guerras entre Dinamarca y Suecia en los años centrales del siglo XVII. Antonio Cornisicius de Ulfeldt o Ulehfeld había nacido en 1606. A los veintidós años fue enviado a estudiar a la universidad italiana de Padua. En 1636 fue designado miembro del *Risgrad* de Dinamarca o asamblea de los estados.

Su matrimonio con Leonor Cristina, hija natural del viejo monarca Cristián IV (1588-1648), le convirtió en un personaje político de primera magnitud y casi en miembro de la familia real. Le fueron confiados los más altos cargos del estado. En 1637 fue gobernador de Copenhague. En el año 1643 obtuvo el cargo de mayordomo mayor del rey. Luego fue virrey de Noruega y canciller de Dinamarca. Estuvo al frente del gobierno durante la guerra sueco-danesa de 1644-1645, que terminó con pérdidas territoriales para Dinamarca. Hubo que ceder las regiones de Jämtland y Harjedalen, que pertenecían a Noruega, y la de Halland, en el sur de Escandinavia, lo que permitía a los suecos prescindir del paso por el estrecho de Sund, controlado por Dinamarca.

La muerte del rey Cristián IV, a quien sucedió Federico III (1648-1670), vino a provocar la desgracia de Ulfeldt. Su reacción fue característica. Se refugió en Suecia, enemigo de su país (1651). En 1657 se convirtió en consejero del rey sueco Carlos X Gustavo. Este monarca invadió casi totalmente el pequeño reino danés y lo convirtió en una potencia de segundo orden. El tratado de Roskilde (1658) cedía a Suecia la rica región de Escania.

Pero la actuación política de Ulfeldt había terminado. Carlos Gustavo murió en 1660. En 1664, el yerno de un rey y exiliado político murió ahogado en Neuburgo del Rin. Su hijo, el conde León de Ulehfeld (1651-1716), alcanzó el grado de mariscal en el ejército austríaco, siendo virrey de Cataluña en el reinado del archiduque Carlos de Austria.

P. M.

su autoridad. La "ley regia" de 1665 es considerada como una de las expresiones legales más coherentes de la monarquía absoluta.

En Suecia, el poder del soberano estaba restringido por el senado, un consejo de magnates cuyo cargo era vitalicio. La influencia de los grandes aristócratas había sido grande desde la muerte de Gustavo Adolfo. La nobleza poseía el 70% de las tierras del país.

Las derrotas militares de 1674-1675 provocaron una reacción nacional contra la oligarquía nobiliaria. Apoyándose en el campesinado, el joven Carlos XI (1660-1697) barrió el poder político del senado e inició una política de reversión de las tierras cedidas por la corona. La propiedad se repartió a partes iguales entre nobleza, corona y campesinado. Una *lex regia* sueca estableció la primera etapa del absolutismo monárquico.

Por el contrario, Polonia sufría un agudo proceso de desintegración. La debilidad de



Erik XIV de Suecia (Museo Nacional, Estocolmo). Hijo y sucesor de Gustavo I Vasa, quiso introducir el calvinismo y luchó contra los daneses. Perdió la razón y fue depuesto y condenado a muerte.

LA GUERRA DEL NORTE (1700-1721)

1700 (febrero) Al mando de un ejército sajón, Augusto II de Polonia invade la Livonia sueca.
(agosto) Declaración de guerra de Rusia a Suecia. Invasión de Ingria. Con un ejército y una flota aumentada con unidades inglesas y holandesas, Carlos XII pasa a la isla de Seeland y ataca Copenhague.
(agosto, 28) Paz de Travendal: Dinamarca es obligada a retirarse de la coalición contra Suecia.
(noviembre, 30) Victoria sueca en Narva sobre un ejército ruso muy superior en número.

1701 (julio, 8) Victoria de Carlos XII en Riga sobre las tropas sajonas y polacas. Conquista de Curlandia.

1702 (mayo) Los suecos toman Varsovia.
(julio, 17) Victoria de Carlos III en Clissov sobre los polacos y sajones. Ocupación de Cracovia.
(octubre) Los rusos toman la fortaleza sueca de Nöteborg.

1703 Victoria de Carlos XII en Pultusk. En Varsovia, la Dieta retira la corona a Augusto II. Estanislao Leczinski, protegido de Carlos XII y palatino de Posnania, es proclamado rey. Toma de la fortaleza sueca de Nyenschanz por Pedro el Grande.

1704 (julio) Toma de Narva por los rusos.
(agosto) Toma de Dorpat por los rusos. Mientras, Carlos XII invade Galitzia y se apodera de Lemberg; Augusto II restablece su autoridad en Varsovia.

1706 Los suecos penetran en Lituania.
(febrero, 13) Victoria sueca sobre los sajones en Fraustadt (Baja Silesia).
(septiembre, 24) Por el tratado de Altranstadt, Carlos XII obliga a Augusto II a renunciar el trono en favor de Leczinski.
(octubre, 29) Victoria rusa sobre los suecos, en Kalisz.

1707 (diciembre) Carlos XII franquea el Vístula y penetra en Rusia.

1708 Los suecos invaden Ucrania.
(octubre, 9) Los rusos sorprenden la retaguardia sueca en Lesnaïa.
(noviembre, 9). El atamán cosaco Mazeppa toma el partido de Carlos XII.

1709 (julio, 8) Carlos XII sufre una derrota definitiva en Poltava. En compañía de unos dos mil hombres, huye a Turquía.
(julio, 12) Capitulación del ejército sueco en Perevolotchna. Los daneses invaden la Escania sueca. Carlos XII reconquista el trono de Polonia.
En el Báltico, el zar Pedro extiende sus conquistas a Estonia, Livonia y una parte de Finlandia.

1710 (marzo) Los daneses, rechazados en Helsingborg. Conquista de Estonia y Livonia por los rusos. Toma de Riga (4 julio), de Pärnu (12 julio) y de Reval (29 septiembre).
Los coligados en la guerra del Norte declaran neutral el Imperio, incluidas las posesiones suecas. Las potencias marítimas reconocen esta neutralidad, que no es aceptada por Carlos XII. El embajador de Carlos XII en Constantinopla obtiene la entrada de Turquía en la guerra contra Rusia.

1711 El ejército ruso, rodeado por los turcos en la orilla del Prut.
(julio, 12) Paz de Husi: a cambio de la libre retirada de los rusos, Pedro I se compromete a restituir Azov, a derribar las fortificaciones de Taganrog, a no inmiscuirse en los asuntos de Polonia y a dejar pasar al rey de Suecia por sus estados.

1713 Paz definitiva entre Turquía y Rusia.

1721 Paz de Nystadt.

la corona era total. La desobediencia de los magnates, amparados por privilegios legales, paralizaba al estado. La elección del soberano daba lugar a vergonzosas y grotescas intrigas y a la intervención de estados extranjeros, en especial de Francia y el Imperio.

Disminuida la presión sueca, los problemas orientales pasaron a ocupar el primer puesto. En 1667, Kiev y parte de Ucrania fueron cedidos al zar. Una ofensiva de la renovada potencia otomana (1670-1676) obligó a entregar a los turcos la provincia de Podolia.

El reinado de Juan III Sobieski (1674-1696) fue el último momento de esplendor polaco. Su decidida actuación contra los turcos permitió salvar la ciudad sitiada de Viena, en un momento crucial para la historia de Europa (1683). La formación de una alianza cristiana contra Turquía tuvo como resultado la reconquista de Podolia. Pero en el interior siguió imperando la anárquica libertad de la nobleza. A la muerte de Sobieski fue elegido un príncipe alemán –Augusto II de Sajonia–, candidato del partido "austríaco", contra el "francés", que hasta entonces había sido preponderante.

Entre los años 1699 y 1721 se desarrolló la llamada "gran guerra del Norte". En realidad fue un conjunto de ataques de diversas coaliciones contra Suecia, gobernada por Carlos XII (1697-1718), un heroico y excelente jefe militar que, no obstante, hundió la hegemonía báltica de Suecia.

Tres campañas relámpago pusieron fuera de combate a los ejércitos daneses, rusos y polacos en un mismo año (1700). La victoria obtenida en Narva contra un ejército ruso

Universidad de Upsala, en Suecia, fundada en 1577 y centro cultural de este reino.





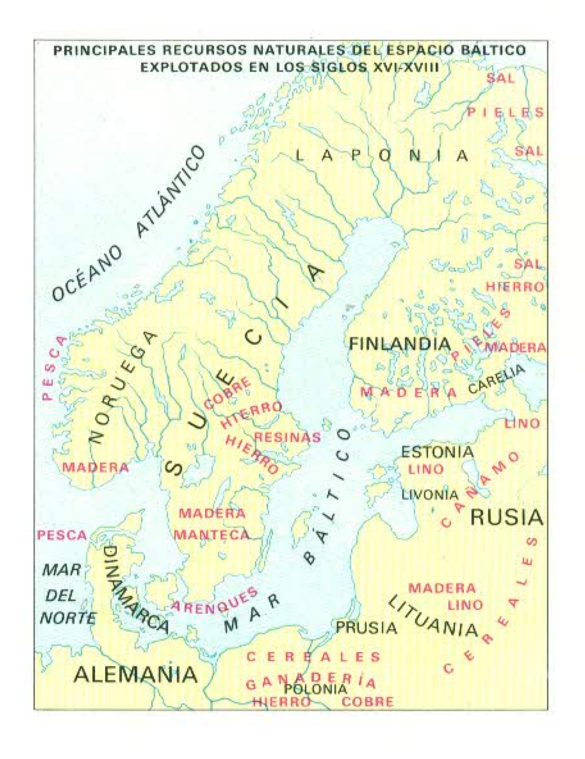
Batalla de Lützen, con la muerte de Gustavo II Adolfo (Museo de Brunswick). La intervención de Suecia en la guerra de los Treinta Años le proporcionó la posesión de importantes puertos en el Báltico. Aunque su rey Gustavo II Adolfo perdió la vida en la empresa, los Habsburgos no consiguieron unificar Alemania a su gusto y Suecia se transformó en la primera potencia báltica.

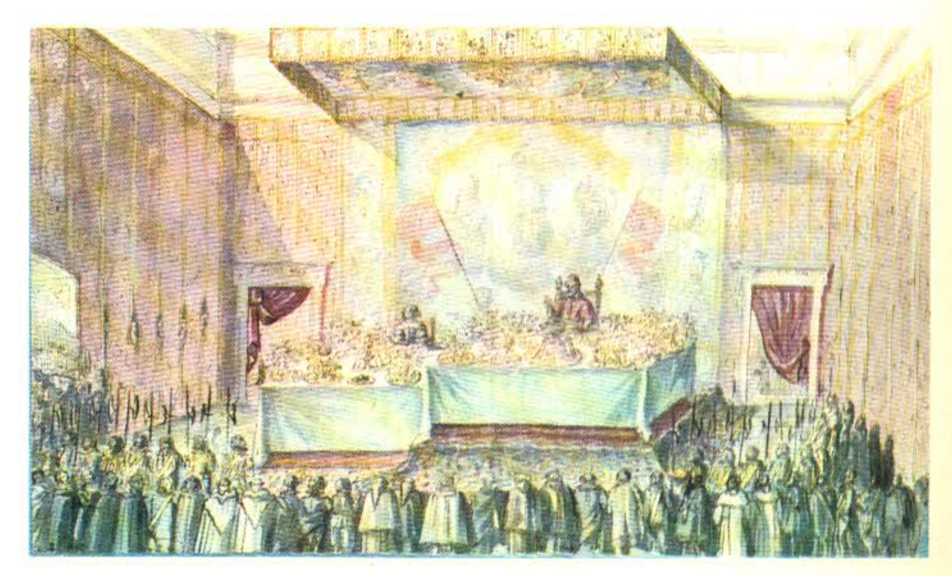
cinco veces superior fue extraordinaria. Pero, llevado por un espejismo del pasado, Carlos XII consideró como principal enemigo al rey de Polonia, contra el que luchó hasta 1706. Las tensiones internas de este país permitieron entronizar a un nuevo soberano –Estanislao I–, cuyo gobierno no sobrevivió a la influencia sueca.

Mientras tanto, la mayoría de provincias bálticas –Estonia, Livonia– habían sido ocupadas por un ejército ruso modernizado. Cuando Carlos XII intentó infligir un descalabro definitivo a Rusia, el invierno, la distancia y el enemigo dieron cuenta del ejército sueco en Poltava (1709).

Como consecuencia, se produjo un ataque concéntrico de todos los países que mantenían enemistades territoriales con Suecia: Dinamarca, Prusia, Hannover. El ejército ruso pasó a la ofensiva y su nueva flota de guerra terminó con la talasocracia sueca. Carlos XII, que había logrado regresar a su país, vía Turquía, murió en un ataque a la ciudad noruega de Frederickshald (1718).

La muerte de Carlos XII significó el fin de la hegemonía sueca en el Báltico y del





La reina Cristina de Suecia comiendo con el papa Clemente IX (dibujo de Paul Seviw; Biblioteca de Estocolmo). La hija y sucesora de Gustavo Adolfo, de carácter algo atrabiliario, tuvo la suerte de contar con la colaboración del gran estadista Oxenstierna, rector de la política interior y exterior. Cristina de Suecia se convirtió al catolicismo y abandonó la corona. Vivió en Roma y fue juguete de la rivalidad entre España y Francia.



Gustavo III de Suecia asiste a conversaciones literarias en el castillo de Brottningholm (óleo de P. Hillestrom el Viejo; Museo Nacional, Estocolmo). Este monarca, apoyado por el ejército y el pueblo, dio un golpe de estado y otorgó una nueva Constitución absolutista; concedió a todos los habitantes igualdad de derechos y se repartieron tierras. Murió asesinado por los nobles.

absolutismo monárquico. Una serie de tratados, el más importante de los cuales era el de Nystadt, firmado con Rusia en 1721, ratificaron la pérdida de las más importantes posesiones suecas en Alemania, el restablecimiento de las aduanas danesas del Sund y la pérdida del litoral báltico. De todas formas, se conservaba Finlandia y se obtenía que las poblaciones cedidas a Rusia conservaran la religión luterana y su administración local, confiada a la nobleza alemana, establecida desde el siglo XIII. Estos "barones bálticos" mantuvieron su preeminencia social hasta los tiempos de la revolución soviética y la creación de los efímeros estados bálticos del siglo XX.

Las grandes guerras suecas no se habían desarrollado en su territorio, pero su economía había sido afectada. Las constantes levas de soldados habían despoblado el país. La nobleza y la burguesía habían tenido que pagar las deudas de guerra. La muerte de Carlos XII fue seguida por una revolución aristocrática. El barón de Görtz, ministro del gobierno absoluto, fue ejecutado. Una *Acta constitucional*, promulgada en 1720, inauguraba el llamado "tiempo de la libertad", que correspondió al dominio de la nobleza. El poder se repartía entre las facciones llamadas de los "gorros" (inclinados a Inglaterra y luego a Rusia) y de los "sombreros" (francófilos). Los reyes Federico I (1720-1750) y Adolfo-Federico (1750-1771) carecieron de poder efectivo. Los diplomáticos extranjeros interferían en el gobierno del país a través de los partidos.

La amenaza rusa se dejaba sentir en todos los países bálticos. Polonia fue la más afectada. Los llamados "reyes sajones" fueron verdaderos títeres de Rusia y, en menos grado, de Austria, que ayudó a entronizarlos. La guerra de Sucesión de Polonia (1733-1736) fue decidida por la intervención de un ejército ruso, que impuso la continuidad de los reyes sajones. Cuando en 1764 se eligió un soberano polaco –Estanislao II Poniatowski–, se trataba de un favorito de Catalina II de

LUIS DE GEER

A principios del siglo XVII, la economía sueca estaba dominada por un importante grupo de inmigrantes extranjeros, especialmente holandeses. Muchos de los hechos económicos de la época no pueden comprenderse bien si se prescinde de ellos. El más famoso fue Luis de Geer.

Descendía de una antigua familia del obispado de Lieja, establecida en Amsterdam, primer centro económico de Europa en el siglo XVII. Su intervención en la economía sueca se extendió a gran número de facetas. Poseía molinos y minas. Era el principal exportador de cobre, principal fabricante de piezas de artillería y director de las factorías de armas. Como primer metalúrgico del país, fue un pionero de la modernización de la industria sueca. No sólo fabricaba productos de acero, estaño y latón, sino también textiles y papel.

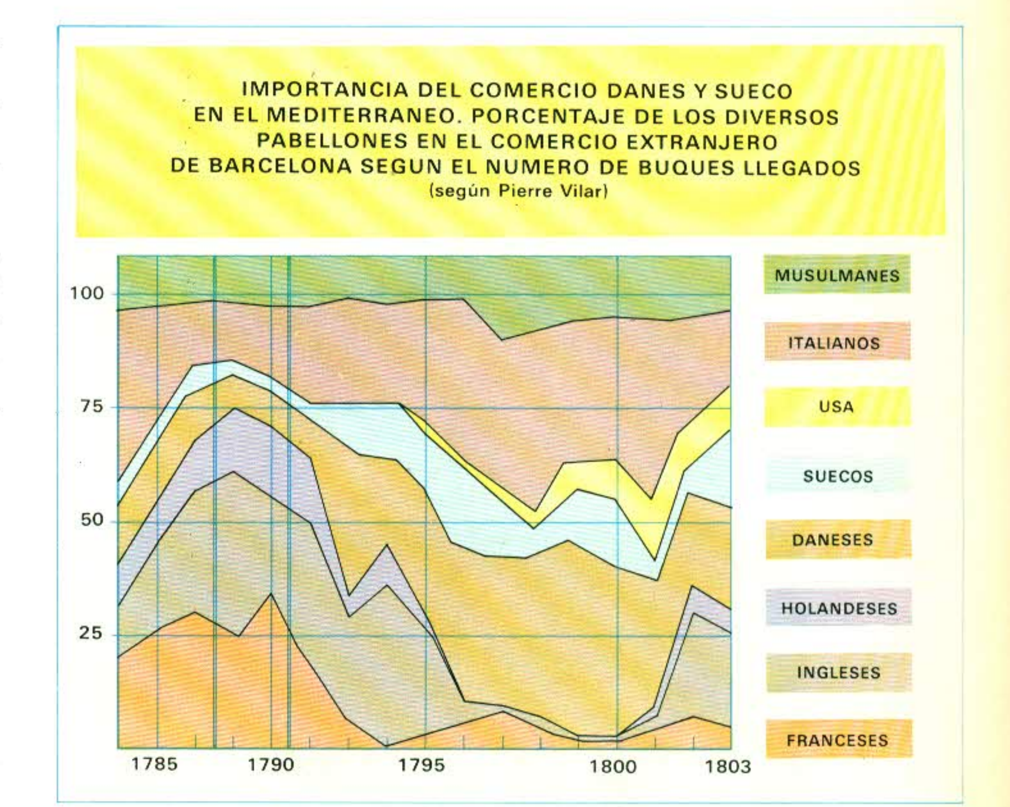
Junto con el holandés Usselincx, fundó las compañías suecas del mar del Sur y del Africa. Intentó colonizar la Costa de Oro. Su gran almacén de Nörrköping era el centro de su dominio económico. Mantenía un sistema bancario que facilitaba sus transacciones en diversas plazas. Fue también constructor y armador de buques. En 1644 logró contratar una flota holandesa para hacer frente a una escuadra danesa de cincuenta unidades, algunas de ellas con cincuenta cañones.

Por sus servicios al estado fue recompensado con propiedades y títulos de nobleza. Fue fundador de una importante familia de la aristocracia sueca. En 1642 invitó a visitar Suecia al gran pedagogo checo Amós Komensky, que se hallaba enseñando en Inglaterra, en el colegio de Chelsea.

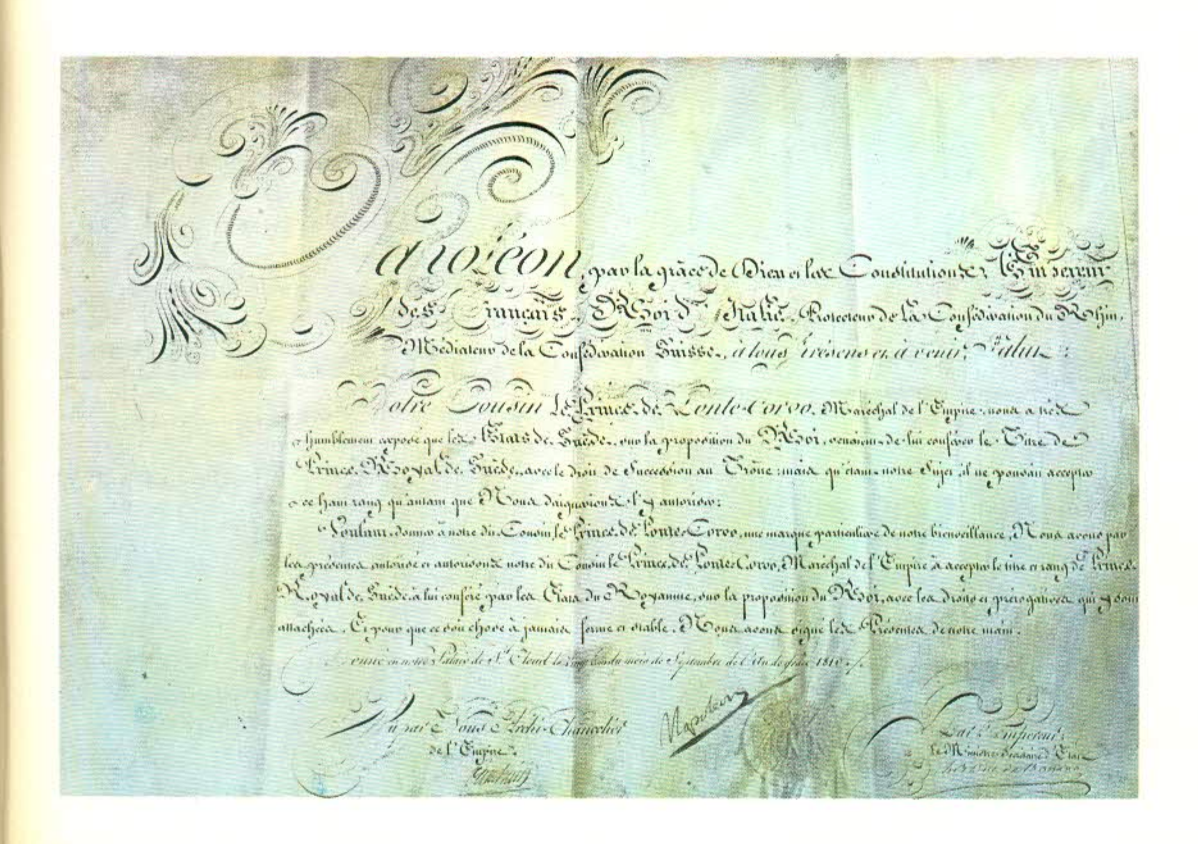
Geer fue un hombre impopular, incluso entre los círculos gubernamentales, por su falta de tacto. No obstante, era imprescindible como financiero y como experto consejero en materia económica. Nunca aprendió a escribir en sueco: sus cartas al Consejo real están escritas en holandés, alemán o francés. Conservó siempre su casa en Amsterdam, donde murió en 1654.

P. M.

Rusia. Aunque el nuevo rey, fiel al espíritu del despotismo ilustrado, deseaba la regeneración del país, no pudo resistir la presión del embajador ruso, que empleaba la Constitución polaca –los caducos privilegios de la nobleza– para frustrar cualquier reforma. Durante la guerra de los Siete Años (1756-1763), Polonia, a pesar de ser neutral, fue continuamente cruzada por ejércitos rusos y prusianos. La Dieta había caído en la más absoluta inoperancia –se la llamaba "la Dieta muda"–. En 1764, tropas rusas ocuparon Varsovia para asegurar la elección de Estanislao II. Este rey, aunque deseaba limitar el *liberum veto* y reforzar la unidad política de Polonia, no podía oponerse abiertamente a Catalina II, de quien había sido favorito. Cierto número de nobles patriotas se unieron contra él, lo que provocó una nueva intervención de Rusia, cuyo avance se vio paralizado por un ataque de Turquía, potencia movida por Francia. Aunque los ejércitos de Catalina obtuvieron victorias contra Turquía, era evidente que Rusia no podía vencer en aquella contienda. Entonces, Federico II propuso a Catalina que en Polonia podía encontrar una compensación a los territorios turcos que dejaría de incorporarse. Tras vencer los escrúpulos de María Teresa de Austria, que consideraba aquello como un "crimen", se procedió al primer reparto de Polonia, en virtud del cual (1772) Rusia adquiría los territorios que se extendían hasta el Dniéper; Austria se quedaba con Galitzia, y Prusia realizaba su sueño de unir las dos porciones separadas de su reino (Prusia y Brandeburgo).



Los polacos reaccionaron contra esta desmembración y hasta llegaron a aliarse con Prusia para defenderse de Rusia. La Dieta suprimió la monarquía electiva y el *liberum veto*. Las cancillerías europeas inter-


Napoléon, par la grâce de Dieu et les Constitutions, Empereur des Français, Roi d'Italie, Protecteur de la Confédération du Rhin, Médiateur de la Confédération Suisse, à tous présens et à venir, Salut:

Notre Cousin le Prince de Ponte-Corvo, Maréchal de l'Empire, nous a très humblement exposé que les Etats de Suède, sur la proposition du Roi, venaient de lui conférer le Titre de Prince Royal de Suède, avec le droit de succession au Trône; mais qu'étant notre Sujet, il ne pouvait accepter ce haut rang qu'autant que Nous daignerions l'y autoriser:

Voulant donner à notre dit Cousin le Prince de Ponte-Corvo, une marque particulière de notre bienveillance, Nous avons par les présentes autorisé et autorisons notre dit Cousin le Prince de Ponte-Corvo, Maréchal de l'Empire à accepter le titre et rang de Prince Royal de Suède à lui conféré par les Etats du Royaume, sur la proposition du Roi, avec les droits et prérogatives qui y sont attachés. Et pour que ce soit chose à jamais ferme et stable, Nous avons signé les Présentes de notre main.

Donné en notre Palais de St. Cloud le ... du mois de Septembre de l'An de grâce 1810.

Napoleon

Vu par Nous Archi-Chancelier de l'Empire.

Par l'Empereur: le Ministre Secrétaire d'Etat

Carta patente de Napoleón Bonaparte por la que autoriza al mariscal Bernadotte, príncipe de Monte-Corvo, a aceptar el título de príncipe heredero de Suecia (Archivos Reales, Estocolmo).

pretaron esto como contaminación e influencia de la Revolución francesa y Prusia rompió su anterior alianza con los polacos. Sus tropas se aliaron a las rusas y se procedió al segundo reparto de Polonia (1793): Prusia se reservó Danzig, Thorn y Posnania, y Rusia se anexionó gran parte de Lituania, Ucrania occidental, Volinia y Podolia. Los polacos continuaron conspirando y Tadeo Kosciuszko acaudilló un movimiento que, si bien logró expulsar de Varsovia a los rusos y obtuvo algún éxito, fue aniquilado y su jefe hecho prisionero. A continuación, y tras violentas discusiones, se procedió al tercero y definitivo reparto de Polonia (1795). Con él, Austria, que no había obtenido nada en el segundo reparto, veía compensada la pérdida de Bélgica, ocupada por los ejércitos de la Revolución francesa. La nación polaca había dejado de existir.



Esteban Bathori (Convento de la Congregación de la Misión, Cracovia), el rey de Polonia que consiguió el fracaso de la acción de Iván el Terrible contra Livonia.



Media armadura polaca ornada de escamas, de la segunda mitad del siglo XVII (Museo Nacional, Cracovia).

La presión rusa alcanzó también al reino danés, en virtud de las relaciones familiares con la familia ducal de Holstein, cuya defensa asumieron los zares. El zar Pedro III, cuyo reinado fue muy breve (1762), era al mismo tiempo duque de Holstein. La amenaza de la flota rusa era grave, y en alguna ocasión la intervención británica salvó al estado danés de una guerra desigual.

Dinamarca vivió durante el siglo XVIII una larga etapa de paz. Las diferencias con Rusia se resolvieron por vía diplomática. La *lex regia* era código fundamental, pero el poder estaba en manos de una nobleza burocrática, en parte de origen alemán –Rantzau, Moltke, Bernstorff–, ya que la población de Holstein era mayoritariamente alemana.



Media armadura alada de húsar polaco, de finales del siglo XVII (Colección Nacional de Arte, Cracovia).



En el siglo XVIII, Dinamarca estaba dividida en dos planos diferentes: una burguesía mercantil y naviera en el litoral y una aristocracia rural en el interior, que sólo lentamente seguía la evolución de la primera.

Hasta 1750 el pietismo protestante fue una fuerza importante. Cristián VI (1730-1746) patrocinó la fundación de numerosas instituciones culturales. Se desarrolló, como en Suecia, el estilo rococó escandinavo. Las ideas inglesas, francesas y alemanas impregnaron el país.

Augusto II, rey de Polonia, por L. Sylvestre el Joven (castillo de Charlottenburg, Berlín). Era elector de Sajonia y, a la muerte de Sobieski, fue elevado al trono de Polonia tras convertirse al catolicismo. Carlos XII de Suecia le venció y colocó en su lugar a Estanislao Leszczynski, si bien Augusto recuperó la corona tras la batalla de Poltava.



Una calle de Varsovia, por Bernardo Bellotto, "Canaletto" (Museo Nacional, Varsovia).

En la segunda mitad del siglo, la ideología ilustrada hizo progresos. El gobierno del conde Bernstorff, en sus diversas etapas, fue especialmente benéfico. Se reorganizó el ejército; las reglamentaciones industriales y comerciales, propias del mercantilismo, cayeron en desuso o fueron abolidas.

El episodio más conocido de la Ilustración danesa corresponde al gobierno dictatorial del médico alemán Strunsee, ministro de un rey loco –Cristián VII– y amante de la reina (1770-1771). El programa de Strunsee, mundo más radical que el de Bernstorff, deseaba la supresión de los privilegios nobiliarios y el establecimiento de la autoridad real más absoluta como medio de realizar profundas reformas. La fuerte hostilidad de la nobleza le condujo a la destitución y rápida ejecución.

La caída de Strunsee dio el poder a los elementos opuestos a la reforma. Sólo en 1787, tras muchas tentativas fracasadas, se abolió la servidumbre, permitiendo que el campesino pudiera abandonar la tierra. Aunque continuaron sujetos a los derechos feudales, muchos campesinos se convirtieron en propietarios. La parcelación de campos manifestó una evolución hacia el individualismo agrario.

Suecia debía hacer frente a dos peligros:

Estanislao Leszczynski, rey de Polonia, por Van Loo (Museo de Versalles). Al entrar Augusto II de Polonia en guerra contra Carlos XII de Suecia, para lo cual había establecido alianza con Rusia, los polacos le destituyeron y enviaron a Leszczynski para que negociara la paz con el rey sueco. Sus éxitos en este cometido hicieron que los polacos le eligieran rey, pero Augusto II, ayudado por los rusos, le venció en Poltava. Vivió en Francia y su hija casó con Luis XV. A la muerte de Augusto II volvió a ser nombrado rey de Polonia, pero Augusto III le derrotó. Por la paz entre Francia y Rusia, Estanislao renunciaba a Polonia y recibía los ducados de Lorena y Bar a cambio.



los desequilibrios internos y la presión rusa, que podían conjugarse para hacer del país una segunda Polonia. De hecho, la Constitución de 1719 había convertido a Suecia en una república... presidida por un rey. El poder ejecutivo estaba en manos de un senado, elegido indirectamente por la Dieta. El parecer del monarca sólo equivalía al de dos votos del senado.

Rusia deseaba la cesión de Finlandia. Un breve conflicto, terminado por la paz de Abo (1743), fue desfavorable a Suecia, que cedió parte de Finlandia. Rusia se permitió incluso designar el futuro heredero de la corona.

ACCIÓN DISOLVENTE DE LA NOBLEZA POLACA EN EL SIGLO XVIII

La nobleza polaca está compuesta por unas 20.000 ó 30.000 familias cuya principal riqueza es la posesión de la tierra. Para redondear sus beneficios o para sobreponerse a las épocas de crisis, los nobles se agrupan, a manera de clientes, en partidos o clanes en torno a un magnate o gran propietario.

AGRAVACIÓN DEL RÉGIMEN FEUDAL

El 72 por 100 de los habitantes de Polonia son siervos campesinos que trabajan la tierra de los señores a cambio de censos y servidumbre. Los nobles aprovechan la decadencia del estado para aumentar las cargas sobre estas gentes.

RUINA DE LAS CIUDADES

Sólo un 6 por 100 de los polacos viven en las ciudades. La débil burguesía no es protegida, pues los nobles imponen una política librecambista –entrada masiva de importaciones– y tasan los precios.

DESTRUCCIÓN DE LOS ÓRGANOS DE GOBIERNO

El monarca es electivo. En general, accede al trono por un pacto con un partido nobiliario y con la ayuda de potencias extranjeras. Su actuación está condicionada por sus compromisos anteriores.

La Dieta o Asamblea estamental sólo puede tomar decisiones por unanimidad. Los nobles gozan del "liberum veto": cada uno de ellos puede oponerse a la ejecución de cualquier ley.

ALIANZA CON POTENCIAS EXTRANJERAS

Ante la imposibilidad de tomar acuerdos, la Diete suele escindirse en grupos rivales que recurren a la fuerza de las armas y no vacilan en pedir ayuda a los países extranjeros interesados en mantener la debilidad polaca.

LA CONSTITUCION POLACA

El factor esencial de la existencia del estado polaco en la Edad Moderna fue la preponderancia de la nobleza, tanto sobre las demás clases sociales como sobre la corona. En la base de su poder se hallaba su fuerza económica, como grandes propietarios y exportadores de trigo. La falta de una burguesía propiamente nacional impidió a los reyes polacos apoyarse en las ciudades contra la nobleza rural.

La expansión polaca del siglo XV y la derrota de la presión alemana fueron posibles gracias a las concesiones hechas por los reyes a la nobleza. A partir de 1433 (privilegio de Cracovia) una serie de continuas cesiones por parte de los reyes colocaron el verdadero poder político en manos de la aristocracia. Los pocos burgueses fueron excluidos de los cargos militares y de las altas dignidades eclesiásticas. Las ciudades libres carecían de participación en los órganos de gobierno.

Al mismo tiempo, la nobleza fortaleció su posición al restringir la libertad de los campesinos a cambiar de residencia (1493), hecho que se dio también en Hungría, cuya sociedad era muy semejante a la polaca. De hecho, el señor se interponía entre los siervos y la administración real. Las comunidades rurales perdieron su autoridad judicial, que fue adquirida por los señores, y quedaron sometidas al tribunal de la aristocracia.

La nobleza controlaba la administración local a través de las asambleas provinciales o "dietinas". Estas instituciones organizaban el pago de impuestos y enviaban los delegados de la provincia a la Dieta general del reino.

La Dieta o *Sejm* compartía con el rey la soberanía del estado. Se hallaba, por supuesto, en manos de los aristócratas, sobre todo de la pequeña nobleza hidalga. Desde el siglo XVI, los delegados de la Dieta gozaban del derecho de inviolabilidad. La Dieta votaba las leyes y los impuestos. Sin su consentimiento no podía organizarse la movilización militar, que se basaba en la leva en masa de los nobles. En repetidas ocasiones la Dieta se negó a establecer impuestos regulares. El rey de Polonia no tenía ejército ni dinero.

La vida política del país estaba controlada por la pequeña nobleza o "caballería" (la *Szlachta*). Estos hidalgos, iguales en derechos políticos, se consideraban a sí mismos como la verdadera representación del estado *(pospolita)*. Los privilegios del siglo XV habían asegurado su independencia. En el XVI lograron imponer su voluntad a la corona.

La alta nobleza formaba el grupo de los "magnates", que dominaban los altos cargos de la administración. Intentaron acentuar su diferencia con respecto a los hidalgos. El rey Alejandro I (1501-1506), que había sido elegido con su ayuda, les otorgó el privilegio de Mielnik, por el que se aumentaron los poderes del senado, expresión política de la gran aristocracia.

El rey debía seguir el parecer del senado en política y administración de la justicia. Los gobernadores de las provincias *(starostas)* dependían parcialmente del senado. El rey no podía introducir ningún cambio de índole constitucional ni disponía del derecho de declarar la guerra y firmar la paz sin consentimiento de los senadores.

La nobleza polaca disponía de tres formidables instrumentos para doblegar en cualquier momento la autoridad real: los *pacta conventa*, el *liberum veto* y el *rokosz*. El uso y abuso de estas facultades legales no sólo redujo el poder del rey a la impotencia, sino que debilitó al estado polaco y provocó, a la larga, su desaparición.

Los *pacta conventa* consistían en las capitulaciones electorales que debía aceptar el monarca antes de ser elegido. Las exigencias de la nobleza se incrementaron al extinguirse la dinastía de los Jagellones (1572). Las condiciones presentadas a Enrique de Valois (1573) representaron la abdicación de la autoridad real. Dado que la elección era un acto contractual, los súbditos —esto es, la nobleza— quedaban relevados de su obediencia si el monarca faltaba a los pactos convenidos.

De la igualdad esencial de la nobleza dimanaba la obligación de que la Dieta tomara sus decisiones por unanimidad *(liberum veto)*. En el siglo XVII, el exceso de poder condujo a la impotencia de la Dieta, el verdadero poder del país. La fórmula *nie pozwalan* (no lo permito) impedía la adopción de una ley o de una disposición ejecutiva. La Dieta quedaba "rota" o "desgarrada".

Dado el carácter contractual de la monarquía polaca, la nobleza tenía el derecho de resistencia a la autoridad del rey. También la nobleza húngara conservó este derecho hasta 1687. La resistencia se efectuaba a través del *rokosz* o rebelión legal. Hubo pocos *rokosz* en el siglo XVI, y aunque la corona triunfó sobre los rebeldes, siempre conservó los privilegios de la nobleza. Pero, a partir de la crisis de mediados del siglo XVII, las rebeliones legales destruyeron la escasa fuerza del estado, llegando a forzar la abdicación de Juan Casimiro II (1668).

Esta práctica favoreció la formación de banderías nobiliarias, dirigidas por los magnates: son las "confederaciones", carentes de poder legal, pero que paralizaban el poder regio. En el siglo XVIII, las confederaciones nobiliarias rivales decidían sus enemistades mediante la apelación a fuerzas extranjeras.

En estas condiciones, el rey de Polonia era una especie de presidente vitalicio, parecido a los dux de Venecia. La corona siempre fue electiva, aunque de hecho existieron verdaderas dinastías: los Jagellones en los siglos XV y XVI, los Vasas en el XVII y los reyes sajones en el XVIII. En ocasiones, la Dieta de la elección terminaba con una apelación a las armas por parte del grupo minoritario, el cual proclamaba a su propio candidato.

El rey hacía frente a los gastos del estado con las rentas de sus dominios privados, ya que el gasto público se hallaba controlado por la nobleza. Los altos cargos políticos y militares eran concedidos también a la aristocracia: el más importante era el de *hetman* de la corona, equivalente a capitán general de los ejércitos.

Hasta 1569, el reino de Polonia y el gran principado de Lituania tuvieron administración separada. En la citada fecha, los dos estados formaron una sola entidad, con un solo soberano y una Dieta única (Unión de Lublín).

La época de la Unión de Lublín correspondió a la plasmación del ideal político de la "caballería" hidalga. Las limitaciones de la autoridad real dieron lugar a una "libertad dorada", a una "democracia nobiliaria", que llevaba en sí misma los gérmenes de su disolución.

Durante el siglo XVII, algunos tratadistas políticos intentaron vanamente incrementar el poder real. La negativa de la nobleza a ceder ni un ápice de sus privilegios, ni ante la corona, ni ante las demás clases sociales, ni ante los grupos étnicos y religiosos, impidió la evolución del estado. En el siglo XVIII, la Dieta aristocrática se opuso a la renovación del ejército y a su modernización técnica. Las reformas del llamado "partido nacional" o "patriótico", dirigido por el clan de los Czartoryski, llegaron demasiado tarde. Los intentos de suprimir el nefasto *liberum veto* provocaron la intervención armada rusa, con el pretexto de proteger a la población ortodoxa de Lituania (1768).

Bajo amenaza de desaparición inmediata, una generación reformista trazó, en el último tercio del siglo XVIII, un vasto programa de modificaciones sociales y políticas. Se reorganizó el ejército, se saneó la hacienda pública, las servidumbres personales se sustituyeron por rentas en metálico. En el plano político, los "patriotas" deseaban la abolición del *liberum veto* y la transformación de la monarquía en hereditaria.

La labor de la "Dieta de los cuatro años" (1788-1791) culminó en la Constitución de 1791, que expresaba en su mayor parte el ideario reformista, sobre todo el aspecto político. Pero una vez más funcionaron los mecanismos de defensa aristocráticos. Los elementos conservadores se "confederaron" en Targowice y solicitaron la intervención rusa, bajo cuya garantía se hallaba la antigua Constitución. En tres años, Polonia desapareció del mapa de Europa.

P. M.

Pero en 1772, el nuevo monarca, Gustavo III (1771-1792), apoyado por el pueblo y el ejército, dio un golpe de estado y proclamó una nueva Constitución de carácter absoluto. Respaldado por la burguesía y por el campesinado, reforzó el poder real contra la aristocracia y llevó a término una política de "déspota ilustrado". Se abolió la tortura, se otorgó la libertad religiosa a los inmigrantes, se suprimieron las reglamentaciones del comercio de cereales y se desarrolló la enseñanza.

El fracaso de una conjura nobiliaria, alentada desde Rusia (1788), permitió la promulgación del *Acta de Unión y Seguridad* de 1789, que concedía a todos los suecos la igualdad de derechos. Una gigantesca operación de reparto de tierras mejoró la condición de los campesinos.

Una nueva guerra contra Rusia, terminada por la paz de Varala (1791), produjo otra disminución del territorio finlandés. La enemistad de los aristócratas hacia el monarca que les había arrebatado el poder político era muy viva. Gustavo III murió asesinado por algunos nobles, que le apuñalaron durante un baile de máscaras. Su sucesor, Gustavo Adolfo IV (1792-1808), conservó las reformas, apoyándose a la vez en la nobleza y en la burguesía, aunque gobernó como rey absoluto prescindiendo de la Dieta.

Los países escandinavos se vieron presionados entre Rusia y la Francia revolucionaria. Gustavo III era partidario de la intervención

Varsovia en 1770, por Bernardo Bellotto, "Canaletto" (Museo Nacional, Varsovia). La Polonia mediatizada por Rusia tuvo que ver ocupada su capital para aceptar la candidatura de Estanislao II Poniatowski.





Medalla de Catalina II, grabada por Waechter (Kunsthistorisches Museum, Viena). La excesiva ambición de esta emperatriz, unida a la de Federico II y de María Teresa de Austria, dio origen a los sucesivos repartos de Polonia.

armada, pero tanto Suecia como Dinamarca se abstuvieron de participar en las coaliciones. Ambos intentaron proteger el comercio báltico y la libertad de navegación por los estrechos. Durante la guerra de Independencia de los Estados Unidos, habían formado parte de la "neutralidad armada", y a fines de siglo patrocinaron la creación de una "liga de neutrales" en las negociaciones de paz entre Francia e Inglaterra.

No obstante, la guerra entre los dos países y, concretamente, el bloqueo continental incidieron en la vida de ambos países. Suecia se adhirió a la tercera coalición (1805), y la Pomerania sueca, último resto del dominio alemán de Gustavo Adolfo, fue ocupada por

Estanislao II Augusto Poniatowski, por M. Bacciarelli (Museo Nacional de Poznań). El último rey de Polonia había sido favorito de la emperatriz Catalina II de Rusia, quien lo impuso en 1764. Su reinado fue una continua serie de luchas y rebeldías hasta que, perdido el apoyo de Catalina, se procedió al primer reparto de Polonia. Después del tercer reparto, abdicó y se retiró a Grodno, donde las potencias beneficiarias del reparto le pasaban una pensión.



Batalla de Raclawice (por A. Orlowsk; Museo Nacional, Varsovia), en la que las tropas de Kosciuszko derrotaron a las rusas en abril de 1794.

los franceses. Dinamarca quiso permanecer neutral en la cuestión del bloqueo. En 1807, los ingleses bombardearon Copenhague y se apoderaron de la flota danesa para asegurarse el tránsito por los estrechos. Suecia seguía comerciando con Inglaterra. El acuerdo franco-ruso de Tilsit daba carta blanca al zar para su política sueca. Una guerra definitiva (1808-1809) dio a Rusia la total posesión de Finlandia. El país quedó organizado como un gran ducado, cuyo soberano era el zar. La Constitución de 1772 siguió en vigor y la vieja clase dirigente, de habla sueca, conservó su preponderancia. El orden institucional permaneció inalterado hasta el siglo XX.

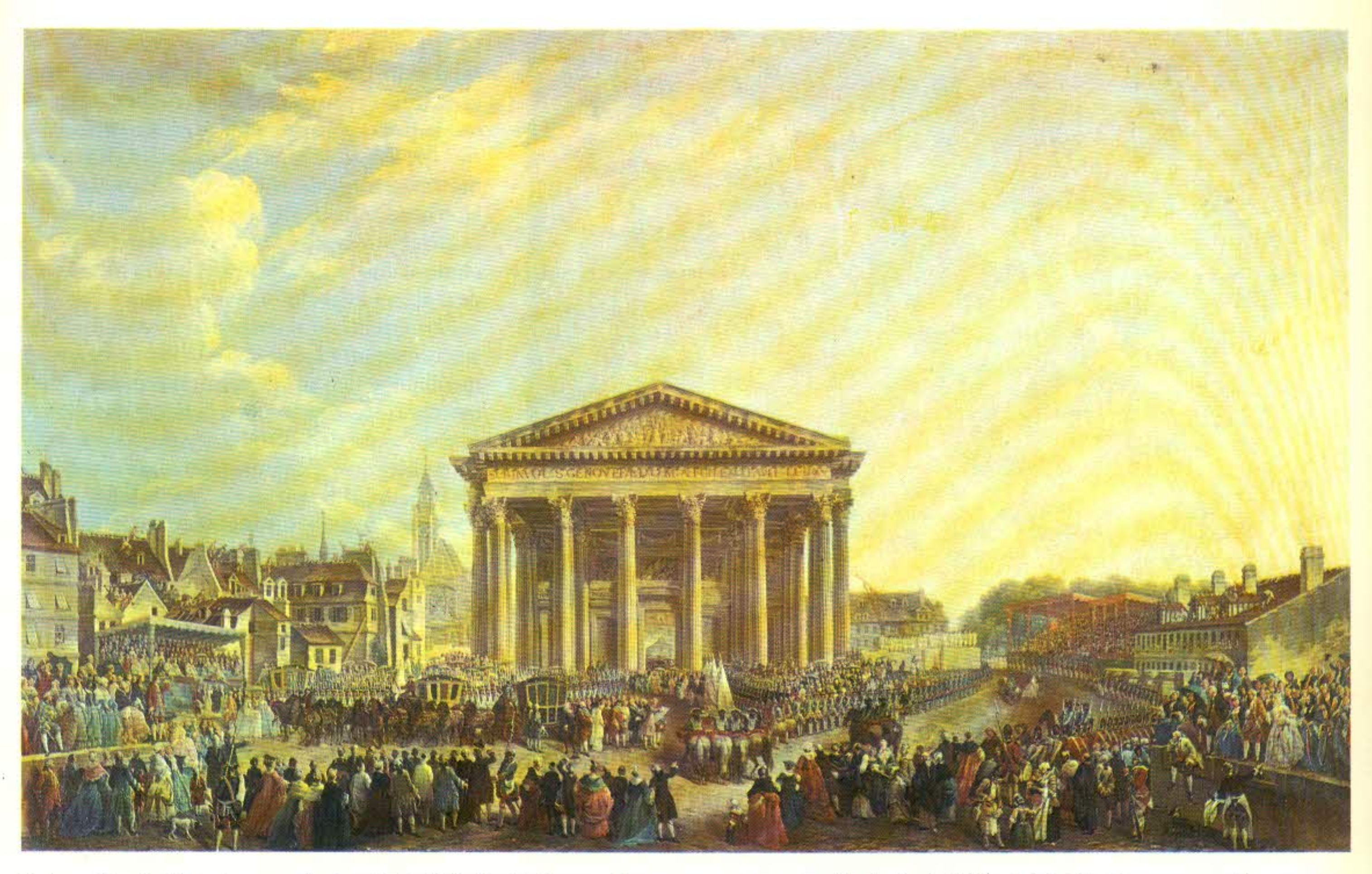
Suecia había quedado reducida a sí misma. Una revolución terminó con el gobierno absoluto y proclamó una nueva Constitución (1809). En 1810 fue elegido príncipe heredero el mariscal francés Bernadotte, enemigo personal de Napoleón. Al no obtener ninguna compensación territorial dentro del sistema napoleónico, Suecia se alió con Rusia y participó en la sexta coalición. Como Dinamarca permaneció fiel al orden francés, el Congreso de Viena aceptó un cambio territorial que alteró la fuerza de los países escandinavos. Noruega fue separada de la corona danesa y unida a Suecia, para resarcirla de la pérdida de Finlandia. Para tal cambio no se consultó a los noruegos, los cuales habían expresado su deseo de mantener la unión con Dinamarca o de constituir un estado independiente. En 1814 se votó una Constitución, que en aquellos momentos era la más liberal de Europa. Basada en la Constitución francesa de 1791, daba el poder legislativo a un Parlamento *(Storthing)* elegido por sufragio censitario, pero relativamente amplio. Los poderes del rey se reducían a un veto suspensivo. La aceptación del rey de Suecia, Carlos XIII (1809-1818), como soberano de Noruega estuvo condicionada al reconocimiento de la Constitución. Pero las rivalidades sueco-noruegas no desaparecieron hasta la separación de ambos estados en 1905.

BIBLIOGRAFIA

Anderson, I.	*Historia de Suecia,* Estocolmo, 1952.
Bain, R. N.	*Scandinavia. A political History of Denmark, Norway and Sweden from 1513 to 1900,* Cambridge, 1905.
Bengtsson, F. G.	*The life of Charles XII, King of Sweden. 1697-1718,* Londres, 1960.
Carsten, F. L.	*The origins of Prussia,* Oxford, 1958.
Haintz, H.	*Karl XII von Schweden,* Berlín, 1958 (3 tomos).
Heckscher, E. F.	*An Economic History of Sweden,* Cambridge, 1963.
Jeannin, P.	*Histoire des Pays Scandinaves,* París, 1956. – *Breve historia de los países escandinavos,* Buenos Aires, 1966.
Jobert, A.	*Histoire de la Pologne,* París, 1953.
Ligers, Z.	*Histoire des villes de Lettonie et d'Estonie. Des origines jusqu'à la fin du XVIII^{e} siècle,* París, 1946.
Luszciensky, M.	*Historia de Polonia,* Barcelona, 1945.
Schwabe, A.	*Histoire du peuple letton,* Estocolmo, 1953.
Sobieski, W.	*Histoire de la Pologne des origines à nos jours,* París, 1934.
Toyne, S. M.	*The Scandinavians in History,* Londres, 1948.



Soldados polacos de 1794 (acuarela de A. Orlowsk; Museo Nacional, Varsovia). La sublevación del patriota Tadeo Kosciuszko provocó el tercero y último reparto de Polonia.



Colocación de la primera piedra de la iglesia de Santa Genoveva, en presencia de Luis XV y del delfín. La ceremonia, ostentosa como casi todas las del Antiguo Régimen, se celebró ante un modelo a tamaño natural de lo que sería la fachada de la iglesia (Museo Carnavalet, París).

La crisis de la sociedad del Antiguo Régimen

por ANTONI JUTGLAR

Renacimiento, Reforma, Barroco, Ilustración, son hitos de un mismo movimiento renovador que tuvo su punto de partida en pleno corazón del Medievo –en el mismo siglo XIII– y que alcanzaría su ápice a lo largo del siglo XVIII. Un movimiento complejo, en el que se relacionan e influencian fenómenos técnicos, científicos, intelectuales, económicos, sociales y políticos hasta culminar en el complejo fenómeno de la Revolución francesa, iniciada en 1789.

Tratando de situar la realidad del mencionado movimiento complejo a lo largo del siglo XVIII, para hacer hincapié especial en las condiciones que conducían a la crisis del Antiguo Régimen en Europa y las repercusiones que tal crisis supondrá, es preciso concretar una serie de cuestiones previas: por una parte, en el siglo XVIII los valores tradicionales (que habían conseguido superar los sucesivos embates del renacentismo, del movimiento religioso de la reforma y de "ciencia nueva" del siglo XVII) encontrarían fórmulas de mantenimiento y arraigo asociadas o vinculadas a los nuevos valores culturales y científicos que (definidos en los siglos anteriores y potenciados por la dinámica intelectual del propio siglo XVIII) serían, más o menos, asimilados por la sociedad establecida, sin que tal asimilación suponga una disgregación o un hundimiento del edificio tradicional.



Tal coexistencia será la fórmula típica de la etapa conocida como época del Despotismo Ilustrado, en la que asistimos a un sincretismo equilibrador de elementos antiguos y modernos, sin que la sociedad pierda su estructura antigua. Una estructura tipificada por una organización social fuertemente jerárquica y compartimentada; por el mantenimiento de la organización política típica de la monarquía absoluta; un tipo de economía (en la que es clara la expansión del capitalismo comercial) producida por el mercantilismo, proteccionismo o dirigismo estatal; una cultura encuadrada, con cierta rigidez, en los marcos nacionales; unas formas exteriores de vida religiosa apoyadas en la creencia en la Revelación. Un conjunto de características que, en resumen, aparecen enmarcadas en el seno de la denominación de *Antiguo Régimen*.

Por otra parte, paralelamente a este sincretismo –en el que, por lo menos formalmente o externamente, predominan las estructuras tradicionales–, en el siglo XVIII acabaron de desarrollarse, y de manera considerable, los elementos más genuinos que encerraban los primeros postulados renacentistas, con su subsiguiente carga de oposición inevitable al sistema establecido. Efectivamente, el desarrollo del individualismo, el criticismo, el relativismo, el escepticismo, el cientificismo, el liberalismo, etc., que de forma más o menos implícita había engendrado el Renacimiento, supondrían la puesta en marcha de una serie de formidables elementos subversivos del sistema, dotados de una fuerza y de un atractivo cada vez mayor. Durante una larga etapa del siglo XVIII –la del Despotismo Ilustrado– se logrará, sin embargo, según acabamos de apuntar, una posición de equilibrio entre estos elementos y los tradicionales, que parecen dominar en la fachada del edificio. Un equilibrio que finalmente acabaría por romperse.



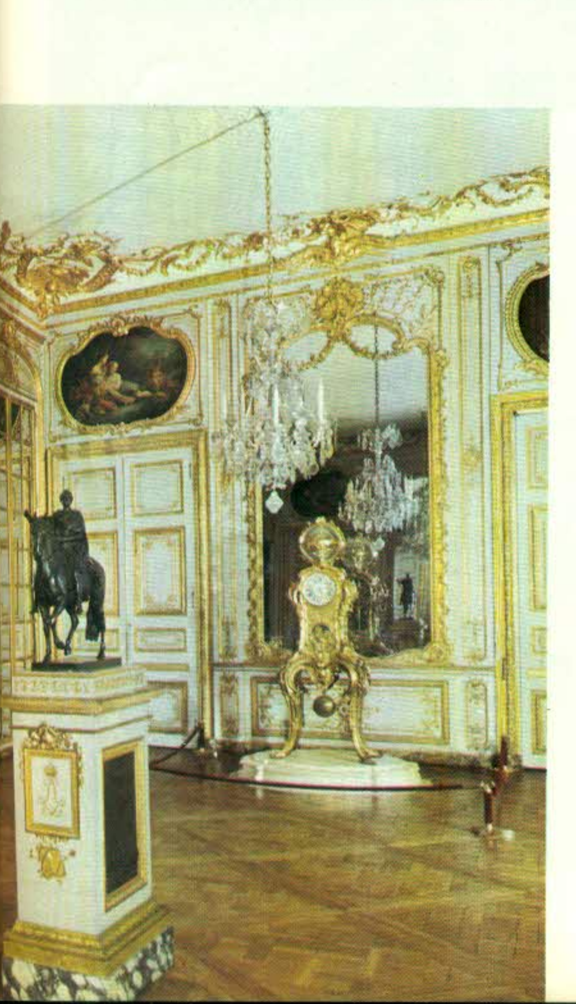
Gentilhombre francés del siglo XVII, según grabado de Leclerc (Biblioteca Nacional, París).



En efecto, la mixtura del Despotismo Ilustrado (que, tal como su nombre indica, recogía lo viejo y lo nuevo, los elementos antiguos y modernos, el pasado y lo que sería pronto el futuro) tenía una fragilidad básica, que se pondría de manifiesto en el momento en que la ruptura entre las líneas de lo que denominaremos Revolución y las sustentadoras de la Tradición pase por la revisión esencial del concepto de monarquía que daba sustento, por definición, al paradójico sincretismo del Despotismo Ilustrado. En resumidas cuentas, la plenitud de las líneas engendradas por el movimiento renacentista siglos antes debía básicamente poner en entredicho –y de una vez para siempre– una vieja concepción paternalista de la sociedad; concepción encuadrada en torno a la idea de la Providencia gobernando al mundo, orientando el destino de los hombres y estableciendo las formas de autoridad. La era –la larga era del Padre– iría emparejada con una concepción de la monarquía y del poder del soberano planteados en función de una autoridad otorgada por la gracia de Dios. Y la crisis de esta era coincidiría con la afirmación de los principios de la Igualdad y de la Fraternidad. Es decir, la ruptura entre Revolución y Tradición pasa por la crisis del mismo principio monárquico, en tanto que su concepción paternalista choca con las ideas en pro de la hermandad de los individuos, iguales y soberanos.

Situando las líneas de esta ruptura, hemos de tener en cuenta que, a lo largo del siglo XVIII, racionalismo, individualismo, criticismo, escepticismo, indiferentismo, relativismo, subjetivismo, etc., todos los elementos nuevos antes apuntados y potenciados por el importante movimiento intelectual del siglo XVII, se combinarán de diversas maneras dando pie al complejo movimiento de la Ilustración, que propondría las bases ideológicas del profundo movimiento revolucionario, que se pondría en marcha a finales del siglo. Hasta fines de la centuria las fórmulas de equilibrio antes apuntadas pudieron mantenerse de manera más o menos difícil. Al principiar las últimas décadas del siglo, sin embargo, en casi todos los frentes del mundo occidental arreciaron los ataques que, en el orden político, económico, social e intelectual, planteaban los partidarios de un cambio total de la sociedad. De esta for-

Caricatura del siglo XVIII sobre la moda de los nobles franceses (Biblioteca Nacional, París).



Gabinete del péndulo, en el palacio de Versalles.



Fiesta del pueblo, por Teniers (Museo del Louvre, París). La vida de la gente trabajadora era abrumadora, por lo que los días festivos se saboreaban con intensidad y embriaguez extraordinarias.

ma, en el interior de los diversos estados se fue formando una plataforma de discontinuidad que facilitaría el estallido de una profunda fenomenología revolucionaria. Así, en los inicios del último tercio del siglo XVIII, la subversión independentista de las colonias americanas de Gran Bretaña desató una importante oleada de movimientos revisionistas y reformistas que acabarían dibujando en Francia las líneas más típicas del moderno movimiento revolucionario de la burguesía. Un movimiento que, a su vez, traería aparejada la manifestación de nuevas oleadas subversivas que encontrarían su expresión más importante en el proceso de descomposición e independencia del conjunto territorial que hasta entonces habían constituido los imperios coloniales español y portugués en América.

De esta forma se originaría en el mundo occidental un accidentado período de cincuenta años de conmociones sociales y políticas, a lo largo de los cuales las instituciones tradicionales, o sea el Antiguo Régimen (representado por el "principio de legitimidad" y los ideales del "integrismo"), se baten en retirada ante la imposición cada vez más irreversible de los postulados racionalistas y liberales que acompañan a la revolución política de la clase burguesa. Con la crisis del Antiguo Régimen y la puesta en marcha de la revolución burguesa se puso de manifiesto una de las morfologías más características de los últimos siglos de nuestra historia, en la que debe destacarse la difusión de una ideología revolucionaria en dos continentes, en una etapa decisiva para la configuración de lo que comúnmente conocemos como Edad Contemporánea.

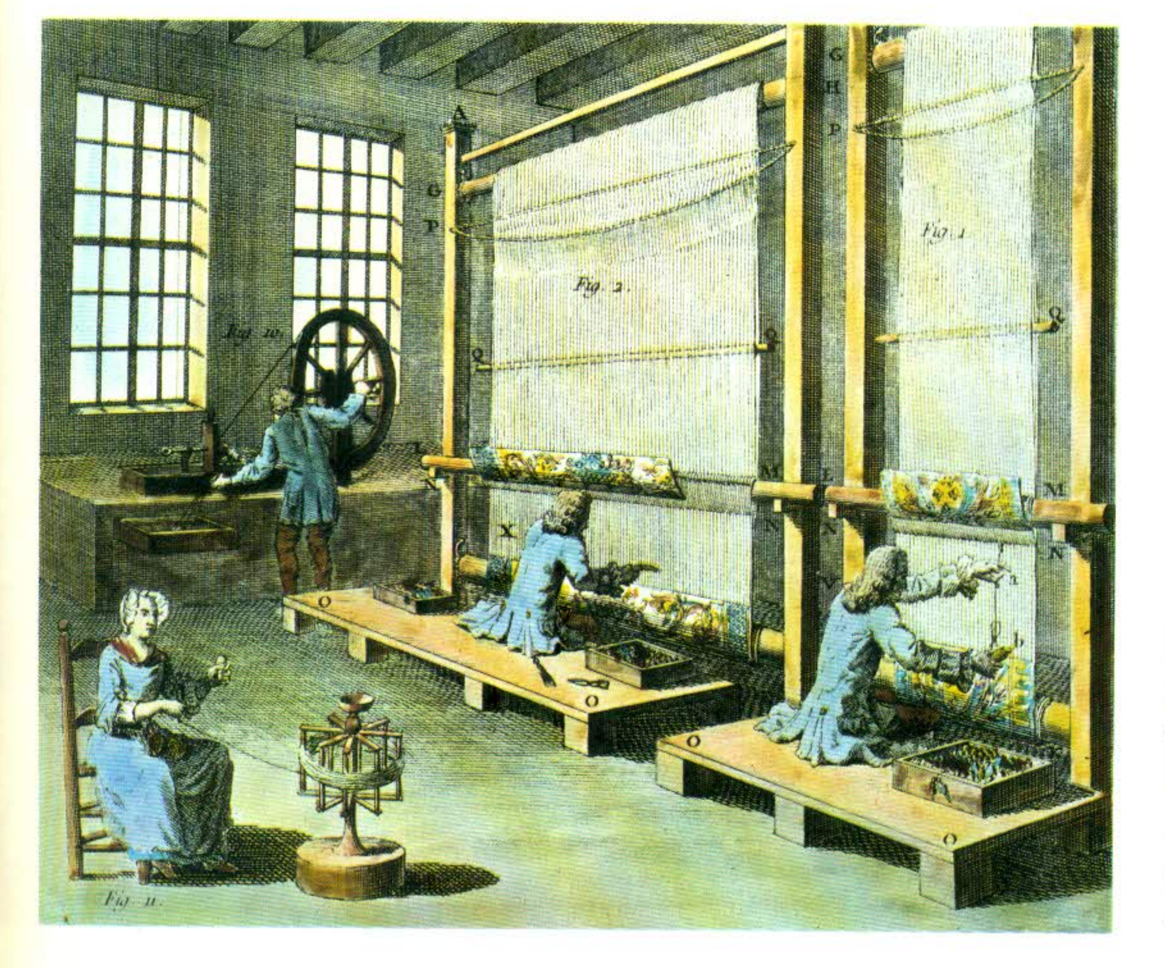
En resumen, a lo largo del siglo XVIII los movimientos y tendencias iniciados a partir del Renacimiento fueron adquiriendo pleni-

tud y fuerza decisiva en una dinámica progresiva que, a fines de la centuria, culminaría con la mencionada crisis del orden y de las concepciones existentes y con el triunfo de la revolución de la burguesía, con lo cual se abriría una nueva época en la historia de los sistemas económicos, sociales y políticos e incluso en la concepción de la cultura y la vida del espíritu. Una nueva época que, por otra parte, se encontraría definida por el impacto decisivo del considerable progreso técnico, concretado por el maquinismo, que promovería el formidable avance económico de la revolución industrial –iniciada a partir de 1780 en Inglaterra y desde principios del siglo XIX en el continente europeo y en los Estados Unidos de América–, fenómeno trascendental que abriría nuevas perspectivas y definiciones no sólo al capitalismo, sino a la humanidad entera.

Para comprender y situar el alcance y la problemática misma de la crisis del Antiguo Régimen, es preciso tener en cuenta la formación de una plataforma técnica y psicosociológica que hizo posible el formidable salto y la impresionante ruptura sociocultural y económica que supuso el paso de la sociedad tradicional a las nuevas realidades del industrialismo y del auge de la cultura burguesa. En primer lugar, es preciso señalar que los progresos técnicos y científicos que acabamos de apuntar difícilmente habrían podido cristalizar en la revolución técnica del maquinismo y ésta, a su vez, no hubiera podido potenciar el formidable movimiento de la revolución industrial, si –paralelamente a los avances mencionados– no se hubiera producido un amplio movimiento transformador de las mentalidades y de las actitudes en la sociedad y en la economía, preparando una coyuntura apta para el pleno impulso de factores nuevos.



Bandeja de cerámica de Alcora del siglo XVIII (Museo de Artes Decorativas, Barcelona).



Telares en la manufactura de la Savonnerie (Biblioteca Nacional, París). Aunque en las primeras etapas del siglo XVIII las manufacturas se realizaban en el marco de la pequeña empresa, la burguesía se daba cuenta de que el maquinismo obligaba a un cambio completo de orientación en el trabajo.

EL IMPACTO SUBVERSIVO DEL ENCICLOPEDISMO EN LA CRISIS DEL ANTIGUO REGIMEN

La definición de la plataforma prerrevolucionaria en la Europa del siglo XVIII no puede comprenderse sin un mínimo análisis de los factores ideológicos que en tal período se desarrollaron, y especialmente de la difusión del enciclopedismo. Dividido el movimiento enciclopedista en dos tendencias o corrientes principales (la volteriana —de clara ascendencia racionalista, materialista y aristocrática, verdadero ápice terminal de la evolución ideológica racionalista— y la roussoniana, de base naturalista y al propio tiempo profundamente sentimental y espiritualista, anunciando en su mezcolanza el advenimiento, en las dos últimas centurias, de una poderosa oleada de irracionalidad), tendría su plataforma de partida en la monumental obra que comenzó a publicarse a partir de 1751.

Siguiendo y ampliando las líneas de Bayle en su *Diccionario* y de Chambers en su *Cyclopedia,* los editores franceses de la *Enciclopedia* pretendían poner en marcha una realización colectiva que diera soluciones a todos aquellos problemas que preocupaban a la sociedad culta de la época —burgueses más o menos adinerados y nobles—, intentando, al propio tiempo (en una típica manifestación del espíritu del siglo de las "Luces"), ilustrar a las generaciones futuras con el ánimo y la esperanza de hacerlas más dichosas y felices.

Galicana, liberal y profundamente anticlerical, la *Enciclopedia* pasó a convertirse en la representación más típica de la Ilustración europea y revistió una gran importancia subversiva. Como es sabido, entre sus redactores destacaron Diderot y D'Alembert. Este último, conocido como gran físico y matemático, escribió para la *Enciclopedia* la mayor parte de su famosísimo *Discurso preliminar* e imbuyó a dicha publicación, paradójicamente (al menos para aquellas personas incapaces de profundizar y relacionar ciertas manifestaciones de la acción humana), de su espíritu materialista y pesimista, que, en cierto modo, entraba en contradicción con sus nobles y arraigados propósitos de plantear la obtención de la felicidad a través de la "cruzada de la filosofía". Por su parte, Diderot —intelectual de gran talla, hombre de amplia inteligencia y de saber prodigioso— patentizaría la duplicidad existente en su espíritu a través del enfrentamiento entre el "hombre natural" y el "hombre artificial", con lo cual su labor, en el siglo XVIII, aparece como un pivote tanto del materialismo como del prerromanticismo. Materialista, escéptico, amoral (y, paralela y paradójicamente en apariencia, moralizador), idealista, ético y, en suma, profundamente humano, Diderot —inolvidable intelectual de una revolución en ciernes— establecería los principios de una moral laica y humanística; una moral laica y al propio tiempo humanitaria que perduraría hasta nuestros días.

Paralelamente, en una acción que radicalizaría la crisis del Antiguo Régimen, el enciclopedismo abriría una brecha importante en la tarea intelectual que acabaría por subvertir el edificio de la sociedad tradicional. De esta manera, el materialismo puro y el ateísmo se encontraron representados, por ejemplo, por Helvetius y el barón d'Holbach. Así, Helvetius, en *De l'esprit* (1758), fundaría la nueva moral sobre un concreto tipo de egoísmo: "El amor a sí mismo es la única base sobre la que pueden fundamentarse los sillares de una moral útil". Para Helvetius, la única religión válida era la de la Naturaleza y sus hijas, la Virtud, la Verdad y la Razón, abriendo con ello el camino a unas perspectivas que, en buena parte, fueron radicalizadas por el barón d'Holbach, espíritu penetrante y sumamente inteligente que, en su conocidísimo libro *Sistema de la Naturaleza* (1770), resumió de forma metódica lo que podríamos denominar ya propiamente el contenido del ateísmo materialista. Un ateísmo materialista entendido como consecuencia última del proceso revisionista del movimiento naturalista y racionalista. En la obra que acabamos de mencionar aparece negado todo tipo de religión y queda sentado el principio de que en el mundo no existe más que la materia.

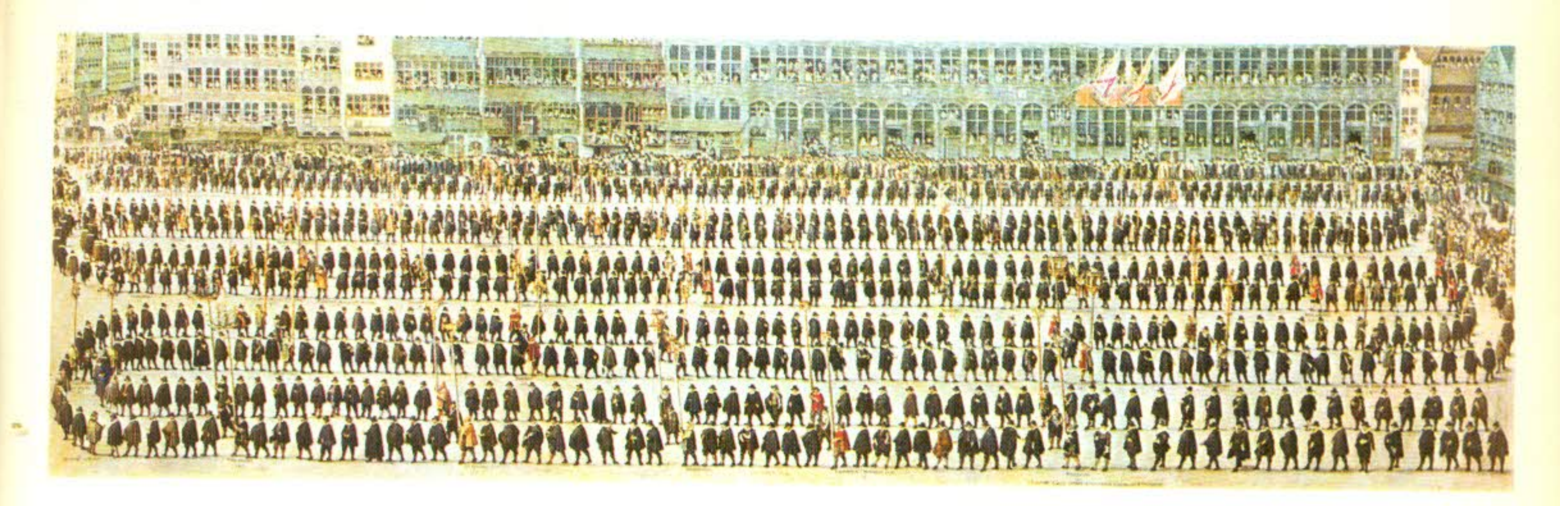
De esta forma queda concretada la línea del materialismo iniciada por los enciclopedistas propiamente dichos. Paralelamente, la línea mencionada iba dibujando otros horizontes que deberían desempeñar un papel fundamental en la crisis del Antiguo Régimen y en las orientaciones futuras de la vida social y política del mundo occidental. Así, Holbach, en *De l'homme,* por ejemplo, sostuvo el principio de la soberanía del pueblo frente al poder y autoridad del pacto social, así como la necesidad ineludible de crear una forma de gobierno contraria a la violencia y que garantizara la libertad de pensamiento y de prensa. De esta forma compleja, ambigua e incluso —en muchos casos— contradictoria, la labor intelectual surgida en torno al movimiento del enciclopedismo (unida a la aparición de nuevas realidades técnicas y científicas que necesariamente debían incidir en el desarrollo de la vida social y económica) conduciría, con mayores o menores violencias, con mayores o menores inestabilidades, a la revolucionaria labor de transformación de las estructuras y organizaciones del viejo mundo tradicional, abriendo las puertas de un largo y complicado proceso histórico que tipifica en buena parte a nuestro mundo contemporáneo.

A. J.



Mesa para café, construida por Sammier (Museo de Artes Decorativas, París).

En este sentido tiene una importancia decisiva el análisis de la conformación de la plataforma psicológica, social y económica del mundo occidental premaquinista. En efecto, en las primeras etapas del siglo XVIII, la mayor parte de las manufacturas y de las actividades comerciales se efectuaban aún (y a pesar de las críticas y de las nuevas perspectivas teóricas) dentro del marco de las pequeñas empresas, en las que el maestro trabaja con uno o dos oficiales y en donde, por ejemplo, los telares se instalan en múltiples pequeños locales. Vista en conjunto, la actividad productiva y mercantil de las primeras décadas del siglo XVIII no presenta, a excepción de algunos trabajos pesados de tipo macizo (manufacturas del hierro y, a veces, de algunos productos textiles), una



Desfile de gremios bruselenses en el siglo XVII, por Denis van Alsloot (Museo del Prado, Madrid). Si bien el Antiguo Régimen mantuvo el sistema de trabajo reglamentado mediante gremios y corporaciones, el maquinismo fue aumentando paulatinamente los deseos de libertad económica, sobre todo entre los burgueses emprendedores.

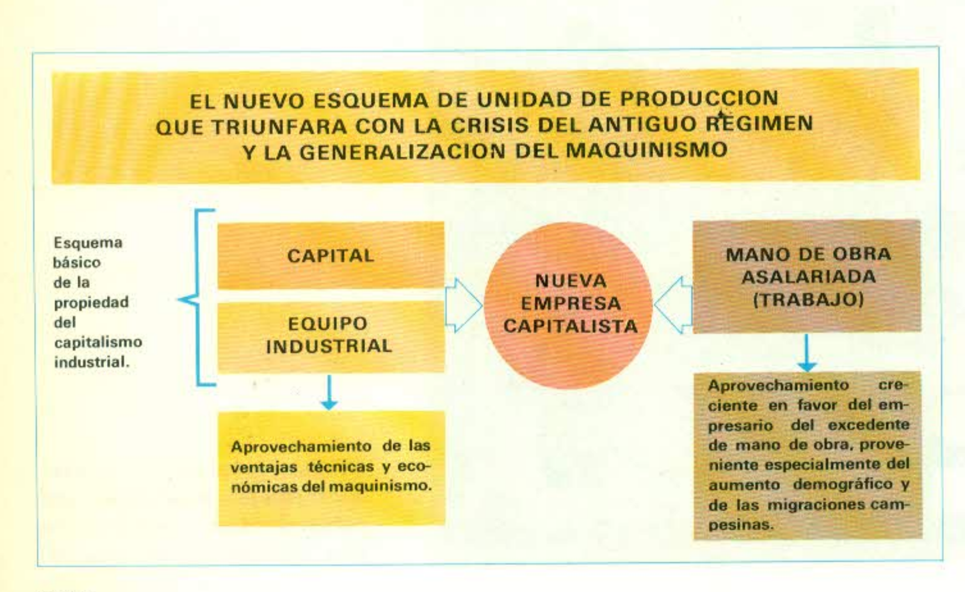
especialización definida ni una clara distinción entre producción y venta.

En cierto modo, podía afirmarse que, por lo general, en la coyuntura mencionada, la mayor parte de los objetos se producían aún bajo los mismos ojos del comprador, al propio tiempo que existía, en lógica relación, una gran dispersión socioeconómica que lleva a apuntar que, en la práctica, el armazón de las burguesías dieciochescas se encontraba formado por una numerosa masa de pequeños patronos que velaban cuidadosamente por la seguridad de su estado social. Tal como muy gráficamente han señalado autores como Morazè, cada negociante, cada artesano, vigilaba a su vecino, asegurándose que no le hacía competencia (por ejemplo, en muchas partes el anuncio estaba prohibido y se vigilaba asimismo la alteración de los precios, etc.). Si se producía alguna irregularidad (el vecino atraía fraudulentamente al cliente o sus productos no tenían suficiente calidad), el negociante se apresuraba a pedir la restauración del orden establecido, que representaba la mejor garantía de su derecho y de su porvenir.



Oficios representados en azulejos catalanes del siglo XVIII (Museo Municipal Vicente Ros, Martorell, Barcelona).

Página de la "Enciclopedia" en que se describen los útiles y principales operaciones del oficio de cuchillero. Los filósofos ensalzaron siempre la labor del artesano honrado.



El sistema imperante suponía, por demás, el triunfo de la rutina y de la monotonía: la forma de trabajar estaba determinada de modo estricto (en el taller, el horario se encontraba regulado por la hora que daba el campanario de la iglesia principal o la torre de la ciudad; la gente se levantaba temprano y trabajaba todo el día –más en verano, menos en invierno–, de sol a sol, etc.). Aunque hubiera poca luz en las tiendas, obradores y talleres, abiertos en oscuras y estrechas callejas, era preciso una autorización especial, difícil y complicada, para utilizar velas, y dicha autorización no se requería tanto por temer peligros de incendio o por impedir una excesiva fatiga del obrero, sino que, técnicamente, venía justificada su dene-

gación con la excusa de la evitación de imperfección en las labores, competencia desleal, etc.

Todo el mundo trabajaba, pues, al mismo tiempo y de la misma manera (en el marco de una rígida reglamentación corporativa que representaba tanto una traba para el operario –obrero o patrón– ingenioso como una garantía para los maestros frente a posibles competencias). La monotonía y la falta de horizontes dominaban la vida urbana, mucho más tolerable, por otra parte, que la vida campesina. Para hacer más o menos soportable tal régimen de trabajo y de vida se arbitraron fórmulas más o menos misticistas. En este sentido, por ejemplo, la oración en el taller no era una simple formalidad, sino un ejercicio que trataba de espiritualizar una tarea abrumadora y sumamente fastidiosa. Paralelamente –en relación con el año cristiano y la meditación de la vida de los santos de cada día– existían numerosos días festivos (de los que se derivarían prolongaciones significativas, como los lunes pascuales o el san Esteban en Cataluña), saboreados con una intensidad y una embriaguez extraordinarios, que en vano trataba de atemperar el reglamento.

En conjunto, nos encontramos ante un régimen de trabajo y de vida que evidentemente no podría resistir al progreso de las ideas de libertad y de perfeccionamiento técnico. En efecto, transformando de forma radical esta plataforma tradicional de la vida mercantil y artesanal, el impacto del maquinismo –revolucionando de forma más o menos lenta las técnicas de producción– desarrolló formas nuevas de trabajo y de vida, abriendo nuevas perspectivas y definiendo nuevos comportamientos psicosociológicos de profundas repercusiones en todos los terrenos. Por ejemplo, en el mundo socioeconómico del Antiguo Régimen existía un estilo y un nivel muy mediocres en la vida material de este burgués medio al que hemos venido refiriéndonos: las herencias eran poco importantes y tenían escasa repercusión en la vida familiar. Prácticamente vivían al día, atosigados por los problemas de una fuerte natalidad (compensada por una alta mortalidad infantil) que representaba un régimen de vida caro. Ante tal realidad, estos burgueses artesanos no podían permitirse el lujo de pensar en el mañana. No podían, de hecho, ahorrar. En este sentido, se ha señalado que en esta época la imprevisión no es un defecto, sino el signo de una confianza en el porvenir, en la solidez de las instituciones y en la permanencia de los dogmas religiosos, sociales y políticos.

En otras palabras, con anterioridad al impacto maquinista no existía, entre los burgueses modestos, la preocupación –tan común en nuestros días en el comercio pequeño y medio– por ahorrar un capital que sirviera de garantía para una vejez tranquila. Por el contrario, con el Antiguo Régimen dominaba entre ellos la tónica de pocos ahorros y pocas inversiones. Todo ello, sin embargo, tal como hemos apuntado, se vino abajo tan pronto se dejó sentir con cierta fuerza el impacto maquinista (y mucho antes de que, efectivamente, se realizara la revolución industrial, fenómeno capital que no puede confundirse simplemente con el maquinismo). En efecto, estos hombres, productos del siglo XVIII que no comprometían la relativa alegría de un presente (alegría mediocre, según hemos visto) en inciertas especulaciones sobre el porvenir, no pudieron permanecer insensibles ante la comprobación de las líneas por las que se desarrollaba el nuevo progreso material. Por ello, cuando el espíritu religioso se debilitó (a lo largo de un proceso paralelo que el carácter sucinto de estas páginas nos obliga a omitir) tuvie-

Voltaire delante de su escritorio (figurilla de barro cocido y pintado; Museo Carnavalet, París). Los filósofos adoptaron, en general, con respecto a las clases humildes, una posición contradictoria, pues mientras defendían ideas de igualdad y fraternidad, no tenían reparos en afirmar, como hacía Voltaire, que era imposible que los hombres dejaran de dividirse en ricos y pobres.



LIBRECAMBISMO Y TRANSFORMACION ECONOMICA

La obra de Adam Smith aparece tópicamente vinculada a las explicaciones en torno al montaje ideológico del liberalismo económico. En un determinado momento, el capitalismo deja de apoyarse en la garantía y seguridad aportada por el sistema monárquico de privilegio y reivindica la total libertad de acción económica. Y en este proceso se sitúa por lo general a Adam Smith como el doctrinario clave del librecambismo, a causa de un magistral *Ensayo sobre la riqueza de las naciones.* Ello es cierto en buena parte; pero no deja de ser igualmente cierto que la preocupación y el triunfo final de las tendencias favorables a la libertad en materia económica no quedan suficientemente (y satisfactoriamente) explicadas por un simple conjunto de referencias a las obras e investigaciones de algunos teóricos de la economía. Más aún: la aparición de determinados trabajos y estadios en torno al trabajo, la renta, la productividad, la política económica, etc., sólo adquiere una dimensión comprensiva y explicativa si se tiene en cuenta el círculo de circunstancias que condicionan o hacen posible la aparición de un nuevo "humor" o de una manera de actuar o pensar económicamente.

Por ello, a la hora de analizar el problema de la concreción del librecambismo —en la crucial etapa de hundimiento de los mecanismos tradicionales del Antiguo Régimen— es preciso relacionar el complejo movimiento ideológico o teórico que ayudaría a una creciente definición y a un triunfo final, en el mundo capitalista, de la libertad de acción económica, con el círculo de transformaciones científicas y técnicas que afectaron, en unos casos con mayor intensidad que otros, la marcha de la vida económica general. Así, la creciente penetración del maquinismo en la actividad de las empresas fue deteriorando toda una *praxis* económica, cuya mutación progresiva iría dando a su vez argumento para "explicaciones" y "justificaciones" de tipo teórico e intelectual. Paralelamente, la imaginación del negocio capitalista en búsqueda de la máxima rentabilidad favorecía las mutaciones apuntadas de forma, por ejemplo, que en cierta etapa industrial muy típica aumentaron en diversas comarcas (y en algunos ramos muy concretos de la producción) las actividades manufactureras fuera de las ciudades al socaire de factores tan distintos como la existencia de cursos de agua necesarios para impulsar la fuerza motriz y permitir el blanqueo textil, o la presencia de una mano de obra que se sustentaba en buena parte del producto de sus pequeñas parcelas y no exigía a la industria más que un salario complementario.

Es evidente, asimismo, que la máquina de vapor, por ejemplo, sería un factor determinante para variar el papel de la realidad agraria en un capitalismo poco desarrollado; máxime cuando la multiplicación del maquinismo planteó decisivamente no sólo la solución de la alternativa entre campo y ciudad en favor de los núcleos urbanos (concentración y aumento de tamaño de los talleres, concentración y control de la mano de obra, racionalización y flexibilidad de la distribución de los productos, así como de la recepción y reparto de las primeras materias, etc.), sino que además, y de forma muy fundamental, el auge creciente del papel de la máquina varió el mundo mental del maestro artesano y planteó la aparición decidida del nuevo capitán de industria, del nuevo empresario de la contemporánea era capitalista. Paulatinamente, a lo largo del siglo XVIII, pongamos por caso, el maestro artesano fue adquiriendo conciencia del significado económico de la competencia y asimismo —por ley de elemental supervivencia ante el crecimiento de nuevos factores de transformación económica— fue adquiriendo una nueva noción del dinero y de la necesidad de obtener riqueza. Sólo aquellas personas que tenían la oportuna capacidad de dinero para comprar un suficiente número de máquinas podían montar una industria positivamente competitiva que permitiera el aumento veloz de la producción, la rápida disminución de los costes por manufactura y un importante crecimiento de los beneficios industriales. De esta manera, para el empresariado, ser rico en la coyuntura crítica del Antiguo Régimen se convirtió en una necesidad elemental, en estrecha relación con las transformaciones del sistema económico general y explicando, en buena parte, el auge creciente de las nuevas teorías librecambistas.

Así, en vísperas de la Revolución Industrial —no iniciada en Inglaterra antes de 1780 y que no comenzó en el continente europeo hasta principios del siglo XIX— todo un mundo viejo se estaba tambaleando por los cuatro costados. A pesar de actitudes como la adoptada, en 1778, por Campmany en su *Discurso económico-político en defensa del trabajo mecánico de los menestrales,* partidarias del mantenimiento de las viejas formas institucionales corporativas, irían ganando puntos las oposiciones abiertamente revolucionarias en el campo económico, tal como ocurrió, por ejemplo, en Francia en 1776, con las medidas de Turgot en favor de la supresión definitiva del sistema corporativo, que a pesar de su fracaso abrieron el camino a un proceso irreversible. Proceso que en España quedaría simbolizado en el famoso *Informe sobre el libre ejercicio de las Artes,* de Jovellanos (1785), obra innovadora que popularizaría la consigna clave de la política del liberalismo económico en la España del siglo XIX: "Rompamos las cadenas".

A. J.

ron que cambiar radicalmente de actitud, entusiasmándose ante el nuevo poder que el hombre adquiría sobre la naturaleza.

Más aún, en la conformación de la nueva plataforma, los factores irían adquiriendo mayor complejidad. En efecto, la máquina cuesta dinero y, por otra parte, produce con rapidez, etc. Todo ello revoluciona conceptos y realidades: irá haciéndose necesario, para todos los patronos, aumentar el capital circulante y, por lo mismo, la cifra de negocios de la empresa. Es decir, el productor de manufacturas debía comprar y vender más y por ello se hacía necesario que fuera rico. De esta forma, primero de manera casi insensible, después con un ímpetu avasallador, una serie de transformaciones abrían la puerta a una nueva organización del trabajo, de la economía y de la sociedad, con unas consecuencias capitales en la historia del mundo contemporáneo.

Lentamente, la panorámica del siglo XVIII se transforma y dinamiza: maquinismo, progreso de la organización financiera, progreso social, etc., constituyen un conjunto de aspectos estrechamente trabados, en el seno de una fenomenología llena de extraordinario empuje, respecto a la cual, por ejemplo, no debe admirarnos el entusiasmo con que los enciclopedistas hicieron el elogio sucesivo del artesano, del inventor, del rico empresario y del obrero laborioso e inteligente. Paralelamente, la realidad social burguesa se transformaba de modo radical. Debido a la aparición y al desarrollo del



Distribución de granos a los pobres ante la fundación "Maria van Pallaes", en Utrecht, por H. Bloemaert (Central Museum, Utrecht). A principios del siglo XIX aún se sostenía que la riqueza sólo podía provenir de la pobreza.

maquinismo (y sobre todo a causa de sus repercusiones financieras), dentro de un mismo oficio o rama de producción destacaron por su riqueza algunos empresarios, que pronto adquirieron renombre y prestigio en sus ciudades y regiones adyacentes. Al propio tiempo, dentro de una misma industria, una rama o sector determinados comenzaron a crecer desmesuradamente y a controlar a los demás y, en especial, contemplamos como el comerciante (debido al hecho de que en la práctica era el dueño del mercado y el árbitro de su extensión) iba dominando el conjunto de la nueva actividad económica.

Así, en Inglaterra se fue produciendo el desarrollo de una nueva etapa del capitalismo en el marco mismo de unas corporaciones lentamente desgastadas, y algo parecido ocurriría más tarde en otros puntos de Europa occidental. Paulatina, pero decididamente, las realidades económicas iban variando. Por una parte, cada vez más se precisaba de la concentración de grandes capitales. Por otra, los técnicos se fueron haciendo indispensables al frente de las nuevas grandes empresas, acrecentándose su importancia a medida que iba surgiendo un nuevo progreso técnico, y será de entre ellos donde se reclutará buena parte de la nueva burguesía capitalista del siglo XIX. De acuerdo con esta dinámica, y a través de sucesivos y diversos reclutamientos, acabaría de definirse una nueva clase social, directora de la vida económica, que –para asegurar plena y satisfactoriamente su éxito y su propiedad– reivindicó tenazmente su vocación a la libertad en todos los terrenos.

Paralelamente, una serie de tendencias apuntadas por el capitalismo inicial desde el siglo XVI para burlar las reglamentaciones gremiales fueron tomando mayor empuje y concreción. Tal fue el caso, por ejemplo, del aumento –en una etapa muy concreta– de las actividades industriales fuera del recinto de las ciudades. Aumento favorecido por facto-

LA REALIDAD DEL SISTEMA CORPORATIVO EN LAS ULTIMAS ETAPAS DEL ANTIGUO REGIMEN

MAESTROS ARTESANOS INDEPENDIENTES

Con rótulo, taller o tienda abierto y con número cerrado, es decir, sólo algunos podían establecerse de verdad

OFICIALES (COMPAGNONS)

Dependientes asalariados con salarios establecidos por convenios de medio año o más tiempo

APRENDICES

Escala última de dependientes asalariados, que aprenden el oficio por un tiempo mayor o menor según los usos



Diversos tipos de cerámica fabricados en Alcora (Museo Nacional de Cerámica, Valencia).

res tan diversos como la existencia de cursos de agua necesarios para la fuerza motriz en la industria textil; la abundancia de mano de obra barata, que se sustentaba básicamente de sus pequeñas parcelas y que no pedía a la industria más que un salario complementario, etc.

De este modo, en vísperas de la revolución burguesa y de la revolución industrial, todo un mundo viejo se estaba tambaleando por todos sus costados: las ideas de indulgencia, de tolerancia, de transformación, etc., fueron ganando sucesivamente terreno, de modo que, en la conformación de la crisis del Antiguo Régimen en Francia, en 1789, por ejemplo, su potencia y expansión desempeñaron un papel definitivo, puesto rápidamente de manifiesto en la supresión del régimen corporativo, que ya en 1776 había intentado hacer desaparecer Turgot. Así, a pesar de las actitudes partidarias del mantenimiento de las formas institucionales corporativas, fueron ganando terreno los puntos de vista decididamente revolucionarios, como el de Jovellanos en su *Informe sobre el libre ejercicio de las Artes* (1785), en el que aparece escrito un "slogan" que hará fortuna en la España del siglo XIX como grito de guerra



Madame de Soquainville, por J. B. Perroneau (Museo del Louvre, París). La aparición del maquinismo obligó a que la burguesía tuviera que variar sus métodos de trabajo. El manejo de enormes cantidades de numerario la incitó a llevar una vida como la de la nobleza, a la que imitó en sus modas, construcciones y mobiliarios.



Mina de hierro y fundición en Julietabroeck, en Nyköping Sodermanland (Suecia), pintura de A. van Everdingen (Rijksmuseum, Amsterdam). Una de las tendencias del capitalismo inicial fue establecer las actividades propias de la industria fuera de las ciudades.

del liberalismo económico: "Rompamos las cadenas".

En resumen, el viejo régimen gremial y corporativo no fue, en el siglo XVIII, lo suficiente fuerte y lo rigurosamente consecuente para constituir un obstáculo infranqueable al maquinismo. Y al propio tiempo iba definiéndose una nueva doctrina del orden social: todo tipo de empresa económica requiere el concurso de dos clases de hombres: empresarios y obreros, y como quiera que la distinción entre ambas clases –así lo diría Turgot, por ejemplo– está fundada en la naturaleza de las cosas y no depende de la corporación (que es una institución arbitraria), no existe ningún tipo de riesgo social en la supresión de unos reglamentos que demuestran no ser precisos.

Claramente, pues, el maquinismo (y la mentalidad nueva que aparejaba) iba aumentando, a lo largo del siglo XVIII, el deseo de independencia y de libertad –y especialmente de libertad económica– de los burgueses emprendedores. De esta forma iría dibujándose una compleja trayectoria que en resumidas cuentas mostraría que sin la modificación de las instituciones políticas y jurídicas (revolución burguesa) no sería posible realizar plenamente la revolución técnica del maquinismo que abriría la puerta a las impresionantes transformaciones de la revolución industrial.

Paralelamente se observa la variación sustancial de los esquemas socioeconómicos de principios del siglo XVIII. De manera paulatina, el empleo de máquinas supondría el desarrollo del capitalismo financiero, al propio tiempo que la necesidad de dar empleo a los capitales y el deseo de obtener materias a buen precio para el tráfico de mercaderías, etcétera, iban precipitando la transformación de una industria artesana casi medieval, obligándola –cada vez más– a adoptar formas más decididamente capitalistas (concentración del trabajo, producción regular, abundante y uniforme de objetos; especialización; agrupación, etc.) a lo largo de un proceso de maduración en el que la industria, en una rápida e irresistible evolución, acabaría consiguiendo la hegemonía económica, sujetando, por lo menos aparentemente, a sus intereses y necesidades el capitalismo comercial y financiero.

De igual modo, las nuevas perspectivas abiertas por el desarrollo maquinista impulsarían el esfuerzo de justificación del nuevo capitalismo y de la clase que lo arrastraba. Así, en 1776, pueden leerse textos como el siguiente, de A. Young: "Cualquiera que no sea idiota sabe que se ha de mantener en la

pobreza a las clases bajas, o de lo contrario nunca serán laboriosas". O bien, será posible leer, en 1806, expresiones como las siguientes: "Sin una gran proporción de pobreza no puede haber riqueza, porque las riquezas son el producto del trabajo, mientras que este sólo puede provenir de un estado de pobreza... La pobreza, por tanto, es un ingrediente necesario e indispensable de la sociedad, sin el cual las necesidades y comunidades no podrían existir en un estado de civilización".

Los mismos intelectuales ilustrados se cuidaron de justificar y divulgar tamañas perspectivas y posiciones. Tal es el caso de Voltaire, que escribió taxativamente: "Es imposible en nuestro mundo infeliz que los hombres que viven en sociedad no estén divididos en dos clases: ricos y pobres". Una afirmación que, por otra parte, empalma con una curiosa aportación a la nueva y contradictoria mentalidad liberal capitalista. Así, el Voltaire escéptico y descreído que odia el fanatismo religioso, es también el gran propietario que vigila con escrupulosidad sus intereses y, en este sentido, escribe: "La religión es necesaria para el pueblo, si se desea que los ricos no sean asesinados en sus lechos y... para los fines sociales, necesitamos la concepción de un Dios que premie el bien y castigue el mal".

Así, para el librepensador, Dios es una necesidad social, que sirve para garantizar el orden. Y así, descansando sobre los principios del cristianismo, los burgueses liberales presentaban al proletariado una doctrina que hacía de la resistencia a la miseria social un grave y sacrílego ataque contra la providencia de Dios. Se argumentaría seriamente, tal como lo hizo Voltaire, por ejemplo, que la realidad de los ricos y los pobres constituye una condición necesaria que, caso de desaparecer, haría imposible cualquier civilización. Paralelamente la propiedad se configura como un premio a los hombres inteligentes y voluntariosos. Y de todo ello se derivaba, por estricta necesidad, una serie de cosas que no acababa de resolver el sistema jurídico-político del Antiguo Régimen; cosas que era preciso institucionalizar y sancionar jurídicamente. De forma concreta, debía resolverse el hecho de que la subordinación de los pobres es algo justo y necesario, máxime cuando, contrastando con la situación y la condición del pobre, los ricos compensan a la sociedad con las múltiples oportunidades que constantemente ofrecen a los pobres.

Lectura de la tragedia "Orphelin de la Chine", de Voltaire, en el salón de madame Geoffrin (Museo de Bellas Artes, Ruán). María Teresa Rodet, madame Geoffrin, mantuvo un salón en la calle de Saint-Honoré de París. Los salones de París contribuyeron en gran medida al desprestigio del Antiguo Régimen.



Las mentalidades, actitudes e intereses económicos fueron transformándose al mismo tiempo y con ellos la crítica misma del sistema establecido, sobre todo en el terreno de la vida económica, donde se estaban efectuando transformaciones esenciales. En efecto, en materia económica, la autoridad dejaría de basarse y apoyarse en el privilegio real para buscar –esencial y únicamente– la capacidad de los técnicos y los comerciantes. Y junto a tal desplazamiento del fundamento de la autoridad en la economía fue constituyéndose una nueva noción de la libertad económica que acabaría imponiéndose. Concretamente, privilegiados y monarquía, en Francia, acabarían por sucumbir cuando el movimiento revolucionario de la burguesía, en su marcha decidida e imparable, hizo trizas el carcomido marco de la organización venerable, anacrónica y fosilizada, que representaban los gremios, las corporaciones y el sistema privilegiado en general.

En esta dinámica debe buscarse la pauta de las tensiones y las luchas del siglo XVIII. Dicha etapa centró de lleno el enfrentamiento definitivo entre las tendencias nuevas y los principios antiguos. Una lucha que trascendió en mucho los meros límites de una problemática económica y que, en líneas generales, coincide con el conflicto planteado entre la idea de la subordinación general del país al poder del rey (un poder que sólo podía ser moderado por la costumbre) y la afirmación de la soberanía nacional. De este modo se concentrarían los nuevos postulados que provocarían la definitiva crisis del Antiguo Régimen.

Paulatinamente las reivindicaciones en todos los terrenos iban apareciendo bien dibujadas. La crisis del Antiguo Régimen iba, pues, a aparejar un cambio sustancial. Una verdadera revolución.

A partir de la crisis del Antiguo Régimen, las características de la vida social, política y económica iban a ser otras: libertad e igualdad, en el plano teórico-jurídico; seguridad y protección de la propiedad, en el plano



"Secrétaire" de hacia 1768, construido por J. H. Piesener (Museo de Artes Decorativas, París).

NUEVAS TENDENCIAS TECNOECONOMICAS Y SU REPERCUSION EN LA TRAYECTORIA DE CRISIS DEL ANTIGUO REGIMEN

1716 Law funda la "Banque générale" de Francia.
1719 Law obtiene el derecho de fabricación de moneda.
1720 Law, controlador general de las finanzas en Francia (5-I).
Dimisión y huida del financiero John Law (12-XII).
Desarrollo de la especulación en Inglaterra *(Bubbles)*.
1721 Encuesta sobre las operaciones de Law.
1735 Abraham Darby inventa la metalurgia al carbón.
1738 Kay inventa la "lanzadera volante".
1747 Fundación, por Trudaine, de la Escuela de Minas de París.
1749 Hunstmann inventa la fabricación del acero fundido.
1758 Quesnay: *Tabla económica.*
1765 Hargreaves inventa la "Spining Jenny".
Turgot: *Formación y distribución de las riquezas.*
1767 James Watt acaba de construir su máquina de vapor.
Priestley: *Historia de la electricidad.*
1768 Quesnay: *Fisiocracia.*
1771 Arkwright inventa la "water-frame".
1774 Subida de Turgot.
1775 Wilkinson adquiere la máquina de Watt.
1776 Adam Smith: *La riqueza de las Naciones.*
Construcción del raíl de hierro.
Jouffroy hace navegar un buque de vapor sobre el Doubs.
Caída de Turgot.
1779 Invención de la "mule" de Crompton.
1785 Berthelot realiza el análisis del amoníaco.
Invención del ingenio mecánico de Cartwright.
Creación de la primera hilatura a vapor en Nottingham.
Blanchart atraviesa el Canal de la Mancha en globo.
Necker: *Tratado de la administración de las finanzas.*
1788 Monge: *Tratado de estadística.*

Jacques-Bénigne Bossuet, por Rigaud (Museo del Louvre, París). En la problemática general del Antiguo Régimen destaca la obra de Bossuet (orador sagrado, escritor, preceptor del delfín, obispo de Meaux), uno de los más conspicuos defensores del derecho divino de la realeza.

Pistolas del siglo XVIII fabricadas en Ripoll (Museo Militar de Montjuich, Barcelona).



económico, garantizadas por la ley. Una ley que ya no será la expresión de la arbitrariedad de un monarca, sino la manifestación, la expresión, de un orden permanente más fuerte que la voluntad del soberano.

Así pues, y de una manera especial, la idea de libertad económica empalmaría con la trayectoria ascendente que debía conducir a la crisis y al hundimiento del Antiguo Régimen y a la plena realización de la revolución burguesa. En efecto, en nombre de la libertad, el tercer Estado, el antiguo Estado Llano –es decir, la burguesía–, acabaría derribando el antiguo orden, el antiguo sistema, estableciendo un nuevo orden fundamental-



Abanico francés del siglo XVIII con país pintado con la representación de Venus y Adonis; el varillaje es de marfil calado (Museo de Artes Decorativas, Barcelona).

mente acorde con los intereses, ambiciones y puntos de vista de la nueva clase triunfadora. Se trataba, en definitiva, de la consumación de un proceso secular vinculado a la evolución de una concreta clase social y al desarrollo de la forma económica que acabaría haciendo posible su plena expansión y hegemonía.

En resumen, una clase social prepotente –la burguesía– conseguiría *establecer* y *constituir* sus títulos a través de una máxima participación en el dominio del Estado, a través de una concreta toma del poder, a lo largo de un proceso que va desde los años del Renacimiento y de la Reforma hasta la revolución de Francia de 1789, pasando por los movimientos revolucionarios en Inglaterra, o las intentonas políticas en Holanda en el siglo XVII o el mismo movimiento secesionista norteamericano.

Dicha clase, por otra parte, en su ascensión al poder, desarrollaría un movimiento transformador de las estructuras y de las ideas que debía derrumbar las barreras que en todos los órdenes de la vida (excepción hecha del estado eclesiástico) habían hecho del privilegio una función del Estado, asociando, por ejemplo, la idea de posesión de derechos con la de dominio territorial, etc. Y para conseguir llegar a dicho fin –tal como acertadamente ha señalado Laski– fue preciso que la burguesía efectuara un cambio fundamental en todas las relaciones legales. Un cambio que sólo era posible a través de una auténtica revolución política.

En esta línea, las últimas décadas del siglo XVIII –especialmente en Francia– presenciaron el planteamiento radical de una problemática revolucionaria, de un profundo movimiento subversivo, cuyos gérmenes habían ido gestándose a lo largo de varios siglos. Situando el planteamiento de dicha plataforma revolucionaria, la trayectoria del propio siglo XVIII conducía a una tipificación esencial. En efecto, durante gran parte del Setecientos pareció a muchos que –a través del funcionamiento de unas fórmulas más o menos eficaces de "equilibrios"– tendían a resolverse los dos grandes problemas, digamos políticos, que aparecían planteados en el plano estructural, general y particular, de las sociedades de Occidente. A saber, el problema de la potencia de cada Estado frente a terceros y el problema de su propia y particular organización política interna. En cierto modo (y ello siempre muy relativamente) hasta fines del siglo XVIII fue posible mantener una difícil equivalencia y equilibrio entre las principales potencias europeas y sus zonas respectivas de influencia, al propio tiempo que parecía posible, a través de la repetidamente mentada fórmula del Despotismo Ilustrado, aunar y mantener los intereses mancomunados del poder y de las instituciones tradicionales en el marco que iban dibujando las nuevas fórmulas ideológicas de la Ilustración.

Todo ello, sin embargo, tal como ha quedado apuntado antes, se derrumbaría estrepitosamente cuando –hacia el último tercio del siglo– apareciera en la historia de Occidente una nueva generación dispuesta a romper el compromiso cultural y político existente y dando paso sin cuartel al desencadenamiento de las posiciones innovadoras extremas. En la práctica, a lo largo de las

VOLTERIANISMO Y ROUSSONIANISMO EN LA CONSTITUCION DE LA NUEVA PLATAFORMA SOCIOPOLITICA

Prosiguiendo la notable y renovadora labor de los hombres de la generación estricta de Montesquieu y de Voltaire, surgiría con un ímpetu fabulosamente dinámico la denominada segunda generación "ilustrada" de Francia, la generación de los enciclopedistas propiamente dichos: Mably, Rousseau, Diderot, Helvetius, D'Alembert, Holbach, etc. Una generación arrolladora, dotada de un común espíritu de transformación intelectual, social y política y que, vinculada a unos mismos ideales de superación del orden tradicional, aparece –no obstante– dividida, desde un principio, en dos tendencias, llamadas a tener una profunda y extraordinaria repercusión.

Por una parte, encontramos la corriente propiamente volteriana y que lógicamente incluye a otros autores además de Voltaire y que se caracteriza fundamentalmente por su clara ascendencia racionalista, por su profunda carga materialista y por su extracción aristocrática, constituyendo de hecho el ápice terminal (lógico y explicable) de la multisecular evolución ideológica racionalista, iniciada en el Renacimiento y decisivamente impulsada tras la revolución cartesiana del siglo XVII.

Por otra parte, se define la corriente de tipo roussoniano, que, en una proyección muy distinta a la de la línea anterior, seguiría la dirección de carácter más típicamente naturalista y que, al propio tiempo, se manifestaría por sus decisivos rasgos de tipo sentimental, espiritualistas y populares; es decir, a través de una trayectoria muy distinta a la volteriana y anunciando asimismo (desde sus comienzos) el advenimiento de una poderosa oleada de irracionalidad en la contemporánea historia de Occidente.

Es fundamental tener en cuenta este dualismo tendencial –volterianismo y roussonianismo–, iniciado a partir de la generación ilustrada francesa de 1748, ya que no sólo explica diferenciaciones coyunturales de gran importancia, sino que, además (y por encima, o al margen, de cualquier otra consideración), tanto una como otra tendencia se convertirían en las fuentes más considerables del bifacetismo político-ideológico del siglo XIX e incluso del siglo XX. Bifacetismo trascendental, que girará fundamentalmente en torno al significado y el papel de la materia, el valor de la razón y el marco de acción del individuo concreto.

Mientras la línea volteriana se afanará por defender todo tipo de argumentaciones en favor del predominio de la razón sobre cualquier tipo de pasión o entusiasmo personal –especialmente a partir de la antinomia entre el "hombre natural" y el "hombre artificial"– y colocará los pivotes del materialismo, del escepticismo y del amoralismo contemporáneos, paradójicamente compatibles con los pilares del prerromanticismo y de unas nuevas líneas moralizantes y eticistas, y mientras la línea materialista de raíz volteriana acabaría en la definición abierta del ateísmo, la corriente roussoniana partiría de los valores derivados principalmente de la obra apasionada y vital de Juan Jacobo Rousseau, protagonista (admirable y discutible) de una existencia conmovida, pobre y errante, paralela a un temperamento ardiente y profundamente sensible.

Muy distinto, pues, de François-Marie Arouet, el ginebrino Rousseau contribuyó poderosamente a la constitución de una nueva plataforma sociopolítica, distinta de la mantenida por el Antiguo Régimen, a partir de principios en buena parte distintos de los usados corrientemente por los pensadores ilustrados. Así, frente al culto a la razón, propugnó el libre desenvolvimiento de la personalidad (del interior al exterior) y la espiritualización de la concepción mecanicista de la naturaleza. Contrario a la educación intelectualista y minoritaria (elitista), tan preconizada por los típicos ilustrados, estableció un sistema basado en el desarrollo de las cualidades naturales. Paralelamente, Rousseau y los roussonianos trataban de hacer comprender que el hombre tiene en sí mismo suficientes fuerzas de amor, generosidad y piedad, capaces de oponerse a las de crueldad y egoísmo. Así se definió su doctrina del hombre naturalmente bueno, que ejerció una profunda impresión en la sociedad de su época.

Asimismo, la ideología roussoniana –por sus mismas conclusiones de moralismo laico y humanitario, unidas a sus ataques a la tradición religiosa y social– contenía una carga y unas perspectivas que necesariamente debían comportar consecuencias subversivas respecto al orden constituido. Este carácter revolucionario se fundamentaba, por otra parte, en ciertas posiciones ambiguas, tal como queda patentizado, por ejemplo, en su famoso *Discurso sobre el origen de la desigualdad* (1753), en el que Rousseau sostuvo la tesis de que el civilizado había corrompido al salvaje, el ciudadano al campesino, etc. En el fondo, partía de la base de que la iniquidad quedó establecida en la sociedad humana por el primero que se atrevió a decir: "eso es mío". De forma, pues, que en la base del pensamiento roussoniano se encuentra –contrariamente a lo divulgado por ciertos apologistas del liberalismo– una sensacional afirmación de tipo socialista. Esta misma orientación sitúa precisamente las líneas de concreción más definitivas de su obra más famosa, *El Contrato social* (1762), en la que el planteamiento spinozista del totalitarismo democrático tomó forma definitiva.

A la luz de estas corrientes, las nuevas perspectivas de todo tipo, que en el futuro animarían a movimientos burgueses y obreros a posiciones defensoras de la propiedad privada y a actitudes reivindicativas de fórmulas colectivistas y socialistas, quedan apuntadas ya en esta etapa del siglo XVIII. Una etapa en la que, de un modo aún más claro que Rousseau, el abate Mably dedujo una serie de consecuencias radicales y también poco antes Morelly, en su *Code de la Nature* (1755), preconizaba por vez primera el comunismo moderno al sostener que la Naturaleza enseñaba el reparto de bienes y la distribución de éstos de conformidad con las necesidades de los hombres. El horizonte histórico iba, pues, a animarse con la evolución de doctrinas y posiciones sumamente distintas que barrerían a todo un mundo tradicional.

A. J.

últimas décadas del siglo XVIII casi todos los gobiernos –el Antiguo Régimen en general– se verían obligados a combatir enérgicamente las redobladas e irrenunciables pretensiones que en todos los terrenos (político, económico, social, cultural) iban presentando y reclamando tanto los núcleos burgueses como incluso los mismos núcleos aristocráticos (entre los cuales el enciclopedismo había reclutado un considerable número de adeptos). De este modo se formaba en el marco de la política interior de los Estados un plano de discontinuidad –una auténtica plataforma prerrevolucionaria– que facilitaría, muy pronto y de formas muy diversas, el estallido de la crisis del Antiguo Régimen y el desencadenamiento de un verdadero movimiento revolucionario.

Junto con la maduración de la conciencia social de las burguesías habían ido variando paulatinamente las condiciones gene-

rales del mundo occidental. Hacia 1770, el peso de los elementos renovadores era ya muy grande y, por ejemplo, en la fecha mencionada puede afirmarse ya que acaba la gran batalla sostenida por los enciclopedistas franceses contra los principios básicos del Antiguo Régimen, consiguiéndose una rotunda victoria en favor de los principios sostenidos por los primeros. Y, tal como señalaran algunos autores, la fortaleza de la tradición se tambaleaba ostensiblemente, resistiendo sólo la última ciudadela, "cuya guarnición en gran parte simpatiza con los asaltantes". De esta forma se manifiesta la nueva generación, antes mencionada, que, animada por las fuentes ideológicas y políticas de la Ilustración y por los éxitos de los colonos secesionistas de los Estados Unidos, cree en la posibilidad inmediata de conseguir la transformación radical de las instituciones y las estructuras en un cambio revolucionario que proporcionaría la felicidad sobre la tierra.

De manera especial, la burguesía considera que ha llegado ya el momento de afrontar su destino histórico y claramente y sin ambages afirma su voluntad de imponerse en la dirección y el ordenamiento del Estado. Con tal voluntad se pone en marcha un trascendental movimiento transformador del mundo occidental, de fuerza tan poderosa que irá rompiendo con todo lo antiguo no sólo en el terreno de la organización política, de las instituciones jurídicas, de la sistemática económica y de la estratificación social, sino también en el de la orientación de la misma cultura. No tratará sólo de una serie de episodios exteriores de violencia, sino que, además, en las esferas de la economía, del pensamiento y de las artes imperarán nuevos criterios y perspectivas, tan radicales y subversivos en sus postulados como las mismas algaradas y los mismos fenómenos políticos de la revolución.

Centrando las perspectivas anteriores, debe tenerse en cuenta que, a fines del siglo XVIII, el número y la potencia de los dirigentes de la nueva clase burguesa (de una burguesía capaz de descubrir las inmensas posibilidades del desarrollo maquinista) había aumentado sensiblemente, contribuyendo a madurar su conciencia social y el cálculo de las inmensas posibilidades que su clase encerraba. Imbuidos de la potencia que les otorgaba su hegemonía económica, conocedores de los obstáculos que a su plena expansión oponía el Antiguo Régimen, se lanzaron decididamente a la obtención de una nueva plataforma de poder y libertad. Concretamente, los nuevos capitalistas habían aprendido que la libertad que deseaban pasaba por la necesidad ineludible de conseguir



Salón rococó del palacio Stupinigi (Turín).

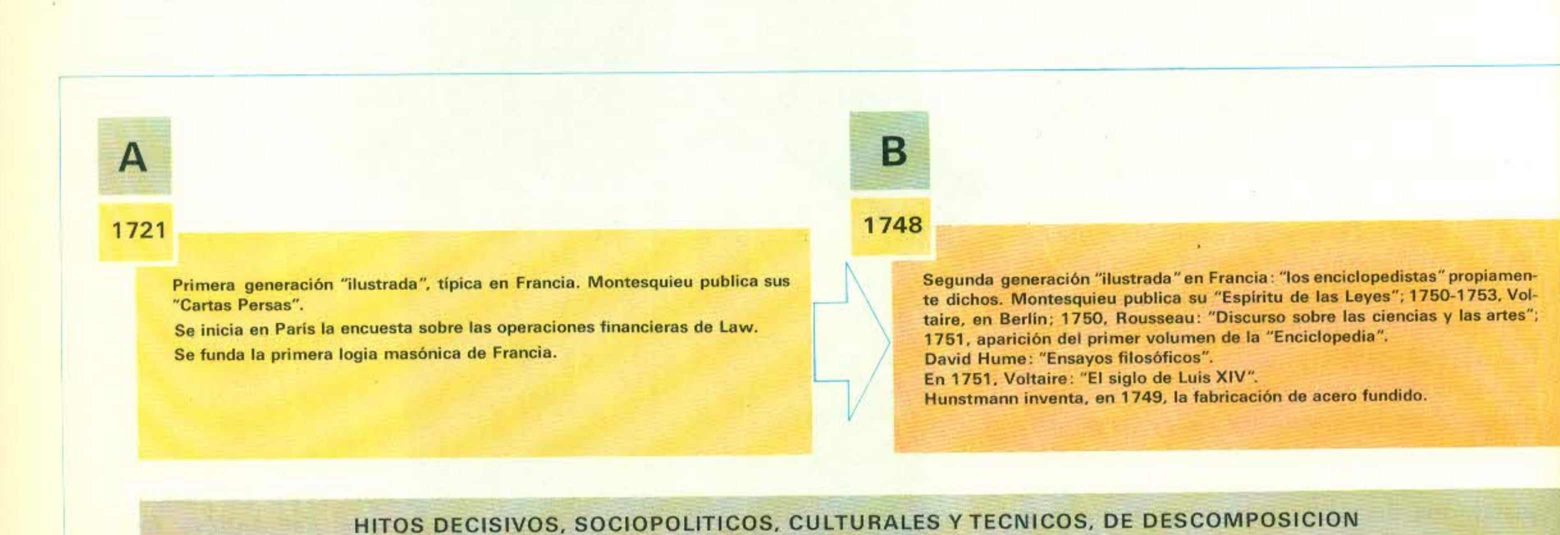


Casaca del último tercio del siglo XVIII. La pompa de la corte del Antiguo Régimen exigió estos bordados y guarniciones de oro (Museo de Tejidos, Lyon).

Castillo de Chantilly (Biblioteca Nacional, París). La aristocracia, cuyas mansiones ha copiado la alta burguesía, será, junto con la realeza, víctima de la revolución burguesa que destruirá el Antiguo Régimen.

plenamente el poder político y, sin dudarlo, se dirigieron hacia dicho objetivo. Al coincidir en buena parte con sus reivindicaciones, el intelectual les ayudó en su lucha, constituyendo un demostrativo codo a codo que iba a ayudar a definir un nuevo concepto y una nueva *praxis* de la libertad.

En esta definición, el mito de la "armonía" fue, en verdad, una de las ideas básicas de la lucha contra el Antiguo Régimen y uno de los condicionantes claves de su crisis. Los ilustrados del siglo XVIII habían abierto al respecto un camino sumamente sugestivo: estaban en contra del orden establecido (la monarquía absoluta y el sistema señorial), en contra de los errores y los convencionalismos establecidos e institucionalizados y, asimismo, estaban en contra de la supersti-



ción, de los fetichismos, de los falsos rangos y derechos, etc., porque todo aquello era injusto, falso y contrario a lo que había de ser. Activamente comprometidos en la lucha por un mundo nuevo, estaban en favor de la naturaleza, de la razón, de la libertad y del sano juicio. Tal reacción –lógica y noble– era, por otra parte, explicablemente confusa y ambigua, precisamente porque todos los valores mencionados eran presentados en abstracto y podían, como así aconteció, adaptarse con facilidad al papel de tópicos, mitos y palabrería al servicio de determinados intereses o necesidades.

Sobre tales bases se produjeron de modo sucesivo la crisis del Antiguo Régimen y las etapas más características de la revolución burguesa a través de una interesante fenomenología –no siempre fácil de interpretar y comprender–, cuyas líneas principales trataremos de resumir brevemente: en primer lugar, se produciría la preparación de la acción revolucionaria, o sea la suma concurrente de los factores de todo tipo que conformaron una conciencia subversiva, junto con la vinculación a una clase social que va a constituirse en instrumento de la revolución. En segundo lugar, asistimos a la "revuelta de los privilegiados", o sea al primer ataque decidido contra las instituciones del Antiguo Régimen, desencadenado precisamente por los elementos más beneficiados por el sistema. En tercer lugar, se produciría, con la crisis efectiva del orden constituido, la primera etapa revolucionaria, o sea la revolución de los moderados, a partir de la cual surgiría una compleja serie de acciones e instituciones destinadas a borrar gradualmente los restos del Antiguo Régimen, no sin pasar tal realización por etapas tan diversas como las típicamente denominadas –según el modelo francés– Terror y Virtud, reacción termidoriana y golpe de estado de Brumario. Pero el análisis detallado de tal fenomenología revolucionaria constituye ya el objeto de una etapa nueva que ha dejado atrás el Antiguo Régimen y la crisis de su sociedad característica, que de forma sucinta y excesivamente esquemática hemos tratado de exponer en las páginas anteriores.



Medalla acuñada con motivo de la toma de la Bastilla (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona). La Revolución francesa dará el golpe de gracia a la sociedad del Antiguo Régimen.

C

75

Petición de Massachusetts (1768). "Boston Convention" (1768). Reunión de la Convención de Nueva York (1775). Declaración de Derechos de Virginia (1775). Reunión de la Convención norteamericana y voto de la constitución de los Estados Unidos (1787).

Generación prerrevolucionaria europea. Máximas manifestaciones de los enciclopedistas y análogos: Rousseau: "Emilio", "El Contrato Social" (1762); Voltaire: "Tratado de la tolerancia" (1763); Beccaria: "De los delitos y las penas" (1763-1764); Voltaire: "Diccionario filosófico"; D'Holbach: "El cristianismo desvelado" (1765), "Sistema de la Naturaleza" (1770), "La Moral Universal" (1776); Mably, "Principio de las leyes" (1776), "De la forma de escribir la historia" (1782); Kant, "Crítica de la razón pura" (1781), "Prolegómenos" (1782), "Fundamento de la metafísica de las costumbres" (1785), "Crítica de la razón práctica" (1788); Bentham: "Introducción a los principios de la moral" (1788). Publicación del "Federaliste" (1788).

En 1767, J. Watt acaba la construcción de su máquina de vapor y Priestley publica su "Historia de la electricidad", Monge inventa la geometría analítica en 1771 y en el mismo año Lavoisier analiza la composición del aire y Arkwright inventa la "waterframe". Wilkinson adquiere en 1775 la máquina de Watt.

D

1789

Comienza la Revolución burguesa en Francia.

BIBLIOGRAFIA

Ashton, T. S.	*La revolución industrial,* México, 1949.
Brinton, C.	*Anatomía de la revolución,* Madrid, 1953. – *Las ideas y los hombres. Historia del pensamiento de Occidente,* Madrid, 1958.
Giner, S.	*Historia del pensamiento social,* Barcelona, 1967.
Jutglar, A.	*Occidente, mito y realidad,* Barcelona, 1963.
Labrousse, E.	*La crise de l'Economie, 1770-1791,* París, 1949.
Laski, H.-J.	*El liberalismo europeo,* México, 1953.
Mantoux, D.	*The industrial revolution in the Eighteenth Century,* Londres, 1928.
Meinecke, F.	*El historicismo y su génesis,* Madrid, 1943.
Morazè, Ch.	*La France bourgeoise,* París, 1946. – *Principios generales de historia, economía y sociología,* Barcelona, 1953.
Pernoud, R.	*Histoire de la bourgeoisie en France,* París, 1960.
Sagnac, Ph.	*La formation de la société française moderne;* vol. II: *La revolution des idées et des moeurs, 1715-1788,* París, 1946.
See, P.	*Études sur l'histoire du commerce et de l'industrie aux XVIII^e et XIX^e siècles,* París, 1925-1929.
Verlinden, Ch.	*Les origines de la civilisation atlantique. De la Renaissance à l'Age des Lumières,* París, 1966.
Vicens Vives, J.	*Historia general moderna,* vol. II, Barcelona, 1952.
Weber, M.	*Historia económica general,* México, 1956 (2.ª edición).



Reunión musical, por William Hogarth (Fitzwilliam Museum, Cambridge).



Tratado de William Penn con los indios, por Edward Hicks (col. Chrysler Garbisch). La fundación de la colonia de Pennsylvania se debió a un grupo de cuáqueros que siguieron a William Penn, quien había obtenido una concesión personal de Carlos II de Inglaterra.

Franceses e ingleses en Norteamérica. Independencia de los Estados Unidos

La colonización de Norteamérica no se efectuó según reglas fijas, establecidas de antemano por la corona como sucedió en la América española. Ingleses y franceses empezaron a poblar Norteamérica creyéndose autorizados por la prioridad del descubrimiento, que los ingleses atribuían a Cabot, navegante por cuenta de Inglaterra, y los franceses a Verrazano, por cuenta de Francia. Pero ni unos ni otros dieron gran importancia a la cuestión de precedencia, porque había tierra para todos.

Empecemos por los ingleses. Al principio consideraron sus derechos a Norteamérica como cosa de poca monta. Las tierras servían como regalos, que el rey hacía con la duda de si aquellos centenares de leguas cuadradas que daba en el mapa producirían algo más que quebraderos de cabeza. La primera de estas colonias, Virginia, es del 1584, aún del tiempo de Isabel, y tuvo el carácter de una aventura de estado. Raleigh fracasó en su intento de colonizarla y la abandonó al cabo de algunos años. A este experimento siguió el de conceder la corona tierras a compañías y magnates con el título de "propietarios" *(proprietors)* a cambio de obtener parte de los beneficios el día muy problemático en que las colonias fueran remuneradoras.

La corona, por lo regular, dejaba a las compañías y propietarios entera libertad de organizarse; sólo se reservó el derecho de fiscalizar su desarrollo mediante un gobernador, de atribuciones muy imprecisas. Esto

HISTORIA COLONIAL DE AMERICA DEL NORTE

1576-1578 Viaje de Martin Frobisher a Tierra de Baffin, buscando el Paso del Noroeste.

1583 Los ingleses se apoderan de Terranova.

1584 Sir Walter Raleigh emprende la primera tentativa de colonización de América del Norte en la isla de Roanoke (Carolina del Norte).

1607 Fundación de la colonia de Jamestown (Virginia) por los ingleses, y de Quebec por Samuel Champlain.

1612 Inicio del cultivo de tabaco en Virginia.

1613 Los holandeses fundan Nueva Amsterdam en la isla de Manhattan.

1619 Llegada de los primeros esclavos negros a Virginia.

1620 Los "Padres Peregrinos" (cien familias de puritanos emigrados) llegan con su "Mayflower" al Cabo Cod (noviembre). Inicio de la colonización de Nueva Inglaterra.

1621 Creación de una Constitución con asamblea elegida en Virginia.

1629 Llegada de 400 colonos ingleses a Salem (27 junio).

1630 Fundación de Boston por colonos ingleses.

1634 Los primeros colonos ingleses se instalan en la desembocadura del Potomac (Maryland).

1636 Roger Williams funda la colonia de Providence (luego Rhode Island), con separación entre Iglesia y estado. Fundación de la universidad de Harvard, denominada así por uno de sus fundadores, el clérigo puritano John Harvard, en Cambridge, Mass. Es la primera universidad de América del Norte.

1638 Fundación de la colonia sueca de Fort Cristina en Nueva Suecia (Delaware).

1638-1639 La primera imprenta americana de Stephen Daye en Cambridge.

1642 Fundación francesa de Montreal.

1643 Creación de las "Colonias reunidas" de Nueva Inglaterra (Connecticut, New Haven, Plymouth, Massachusetts) con objeto de defender el país contra los indios y para el mantenimiento de las libertades religiosas (19 mayo).

1650 Los poemas de la poetisa americana Ann Bradstreet (1612-1672) aparecen en Londres sin firma: "The tenth Muse lately sprung up in America".

1651 El "Acta de Navegación": los holandeses ya no tienen derecho a comerciar con las colonias inglesas.

1653 Colonias inglesas del Maine.

1655 Los holandeses ocupan Nueva Suecia.

1661 El Nuevo Testamento es traducido a la lengua de los algonquinos por el pastor calvinista John Eliot.

1663 Fundación de la colonia inglesa de Carolina.

1663-1728 El clérigo puritano Cotton Mather escribe una historia de la Iglesia de Nueva Inglaterra.

1663 La "Staple Act" prescribe que todas las mercancías destinadas a las colonias inglesas deben pasar por los puertos ingleses.

1664 Los ingleses se apoderan de Nueva Amsterdam y de Fort Orange. Nueva Holanda formará las colonias inglesas de Delaware, Nueva Jersey, Nueva York (agosto-septiembre).

1667 En el tratado de Breda, Inglaterra obtiene definitivamente las colonias holandesas de América del Norte (31 julio).

1668 Los ingleses fundan Fort Charles en la bahía de Hudson.

1673 El comercio entre colonias inglesas, gravado por impuestos. Los holandeses recuperan por un tiempo Nueva Holanda.

1675-1676 Insurrección sangrienta de los indios en Nueva Inglaterra.

1676 Revuelta de los colonos en Virginia occidental.

1681 Carlos II concede al cuáquero William Penn un privilegio para la colonización de Pennsylvania.

1682 Fundación de Filadelfia. Cavelier de la Salle toma posesión del valle del Mississippi (Luisiana) en nombre de Francia.

1686 Jacobo II transforma Nueva Inglaterra en dominio de la corona.

1689 A la caída de Jacobo II se restablecen las antiguas formas de gobierno en Nueva Inglaterra.

1689-1697 Los franceses realizan incursiones en Nueva Inglaterra y Nueva York. Los ingleses registran éxitos en Acadia. La ofensiva inglesa en dirección a Quebec es rechazada por los franceses.

1692 Caza de brujas en Massachusetts, sobre todo en Salem.

1697 Tratado de Ryswick (20 septiembre): restablecimiento del "statu quo" entre Francia e Inglaterra en América del Norte y Central.

1699 Los franceses se instalan en el curso inferior del Mississippi.

1700 Samuel Sewall publica un libelo contra la esclavitud negra titulado "The selling of Joseph".

1701 Fundación de Detroit. Fundación de la universidad de Yale.

1702 Nueva Yersey se convierte en provincia de Nueva York. Los ingleses ocupan San Agustín, en Florida. Los franceses hacen nuevas incursiones en Nueva Inglaterra.

1705 Robert Beverley (1673-1722) escribe su "History of Virginia".

1713 Paz de Utrecht entre Inglaterra y Francia. Inglaterra obtiene la bahía de Hudson, Acadia (Nueva Escocia), Terranova y San Cristóbal.

dio a las colonias inglesas de Norteamérica gran variedad de población y de formas de gobierno. En esta época de colonización, o sea el siglo XVII, Inglaterra estaba atravesando un período de revolución y de disputas religiosas. Los episodios de la guerra del Parlamento, la ejecución de Carlos I, la República puritana, la restauración monárquica, la conversión de Jacobo II al catolicismo y por fin la segunda revolución que destronó definitivamente a los Estuardos, empujaron hacia América a los descontentos o vencidos, tanto del campo monárquico como del republicano, tanto de la comunión católica como de las denominaciones protestantes. Virginia se pobló con "caballeros"; Maryland,

por lord Calvert, que era católico; Massachusetts, con puritanos, y Pennsylvania, con cuáqueros. Estos grupos de emigrantes no tenían ningún lazo de unión, y la diversidad de "religiones" parecía predestinarlos a separarse más y más cada día. Por ejemplo: al llegar a Boston una primera pareja de cuáqueros, el gobernador, que era puritano, lamentó amargamente no haberlos podido azotar; y un año de gran escasez y hambre que luego sobrevino se consideró castigo divino por haber sido demasiado indulgentes y tolerantes con los *amigos*, nombre con que se designaban y continúan designándose todavía en nuestros días los cuáqueros.

Los puritanos eran del tipo religioso de los *santos* o *cabezas redondas* del ejército de Cromwell. Cuando la restauración, no quisieron transigir con la monarquía ni con la Iglesia anglicana, y emigraron a Holanda; pero al ver que no congeniaban con los holandeses, pidieron a Carlos II permiso para trasladarse a Virginia. El hecho de que el monarca inglés consintiera el éxodo a América de aquellos que habían contribuido a la



Walter Raleigh, el navegante-corsario inglés fundador de la primera colonia inglesa en Norteamérica, a la cual denominó Virginia en honor de Isabel I (National Portrait Gallery, Londres).

Fiesta ritual del fuego en un poblado indígena de Virginia (grabado de J. Le Moyne en 1546; Servicio Hidrográfico de la Marina, París). Con indios en este estado de cultura tropezaron los intentos de colonización llevados a cabo por los ingleses de Walter Raleigh.



El "Mayflower" parte hacia América (tapiz de la serie histórica realizada con motivo del noningentésimo aniversario de la batalla de Hastings). Los puritanos ("padres peregrinos") no quisieron transigir con la restauración monárquica en Inglaterra y acabaron por dirigirse a tierras de Virginia.

decapitación de su padre, prueba cuán poco importaba la religión y la opinión pública de los emigrantes. Pero el primer enjambre de puritanos había partido mucho antes, en agosto del año 1620, en el histórico velero *Mayflower,* rumbo a Virginia; sin embargo, el piloto desvió el buque más al Norte y echó anclas en la hermosa y amplia bahía donde creció después la ciudad de Boston. En los comienzos, los inviernos fueron terribles y difíciles, pero los puritanos se sentían alentados y sostenidos por Dios. Exageraron todas las ideas calvinistas de la predestinación, de la salvación por la fe y de la inspiración integral de la Biblia.

La República puritana, como la Ginebra de Calvino, quiso ser una comunidad teocrática, donde hasta las más insignificantes transgresiones eran castigadas severamente. Después aquella represión engendró la hipocresía, pero en un principio los puritanos obedecían las inspiraciones o voces que escuchaban de Dios. Se regían por un senado de ancianos y ministros del Señor y no permitían más interpretación de las Escrituras que la suya propia. Los puritanos, llamados *Pilgrim Fathers* (padres peregrinos), han sido hasta hace poco el elemento más influyente de los Estados Unidos.

Otros disidentes de la Iglesia anglicana y aun de los puritanos eran los ya citados cuáqueros, que llevaban al extremo la teoría de la igualdad del hombre respecto a Dios y de la revelación directa y personal al individuo. Mientras los puritanos aún conservan el ministro, o presbítero, que predica interpretando las Escrituras, los cuáqueros se reúnen sin pastor y esperan en silencio que el Espíritu mueva a uno a hablar para edificación de todos. Algunas veces las reuniones de cuáqueros terminan sin haberse manifestado en nadie el impulso de predicar o cantar un himno. Se separan satisfechos de aquella hora de paz silenciosa pasada en común, sin que el levita haya venido a turbarles con un sermón ya preparado. Los cuáqueros (llamados también *amigos*) son sinceros al declararse por razones de conciencia incompati-

Indios preparados para el combate (grabado de J. Catlin; Biblioteca Nacional, París). Los colonos ingleses no lograron nunca entenderse con los indios, a quienes consideraron siempre como enemigos.

bles con el servicio militar, y su resistencia a alistarse ha sido respetada por los gobiernos en las últimas guerras. En cambio, los cuáqueros han aportado sumas fabulosas y provisiones sin cuento para disminuir en lo posible el dolor de la Europa ensangrentada.

La colonia de los cuáqueros en Pennsylvania se fundó con el carácter de una concesión personal de Jacobo II a William Penn, magnate inglés que había adoptado las ideas de los cuáqueros. Penn tenía un crédito contra el monarca de 16.000 libras esterlinas. En el año 1682 renunció a esta suma a cambio de un territorio situado al oeste del río Delaware. Tomó muy a pecho sus deberes de fundador propietario y marchó a América juntamente con las bandas de cuáqueros. Dio a la colonia una constitución con dos Cámaras, ambas electivas, y fijó las características de la ciudad principal de Pennsylvania, o sea Filadelfia.

De estas colonias se desgajaron subgrupos que formaron otras colonias. En resumen, los establecimientos ingleses en América a



Indio de América del Norte (finales del siglo XVI), por John White (British Museum, Londres).

EL DESARROLLO ECONOMICO DE LA AMERICA INGLESA EN EL SIGLO XVIII

A lo largo del siglo XVIII, las diferentes colonias inglesas de Norteamérica experimentaron un rápido desarrollo económico. El ritmo de este crecimiento fue muy distinto para las regiones situadas en la costa o en el interior. Los pobladores de las regiones interiores vivían dentro de una economía familiar autárquica, basando en la caza y en una agricultura un tanto primitiva la obtención de sus recursos. Aunque en la región de Piedmont se invirtieron algunos capitales para crear grandes haciendas agrícolas, la mayor parte de los colonos del interior cultivaban la tierra con sus propias fuerzas y no utilizaron mano de obra esclava.

Las cosas fueron muy distintas en las zonas próximas al litoral. En Nueva Inglaterra la actividad más importante fue la pesca. La existencia de un amplio mercado europeo y antillano capaz de absorber cuanta oferta se le hiciera transformó la pesca de la ballena y de otras especies en una actividad muy rentable. Los balleneros yanquis recorrieron todo el Atlántico en busca de sus presas. La necesidad de construir navíos capaces de realizar estas largas travesías estimuló la producción de los astilleros. Los carpinteros navales de Nueva Inglaterra adquirieron gran pericia y, a pesar de los elevados salarios —en parte compensados por el bajo costo de materias primas— que encarecían su precio, los barcos construidos en esta colonia encontraban con facilidad compradores en los restantes dominios británicos de América e incluso en Europa. De esta forma, la construcción naval alcanzó gran importancia en Nueva Inglaterra, transformándose en la primera actividad industrial. La segunda industria fue la alcoholera. La melaza importada de las Antillas era destilada en Nueva Inglaterra para obtener ron, que posteriormente era exportado a Europa y, sobre todo, a Guinea, donde se cambiaba por esclavos.

Los puertos más importantes eran Boston, Salem y Newport. De ellos partían los navíos que transportaban a Europa o a las Antillas el ron o los demás objetos de comercio.

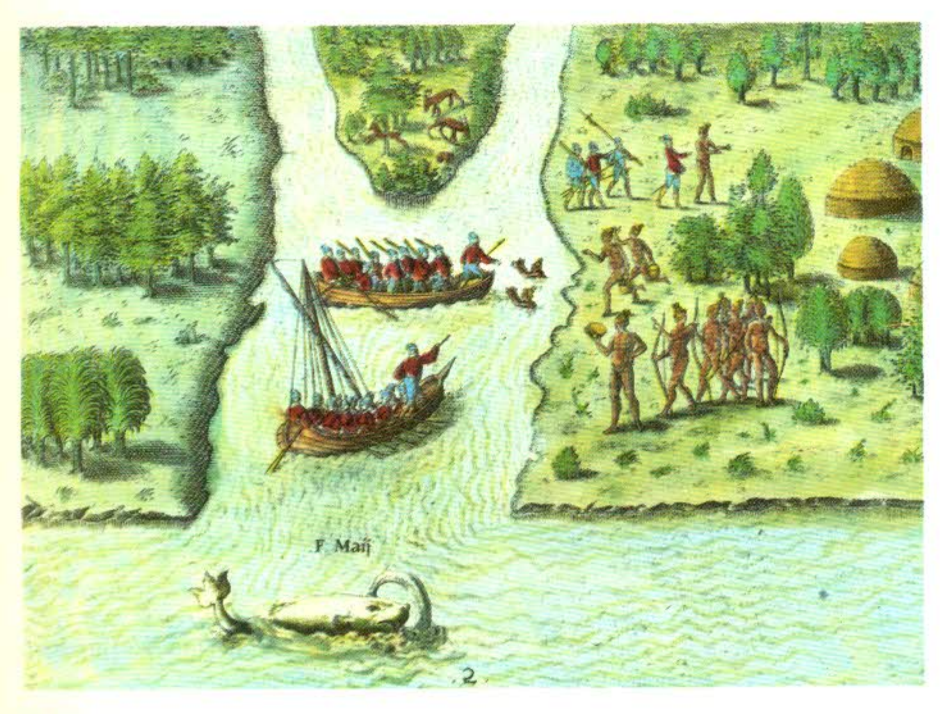
En las colonias del centro, Pennsylvania, Massachusetts y Virginia, la mercancía más importante la constituían las pieles, junto con los excedentes agrícolas de las cosechas del sur de Pennsylvania y del valle de Cumberland, cereales especialmente. Los puertos más importantes eran Nueva York y Filadelfia, y las exportaciones —como las de Nueva Inglaterra— iban dirigidas a las Antillas o a Europa. Gran Bretaña tenía relativamente pocas relaciones comerciales con las colonias del Norte y del centro. Los colonos pagaban las importaciones de la metrópoli con la plata española que obtenían en su tráfico con las Antillas. Durante el siglo XVIII estas importaciones tendieron a reducirse a causa de la creación en América de pequeñas industrias mecánicas y de transformación que autoabastecían a los colonos de vidrio, papel, ropas y utensilios metálicos.

Las colonias del Sur basaron su economía en la explotación de recursos agrícolas. En Carolina del Norte el cultivo principal era el tabaco, mientras que en el litoral de Carolina del Sur las tierras pantanosas proporcionaban buenas cosechas de índigo y arroz. En otras plantaciones, la mano de obra utilizada era negra y sometida a la esclavitud. Como en las Antillas, los negreros estimularon el auge de la población esclava. Una compañía fundada en 1672, la British Royal African Company, monopolizó el tráfico de esclavos hasta el tratado de Utrecht, a partir del cual traficantes independientes compartieron estas actividades con la mencionada compañía.

La ciudad sureña más importante en esta época fue Charleston, donde residían los propietarios blancos lejos de las plantaciones, administradas por un mayordomo. La población negra no se dedicó con exclusividad a las faenas agrícolas. La escasez de artesanos blancos movió a utilizar mano de obra esclava en las pequeñas manufacturas de las haciendas. La industria de la lana, del cuero y de la madera empleó gran número de negros. De esta forma, en el Sur la mayor parte de los productores, especializados o no, industriales o agrícolas, tendían a pertenecer a la población de color.

Las relaciones comerciales entre las colonias del Sur y la metrópoli fueron muy estrechas. Los productos de las grandes haciendas encontraban un buen mercado en Inglaterra y todos los grandes propietarios poseían agentes comerciales en Londres, encargados de fomentar la adquisición de artículos coloniales entre los negociantes ingleses.

J. F.

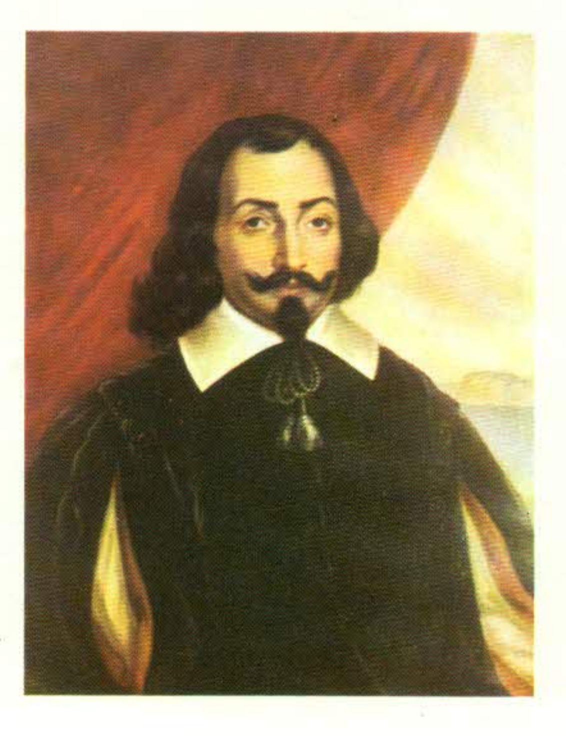


mediados del siglo XVIII, al comenzar la revolución, eran trece, independientes unos de otros, todos con acceso o fachada en la costa del Atlántico y con límites esfumados hacia el interior. Para los colonos ingleses, los indios fueron siempre enemigos intratables. Los hombres blancos anglosajones nunca han llegado a entenderse con los pieles rojas. Sir Jeffery Amherst aprobó la propuesta de inocularles la viruela impregnando con pus de variolosos las mantas que les vendían. Por fortuna, esta barbaridad resultó impracticable.

Contactos de los franceses con los indios (dibujo de Jacques Le Moyne; Servicio Hidrográfico de la Marina, París). Los franceses, al contrario de los ingleses, mantuvieron por lo general cordiales relaciones con los indígenas norteamericanos.

Pasemos ahora a decir algo de la colonización francesa en Norteamérica. En 1598 se estableció un primer puesto para el comercio de pieles en Tadussac, en la desembocadura del San Lorenzo. En 1605, Champlain construyó una primera "habitación" en el lugar que hoy ocupa Quebec. A ésta siguieron Trois Rivières y Montreal, a noventa millas de distancia una de otra. Los establecimientos carecían de importancia, pero la corona confió su gobierno en seguida a un virrey que fue el príncipe de Condé; y como éste no se movió de Francia, Champlain tomó el título de lugarteniente general. Champlain, que era por naturaleza un genio explorador, tuvo la intuición de que las rutas fluviales serían la causa de la prosperidad de la colonia, y remontó el San Lorenzo y el río Ottawa, que conducían a lo que llamamos hoy "región de los lagos". En 1683, La Salle, partiendo de los Lagos con algunos compañeros, descendió por el Mississippi en canoa hasta

Puerto francés de La Florida (dibujo de Jacques Le Moyne; Biblioteca Nacional, París). El establecimiento de los franceses en esta península tropezó con la oposición de los españoles, que acabaron expulsándolos de aquélla.



Samuel de Champlain, por T. Hamel (The House of Common, Edificio del Parlamento, Otawa), quien inició la colonización francesa en el lugar que hoy ocupa Quebec.

LAS COLONIAS FRANCESAS EN AMERICA DEL NORTE Y EL COMERCIO TRANSOCEANICO

Los dominios franceses en América del Norte abarcaban, a fines del siglo XVII, las islas del estuario del San Lorenzo, la isla de San Juan, la isla Real, Terranova, la península de Acadia, los territorios del Canadá comprendidos entre los Grandes Lagos y el mar, parte de la bahía de Hudson y el valle del Mississippi. La bahía de Hudson era punto de contacto entre los dominios galos y los británicos; los ingleses de Hudson quedaban separados de las colonias del Atlántico por el Canadá francés. Los valles del Mississippi y del Ohio, que constituían las vías de expansión francesa hacia el Suroeste, impedían todo intento de penetración continental a los colonos británicos del Atlántico.

La población de las islas del estuario del San Lorenzo era muy reducida. La salazón de la pesca obtenida en el banco de Terranova fijaba durante varias semanas al año a los pescadores bretones y normandos que frecuentaban estos mares, quienes, una vez realizadas sus tareas, volvían a sus puertos de origen. En la península de Acadia, que en 1686 contaba con 885 colonos, las actividades económicas más desarrolladas eran de carácter agropecuario, ya que los marinos de Boston monopolizaban la pesca de sus costas. Acadia, sin comunicaciones terrestres con el Canadá francés, comerciaba con las colonias inglesas del Atlántico mucho más que con el resto de los dominios galos.

Los franceses del Canadá están agrupados en tres poblaciones principales: Quebec, Trois Rivières y Montreal. En Quebec tenían su sede las casas comerciales que mantenían relaciones con los puertos franceses. Los negociantes de Quebec habitaban de forma permanente en la ciudad. En cambio, en Montreal tenían su base de operaciones los comerciantes nómadas que recorrían el país en busca de mercancías para enviar a la metrópoli, en busca de pieles especialmente. Una red de fuertes, a la vez puestos militares y factorías comerciales, fue construida por los franceses a partir de 1675. Junto a la orilla oriental del lago Ontario se levantaba el fuerte Frontenac, avanzadilla francesa en los territorios de los iroqueses. Entre los lagos Erie y Ontario estaba el fuerte Niágara; entre el lago Erie y el Michigan, el fuerte de San José de los Miamis, y en la confluencia de los lagos Superior, Michigan y de los Hurones se alzaba el fuerte Michillimackinac. De esta manera, la región de los Lagos quedó sometida a la dominación de los franceses. En 1682 la población del Canadá abarcaba 12.000 colonos, entre los que vivían más de un millar de indios. Uno de estos colonos, Cavelier de la Salle, conseguiría aumentar las posesiones de Luis XIV con una nueva colonia: Luisiana.

La Salle era un negociante de Ruán, que, al servicio de una compañía comercial, se trasladó a las colonias americanas. En 1680 fundó una factoría en el territorio de los illinois, con objeto de servir de punto de partida a una expedición que recorriese el río Mississippi. Dificultades de carácter financiero retrasaron la puesta en práctica de los proyectos de La Salle durante dos años, hasta que en 1682 consiguió, junto con otros compañeros embarcados en canoas, descender por el curso del río hasta alcanzar las bocas del Mississippi, en el golfo de México. Tras su éxito se trasladó a Versalles, donde, contando con la autorización regia, fundó la Compañía de Luisiana o de Occidente, con el fin de explotar las tierras por él descubiertas. En 1684 consiguió organizar una flota de cuatro navíos en los que embarcaron los colonos dispuestos a poblar la Luisiana. La flota alcanzó el golfo de México, pero no pudo localizar la desembocadura del Mississippi. Los colonos, perdidos en una costa desconocida y hostil, sin poder enlazar con los Grandes Lagos, sufrieron toda suerte de calamidades y el mismo La Salle pereció en la empresa. Ocho años más tarde, D'Iberville sería más afortunado que él y conseguiría localizar desde el mar las bocas del Mississippi. La colonización de Luisiana quedaría así asegurada.

La explotación colonial del Canadá y de las demás posesiones francesas en América estuvo en manos de compañías comerciales. La Compañía de Acadia, creada en 1683, no tuvo gran éxito y fue remplazada en 1703 por la Compañía del Canadá, que tampoco pudo obtener resultados satisfactorios. Ya hemos dicho que el comercio con el Canadá estaba basado principalmente en las pieles de animales salvajes –especialmente las de castor–, que los indígenas entregaban a los comerciantes franceses a cambio de productos importados de Europa. Ruán, El Havre, Dieppe y La Rochela eran los cuatro puertos franceses que monopolizaban los envíos de estas colonias. A cambio, Francia exportaba a América aguardiente y diversos productos manufacturados. La competencia inglesa era muy dura, hasta el punto de que las pieles obtenidas por los británicos superaban en cantidad y calidad a las importadas por los franceses.

En Luisiana las cosas no fueron mucho mejor. Tras la paz de Ryswyk, los franceses habían aumentado las tropas de guarnición en los fuertes que se extendían a lo largo del río. Entre ellos Luisiana era un vasto territorio inocupado. Un financiero, Antoine Crozat, obtuvo el monopolio del comercio por quince años para todo el territorio comprendido entre la Carolina inglesa y los territorios españoles de Nuevo México. Esta concesión fabulosa –era muy posible que existiesen minas de metales preciosos en tan amplios territorios, relativamente próximos a las explotaciones argentíferas de México– tenía como contrapartida la obligación de aprovisionar en víveres, armamento y pertrechos a las guarniciones de los fuertes franceses. Crozat no renovó la concesión y durante la Regencia la Luisiana pasó a depender de la nueva Compañía del Mississippi, fundada por Law. Pero el destino de esta colonia, de fronteras inciertas al oeste del río, con cerca de 17 millones de km², que llegaron a poblar unos 40.000 colonos, además de 400.000 indios, no era permanecer en manos de Francia. En 1763 fue cedida por esta nación a España, su aliada, para compensarle de las pérdidas territoriales que le habían infligido los ingleses. En 1801, cuando ya se había producido la independencia de los Estados Unidos, el presidente Jefferson supo que, por un tratado secreto, España había devuelto la Luisiana a Francia.

Las posibilidades de que a partir de la Luisiana los franceses creasen un imperio colonial al oeste de los Estados Unidos representaban una seria amenaza para el futuro de esta joven nación. Jefferson no podía enfrentarse a Francia sin contar con el apoyo de Inglaterra, pero la guerra independentista estaba aún lo bastante próxima como para que una alianza angloamericana fuese una solución aceptable. Jefferson optó por negociar con Bonaparte. En 1803 ofreció comprar Nueva Orleáns y la Florida occidental por 50 millones de francos. Nueva Orleáns, en la desembocadura del Mississippi, constituía la puerta de la Luisiana; sin esta ciudad, la colonia quedaría aislada del mar y, por consiguiente, de Francia. Vender Nueva Orleáns significaba perder la Luisiana en un plazo más o menos corto. Por otra parte, Francia –enfrentada a la coalición europea– no podía arriesgarse a abrir un nuevo frente en América para defender allí sus posesiones. En estas circunstancias, Bonaparte ordenó a Barbé-Marbois, a la sazón ministro de Hacienda, que negociara la venta de Nueva Orleáns y de toda la Luisiana. El 2 de mayo de 1803 se llegó a un acuerdo. Por 60 millones de francos la Luisiana pasó a poder de la Unión. De esta manera comenzó la expansión norteamericana hacia el Oeste.

En las Antillas se habían establecido colonos franceses desde 1635. Martinica, Guadalupe y la parte occidental de Santo Domingo eran las principales islas en poder de Francia, de las que dependían toda una serie de islas menores: Granada, María-Galante, San Cristóbal, etc. Los primeros pobladores coloniales de raza blanca habían sido superados en número por los negros, importados como mano de obra sometida a la esclavitud. En 1686, las Antillas francesas contaban con 19.000 blancos frente a 27.000 esclavos de color.

En 1701, sólo en las islas mayores la cifra de esclavos alcanzaba los 44.000. A pesar de este aumento de la población de color, el profesor Gaston-Martin señala que "todos los memoriales de principios del siglo XVIII consagrados al estado de nuestras colonias de las Islas señalan con inquietud la 'terrible penuria' de ne-

gros en la totalidad de las posesiones. Todos están de acuerdo en afirmar que amenaza la misma existencia de los dominios coloniales; los colonos abandonan Santo Domingo, Martinica y Guadalupe para buscar en las Antillas inglesas nuevas explotaciones donde les será fácil encontrar la mano de obra indispensable".

Así, pues, los colonos se quejaban de escasez de mano de obra. Las causas de esta escasez hay que buscarlas en motivos de dos tipos: por una parte, la falta de capitales para poner en explotación los recursos de las Antillas impedía la acumulación de beneficios que hubiese permitido importar esclavos en mayor número. "Los colonos no eran ricos; pagaban con productos naturales, con azúcar o con tabaco las más veces; cuando se produce una mala cosecha, difícilmente pueden pagar sus deudas. Las compañías venden pocos negros en cada remesa y no aportan nuevas hasta que se les han pagado los anteriores envíos." Además, entre los negros sometidos a esclavitud, con unas condiciones de trabajo inhumanas, mal alimentados y mal vestidos, la mortalidad era muy elevada y, en cambio, la natalidad muy pequeña. El Código Negro, obra póstuma de Colbert, publicada en 1685, intentaba poner remedio a este estado de cosas a fin de "asegurar la conservación de los esclavos y la... paz de los pueblos, que están desgastados e incluso arruinados por los robos y el pillaje de los esclavos, quienes, por no recibir alimentación de sus amos, la buscan por todas partes donde pueden hallarla".

Según el Código Negro, los esclavos eran considerados como bienes muebles, cuya compraventa estaba reglamentada según las costumbres habituales en el comercio. Las obligaciones de los dueños se limitaban a proporcionar alimentación suficiente a los esclavos y a no hacerlos trabajar entre la puesta y la salida del sol. Los esclavos no podían ser condenados a prisión, mutilación o muerte sino por los tribunales ordinarios, pero los dueños tenían poder para encadenarlos o azotarlos dentro de sus posesiones. Por último, estaba prohibido vender por separado a una madre y a sus hijos impúberes si se encontraban previamente en manos de un mismo dueño.

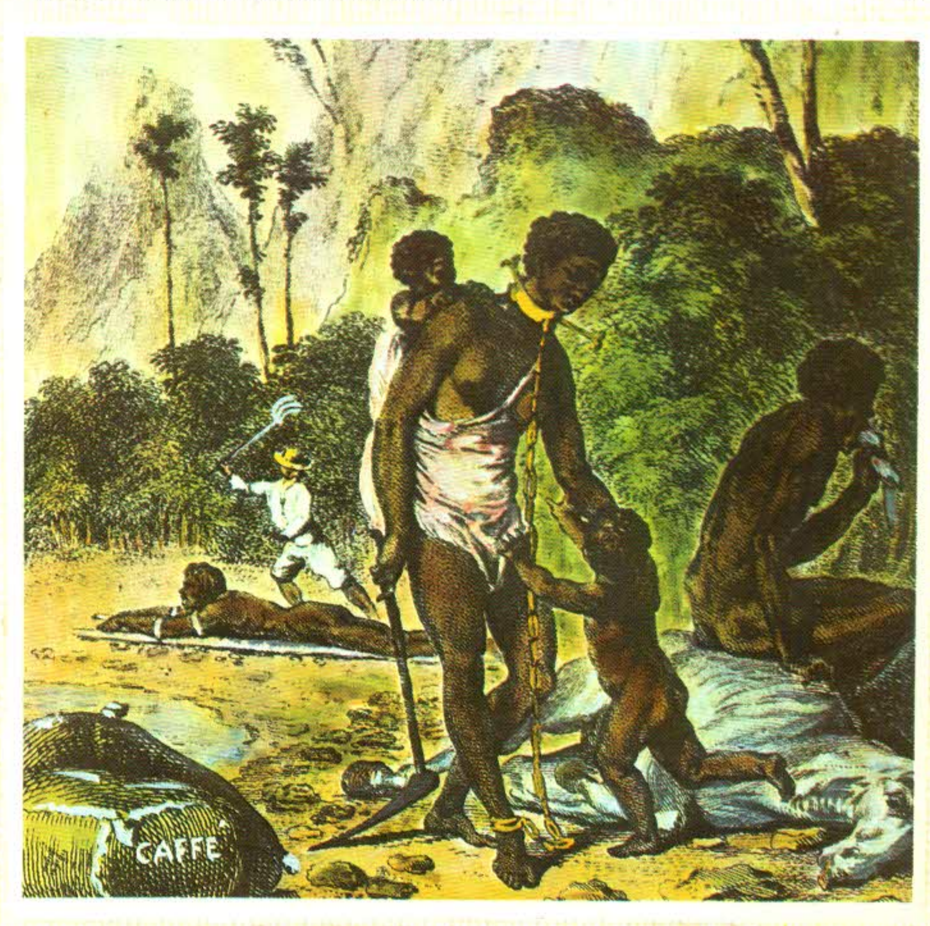
Casi la totalidad de la mano de obra se empleaba en las explotaciones agrícolas. Las más importantes eran los cultivos de caña azucarera. También se obtenía tabaco, algodón, cacao, índigo, café y jengibre. La industria era prácticamente inexistente. Sólo algunas refinerías de azúcar para el consumo local. Pero los intereses de la metrópoli se imponían a los de las colonias. Se dictaron leyes prohibiendo la creación de refinerías y en Santo Domingo el cultivo del tabaco se convirtió en un monopolio estatal. De hecho, el desarrollo de la economía antillana estuvo estrechamente condicionado por la actuación de la metrópoli.

En 1685, la Compañía de Guinea sucedió a la del Senegal, que había recibido de Colbert el monopolio del comercio esclavista. La Compañía de Guinea se comprometía a trasladar a las Antillas 1.000 negros por año. Esta cantidad pronto se mostró insuficiente. Una nueva compañía, la de Santo Domingo, fue autorizada para introducir en esta isla 200 esclavos anuales. En 1702, la guerra de Sucesión a la corona española permitió a la Compañía de Guinea hacerse con el derecho de asiento, esto es, con la autorización para introducir esclavos en las posesiones españolas de América. Esta autorización abarcaba el transporte de 38.000 esclavos mientras la guerra continuara o 48.000 en caso de firmarse la paz. La Compañía de Guinea se transformó así en la suministradora de esclavos del Imperio español. Pero fue incapaz de abastecer un mercado tan amplio por sus propios medios y se vio obligada a recurrir a armadores privados.

De esta manera, numerosos navíos franceses, de Nantes en su mayoría, cubrieron la ruta Francia-Guinea-Antillas para trasladar a América mano de obra negra. Cuando, por el tratado de Utrecht, el derecho de asiento pasó de Francia a Inglaterra, estos traficantes llevaban más de diez años realizando este negocio y conocían perfectamente todas sus posibilidades. Como a partir de 1713 el "asiento" de negros en el Imperio español quedó en manos de los ingleses, los negreros galos sólo tenían un punto de arribada para sus cargamentos: las Antillas francesas. Pero las posibilidades de los colonos en Martinica, Guadalupe o Santo Domingo eran incapaces de asimilar la oferta de esclavos de los navíos negreros: "En general de escasos recursos, a menudo de mala fe, a veces insolventes, los colonos en todo caso eran tenidos por malos pagadores, y negociar con ellos comportaba más riesgos que beneficios". La solución para los armadores consistió en controlar las plantaciones, en intervenir directamente en la explotación colonial de las Antillas. De esta manera, los mismos comerciantes llegaron a controlar en Europa, en África y en América todas las operaciones comerciales.

De Ruán, de La Rochela, de Nantes, de Burdeos y de Dunkerque partían los navíos cargados de harina, de carne salada, de vino y de aguardiente. En ruta hacia África, recogían pesca obtenida a la altura de cabo Verde —tortugas especialmente—, que, conservada en salazón, debía servir de alimento a los esclavos negros. Éstos eran embarcados en las costas de Guinea y transportados a las Antillas, junto con las mercancías restantes. De las plantaciones americanas traían en el viaje de regreso azúcar en bruto, cacao, índigo y otros productos coloniales. Este tráfico, realizado en "circuito cerrado", explotando todos los beneficios posibles, fue tan productivo que durante el siglo XVIII el comercio con las islas, junto con el de Levante, alcanzó el lugar más importante dentro de la economía francesa.

J.F.



llegar a la desembocadura en el golfo de México. Con el viaje de La Salle, las colonias inglesas de la costa quedaban rodeadas de territorios que formaron con el Canadá la Nueva Francia.

Richelieu y, sobre todo, Colbert se dieron cuenta de las posibilidades de las colonias francesas en América y no cesaron de concederles atención y subsidios. Ya hemos visto que uno de los proyectos de Law, el banquero-ministro del regente duque de Orleáns, era fomentar la producción de los territorios americanos, especialmente la colonia fundada por La Salle en el Mississippi. Law, según dijimos anteriormente, hombre de proyectos descomunales y ambiciosos, creó la *Compañía Occidental* para que con sus beneficios alimentara la banca, lo que, a su vez, imaginaba acabaría por pagar la deuda de Francia.

Pero si, por una parte, Richelieu, Colbert y Law protegían la colonia, por otra ponían trabas y restricciones que impedían su desarrollo. Cuando en 1672 el gobernador Frontenac convocó a los "habitantes" para dividirlos en tres brazos y con ellos formar una asamblea, Colbert le escribió unas famosas cartas riñéndole por su malaconsejado propósito. "El rey de Francia –le decía– hace tiempo que ha cesado de convocar Parlamento, o Estados generales, y nadie lo deplora." Colbert asoció al gobernador un intendente; la colonia entera estaba unificada bajo aquel régimen, imagen del de Francia.

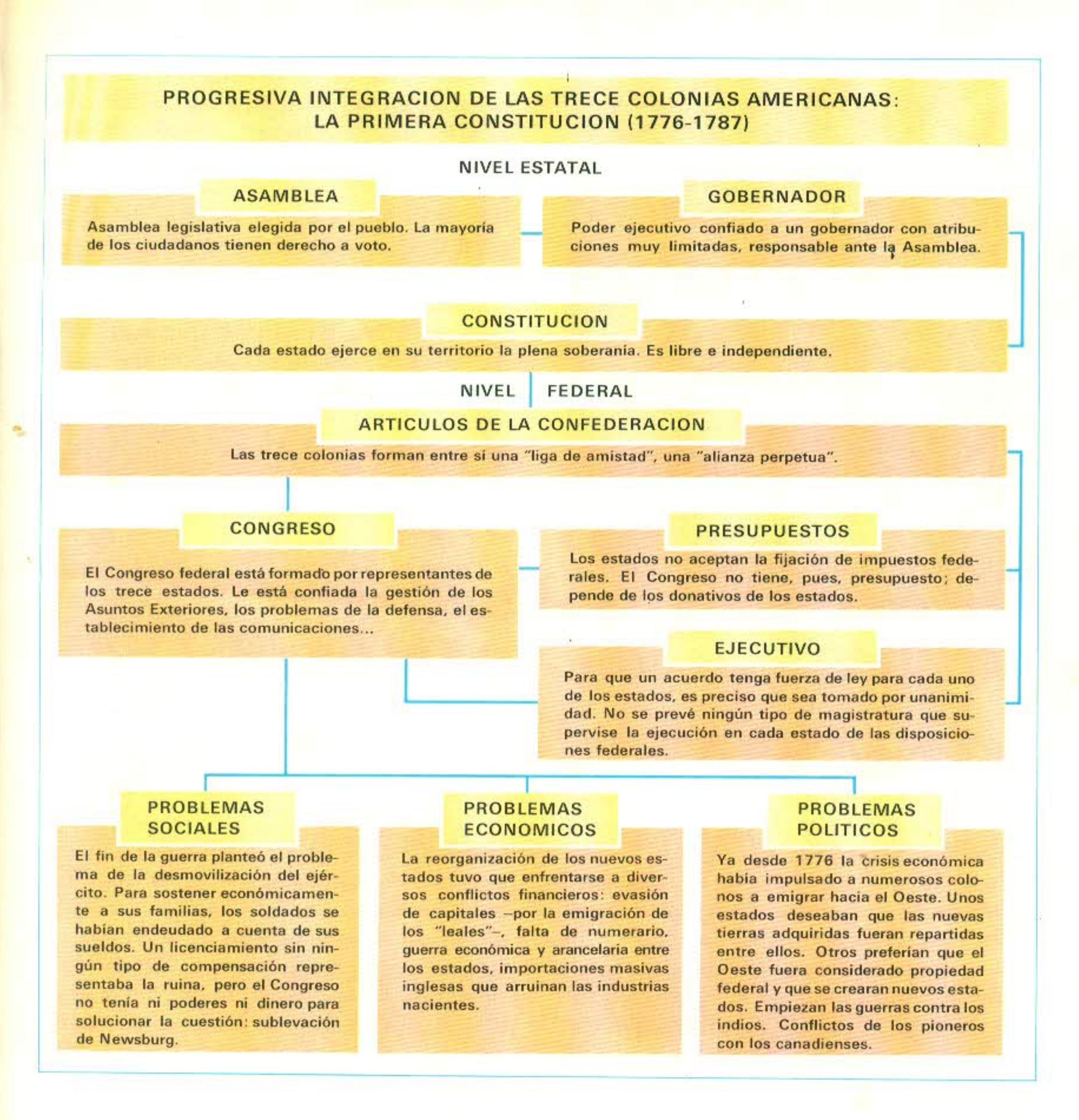


Soldado canadiense del siglo XVIII (grabado de la "Historia de América septentrional", de Bacqueville de la Pothérie; Biblioteca Nacional, París).



Martirio de misioneros jesuitas en el Canadá (Biblioteca Nacional, París). La América francesa contó desde un principio con la presencia de misioneros jesuitas para la conversión de los indios.

Así, pues, a diferencia de las colonias inglesas, que con sus asambleas tendieron desde el primer momento a la democracia, el Canadá creció con un tipo de organización feudal, de tendencia muy aristocrática. Los segundones de casas nobles que pasaron allí recibieron lo que se llamaban "señoríos", o fajas de tierra estrechas y largas con acceso al río. Todavía hoy los distritos rurales de la provincia de Quebec son zonas estrechas, paralelas, que empezando en la orilla del San Lorenzo se extienden indefinidamente por la selva virgen. En cada distrito el *manoir*, o casa señorial, estaba cerca del río; las casas de los *roturiers*, o arrendatarios perpetuos, también tenían acceso al agua, que helada en invierno servía de pista para los trineos. Los innumerables riachuelos secundarios y los lagos facilitaban las comunicaciones y con-



Por recomendación del segundo Congreso Continental (1775), los trece estados procedieron a darse nuevas Constituciones basadas en la teoría del contrato social y la separación de poderes. Si en todas ellas se logra a la vez la anulación del poder real y la debilitación de los grupos oligárquicos, una cualidad es también común: el temor a un gobierno personalista, la constante preocupación de limitar la acción del poder ejecutivo y el deseo de una plena independencia del gobierno central. Pero las circunstancias iban a imponer una evolución distinta. Acabada la guerra, una Constitución parlamentaria y descentralizadora puso en peligro la subsistencia del estado y dejó sin medios de acción al presidente y al gobierno federal en un momento de crisis. Ya en 1782, el estado de Nueva York pedía su revisión. En 1785 se le unía Massachusetts. En 1786, una Convención Nacional preparó un nuevo texto, la futura Constitución de 1787, aún hoy vigente en Estados Unidos.

tribuían a formar el tipo colonial de la Nueva Francia. Casi no había empeño en roturar la tierra; los castores y otros animales de piel fina, que eran la fuente más saneada de riqueza, esquivaban los campos cultivados. En 1679 sólo había en Canadá 7.000 cabezas de ganado vacuno. Colbert tuvo que disponer que no se permitiera la matanza a menos de tratarse de reses estériles. Todo esto dificultaba sobre manera la emigración: un francés aventurero que quisiera emigrar a América tenía muchas más probabilidades de éxito en las colonias inglesas que en el Canadá. Además, los emigrantes tenían que ser necesariamente católicos, pues no se permitió pasar a América a los hugonotes. Desde los primeros días de la colonia la influencia de los jesuitas fue predominante. Habían pensado implantar en Norteamérica el régimen del Paraguay. Pero en el Paraguay los jesuitas no tenían competencia, mientras que en el Canadá estaban los "señores" de que hemos hablado, que los toleraban mientras no insistieran en un monopolio espiritual y político. En el año 1667 había sólo treinta y cinco jesuitas en la colonia, pero el gobernador Talon, previendo que no tardarían en multiplicarse e inmiscuirse en el gobierno temporal, pidió a París el envío de clérigos del seminario de San Sulpicio para contrarrestar su influencia. Colbert también recomendó que se impidieran cautelosamente las intromisiones de los jesuitas. Sin embargo, era difícil conseguirlo. La Compañía, con su disciplina, unidad de propósito y melosa urbanidad, acabó por imponerse.

La obra de los jesuitas en el Canadá ha sido muy elogiada. Los jesuitas enviaban cada año memorias a su general de lo que ellos hacían y de lo que ocurría en el país. Estas relaciones han sido publicadas y constituyen una importantísima fuente de datos para la historia de la colonia. Pero los elogios han sido exagerados. A mediados del siglo XVIII había ochenta mil habitantes en la Nueva Francia, mientras que pasaban de



Uno de los fuertes construidos en las colonias inglesas para defenderse tanto de los franceses como de los indios. No muy diferentes, por otra parte, eran los fuertes establecidos por los franceses para defender la ruta que unía a Luisiana con el Canadá.

un millón los que habitaban las colonias inglesas. En esta época, y aun mucho más tarde, no había una sola imprenta en el país; hasta los giros y letras de cambio tenían que escribirse a mano. Por lo que toca al tratamiento de los indios, los jesuitas también divergían de la política de las autoridades civiles. Los jesuitas querían conservar a los indios en su simplicidad primitiva, para que fueran como súbditos de un reino de bondad y pureza, que sería fácil de manejar. Los gobernantes, siguiendo el programa fijado por Colbert, querían civilizarlos, hasta corrompiéndolos; no tenían reparo en considerarlos dignos de tener acceso a toda clase de mercancías, incluso al alcohol que les prohibían los jesuitas. Colbert hubiera querido crear una raza de mestizos que fuera gradualmente afrancesándose. Algo se logró. Los indios del Canadá llegaron a aprender el francés y fueron fieles a los colonos. Los *coureurs des bois,* o mestizos, eran exploradores, espías y traficantes, todo en una pieza; no servían para reclutas en un ejército de regulares, pero eran auxiliares preciosos en las marchas de descubierta.

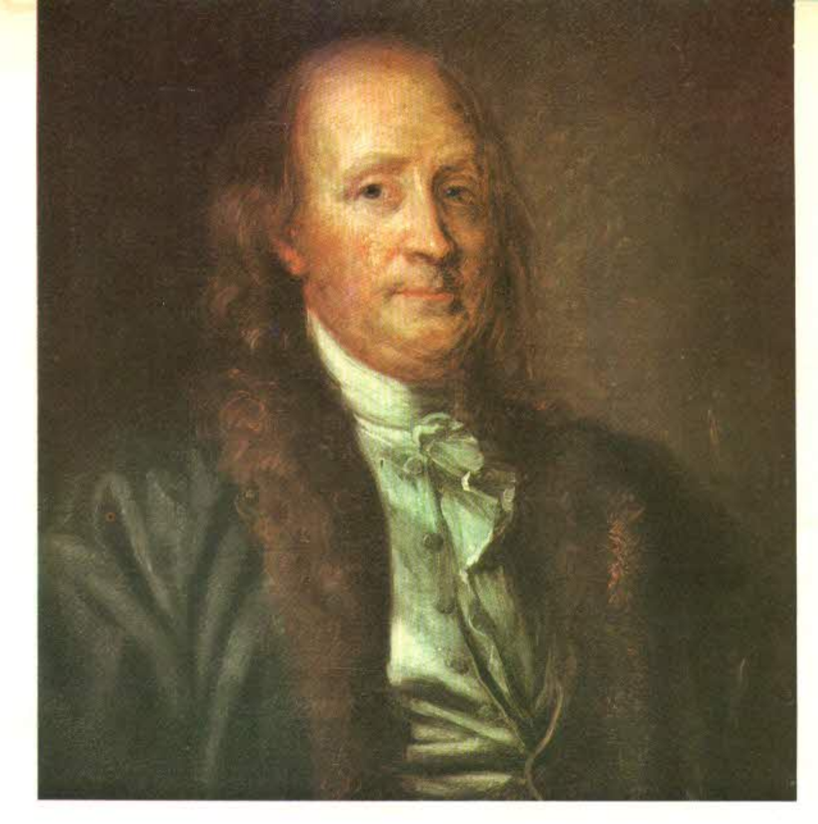
Pasemos ahora al hecho capital de la historia de Norteamérica, que es la lucha por el predominio en el continente entre ingleses y franceses. Ya hemos dicho que el viaje de La Salle había revelado la comunicación posible entre el Canadá y el golfo de México por la ruta del Mississippi. La Salle había fundado en el golfo la colonia de Luisiana, pero además los franceses tenían varias islas de las Antillas donde prosperaban ingenios de azúcar. Era de elemental política coordinar aquellas posesiones a los dos extremos de la ruta del Mississippi. Pero el viaje de Luisiana a los Lagos, remontando el río, duraba más de tres meses y se tenían que obtener provisiones de los indios. Las comunicaciones por esta vía fluvial interior entre los establecimientos franceses del Norte y del Sur eran, pues, penosísimas, casi imposibles, a menos que se establecieran *fuertes* intermedios en los valles del Ohio y el Mississippi. Esto empezaban a hacer los franceses cuando los colonos de Virginia y Pennsylvania y hasta sus gobernantes se dieron cuenta de que aquel rosario de fuertes levantados por los franceses impediría definitivamente la expansión occidental de los anglosajones. Encerradas entre el mar y Nueva Francia, las colonias inglesas quedarían reducidas a la zona de la costa.

Por otra parte, Francia e Inglaterra, con motivo de las guerras de Sucesión en Europa, estuvieron casi un siglo sin más que cortos períodos de paz. Esto imponía como un deber a los gobernadores de América aprovechar sus milicias para atacar a los franceses

Una de las primeras expediciones inglesas en el Artico (dibujo de John White, a finales del siglo XVI; British Museum, Londres). En la representación se aprecia a los esquimales, con sus trajes y armas típicos, rechazando un ataque de los europeos, provistos de armas de fuego.

por el Oeste. La gran dificultad era que los fuertes en el Ohio y en el Mississippi estaban tan lejos de las colonias inglesas como de sus bases de abastecimientos en el Canadá. En una de las más penosas campañas contra un fuerte del Ohio (Fort Duquesne) se distinguió un joven oficial de veintitrés años, George Washington, a quien el destino tenía reservado un brillante porvenir. Pero si había tanta distancia del Norte al centro del continente como del Este al mismo sitio, la ruta francesa de los ríos era mucho más cómoda que los valles despoblados del interior, infestados de indios enemigos de los ingleses. Se tuvo, pues, que salvar el peligro de la expansión francesa atacando la base de todo el sistema colonial francés, que era el Canadá.

La guerra colonial entre franceses e ingleses duró cuatro años. Puede decirse que acabó el 1759 con la toma de Quebec, por Wolfe, después de la heroica resistencia de



Benjamín Franklin, por Robert Haley (Museo de Versalles). Este cuáquero de Boston, partidario acérrimo de la unión de las trece colonias, fue llamado a Londres para que informara. Después, ya en plena guerra, se le envió como embajador a Francia con el fin de que consiguiera la ayuda de este país. Su presencia en Europa fue acogida en todas partes con singular admiración.

DESARROLLO DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA NORTEAMERICANA (1774-1781)

	FASE INICIAL 1775 abril – 1776 julio	FASE DE TRANSICIÓN 1776 julio – 1778 marzo	FASE FINAL 1778 marzo – 1781 octubre
Situación política	Fracasa el intento del segundo Congreso Continental de obtener una alianza exterior. Existencia del partido de los "leales" –casi un tercio de la población–, que desea seguir bajo el gobierno inglés.	En julio de 1776, el Congreso, reunido en Filadelfia, vota la Declaración de Independencia. Alianza política con Francia –febrero de 1778–, que promete su ayuda diplomática y militar al nuevo país.	En 1779, España se alía con los norteamericanos. Inglaterra debe declarar la guerra a Holanda, que suministra pólvora a los sublevados. El conflicto se generaliza para Gran Bretaña, que debe enfrentarse a una coalición de sus enemigos tradicionales en diversos puntos: Gibraltar, Antillas, América, la India, etc.
Situación militar	Guerrillas organizadas por los "leales" a modo de quinta columna. Ejército norteamericano compuesto de "milicianos": colonos adscritos a la defensa de su propio territorio y sin posibilidad de desplazamientos, y "voluntarios", en número variable, constantemente diezmados por la deserción. Defecciones en los altos mandos, que en numerosas ocasiones se pasaron al enemigo.	Reorganización del ejército por Washington: victoria de Saratoga, octubre de 1777.	Intervención de la flota francesa en América: corte de abastecimientos a los ejércitos ingleses. Un cuerpo de ejército francés –7.500 hombres, La Fayette– colabora con los norteamericanos: victoria de Yorktown.
Situación económica	El radicalismo de las asociaciones obreras "Hijos de la Libertad" asusta a los negociantes y los inclina al bando inglés, poniendo en peligro el bloqueo económico.	El tratado con Francia esboza el principio de unas relaciones comerciales con aquel país.	

Desde el mes de abril de 1774 –sucesos de Boston– hasta bien entrado el año 1776, el conflicto anglo-norteamericano se presenta más bien como una rebelión que como una guerra de independencia. Las dificultades a la hora de organizar la resistencia –derrotas de Long Island, evacuación de Nueva York por Washington–, la necesidad de salvar el aislamiento, la dura actitud de Jorge III –incendio de las ciudades abiertas de Falmouth, Norfolk– radicaliza esta posición inicial. La declaración de Independencia, que posibilitó la reorganización del ejército y la alianza francesa, aparece como el giro decisivo que hizo ganar la guerra. La independencia política no representó la autosuficiencia económica.

INGLATERRA Y LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE (1763-1783)

1763 Dimisión de lord Bute. Grenville forma un gabinete compuesto por tories y whigs.

1764 (abril) Sobretasa a ciertas categorías de mercancías destinadas a América, que levanta en este país fuerte oposición. Grenville debe renunciar al proyecto.

1765 (marzo, 22) El Parlamento aprueba la ley del derecho de imprenta en las colonias.
(julio) Dimisión de Grenville. Gabinete whig de Rockhingham. El derecho de imprenta se aumenta en América.
(octubre, 25) Seis colonias firman un primer protocolo de unión.

1766 (febrero, 22) Después de una serie de debates tumultuosos, en los que B. Franklin expone el punto de vista de las colonias y W. Pitt critica duramente al gobierno, el Parlamento deroga el impuesto de imprenta, pero mantiene el principio del derecho de tasación.

1767 (mayo) El té, el vidrio, el papel y los colorantes son sometidos a un impuesto ligero.

1768 En Boston estalla la resistencia contra los funcionarios de aduanas. Inglaterra envía tropas.

1769 Violenta crítica gubernamental en las "Cartas de Junio" (anónimas).

1770 (marzo) Las tasas, excepto la del té, son suprimidas.

1770-1782 Gobierno tory de lord North.

1773 (diciembre, 16) En el puerto de Boston, algunos colonos arrojan al mar todo un cargamento de té.

1774 (abril) Decisiones del Parlamento: el puerto de Boston es cerrado a partir del 1 de junio y las disposiciones liberales de la Constitución de Massachusetts son considerablemente restringidas. Desembarco de tropas inglesas al mando del general Gage, nombrado gobernador de Massachusetts.
(septiembre, 5) El Congreso continental se reúne en Filadelfia, con representación de todas las colonias, salvo Georgia. El Congreso publica una Declaración de Derechos.

1775 (febrero) El Parlamento inglés declara a Massachusetts en estado de insurrección y prohíbe toda relación con Nueva Inglaterra.
(abril, 19) Primeros encuentros sangrientos entre la milicia de Massachusetts y las tropas inglesas en Lexington y Concord.

1778 (febrero, 6) Francia concluye con los Estados Unidos un tratado de amistad y comercio y una alianza que provoca una nueva guerra naval franco-inglesa.
(julio, 27) La batalla indecisa de Ouessant permite a los franceses impedir la marcha de una flota inglesa rumbo a América.

1779-1782 Sublevación de Irlanda.

1779 (junio) España inicia sus hostilidades contra Inglaterra.
(agosto) Fracaso de una tentativa de desembarco en Inglaterra de una flota franco-española. Ataque español a Gibraltar.

1780 (enero, 16) El almirante inglés Rodney desbarata una expedición naval española en el cabo San Vicente.
(mayo, 12) Los ingleses se apoderan de Charleston.
(julio) Un ejército francés al mando de Rochambeau socorre a los americanos. Francia concede además amplios subsidios.
(agosto, 16) Victoria inglesa en Camden.
(diciembre) Inglaterra declara la guerra a los Países Bajos, que manifiestan la intención de unirse al Pacto de Neutralidad.

1781 (febrero) Rodney logra la capitulación de la isla holandesa de San Eustaquio.
(agosto, 5) Batalla indecisa de Doggerbank, entre ingleses y holandeses.
(noviembre) Los franceses toman a los ingleses San Eustaquio y otras colonias inglesas.

1782 (febrero) Menorca, posesión inglesa, es conquistada por una flota franco-española.
(marzo, 9) Gobierno whig de Rockhingham.
(abril, 12) Rodney vence a los franceses en la Dominica.
(julio, 1) Muerte de Rockhingham. Gobierno Shelburne.
(noviembre, 30) Tratado preliminar de Versalles. Reconocimiento por el gobierno de la autonomía formal del Parlamento irlandés.

1783 (septiembre, 3) Paz de Versalles. Inglaterra reconoce la independencia de los Estados Unidos, cuyo territorio se extiende hasta el Mississippi. Francia obtiene Tobago, Senegal. España, Menorca y la Florida. Para el resto de los países hay restitución de colonias.
(diciembre, 26) William Pitt el Joven es nombrado primer ministro.

Montcalm. Ambos murieron en los llanos de Abraham, cerca de Quebec, el día fatal en que Wolfe con 4.000 hombres se encaramó por los acantilados que dominan la vieja capital de la América francesa. Los lugares de las acciones son de los más pintorescos de la tierra: la fortaleza de Louisbourg, perdida y recobrada dos veces por los franceses; Halifax, la ciudad militar fundada por los ingleses como plaza fuerte para atacar a Louisbourg; los fuertes de Hochelaga, Ticonderoga y Fort-Niagara, pequeños lugares, hoy solitarios, que costaron mortíferas campañas a los ingleses para arrebatarlos a sus guarniciones de indios y franceses. Pero después de la toma de Quebec y como inevitable consecuencia la capitulación de Montreal, Francia no pudo hacer otra cosa que ceder sus derechos del Canadá a la corona británica. Por el tratado de París del año 1763, el continente norteamericano quedó casi enteramente anglosajón, como si fuera su destino contrabalancear el continente del hemisferio Sur, exclusivamente latino.

La guerra colonial, que acabó con la anexión del Canadá, no tuvo gran influencia en el siguiente acto de la tragedia, o sea la independencia de los Estados Unidos. A

lo más pudo influir en dar al gobierno de Londres la convicción de que las campañas de ultramar no debían necesariamente conducir a un desastre y que las cosas de América podían manejarse desde la metrópoli. Y en verdad, las colonias del Atlántico no cargaron con la responsabilidad de la guerra colonial. Las expediciones contra los franceses se preparaban en Europa y a lo más se reforzaban con un corto período de reposo en Boston (aunque pronto fue preferido Halifax). Sólo la región del Norte tuvo que sufrir alguna molestia de alojamiento de militares; y si otras colonias contribuyeron con auxilios de hombres y dinero, estas ayudas fueron puramente voluntarias. Estos auxilios no fueron, por cierto, mezquinos, pues los colonos calculaban que entre unos y otros habían procurado casi tantos hombres para la guerra contra los franceses como soldados regulares habían llegado de la Gran Bretaña. Añádase a esto que la anexión del Canadá interesaba poquísimo a la mayoría de los colonos, por no decir que no les interesaba en absoluto. Cierto que con la destrucción del proyecto de la Nueva Francia las colonias podían ensancharse libremente por el Oeste; pero de momento los que se beneficiaban del comercio con los indios que habitaban aquellos parajes no eran los colonos, sino los mercaderes de pieles que ve-



Matanza de Boston (grabado de Paul Revere; Galería de Arte de la Universidad de Yale). El día 5 de marzo de 1770, y como consecuencia de una disputa entre paisanos y soldados ingleses, éstos dispararon contra la multitud y mataron a tres personas e hirieron a ocho más, tres de ellas mortalmente. Esta acción contribuyó a fomentar el sentimiento antibritánico de los norteamericanos.

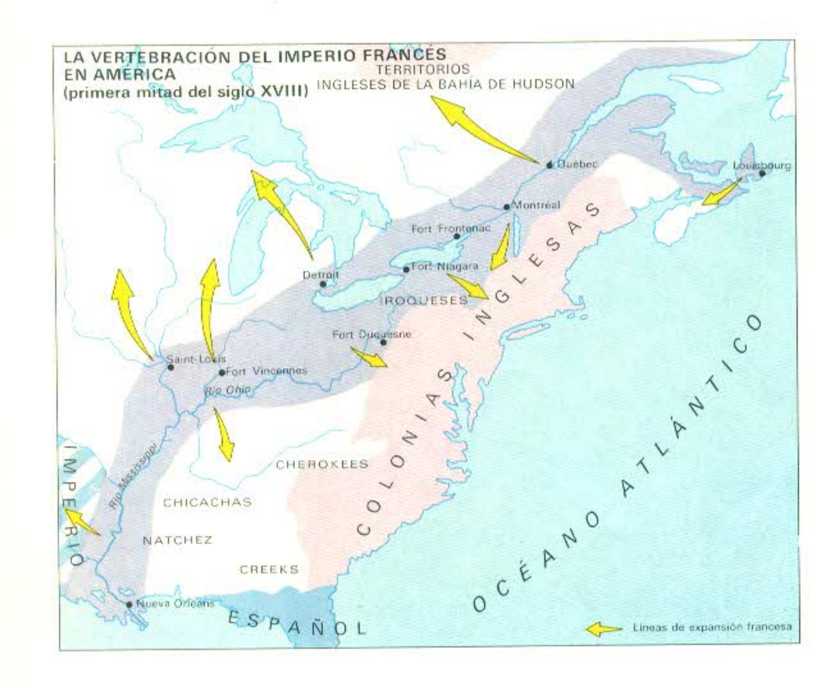


Hacienda ganadera norteamericana a mediados del siglo XVIII, por E. Hicks (col. Chrysler Garbisch).

George Washington revista el ejército del Oeste en Fort Cumberland (Maryland), en cuadro atribuido a James Peale (col. Chrysler Garbisch). Una vez iniciadas las hostilidades, la tarea más importante de Washington fue la de transformar el conglomerado de voluntarios norteamericanos en ejército capaz de luchar contra las fuerzas inglesas.

nían cada año de Europa más a comprar que a vender.

Era evidente que los que se aprovecharían de la conquista no serían los colonos de entonces, sino otros que con el tiempo irían a establecerse en los fértiles valles del Ohio y el Mississippi. Por esto los colonos se resistieron tanto a la pretensión de la metrópoli de gravarlos con un impuesto de guerra consistente en un sello que los coloniales habrían de estampar en todos sus documentos, contratos y hasta periódicos para darles carácter oficial. El importe del sello variaba de tres peniques hasta diez libras esterlinas. Era una carga onerosa, pero lo que principalmente exaltó a los colonos fue la cuestión de derecho. No hay que olvidar que se vivía entonces en el siglo de los contratos sociales, de los derechos del hombre, etc. Y tampoco debe olvidarse que lo que son puras "filosofías" en los países metropolitanos de gran actividad comercial, de vida intensa y trato de gentes variadas..., en la monotonía de las colonias, con la mentalidad inactiva de los allí inmigrados, bastan para encender hogueras que algunas veces causan efectos desproporcionados e insólitos.



Las premisas del *Contrato Social* de Rousseau, que en Francia no se trató de aplicar hasta el 1789, en América dieron fruto veinte años antes por la minucia del impuesto del timbre, la primera y única gabela directa que trataba de imponer el gobierno de Londres a sus súbditos de ultramar. Los primeros en protestar contra este impuesto fueron los puritanos. En la Asamblea de Massachusetts reunida en mayo de 1764 en el municipio de Boston, se acordó que el rey de Inglaterra no tenía ningún derecho a imponer contribuciones a las colonias sin el consentimiento de éstas. Además, se envió una carta circular a las otras Asambleas coloniales reclamando cooperación en aquel asunto. Cinco de éstas contestaron adhiriéndose y manteniendo el principio fundamental de la ciudadanía inglesa: "nada de contribuciones sin acuerdo del Parlamento". Es verdad que el

impuesto del timbre había sido aprobado por las Cámaras de los Lores y los Comunes de Londres; pero los coloniales de América no tenían representación en aquellos cuerpos legisladores. ¿Eran los coloniales americanos ciudadanos ingleses? Pues tenían el derecho de "ningún impuesto sin representación", y debían, por tanto, rebelarse. ¿No tenían los americanos ingleses los mismos derechos que los demás? Pues casi tenían la obligación de rebelarse para defenderlos.

Los coloniales enviaron a Londres para discutir estos asuntos al más encantador grande hombre que ha producido hasta ahora Norteamérica. Este es, sin duda alguna, Benjamin Franklin. Nacido en Boston, instalado en Filadelfia, su negocio de impresor le había puesto en relación con todos los que leían y escribían en las trece colonias. El mismo era escritor y "filósofo". La filosofía de Franklin era esencialmente americana. Publicaba cada año un Almanaque, donde con noticias y calendario intercalaba sus máximas de buen vivir y elementos de ciencia política al uso de las colonias. Franklin era un gran convencido de la necesidad de unión de las trece colonias, porque preveía que, de demorarse, sería, con el tiempo, irrealizable, pues se irían creando odios, por razón de las diferencias de legislación y por los términos tan imprecisos de las fronteras. "Uníos o pereced", era la frase habitual de Franklin. Estas ideas habían hecho impresión en los coloniales y el común ataque de la corona les obligaba a reconocer la actualidad del problema. En una primera Asamblea intercolonial convocada en Nueva York, uno de los diputados interpretó el sentimiento de todos con estas palabras: "Tenemos que mantenernos en nuestros derechos naturales, que sentimos y conocemos como hombres, como descendientes de ingleses... No debemos ser neoyorquinos ni virginianos o carolinos; seamos sólo americanos".

En estas expresiones se habla de derechos naturales, que se sienten y se conocen por el solo hecho de ser hombre, y se insiste en el especial privilegio de la ciudadanía in-

Muerte del general Montgomery en el ataque a Quebec, por John Trumbull (Galería de Arte de la Universidad de Yale). En los comienzos de la guerra entre las colonias americanas e Inglaterra, y mientras Washington adiestraba al incipiente ejército, el general Montgomery realizó una expedición al Canadá. Esta expedición, si bien logró ocupar Montreal, no obtuvo ningún resultado positivo por el hecho de la muerte del propio Montgomery en el ataque a Quebec. Como consecuencia de ello, el ejército norteamericano se desbandó.



LA GUERRA COLONIAL DE 1754-1763: EL FINAL DEL PRIMER IMPERIO FRANCES Y ASCENSION DEL IMPERIO COLONIAL BRITANICO

1754 Inicio de las hostilidades entre colonos franceses e ingleses en el Ohio (cerca de Fort-Duquesne).

1755 Los ingleses se apoderan, sin previa declaración de guerra, de 300 navíos de comercio franceses. Como respuesta, éstos inician el asedio de Menorca.

1756-1757 Exitos franceses: se apoderan de Menorca y, en América, de los fuertes de Oswego y William Henry. Los ingleses se apoderan de la colonia francesa de Chandernagor (India).

1758 Los franceses, que han inmovilizado el grueso de sus tropas en Europa, fracasan en todos los frentes coloniales: pérdida de Louisburg, islas de Cap-Breton y Príncipe Eduardo, y Fort-Duquesne en América, y de numerosos fuertes en el Senegal. En la India, Madrás resiste los ataques franceses.

1759 Los ingleses se apoderan de la isla de Guadalupe y de Quebec.

1760 Victoria decisiva de los ingleses en Vandivash (India). Toma de Montreal.

1761 Ocupación de todos los establecimientos franceses en la India. Tercer Pacto de Familia y entrada de España en la guerra al lado de Francia. Portugal entra en guerra con España.

1762 Inglaterra se apodera de La Habana y Manila, mientras los españoles fracasan frente a Gibraltar. Victoria española sobre los portugueses en Sacramento. Los ingleses se apoderan de la Martinica, Granada, San Vicente y Santa Lucía.

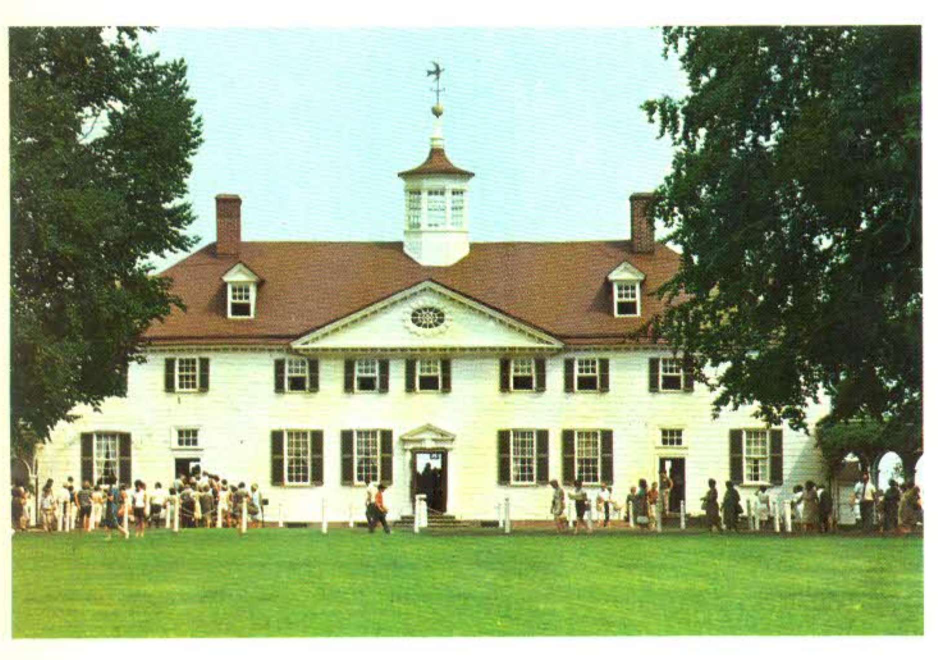
1763 Tratado de París: Inglaterra recibe de Francia la colonia del Senegal, todas las posesiones de la India, salvo Pondichéry, Chandernagor y tres plazas más; todos los territorios situados entre el Atlántico y el Mississippi y las islas de Granada, San Vicente, Dominica y Tobago; y de España, la Florida, las posesiones al este del Mississippi y el derecho de poder cortar palo campeche en Honduras.
Inglaterra devuelve a España las conquistas hechas en Cuba y Filipinas, pero conserva Menorca. Por su parte, Portugal conserva la colonia del Sacramento.
Por último, Francia liquida su primer imperio colonial cediendo en compensación a España la Luisiana, es decir, todos los territorios norteamericanos situados al oeste del Mississippi.

glesa, que no consiente impuestos sin acuerdo del Parlamento, y, por fin, se pronuncia la palabra "americanos", para designar a los que serán después miembros del cuerpo político de los Estados Unidos.

El proyectado impuesto del timbre o sello para legalizar escrituras provocó tantos motines y desacatos a los agentes del gobierno inglés, que en el Parlamento de Londres se debatió otra vez el asunto. La protesta americana encontró allí defensores. Pitt, jefe de la oposición, entrado en años y enfermo, se hizo llevar en su cama a la sesión de los Comunes para defender a los coloniales. Dijo que se apoyaban en los eternos principios de justicia, que eran sagrados para todos los ingleses. "Esta partida –añadió– es muy dudoso que la ganéis. América, si cae, caerá abrazada a los pilares de la Constitución." Otro episodio pintoresco del debate fue la aparición de Franklin en la Cámara y en el Consejo Real vestido con su casaca de cuáquero y su gorro de piel en la mano. Se le llamó para informar. Franklin afirmó que los americanos nunca consentirían la aplicación de la ley del timbre. Preguntado si en caso de renunciar el gobierno inglés a tal impuesto los americanos tolerarían otro impuesto menos aparatoso, Franklin respondió resueltamente que no. Franklin profetizó allí en la Cámara de los Comunes la futura independencia económica de los Estados Unidos, diciendo: "No conozco un solo producto exportado a las colonias de la América del Norte que no pueda llegar a ser producido allí mismo".

Esto era una exageración; pero bien dirigida, porque el gobierno inglés pensaba sustituir la contribución directa del sello con

Casa de George Washington en Mount Vernon (Virginia).



un impuesto indirecto de aduanas. Los coloniales habían aparentemente consentido en hacer la distinción entre impuestos interiores y exteriores. El propio Franklin lo había declarado el día de su aparición en la Cámara de los Comunes diciendo: "El mar es vuestro, y pues lo mantenéis libre de piratas, podéis haceros pagar este servicio". Creyéndose así no sólo con derecho a ello, sino hasta satisfacer en cierto modo los deseos de las colonias, el gobierno inglés suspendió el impuesto del sello y estableció derechos de aduana para el té, vino y otros artículos que a las colonias se exportaban. Esta medida causó también indignación, sobre todo en Massachusetts; llegaba demasiado pronto, después del fracaso del impuesto del sello. Los coloniales, envalentonados por su éxito, poniendo en jaque al gobierno de Londres, creyeron que era casi una burla hacerles pagar con un impuesto de aduanas lo que no habían querido pagar como impuesto interior. Además, como el artículo que más se importaba era el té, los lores, principales accionistas de las *Compañías de las Indias,* iban a beneficiarse de la gabela de aduana mucho más que el pueblo inglés.

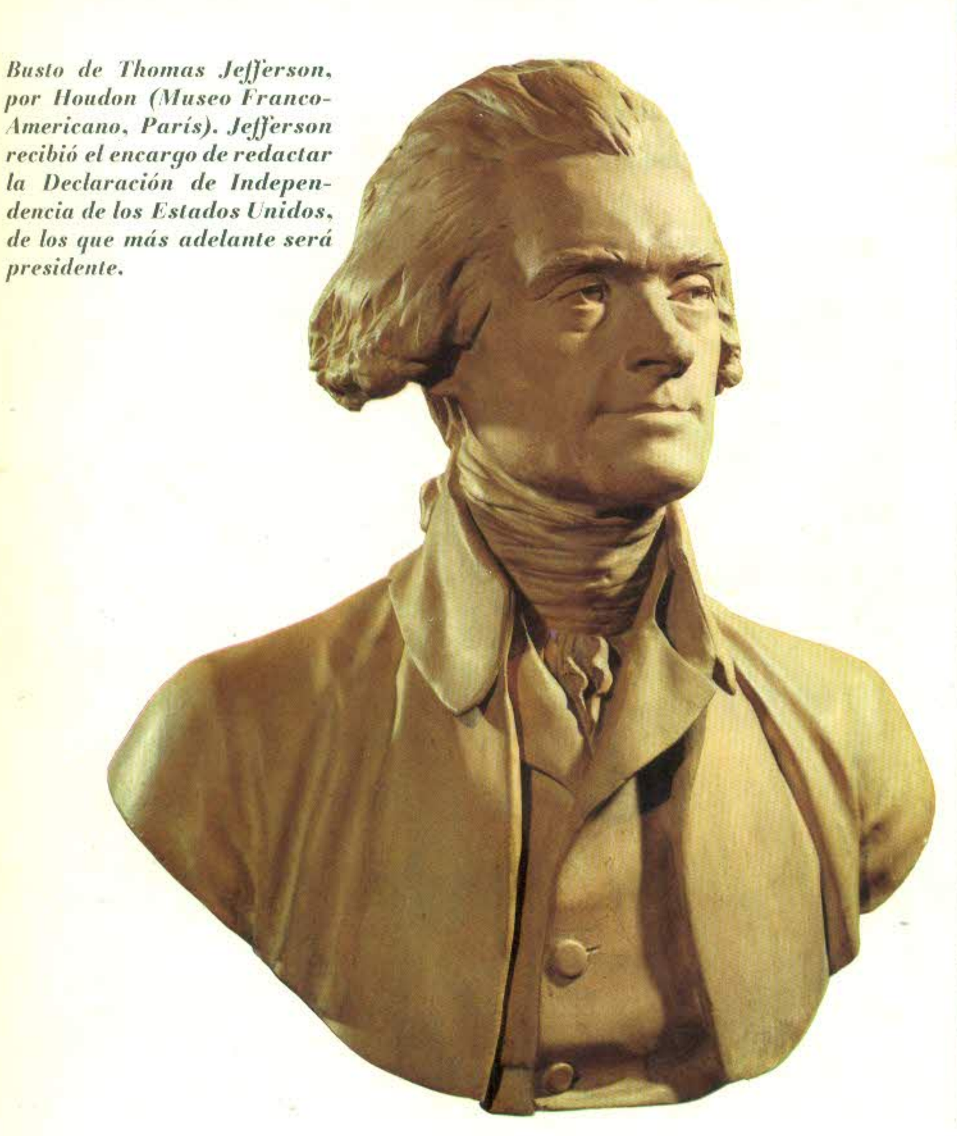
Espontáneamente, las colonias empezaron el boicoteo de los productos importados; los nombres de los comerciantes que los aceptaban y vendían eran divulgados para pública vergüenza con carteles pegados por las calles. La excitación sostenida durante varios meses de esta resistencia pasiva desmoralizó al pueblo de Boston, y aquellos puritanos tan celosos de los derechos propios y ajenos asaltaron un buque anclado en el puerto con 250 cajas de té y las arrojaron al mar. Esto fue el día 16 de diciembre de 1773; el 2 del mismo mes otro buque cargado de té había ido a Charleston, y como nadie quiso pagar los derechos, la mercancía se pudrió en un almacén de la aduana; el 25 del mismo mes otro buque con té llegó a Filadelfia, pero el capitán, con mejor acuerdo, sin anclar en el puerto, regresó con su carga a Inglaterra. Era evidente que los



El Independence Hall de Filadelfia, edificio en que se reunía el Congreso norteamericano durante la guerra y donde se proclamó la independencia de los Estados Unidos.

EVOLUCION DE LA POBLACION NORTEAMERICANA (1800-1900)	1800	1850	1900
Población (en millones)	5,3	23,3	76,1
Densidad (personas/milla cuadrada)	6,1	7,9	25,6
Población urbana (porcentaje)	6,1	15,3	39,7
Número de lugares urbanos	33	236	1.737
Nacimientos por 1.000 habitantes	55,2	44,3	32,3
Número de niños menores de 5 años por 1.000 mujeres entre los 20 y los 44 años (sólo blancos)	1.342	892	666
Edad mediana (en años)	16,0 (blancos)	18,9	22,9
Población negra (porcentaje)	18,8	15,7	11,6

Busto de Thomas Jefferson, por Houdon (Museo Franco-Americano, París). Jefferson recibió el encargo de redactar la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, de los que más adelante será presidente.







colonos no querían engullir aquel té que les imponían los ministros ingleses.

De esta resistencia a la rebelión armada no había más que un paso. En Inglaterra se consideró el *motín del té* de Boston como una provocación. "Tenemos que tirar de las orejas a esa ciudad de Boston. América no entrará en la legalidad si no destruimos aquel nido de langostas." Se castigó a Boston prohibiendo a los buques la entrada en el puerto y se derogó la *Carta* de franquicias de la colonia entera de Massachusetts. Se envió un ejército para mantener la paz en la región.

Las noticias de las represalias del gobierno inglés al motín del té de Boston causaron indignación en las demás colonias. La iniciativa de un congreso intercolonial (llamado Congreso Continental) partió de la asociación *Hijos de la Libertad,* de Nueva York. Aceptada la idea por la mayoría de las colonias, acordaron reunirse en Filadelfia, como más central, el 1 de septiembre de 1774. Entre tanto, Massachusetts, continuando la resistencia, se negaba a facilitar alojamien-



Acto de declarar la independencia de las trece colonias americanas, por John Trumbull (Galería de Arte de la Universidad de Yale).

to y provisiones a los soldados que llegaban de Inglaterra, aunque sin provocar la rebelión armada.

El congreso intercolonial de septiembre de 1774 sirvió sobre todo para que intimasen los diputados de las trece colonias, que hasta entonces sólo se conocían por cartas. Sirvió para darse ánimos, para confirmarse en sus teorías y acrecentar su celo en la disputa con la metrópoli. Se acordó aprobar la conducta de Massachusetts, redactar un memorial con lo que los americanos creían su derecho y enviarlo casi como un ultimátum al rey de Inglaterra. Sobre todo se disolvió acordando reunirse otra vez el 10 de mayo del próximo año, con la cláusula de que se invitaría a Canadá y a Florida. Durante los meses transcurridos entre los dos congresos llegaron más y más tropas a Boston y los coloniales empezaron a armarse. Un primer encuentro, el 16 de abril, en Lexington, probó que los sublevados tenían, por lo menos, buena puntería. Después de esta primera escaramuza, el número de los insurrectos creció tan rápidamente, que cuatro días después los ingleses se encontraban ya sitiados en Boston por un ejército rural compuesto de 16.000 hombres en armas.

Recordemos que el 10 de mayo, esto es, menos de un mes después de la "batalla" de Lexington, tenía que reunirse el congreso intercolonial en Filadelfia. Es de imaginar con qué tensión deliberaron los diputados. Se aprobó unánimemente la rebelión de los patriotas de Massachusetts y se reconoció como ejército continental la abigarrada multitud de milicianos que sitiaban a Boston. Para mandarlo se escogió con gran acierto a un diputado de Virginia, no a uno de Massachusetts, en prueba de la unidad de acción que iba a desarrollarse en la campaña. El general en jefe del ejército continental fue aquel mismo George Washington que hemos encontrado ya guerreando contra los franceses. En el momento de tomar el mando de los patriotas armados ante Boston tenía cuarenta y dos años. Era de bella presencia, más de dos metros de altura, natura-

leza robusta, poco impresionable aunque sensible, educación literaria casi nula, capaz de discernir y resolver la solución apropiada a las circunstancias más difíciles. Tenía tierras y sabía cultivarlas. Sin ser en realidad un filósofo, era de una corrección moral impecable, incapaz de injusticia, ni desorden, ni vulgaridad. Era un perfecto "caballero" de Virginia, con todo lo mucho de bueno y también lo poco de malo que el nombre implicaba.

Washington aceptó el puesto que le confiaba el Congreso con la condición de que no recibiría salario alguno; pero –y esto es característico de Washington– llevaría cuenta de sus gastos personales para que el Congreso le reembolsara, si lo creía justo, al acabarse la guerra. Marchó al Norte, encontrando al ejército de los patriotas lleno de entusiasmo, aunque carente de pólvora, desorganizado, sin intendencia, acampado en chozas y tiendas de tela en los alrededores de la universidad de Harvard. Allí, ante los colegios, bajo un árbol que todavía extiende su secular ramaje, Washington tomó posesión de su cargo y empezó la ingrata tarea de convertir aquel conglomerado de rebeldes en un ejército de regulares. El 17 de marzo del año siguiente (1776) los ingleses tenían que abandonar Boston y la primera etapa de la campaña había terminado. Y lo que hasta aquel momento no había sido más que una sublevación, iba a convertirse en una verdadera guerra entre dos estados; porque el 4 de julio del mismo 1776, el Congreso, reunido en la ciudad de Filadelfia, acordaba por unanimidad la *Declaración de Independencia,* confiando su redacción a Thomas Jefferson, otro gentilhombre de Virginia, éste ya filósofo y romántico en sus ideas políticas. El resultado, asómbrese el lector, fue como sigue: *"Declaración de Independencia por los representantes de los Estados Unidos de América reunidos en Congreso.* Cuando por el curso natural de los acontecimientos resulta necesario para un pueblo deshacer los lazos que le unen a otro pueblo y asumir ante las potencias del mundo la separada e igual posición a que le dan derecho las leyes naturales y el Dios de la naturaleza, se requiere, como muestra de respeto a la humanidad entera, declarar las causas que le impelen a tal separación".

Obsérvese que el Derecho, según manifestara Thomas Jefferson, arranca de las "leyes naturales" y del Dios de la naturaleza... (¿Este Dios de la naturaleza es el de Calvino o el de Rousseau?) En cambio, el juez que tiene que aprobar un acto de rebeldía política es la "humanidad entera"... A este párrafo filosófico-moral sigue otro todavía más extraordinario y curioso, el cual, traducido, dice así: "Nosotros creemos evidentes las siguientes verdades: que los hombres han nacido iguales, que han sido dotados por su Creador de derechos inaliena-

Ocupación de la ciudad de Nueva York por las tropas inglesas (Museo Franco-Americano, París). Desde 1776, Nueva York quedó en poder del rey de Inglaterra.





Rendición del general Burgoyne, por John Trumbull (Galería de Arte de la Universidad de Yale). John Burgoyne fue uno de los generales ingleses que intervinieron en la guerra de la Independencia americana. En la segunda batalla de Saratoga se dejó copar y hubo de rendirse con sus 5.799 hombres y toda su impedimenta. La noticia de esta victoria norteamericana estimuló el interés de Francia por la amistad de los Estados Unidos y facilitó la conclusión de la alianza.

bles, entre los cuales se cuentan los de la vida, libertad y deseo de ser felices. Creemos que los gobiernos han sido instituidos para asegurar estos derechos y que sus justos poderes derivan del consentimiento de los gobernados, y que cuando cualquier forma de gobierno tiende a destruir el objeto para que ha sido creado, tienen los gobernados justo derecho de alterarlo o abolirlo y establecer otro gobierno que se base en aquellos principios, y organizarlo en la forma que les parezca más apropiada para su seguridad y felicidad. La prudencia aconseja, sin embargo, que los gobiernos establecidos de largo tiempo no deben cambiarse por causas ligeras y transitorias, y la experiencia demuestra que la humanidad prefiere sufrirlos mientras sus males sean tolerables a usar el derecho de cambiar el régimen a que están acostumbrados. Pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones, siempre con el mismo objeto, evidencian su designio de reducirlos bajo un absoluto despotismo, es su deber desechar tal gobierno y proveer nuevos guardianes a su seguridad. Tal ha sido la sufrida paciencia de estas colonias y

Ultima página del tratado entre Francia y los Estados Unidos, firmado en París el 6 de febrero de 1778 (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, París).

El marqués de La Fayette en su juventud, según busto de Houdon (Palacio de Versalles). Este prócer francés dirigió las tropas con que Francia prestó ayuda a Estados Unidos para conseguir su independencia. Figuró en las principales batallas en que las fuerzas inglesas fueron derrotadas y alcanzó gran popularidad en América y en Europa. Intervino después activamente en la política francesa.



tal es la necesidad que las constriñe a alterar su forma de gobierno. La historia del presente rey de la Gran Bretaña es un historia de repetidas injurias y usurpaciones, todas dirigidas a establecer una tiranía absoluta sobre estos estados. Para probarlo, he aquí los hechos que sometemos a la humanidad entera...".

Aquí siguen, más o menos imaginarios, los abusos de la corona (imponiendo el sello y el té a la fuerza); un párrafo recordando los esfuerzos que como súbditos pacientes han realizado para hacer valer sus derechos; otro párrafo de despedida a sus hermanos británicos acusándoles de haber sido sordos a la voz de la sangre y lentos en defenderlos... y, por último, figura este párrafo final: "Por tanto, nosotros, representantes de los Estados Unidos de América reunidos en General Congreso, apelando al Juez Supremo de la rectitud de nuestras intenciones, en nombre y con la autoridad del buen pueblo de estas Colonias, solemnemente publicamos y declaramos que estas Colonias Unidas son y de derecho deben ser Estados libres e independientes absolutos de toda dependencia de la Corona Británica; y que toda relación política entre ellas y el Estado de la Gran Bretaña es y debe quedar rota, y que como Estados libres e independientes tienen pleno poder de declarar guerra, hacer paz, contraer alianzas, establecer comercio y todas las otras cosas que los Estados independientes tienen derecho a hacer. Y para defender esta declaración, con firme confianza en la protección de la providencia, nosotros comprometemos nuestras vidas y fortunas y nuestro honor personal".

La *Declaración de Independencia* de los Estados Unidos no era ni más ni menos que una declaración de guerra a la corona británica. Los que la redactaron y firmaron tenían perfecta conciencia de que la rebelión de Massachusetts se convertiría en una lucha a muerte con el poder de la metrópoli. Pero era además un documento tan sincero, a pesar de sus exageraciones; tan franco, a pesar de sus inexactitudes, que debía conquistar al

HITOS ESENCIALES DE LA CULTURA NORTEAMERICANA HASTA LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (1717-1776)

1717 John Wise (Ipswich, Mass., 1652-1725) sigue a Locke y a Grocio y se convierte en campeón de los principios democráticos: "A vindication of the government of New England Churches".

1733 Benjamin Franklin (1706-1790) empieza la publicación de un calendario popular: "Poor Richard's Almanach" (hasta 1758).

1735 A consecuencia del fallido proceso al impresor Peter Zenger, de Nueva York, la prensa va a estar, a partir de este momento, protegida contra las medidas represivas de la Administración.

1743 Fundación de la ilustrada "American Philosophical Society" a iniciativa, sobre todo, de B. Franklin. Impresión de la primera Biblia en lengua alemana en América.

1749 Fundación en Filadelfia de la primera compañía teatral de América del Norte.

1754 Jonathan Edwards (1703-1758), eclesiástico y filósofo, publica su tratado "A careful and strict enquiry into the freedom of will". En 1757 es nombrado presidente de la universidad de Princeton. Como portavoz de un radical puritanismo, intenta impedir el desarrollo de la Ilustración en el país.

1756 John Woolman (1720-1772), cuáquero, inicia la redacción de su "Journal", en que preconiza la adecuación de la vida a una moral estricta, con supresión absoluta de la esclavitud.

1765 Thomas Godfrey (1736-1763), publica su primer drama: "Prince of Parthia".

1766 Robert Rogers (1731-1795) escribe su tragedia "Ponteach", cuyo héroe es un jefe de guerra y político indio.

1768 John Dickinson (1737-1808) defiende el punto de vista de los colonos en su lucha contra Holanda en "Letters from a farmer in Pennsylvania".

1771 Benjamin Franklin inicia su autobiografía.

1776 Thomas Paine (1737-1809) en sus libelos subversivos se convierte en defensor de la independencia de las colonias: "The American Crisis", "Common sense".

pueblo americano las simpatías de todos los temperamentos románticos y filosóficos del mundo entero.

Un pueblo que redacta y aprueba tan extraordinario documento es irresistible en su deseo de libertad. Por primera vez suena el nombre de Estados Unidos de América. En un próximo capítulo trataremos de su Constitución y las primeras crisis que hubo de experimentar para organizarse según un nuevo tipo de régimen democrático.

Capitulación de Yorktown, por A. Couder (Museo de Versalles). El ejército inglés, mandado por Cornwallis, quedó rodeado por las fuerzas norteamericanas al mando de Washington y La Fayette y las francesas de Rochambeau. Al quedar los ingleses imposibilitados de recibir auxilios exteriores, capitularon. Este acto significó el fin de la guerra y la independencia de los Estados Unidos, sancionada por la paz de Versalles de 1783.



Medalla que conmemora el centenario de la entrada de Washington en Nueva York al finalizar la guerra de la Independencia de los Estados Unidos (Museo Marítimo, Barcelona).

BIBLIOGRAFIA

Andrews, C. M.	*The colonial period of American History,* Nueva York,1934.
Bonneau, Cl. de	*Histoire du Canada français,* París, 1956.
Carey Hocket y Meier, S.	*Evolución político-social de los Estados Unidos,* tomo I, *1492-1865,* Buenos Aires, 1961.
Gaston-Martin	*Histoire de l'esclavage dans les colonies françaises,* París, 1948.
Giraud, M.	*Histoire de la Louisiane française,* París, 1960.
Hanotaux, G., y Martineau, A.	*Histoire des colonies françaises,* París, 1930-1934.
Miller, W.	*Nueva historia de los Estados Unidos,* Buenos Aires, 1961.
Truslow, A.	*Historia de los Estados Unidos,* Buenos Aires, 1945.
Turner, F.S.	*The frontier in American History,* Nueva York, 1958.



George Washington a caballo, según pintura de autor desconocido de hacia 1830 (col. Chrysler Garbisch).



Toma de la Bastilla, según pintor anónimo de la escuela francesa del siglo XVIII (Museo Carnavalet, París). Antigua fortaleza de París, fue convertida en prisión del estado desde los tiempos del cardenal Richelieu y desde entonces se consideró como símbolo del absolutismo. El pueblo de París la asaltó el 14 de julio de 1789.

La Revolución francesa

El heredero de Luis XIV y Luis XV era un joven príncipe de veinte años, más parecido a su madre, sajona, y a su abuela, polaca, que a sus progenitores varones, franceses y Borbones. Alto, corpulento, de retardado desarrollo mental, estuvo ya casado siete años sin poder consumar su matrimonio con su esposa, María Antonieta. Esta ha pasado a la Historia con más fama de frívola que de perversa; pero tenía otros vicios además de la frivolidad: jugaba sumas enormes, mientras se divertía cuando el rey dormía. Luis XVI no tenía otra pasión que la caza. Se han conservado las páginas en que apuntaba lo notable –o lo que para él era notable– de los acontecimientos. "Nada" quiere decir que no ha cazado nada aquel día. Derribar un ciervo o un jabalí era, para él, un acontecimiento, y por millares contaba cada año las piezas menores. El "nada" reaparece en días trágicos para la corona y el estado... "¡Nada!" Este nada es Luis XVI. Se puede ser nada o nadie y actuar como papa, rey o emperador. Iglesias, reinos e imperios casi siempre marchan por inercia; pero en épocas en que se impone un cambio de régimen, el rey-nadie es la víctima de todos los errores presentes, pasados y futuros. Los verdaderos grandes reyes son los que, encontrándose en el poder en una época de transición, realizan el cambio, como Carlomagno, Felipe Augusto y Carlos V, sin reparar en el daño que a ellos les produce.

La petulancia de Luis XIV y la poltrone-



Luis XVI recibe en Reims, después de su coronación, el homenaje de los caballeros del Espíritu Santo, como gran maestre de la Orden. Pintura de Doyen conservada en el Museo de Versalles.

ría de Luis XV habían impedido el gradual desarrollo de un nuevo sistema de gobierno en Francia. Taine, en sus *Orígenes de la Francia contemporánea,* no puede menos de reconocer que la corte de Versalles era algo anacrónica y más propia de China que de Francia: *"On dirait une cour d'Orient!"* Imagínese para la Francia consumida por la epidemia filosófica del siglo XVIII, el "siglo de la razón", la etiqueta oriental. Como buen positivista, Taine oscurece los grandes sucesos de la revolución con una polvareda de detalles. La revolución era inevitable; la mentalidad de Versalles, incorregible.

Cuando nació su primera hija, María Antonieta dijo "que quería impedir que su hija creciera entre una afluencia inútil de gentes de servicio, apropiada a desarrollar el sentimiento del orgullo", y exigió que la servidumbre de la recién nacida se redujera a "ochenta personas". ¡Después del *Emilio* de Rousseau, sólo ochenta personas para cuidar de una niña de dos meses! La servidumbre de cada uno de los hermanos del rey, alojados también en Versalles, pasaba de seiscientos entre guardias y criados. "Por el esplendor de estos astros secundarios, juzgad del brillo del Sol Real", dice Taine relamiéndose. ¡Astros y Sol el conde de Artois, el conde de Provenza, María Antonieta y Luis XVI!

No hay duda que al parangonar Taine la sociedad de Versalles con la de la China injuria a los mandarines. Por lo menos, los cortesanos y gobernadores de la corte manchú eran letrados, sabían sus clásicos y se mantenían con cierta dignidad oficial. En cambio, Montesquieu define a un noble francés de su época como "uno que tiene antepasados y está cargado de deudas y de pensiones". Del cinismo de este magnate da razón Chamfort al decir que "su amor era el intercambio de dos fantasías y el contacto de dos epi-

María Antonieta y sus hijos, por Elisabeth Vigée-Lebrun (Museo de Versalles). Hija de María Teresa de Austria, casó con el delfín de Francia (luego Luis XVI). Su temperamento frívolo concitó contra sí la animosidad del pueblo francés.

dermis". La nobleza abandonó al rey de la manera más cobarde; había perdido la conciencia del deber.

Todavía la figura más noble, mejor intencionada y casi diríamos la que parece más inteligente de la corte es el rey. La reina, María Antonieta, calificaba de *pauvre homme* a su marido; pero, a pesar de ser pobre de espíritu, el rey no era ligero como ella. Comprendía la gravedad de la situación y trataba de rodearse de ministros que entendieran en los negocios. El problema primordial era hallar el modo de acabar con el déficit actual y el acumulado por los dos reinados anteriores. Sin embargo, este problema envolvía todos los demás: de reorganización interior, distribución de servicios, reglamentación del comercio, abolición del feudalismo, etc. No podía haber balance de ingresos y gastos sin nuevos impuestos y un mejor reparto de los antiguos. Y aun había que dar esperanzas



Gabinete de María Antonieta en el Palacio de Versalles.



Robert-Jacques Turgot y Jacques Necker (Museo de Versalles), los dos ministros de Hacienda de Luis XVI que, empleando sistemas económicos distintos, quisieron salvar la economía de Francia. Ninguno de ellos ni de sus sucesores lo consiguió.

de que los sacrificios estarian compensados con beneficios, sin que todo lo engullera Versalles.

Preparados por la filosofia fácil de aquel siglo, los franceses se entusiasmaron con los proyectos de dos ministros de Hacienda que llegaron a gozar de inmensa popularidad. Luis XVI los favoreció hasta el punto de darles casi un poder análogo al que tuvieron los privados de los reyes anteriores. Uno fue Turgot, el otro Necker; aquél, partidario del comercio libre, sin trabas; éste, decidido estatista, partidario de intervenir fijando los precios y regulando la oferta y la demanda. Ambos fueron honrados, con fe en sus doctrinas, tenaces, inteligentes y generosos. En una época normal ambos hubieran conseguido para el estado la prosperidad que producen los gobernantes sinceros y capaces. Turgot trató de salvar a Francia con una doctrina económica que podía compararse a la de Sully y Enrique IV, que se proponía que cada francés pudiera echar gallina en el puchero. Turgot era de la escuela filosófica (casi una secta) de los que se llamaban "fisiócratas", esto es, los partidarios del gobierno natural, fisico, espontáneo, de las cosas mismas. Como el hombre era naturalmente bueno, la naturaleza era también justa y sabia, y no había más que dejarla hacer. El comercio todavía estaba sujeto a las aduanas provinciales: habría que suprimirlas; la industria estaba limitada por los reglamentos gremiales: también se ganaría en abolirlos; la importación de grano, intervenida por el estado, requería libertad. Esto era "fisiocracia", un balbuceo del librecambio de Adam Smith, que todavía hoy no hemos podido articular con éxito.

Para Turgot, la función del estado en aquel momento trágico, con una deuda gigantesca, debía reducirse a fomentar la actividad natural, mejorar los caminos, las sillas de posta y correos, reducir privilegios y disminuir injusticias. En Hacienda, su táctica era de una simplicidad fantástica: por lo pronto, economías, evitar nuevos déficit y enjugar el antiguo, reservando cada año diez millones de libras para que, al interés compuesto, mágicamente se multiplicaran, y en día no lejano llegaran a formar una suma suficiente con que pagar a los innumerables

acreedores de la nación. Un "cuento azul", según dijo Maurepas, su compañero de ministerio.

Turgot esperaba que, sin regular el comercio, habría abundancia "natural" de harinas y granos. En aquel tiempo el pan entraba en proporción todavía mayor que ahora en la comida del pobre. La mitad del presupuesto de una familia de obreros estaba destinada al pan. Sin embargo, como, a pesar de la bondad natural del hombre, había monopolizadores y, a pesar de la justa economía de la naturaleza, había malas cosechas, Turgot tuvo que dejar el puesto a consecuencia de una "guerra de harinas". Le sucedió Necker, ginebrino y calvinista. Llegado a París sin fortuna, se distinguió como empleado de un banco hasta serle confiada su gerencia, y pudo acumular un capital de ocho millones de libras. Tenía casi cincuenta años cuando traspasó el negocio a su hermano, y empezó una nueva vida de publicista. Publicó un *Elogio de Colbert,* y en el momento peor de la "guerra de harinas", un *Ensayo sobre el comercio de trigos*. Esto le dio fama de gran economista, los ministros empezaron a consultarle y en el año 1776 el rey le llamó para suceder a Turgot en la Hacienda.

Discreto, de modales atractivos y sin la untuosidad del cortesano, Necker era de costumbres irreprochables e incapaz de corrupción. Su tratamiento de aquel grave enfermo, la Hacienda francesa, combinaba las economías de Turgot con empréstitos colosales, que Turgot no hubiera podido imaginar posibles. Pero Necker era banquero y sabía "vender millones", colocar emisiones como se dice ahora, a pagar cuando sea posible (si es que se pagan).

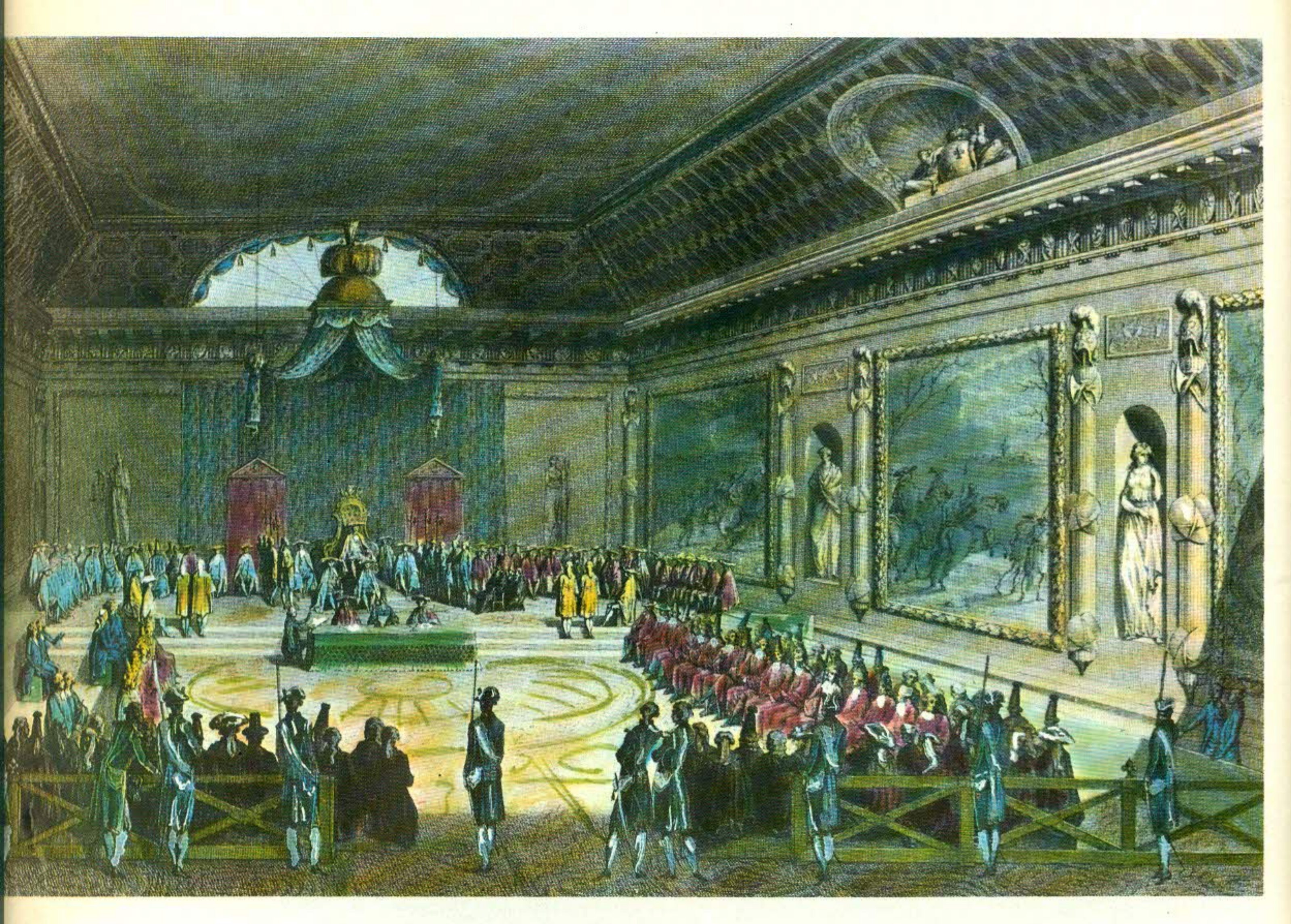
La estrategia de Necker no era mala; por esto se mantuvo en su puesto más que Tur-



Cómoda de estilo Luis XVI realizada por Reisnier (Museo Nissim-Camondo, París).



Sala de juego de la reina María Antonieta (Palacio de Versalles).



Asamblea de notables reunida en Versalles bajo la presidencia de Luis XVI el año 1778, según dibujo de Moreau el Joven (Museo de Versalles). De la reunión de esta asamblea, que no resolvió nada, salió la idea de convocar los Estados Generales.

got, y de no haber habido otros problemas políticos y sociales que resolver, acaso la revolución se hubiera evitado. Pero Necker, como Turgot y todos los ministros bienintencionados que rodearon al rey, comprendía que aquellos paliativos sólo servirían para ganar tiempo, y proponía otros remedios, empezando por el de la división de Francia en provincias con asambleas regionales y municipales. Estas hubieran acabado por producir una entera reorganización del reino. Recuérdese que Francia en 1788 era todavía una monarquía absoluta; los ministros eran sólo consejeros y las órdenes emanaban del rey, sin fiscalización de un cuerpo legislativo que representara a la nación. Prescindimos de mencionar otros abusos: las contribuciones, por ejemplo, se arrendaban; los arrendatarios transmitían los cargos y derechos de padres a hijos; su contabilidad con el estado resultaba embrollada por anticipos forzosos que reclamaba la Hacienda. El territorio nacional estaba dividido en treinta provincias, gobernadas por "intendentes", que eran verdaderos simulacros del poder real. El carácter de estas provincias variaba, pues mientras unas eran antiguos feudos anexados a la corona de Francia, otras eran, en cambio, gobiernos de reciente creación.

El caos administrativo aumentaba día por día. Desde la dimisión de Turgot, en diez año el gobierno había devorado, en gastos extraordinarios, 1.600 millones obtenidos por empréstitos. En 1786, Calonne, que había sucedido a Necker, se vio obligado a comunicar al rey, en una *Memoria,* el deplorable estado del Tesoro, que acumulaba déficit anuales de cien millones de libras. La *Memoria* insistía en que "había que reformar lo vicioso en la constitución del Reino, empezando por los cimientos para evitar la ruina total del edificio del Estado".

Calonne proponía un plan de reformas, síntesis, por no decir mezcolanza, de todo lo que habían planeado Turgot y Necker. No las enumeraremos todas, ya que no fueron aplicadas; el torbellino de los acontecimien-



Gabinete de Luis XVI en Versalles.

tos no permitió ni empezar el "programa" de Calonne. Pero no podemos menos de señalar dos de las reformas preconizadas en la *Memoria* de Calonne. La primera, propuesta ya por Necker, consistía en establecer un régimen de gobierno regional con asambleas municipales, de distrito y provinciales. Estas asambleas debían atender a la distribución de los impuestos y al nombramiento de los oficiales de administración local. Otra, también preconizada por Turgot y Necker, era que la contribución llamada del "veintavo", de la que los privilegiados (nobleza y clero) estaban exentos, se pagaría entonces según las tierras y ningún predio quedaría eximido de ella; ni aun las tierras del dominio real quedaban libres de aquel impuesto territorial.

Hay que reconocer que estas dos reformas eran arriesgadas. ¿Cuál iba a ser la actitud del brazo popular en las nuevas asambleas provinciales? ¿Qué dirían los nobles al ver que la provisión de cargos no venía directamente del favor real? ¿Qué diría el clero, que poseía la sexta parte de las tierras de Francia, al ver que se las gravaban con impuestos?

La respuesta del rey a Calonne dicen que fue: "¡Pero esto es Necker puro!" "Señor –replicó el ministro–, dado el estado de Francia, no se os puede aconsejar nada mejor..." Viendo al monarca indeciso, Calonne propuso que se consultara a una asamblea de Notables antes de proceder a las reformas. "La monarquía ha llegado a un punto de madurez que permite perfeccionar su constitución", decía Calonne. Que la monarquía había llegado a la madurez y hasta más allá, no era dudoso, pero que el perfeccionar su constitución pudiera ser obra de Calonne, y reinando Luis XVI, ya ofrecía más dudas. Sin embargo, el rey se fue habituando a la idea de convocar una asamblea de Notables, y con su ingenuidad de "pobre hombre" creyó que de ella podía venir la salvación. "Hoy no he dormido, pero ha sido de placer", dijo a Calonne cuando se hubo decidido. La asamblea se convocó sin tan sólo consultar-



Primera sesión de los Estados Generales reunidos en Versalles el 5 de mayo de 1789 (Museo de Versalles).

lo' con la reina. Los Notables se reunieron en Versalles el 22 de febrero de 1787.

Escogidos arbitrariamente en la Cámara Real, había entre los Notables sólo seis del brazo popular; los demás eran príncipes de la sangre, prelados, nobles, magistrados, presidentes de municipios, todos de clases privilegiadas. Entre los nobles descollaba el joven marqués de La Fayette, con el prestigio que le daba su romántica intervención en la revolución americana. Algunas de aquellas personas eran cultas y de buen sentido y, teóricamente, cada una por separado hubiera aprobado las reformas, pero reunidas, y en la práctica, no estaban dispuestas a sacrificar sus privilegios.

La nación presenciaba aquel experimento con maligna curiosidad. Se conocía demasiado a Calonne para creer que llamaba a los Notables para nada serio; lo que quería era obtener más recursos con un fantasma de representación nacional. Sin embargo, algunas gentes ilustradas preveían que sería difícil detenerse allí. "Al convocar a los No-

LA CONVENCION Y EL TERROR

La victoria de Valmy, en septiembre de 1792, convenció a los revolucionarios franceses de la justicia de su causa y del triunfo irreversible de la Revolución. En ese momento de euforia se piensa en la "exportación" de la ideología francesa, se acuerda ayudar y socorrer a los revolucionarios de todos los países y se remprende la política de fronteras naturales de Luis XIV. Los girondinos se identifican con esta corriente expansionista y apoyan a los militares, que a principios de 1793 conquistan Bélgica y toda la orilla izquierda del Rin.

La reacción de los países legitimistas fue la formación de una alianza general contra la República: los ejércitos prusianos invaden la orilla izquierda del Rin, los españoles penetran en el Rosellón, Saboya cae en manos del rey de Cerdeña... Dumouriez, el más ilustre de los generales franceses, se pasa al enemigo. Empieza a hacerse realidad la traición en las propias filas, inmediatamente confirmada por la sublevación de la Vendée, la entrega de Tolón a los ingleses, el levantamiento de más de 60 departamentos contra París. Los girondinos, comprometidos por la actuación de Dumouriez y por los avatares de una guerra que han desencadenado y no saben ganar, caen en desgracia.

En un momento de peligro excepcional, apoyados por el pueblo y decididos a salvar la Revolución, suben al poder los jacobinos. Se suspende la vigencia de la Constitución y la Convención declara que "el gobierno de Francia será revolucionario hasta la paz". Emanados de la Convención surgen:

El Comité de Salvación Pública (creado en abril de 1793)	Se le encarga el poder ejecutivo, salvo finanzas y policía. Pronto gobernará como una dictadura y tomará medidas excepcionales: movilización general, creación de la industria de guerra, suspensión de elecciones... Se preocupa de sujetar estrechamente a las provincias mediante el envío de representantes nacionales superpuestos a las autoridades, a las que pueden destituir en caso necesario.	
El Comité de Seguridad Pública (creado en septiembre de 1793)	Encargado de la política.	Desencadenan el Terror como medio de acabar con la quinta columna y salvar la Revolución.
El Tribunal Revolucionario de París (creado en marzo de 1793)	Aplicará con dureza la "Ley de sospechosos"; todo aquel francés que traicione a la Revolución será condenado a muerte.	

tables, el rey ha dimitido", decían los nobles. "Versalles está de baja, el papel de Francia sube", decían los patriotas. "Es un ultraje a la nación tratar de cambiar el régimen sin convocar un Parlamento donde estaría representado el brazo popular", añadían otros.

Mientras tanto, los Notables deliberaban sin resolver nada práctico. Se habían dividido en siete comisiones, presididas por príncipes de la sangre: dos hermanos del rey, el duque de Orleáns, tres Condés y un nieto de Luis XIV y la Montespan. La luz que podía venir de comisiones así presididas tenía que ser muy tenue; los Notables sólo se manifestaron con entera claridad en lo del impuesto territorial. ¿No habían sido obtenidos los privilegios por servicios realizados en reinados anteriores? La exención de los impuestos no era un favor gratuito, sino a cambio de sacrificios que habían hecho sus antepasados por la nación. Pero Calonne vociferaba: "¡Son abusos! Sí, señores, abusos que pesan sobre las clases productivas y laboriosas, abusos de privilegios pecuniarios, excepciones de la ley común, desigualdad en el reparto de los subsidios, enorme desproporción entre las contribuciones de las diferentes provincias de un mismo Estado y entre las cargas de los súbditos de un mismo soberano". Así hablaba el ministro de la corona, no un demagogo. Para más coacción, el rey (o sea el ministro) hizo comprender a los Notables que se les había convocado, no con la finalidad de que deliberasen acerca del fondo de las reformas, sino sobre la manera más adecuada de llevarlas a la práctica.

Entonces uno de los Notables, el procurador general de Aix, pronunció la terrible sentencia: "Ni esta asamblea de Notables, ni otras asambleas parecidas, ni aun el rey...

Juramento del Juego de Pelota, según Luis David (Museo de Versalles). Una vez reunidos los Estados Generales, el brazo popular se constituyó en Asamblea Nacional y el 22 de junio sus miembros, reunidos en el trinquete de Versalles, juraron no separarse hasta haber elaborado una Constitución para el país.





Saqueo de los Inválidos el 14 de julio de 1879, cuadro de Lallemand el Joven (Museo Carnavalet, París). Las turbas de París, iniciada ya la Revolución, entraron a viva fuerza en los Inválidos, donde encontraron armas para asaltar la Bastilla.

pueden imponer el impuesto territorial. Unicamente tendrían derecho de hacerlo los Estados Generales, o Parlamento general de todo el reino, elegido por el pueblo".

Jurídicamente el procurador de Aix tenía razón; la monarquía absoluta había usurpado derechos a que la nación nunca había renunciado. Algunos de aquellos privilegios que Calonne calificaba de abusos habían sido concedidos en la Edad Media, mucho antes de que el rey hubiera absorbido todas las funciones del estado. La Fayette propuso también que se convocara para dentro de cinco años, esto es, para el año 1792, una "asamblea nacional". El nombre era insólito: "¿Queréis decir los Estados Generales?", preguntó el presidente, conde de Artois. "Sí, monseñor, y hasta algo más que esto", contestó La Fayette.

La asamblea de Notables se manifestaba, por tanto, contraria al absolutismo en el aspecto tributario y llegó a acusar a Calonne de malversación de fondos, por lo que éste dimitió. Su sucesor, el arzobispo De Brienne, disolvió la asamblea de Notables y trató de llevar a la práctica las ideas de Calonne, pero fracasó.

Deliberadamente hemos concedido un espacio que parece desproporcionado, en nuestro relato, a los preliminares de la revolución, porque hemos querido, con imparcialidad, poner de manifiesto la absoluta incompetencia de las clases privilegiadas. Taine y los demás escritores reaccionarios que historian la revolución lamentan la destrucción de vidas y riquezas que acompañó a la catástrofe. Acusan de ello a los *sans-culottes,* al tercer estado, o brazo popular. "¡Hay que precaverse contra los "de abajo" –parecen decirnos–; son peligrosos! ¡Mirad cómo se regocijaron como bestias feroces en los motines y degollinas de la revolución!" Pero Taine y otros escritores del siglo pasado olvidan cuánto dolor, cuánta pérdida

causaron los "de arriba", los Notables, por su testarudez, su ineptitud, su cobardía. Una revolución, en realidad, no es el paso de un régimen a otro régimen: es el paso de un sistema de gobierno a la anarquía. De la anarquía tiene que nacer un nuevo régimen si el antiguo no tiene vitalidad para reformarse gradualmente. Esto fue lo que ocurrió en Francia. Si los Notables hubiesen ayudado a Turgot o a Necker, aceptando medidas de transición de un régimen a otro, no hubiera habido necesidad de barrerlo todo con el huracán revolucionario. Taine y sus análogos se burlan despiadadamente de Rousseau y de su *Contrato Social,* pero, por lo menos, aquel hombre de la calle, aquel personaje oscuro y desheredado de la fortuna, había soñado un plan fantástico y lo deseaba con todo su corazón.

El fracaso de la asamblea de Notables hizo necesaria otra panacea: el Parlamento o Estados Generales. Estos empezaban a convertirse en mito redentor; las gentes deploraban el retraso de su convocación; se reunían para acordar la elevación de súplicas a las gradas del trono a tal objeto; se promovían disturbios: la insurrección empezaba. "Del caos tranquilo se pasa al caos agitado –escribía Mirabeau–; empieza la creación."

Por fin, la corte decidió la convocación de los Estados Generales, aunque nadie sabía exactamente lo que debían ser. En julio de 1788 un decreto real atestiguó que "durante varios meses se habían hecho estudios sin lograr averiguar la manera de celebrar elecciones, el número y la calidad de los elegidos, especialmente en aquellos tiempos". Un detalle: los Estados Generales no habían sido convocados por espacio de casi dos siglos, pero el pueblo recordaba confusamente algunos precedentes de que el rey había concedido una mayor representación al brazo popular, y la filosofía política del siglo XVIII había dejado bien sentado que era de justicia hacerlo así. Ligadas a esta cuestión estaban las de precisar si los tres brazos deliberarían juntos o por separado, y si los votos serían individuales o por brazos. Se llamó otra vez a los Notables para que aconsejaran sobre todos estos problemas, y se acabó fijando el número de 1.200 diputados, repartidos así: 600 del brazo popular, 300 de la nobleza y 300 del clero.

Esta concesión, en vez de aplacar a los campeones del pueblo, los enardeció. Ellos también habían derramado la sangre por la nación y no habían obtenido privilegios. ¿Es que la sangre que no es azul es agua y no sangre? El abate Sieyès, que luego sobresalió en las asambleas revolucionarias, publicó un librito que corrió como fuego. El título era: *Lo que es el tercer Estado,* o sea el brazo popular. Empezaba así: "¿Qué es el tercer Estado? –¡Lo es todo! –¿Qué ha sido hasta ahora en el gobierno? –¡Nada! –Si se eliminaran de la nación las clases privilegiadas, ¿el estado, en lugar de perder, ganaría? –Los nobles son un pueblo aparte dentro de una nación..." Con este curioso catecismo se hicieron las elecciones y se reunieron los Estados Generales en Versalles el 5 de mayo

LOS "CAHIERS"

Los *Cahiers,* palabra de significado equivalente al de *Programa,* fueron elaborados en las Asambleas electorales celebradas para elegir a los representantes del Tercer Estado. Resulta útil la comparación de las aspiraciones de los *cahiers* que provienen de medios campesinos y populares y los que provienen de medios burgueses y urbanos.

Cahiers campesinos	Cahiers burgueses
Igualdad de todos ante el impuesto.	Garantía de libertades civiles y políticas.
Alivio de la presión fiscal.	Reforma del estado y de la administración.
Supresión de las cargas y derechos feudales.	Acceso de todos los franceses a todos los cargos.
Reglamentación y tasación del comercio.	Libertad de comercio.

Mientras el pueblo pedía sobre todo una mejora de sus condiciones de vida, la burguesía aspiraba al dominio político, a la libertad de negocios, a la satisfacción de sus derechos individuales. Basta comparar estos deseos con la Constitución de 1791 para ver que en ella cristalizó todo el programa de la burguesía. Por ello, la Revolución francesa, a pesar de sus indudables medidas en favor del pueblo, fue una revolución burguesa, protagonizada por la burguesía y realizada en su favor.

R.G.

El conde de Mirabeau, por Tessier (Museo del Louvre, París). Diputado por Marsella para los Estados Generales, despuntó por su elocuencia y se convirtió en figura sobresaliente de los primeros tiempos de la Revolución. El descubrimiento, después de su muerte, de una correspondencia secreta con Luis XVI y María Antonieta pone en tela de juicio la sinceridad de sus acciones.



de 1789. Siempre se ha recordado esa fecha como la del comienzo de la revolución en Francia; en realidad, ésta comenzó con la asamblea de Notables. En mayo de 1789 empiezan los desórdenes.

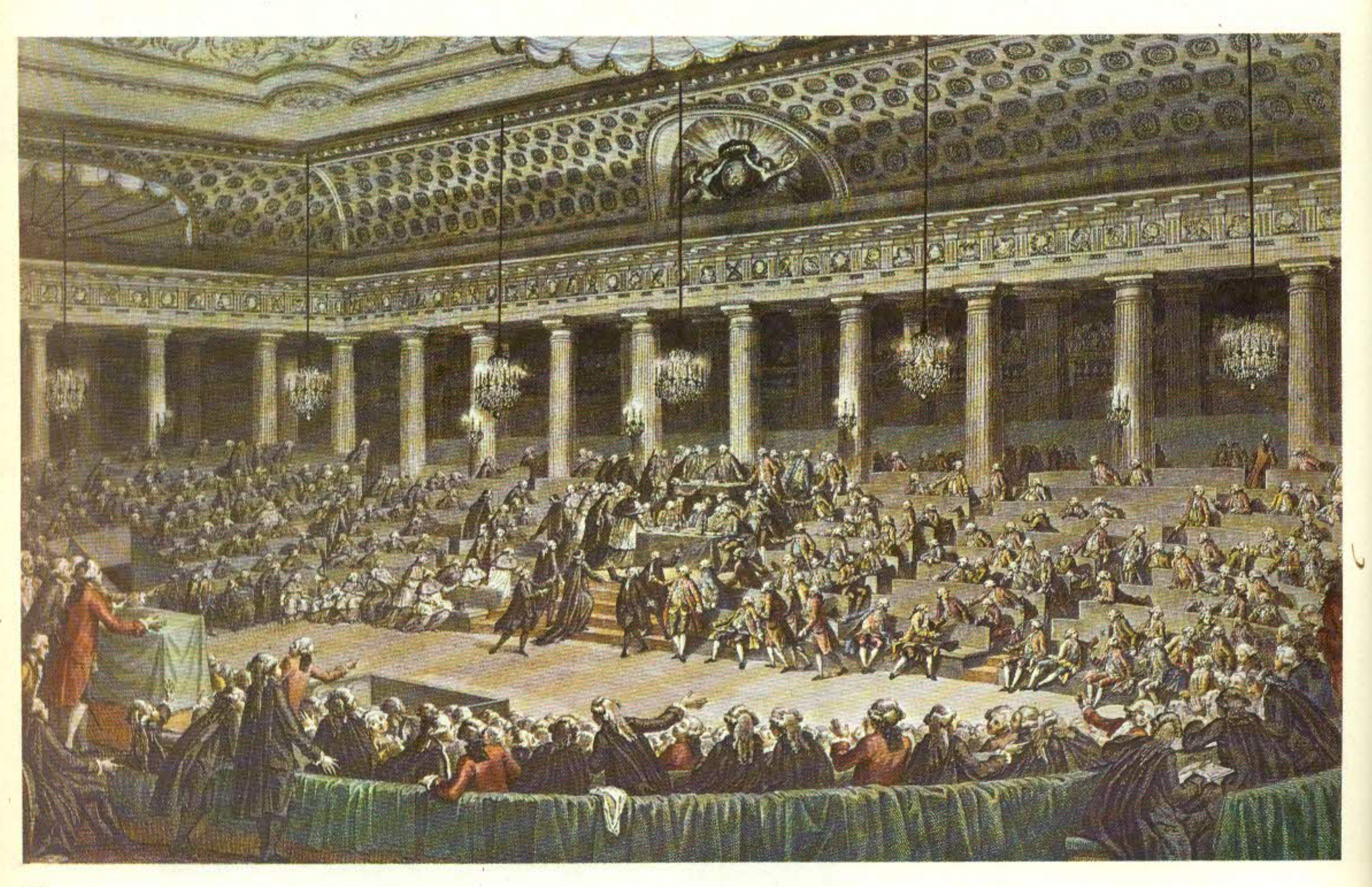
Los diputados, siguiendo la costumbre medieval, tenían que aportar una memoria *(cahier)* en que se denunciaran abusos y propusieran mejoras. La comparación de los *cahiers* del pueblo, del clero y de la nobleza es muy interesante: reflejan las distintas mentalidades de los estados, pero carecieron de trascendencia. Ya al día siguiente de la sesión inaugural el brazo popular se declaró en franca rebeldía. La nobleza y el clero, como en los Estados Generales de la Edad Media, querían deliberar separadamente, acaso para evitar la mayoría numérica de los 600 diputados del pueblo. Pero el brazo popular manifestó que "desde el momento de la inauguración no había diferencias: todos eran igualmente representantes de la nación".

El 17 de junio, el brazo popular, rebelde y aislado, se constituyó en Asamblea Nacional y el 22 del mismo mes los diputados rebeldes se juramentaron a no separarse hasta dejar elaborada la nueva Constitución del reino. Es el famoso juramento que se ha llamado del Juego de Pelota, porque se celebró en el trinquete de Versalles.

Ocurrió entonces un fenómeno notable. En lugar de producir escándalo, las extralimitaciones del brazo popular producían envidia a algunos de los otros brazos. Cada día abates y hasta nobles desertaban de su grupo para agregarse a los diputados del pueblo, erigidos en Asamblea Nacional. El clero y la nobleza, también contaminados de filosofía, cayeron en la cuenta de que era preferible legislar, deliberar sobre un nuevo pacto o Constitución, a bostezar oyendo proyectos de reforma expuestos por ministros de un rey absoluto.

No hubo más remedio que ceder; el 27 de junio el rey autorizó la unión de los tres estados y reconoció el hecho consumado de la Asamblea Nacional. Su composición era la misma que la de los Estados Generales, pero con un nombre mucho más significativo. La prueba es que el 6 de julio la asamblea nombraba de su seno una ponencia para que redactara el proyecto de Constitución. El 9 de julio decidió denominarse Asamblea Constituyente. Por otra parte, el 14 de julio de 1789 las turbas de París saqueaban el Hospital de los Inválidos y con las armas encontradas en aquel refugio-cuartel-museo

Sesión de la Asamblea Nacional (grabado de Helmen; Biblioteca Nacional, París).

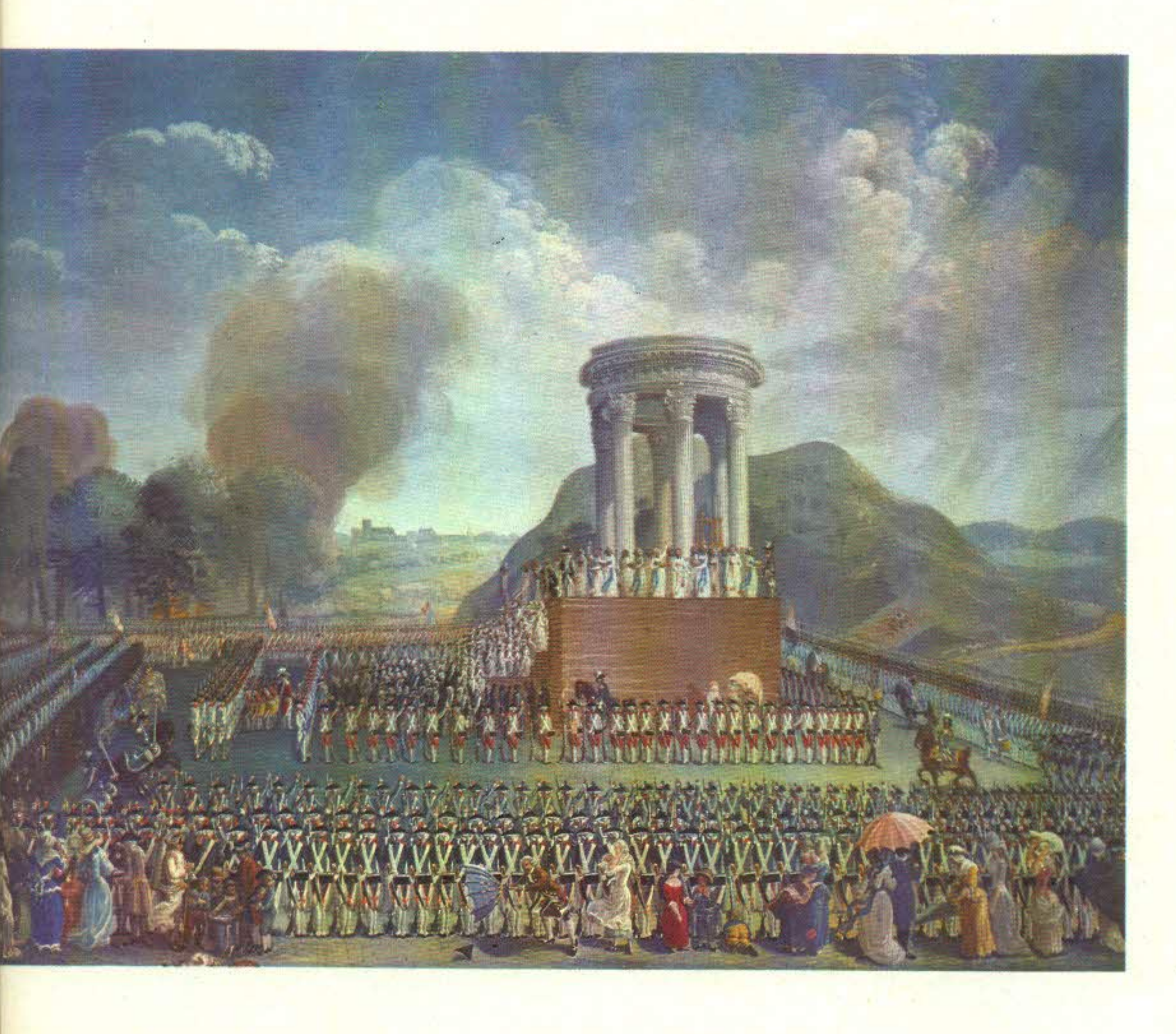




Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, en un panel de la época (Museo Carnavalet, París).

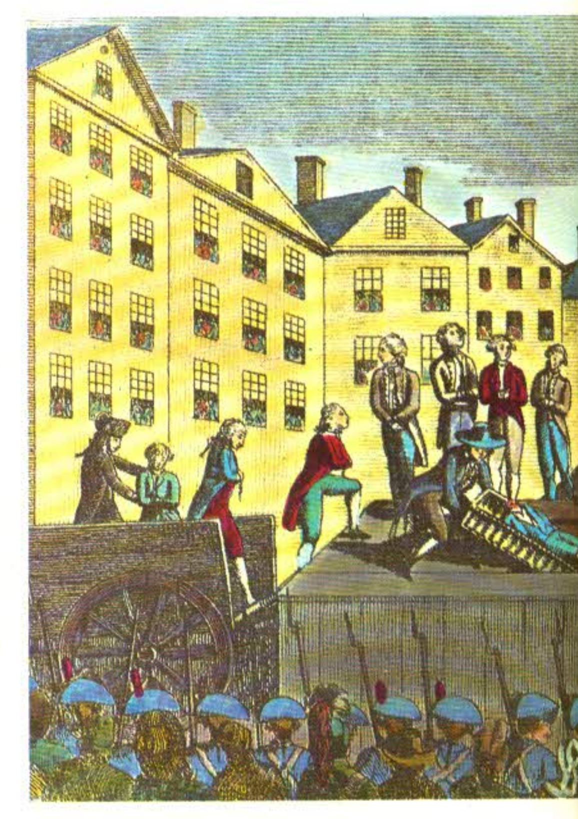
asaltaban la Bastilla. ¡Cuán rápidamente se sucedían los acontecimientos!... Desde el 5 de mayo, fecha de la inauguración de los Estados Generales, al 14 de julio sólo habían pasado algo más de dos meses; el régimen se declaraba caducado por la asamblea y su poder quebrantado con la toma del viejo castillo-prisión, espantajo de varias generaciones. Cuentan que el rey, al enterarse de la toma de la Bastilla por las turbas desatadas, exclamó asombrado: "¡Pero esto es un motín!" El duque de La Rochefoucauld replicó: "No, *sire,* es una revolución". El motín iniciado en París repercutió en provincias.

Taine detalla fastidiosamente los incendios, motines, saqueos y degollinas que se abatieron sobre Francia entera durante aquel verano de 1789. Tantos excesos no provocaron una reacción de los privilegiados. Sólo algunos príncipes como los Condés y los hermanos del rey emigraron. En cambio, otros aristócratas, contagiándose de la excitación, querían ser más revolucionarios que el tercer estado. El 4 de



Fiesta de la Federación en el Campo de Marte de París, según aguada de Cornu (Museo de Besançon). Tras los actos revolucionarios de París, los patriotas de las poblaciones de Francia se unieron en "federaciones". En 1790, para conmemorar el primer aniversario de la toma de la Bastilla, se acordó celebrar una concentración de los federados en París, en lo que tenía que constituir un símbolo de la reconciliación nacional. Asistieron 100.000 federados de las provincias y el rey pronunció el juramento, coreado por 600.000 voces. Antes se había celebrado una misa oficiada por el obispo de Autun, Talleyrand. Por la noche se encendieron iluminaciones y se organizaron bailes. Estos festejos duraron tres días.



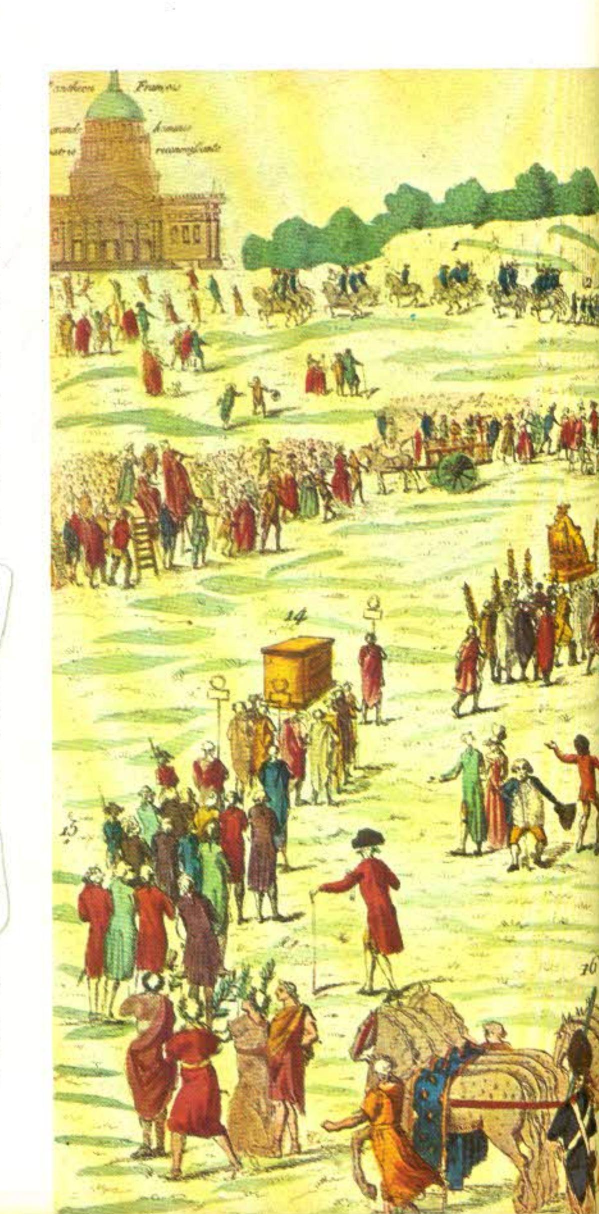


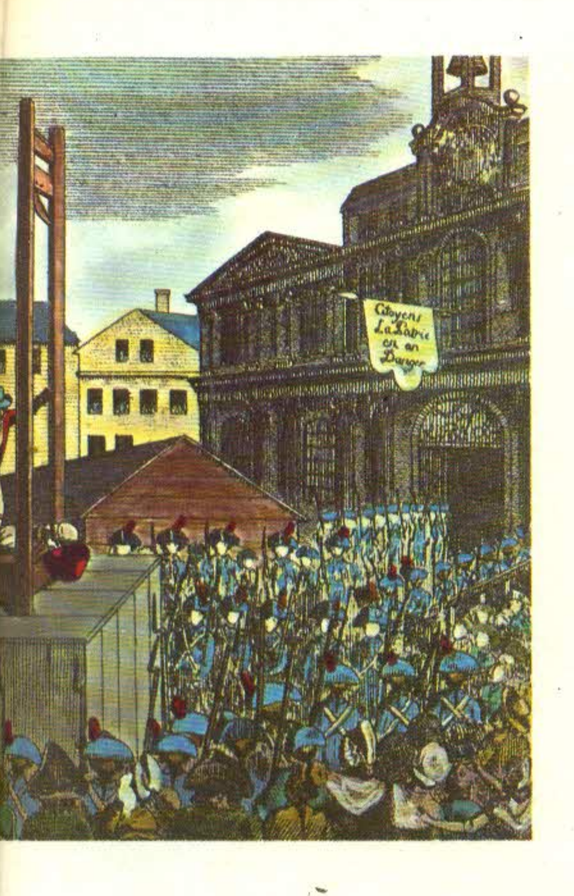
La gran ciudad desempeñó en todo momento el primer papel en la lucha revolucionaria. El pueblo bajo, que vivía en los barrios y pueblos del extrarradio, fue el ala radical que decidió en ocasiones el destino de Francia. Recordemos, por ejemplo, el papel primordial que los habitantes del barrio de San Antonio representaron en la toma de la vecina fortaleza de la Bastilla al principio del movimiento revolucionario.

agosto la nobleza dio un ejemplo de entusiasmo patriótico. Habían llegado a la Asamblea Constituyente noticias de los desórdenes de provincias, y para apaciguar al pueblo el vizconde de Noailles y el duque de Aiguillon propusieron que la asamblea declarara la igualdad de impuestos y la supresión de privilegios feudales. El duque de La Rochefoucauld propuso la liberación de los siervos; el arzobispo de Aix, la abolición de la gabela; el obispo de Uzès pidió la nacionalización de los bienes del clero. En medio del general tumulto, el arzobispo de París propuso que se conmemorara aquella generosidad con un tedéum en la catedral. Se acordó acuñar una medalla y dar a Luis XVI el título de Restaurador de la Libertad.

Con este espíritu, durante el verano iba prosiguiendo el debate de la Constitución. Se hizo preceder el texto de una Declaración de los Derechos del Hombre. Era un prefacio más filosófico que político, que garantizaba que nadie podía ser detenido a no ser por infracción de alguna ley, que todo acusado debía considerarse inocente hasta que se probara de manera cierta que era culpable, que no debía impedirse la libre exposición de principios, etcétera. Ello significaba el triunfo completo de Rousseau y Voltaire.

La Constitución aprobada por la asamblea, que se llama de 1791, estuvo en vigor sólo un año, y puede decirse que nunca fue aplicada. Pero quedó como modelo para la sociedad futura. Por lo pronto abolía los títulos y





Ejecución de nueve emigrados en París (Biblioteca Nacional, París). Los emigrados, disconformes con la Revolución, por lo general nobles, quisieron devolver a Francia su antiguo régimen; para ello combatieron a la República con las armas, aliándose con las potencias enemigas, etc. La Revolución francesa decretó la pena de muerte para ellos.

órdenes de nobleza. Prohibía la venta de cargos públicos y disolvía los gremios y asociaciones que monopolizaban el comercio. Impedía los votos religiosos, declaraba el matrimonio un contrato civil y establecía registros para nacimientos y defunciones. El divorcio fue reconocido por ley especial un año más tarde, en 1792.

La soberanía residía inalienablemente en la nación, pero ésta podía delegar su ejercicio en un cuerpo legislativo y en el rey. Se discutió la conveniencia de dos cámaras como

Primer número del periódico "Le Vieux Cordelier", de Camile Desmoulins (Biblioteca Nacional de París).

Traslado de los restos de Voltaire al Panteón (Biblioteca Nacional, París). La Revolución francesa, reconociendo la deuda que tenía contraída con los "filósofos", ordenó el traslado de los restos de Voltaire al Panteón de París.

Fiesta del árbol de la Libertad (grabado del Museo Carnavalet, París).



Luis XVI en una miniatura del Museo Lázaro Galdiano de Madrid.

en Inglaterra y los Estados Unidos, pero prevaleció la idea de una asamblea única. Tendría 745 diputados, y Francia, libre ya de sus fronteras interiores, se dividió en 85 departamentos. Los diputados eran elegidos por compromisarios, y éstos a su vez por todos los ciudadanos contribuyentes y que habían jurado fidelidad a la nación, a la Constitución y al rey. La duración de la asamblea era de dos años y el rey no tenía autoridad para suspenderla o disolverla. El rey elegía a sus ministros, cuyos cargos eran incompatibles con el de diputado; los ministros tenían asiento en la asamblea, pero sólo podían informar sobre asuntos de sus respectivos ministerios. Al rey se le llamaba "rey de Francia por la gracia de Dios y la voluntad nacional", y sus derechos eran indivisibles y hereditarios. No podía proponer ninguna medida por iniciativa personal y su veto era sólo "suspensivo". Por ejemplo: si ponía el veto a una ley de la asamblea, aquella misma asamblea no podía insistir, pero si después otras dos asambleas sucesivas

El león de Lucerna, monumento erigido a la memoria de los soldados de la guardia suiza que murieron en defensa de Luis XVI. En la invasión de las Tullerías por el pueblo de París, la guardia suiza opuso a la penetración de los revolucionarios la máxima resistencia, que llegó al sacrificio de sus vidas.



votaban la misma ley, ésta automáticamente quedaba vigente. Es decir, que se daba tiempo al rey y al pueblo para que meditaran seis años sobre su veto y sobre la ley.

El rey juró la Constitución con toda su familia, rodeado del pueblo y la Guardia Nacional, en una gran fiesta civil celebrada en el Campo de Marte. La corte y miles de ciudadanos creyeron que aquel acto teatral era la última concesión al espíritu revolucionario y que iba a empezar el régimen constitucional para el bien de Francia y de la monarquía. Pero un primer error fue excluir, por decreto, a los miembros de la Asamblea Constituyente (que habían redactado la Constitución en 1791) de la primera Asamblea Legislativa, que tenía que aplicarla. Los flamantes diputados no tenían ningún empeño en probar que aquel pacto, contrato o Constitución del año 1791 era inmejorable. Todo lo contrario; hombres nuevos, la mayoría jóvenes, saturados de filosofía, "republicanos", querían algo más radical que la Constitución "monárquica" elaborada por la asamblea de los Estados Generales.

En esta nueva Asamblea Legislativa predominaba el grupo que capitaneaban unos cuantos diputados de la Gironda, abogados y periodistas, saturados de mal digeridas lecturas clásicas, admiradores todos de Bruto, el asesino de César, aunque incapaces de violencia, con la excepción de sus grandilocuentes discursos empedrados de Plutarco y de ejemplos sacados de Tácito y Livio. Los girondinos alardeaban de virtud; pero por lo menos toleraban y hasta cooperaban con otros más demagogos, que deseaban la abolición de la monarquía para fines menos filosóficos. Éstos eran los llamados jacobinos, en aquel momento capitaneados por Danton y Robespierre, ex miembros de la Asamblea Nacional y que, por lo tanto, no habían podido ser elegidos para la Legislativa.

El rey, como siempre, estaba rodeado de ministros sinceros, pero pusilánimes como él y sin verdadera noción de la importancia de los acontecimientos. Para él, los sucesos revolucionarios eran todavía motines. Esto explica el error de los dos vetos que ocasionaron su ruina. La Asamblea Legislativa aprobó dos leyes por las que se castigaba

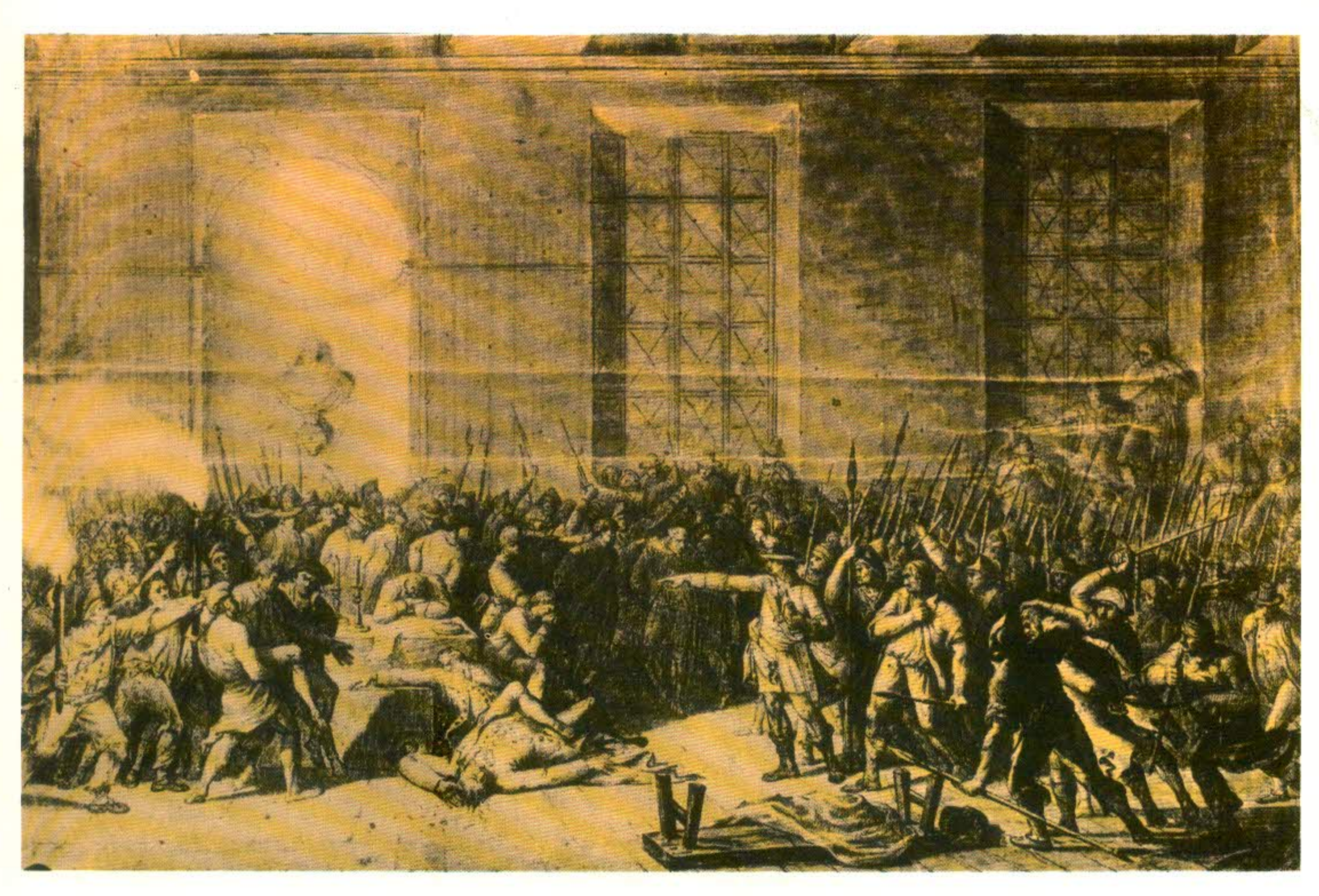
OPOSICION ENTRE GIRONDINOS Y JACOBINOS

La Convención (1792 a 1795) estuvo escindida en dos grupos irreconciliables: girondinos y jacobinos. Tradicionalmente se ha considerado a los primeros como conservadores y moderados, mientras se tacha a los segundos de extremistas y precursores del socialismo. Sin embargo, del examen de los programas de ambos partidos –realizados por los últimos historiadores de la Revolución francesa Lefebvre y Labrousse– no se deduce una diferencia esencial entre ellos. Los jacobinos eran fieles a las ideas liberales y burguesas de la revolución y sólo presionados por las circunstancias accedieron a algunas medidas de tipo socialista.

No obstante, se perciben entre ellos diferencias

en cuanto a su extracción social	**girondinos:** representan a la gran burguesía de los negocios.	**jacobinos:** representan a la pequeña burguesía y las profesiones liberales.
en cuanto a la extensión de la Revolución	**girondinos:** desean exportar la Revolución y son partidarios de una política expansiva y conquistadora.	**jacobinos:** los esfuerzos de la Revolución deben concentrarse en el interior del país.
en cuanto a las relaciones París-departamentos	**girondinos:** regionalistas, federalistas.	**jacobinos:** centralistas, parisienses.

R.G.



Los disturbios iniciados con motivo del asalto a las Tullerías y que continuaron hasta la deposición del rey, culminaron los días 2 a 6 de septiembre de 1792 con las matanzas realizadas en los detenidos en las cárceles de París.

con pérdida de bienes y otras medidas a los nobles emigrados y a la parte del clero que no había querido jurar la Constitución. En realidad, estas dos leyes eran una provocación, casi la trampa que los girondinos tendían a Luis XVI para hacerle caer. Los emigrados eran unos cuatro mil. Divididos en diversos lugares del extranjero, conspiraban para lograr una intervención, pero sin plan ni unidad de criterio. Los girondinos comprendieron que el rey, en conciencia, no firmaría aquellos castigos impuestos a sus partidarios. El asunto de los sacerdotes no juramentados era también discutible, aunque algo más claro que el de los emigrados. El rey podía firmar aquellas leyes sin gran daño, pero las vetó. No hay que decir que desde aquel momento los periódicos girondinos y las mil hojas jacobinas que se publicaban en Francia asociaron de modo indiscutible al rey y a los reaccionarios. El rey era el enemigo de la nación; la reina fue *madame Veto,* por haber, según se murmuraba, aconsejado los vetos al rey.

Recuerde el lector que Danton y Robespierre no habían podido ser elegidos miembros de la Asamblea Legislativa por el artículo de incompatibilidad. En cambio, habían encontrado refugio y ocupación como miembros del concejo municipal de París, o sea la *Commune*. La presencia de los dos genios más revolucionarios de Francia en un consejo administrativo, como debía ser regularmente el municipio de París, transformó la *Commune* en un foco de insurrección irresistible. La *Commune* tenía recursos, la *Commune* podía conspirar impunemente.

Viendo que los "vetos" de las leyes contra los emigrados y el clero no juramentado habían soliviantado a la multitud hasta el punto de hacer al rey culpable de todos los males, Danton y sus cómplices prepararon un primer levantamiento popular para el 20 de junio de 1792. La *Commune* aprobó la idea de una fiesta revolucionaria con la excusa de plantar un árbol de la libertad delante de las Tullerías, donde entonces habitaba el rey y donde se reunía la Asamblea Legislativa. El cortejo se congregó en el solar de la Bastilla y atravesó todo París llevando el árbol hasta llegar a las Tullerías. Después de plantarlo, alguien descubrió que era accesible una puerta de los jardines y la multitud se precipitó dentro del palacio. El rey quedó tan perplejo como el populacho al encontrarse ambos frente a frente. Otro grupo, principalmente compuesto de mujeres, invadió las habita-

ciones de la reina. En lugar de ser asesinados, como probablemente esperaban los organizadores de la "manifestación", ambos fraternizaron con los descamisados; el rey bebió a la salud de la nación, se puso un gorro frigio y blandió un sable, amenazando a invisibles enemigos de la patria.

Por lo visto, el "buen pueblo" de París era demasiado sensible para preferir el asesinato a la nueva sensación de conversar con reyes. Por lo tanto, los conspiradores (no es posible decir quiénes eran, sino tan sólo que Danton era uno de ellos) decidieron un segundo golpe para el 10 de agosto. Esta vez los "manifestantes" serían no sólo los ciudadanos de París, sino también jacobinos de todos los departamentos que habían llegado con el propósito de celebrar el 14 de julio, aniversario de la toma de la Bastilla, y se les había entretenido con excusas. Estaban impacientes por hacer algo.

La insurrección (porque de esto se trataba) no sobrevino por sorpresa. La corte y la Asamblea conocían los propósitos de la *Commune* y se habían preparado. Había en las Tullerías numerosas tropas decididas a



Ejecución de Luis XVI, según pintura de P. A. de Machy (Museo Carnavalet, París).



Marat, por J. Boze (Museo Carnavalet, París). Este activista revolucionario, miembro de la Convención, desempeñó un papel activo en las matanzas de septiembre y contribuyó a la caída de los girondinos (junio 1793). Poco tiempo después moría apuñalado por Carlota Corday.

vender cara su vida protegiendo a la familia real. Pero los toques a rebato de las campanas, que sonaban desde la medianoche, y la gritería del populacho desencadenado desmoralizaron a Luis XVI, que decidió no luchar y prefirió refugiarse con la reina y los príncipes en el local donde estaba deliberando la Asamblea Legislativa. La deserción del rey fue una catástrofe. Las turbas invadieron las Tullerías, degollaron y martirizaron a guardias y servidores, tanto a los que se entregaban como a los que resistían. En septiembre se continuó la degollina con la invasión de las cárceles.

Entre tanto, el rey y su familia estaban hacinados en un palco o tribuna de los secretarios de la Asamblea, esperando que se decidiera su suerte. Los jacobinos de la *Commune* enviaban mensajes que excitaban a la Asamblea a votar la deposición del rey. Pero



Por la Constitución de 1791, Francia se convierte en una monarquía constitucional, con los tres poderes, judicial, legislativo y ejecutivo, encomendados a órganos distintos independientes. El país es organizado de abajo arriba como una democracia censataria: quien no contribuye no tiene ningún derecho político; cuanto más se contribuye, más derechos se tienen. La Asamblea –máximo órgano del poder legislativo–, todos los cargos judiciales y todos los territoriales emanan del pueblo. Es de destacar la descentralización administrativa: el poder central no interviene en el gobierno interior de cada departamento ni tiene sobre sus autoridades medio de control.

ACTITUDES POLITICAS EN LA FRANCIA REVOLUCIONARIA

En estos años, en que nace la terminología política de *derechas* e *izquierdas* —por el lugar que ocupaban los miembros de la Asamblea Constituyente respecto a la presidencia—, entre las principales actitudes políticas cabe distinguir las siguientes:

En lo que hoy llamaríamos la extrema derecha (no representada en la Asamblea), los *emigrados*, es decir, los nobles intransigentes que huyeron al extranjero para combatir la Revolución y tratar de restaurar la monarquía absoluta del Antiguo Régimen. Los primeros en emigrar fueron el conde de Artois (hermano menor de Luis XVI y futuro rey de Francia con el nombre de Carlos X) y Luis José de Borbón, príncipe de Condé, un primo del rey que organizó en Worms un ejército de emigrados para luchar contra el nuevo régimen. Ambos emigraron poco después de la toma de la Bastilla, y al igual que el resto de los nobles que siguieron su ejemplo, se vieron desposeídos de todos sus bienes por el gobierno. Los peones de la contrarrevolución fueron los campesinos monárquicos de la Vendée y de las regiones del Noroeste, estos últimos llamados *chuanes* por el apodo de uno de sus jefes, Jean Cottereau, quien usaba como contraseña el grito del búho *(chat-huant*, de donde la palabra *chouan)*. Vendeanos y chuanes, mandados por aristócratas fuera de la ley, enardecidos por sus "rectores", que predicaban la "guerra santa", y sostenidos por la ayuda inglesa, tuvieron en jaque a la República durante largos años. La mejor descripción literaria de estos guerrilleros bárbaros y fanáticos la dio Balzac en su novela *Los chuanes* (1829).

En la derecha, los *fuldenses*, grupo de moderados partidarios de la monarquía constitucional, tan opuestos al Antiguo Régimen como a la democracia. Su nombre procede del antiguo convento de los *feuillants*, en el que fundaron un club político en julio de 1791 al separarse de los jacobinos; sus principales representantes, como La Fayette —héroe de la guerra de la independencia americana—, Barnave y Bailly, fueron muy pronto desbordados por los acontecimientos y no tardaron en desaparecer de la escena política.

Inicialmente a la izquierda, aunque luego cada vez más inclinados hacia posiciones derechistas, los *girondinos*, así llamados porque la mayoría de sus miembros originariamente procedían de la Gironda, en el sur de Francia; representaban a la pequeña burguesía ilustrada, aunque con numerosas conexiones con la alta burguesía y el mundo de las finanzas. En 1792, sus hombres (Vergniaud, Brissot, Guadet, Roland) ocuparon el poder después de haber atacado con violencia la institución monárquica, pero tras la caída de Luis XVI, cada vez más asustados por la marcha de la Revolución, su carácter moderado se fue acentuando progresivamente, hasta que en la primavera de 1793, en un choque decisivo con los jacobinos, fueron aniquilados. La fama póstuma de este grupo (que representó una tendencia federalista frente al centralismo jacobino) se debió en buena parte a la *Historia de los girondinos* (muy idealizada y parcial) que el poeta Lamartine publicó en 1847 y que tuvo una enorme difusión.

A la izquierda, los *jacobinos* propiamente dichos o *montañeses*. Se trataba en un principio de un club que desde octubre de 1789 celebraba sus reuniones en el refectorio de un antiguo convento de dominicos *(jacobins)*, agrupando ideologías muy dispares; sin embargo, la radicalización de su clima político motivó que se separaran de él los más moderados —primero los fuldenses y luego los girondinos—, y a partir de fines de 1792 se convirtió en un grupo puramente *montañés;* se llamaba *montañeses* a los miembros de la Convención que se sentaban en la parte más alta de la gradería, la "Montaña", y que formaban la izquierda de la asamblea. Sus jefes, entre los que figuran los revolucionarios más famosos, como Robespierre, Marat, Danton, Desmoulins y Saint-Just, representaban las actitudes más enérgicas y violentas, como portavoces de la pequeña burguesía y de los medios populares. Después de triunfar sobre los girondinos (junio de 1793), organizaron el gobierno llamado del Terror hasta ser abatidos en 1794 por la reacción termidoriana.

El ala extremista del jacobinismo la constituían los *cordeleros*, club abierto en 1790 en un antiguo convento de cordeleros o franciscanos; se nutrían fundamentalmente de artesanos y obreros de los suburbios, contaron con figuras de la talla de Marat, Danton y Hébert y tuvieron una importante participación en todas las grandes jornadas revolucionarias. Todavía más a la izquierda estaban los llamados *rabiosos (enragés)*, dirigidos por un antiguo sacerdote, Jacques Roux, apodado "el predicador de los *sans-culottes*". Las audaces medidas económico-sociales motivaron que fueran considerados peligrosos por Robespierre y sus amigos, quienes les hicieron detener en septiembre de 1793.

Las fuerzas de choque del movimiento revolucionario fueron los *sans-culottes*, que a lo largo de tres años, de 1792 a 1795, impulsaron los grandes cambios que se producían en el país. Su nombre de "sin calzones" fue el mote que los aristócratas daban a los revolucionarios por haber abandonado el calzón, prenda habitual de las clases acomodadas, y haberlo sustituido por pantalones de buriel a listas. De los estudios de Soboul y Rudé se desprende que los *sans-culottes* constituían un grupo social bastante heterogéneo, en el que no siempre predominaban las clases más bajas de la población, lo que hoy llamaríamos "proletariado", sino que comprendía también numerosos artesanos, pequeños tenderos y trabajadores independientes.

El papel activo de los *sans-culottes* y de las diversas facciones revolucionarias terminó con la subida al poder de los *termidorianos* (Tallien, Fouché, Barras), todos ellos antiguos "terroristas", que pusieron fin a la democracia autoritaria haciendo marcha atrás y estabilizando la Revolución en la fase que les convenía. Pero todavía en estos años surgió otro grupo extremista, el de Babeuf y sus amigos (Darthé, Buonarroti, Barère), de tendencias "comunistas", que preconizaba la abolición del derecho de propiedad; el propósito inicial de la "conjuración de los Iguales" era derribar al gobierno, pero uno de los conjurados, Grisel, les traicionó. El 10 de mayo de 1796 fueron detenidos y Babeuf y Darthé murieron en la guillotina. Un superviviente del complot, el italiano Buonarroti, debía publicar en 1826 una famosa historia de esta abortada conjura.

C. P.

la Asamblea se contentó con aprobar una propuesta de Vergniaud, el más elocuente de los girondinos, que declaraba al rey suspenso en su oficio y nombraba un preceptor para el delfín. El hecho de que desde aquel momento Francia fuese un reino con un rey suspendido obligaba a convocar una convención para redactar otra Constitución que estuviera en armonía con la situación legal creada por los acontecimientos. Quedaba, pues, evidenciado que los girondinos, republicanos en los *clubs*, eran todavía monárquicos en la Asamblea y concebían tal vez la posibilidad de hacer un rey de aquel niño de ocho años para quien se buscaría un filósofo como preceptor. Esta solución, naturalmente, no satisfizo a los jacobinos de la *Commune*. Pero esperaban dominar la nueva convención que heredaría el poder de la Asamblea Legislativa y se limitaron a forzar las elecciones, dando a toda Francia una impresión de revuelta que dejaba entrever



María Antonieta ante el tribunal revolucionario. A diferencia de Luis XVI, juzgado por la Convención, a María Antonieta la condenó un tribunal.

el advenimiento inminente del Terror. En París los jacobinos ganaron casi todos los puestos. Fueron elegidos por la capital los personajes siguientes: Robespierre, Danton, Marat, Camille Desmoulins, Collot d'Herbois, Billaud-Varennes... La lista de los veinticuatro miembros que habían sido elegidos por París podría acabar con el duque de Orleáns, que había tomado el nombre de Felipe Igualdad, y el pintor David. Los girondinos fueron también reelegidos.

La Convención, que iba a durar hasta el 26 de octubre de 1795, inauguró sus sesiones el 21 de septiembre de 1792. Duró, pues, tres años; en la fraseología de la época, la Convención debía dar a Francia un nuevo

LA ESTADISTICA DEL TERROR

Estudios modernos, como el realizado por Donald Greer, permiten conocer aproximadamente el número de víctimas que causó en Francia el período llamado del Terror.

Respecto al número de sospechosos que fueron encarcelados durante estos meses, los especialistas no se han puesto de acuerdo; mientras para Louis Jacob fueron relativamente muy pocos, alrededor de 70.000, Greer y Lefebvre estiman que debieron ser muchos más y aventuran la cifra de 500.000; Mathiez, por su parte, habla de unos 300.000.

Divergencias mucho menores hay en lo tocante al número de muertos. Según Greer, su número oscila en toda Francia entre 35 y 40.000, teniendo en cuenta las ejecuciones sin juicio previo, como las que tuvieron lugar en Nantes y en Toulon. Las sentencias de muerte que dictó el Tribunal Revolucionario y las diversas jurisdicciones excepcionales fueron exactamente 16.594; la mayoría de ellas (10.812) se sitúan entre octubre de 1793 y mayo de 1794. Sólo el 16 % de estas penas de muerte se dictaron en París, mientras que la gran mayoría (71 %) corresponden a las regiones que eran escenario de la guerra civil.

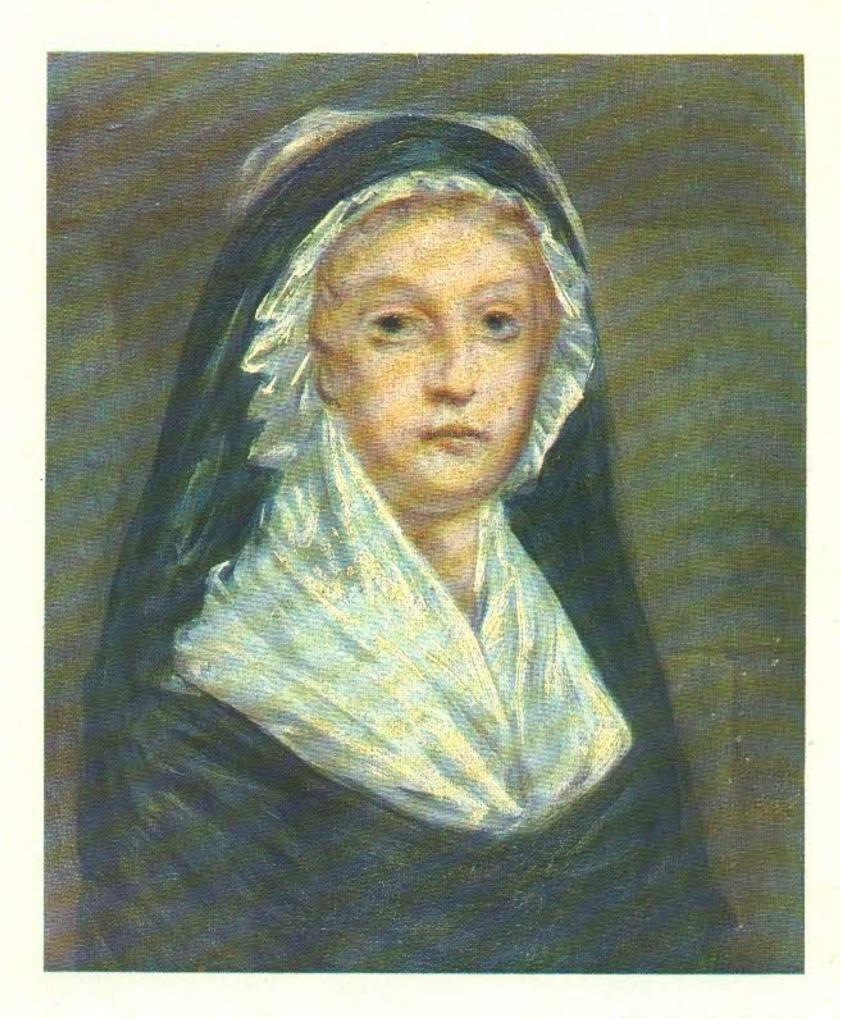
Más de tres cuartas partes de las sentencias (78 %) fueron motivadas por rebelión o traición, y un 19 % por delitos de opinión (conspiraciones, federalismo, etcétera). También es bien conocido el origen social de los condenados a muerte: el 84 % de ellos pertenecían al Tercer Estado, según la siguiente proporción: *sans-culottes,* 31 %; campesinos, 28 %; burgueses, 25 %. No obstante, el porcentaje de nobles fue del 8,5 %, y el de clérigos, del 6,5 %.

No hay estadísticas de las víctimas del llamado "Terror blanco" que se desencadenó después de la caída de Robespierre, ya que en la mayoría de los casos fueron ejecuciones sin ninguna formalidad jurídica, pero sí se sabe que fueron muy numerosas.

C. P.

pacto o contrato –el documento que hoy llanamente llamamos Constitución– y además gobernar, atender a apremiantes necesidades de la nación en plena anarquía. Para los ideólogos –podríamos decir filósofos-diputados– lo primero era decidir qué clase de gobierno iban a establecer, y ya el primer día –el mismo 21 de septiembre– la Convención declaró, por unanimidad, que la monarquía quedaba abolida. El segundo día, el 22, se decretó que desde entonces se datarían los documentos a contar del año primero de la República.

La rapidez de la revolución empezó entonces a alarmar a los girondinos y comenzaron a insinuar que Danton y otros jacobinos aspiraban al triunvirato o la dictadura. La lucha entre jacobinos y girondinos se suspendió, de momento, con la excitación que produjo el proceso del rey. La Convención, arrogándose derechos de tribunal, acusó a Luis XVI de traidor a la nación por haber mantenido correspondencia secreta con los monarcas europeos que se interesaban en su salvación. La Convención declaró por unanimidad que Luis Capeto era "culpable de conspirar contra la seguridad general del estado". En cambio, el castigo, o sea la pena capital, no obtuvo más que una ínfima mayoría. El rey fue guillotinado en



María Antonieta en la Conserjería, por Sofía Prieur, de un apunte de Kucharski (Museo Carnavalet, París).



La Conserjería, donde permaneció encerrada María Antonieta hasta el momento de ser llevada al cadalso.

La distribución territorial de la Francia del Antiguo Régimen revela la estructura todavía feudal del país. Cada una de las provincias, de extensión variable, tiene una organización interna peculiar y sus relaciones con el poder central van desde la autonomía hasta la directa administración real. En 1789, Francia es dividida en 83 Departamentos de extensión equivalente y de idéntica estructura política, sujetos todos a las leyes dictadas por la Asamblea y al gobierno de los ministros del rey.





la Plaza de la Revolución, la que hoy es Plaza de la Concordia, el 21 de enero del año de 1793, I de la República. El proceso de la reina se efectuó medio año después; ya no se la juzgó en la Convención, sino por un tribunal. Mientras el rey fue a la guillotina en carroza, la reina fue llevada en carreta, las manos atadas y mirando hacia atrás.

Desaparecido el enemigo común, que era la monarquía, se hizo más aguda la discusión entre girondinos y jacobinos. Estos últimos, que dominaban todavía la *Commune,* contaban con París para salvar y empujar la revolución; los girondinos pensaban que las provincias, o departamentos, estaban ya fatigadas de desorden y servirían de dique al torrente revolucionario. Pero se equivocaron; mientras en revoluciones posteriores Francia ha encontrado freno en los departamentos, porque con mayores facilidades de transporte éstos han podido movilizarse y sofocar la hoguera de París, en los años de la Convención las "secciones" o barrios de París arrollaban cuanto pudiera ser obstáculo al progreso de la revolución. Las "secciones" o tenencias de alcaldía de París, apoyando a los jacobinos de la *Commune,* forzaron la caída de la monarquía, y el verano del mismo año 1793, después de varios motines o golpes de estado, consiguieron la proscripción de los girondinos. Estos, demasiado intelectuales, se hubieran satisfecho con una república democrática al estilo de las de nuestro siglo; pero las revoluciones no se contentan con soluciones sensatas, el péndulo ha de caer al otro lado para después estacionarse definitivamente en el centro. Los girondinos pagaron su moderación, unos suicidándose, otros terminando en la guillotina en octubre del 93, antes de transcurrido un



Miniatura con la efigie del delfín Luis, hijo de Luis XVI y María Antonieta, por Aleksander Kucharski (Museo Nacional, Cracovia). Encarcelado con su familia en el Temple, fue colocado bajo la vigilancia de un zapatero. Seguramente moriría por falta de cuidados.

Danton, el célebre revolucionario francés, creador del Tribunal revolucionario y del Comité de Salvación Pública, de donde fue eliminado por Robespierre. Ello le llevó a oponerse a los métodos de éste, pero Robespierre consiguió su encarcelamiento y que fuera guillotinado después.



año de haber votado ellos mismos la muerte del rey Luis XVI.

Su pecado había sido proponer una organización federal para Francia, que en aquellos momentos era, en cierto modo, sospechosa de ser una medida reaccionaria.

Danton, aliado de los girondinos en los días de la Asamblea Legislativa y su peor enemigo en la desgracia, fue guillotinado por traición en abril del año siguiente. El "incorruptible" Robespierre intentaba proseguir la revolución, haciéndola más radical –y más cruel–; pero cuando se alejó el peligro de la invasión extranjera, su dictadura pareció innecesaria, y los conspiradores le hirieron en la misma *Commune* y fue ejecutado al día siguiente (julio de 1794). La *Commune* fue disuelta el mismo día y poco después se cerró el club de los jacobinos. El péndulo

CRONOLOGIA DE LA REVOLUCION

1788: *8 agosto.* Anuncio de la convocatoria de los Estados Generales.
25 agosto. Segundo ministerio de Necker.

1789: *5 mayo.* Apertura de los Estados Generales.
20 junio. Juramento del Juego de Pelota.
9 julio. Dan comienzo las sesiones de la Asamblea Nacional Constituyente.
14 julio. Toma de la Bastilla.
26 agosto. Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.
5-6 octubre. Marcha del pueblo parisiense a Versalles y retorno del rey a París.
2 noviembre. Secularización de los bienes eclesiásticos.

1790: *12 julio.* Constitución civil del clero.
14 julio. Fiesta de la Federación.

1791: *13 abril.* El papa condena la Constitución civil del clero.
20 junio. Huida a Varennes.
14 septiembre. El rey acepta la Constitución.
1 octubre. Primera sesión de la Asamblea Legislativa.

1792: *20 abril.* Declaración de guerra a Austria.
20 junio. El pueblo de París invade el palacio de las Tullerías.
10 agosto. Deposición del rey.
2-6 septiembre. Matanzas en las cárceles.
21 septiembre. Comienzos de la Convención Nacional y abolición de la realeza.

1793: *21 enero.* Ejecución de Luis XVI.
marzo. Insurrección de la Vendée.
10 marzo. Creación del Tribunal Revolucionario.
2 junio. Proscripción de los girondinos.
13 julio. Asesinato de Marat.
23 agosto. Leva masiva.
17 septiembre. Ley de sospechosos.
16 octubre. Ejecución de María Antonieta.
31 octubre. Ejecución de los jefes girondinos.

1794: *24 marzo.* Ejecución de los hebertistas.
5 abril. Ejecución de los dantonistas.
8 junio. Fiesta del Ser Supremo.
26-27 julio. Cae Robespierre.
28 julio. Ejecución de Robespierre y sus amigos.
septiembre. Disolución de la Comuna de París.
19 noviembre. Cierre del club de los jacobinos.

1795: *6 abril.* Paz de Basilea entre Francia y Prusia.
27 julio. Tratado de Basilea entre Francia y España.
26 octubre. Comienzo del Directorio.

1796: *abril.* Bonaparte inicia su campaña de Italia.
10 mayo. Detención de Babeuf y sus amigos.
15-17 noviembre. Victoria de Bonaparte en Arcole.

1797: *14 enero.* Victoria de Rivoli.
4 septiembre. Golpe de estado del 18 Fructidor.
18 octubre. Tratado de Campoformio.

1798: *mayo.* Comienzo de la expedición a Egipto.
21 julio. Victoria de las Pirámides.

1799: *9 noviembre.* Golpe de estado del 18 Brumario.
10 noviembre. Comienzo del Consulado.



La última llamada de las víctimas del Terror, por C. L. Muller (Museo de Versalles).

empezaba a descender hacia la derecha, mientras iban cayendo unas tras otras las cabezas de los facciosos de la Convención.

Pero en tanto la guillotina iba segando en los respiros que dejaba la lucha de partidos, las cabezas que subsistían iban elaborando un nuevo pacto o contrato que viniera a sustituir la Constitución del año 1791. En esta nueva Constitución de la Convención se desvanecían los últimos derechos feudales.

La nueva Constitución jacobina definía el derecho de propiedad diciendo que todo ciudadano puede gozar y disponer de los bienes conseguidos con el fruto de su trabajo. En cambio, otro párrafo afirmaba que "el fin de la sociedad es el bien común", que el hombre tiene "derecho" al trabajo y que, si no puede trabajar, "los socorros públicos son una deuda sagrada".

No hay duda de que si la revolución hubiese continuado su marcha normal (sin Bonaparte), hubiera intensificado este tono

DOS ESPAÑOLES EN LA REVOLUCION FRANCESA

En el primer período de la Revolución desempeñó un papel de cierta importancia el granadino Andrés María de Guzmán, aristócrata de ideas liberales que había sido oficial de caballería en España y que, mientras andaba envuelto en intrincados pleitos sucesorios, obtuvo la nacionalidad francesa en 1781. En París siguió con gran interés el desarrollo de los acontecimientos, tomó parte activa en la Revolución y defendió enérgicamente a los montañeses de los ataques de los girondinos. Su origen extranjero motivó que fuera detenido en varias ocasiones. A partir del verano de 1793 aparece íntimamente relacionado con el grupo de Danton y Desmoulins, interviniendo también en el turbio asunto de la liquidación de la Compañía de Indias y compartiendo la riqueza y la vida de libertinaje de sus amigos. Cuando Robespierre incluyó en un mismo proceso por traición y corrupción a los llamados "indulgentes" (Danton y Desmoulins) y a los agiotistas de la Compañía de Indias, fue con ellos condenado a muerte y murió con sus compañeros en la guillotina el 5 de abril de 1794. Contaba entonces cuarenta y un años de edad.

Mucho más influyente fue su compatriota Teresa Cabarrús, nacida en 1773 en Carabanchel Alto, cerca de Madrid, hija del importante banquero y político español Francisco Cabarrús. Tras haberse divorciado de su primer marido, el marqués de Fontenay, encontrándose en Burdeos fue encarcelada, pero la salvó la seducción que ejerció su belleza en el implacable terrorista Tallien, quien, bajo su influencia, moderó notablemente sus excesos. Más tarde, en París volvió a ser encarcelada y, después de que su amante se convirtiera en uno de los jefes de la reacción termidoriana que provocó la caída de Robespierre, recobró la libertad, contrajo matrimonio con Tallien (diciembre de 1794) y durante varios años fue una de las reinas de la vida mundana parisiense. Se le dio el sobrenombre de "Notre Dame de Thermidor"; intervino en cuestiones políticas, dictó la moda a las elegantes de la época, imponiendo la túnica griega corta y semitransparente, y se hizo famosa por la extravagante fastuosidad de su vida. Tras haber sido la amante de Barras, se divorció de Tallien y contrajo aún un nuevo matrimonio, ahora con un aristócrata, el conde de Caraman-Chimay. Murió en Chimay en 1835.

C. P.

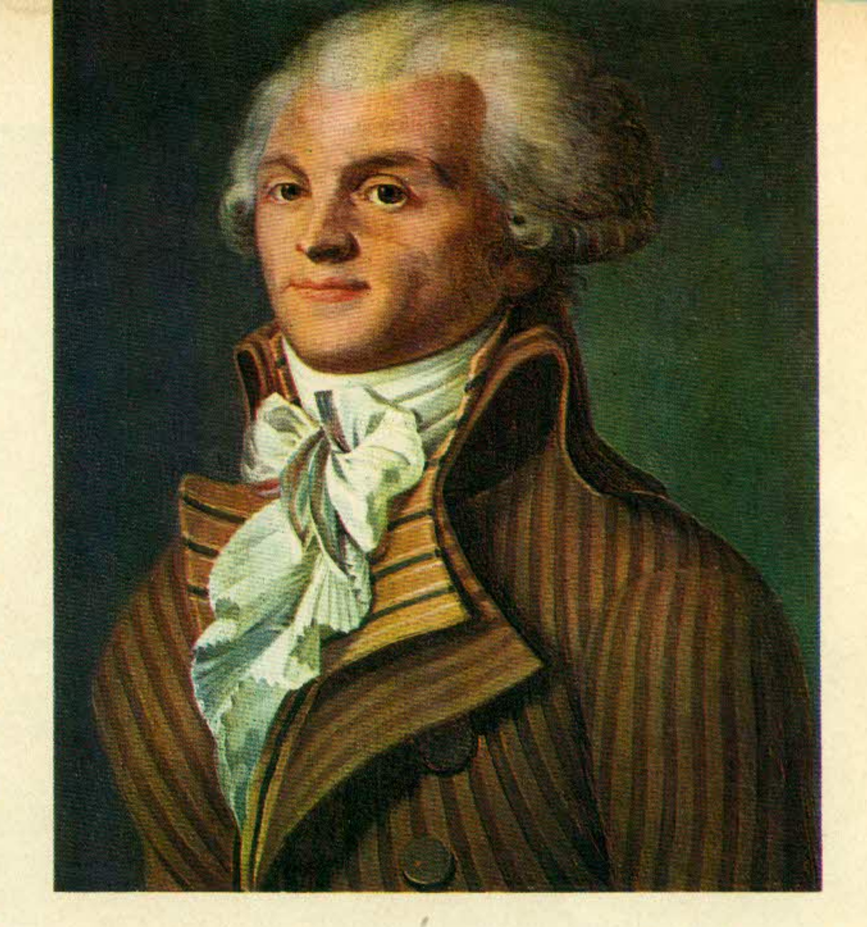
socialista. Robespierre había dicho: "Todo lo que es necesario es de propiedad común; sólo lo superfluo debe permitirse que sea de propiedad privada". El bienestar del pueblo se consideraba como la primera obligación del gobierno. Saint-Just, lugarteniente de Robespierre, decía: "Un pueblo que no es feliz no tiene patria".

Empezaba a cristalizar la idea de que Francia tenía que imponer sus principios a Europa: *"Ne voyons pas assez l'Europe"*. "Nuestras fronteras serán los cuatro ámbitos del planeta", había dicho Danton. Otros creían augurar que habría gobiernos "a la antigua", mientras otros se constituirían a imitación de Francia.

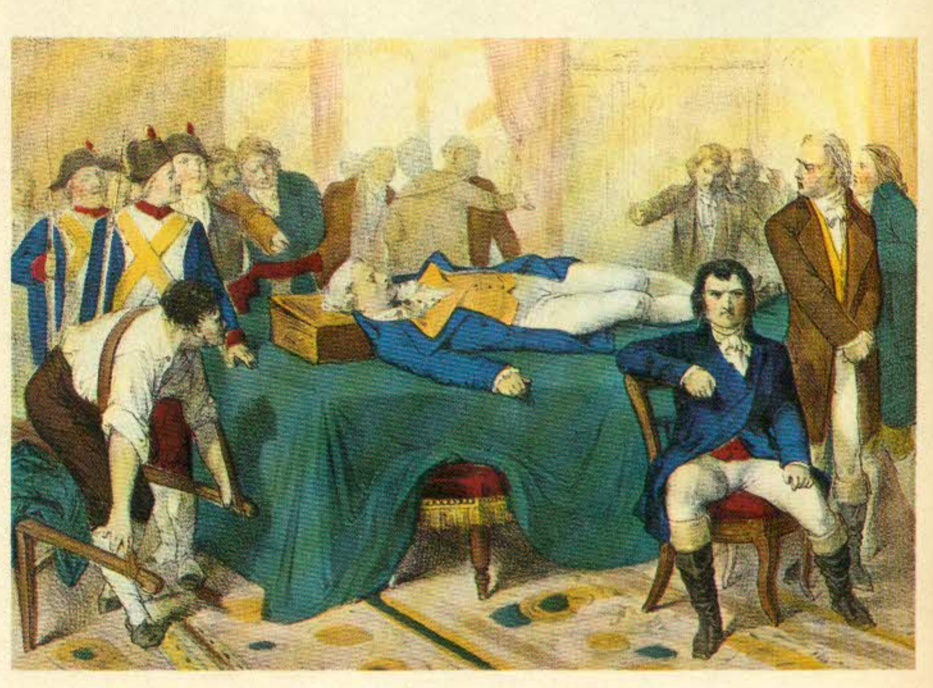
Pero, además de discutir "principios", la Convención fue decretando, en el transcurso de su gestión, medidas de las que todavía hoy Francia se beneficia. Creó la Escuela Normal Superior; el Jardín de Plantas y el Observatorio fueron reorganizados; impuso el sistema métrico decimal; estableció el Registro de Propiedad literaria, el Gran Libro de la Deuda, etc.

La revolución hubiera debido precisar cuáles eran los gobiernos a la antigua y los modernos. Los revolucionarios franceses no tenían un programa ni un ideal común. Ni tenían un libro santo como los puritanos; lo que más había sufrido en las jornadas revolucionarias era la religión. Había entre los girondinos aquellos que adoraban un Ser Supremo, pero sin precisar su carácter, si era sólo el Creador o además el mantenedor del universo y el juez que impone reglas de conducta y hasta de gobierno. Para unos, el objetivo era restaurar la forma primitiva de humanidad natural propuesta por Rousseau; para otros, el progreso continuado después de las etapas revolucionarias debía producir una sociedad mejor. Sin embargo, ni unos ni otros explicaron el camino para llegar a su ideal ni se esforzaron en proponerlo para su inmediata realización. No dejaron un texto de gobierno republicano. Aparentemente la Revolución francesa no hizo más que destruir el antiguo régimen y esto a algunos les parecerá muy poco, porque en la Francia monárquica había muchas cosas admirables; pero estaban éstas tan ocultas entre defectos y aberraciones, que hubiera sido imposible aprovecharlas en los nuevos tiempos con los cambios que imponía la ciencia. Aun suponiendo que en Francia se pudieran salvar algunos elementos de civilización neoclásica, en el resto de Europa las cortes, imitación de la de Versalles, con sus príncipes disolutos, su burguesía entumecida, su cultura casi medieval, no tenían gran cosa que mereciese conservarse. Y las etapas revolucionarias en Francia advirtieron del peligro a los grandes y despertaron deseo de cambios en los menestrales y en los intelectuales.

Los esfuerzos que hicieron los príncipes europeos para socorrer a sus "primos" de Francia no merecen ser recordados. Sólo doscientos soldados extranjeros de la Guardia Suiza, que fueron acuchillados defendiendo las Tullerías, han sido dignos de un monumento: el león herido de Lucerna los glorifica magníficamente.



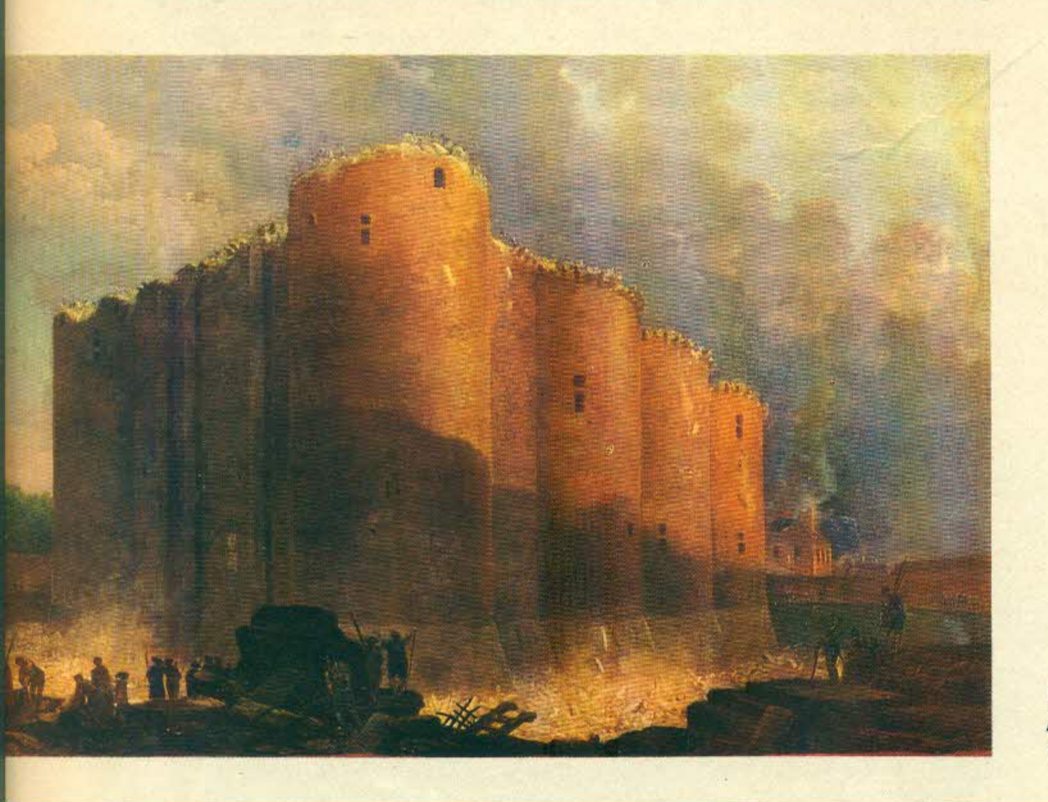
Maximiliano Robespierre (Museo Carnavalet, París), el jefe de los jacobinos y organizador del Terror como sistema de gobierno.



La revolución termidoriana en el Ayuntamiento de París (Museo Carnavalet, París).

BIBLIOGRAFIA

Goubert, P., y Denis, M.	*1789. Les français ont la parole. Cahiers des Etats Généraux, pressentés par...,* París, 1964.
Greer, D.	*The incidence of the Terror,* Cambridge (Mass.), 1935.
Lefebvre, G.	*La Revolución francesa y el Imperio,* México, 1960. – *Les Thermidoriens,* París, 1937.
Mathiez, A.	*La Révolution française,* París, 1922-1927 (3 vols.).
Robiquet, J.	*La vie quotidienne au temps de la Révolution,* París, 1938.
Rudé	*The Crowd in the French Revolution,* Oxford, 1959.
Soboul, A.	*Compendio de historia de la revolución francesa,* Madrid, 1966. – *Les sans-culottes parisiens en l'an II,* París, 1959.
Sorel, J. A.	*La Révolution française et la formation de l'Europe moderne,* París, 1965.
Tierno Galván, E.	*Babeuf y los Iguales. Un episodio del socialismo premarxista,* Madrid, 1967.
Vicens, F.	*Cómo se desarrolló la Revolución francesa,* Barcelona, 1958.



Demolición de la Bastilla, por Hubert Robert (Museo Carnavalet, París).

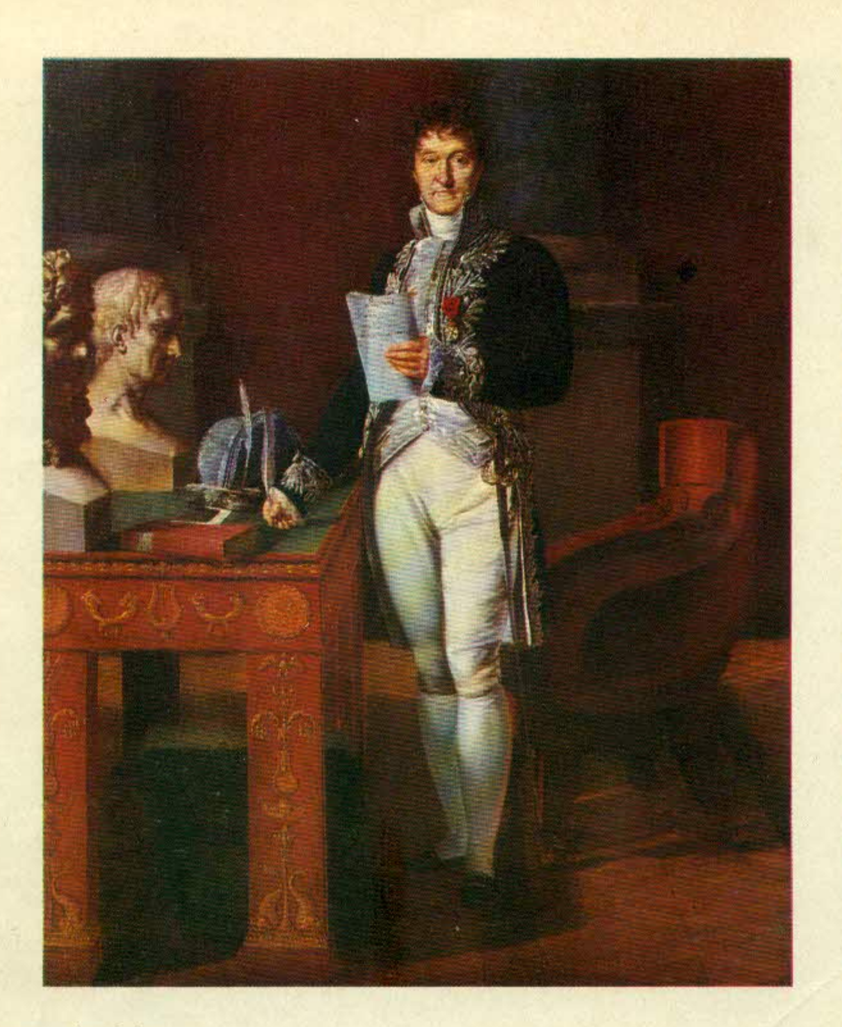


Entrada triunfal del ejército francés en Nápoles en enero de 1799, por J. J. Taurel (Museo de Versalles, París). El mundo republicano francés echó de Nápoles a los Borbones e instauró allí la República Partenopea, de vida efímera, pues en junio del mismo año la monarquía tradicional reconquistó el poder.

Napoleón

Después de haber creído purificarse guillotinando a Robespierre y a otros cómplices del Terror, la Convención abdicó sus poderes en el año 1795, IV de la República. Al disolverse, creó los órganos de gobierno que debían sustituirla; eran los siguientes: un Directorio compuesto de cinco miembros iguales en poder, que se turnaban en la presidencia cada tres meses, y dos Asambleas, una de quinientos Diputados y otra de doscientos cincuenta Ancianos. Este régimen, que funcionó cuatro años, demuestra que el espíritu neoclásico y las ideas de Rousseau predominaban aún en la Convención. Con iguales poderes, los cinco directores tenían que ser santos o filósofos para colaborar eficazmente, y asambleas tan numerosas habían de acabar inutilizándose en discusiones, si los directores se empeñaban en consultarlas.

La Convención, al separarse, quiso perpetuar su republicanismo imponiendo que dos tercios de los componentes de las asambleas fuesen elegidos de entre sus miembros. Pero si el Directorio y las asambleas sentían la misión de conservar los principios republicanos, en cambio se esforzaban en recalcar al pueblo que el nuevo régimen había terminado con el período revolucionario. En verdad, el Directorio no se mantuvo gracias a la guillotina, como la Convención, pero necesitó para sostenerse de un método más sangriento, que fue la guerra. Método peligrosísimo para la propia Convención y su heredero el Directorio, porque si las guerras

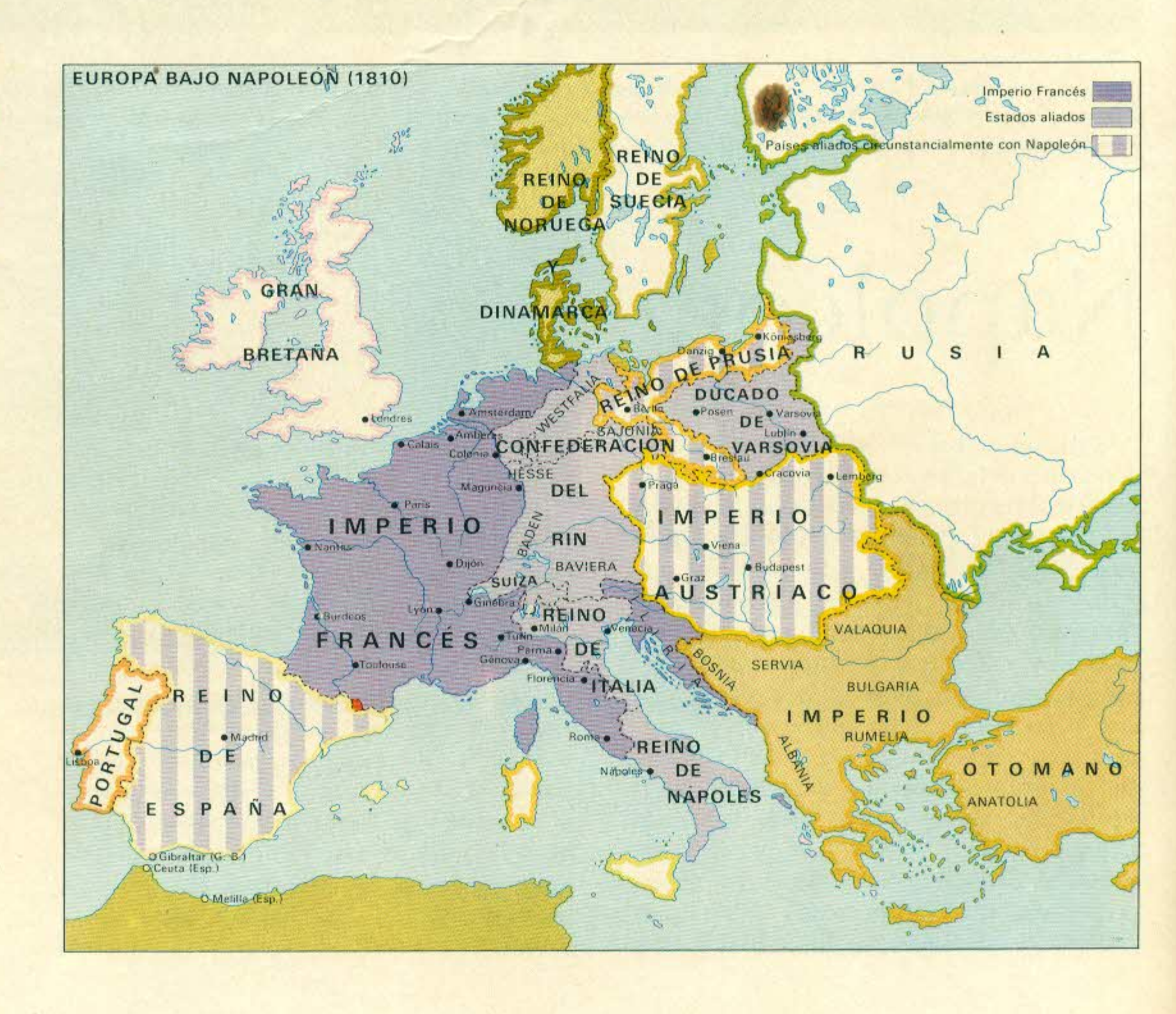


llegaban a conseguir victorias, era probable que engendraran al déspota, el caudillo victorioso que acabaría con el régimen republicano.

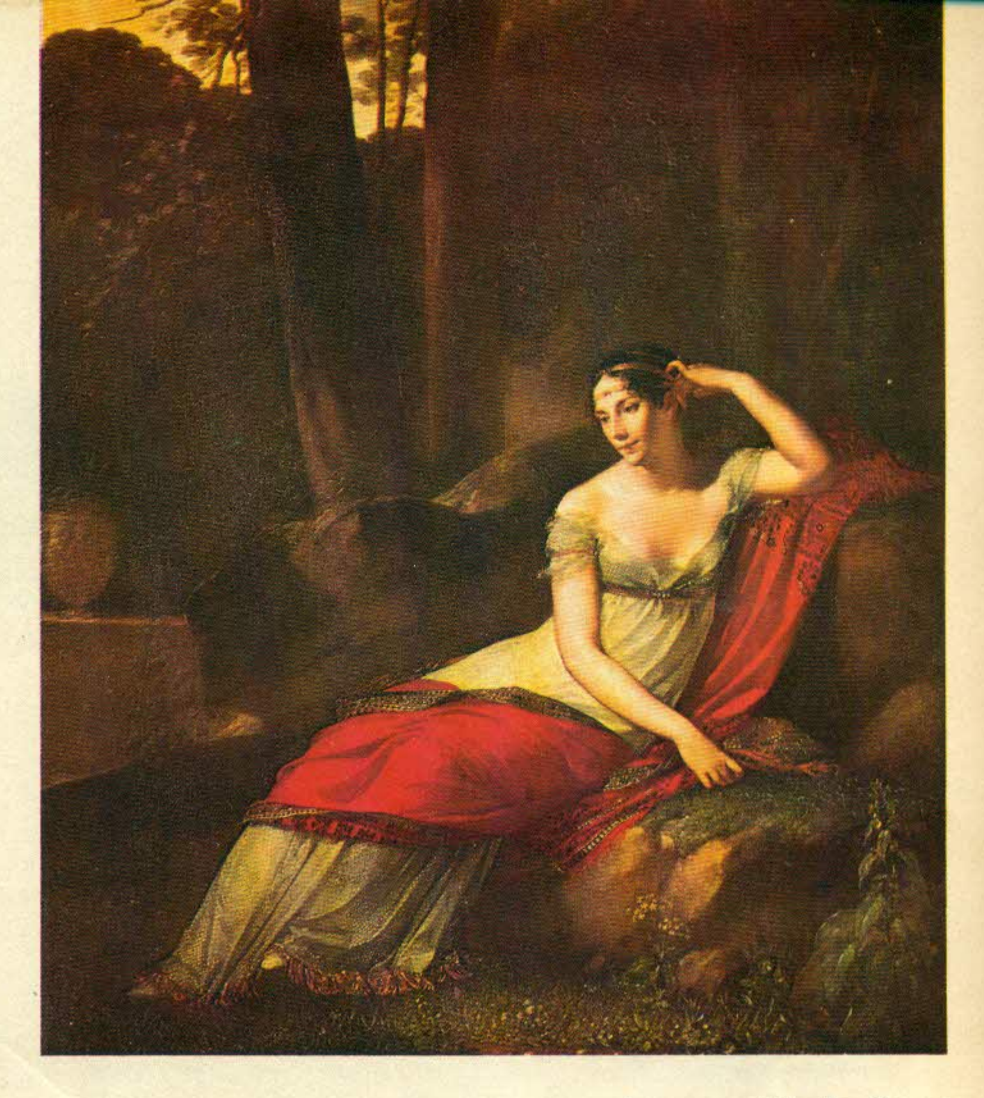
La causa o excusa de las guerras del Directorio fue también herencia de la Convención. Esta transmitió al Directorio, como indiscutible, la doctrina de las fronteras naturales de las naciones. Del mismo modo que se habían fijado los *Derechos del Hombre,* se fijaron los *Derechos de las Naciones* a ser libres y a integrarse dentro de límites geográficos. De no haber estado embriagados por una ideología fantástica, la Convención y el Directorio hubieran visto que las fronteras de las naciones no coincidían con los límites geográficos. Gentes de tipo y lenguas muy distintos habían desbordado el Rin, los Pirineos y los Alpes desde los tiempos prehistóricos. Sin embargo, la Convención había decretado en 1792 que "los franceses no depondrían las armas hasta rechazar al otro lado del Rin a los enemigos de la República". Esto significaba la anexión de todo lo que hoy es Bélgica, incluyendo a Amberes, y los países habitados por gente germánica de la orilla izquierda del Rin, que, como tierras del Imperio, dependían de Austria.

La ocupación de Bélgica y los territorios de la orilla izquierda del Rin por los ejérci-

Lázaro Carnot (anónimo en el Museo de Versalles, París). Fue miembro del Directorio en dos ocasiones y, gran militar él mismo, descubrió el genio de Napoleón. Primero le confió el mando del ejército de Italia. Luego, ya entrado el siglo XIX, se puso a su servicio y colaboró con él en varios ministerios.



tos de la Revolución impuso un estado de guerra con las dos potencias europeas más fuertes en aquella época. Ni Austria ni Inglaterra podían tolerar que Amberes y la costa de Flandes fueran francesas: Austria, porque con aquella pérdida comenzaba a desmembrarse; Inglaterra, porque recordaba que dos veces partieron de la costa de Francia milicias que conquistaron la Gran Bretaña: una cuando la invasión de César, y otra cuando la de los normandos. Los generales del Directorio no disimulaban sus propósitos de vencer la resistencia inglesa invadiendo la Gran Bretaña. Hoche proyectaba atacar a Inglaterra con un ejército en Irlanda; Napoleón hizo construir buques especiales para el transporte de tropas a través del canal. He aquí, pues, como la romántica idea de los límites naturales ocasionó la hostilidad de Inglaterra a toda tentativa de pacificación que se basara en las fronteras geográficas y mantuvo a Europa en constante estado de guerra durante los agitados años del Directorio, el Consulado y el Imperio.



La emperatriz Josefina en los jardines de la quinta de la Malmaison, por P. P. Prud'hon (Museo del Louvre, París). Apenas nombrado jefe del ejército de Italia, el joven Napoleón se casó con ella y la encumbró hasta coronarla con la diadema imperial. Pero su infecundidad le acarreó el divorcio, tras lo cual se retiró a la Malmaison.

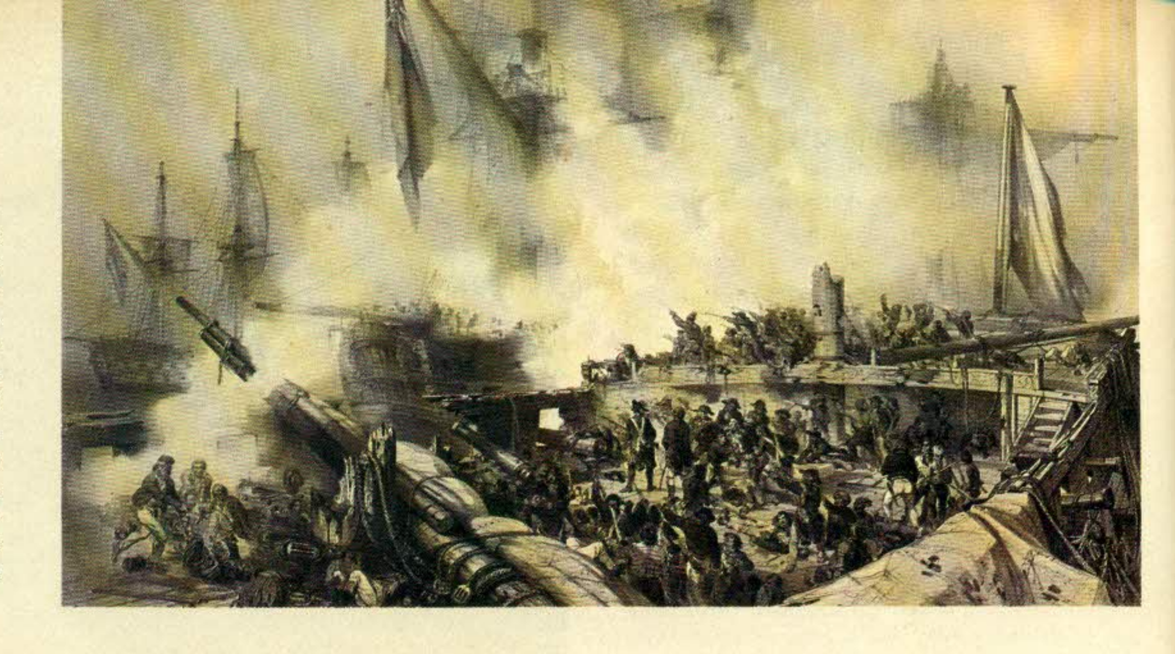
Emmanuel Joseph Sieyès fue miembro del Directorio y uno de los personajes clave del 18 de Brumario. Su ayuda facilitó la rápida ascensión política de Napoleón (grabado de la Biblioteca Nacional, París).



Además, Francia estaba arruinada, y las guerras proporcionaron inagotables recursos al Directorio. Bonaparte propuso y practicó la guerra como medio de reforzar con el botín la hacienda de la República. En su primera proclama a los soldados que llevó a la conquista de Italia hablóles así: "¡Soldados! ¡Estáis desnudos, mal alimentados! Voy a conduciros a las llanuras más fértiles del mundo. Provincias riquísimas y grandes ciudades caerán en vuestras manos. Allí encontraréis honor, gloria y riqueza". Los soldados replicaron a Bonaparte que estaban dispuestos a seguirlo, pero que para marchar necesitaban zapatos... Encontraron en Italia los zapatos, y el Directorio los millones que necesitaba. Políticamente la campaña de Italia estaba justificada porque Austria, en guerra con Francia, retenía el Milanesado. Al guerrear en Italia, Bonaparte trataba de atacar a Austria por la espalda y llegar a la misma Viena por el Tirol.

Napoleón había nacido en Córcega, francesa desde hacía poco. Su padre, de la nobleza isleña, arruinado por contiendas intestinas, obtuvo con alguna dificultad una beca para Napoleón, el segundo de sus hijos, en la escuela de cadetes de Brienne. El hijo mayor, José, se destinaba a la clerecía. Queda-

Batalla naval de Abukir, junto a Alejandría de Egipto (grabado de Mayer y Bayot; Biblioteca Nacional, París). La flota inglesa del joven y terrible Nelson atacó a los barcos napoleónicos en la bahía de Abukir y los destruyó casi enteramente. Cortada la retirada a Francia, el ejército francés hubo de continuar su campaña hacia Oriente. Pero Napoleón se embarcó hacia Francia, dejando sus tropas en Egipto.



EL ESTADO NAPOLEONICO (I): EL PODER CENTRAL

PRIMER CONSUL

Dotado del poder ejecutivo, legislativo y judicial.

CONSEJO DE MINISTROS

Designados por el Primer Cónsul, son sus delegados para los distintos asuntos gubernamentales. No forman Consejo ni son responsables ante el pueblo.

CONSEJO DE ESTADO

Elegidos sus miembros por el Primer Cónsul con extremado cuidado, les están reservadas la elaboración de los proyectos de Ley y la resolución de los asuntos administrativos en última instancia.

Presidente nato del Senado.

Nombra presidentes. Pueden ser convocados, disueltos o modificada su composición por el Primer Cónsul.

SENADO

Formado por designación, sus miembros son inamovibles. Vela por el mantenimiento de la Constitución y su permiso es necesario al Cónsul para disolver el Tribunado o el Cuerpo legislativo.

Nombra los presidentes de las Asambleas locales.

Elige los miembros del Tribunado y del Cuerpo legislativo entre los candidatos presentados.

TRIBUNADO

Su misión es discutir los proyectos de Ley presentados por el gobierno.

CUERPO LEGISLATIVO

Aprueba o rechaza por votación las leyes ya elaboradas, sin poder modificarlas.

COLEGIO ELECTORAL DE DEPARTAMENTO

Sus miembros, también vitalicios, eligen, juntamente con los electores de Distrito, candidatos para los distintos Consejos y Asambleas centrales.

COLEGIO ELECTORAL DE DISTRITO

Miembros vitalicios que representan cada uno a los ciudadanos a razón de 1 por 500 habitantes del Distrito.

ASAMBLEA MUNICIPAL

Todos los habitantes del Municipio eligen los candidatos que formarán el colegio electoral.

ban todavía seis más: Luciano, Elisa, Luis, Paulina, Carolina y Jerónimo. A los dieciséis años, en 1785, Napoleón salía de la escuela de Brienne como oficial de artillería. Su carácter, semiextranjero, de corso le mantenía algo aislado de sus camaradas, y tanto en la escuela militar como en sus años de guarnición en Provenza le quedó tiempo para leer ávidamente. Se sabía casi de memoria a Plutarco, Tácito, Montaigne, Platón, Montesquieu, Livio, Corneille, Racine, Voltaire y hasta el *Digesto* de Derecho romano, que después debía servirle para redactar su Código Civil. Napoleón había hecho también ensayos de escritor: intentó componer en su juventud una *Historia* de Córcega; escribió un paralelo entre el amor a la gloria, propio de los tiempos monárquicos, y el amor a la patria, apropiado a los republicanos; y publicó un diálogo político-filosófico no desprovisto de mérito literario: *La cena de Beaucaire*. En 1791 se atrevió a redactar una Memoria, para un concurso de la Academia de Lyon, sobre *Verdades y sentimientos que conviene inculcar a los jóvenes para su felicidad*.

Pese a estos desahogos literarios, continuaba leyendo libros de táctica y estrategia. Tuvo la suerte de terminar a cañonazos un motín en París, y en Tolón, sublevado con el apoyo de la escuadra inglesa, se manifestó hábil artillero.

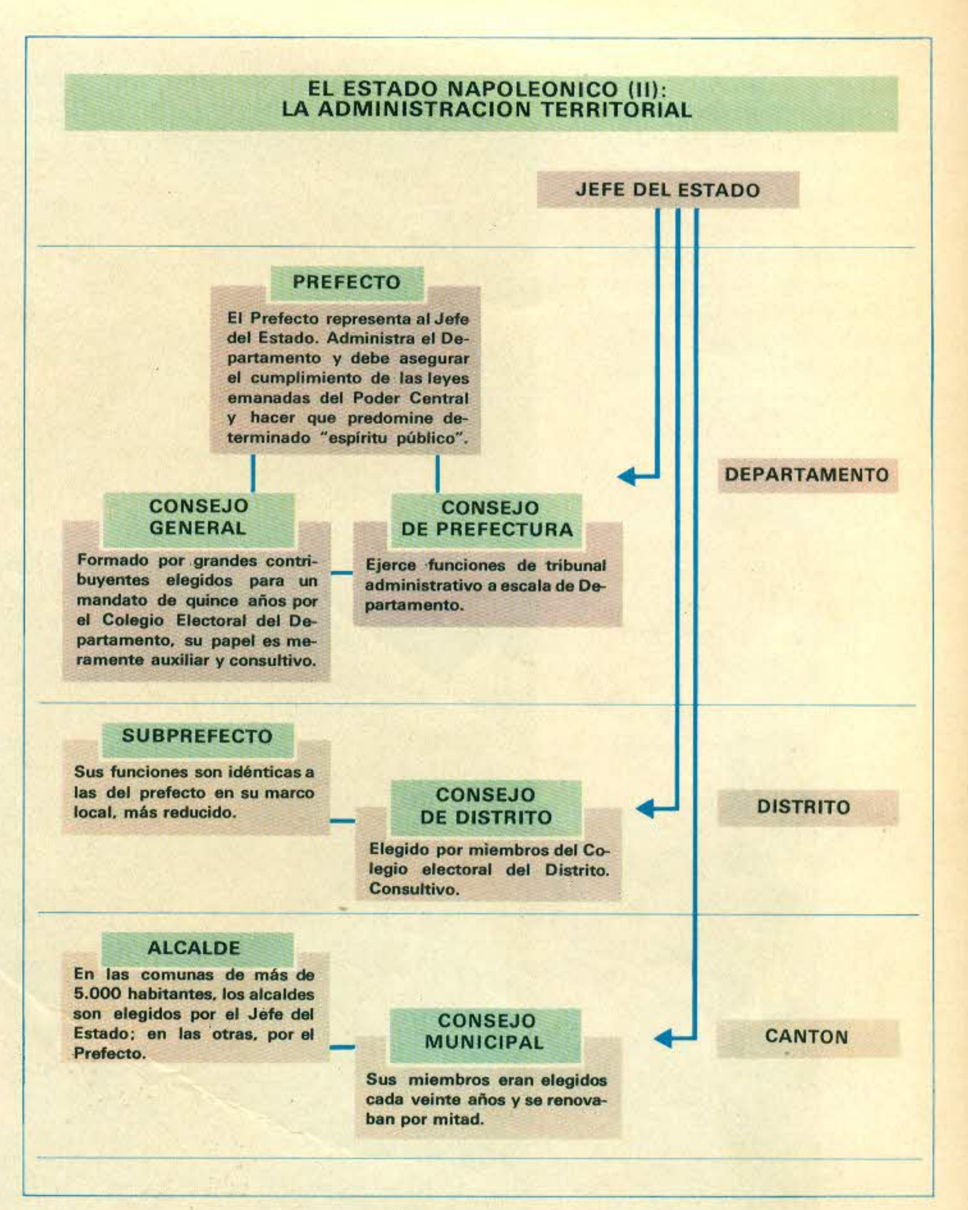
Ciertamente por esto Carnot, uno de los directores, apreció sus cualidades y, apoyado por otro director, Barras, que había casado a Bonaparte con una de sus amigas, logró conferir a Napoleón el mando del ejército de hambrientos y descalzos que debía distraer a Austria por el lado de Italia. La campaña importante debía ser la del Rin, confiada a Moreau, mientras que la de Bonaparte no excedería de un experimento aventurado.

En 1796, al empezar la campaña de Italia, era Bonaparte bajito, delgado, de color

aceitunado y cabellos lacios. Los soldados le llamaban *le petit caporal*. Desde su primera victoria, en Lodi, los sugestionó con su personal magnetismo. Uno tras otro desbarató a los ejércitos, cada vez más formidables, que los austríacos enviaban a través del Tirol. Mientras, Moreau fracasaba en el Rin.

Bonaparte, general de veintisiete años, dictó en Campo Formio las condiciones de paz. Austria renunció a Bélgica y a la mayor parte de sus posesiones de Italia, donde Napoleón instauró la República Cisalpina. La suerte de los territorios de la orilla izquierda del Rin se decidiría en un congreso reunido en Rastatt.

Estas eran las ventajas territoriales obte-



El mariscal François-Joseph Lefebvre, por Mme. Davin (Museo de Versalles, París). Inmortalizado más tarde en Jena y Danzig, ya a finales de 1799 aseguró el triunfo de Napoleón en el 18 de Brumario y la institución del Consulado.



nidas por Bonaparte en su primera campaña de Italia. El botín que mandó a París fueron las contribuciones impuestas a cada ciudad, tasadas por millones. Módena pagó diez millones de libras. Parma se libró mediante la entrega de veinte cuadros de Correggio y Miguel Angel. Para no caer sobre Roma y dejar tranquilo por algún tiempo al papa, firmó un armisticio según el cual el pontífice tenía que pagar quince millones de libras y entregar caballos y bueyes por valor de otros cinco millones. Además, había de consentir la ocupación de los territorios pontificios allende los Apeninos y permitir la selección de quinientos manuscritos de la Biblioteca Vaticana, que se llevarían como trofeo a París, y cien esculturas de los Museos Pontificios, entre ellas el famoso busto de Bruto en el Capitolio, la Loba de bronce, paladión de Roma desde la época etrusca, el Apolo de Belvedere, etc.

Paso del ejército francés por el Gran San Bernardo, por Chitlleveniw (Museo de Versalles, París). La dificultad del paso de los Alpes, que en la antigüedad inmortalizó la hazaña de Aníbal, encontró en Napoleón otro vencedor. El ejército que conducía estaba formado por más de treinta mil hombres, un centenar de cañones y miles de cajas de municiones y víveres.

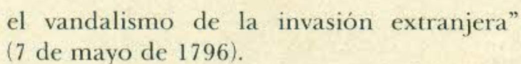


Bastón de mariscal de la época imperial (Museo de Armas, París).

La idea de esquilmar a Italia imponiendo contribuciones de guerra partió de Bonaparte: como italiano, sabía que los degenerados príncipes de los pequeños estados de Italia habían amontonado dinero avaramente.

Los cinco presidentes del Directorio animaron a Bonaparte a continuar sus expoliaciones. "¿No podríais arrebatar de la Santa Casa de Loreto los inmensos tesoros que la superstición ha acumulado en aquel lugar durante quince siglos? Haríais una operación financiera admirable que no perjudicaría más que a algunos frailes. Diez mil hombres bastarían para este golpe de mano, a condición de que no se supiera lo que se proponen" (12 de abril de 1796). El traslado sistemático de obras de arte a París fue también estimulado por despachos del Directorio. "El Directorio está persuadido, ciudadano general, que consideráis las glorias de las Bellas Artes como asociadas a las de los ejércitos que mandáis... Ha llegado la hora de que las riquezas artísticas y la cultura de Italia pasen a Francia para fortalecer y embellecer el reino de la Libertad. El Museo Nacional *(Louvre)* debe contener los monumentos más célebres de todas las artes. Esta campaña de la República en pro de la paz debe reparar los destrozos causados a Francia por





el vandalismo de la invasión extranjera" (7 de mayo de 1796).

Las remesas de obras de arte de Italia están representadas en uno de los frisos del Arco de la Estrella en los Campos Elíseos de París. Allí se ven los cortejos triunfales con carros que llevan las esculturas. Las que no podían exponerse en una procesión al aire libre iban embaladas en cajas sobre carrozas con letreros que indicaban las obras que contenían.

El nombre de Bonaparte empezaba en París a ser sinónimo de éxito; sus victorias y contribuciones desde Italia habían fortalecido la República. Napoleón, empero, no creía llegada la hora de regresar a París y, todavía en Italia, empezó a preparar una expedición a Egipto. Los millones arrancados como contribución a Liorna fueron enviados directamente a Tolón para armar una flota. El destino de la expedición se mantuvo secretísimo: tanto, que Nelson, que hubiera podido desbaratar aquel convoy de transportes casi indefensos, lo dejó pasar creyendo que iba a Siria. Cuando se enteró de que Napoleón había desembarcado en Alejandría, regresó precipitadamente y sólo logró hundir los buques vacíos surtos en la rada de Abukir.

Con el golpe de mano de Egipto se proponía Bonaparte hacer con Inglaterra lo mismo que había hecho con Austria: atacarla por la espalda. Conquistando a Egipto, Bonaparte creía amenazar la India. Los ingleses sostenían entonces una guerra con el famoso jefe indio Tipo Sahib, y de haberse

Madame de Staël, por F. Gérard (Museo de Versalles, París). La baronesa fue una apasionada de las ideas liberales de la revolución, pero Napoleón, que desconfiaba de las dotes rectoras de la mujer, no se dejó influir por ella, sino que la desterró a cuarenta leguas de París.





El cónsul Napoleón atraviesa el paso de San Bernardo en su segunda campaña de Italia y se dirige hacia Marengo, por J. L. David (Museo de Versalles, París).

podido concertar la cooperación entre los rebeldes de la India y los franceses de Egipto, la situación de los ingleses en Oriente hubiera empeorado de un modo terrible. En una palabra, Napoleón contaba hacer desde Egipto con la India lo mismo que se había propuesto Hoche con Irlanda: hostigar a Inglaterra hasta obligarla a reconocer las fronteras naturales de la Revolución. Napoleón llevaba consigo una comisión de sabios que debían estudiar Egipto, inventariar sus recursos naturales y dibujar sus monumentos. Por el camino había tenido la veleidad de entretenerse en Malta y conquistarla por sorpresa. En Egipto había vencido a los mamelucos, nominalmente feudatarios del sultán de Turquía, en una batalla teatral al pie de las pirámides... Y, sin embargo, con un poco de buen sentido podía comprenderse que aquella expedición tenía que acabar en desastre. Habiendo Nelson destruido sus buques en Abukir, Napoleón quedaba incomunicado con Francia. Los turcos amenazaban seriamente desde Palestina y era necesario conquistar también Tierra Santa... Desde allí sería fácil extender luego las conquistas a Siria y Constantinopla. Todo era posible con tiempo y con la buena fortuna de Napoleón..., pero a costa de olvidarse de París, del Directorio y de sus amistades.

Bonaparte creía, además, que si permanecía en Oriente, Francia perecería acorrala-

da por sus enemigos. El Congreso de la Paz, que, según el tratado de Campo Formio, se había convocado en Rastatt, acabó con el asesinato de los plenipotenciarios franceses, mientras toda Europa se aprestaba para la guerra. A los enemigos tradicionales de Francia, Inglaterra y Austria, se había sumado Rusia, alarmada por las supuestas intenciones de Bonaparte sobre Constantinopla. Un ejército ruso mandado por Suvarov, que hacía alarde de no necesitar silla en su caballo, entró en Italia por Austria y con unas cuantas marchas y contramarchas deshizo la obra de Napoleón. En la Vendée, en Bélgica, en Holanda, se agitaban los enemigos del Directorio. En esta coyuntura, algunos empezaron a sospechar que la culpa de todos los desastres procedía del régimen; el Directorio era un absurdo gobierno policéfalo, que tenía que modificarse reforzando el poder ejecutivo y podando las asambleas. El que tenía planes más madurados era el famoso ex abate Sieyès, el cual ya se había distinguido por sus ideas políticas en los primeros días de la Revolución. Sieyès había permanecido por algún tiempo en el extranjero como embajador y allí había meditado, acaso demasiado, sobre el régimen republicano y las instituciones que más convenían a



Traje militar que llevó Napoleón durante la batalla de Marengo (Museo del Ejército, París).

Batalla de Marengo, por L. J. Lejeune (Museo de Versalles, París). Tras un avance dificultoso a través del Piamonte y la Lombardía, Napoleón se encontró en Marengo, en la llanura del Po, con el ejército austríaco, que avanzaba desde Génova. El ejército francés, con notable inferioridad numérica respecto al austríaco, recibió la ayuda inesperada del general Desaix, procedente de Egipto, que decidió su victoria.



Plato de porcelana de Sèvres del servicio del emperador con la representación de una escena guerrera (Instituto Francés, París).

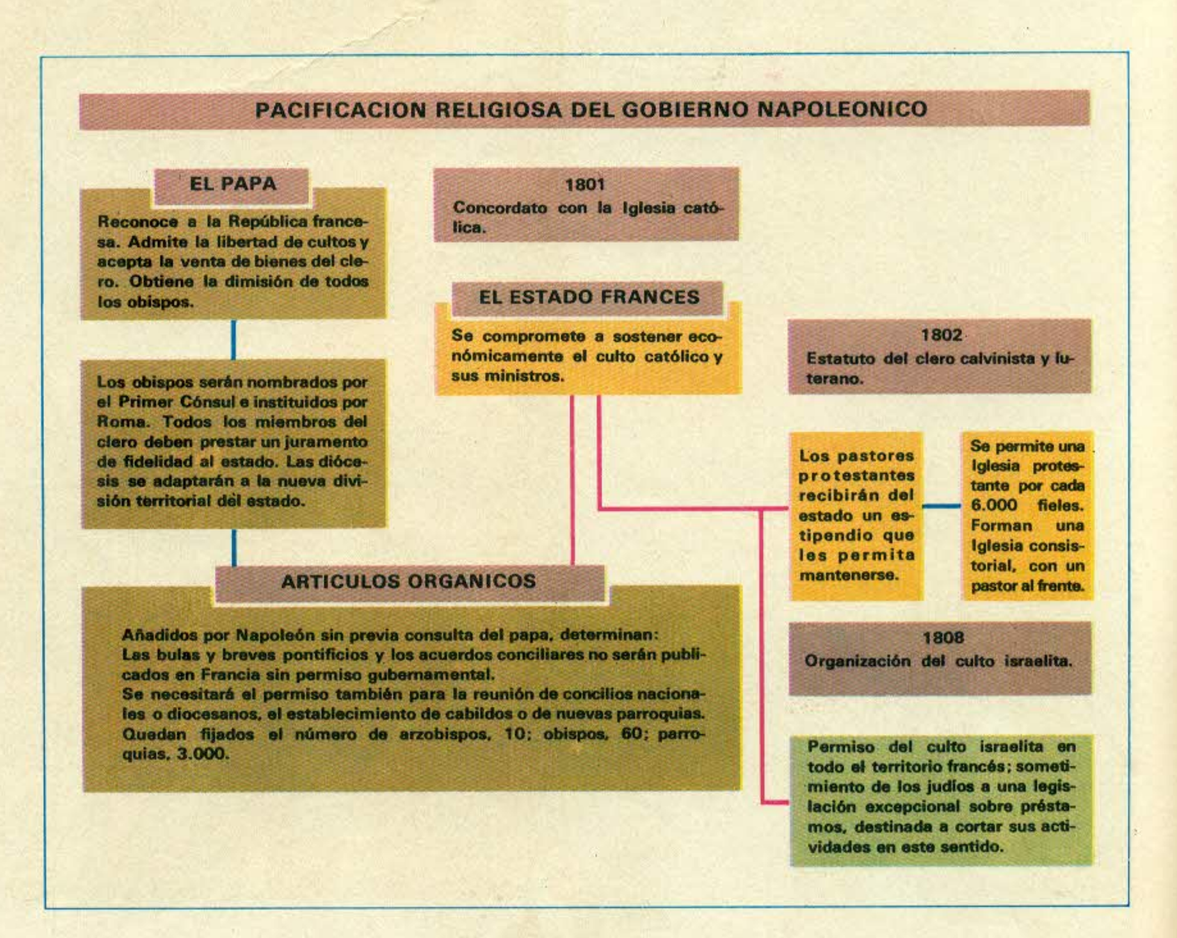
Francia. A su regreso habíasele elegido para cubrir la vacante de uno de los cinco directores, de manera que, como a menudo ocurre, la destrucción del gobierno estatuido comenzó con la traición de la mismísima autoridad elegida para defenderlo.

El proyecto de Sieyès era sustituir el poder ejecutivo de cinco directores por dos cónsules, como en la antigua Roma; pero, según la constitución de Sieyès, uno de los cónsules entendería en asuntos "civiles" y el otro en los "militares". Sieyès se proponía también reformar las asambleas, con tal que él fuese el cónsul civil. "¡Qué lastima que vuestro hermano no esté aquí! –le decía a Luciano Bonaparte–; necesitamos *un sable* para el consulado militar." Se entablaron negociaciones con Joubert; pero éste murió casi al mismo tiempo que desembarcaba Napoleón en Provenza. Había regresado temerariamente en el buque *La Muiron,* que por milagro no sorprendieron los ingleses. El viaje en *La Muiron* con su séquito de generales (había dejado a Kléber casi solo para que intentara defender Egipto) fue de una audacia de corsario superior a la que demostró regresando de la isla de Elba, quince años después.

Bonaparte llegó a París el 16 de octubre de 1799. Al día siguiente fue a visitar al presidente del Directorio vestido de paisano; pero, como queriendo recordar sus hazañas en Egipto, llevaba una cimitarra turca pendiente de un cordón de seda. Para que comprenda el lector cómo estaban los ánimos quince días después de la llegada de Bonaparte, diremos que el 31 del mismo mes se habían convenido ya los puntos principales del golpe de estado que acabó con el Directorio y estableció el Consulado. Además de Sieyès, que llevaba la iniciativa, y de Napoleón, que en cierto modo dejó que el otro la llevara, intervinieron en aquella "jornada"



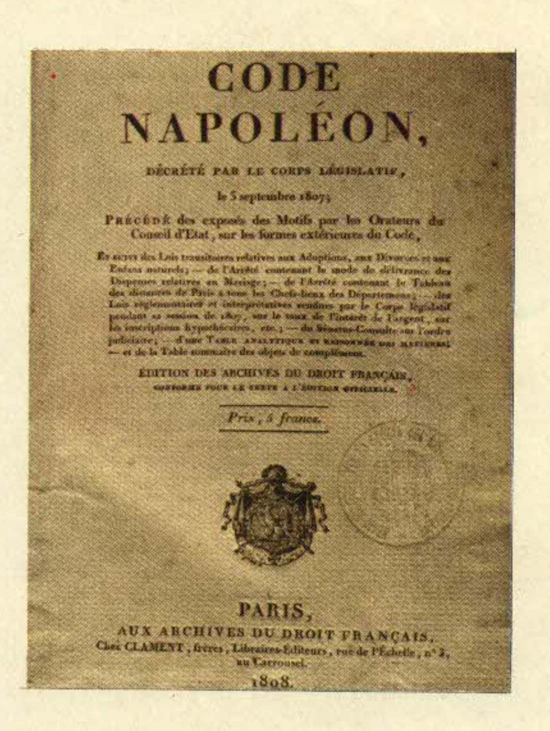
La máxima condecoración francesa, la Legión de Honor, creada por Napoleón el 19 de mayo de 1802 para premiar el mérito civil o militar.



revolucionaria Talleyrand y Fouché. El primero era un ex obispo que conservaba sus antiguas dotes de perspicacia, elocuencia y diplomacia. Era ministro de Negocios Extranjeros del Directorio y fue traidor como Sieyès. El segundo, Fouché, era jefe de policía y el que más obligado estaba a hacer abortar la traición.

El golpe de estado que impuso el Consulado se ha llamado de Brumario porque se consumó el 9 del nebuloso mes de noviembre, que en el calendario revolucionario había recibido este nombre. La excusa, enteramente falsa, que se dio para cambiar el régimen, fue que fermentaba una conspiración jacobina. Para prevenir ataques, que nadie se había dado la pena de simular, se convocaron las asambleas a la hora intempestiva de las siete de la mañana. Todavía adormilados, los Quinientos y los Ancianos votaron, sin saber lo que hacían, la resolución de salir de París y marchar a Saint-Cloud. Allí el golpe de estado estuvo a punto de fracasar, pues hacer renunciar a la Asamblea de los Quinientos, en su mayoría republicanos beneméritos, que habían primero atacado a las clases privilegiadas de la monarquía y después acabado con los demagogos de la Convención, costó algo más de lo que creían los conjurados. Sin embargo, Sieyès, Bonaparte, Talleyrand y Fouché creían injuriar a los miembros de aquellas asambleas con el nombre despectivo de "abogados"; según ellos, los parlamentarios de la Asamblea de los Quinientos eran incapaces jurisconsultos que no merecían el derecho de opinar en negocios de estado. Pero en las tumultuosas jornadas de Brumario (días 9 y 10 de noviembre del año 1799), los "abogados" llegaron a deliberar si Bonaparte y sus cómplices debían ser puestos fuera de la ley, lo que justificaba incluso el asesinato. Una vez declarado fuera de la ley, cualquiera podía sentirse Bruto y acuchillar al nuevo César, enemigo de la República; Bonaparte no les dio tiempo a votar. Mandó que redoblaran los tambores mientras Murat entraba en la sala seguido de unos cuantos gritando: "¡Estáis disueltos!". Una sombra de Asamblea, con unos cuantos Ancianos, se encargó de asumir el principio de autoridad instituyendo un nuevo gobierno formado por tres cónsules provisionales: Sieyès, Bonaparte y Roger Ducos, que, asesorados por una comisión de veinticinco miembros, debían redactar la nueva Constitución, que a su debido tiempo sería sometida a un plebiscito.

He aquí, pues, el comienzo de otra etapa en la historia constitucional de Francia: la Constitución de Sieyès, con algunas modificaciones introducidas por Bonaparte. Su



CODE
NAPOLÉON,

DÉCRÉTÉ PAR LE CORPS LÉGISLATIF,

le 3 septembre 1807;

PRÉCÉDÉ des exposés des Motifs par les Orateurs du Conseil d'État, sur les formes extérieures du Code,

ÉDITION DES ARCHIVES DU DROIT FRANÇAIS,

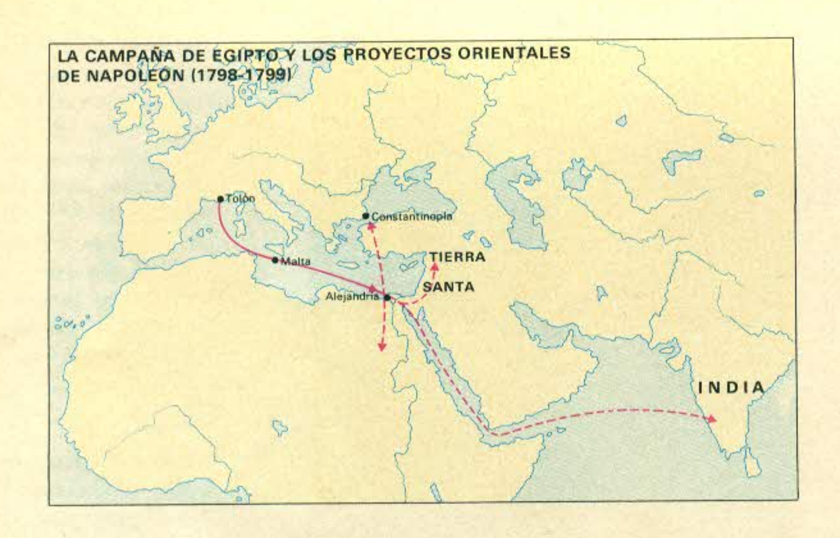
Prix, 5 francs.

PARIS,
AUX ARCHIVES DU DROIT FRANÇAIS,
Chez CLAMENT, frères, Libraires-Éditeurs, rue de l'Échelle, n° 3, au Carrousel.
1808.

Portada del "Código de Napoleón", la obra que constituía el máximo orgullo del emperador. El 21 de marzo de 1804 quedaron reunidos todos los artículos elaborados desde 1801 bajo el título de "Código civil de los franceses". En 1807, dicha obra adoptó su nombre definitivo de "Código de Napoleón".



Madame Récamier, otra célebre anfitriona liberal que vio desfilar por su salón a los más famosos hombres de la política y las letras. Napoleón no se dejó vencer por sus encantos, antes bien, conocedor de su hostilidad hacia el régimen, la tuvo estrechamente vigilada.



EXPEDICION DE BONAPARTE A ORIENTE

1798	
19-V	Salida de la expedición a Egipto.
2-VII	Desembarco y toma de Alejandría.
21-VII	Victoria de las Pirámides sobre los mamelucos. Bonaparte entra en El Cairo.
12-VIII	Destrucción de la flota francesa por Nelson, en Abukir.
21-X	Sublevación de El Cairo contra los franceses y represión sangrienta.
1799	
20-XII	Bonaparte se apodera de Jaffa.
17-III	Comienza el sitio infructuoso de San Juan de Acre.
25-VII	Victoria de Bonaparte sobre los turcos en Abukir.
24-VIII	Bonaparte abandona Egipto.
8-X	Bonaparte en Francia (Fréjus).

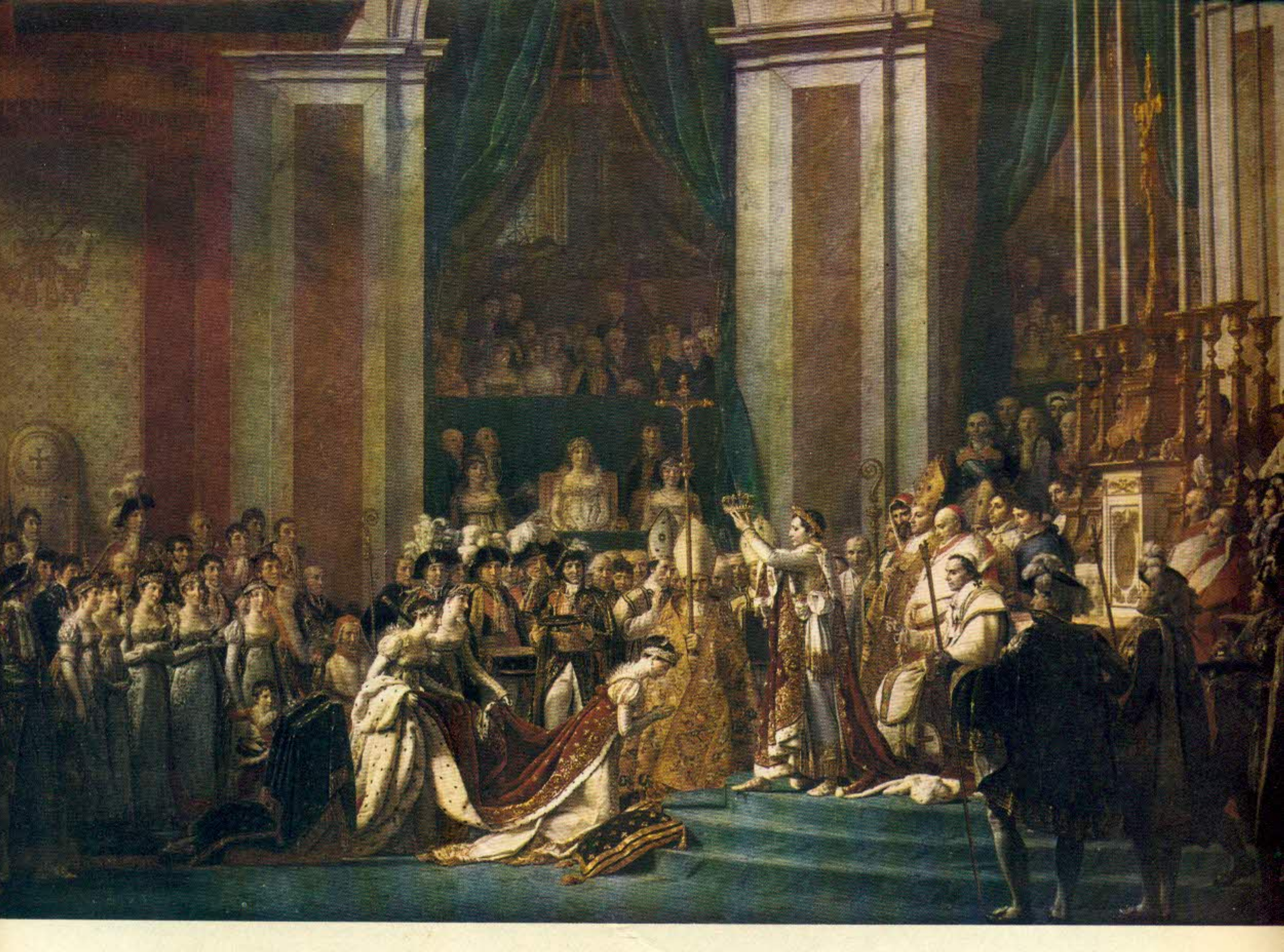
mecanismo de gobierno era aún más complicado que el Directorio: es cierto que los cinco directores se habían reducido a tres cónsules, pero, en cambio, se creaban hasta cuatro asambleas. Una era el Senado, casi sólo para elegir los miembros de las otras tres asambleas entre los inscritos en las listas electorales. Esto requiere una explicación. Según Sieyès, "la democracia pura es un absurdo". Y para organizarla no se podía permitir que el pueblo eligiera sus mandatarios; el pueblo sólo debía elegir los elegibles, formando listas de candidatos, de entre los cuales el Senado elegiría. Como se ve, era una desviación de las ideas de Rousseau sobre la capacidad soberana del pueblo, para caer en las de Spinoza respecto a que el pueblo necesita un organismo intermedio para declarar su voluntad. Tal engranaje podía ser preferible al sufragio directo, pero ¿quién elegiría aquel Senado que debía a su vez elegir entre las listas de elegibles? Pues en la Constitución de Sieyès los cónsules nombraban el Senado; después se iba reclutando entre los altos funcionarios al cesar en sus cargos. En fin, este Senado debía elegir, de unas listas votadas por el pueblo, los nombres de los que debían formar las otras tres asambleas: el Consejo de Estado, el Tribunado y el Cuerpo legislativo. En realidad, los dos últimos no tenían otra misión que vigilar y aprobar lo que hacía el Consejo de Estado, que, constituido por cincuenta miembros, formuló la mayoría de las leyes refundidas después en el Código de Napoleón.

En los años del Consulado se entregó Napoleón, casi como a un deporte, a su obra legislativa. Le favorecía o perjudicaba en ello su condición de no ser del todo francés, porque si bien este hecho le permitía tratar los asuntos sin prejuicios, carecía del sentido histórico francés.

Entre los miembros del Consejo de Estado había hombres eminentes, matemáticos, filósofos, historiadores y juristas. Se reunían en el despacho de Napoleón en el Luxemburgo y él les proponía los asuntos para estudiarlos en grupos de seis o siete. Muy a menudo les daba ya la solución casi entrevista en unas notas redactadas apresuradamente. Escribía rentas *voyagères* por *viagères,*

Apoteosis de Napoleón como emperador (Museo Thorvaldsen, Copenhague).





Coronación de Napoleón como emperador de los franceses, por David (Museo del Louvre, París). Las circunstancias de la ceremonia, realizada en presencia del papa, aunque a pesar suyo, dieron a los hechos un profundo significado: la supremacía del Imperio sobre el papado, cuyo jefe asiste al acto como un testigo de excepción.

armistice por *amnistie*... y cuando los redactores interpretaban mal sus ideas, les interrumpía con un torrente de insultos. Sus desplantes llegaron a escandalizar a los consejeros: *"Le mariage est un échange d'âme et de transpirations; l'adultère, une affaire de canapé"*.

Napoleón carecía del sentido místico del absoluto; era fatalista como buen italiano, y creía aprovechable el catolicismo porque la religión era un freno y el papa podía convertirse en aliado. En sus proclamas dirigidas a los pueblos católicos de Italia y Suiza les prometía conservarles sus sacerdotes y su culto. En Egipto bordaba sus alocuciones con elogios al Corán. No es extraño, pues, que Bonaparte concertara un concordato con el papa. Fue una transacción que no honra ni a uno ni a otro. El papa sacrificó a los obispos que no habían reconocido la República, obligándolos a renunciar a sus diócesis... Bonaparte no se dio cuenta, en cambio, de que los nuevos obispos elegidos por Roma no sería ya galicanos, sino fidelísimos al papa. En el concordato se establecía que el culto católico podía ser ejercido libremente en Francia y que el gobierno eliminaría todos los obstáculos que se le pudieran oponer. Un párrafo decía: "El culto será público mientras se conforme a los reglamentos que según las *circunstancias* sean necesarios para la *tranquilidad pública*". Lo de las *circunstancias* se suprimió en la redacción definitiva por insistencia de los agentes del papa, quienes consintieron en el detalle de la *tranquilidad pública*. El estado francés "ponía a disposición" de los eclesiásticos los templos necesarios para que pudieran celebrar el culto, pero no les devolvía su plena posesión, como en tiempos de la monarquía. En el fondo, por "ponerlos a su disposición" se entendía dárselos en usufructo perpetuo.

Francia había quedado dividida en los departamentos y prefecturas que todavía subsisten. Napoleón nombraba los prefectos y éstos, a su vez, a los consejeros municipales y alcaldes. Siempre el método del sufragio indirecto y siempre la elección definitiva por los grandes electores, el cónsul, el Senado, los prefectos. La Constitución de Sieyès, modificada por Bonaparte, se sometió al plebiscito de los franceses, que la votaron por la inmensa mayoría de tres millones en

EL IMPERIO NAPOLEONICO Y LAS LUCHAS DE INDEPENDENCIA NACIONALES

No es cierto –a pesar de la célebre frase– que todos los soldados de Napoleón llevaran en sus mochilas el bastón de mariscal. En cambio, es verdad que en el equipaje –y en las mentes– de todos los soldados franceses había mucho del ideario enciclopedista y revolucionario. Por esto las campañas napoleónicas difundieron por toda Europa los principios revolucionarios franceses. Se dio la paradoja de que en los países ocupados por Napoleón las tropas invasoras sirvieran para popularizar las ideas de soberanía nacional, que fueron uno de los resortes de la sublevación contra los ocupantes.

Renan había definido así los caracteres determinantes de una nacionalidad: "La nación es una solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios pasados y de los que se esté en disposición de hacer en el futuro. Supone, pues, un pasado, y en el presente se resume en un hecho tangible: el consentimiento, el deseo, claramente manifestado, de continuar la vida en común. La existencia de una nación es un plebiscito renovado a diario". Los revolucionarios franceses habían llevado esta teoría a la práctica; la nación existía por el libre acuerdo de los individuos que la componían, no por la autoridad del monarca sobre unos súbditos *naturalmente* sometidos. En consecuencia, la soberanía radicaba en el pueblo, no en el monarca. La legitimidad dinástica quedóse supeditada, como principio de derecho, a la voluntad nacional. En contra de la tesis absolutista, que hacía del rey la encarnación del estado y de éste la clave de la unidad de todos sus súbditos, las tesis nacionalistas daban prioridad al "supuesto de que la libre determinación de los individuos para actuar y vivir en común o la comunidad de destino eran las razones supremas de la unidad nacional".

Los motivos que explican la formación de nacionalidades distintas son muy complejos. Según el profesor Vicente Palacio Atard, "el nacionalismo trató de justificarse en razones étnicas (tesis del francés conde de Gobineau o de los alemanes defensores del *Volkstum*), en razones histórico-políticas (tesis que tiene una doble versión: una liberal, de los derechos materiales del hombre más los derechos derivados del destino histórico, y otra tradicional conservadora, fundada en la perpetuación de las viejas formas políticas y sociales dentro de cada país) y, por fin, en razones lingüísticas (tesis romántica que funda el origen de la nacionalidad en el idioma, según se advierte en Arndt o en Mistral)".

En las guerras napoleónicas, la oposición que durante la Revolución francesa había realizado el tercer estado, enfrentando el Antiguo Régimen con "la nación, basada en el contrato libre de los individuos que la integran", encuentra su paralelo en la lucha popular contra los invasores extranjeros; a pesar de que las dinastías reinantes puedan pactar con el emperador, la voluntad nacional no aceptará los tratados y recurrirá a las armas, si es preciso, para imponer su criterio. La Revolución había dado a Francia un ejército nacional-popular, capaz de derrotar a las tropas dinásticas del Antiguo Régimen. Las campañas de Bonaparte harán surgir, como reacción, ejércitos nacionales capaces de oponerse a las tropas francesas. Las guerras de independencia contra el dominio francés utilizaron y modificaron el aparato ideológico, que en su origen era el resultado de las experiencias revolucionarias de los propios franceses. En Alemania, precisamente durante el período napoleónico un galicismo se hace común en el vocabulario de intelectuales como Novalis, Humboldt y Fichte: es la palabra *Nationalität*. Jahn acuña un nuevo vocablo a la misma época: *Volkstum*, esto es, "lo que hay de común en un pueblo, su esencia inherente, su vida en movimiento, su fuerza de regeneración, su facultad reproductora".

El nacionalismo, puesto en marcha como una reacción antinapoleónica, no fue en todas partes el único factor que combatió al Imperialismo francés. Los príncipes del Antiguo Régimen movilizaron también sus recursos para enfrentarse al doble peligro que suponía Napoleón como heredero de la Revolución y como genio militar capaz de arrebatarles sus posesiones dinásticas. Por esto en las luchas contra Napoleón, en España y Rusia especialmente, junto con los nuevos principios, juegan un papel importantísimo contra los franceses algunos elementos tradicionales que son independientes, cuando no opuestos, al nacionalismo. La fidelidad dinástica y el fervor religioso utilizados contra el invasor son quizá los ejemplos más claros. Por esto será posible que estén separados por estos sentimientos los patriotas y los "afrancesados" de varios países, como Italia y España, aunque en el fondo tan nacionalistas sean unos como otros.

El caso de España sirve como ejemplo muy claro de la polarización producida por la invasión francesa y por la entronización del rey José. En primer lugar, frente a la nueva dinastía cabían dos posturas: aceptarla u oponerse a que un Bonaparte se sentase en el trono de España. Entre los que aceptaron a José I estaban los que lo hicieron por motivos puramente tradicionales: si, de acuerdo con las ideas del Antiguo Régimen, la monarquía absoluta poseía pleno dominio sobre el país, las abdicaciones de Bayona y el traspaso de la corona a un nuevo rey no suponían más que una manifestación de este poder absoluto. A los súbditos españoles sólo les tocaba acatar la voluntad de sus antiguos soberanos y aceptar la autoridad de los nuevos. En el gobierno de las naciones sólo contaban las decisiones de los reyes, quienes sólo ante Dios eran responsables de su actuación. Ésta fue la postura adoptada por numerosas autoridades de la corte y de las provincias, que aceptaron al monarca francés porque creyeron que representaba la legalidad tradicional. Pero también una parte de los que se oponían al Antiguo Régimen se inclinaron en favor de la solución napoleónica. Para ellos, el cambio de dinastía significaba el paso de la monarquía absolutista a un nuevo sistema en el que el poder del rey estaría limitado por la voluntad de la nación. Los hechos parecían confirmar estas esperanzas.

La Constitución de Bayona (1808) ofrecía unas garantías contra el despotismo inéditas en el derecho político anterior. Parte de la burguesía formada en los ideales del despotismo ilustrado veía en el rey José una esperanza. El profesor Jover sintetiza así la posición de este grupo: "Un cambio de dinastía no era cosa sustancial; la dinastía servía al Estado, y lo importante era mantener la integridad y el buen funcionamiento del Estado mismo. ¿Por qué no habría de ser José I el buen déspota ilustrado que continuase la obra de Carlos III?". Por todas estas razones una minoría importante aceptó a José I como rey de España. Parte de la nobleza, del alto clero, de los funcionarios de categoría, de la burguesía influyente colaboraron con la administración de Bonaparte y formaron el grupo de los *afrancesados*.

Aunque cuando se produjo la marcha de José I sólo 12.000 españoles le siguieron, hemos de suponer que el número de colaboracionistas fue mucho mayor y, desde luego, además de las motivaciones ideológicas, las circunstancias influyeron de forma decisiva en la postura adoptada por los españoles durante este período: "Se calcula, por otra parte, en más de dos millones el número de los españoles que por una razón geográfica (la de haber quedado, momentánea o permanentemente, en zona ocupada por el gobierno de José I) hubo de prestar juramento al rey intruso. Es significativo el hecho de que el mismo pueblo madrileño que iniciara heroicamente el 2 de mayo de 1808 la guerra de la Independencia, creyese oportuno y patriótico firmar, casi unánimemente, en los libros de registro puestos a tal fin por el gobierno afrancesado de José I, por los días en que éste aparecía como mal menor frente a la injerencia personal y directa de Napoleón en los asuntos españoles".

Con todo, los afrancesados, cuyo desinterés y buena fe ha reivindicado el profesor Artola, constituían una minoría frente a la voluntad popular, que a lo largo de la lucha cruenta contra los franceses manifestaba su oposición al régimen impuesto por el gran corso. Acertadamente, Jovellanos los



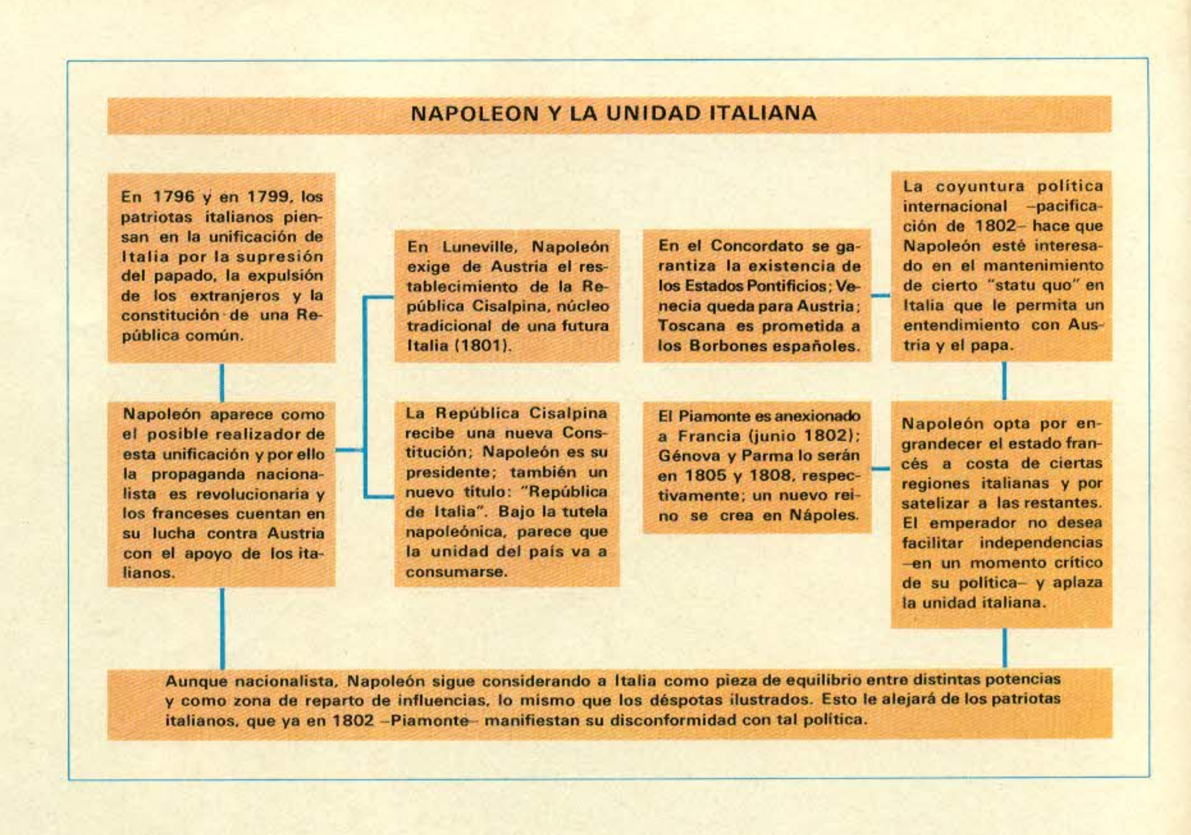
calificó de *cismáticos de la patria*, encarnada en aquellos momentos por la inmensa mayoría del pueblo español que combatía con todas sus fuerzas al invasor. Ahora bien, el sentido de esta lucha, el carácter que tenía la no aceptación de las abdicaciones de Bayona y la consiguiente entronización de la monarquía francesa dividían en dos campos distintos a los enemigos de Napoleón. Las clases medias, el clero urbano, los magistrados, los grupos intelectuales de la nación van a dar al levantamiento popular una significación muy distinta de la que le darán las clases populares, el clero rural y la pequeña nobleza agraria. "La mencionada clase intelectual, que se mueve con relativa facilidad en el mundo de ideas puesto en circulación en Europa por la Revolución francesa y por la crisis de Estado del Antiguo Régimen, va a apresurarse a teorizar sobre el hecho, inesperado e insólito, del levantamiento. Ellos ven una clara solución de continuidad entre el reinado de Fernando VII y el nuevo poder político brotado del alzamiento y encarnado en las Juntas. Al no aceptar las renuncias de Bayona, fueran o no libremente otorgadas, el pueblo ha reasumido una iniciativa ("soberanía" para unos; "primacía" para otros) que hasta entonces había correspondido al monarca" (Jover).

De la lucha contra los franceses debía surgir un nuevo orden, en el que el gobierno de la nación, resultante de la integración de dos elementos tradicionales, el rey y las Cortes, estuviese mediatizado por la voluntad popular, como reflejo de la soberanía nacional que el pueblo había readquirido e impuesto durante la guerra de la Independencia. Como sucedía en Gran Bretaña, como en similares circunstancias estaba sucediendo en la Prusia de Stein, una Constitución (no escrita, pero aceptada en el caso inglés) debía plasmar la nueva realidad. De la guerra contra Napoleón debía surgir la libertad de la nación española, que no podía enajenarse sujetándola otra vez a las cadenas del Antiguo Régimen, como si nada hubiese ocurrido durante los años de lucha. Parte del ideario de los odiados enemigos, junto con el respeto a ciertas tradiciones hispánicas, constituirían, después de rechazar a los invasores, los fundamentos de la nueva España.

Pero mientras, entre quienes combatían a los franceses, un grupo minoritario daba a la lucha esta trascendencia y elaboraba esta ideología, la masa del pueblo combatiente estaba al margen de estas lucubraciones. Para la inmensa mayoría, las razones de la lucha eran mucho más sencillas. Las renuncias de Bayona carecían de validez porque habían sido impuestas por la violencia y el engaño ejercidos por Napoleón contra Fernando VII y su padre. En consecuencia, el objetivo de la lucha es bien claro: expulsar a los franceses de España, en la que han entrado con la misma falacia con que el emperador obtuvo la abdicación del rey, para devolverla a la soberanía de Fernando VII. El mito del rey prisionero, como encarnación del bien, de la libertad y de la religiosidad perdidas para la España ocupada, era infinitamente más atractivo, más inteligible para el pueblo que las abstracciones constitucionalistas de la minoría intelectual. De esta manera, para la mayor parte del pueblo español, la defensa espontánea de cada pueblo, de cada comarca, se vinculó mucho más a la defensa del trono y del altar, de las costumbres propias frente a las innovaciones importadas, que al trascendental cambio visto y deseado por los padres de la Constitución de 1812.

En síntesis, en España, como en el resto de Europa, la expansión de Francia durante el Imperio napoleónico serviría de crisol para que cristalizaran las dos tendencias antagónicas que se enfrentaron a lo largo del siglo XIX: los principios nacionalistas-liberales y las tentativas tradicionalistas para mantener el Antiguo Régimen, el anterior orden dinástico. Y, en consonancia con estas dos posiciones, la derrota del emperador podrá ser presentada como la derrota final de los principios revolucionarios de 1789 en beneficio de la legalidad monárquica o, por el contrario, como el triunfo de las nacionalidades, de las soberanías nacionales sobre la organización de Europa de acuerdo con los intereses dinásticos de las grandes monarquías.

J. F.



favor y mil quinientos en contra. Se mantenía a los franceses en la convicción de que, con el Consulado, terminaba la Revolución y continuaba la República. Los cónsules, en su alocución al pueblo, decían que sus propósitos eran: "Hacer estimar la República por los ciudadanos, hacerla respetar por los extranjeros y hacerla formidable a sus enemigos... Franceses, os hemos expuesto nuestros deberes; vosotros nos diréis, al terminar, si los hemos cumplido".

Diadema de brillantes ofrecida por Napoleón a la emperatriz Josefina con motivo de la coronación (colección Van Cleei y Arpels, París).



El cargo de los cónsules debía durar diez años, pero los dos que sucedieron a Sieyès y Roger Ducos no tardaron en quedar ensombrecidos por el Primer Cónsul. Bonaparte quedó cónsul único y, por fin, su consulado fue declarado vitalicio. Estas etapas de retroceso hacia el poder personal y absoluto que significó después el Imperio fueron mantenidas con victorias sensacionales más allá de las fronteras.

Al instalarse, los tres cónsules habían dirigido sendos despachos a los monarcas con quienes había peleado el Directorio; en términos de gran moderación pedían el reconocimiento del nuevo régimen consular y los beneficios de la paz. No se mencionaba el atropello inicuo de Rastatt ni se manifestaba más ambición que la de conservar las fronteras naturales de Francia. Con todo, ni Rusia, ni Austria, ni Inglaterra se dignaron parlamentar. Pitt decía que el nuevo gobierno no ofrecía garantías y lo mejor era dar a entender al pueblo francés que para obtener la paz era necesario restaurar la monarquía. Bonaparte empezó hostigando a Austria con la campaña que terminó en Marengo. Era un plan combinado en tres jugadas: Massena debía inmovilizar un ejército austriaco delante de Génova, Moreau otro en el Rin, y Bonaparte caería entre los dos atravesando los Alpes por el histórico paso de San Bernardo. Instalado en Milán, quedaba como una cuña entre Austria y los ejércitos austriacos de Italia, que habían ido a sitiar a Massena en Génova. El 14 de junio, ocho meses

después del golpe de estado, Bonaparte aniquilaba al ejército austriaco. Fue una completa victoria; toda la artillería del enemigo cayó en poder del primer cónsul. Bonaparte, en Santa Elena, recordaba a Marengo como su día más glorioso.

Otra victoria de Moreau en el Rin (Hohenlinden) obligó a firmar el tratado de Luneville, segunda edición del de Campo Formio. Napoleón quiso entonces atraerse al zar devolviéndole ocho mil prisioneros. Por el tratado de Luneville, Austria reconocía la existencia de las Repúblicas Cisalpina (Italia septentrional), Helvética (suiza) y Bátava (Holanda). Para compensar al Imperio de sus pérdidas, Napoleón sacrificó la secular República de Venecia, que pasó a ser una provincia austriaca. El Consulado no creaba repúblicas sólo por ideas y principios como en tiempos de la Convención: se retrocedía a la política sin entrañas de traspasarse pueblos débiles para negociar la paz y crear estados fronterizos que amortiguaran el choque en conflictos bélicos. La "política real de Europa", es decir, una política únicamente realista, empezó con Napoleón.

Al tratado de Luneville con Austria siguió el de Amiens con Inglaterra. Esta hizo creer que se desinteresaba de lo que ocurría en el continente y se contentaba con liquidar los asuntos de Malta y Egipto. Pero no fue sino un compás de espera para prepararse y ata-



Pío VII, miniatura (Museo Lázaro Galdiano, Madrid). El humilde benedictino, más místico que político, hubo de soportar los juegos de Napoleón, en cuyas manos no fue más que una pieza. Cuando al emperador le convino, fue ensalzado, y cuando fue menester, se le prendió y encarceló en Savona y en Fontainebleau.

Entrevista de Napoleón con el papa en Fontainebleau en agosto de 1804, por J. L. Marne (Museo Fontainebleau, París). Apenas elegido papa, Pío VII entró en Roma, antes ocupada por los franceses. Poco después fue reconocido jefe de la Iglesia francesa. Por esto, la petición de Napoleón para que acudiera a París a asistir a su coronación no podía ser denegada.

El almirante Horacio Nelson representado en una miniatura (Museo Lázaro Galdiano, Madrid). Inglaterra tuvo en Nelson un martillo de Napoleón. El desastre francés de Abukir se repitió en Trafalgar. Nelson, victorioso, halló la muerte en el combate. A su vez, Villeneuve, derrotado, se suicidó.



car con mayor probabilidad de éxito a la primera oportunidad. ¡La pérfida Albión!

De todos modos, las victorias militares y diplomáticas parecieron convertir a Bonaparte en árbitro supremo de Francia. ¿Qué haría entonces con su poder? Los monárquicos por cierto tiempo confiaron en que seguiría el ejemplo de Monk, quien, a la muerte de Cromwell, restauró a los Estuardos en el trono de Inglaterra; mas pronto les dio a entender que trabajaba para sí mismo. Pero las proposiciones de los monárquicos se discutían entre bastidores y convenía convencer al pueblo con un golpe sensacional de que entre Bonaparte y los Borbones había un abismo infranqueable. Este fue el crimen. Napoleón hizo secuestrar en la pequeña Ettenheim, del ducado de Baden, territorio neutral, a un Borbón emigrado, el duque de Enghien, de la rama de los Condés. Enghien era casi un muchacho, que había conspirado siempre a plena luz para atacar lo que él, como los demás emigrados, consideraba un gobierno ilegítimo y usurpador. El duque de Enghien residía en Baden porque se había casado en secreto con una prima suya de más edad, Carlota de Rohán. Secuestrado por una patrulla de gendarmes franceses que había violado la neutralidad de Baden, fue conducido a Vincennes y fusilado al día siguiente, después de una parodia de juicio. Como en Brumario, Bonaparte no se había tomado la molestia de falsificar documentos y tramar un complot que justificara el atropello. Aquella víctima inocente servía para su objeto de demostrar al pueblo que entre Bonaparte y los Borbones no había colaboración posible.

Por algunos meses las cancillerías de Europa parecieron agitarse. Pero si la Francia napoleónica merece reproches, las otras

DEL BLOQUEO DE INGLATERRA AL BLOQUEO CONTINENTAL

FRANCIA: el bloqueo marítimo a Inglaterra.

EL BLOQUEO

Por un decreto promulgado en Milán, Napoleón declara a Inglaterra en estado de bloqueo. Se prohibe todo comercio con ella; sus barcos no serían admitidos en puertos; sus mercancías, destruidas; los barcos procedentes de Inglaterra o sus colonias apresados. El decreto se aplicaría en Italia, Suiza, España, Holanda, Dinamarca, Alemania. Rusia, en Tilsit, se comprometió a cumplirlo.

OBJETIVOS

El bloqueo debe hundir la economía inglesa, al cortarse sus bases de aprovisionamiento y la salida de sus productos al mercado europeo; crisis de superproducción, paro, restricción del crédito, devaluación monetaria. En esta situación, Inglaterra se verá obligada a firmar la paz.

REACCION INGLESA

En los primeros momentos (1807-1808), el bloqueo a Inglaterra alcanza gran efectividad. El país se salva pasando a la ofensiva –bloqueo al continente– y canalizando su comercio a través de Göteborg (Suecia), para el Báltico, y de Malta, para el Mediterráneo. Pero en 1809, a través de Rusia y Holanda, el bloqueo estaba prácticamente roto.

REACCION EUROPEA

Los europeos –a su cabeza los franceses– tratarán de remplazar los productos coloniales por sustitutivos –azúcar de remolacha en vez de caña– y las producciones inglesas por el desarrollo de una industria continental (industria metalúrgica en Francia, Bélgica y el Rin). Pero no se tiene éxito y las zonas industriales de Italia y Alemania serán gravemente perjudicadas.

INGLATERRA: el bloqueo continental.

EL BLOQUEO

Por una serie de medidas –Onders in Council–, Inglaterra responde al decreto de Berlín. Todos los países que lo apliquen son declarados "bloqueados por Inglaterra". Sólo serán autorizados a dirigirse a sus puertos los buques neutrales que hayan pasado primero por Gran Bretaña y abonado allí los mismos derechos que si hubieran descargado sus mercancías.

OBJETIVOS

Inglaterra se propone privar a Europa de mercancías que le son imprescindibles: productos coloniales, materias primas, maquinaria, etc. Impedir que las potencias neutrales puedan sustituirla en el abastecimiento al continente y por todo ello intensificar la escasez de manufacturas de modo que se provoque un vasto comercio de contrabando, con el cual piensa librarse del bloqueo napoleónico.



Víspera de la batalla de Austerlitz, por L.F. Lejeune (Museo de Versalles, París). El 2 de diciembre de 1805 se dio, entre el pueblo de Austerlitz y la altiplanicie de Pratzen, una de las batallas más rotundas de Napoleón. Doce horas le bastaron al emperador para derrotar al ejército austro-ruso, superior en número de soldados, al frente de los cuales iban el emperador de Austria y el zar de Rusia.

potencias de Europa eran peores por su ineficacia y falta de generosidad. Viendo que el escándalo se había apaciguado pronto, Napoleón creyó que podía desafiar la opinión haciéndose confiar la República con el título de "Emperador de los Franceses". La etapa siguiente sería proclamarse emperador del Imperio francés; pero a esta sucesión de fases se adelantaron los acontecimientos. Napoleón decía que sólo eran posibles dos imperios: el de Oriente y el de Occidente. Ya vislumbró el primero en Egipto y ahora veía más cercano el segundo, con París por capital. Contaba instalar reyezuelos feudatarios en todos los estados de Europa, sin pensar en distribuir los territorios del Atlántico al Volga en provincias proconsulares como las del Imperio romano. Su Imperio hubiera sido más bien una repetición del de Carlomagno que del de Augusto, y esperaba que sus hechos le ganarían bastantes admiradores entre los príncipes de las casas reinantes para no tener que deponerlos a todos y sustituirlos por sus mariscales.

Así como Marengo fue necesario para el reconocimiento del Consulado, se necesitó Austerlitz para que Austria reconociera el Imperio. Austerlitz fue una victoria en toda regla: Napoleón se arriesgó allí como nunca, hasta que la retirada resultó imposible. Austerlitz está en Moravia, no lejos de Viena. Al día siguiente de la batalla, el emperador de Austria en persona acudía a proponer un armisticio y negociar la paz.

Sometida Austria, quedaban aún incólumes sus aliadas Prusia y Rusia: la batalla de Jena inutilizó a la primera; Rusia fue vencida en Friedland. Esta última victoria ocasionó la entrevista de Tilsit entre Napoleón y el zar. La iniciativa partió de Napoleón. Los dos emperadores se encontraron en medio del Niemen, río que separaba los dos ejércitos después de la batalla de Friedland. El zar Alejandro era un joven romántico, hastiado de las derrotas y la defección de Austria y Prusia, y le era simpático a Napoleón. Al verse se juraron amistad eterna. Desgraciadamente, el uno era corso y el otro eslavo, y por naturaleza inconstantes, aunque fogosos. En Tilsit fraternizaron también los oficiales de ambos ejércitos y aun los soldados.

Napoleón y el zar Alejandro concertaron en Tilsit una alianza para bloquear a

ETAPAS DEL IMPERIALISMO NAPOLEONICO (1799-1807)

1799 Desde finales de abril de este año, la política europea se centra en torno a una nueva coalición contra Francia –la segunda–, en la que militan activamente Austria e Inglaterra, a la que se suman Rusia y Turquía y con respecto a la cual mantienen una estricta neutralidad España y Prusia.
Golpe de estado: Napoleón, primer cónsul (9 de noviembre).
A finales de este año, tras el fracaso de los ofrecimientos de paz hechos por Napoleón, Francia prepara la guerra.

1800 Ofensiva francesa en Italia contra los austríacos: victoria de Marengo (14 de junio).
La diplomacia francesa logra que cristalice una Liga de neutrales: Rusia, Suecia, Dinamarca, Prusia.
Pitt al frente del gobierno inglés; política de guerra con Francia.
Tratado de San Ildefonso (octubre): alianza franco-española.
Ofensiva francesa en el sur de Alemania: victoria de Hohenlinden (3 de diciembre).

1801 Fin de las hostilidades con Austria; tratado de Luneville (9 de febrero): Bélgica y la orilla izquierda del Rin, para Francia.
Acuerdo con Rusia (8 de octubre).
Inglaterra hostiliza a los neutrales y patrocina el asesinato del zar Pablo I y la orientación antifrancesa de su sucesor, Alejandro I.

1802 Paz de Amiens (25 de marzo): Inglaterra garantiza el tratado de Luneville; Egipto pasará a Turquía y los territorios conquistados en las colonias serán devueltos a Francia.
Napoleón impulsa la expansión económica de Francia: protege la industria, imponiendo fuertes cargas a la importación de productos manufacturados; traza una órbita comercial, independiente de la inglesa, ligándose con diferentes tratados a diversos países –Holanda, Suiza, Italia, España–. Patrocina una intervención más activa en las colonias. El desarrollo de estos puntos supone un directo atentado contra la preponderancia económica de Inglaterra.
Intervención directa en la reestructuración política de Italia.

1803 En febrero se obtiene de la Dieta alemana una decisión suprema que, por la supresión de los principados eclesiásticos y las ciudades libres, altera totalmente la distribución territorial del Reich.
Ante el creciente poderío de Napoleón y el perjuicio que puede causarle su política económica, Inglaterra declara la guerra a Francia (16 de mayo).
Diversos proyectos de desembarco en Inglaterra, que continúan en 1804.

1804 En mayo comienzan las negociaciones anglo-rusas en vistas a una alianza.
En diciembre, España se compromete a colaborar con Francia; la armada española se unirá a la francesa.

1805 Austria se unirá a Inglaterra en el nuevo conflicto. Con la adhesión de Nápoles y Suecia queda formada la Tercera Coalición (agosto). Prusia mantiene su neutralidad.
Ofensiva francesa en Italia, que sólo tendrá éxito a partir de 1806.
Batalla naval de Trafalgar (21 de octubre).
El ejército francés, dirigido por el propio Napoleón, obtiene sobre los austríacos la gran victoria de Austerlitz (2 de diciembre). Tratado de Presburgo (26 de diciembre): Austria ha de abandonar sus dominios en Italia, que pasan a depender de Francia. En el sur de Alemania merman también sus territorios a favor de Baden, Baviera y Württemberg.
La neutralidad prusiana es asegurada por Francia con la cesión de Hannover.

1806 Nueva organización de Alemania: la Confederación del Rin (12 de julio) asegura la lealtad del centro de Europa a Napoleón.
Ante el desarrollo de los acontecimientos europeos, Inglaterra y Rusia se aproximan a Francia. Fracaso de las negociaciones ante las exigencias mediterráneas de Napoleón.
Ante el temor de sentirse aislada en caso de un posible acuerdo anglo-francés, Prusia, con su ejército reorganizado, declara la guerra a Napoleón.
Entre Inglaterra –frente marítimo– y Prusia y Rusia –frente continental–, Napoleón elige una ofensiva continental.
Se inicia la guerra franco-prusiana (1 de octubre); gran victoria francesa de Jena (14 de octubre); entrada de Napoleón en Berlín (27 de octubre).

1807 A principios de año, Inglaterra y Prusia firman un acuerdo que prevé la colaboración militar entre ambas potencias.
Se inicia la colaboración ruso-prusiana, que en junio se transformará en alianza ofensivo-defensiva.
Los prusianos no capitulan ante la ofensiva francesa, que sigue avanzando, ahora ya sobre Prusia Oriental y Polonia. Batalla indecisa de Eylau (8 de febrero). El ataque ruso es cortado en Friedland (14 de junio).
No hay un apoyo resuelto de Inglaterra a los coligados. Se esperaba un desembarco inglés en Holanda e Italia.
Tratado de Tilsit (9 de julio). Prusia pierde todas sus tierras a la izquierda del Elba y los territorios polacos, con los cuales Napoleón forma el ducado de Varsovia y el reino de Westfalia.
Tratado de paz con Rusia. Ésta restituye a Francia algunas islas jónicas y tiene que devolver ciertos territorios a los turcos.
Al margen del tratado de 1807, Rusia y Francia esbozan cierta distribución de Europa y un reparto de influencias: al oeste del Vístula, Francia; al este, Rusia. Inglaterra deberá firmar la paz con Napoleón, y Turquía con Rusia; si se resisten, ambos aliados se comprometen a obligarlos.

Inglaterra, que era la única que se resistía a hacer la paz. El plan de Napoleón consistía en abandonar el proyecto de atacar a Inglaterra con ejércitos o armadas. En el campo de batalla de Austerlitz había recibido la noticia del desastre de Trafalgar... Pero podía estrangular a Inglaterra imposibilitando su comercio y obligarla a capitular cerrándole los puertos de Europa. Francia dominaba la costa de Holanda y del Canal y podía imponer su voluntad a los estados de Italia, exceptuando a Nápoles; Bonaparte, sin embargo, se comprometió a obligarle a no aceptar mercancías de bandera inglesa, y el zar tenía que hacer lo propio con los países escandinavos.

Quedaba sólo la península ibérica, mejor dicho, Portugal, porque España había aceptado la alianza casi impuesta por Napoleón. Esta fue la parte más difícil del programa. Para interrumpir el comercio inglés por aquella vía, Napoleón envió un ejército, que

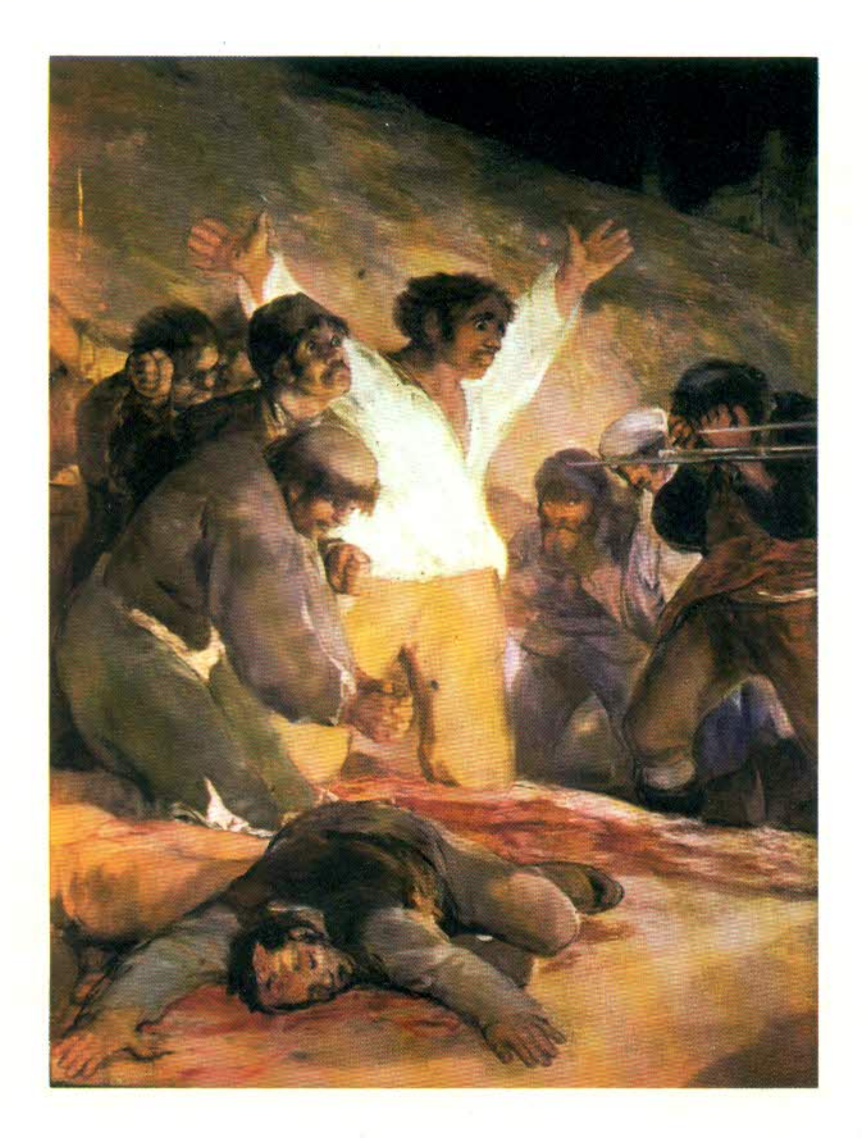
José Bonaparte, por Gérard (Museo de Versalles, París). El 10 de mayo de 1808, el hermano del emperador cesó en su cargo de rey de Nápoles y, como un funcionario, fue nombrado rey de España. Mientras tanto, el príncipe heredero se distraía en la prisión de Valençay y el pueblo español se sublevaba indomable.

con otro español debía invadir a Portugal. Entre tanto, los ingleses desembarcaban otro ejército en Lisboa mandado por sir Arthur Wellesley, que había aprendido en la India, combatiendo a Tipo Sahib, el mortífero método de acabar con ejércitos casi sin pelea, que fue empleado por los indígenas contra el suyo.

Las campañas de la península ibérica fueron, en todos conceptos, desastrosas para Napoleón. Perdió no sólo ejércitos, sino también prestigio. Una de las causas del fracaso provino de la condición deplorable en que se encontraba España en aquel momento. La familia real (con el trío Carlos IV, María Luisa y Godoy de un lado, y el rebelde príncipe de Asturias, después Fernando VII, de otro) era el colmo de la ineptitud y de la mala fe. España sintió cierto desahogo, como una liberación, al acusar a Napoleón y a la invasión francesa de acrecentar su propia miseria. El enemigo exte-



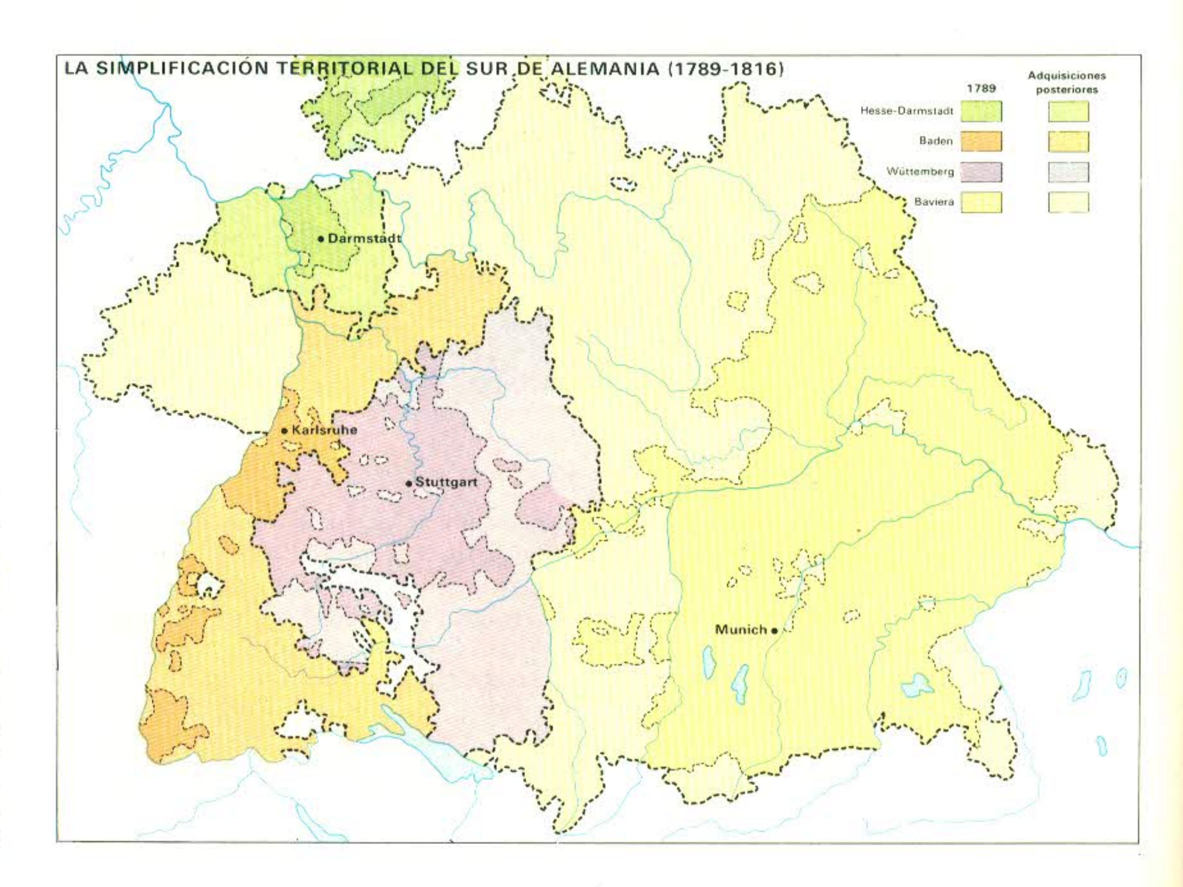
Tambores de la guardia imperial de Napoleón (grabado de la Biblioteca Nacional, París).



Detalle de "Fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío", por Goya (Museo del Prado, Madrid). El genial pintor español plasmó en este cuadro el horror de la represión de los ejércitos invasores.

rior, Napoleón, fue un espantajo que permitió rehabilitar el trono tambaleante de los Borbones. La familia real se había refugiado en Bayona, por su propia voluntad, para tomar como árbitro de las querellas entre padre, hijo y amante a Bonaparte, quien creyó que tales ejemplares de testas coronadas no merecían ni la consideración de ser destronados legalmente y que podía instalar como rey de España a su hermano José. Los españoles se sintieron ofendidos de que un emperador extranjero dispusiera de sus señores naturales, por indignos que fueran. Se desconocía la razón de la campaña contra Portugal. La península, como siempre aislada, no se había enterado del abrazo de Tilsit, ni comprendía que en Portugal Napoleón trataba de desquitarse de Trafalgar...

Se ha acusado a Napoleón de ligereza y falta de estudio al decidir las operaciones en España. Pero en aquel momento (1808) estaba en el apogeo de su poder y la ocupación de un país tan pésimamente gobernado debía de parecerle sencilla. El mismo año



La época napoleónica se significó en los países de la Confederación del Rin por la simplificación territorial en provecho de unos pocos estados y a expensas de los obispados y ciudades imperiales libres. En el Sur, los grandes beneficiarios fueron Baviera, Württemberg –ambos con título de reino–, Hesse-Darmstadt y Baden; retrocedieron, en cambio, Austria y Prusia.

LAS OPERACIONES MILITARES DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

En marzo de 1808, el motín de Aranjuez depuso a Godoy y obligó a Carlos IV a abdicar en su hijo Fernando VII. Los sucesos de España, aliada de Napoleón por el tratado de Fontainebleau, provocaron la intervención directa del emperador. Las tropas francesas instaladas en la península, que en teoría estaban destinadas a atacar Portugal, constituían la fuerza militar más importante de España. No fue difícil para Napoleón conducir a los reyes españoles a Bayona y allí obtener la abdicación de la corona de España de Carlos IV y Fernando VII, quienes renunciaron a sus prerrogativas reales en favor del emperador. Napoleón nombró rey de España a su hermano José. Pero simultáneamente el pueblo de Madrid se había sublevado contra las tropas francesas cuando el 2 de mayo los últimos miembros de la familia real se disponían a ser conducidos a Francia. A fines de mayo y principios de junio la rebelión contra los franceses se extendió por todo el resto del país. La guerra de la Independencia española era un hecho.

La reacción francesa no se hizo esperar. Las tropas napoleónicas sitiaron Zaragoza y Gerona, mientras un ejército mandado por el general Dupont se dirigía a Cádiz para apoyar a la escuadra francesa anclada en aquel puerto. El ejército de Dupont fue derrotado en Bailén el 22 de julio por las tropas españolas mandadas por Castaños. La batalla de Bailén, primera derrota campal de un ejército napoleónico, obligó a los franceses a abandonar Madrid y a levantar los sitios de Zaragoza y de Gerona. Napoleón decidió intervenir personalmente en España. La *Grande Armée* cruzó los Pirineos y con relativa facilidad restableció la situación. El 4 de diciembre, Madrid capituló ante Napoleón, quien pronto abandonó la península ibérica para atender a los problemas que planteaba el rearme del ejército austríaco. Quedaban en España los mariscales Soult y Ney, encargados de concluir las operaciones militares.

El gobierno inglés, deseoso de aprovechar las ventajas que suponía la existencia de un frente militar en la península, envió a Lisboa un cuerpo expedicionario mandado por Wellesley. Éste, tras rechazar a Soult en Oporto, inició un ataque sobre Madrid. En la primavera y el verano de 1809 no se produjo ninguna ventaja decisiva para ninguno de los dos bandos. Pero los éxitos de Napoleón frente a Austria permitieron al emperador centrar sus esfuerzos en España y las tropas inglesas debieron replegarse hacia Portugal, mientras el ejército español del Sur lo hacía en dirección a Andalucía. Contra estos dos objetivos se dirigieron los planes de la estrategia francesa en 1810. Un ejército mandado por los mariscales Soult y Victor y por el propio José Bonaparte debía acabar con la resistencia española en Andalucía. Massena era el mariscal designado para derrotar al cuerpo expedicionario inglés de Portugal. La campaña de Andalucía consiguió sus propósitos hasta llegar a Cádiz, donde se habían refugiado las Cortes y los restos del ejército español. En Portugal, los ingleses organizaron un sistema defensivo en Torres Vedras, perfectamente articulado con las características del terreno, y ante la imposibilidad de forzar esta táctica, Massena optó por abandonar el ataque en marzo de 1811.

Al año siguiente, la campaña de Rusia obligó a Napoleón a retirar tropas de España. Wellesley, que por sus méritos militares había recibido el título de vizconde de Wellington, supo aprovechar esta ocasión y, como generalísimo de las tropas angloespañolas, desencadenó una ofensiva total contra los franceses. El 22 de julio se libró la batalla de los Arapiles, que constituyó una victoria aliada. Valladolid y Madrid eran ocupadas por los angloespañoles y el ejército francés de Andalucía tenía que replegarse hacia Valencia ante el peligro de quedar aislado de Francia. A pesar de una contraofensiva francesa que estuvo a punto de restablecer la situación, durante la primavera de 1813 la iniciativa pasa totalmente a manos de los aliados. En las batallas de Vitoria, San Sebastián y San Marcial, el ejército francés en retirada sufrió sendas derrotas. Durante el año siguiente, la guerra siguió al otro lado de los Pirineos y sólo debía acabar cuando el 18 y el 19 de abril de 1814 los mariscales franceses conocieran la abdicación del emperador y firmasen la paz.

J. F.

del Dos de Mayo, Bailén y Cintra, Napoleón reunía en Erfurt a todos los monarcas aliados o tributarios suyos. El de más talla era Alejandro de Rusia, quien en una fiesta quiso aplicar a Napoleón el verso del *Edipo:* "La amistad de un gran hombre es un don de los dioses". Como astros menores brillaban en Erfurt los reyes de Baviera, Württemberg, Sajonia y Westfalia, el príncipe Guillermo de Prusia y los príncipes y magnates de la Confederación del Rin. Allí Goethe y Wieland fueron condecorados por Napoleón como miembros de la Legión de Honor, la nueva orden del mérito creada para sustituir a las caducadas de la Francia monárquica.

Sólo faltaba en Erfurt el emperador de Austria, que se había hecho representar por el barón de Vincent... ¿Preparaba ya el desquite?

La entrevista de Erfurt se efectuó en septiembre del año 1808, y en febrero de 1809 Napoleón estaba en guerra de nuevo con Austria y por cuarta vez tenía que imponerle la paz con una campaña más que rápida,



Busto en bronce de Joaquín Murat, por J. J. Gastex (Museo de San Martino, Nápoles). Desde la primera campaña en Italia hasta la caída del Imperio acompañó a Napoleón en todas sus empresas. Tras la campaña española de 1808, el emperador le nombró rey de Nápoles. Murió fusilado en 1815 cuando, tras la batalla de Waterloo, intentó reconquistar el reino de Nápoles y cayó prisionero.



La emperatriz María Luisa, por F. Gérard (colección particular, París). Debido a la infecundidad de Josefina, puesto que el emperador ya había tenido hijos de su amante Walewska, decidió asegurar su descendencia regia casándose con María Luisa, hija del emperador austríaco. La boda se celebró el 2 de abril de 1810 en uno de los salones del Louvre.

fulminante: Campo Formio, Marengo, Austerlitz, Wagram. En Wagram se combatió a las puertas de Viena; fue todavía una gran victoria, pero el ejército ya no pudo perseguir y acorralar a los vencidos como en las campañas anteriores.

Sin embargo, la victoria de Wagram tuvo un singular resultado: un matrimonio. Napoleón estaba casado con una viuda de sangre criolla que le había presentado Barras cuando era sólo el general Bonaparte. Era algo mayor que él, pero todavía sensual y de gran hermosura. Desgraciadamente, Josefina, que había tenido un hijo y una hija del primer marido, no había proporcionado descendencia a Napoleón. Este había tenido ya bastardos de la polaca María Walewska. Era, pues, casi legítimo que quisiera divorciarse por razón de estado, y el empera-



El rey de Roma, Francisco José Napoleón II, por Isabey (Museo Nacional de la Malmaison, París). En 1814, cuando su padre se marchó a la isla de Elba, le nombró heredero del Imperio, pero por deseo de su abuelo materno fue trasladado a la corte de Viena, en donde vivió oscuramente, olvidado por su madre, demasiado atenta a sus propios devaneos, y murió joven.

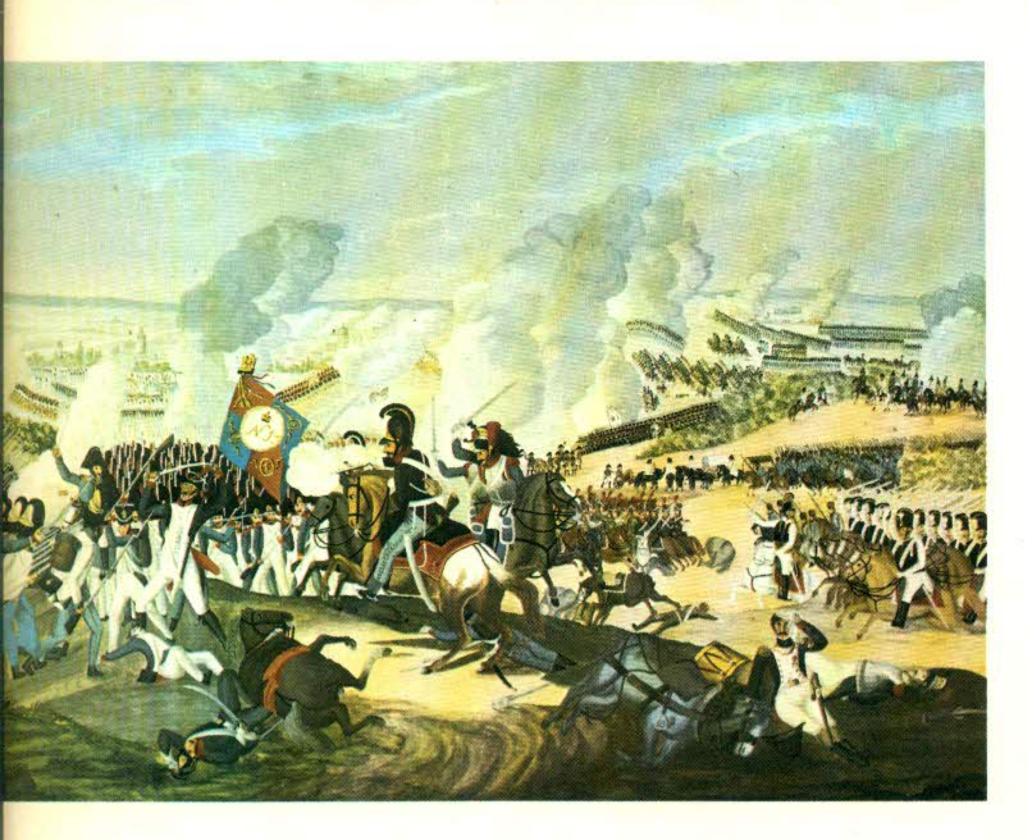


Noche en Molodetschno, episodio de la retirada de la Grande Armée en la campaña de Rusia, por Johannes Hari. La avanzada triunfal de Napoleón por Kovno, Vilna, Vitebsk, Smolensk y Borodino culminó con la llegada a Moscú. Pero la retirada, con los desastres del paso de los ríos Beresina y Niemen, fue una sangría incontenible para las tropas del emperador y el comienzo de su hundimiento.

dor de Austria, sobrino de María Antonieta, consintió que otra archiduquesa, una de sus hijas, se casara con Napoleón. Se la escogió casi principalmente porque las archiduquesas austríacas tenían fama de fecundas. Y, en efecto, a los pocos meses dio a luz el deseado heredero. El Imperio parecía consolidado y asegurada su continuidad con un futuro Napoleón II.

Quedaba la nube de España. Wellington había fortificado una de las mesetas de la península, que son fortalezas naturales casi inexpugnables. Es la que se ha llamado línea de Torres Vedras porque ésta forma su límite oriental; por el Sur la defiende el Tajo hasta Lisboa. Además, el mal humor creado por las veleidades de Napoleón con los partidarios de la independencia de Polonia hacía sospechar la defección del zar. El abrazo de Tilsit se iba desenlazando, y parecía haberse aguado el vino de los brindis de Erfurt.

Efectivamente, al comenzar el 1812, Napoleón estaba en guerra con Rusia. Con un ejército en el que había acumulado los soldados que le dejaba libres la pesadilla española, iba a lanzarse, enajenado, hacia el corazón de las estepas sin fin. Los rusos retro-



Batalla de Leipzig, grabado de Otto Gruger (Museo de Francfort). Desde el 16 al 19 de octubre de 1813 se dio junto al Elster esta batalla, que fue un paso más en la caída de Napoleón y el fin de su dominación en Alemania. En ella, el ejército aliado (alemanes, rusos, austríacos) venció al emperador.

cedían vencidos, pero el zar no acudía como en Tilsit a abrazar a su hermano, el caballeroso corso. Napoleón entró en la desierta ciudad de Moscú, que pronto empezó a arder. Cuentan que ante la catástrofe, Napoleón dijo: "He hecho demasiado de emperador; es tiempo que vuelva a hacer de general". Pero si bien es cierto que se puede ascender de general a emperador, retroceder de emperador a general es absolutamente imposible.

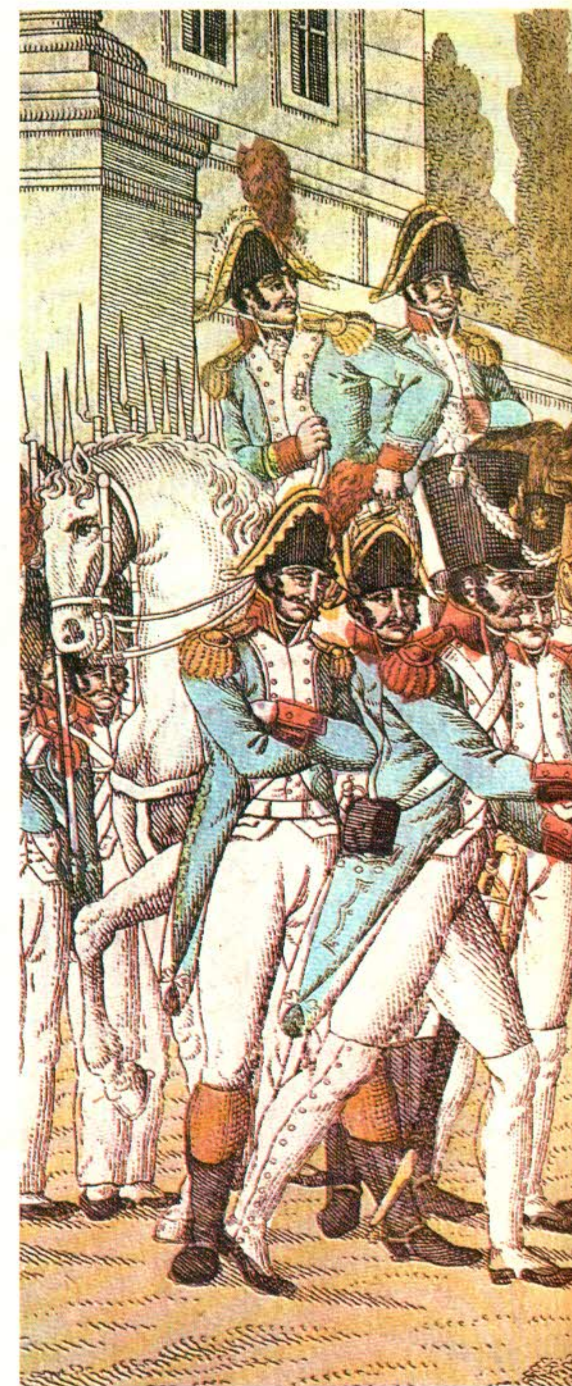
A su regreso a Francia, Napoleón encontró a toda Europa coligada de nuevo contra él. Por un momento pensó en abdicar en su hijo... Todavía se levantó para combatir contra todos. "Toda Europa estaba con nosotros hace un año –decía el emperador al Senado–; toda Europa está hoy contra nosotros." Al fin, viendo a Francia invadida por primera vez desde 1795, Napoleón abdicó y consintió en ser rey de la isla de Elba, poco más que una roca de mineral de hierro situada frente a las costas de Toscana.

Allí vivió diez meses en soledad. Unicamente su antigua amiga polaca, la tierna Walewska, fue a consolarle. Josefina, la esposa criolla, había muerto aquel mismo año. La archiduquesa austríaca, madre de su heredero, le abandonó y se fue a vivir escandalosamente en Venecia con un tal conde Neipperg.

El 26 de febrero de 1815, Napoleón, escapado de la isla de Elba en el bergantín *Inconstant,* salta a tierra casi en el mismo sitio donde había desembarcado al retornar de Egipto. Francia parece electrizada, el emperador está de regreso; se oyen otra vez los gritos de "¡Abajo los nobles!, ¡Abajo el clero!", mezclados con *La Marsellesa.* En Lyon, camino de París, Bonaparte escribe a su esposa, la austríaca: "Madame y querida *amiga:* He subido otra vez a mi trono...".

Cien días después, Waterloo.

Pero la obra de Napoleón Bonaparte se iba a prolongar una vez desaparecido él de la escena política. En primer lugar, la división territorial de Francia en departamentos, al tiempo que terminaba con unas pro-



vincias ficticias, herencia de los tiempos feudales, daría a la nación gran estabilidad, por huir de arbitrariedades y adaptarlas a regiones naturales.

En segundo lugar, el Código napoleónico, obra de su gran capacidad de legislador y administrador, serviría de pauta a todos los códigos civiles redactados en la Europa del siglo XIX.

Por último, los movimientos de fronteras que provocaría con sus acciones militares tendrían honda trascendencia: se puede decir que Suiza, Holanda y hasta cierto punto Italia son obra de Napoleón.



Sombrero de fieltro y seda que usó el emperador en la campaña francesa de 1814 (Museo del Ejército, París).

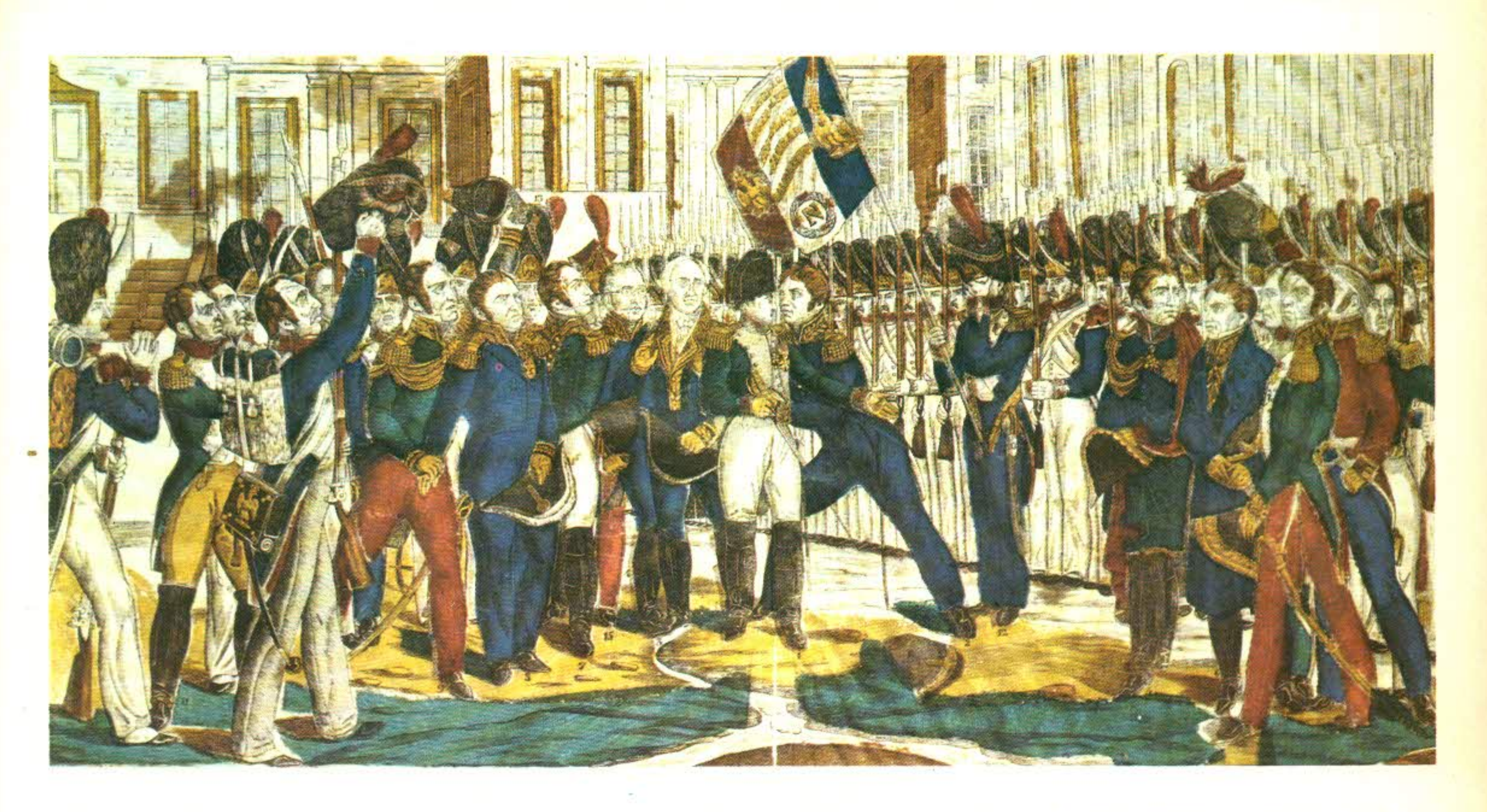
Salida de Napoleón hacia la isla de Elba (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Cuando las tropas aliadas entraron en París, el 31 de marzo de 1814, el Imperio de Napoleón llegó a su fin. El 4 de abril fue obligado a abdicar en Fontainebleau y el 28 de abril dirigióse hacia su destierro en la isla de Elba.

BIBLIOGRAFIA

Artola, M.	*Los afrancesados,* Madrid, 1953.
Bainville, J.	*Napoleón,* Madrid, 1942.
Fugier, A.	*La Revolución francesa y el Imperio napoleónico,* Madrid, 1960.
Jover, J. M.ª	*La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación,* Zaragoza, 1958.
Lacour-Gayet	*Napoléon. Sa vie, son oeuvre, son temps,* París, 1921.
Lefebvre, G.	*Napoléon,* París, 1953.
Ludwig, E.	*Napoleón,* Barcelona, 1956.
Pabón, J.	*Las ideas y el sistema napoleónicos,* Madrid, 1944.



Gran copa, en forma de nave, perteneciente al servicio del emperador (Museo Nacional de la Malmaison, París).



Obligado a abdicar por un grupo de sus mariscales, Napoleón decidió partir hacia la isla de Elba (Biblioteca Nacional, París). El grabado representa el adiós a sus soldados de la Vieja Guardia en el patio de armas del castillo de Fontainebleau, mientras recibe el abrazo del general Petit. Era el 20 de abril de 1814.

Liquidación del período napoleónico. El Congreso de Viena

En 1814, después de la primera abdicación de Bonaparte, los "aliados" consintieron a regañadientes la restauración de los Borbones en Francia. Sabían quién era el conde de Provenza, hermano de Luis XVI, porque desde el año 1807 vivía en Hartwell, pensionado por el gobierno británico. Era ya de edad, conservaba las maneras de Versalles y apenas había aprendido, en la emigración, que los tiempos habían cambiado. Además, los aliados, al entrar en Francia, se dieron cuenta de que los Borbones no contaban con simpatías en el pueblo. Se pensó por un momento en una regencia durante la minoridad del hijo de Napoleón, pero Inglaterra y Rusia se opusieron porque ello hubiera sido dejar a Francia a merced de Austria. Talleyrand, uno de los "regicidas" (como se llamaba a los que en la Convención habían votado la muerte de Luis XVI), el mismo que después tramara la jornada de Brumario y que a la caída de Napoleón se hallaba entre los aliados, intrigó hasta conseguir que se llamara al conde de Provenza para reanudar la serie de los reyes franceses.

Los aliados, esto es, el zar, el emperador de Austria, el rey de Prusia y Wellington, que estaban perplejos en París, se dejaron convencer por Talleyrand, quien obtuvo el voto del Senado para que el hermano de Luis XVI fuera a Francia a establecer un gobierno *sage et prudemment tempéré*. Este fue el "procedimiento" jurídico para legitimar el traspaso de la autoridad, superstición que duró todo el siglo. No importó tanto el de-

LA ULTIMA ETAPA NAPOLEONICA

1807 Napoleón crea un nuevo estado: el Gran Ducado de Varsovia. Su hermano Jerónimo, rey de Westfalia.
Por el decreto de Milán, las condiciones del bloqueo inglés se agravan: entrada de tropas francesas en Portugal.

1808 Sublevación española contra Napoleón: abdicación de Bayona. José Bonaparte, rey de España. Murat, rey de Nápoles. Entrevista de Erfurt, entre Alejandro y Napoleón: el ministro Talleyrand intriga contra el emperador.

1809 Inglaterra y Austria encabezan la quinta coalición: victorias napoleónicas de Eckmühl y Wagram. Anexión de los Estados Pontificios.

1810 Tras la paz de Viena, matrimonio de Napoleón con la archiduquesa María Luisa. Bernadotte, elegido príncipe heredero de Suecia. Alejandro I rompe el bloqueo continental.

1811 Evacuación de Portugal y grandes desastres franceses en España.
Crisis económica en Inglaterra. Reformas internas en Prusia.

1812 La sexta coalición: Rusia e Inglaterra. Comienza la campaña de Rusia: batalla de Borodino, incendio de Moscú. La gran retirada.

1813 Séptima coalición: Prusia, Austria, Rusia, Inglaterra, Suecia: batalla de Leipzig. Victoria anglo-española de Vitoria.

1814 Napoleón devuelve los Estados Pontificios a Pío VII y España a Fernando VII. Los aliados empiezan la campaña de Francia. El Senado acuerda destituir al emperador: Napoleón marcha a la isla de Elba.



Luis XVIII, rey de Francia, por P. Guérin (Museo de Versalles, París). A la caída de Napoleón, el hermano de Luis XVI volvió de su largo exilio de veinte años para ser coronado rey. Su reinado quedó interrumpido por el período de los Cien Días, tras los cuales volvió a ocupar el trono de Francia.

recho cuanto que el príncipe o autoridad saliente lo transfiriese de grado o por fuerza al príncipe o autoridad entrante. Un pueblo era un rebaño que no podía estar sin pastor.

El Senado, único engranaje de la máquina gubernamental subsistente después de la abdicación de Bonaparte, redactó un proyecto de Constitución para salvar del naufragio algunas de las conquistas revolucionarias. El conde de Provenza leyó aquel plan o proyecto y, revistiendo de ambigüedad sus intenciones, replicó en estos términos: "Después de leído el proyecto de Constitución ideado por el Senado, veo que las bases son buenas, pero que muchos artículos parecen redactados con precipitación y, tal como están, no pueden ser leyes fundamentales del Estado". Así empezó la secular lucha entre rey constitucional y Parlamento, y entre liberales y reaccionarios, la cual caracterizó la Restauración.

Sin embargo, hasta aquel conde de Provenza, rey de Francia, que por el "martirio" de su hermano Luis XVI tenía derecho a estar prevenido contra la revolución, antes de llegar a París, el 2 de marzo de 1814, consintió en confirmar algunas conquistas revolucionarias en documento solemne dado en Saint-Ouen. Prometió "que no inquietaría a nadie por sus opiniones, que se podrían expresar libremente de palabra y por la prensa; que toleraría los cultos no católicos, que los impuestos se votarían en Parlamento y que gobernaría con un Parlamento representativo de dos Cámaras".

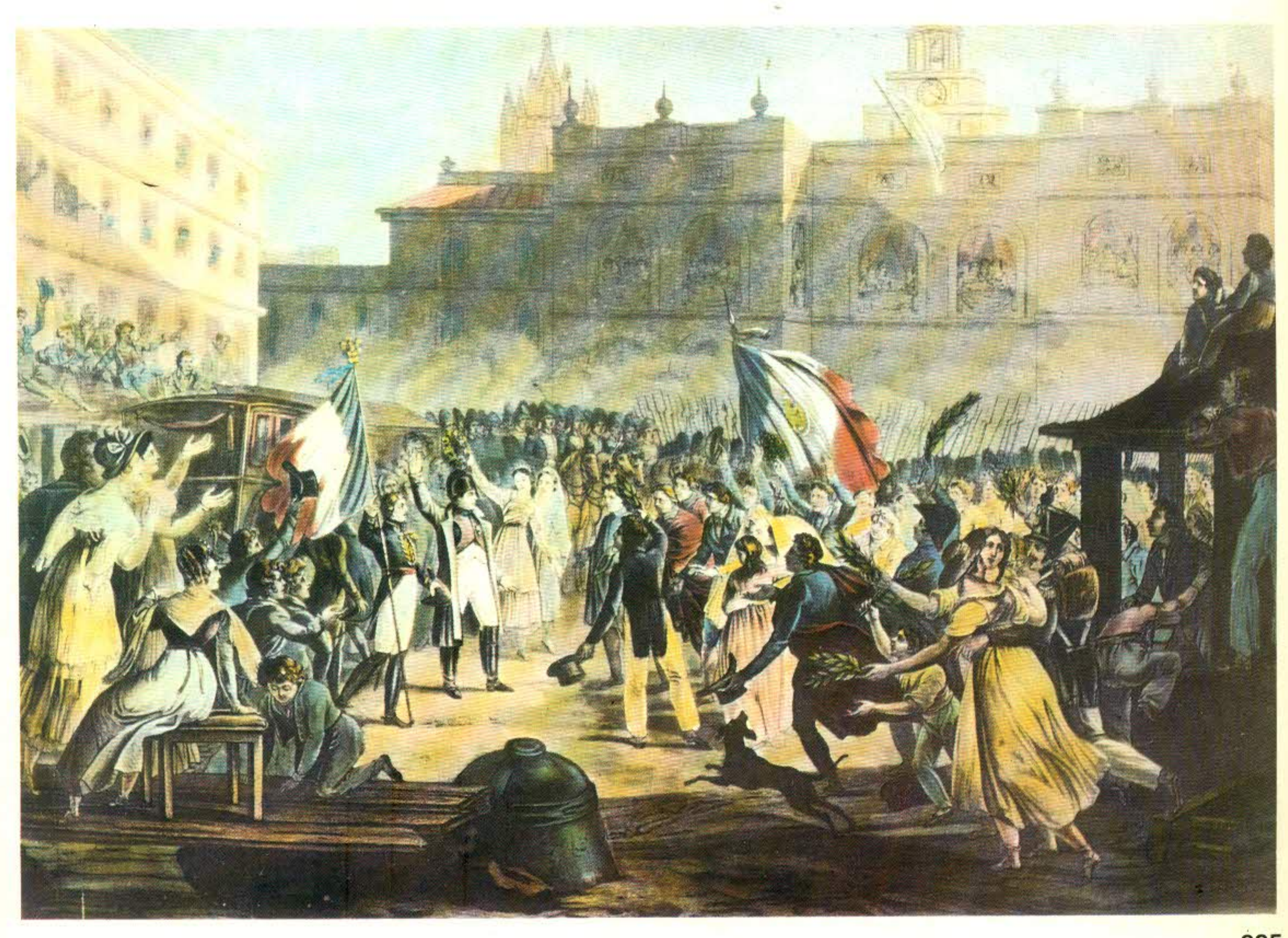
La mayoría de las concesiones de Saint-Ouen se incorporaron a la Constitución definitiva, aunque no se le dio este nombre porque, según se predicaba en las iglesias de París, "toda Constitución era ya un regicidio". Se la llamó Carta Constitucional, y el nuevo rey tomó el nombre de Luis XVIII porque se suponía que el delfín (que había sobrevivido a su padre) había reinado en la cárcel del Temple y que, por tanto, había habido un Luis XVII. Francia no podía haber estado ni un minuto sin rey. Para los monárquicos, Convención, Directorio e Imperio no habían existido; eran sueños. La Carta Constitucional se fechó en 1814, "año

diecisiete de mi reinado"; esto es, que Luis XVIII había reinado ya diecisiete años; cuando príncipe emigrado, era rey en sus destierros de Alemania e Inglaterra. Así quedaba a salvo la "legitimidad".

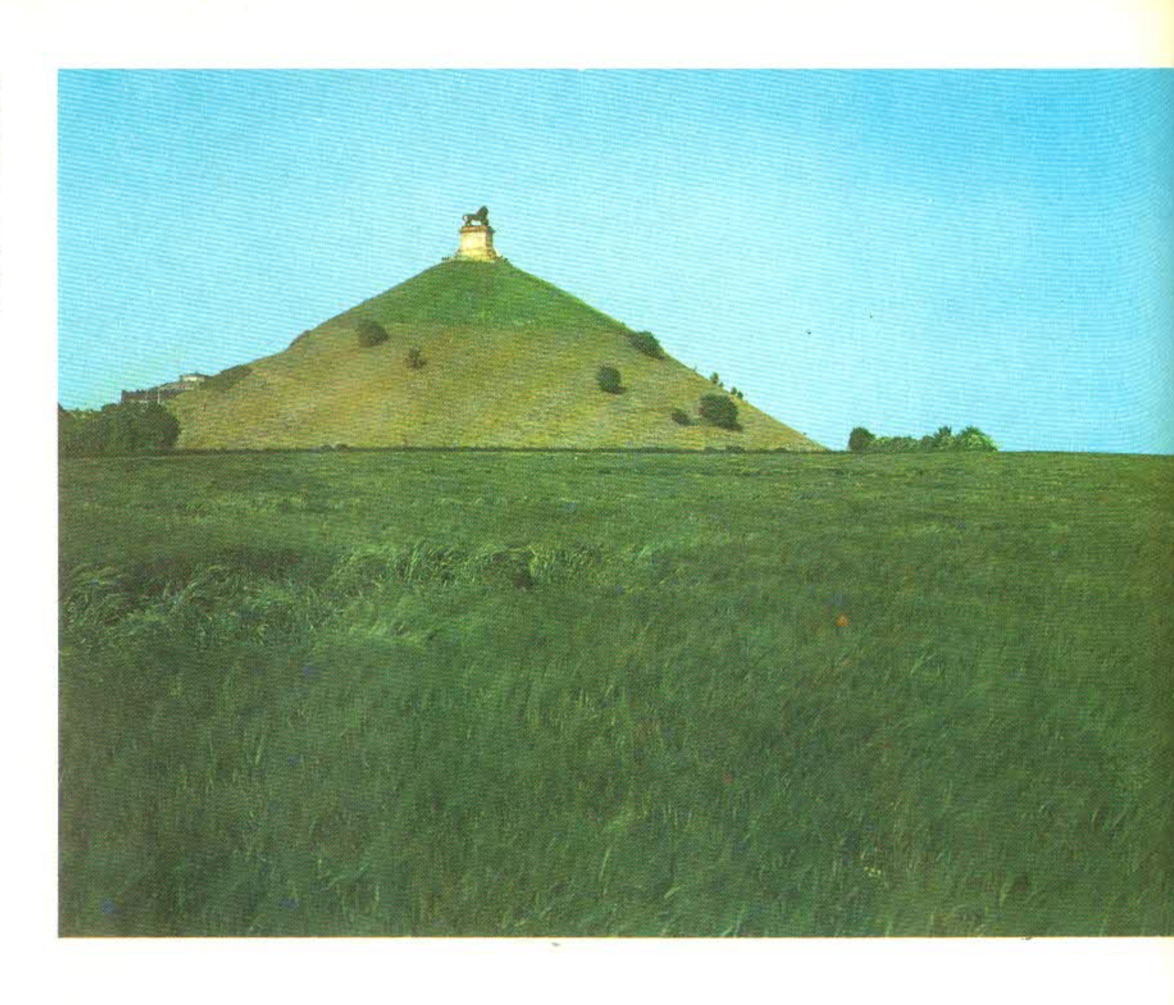
Pero que el péndulo iba inevitablemente hacia la derecha lo prueba la Constitución que redactó Napoleón a su regreso de la isla de Elba, durante los Cien Días. A la noticia de su llegada, el Borbón escapó a toda prisa y Bonaparte trató de restaurar rápidamente, no el Imperio, sino las "libertades republicanas". En sus alocuciones empleó otra vez la palabra "ciudadanos" para dirigirse a los franceses; dijo que había regresado para restaurar los principios revolucionarios y que no quería ser más que emperador de una República francesa. Iba a hacer justicia en los traidores a la causa revolucionaria: *"Je les lanternerai"* (los colgaré de postes de farol), etc. Con todo, en su Constitución de los Cien Días no reconoció el voto popular y subsistieron las listas de electores. Creaba dos Cámaras. El Senado de Pares, escogido por el emperador, irrevocables, y cuyos derechos se heredaban de padres a hijos, era todavía más absurdo que el de la Carta Constitucional de Luis XVIII. La Cámara popular –¡de 629 miembros escogidos de las listas comunales y de las listas departamentales!– causó gran decepción. Los ministros eran responsables, pero su responsabilidad era penal, no política. La Cámara de Representantes podía enjuiciar a un ministro ante la Cámara de los Pares, "bajo sospechas de haber comprometido la seguridad del estado o el honor de la nación". Pero los ministros no eran responsables políticamente; esto es, que un voto contrario de la Cámara no les obligaba a dimitir. En una palabra, Napoleón se proponía gobernar como antes de su abdicación, como emperador, y sus "concesiones" no superaban las de Luis XVIII.

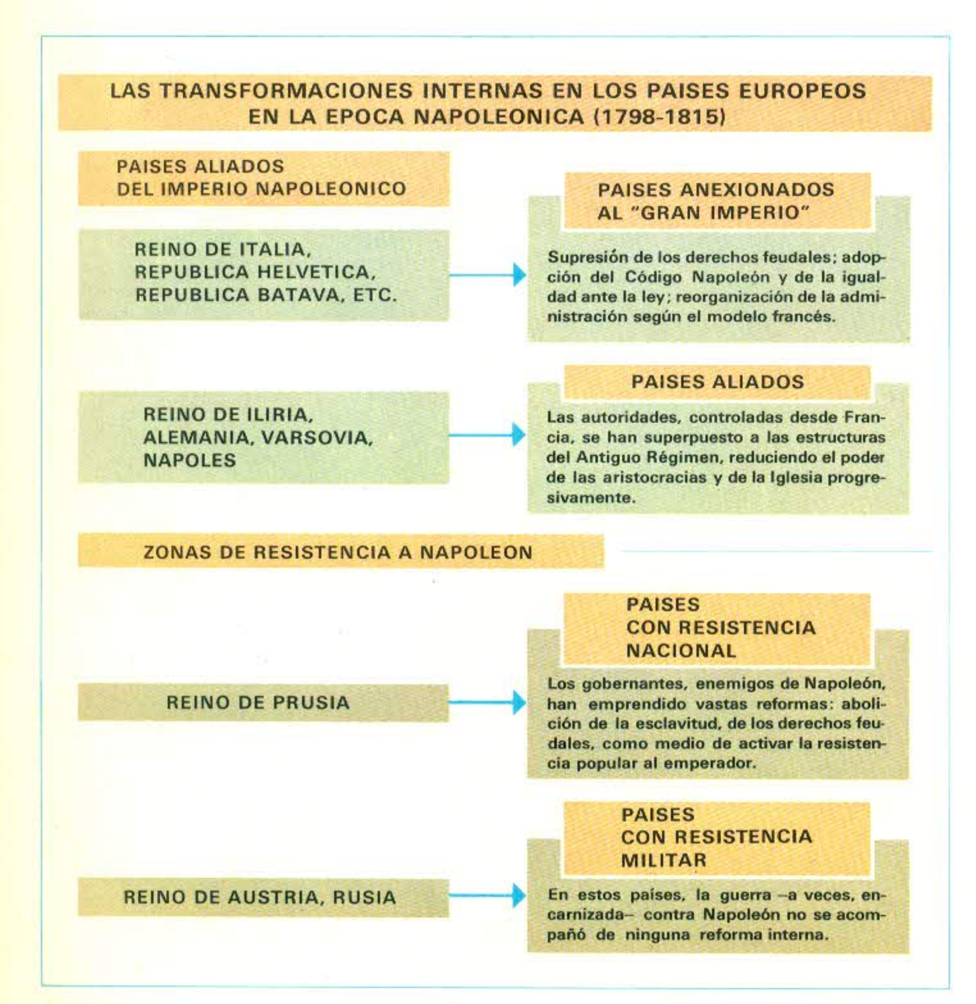
Waterloo produjo una nueva ocupación de París por los aliados, quienes esta vez, para castigar a Francia por haberse puesto de nuevo del lado de Bonaparte, exigieron indemnización, ocupación e intervención. La indemnización, fijada en ochocientos millones de libras, se rebajó a setecientos;

Aclamación del pueblo de Grenoble a la llegada del emperador de su exilio de Elba (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Al cabo de casi un año de alejamiento del poder, Napoleón volvió a Francia a poner remedio al estado de confusión a que había llegado el gobierno de Luis XVIII.



Túmulo levantado en el llano de Waterloo, Bélgica, para conmemorar la batalla del mismo nombre librada el 18 de julio de 1815 entre Napoleón y el ejército de los aliados. La victoria aliada supuso el final del reinado de los Cien Días y la caída definitiva del Imperio.





la ocupación por siete años se redujo a cinco, y la intervención consistió sencillamente en que por varios años los ministros del rey de Francia (otra vez Luis XVIII) tenían que consultar cada semana con los embajadores de los aliados, reunidos en la casa de Wellington en París. ¡Este fue el precio de Cien Días más de Imperio!

Después de Waterloo regresó Luis XVIII y empezó el régimen constitucional borbónico, que fue sirviendo de modelo a casi todas las naciones de Europa. Se conservaron las instituciones establecidas durante el Imperio: Códigos, Concordato, Legión de Honor y hasta la nobleza imperial. Sólo se abolió el divorcio, "porque deshonraba el Código Civil", que era todavía el de Napoleón.

Se ha dicho que Francia fue "una sociedad democrática administrada por una burocracia centralizada"; pero si lo de burocracia es cierto, lo de democracia resulta dudoso. A lo único que tenía derecho un francés a principios del siglo XIX era a ser burócrata. Según la Carta Constitucional de Luis XVIII, los impuestos debían ser votados cada año por la Cámara popular de un modo puramente formulario; pero este voto comprendía el presupuesto anual, siempre improvisado, siempre artificial, porque no se podía saber lo que iba a ocurrir durante el año y siempre se liquidaba falseando ba-

lances de fin de ejercicio... Pero además la Cámara popular, con diputados escogidos de las listas electorales, fue al comienzo, en Francia y en otros países, un verdadero fantasma.

Luis XVIII la llamaba la *"Cámara Invisible"*, porque nada proponía ni resistía a nada. Los diputados, sin dietas, habían de pagar por lo menos la contribución de mil francos anuales, y los electores trescientos francos de impuesto. El sufragio universal, que había de ser una de las grandes conquistas del siglo que comenzaba, se consideraba injusto e imposible. La libertad de prensa estaba limitada por "la condición de sujetarse a las leyes que debían reprimir sus abusos". Por lo demás, se ha hecho notar que era de poca importancia lo que se podía imprimir cuando los ciudadanos no habían aprendido a leer. A principios del siglo XIX, los gobiernos europeos no tenían empeño en difundir la instrucción; el presupuesto de Francia para escuelas primarias era de cincuenta mil francos; había más de 25.000 municipios sin escuela. Los periódicos hacían tiradas irrisorias; se calcula que los de la oposición, en París, llegaban en conjunto a tirar 45.000, y a 15.000 ascendían los gubernamentales.



Monumento al duque de Wellington levantado en Edimburgo. Este militar inglés, que pasó largos años guerreando en España, fue nombrado por el Congreso de Viena jefe del ejército aliado que venció a Napoleón en Waterloo.

Así y todo, la Francia posnapoleónica quedó como un faro, un modelo de liberalismo para las demás naciones de Europa. Para que se convenza el lector, vamos a cambiar de escenario y le trasladaremos a Viena, donde se celebraba el Congreso para liquidar los innumerables problemas internacionales que había planteado el desastre napoleónico. Asistían al Congreso noventa

Fusilamiento de Murat el 13 de octubre de 1815 (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Después de la batalla de Waterloo, intentó recuperar su reino de Nápoles con la ayuda de un pequeño ejército, pero al desembarcar fue hecho prisionero y fusilado inmediatamente.

CHARLES MAURICE DE TALLEYRAND-PERIGORD

Si ha existido jamás la encarnación de la política, Talleyrand es la persona que reúne más méritos para reivindicar tal categoría, y si no se ha dado en la realidad, Talleyrand es el hombre que más próximo ha estado de ella. Su capacidad para adaptarse a la situación en cada momento y para, a la vez, predecir el futuro inmediato le permitió prestar su colaboración –y sobrevivir– al Antiguo Régimen, a la Revolución francesa, al Imperio napoleónico, a la restauración borbónica y a la monarquía de los Orleáns.

Charles Maurice de Talleyrand-Périgord nació en París en 1754. Pertenecía a una familia noble, cuyos antepasados, condes del Périgord, habían sido desde el siglo XII una de las principales casas feudales de Francia. Un accidente acaecido durante su infancia le dejó cojo, impidiéndole dedicarse a la carrera militar, a la que estaba destinado. Por esta circunstancia ingresó en el seminario de Saint-Sulpice, donde cursó estudios religiosos. Terminada la carrera eclesiástica, su talento y, sobre todo, las influencias de la familia le valieron sucesivamente la abadía de Saint-Denis y el obispado de Autun. Durante la asamblea general del clero francés, en 1782, intervino a favor de los reformistas, abogando por la mejora de la situación económica de los miembros del clero inferior. En 1789 fue diputado por el estamento eclesiástico y tomó partido por los revolucionarios. De acuerdo con Mirabeau, solicitó la nacionalización de los bienes de la Iglesia y formó parte del comité encargado de redactar la Constitución. Cuando se produjo el rompimiento con Roma, fue uno de los cuatro obispos que aceptaron el estatuto civil propuesto por los revolucionarios para el clero francés. De acuerdo con esta línea de actuación, consagró a los primeros obispos de la nueva Iglesia galicana, lo que le valió ser condenado por el papa. En 1791 renunció al obispado de Autun y desde entonces abandonó los hábitos.

En 1792, al servicio del gobierno revolucionario, fue enviado en misión diplomática a Londres para gestionar la no intervención de Inglaterra en los asuntos internos de Francia. Inicialmente obtuvo éxito en su misión, pero los sucesos de Bélgica y la poca habilidad del embajador francés en Gran Bretaña provocaron el fracaso de la posible concordia. Talleyrand entonces, quizás a causa de la evolución del proceso revolucionario, optó por abandonar Francia y emigró a Inglaterra y posteriormente cruzó el Atlántico y se instaló en América. En 1796 volvió a París, donde su habilidad le permitió no sólo evitar las represalias que podían derivarse de su emigración, sino también realizar una brillante carrera política, hasta ocupar la dirección de la política extranjera del Directorio. Convencido, en 1799, de que los días de la Revolución habían pasado, abandonó su puesto y se puso en contacto con Bonaparte, el futuro vencedor.

Poco tiempo después del golpe de estado de Brumario, Talleyrand ocupaba de nuevo el ministerio de Asuntos Exteriores, ahora al servicio de Napoleón. Partidario de la paz en el exterior y en el interior, influyó directamente en la firma de los tratados de Luneville y de Amiens y presionó a Bonaparte para que el régimen se reconciliase con los realistas y católicos emigrados durante el período revolucionario. La excomunión que pesaba sobre él fue retirada por el papa y, reducido al estado laical en 1803, contrajo matrimonio con Mme. Grand, que desde hacía tiempo era su amante.

Durante el Imperio intentó encauzar la política exterior francesa por los caminos de la diplomacia, que prefería a las acciones bélicas. Los honores de que fue objeto por parte del emperador –fue nombrado gran chambelán, príncipe de Benevento y vicegran elector– no consiguieron evitar las divergencias de criterio entre Napoleón y su ministro, puestas en evidencia en varias ocasiones, como, por ejemplo, cuando Talleyrand se opuso a la intervención francesa en España en 1808. A partir de este año, convencido de que no podría influir en la política imperial, entró en contacto con los enemigos de Napoleón, especialmente con Alejandro I, al que aconsejó que se opusiera a los planes franceses. De esta manera, cuando en 1814 los ingleses entraron en París, Talleyrand contó con el apoyo del zar para erigirse en árbitro de la situación y conseguir que los aliados aceptasen la solución por él propuesta para remediar la crisis francesa: la restauración de los Borbones. Como jefe del gobierno provisional, hizo decretar la destitución de Napoleón y llamó a Luis XVIII para que se hiciese cargo del poder.

Cuando se celebró el Congreso de Viena, Talleyrand tomó parte en él como ministro francés de Asuntos Exteriores, cargo que nuevamente ocupaba. Con gran habilidad consiguió que se respetaran las fronteras históricas de Francia, apoyándose en Austria e Inglaterra para oponerse a las apetencias de Rusia y de Prusia. Aunque el retorno de Napoleón a Francia comprometió seriamente el éxito obtenido por las gestiones de Talleyrand, éste consiguió nuevamente dominar la situación y durante unos meses, tras el fracaso del corso, ocupó la presidencia del Consejo (julio-septiembre de 1815). La oposición de los realistas exacerbados le obligó a dimitir y hasta 1830 su actividad política se circunscribió a la Cámara de los Pares, de la que era miembro. Cuando se produjo la revolución de julio de 1830, Talleyrand estaba de nuevo en el bando de los vencedores, apoyando la candidatura de los Orleáns. Luis Felipe le nombró embajador ante la corte británica y como tal intervino en la conferencia de Londres, reunida para solucionar el problema de Bélgica (1830). Permaneció en este puesto hasta 1834, cuatro años antes de su muerte.

J. F.

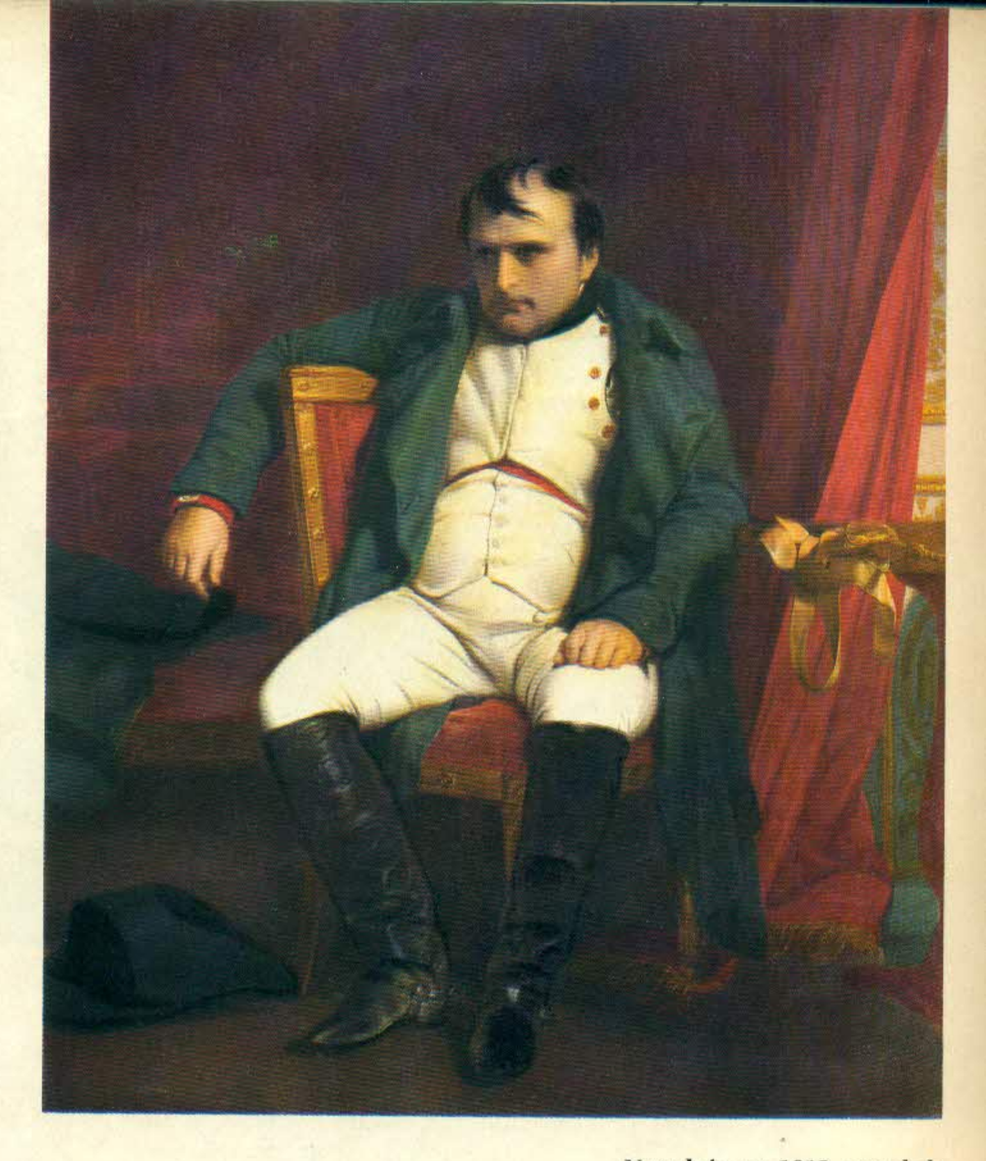
soberanos reinantes y cincuenta y tres plenipotenciarios de príncipes o estados desposeídos que reclamaban la restitución de sus dominios. Esto dará idea de la trituración territorial de Europa antes de Napoleón. Lo peor era todavía el espíritu de los reunidos. Para aquellos "grandes de la tierra" no había ocurrido nada antes ni después de Napoleón. Aparecían ataviados con insignias y condecoraciones de Ordenes de todos los santos del calendario, del Toisón, del Baño, la Jarretera, el Elefante, el Fénix, el Aguila, la Espada, etc. Coronados y condecorados, habían llegado a Viena con sus esposas y amantes; danzaban y jugaban, hacían cabalgatas y representaban brillantes escenas, además de las funciones de gala que se daban en el teatro y los banquetes.

El Congreso se inauguró en octubre del año 1814, y entre fiestas y recepciones duró hasta el 8 de junio de 1815, en que se firmó el acta final. Con excepción del zar, los personajes más importantes no fueron los cuatro monarcas que lo habían convocado (Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia), sino Metternich y Talleyrand. El zar era todavía el mismo Alejandro I que había abrazado a Napoleón en Tilsit y brindado por la eterna amistad con el gran hombre en Erfurt. Su padre Pablo I, con síntomas de demencia, fue asesinado en una conspiración de palaciegos consentida por el propio Alejandro. Cuando

el Congreso de Viena, el zar era todavía un joven voluntarioso que defendía sus intereses con más pasión que inteligencia.

Metternich, también joven, actuaba por cuenta del emperador de Austria, que, como anfitrión del Congreso, no tenía tiempo ni paciencia para seguir las negociaciones. Era un convencido de la perfección de la sociedad de tipo aristocrático representada por Austria. Metternich, disipado y calculador, engañaba a todo el mundo. Sobre todo, sabía disimular con su mirada afable: *"Le régard avec lequel M. de Metternich tromperait Dieu!"*. De sus ideas políticas tenemos clara noción por sus manejos durante el Congreso y después de él. Creía como su amo, el emperador de Austria, que los pueblos sólo tenían derecho a un "gobierno paternal". Lo que después se llamó "despotismo ilustrado" entonces era solamente "férula paternal". ¡Difícil decir lo que es mejor o lo que es peor cuando ya pasó el tiempo de esta clase de tutelas!

Insistiremos en las ideas políticas de Metternich porque fueron las que prevalecieron. Durante un cuarto de siglo, Europa fue la de Metternich. Según éste, "la política había de basarse en el reposo". "El mejor triunfo fuera no cambiar nada en el orden político." El liberalismo, la filosofía, habían hecho estragos, convenciendo a todos de que podían opinar libremente en religión, moral, legis-

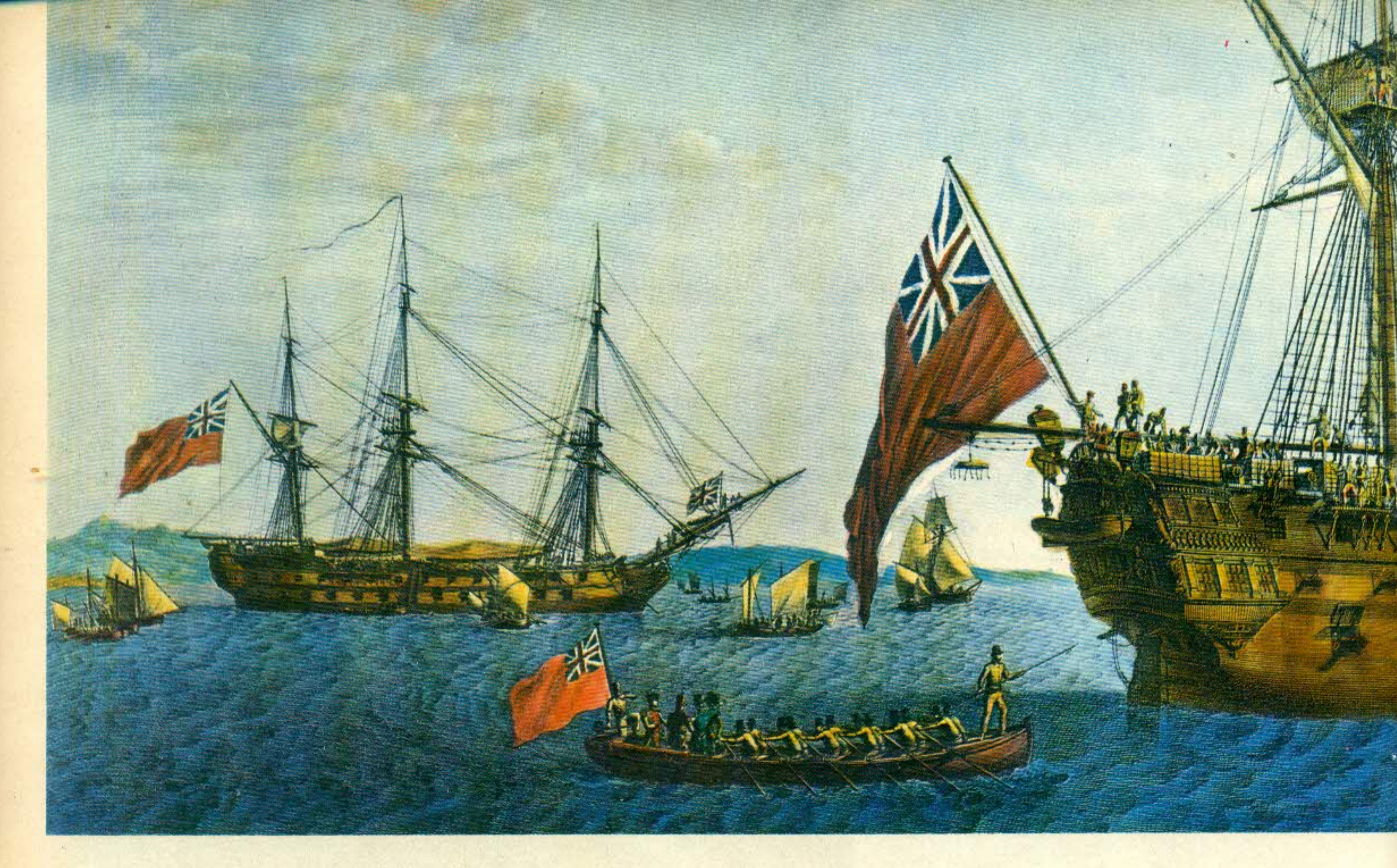


Napoleón en 1815, cuando la victoria había dejado de ser su aliada y estaba a punto de ser deportado a Santa Elena, por P. Delaroche (Museo de los Inválidos, París).

EL CENTRO DE EUROPA EN EL CONGRESO DE VIENA (1815)

SUECIA
DINAMARCA
PRUSIA
POLONIA
(IMPERIO RUSO)
REINO UNIDO DE LOS PAÍSES BAJOS
HANNOVER
MECKLEMBURGO
SAJONIA
BAVIERA
BADEN
WURTTEMBERG
IMPERIO AUSTRÍACO
FRANCIA
SUIZA
CRACOVIA (ciudad libre)

Límite de la confederación germánica



El 7 de agosto de 1815, Napoleón fue conducido a bordo del buque "Northumberland", que le llevó a la isla de Santa Elena.

lación, economía política y administración. "Estas difíciles materias parecen ser un bien común y accesible a todos", cuando hasta "la idea misma de la emancipación de los pueblos es un absurdo". Lo terrible, según Metternich, es que "la enfermedad del libre pensamiento ha contaminado a los burgueses. El pueblo bajo teme los cambios. Las gentes agitadas son los rentistas, los empleados, los literatos, los abogados, los maestros. Su grito de guerra es *Constitución,* que quiere decir cambios y desorden. Y en medio de esta agitación constitucional no se puede pensar en reformas; el buen sentido exige que en tales circunstancias no se haga más que conservar". Las reformas, el progreso político eran "proyectos inmorales de hipócritas, de cabezas destornilladas, de locos soñadores". Por fin, "la libertad de prensa –siempre según Metternich– era una calamidad, desconocida en el mundo hasta la segunda mitad del siglo XVIII". Y si el mundo había subsistido sin esta infección de la libertad de prensa durante miles de años, ¿por qué afanarse en imponerla entonces? Tal era Metternich, algo rezagado para su tiempo (1815-1848), pero nada en comparación con sus congéneres de nuestros días.

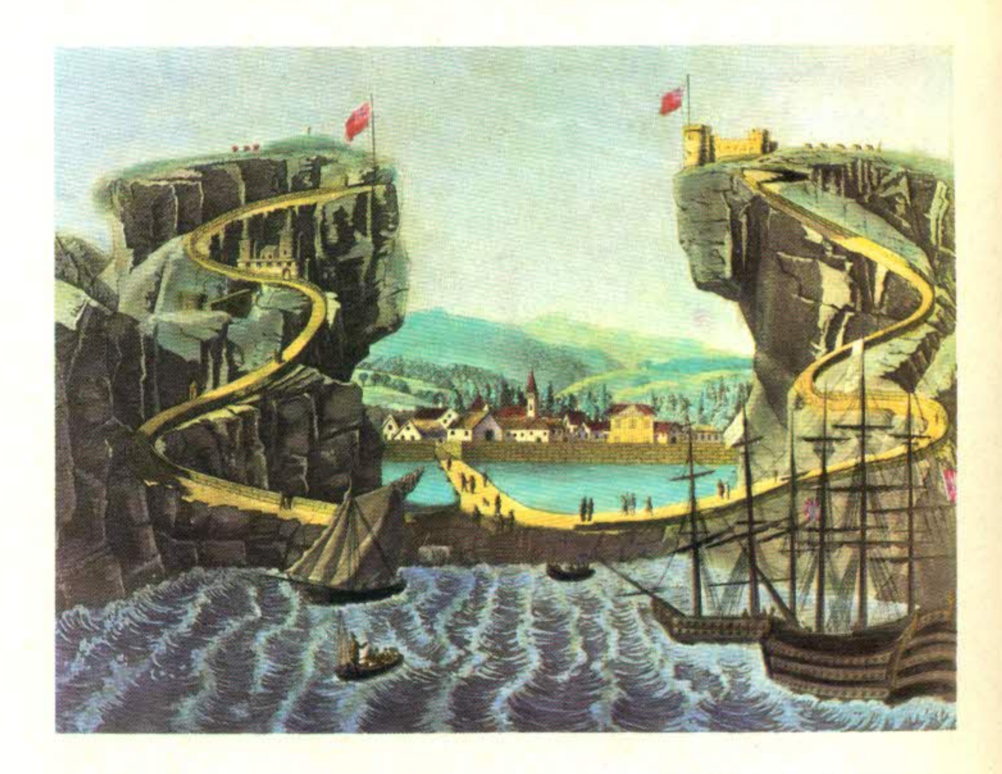
El tercer protagonista del Congreso de Viena fue Talleyrand. Llegaba con el bagaje de su pasado revolucionario, lo que hizo muy difícil que pudiera manejarse al principio. En las primeras fiestas y reuniones a que asistió se le dejaba solo como a un apestado. El emperador de Austria, sobrino de María Antonieta, no podía olvidar fácilmente que Talleyrand, obispo de Autun cuando estalló la revolución, había sido ministro con Danton, votado la muerte del rey y dirigido los negocios extranjeros del Directorio y del Imperio. Y, sin embargo, su talento insuperable, su natural urbanidad, sus audacias en los momentos favorables, le hicieron el jefe de la oposición –si es que tal existía en Viena– y, después del zar y Metternich, la figura más importante del Congreso.

Aquel obispo que había colgado los hábitos, aquel hábil equilibrista en situaciones difíciles, que había pasado del monarca Luis XVI a Danton, y de Danton a Napoleón, y de Napoleón a Luis XVIII, se presentaba en el Congreso de Viena como defensor de los principios de libertad y justicia.

Talleyrand insistía en Viena –fíjese el lector: en la Viena de Metternich– en que "la primera necesidad era convencer a las gentes de que no se podía sujetar a un pueblo por el solo derecho de conquista". Según él, "un soberano que hubiera perdido sus estados por derecho de conquista, no por esto dejaba de ser soberano, a menos que hubiera renunciado a sus derechos". El resultado de estos principios fue agrupar alrededor de Talleyrand a todos los desposeídos y, según hemos dicho, nada menos

que cincuenta y tres de ellos estaban en Viena personalmente o representados por sus plenipotenciarios. Talleyrand consiguió hacer jugar, como piezas de ajedrez, a todos aquellos que, sin haber sido desposeídos todavía, sentían peligrar sus tronos o sus fronteras por haber sido aliados de Napoleón. Entre éstos estaban los reyes de Baviera y Sajonia, y Murat, rey de Nápoles. Pero Talleyrand no era un Wilson, y cuando fue necesario sacrificó alguna de sus piezas para lo único que en el fondo le interesaba: mejorar la posición de Francia.

Para dar al lector idea cabal de la socarronería diplomática de Talleyrand, copiaremos una conversación que tuvo con el impetuoso zar, tal como él mismo la transcribió en sus Memorias. Una noche Alejandro I le llamó para tener con él una entrevista a solas, en su residencia de Viena. Zar: "Vamos al bulto, hay que acabar". Talleyrand: "Todo depende de que Vuestra Majestad



Vista de la isla de Santa Elena, según un oficial que acompañó a Napoleón en el destierro (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Al fondo, la capital, Jamestown, ubicada en un estrecho valle entre montañas rocosas.

EL CONGRESO DE VIENA: UNA NUEVA ORDENACION DE EUROPA

LAS DIVERGENCIAS

- **BLOQUE RUSO-PRUSIANO**
- **BLOQUE ANGLO-AUSTRIACO**
- **MONARQUIAS CONSTITUCIONALES**
- **MONARQUIAS ABSOLUTAS**

LOS PRINCIPIOS ACTIVOS

ORGANIZACION POLITICA INTERNACIONAL

El orden territorial europeo se reconstruye sobre dos principios: la legitimidad —cada territorio es devuelto a su legítimo dueño, según el derecho monárquico— y el equilibrio entre las distintas potencias: se redondean países, se establecen zonas-tampón, etc.

ORDEN POLITICO INTERNO

En cada país se restaura el gobierno monárquico por excelencia. El rey tiene siempre todo el poder, tanto en el terreno ejecutivo como en el legislativo. El rey puede compartirlo con una Cámara o con sus ministros.

LOS PRINCIPIOS MARGINADOS

NACIONALISMO

Aspiración de los pueblos de una misma cultura a unificarse políticamente bajo un gobierno independiente.

CONSTITUCIONALISMO

Gobierno del estado a partir de una Carta constitucional y de la separación de los tres poderes: ejecutivo, legislativo y judicial.

POR UNA APLICACION CONCRETA

TRATADO DE CHAUMONT

Tratado de Chaumont: reconciliación con la Francia legitimista y absolutista de Luis XVIII.

LA SANTA ALIANZA (SEPT. 1815)

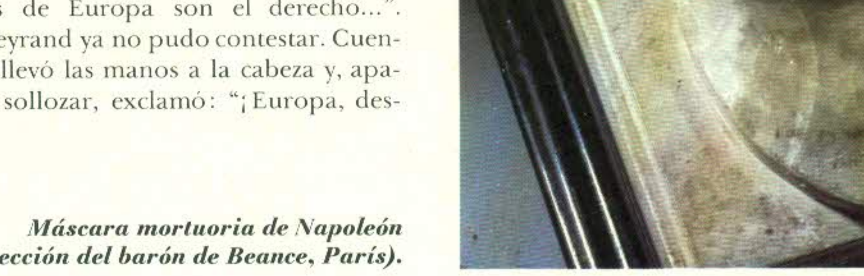
Formada entre Austria, Prusia y Rusia para la defensa del absolutismo.

LA CUADRUPLE ALIANZA

Cuádruple Alianza, constituida por Austria, Inglaterra, Rusia y Francia para la defensa del "statu quo" europeo de 1815.

Muerte de Napoleón el 5 de mayo de 1821 (grabado del Museo de la Francia de Ultramar, París). Había pasado cinco años y medio en su aislado destierro y, desde diciembre de 1815, vivía en Longwood, pequeña localidad en el centro de la isla.

lleve en estos asuntos la misma grandeza de miras que lleva Francia". Zar: "Pero es necesario que cada uno encuentre conveniente la solución". Talleyrand: "Y cada uno respete los derechos". Zar: "Pero yo conservaré todo lo que ocupo". Talleyrand: "Vuestra Majestad no debería conservar más que lo que sea legítimo". Zar: "Pero las grandes potencias estamos de acuerdo". Talleyrand: "Yo no sé todavía si Vuestra Majestad incluye a Francia entre las grandes potencias". Zar: "Ciertamente, pero si no queréis que cada uno encuentre en la solución lo que le conviene, ¿qué es lo que os proponéis?". Talleyrand: "Yo pongo el derecho por encima de las conveniencias". Zar: "Las conveniencias de Europa son el derecho...". Aquí Talleyrand ya no pudo contestar. Cuenta que se llevó las manos a la cabeza y, aparentando sollozar, exclamó: "¡Europa, des-



Máscara mortuoria de Napoleón (colección del barón de Beance, París).

graciada Europa!". El zar, sin inmutarse, añadió: "Antes la guerra otra vez que renunciar a lo que ocupo... Pero, ya es hora de ir al teatro...".

A pesar de estos "contratiempos", Talleyrand tenía una ventaja que hacía siempre valer en sus escarceos con los aliados. Repetía que Francia no quería aumento de territorio. Hasta renunciaba a la "utopía" revolucionaria de las fronteras naturales. Tanta generosidad francesa era forzada; Talleyrand sabía muy bien que Francia era la vencida, y que de la epopeya napoleónica le tocaba los platos rotos. Sin embargo, maniobrando hábilmente e intercalando sus malsonantes "derechos imprescindibles", "restauración de gobiernos legítimos", "conservación del derecho público", "independencia de pueblos", Talleyrand ganó la partida. Ya hemos dicho que las ideas políticas que predominaron en Europa después del Congreso fueron las de Metternich, pero las fronteras que se aceptaron en Viena, sobre todo en el Oeste –esto es, con excepción de las de Polonia–, fueron las de Talleyrand.

La victoria –si así puede llamarse al resultado de las transacciones de Talleyrand– era tanto más difícil por cuanto en el tratado de paz con Francia los aliados decían que "la disposición de los territorios a que renuncia Su Majestad Cristianísima (el rey de Francia) y las relaciones que deben existir para procurar un equilibrio real y duradero en Europa serán reguladas por un Congreso (en Viena) *sobre bases convenidas de antemano por las potencias aliadas*".

Las bases convenidas de antemano eran la suerte que tocaba a alguna de las víctimas de la Revolución y del Imperio. Austria se anexaba el Véneto y la Lombardía; el rey de Cerdeña recibía Génova y se pretendía que renunciara a Saboya, aunque al final pudo conservarla; Bélgica, reunida con Holanda, quedaría libre de las apetencias de Francia e Inglaterra. Los territorios de la orilla izquierda del Rin (conquistas de la Revolución) se devolvían a Alemania, parte a Prusia, parte a Baviera. Con estas bases preestablecidas, Talleyrand sólo podía jugar con los territorios cuya suerte no estaba fijada por el tratado, esto es: Polonia, Italia (menos Véneto y Lombardía) y las fronteras interiores de los estados alemanes. Había posibilidad de satisfacer con estos jirones de Europa a muchos ambiciosos. Por lo pronto fue sacrificado Murat, que en los Cien Días se había puesto del lado de Napoleón. Su reino de Nápoles fue reintegrado a los Borbones para satisfacer al agente de Fernando VII, rey de España, Gómez Labrador, que en otras cosas había secundado a Talleyrand, el cual ni intentó defender a Murat. "No conocemos



El 2 de abril de 1861 los restos del emperador recibieron definitiva sepultura bajo la cúpula de los Inválidos, París.

a *aquel hombre*", dijo en el Congreso, siendo Murat todavía el rey de Nápoles. ¡Qué sarcasmo! Lo conocía desde mucho antes de ser rey.

El momento crítico del Congreso fue cuando el zar y el rey de Prusia llegaron a un acuerdo respecto a los territorios que se asignaban mutuamente en Polonia y en Sajonia. Para compensar a Prusia de que el zar recibiera Varsovia, Alejandro permitió que Prusia se engrandeciera a expensas de Sajonia. El rey de Sajonia había sido fiel a Napoleón hasta el último momento; había que castigarle por lo menos con una disminución de sus estados. Cuando Talleyrand se enteró de este "arreglo", convenido a espaldas del Congreso, intrigó de tal manera que hasta llegó a combinar una alianza de Francia, Inglaterra y Austria para impedir el reparto. Talleyrand escribía a su amo, Luis XVIII, dándole cuenta de esta nueva alianza, diciendo: "¡Se acabó la Coalición; ya no está sola Francia contra toda Europa!". Pero el zar dio orden a sus tropas de retirarse de Sajonia, lo que equivalía a entregarla

a Prusia, dando a comprender así que contrariarlo significaba la guerra. ¡Y quién podía atreverse a desencadenar otra guerra en Europa después de Napoleón!

Inglaterra asistía a estos regateos procurando sólo que pasasen olvidadas sus conquistas, que estaba decidida a conservar. Estas eran: Malta, Heligoland, Ceilán, Colonia del Cabo y Trinidad. Por haber sido traidor a Napoleón, que lo había colocado en el trono de Suecia, Bernadotte recibió además en premio a Noruega.

El acta definitiva del Congreso (8 de junio de 1815) va acompañada de una especie de codicilo que garantiza la neutralidad de Suiza y la libre navegación de los ríos de Europa. Los aliados, por lo visto, satisfechos de su tarea "geográfica y política", se comprometieron a "reunirse de nuevo periódicamente para decidir las medidas necesarias al mantenimiento de la paz europea y para concertar la represión, caso de que las corrientes revolucionarias volvieran a alterar a Francia y, como consecuencia, a amenazar la paz de los demás Estados".

Pero el epílogo del Congreso de Viena fue la Santa e Indisoluble Alianza con que se pensó iniciar un nuevo régimen de paz y

ALEJANDRO I PAULOVICH, EMPERADOR DE RUSIA

Entre el grupo de fuertes personalidades que, tras la caída de Napoleón, acudieron a Viena con la intención de reorganizar Europa de acuerdo con su propio criterio y según las conveniencias de sus respectivos países, destaca el zar de Rusia Alejandro I, quizá quien, juntamente con Metternich, supo sacar mejor partido del congreso de paz.

Alejandro I había nacido en San Petersburgo en 1777. Era hijo de Pablo I y nieto de la gran zarina Catalina II. Su educación estuvo en manos de preceptores occidentales, especialmente de La Harpe, un coronel suizo que le puso en contacto con el pensamiento de la Ilustración y con los ideales nacionalistas en boga en la Europa del siglo XVIII.

El temperamento autoritario y la formación intelectual acorde con los principios del "siglo de las luces" hicieron de Alejandro un perfecto arquetipo del déspota ilustrado, en el que se combinaban el absolutismo monárquico y la ideología progresista.

Alejandro subió al trono en 1801, tras la muerte de su padre, asesinado después de la conspiración de Pahlen. No están muy claras las relaciones que existían entre Alejandro y los regicidas, aunque parece cierto que, si bien al principio participó en el complot, éste escapó pronto de su control y el príncipe no tuvo intervención en el asesinato de su padre.

Desde los primeros años de su reinado, Alejandro puso en marcha una serie de reformas encaminadas a lograr la liberalización de las estructuras políticas de Rusia. De acuerdo con un equipo de consejeros que se inspiraban en las instituciones inglesas, abolió la censura, la policía secreta y la tortura como método judicial; aumentó las funciones de la Cámara Alta y colocó bajo su competencia el control de la justicia y de la administración.

En 1803, un ucase del zar autorizaba a los señores territoriales a que pudieran liberar a sus siervos agrícolas, a los que debía entregárseles un lote de tierras a cambio del pago de una cuota. Todas estas medidas –así como una reforma de la enseñanza en 1804– debían desembocar en un proyecto de reorganización de las instituciones políticas presentado por Sperenski y apoyado por el monarca, en el año 1809. En el proyecto de Sperenski aparecían como órganos de gobierno cámaras representativas a nivel local o nacional, cuyos miembros deberían haberse elegido según un sistema censatario.

La puesta en práctica de estas medidas se vio dificultada por la oposición de la nobleza y por las repercusiones que los acontecimientos de Europa tenían en la política interior rusa.

Alejandro I no siguió una línea política fija en sus relaciones con las potencias europeas. Las alianzas de Rusia con Napoleón o con los enemigos del emperador francés se sucedieron a una velocidad vertiginosa desde 1801. En julio de ese año, el zar había firmado un tratado de paz con Inglaterra. En octubre firmó con Bonaparte un acuerdo secreto que selló la alianza ruso-gala hasta 1805, año en el que Rusia participó en la coalición antifrancesa, junto con Inglaterra, Austria, Prusia y Suecia. Tras las victorias de Napoleón en Austerlitz, Eylau y Friedland, Alejandro firmó el tratado de Tilsit (1807), por el que aceptaba el nuevo orden europeo y se adhería al bloqueo continental contra Inglaterra.

La alianza con Francia proporcionó a Alejandro I ciertas ventajas territoriales, a costa de los países enemigos de Napoleón, como Suecia y Austria, pero significó el renacimiento de Polonia –apoyada por Napoleón– e importantes pérdidas comerciales, debido a que Inglaterra era el principal cliente de los productos agrícolas rusos. El "matrimonio austríaco" de Napoleón señaló un nuevo cambio en las relaciones ruso-francesas, caracterizadas desde este momento por una hostilidad creciente que desembocó en la guerra abierta de 1812. Desde este año Alejandro I se convirtió en el principal enemigo de Napoleón y dirigió la coalición europea contra Bonaparte. En 1814, de acuerdo con Talleyrand, apoyó la restauración de los Borbones en el trono francés y firmó con Luis XVIII un tratado en el que se reconocían a Francia las fronteras de 1789. Después de los Cien Días se opuso al reparto de Francia entre las potencias vencedoras y, para garantizar el orden tradicional en Europa, fue el promotor de la Santa Alianza.

Durante este período estaba bajo la influencia de la viuda Krüdener y, de acuerdo con sus teorías, la Santa Alianza "pretendía mantener en el interior de los estados el orden tradicional y modelar sus relaciones exteriores de acuerdo con los principios de paz y concordia inspirados por el cristianismo".

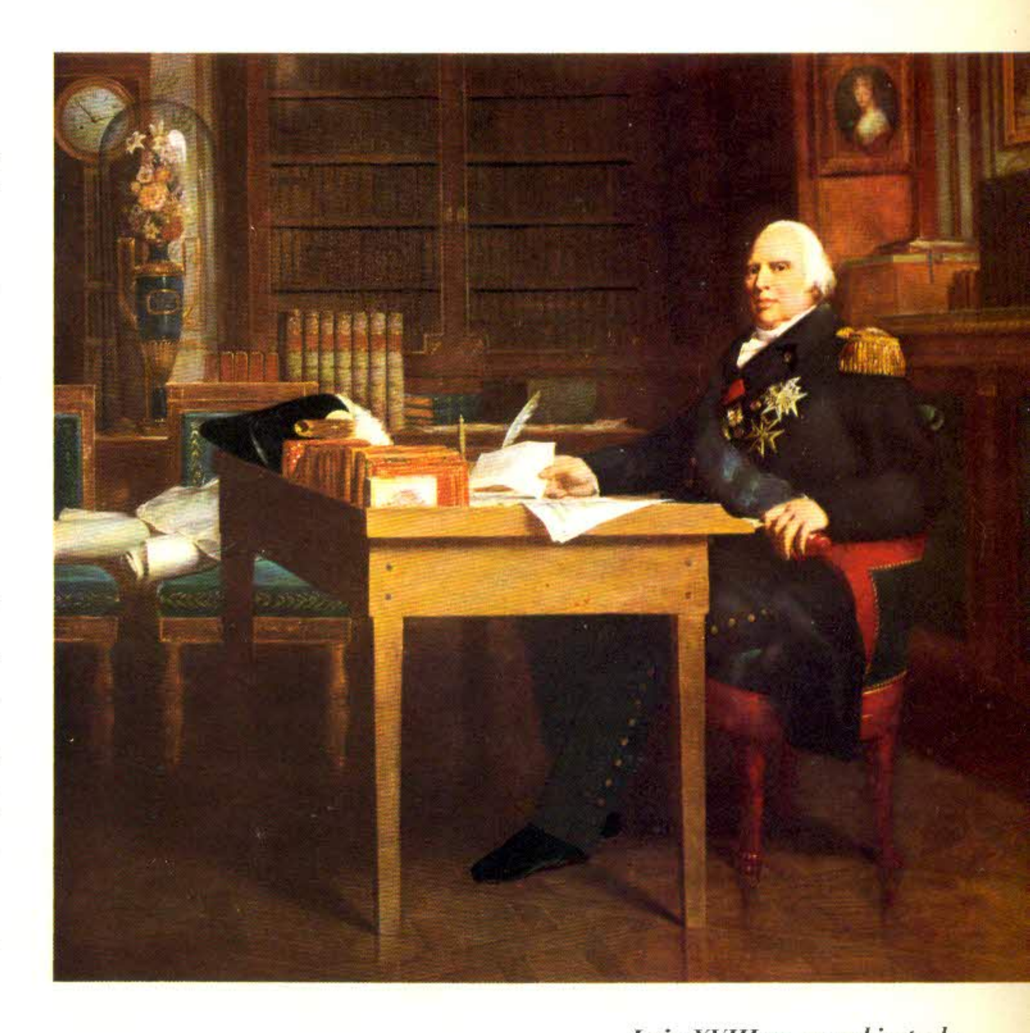
Después de su victoria sobre Napoleón, Alejandro I orientó su política de acuerdo con los principios religiosos de la viuda Krüdener. Prestó su apoyo a las Sociedades Bíblicas, que preconizaban la unidad de todos los cristianos, y reanudó la política liberal que había caracterizado los primeros años de su gobierno, en pro de la liberación de los siervos y de la organización de un gobierno constitucional. Pero hacia 1820, reaccionando frente a los movimientos revolucionarios que agrupaban a las clases más progresivas –sobre todo a grupos de oficiales jóvenes en contacto con el liberalismo europeo–, el zar cambió su política y tomó una serie de medidas autoritarias: restableció la censura, prohibió las asociaciones políticas; apoyó a la Iglesia ortodoxa, el mejor sostén religioso de la monarquía absoluta, y favoreció el régimen señorial autorizando las deportaciones de siervos a Siberia sin previo juicio.

En 1825, mientras efectuaba un viaje por tierras de Crimea, Alejandro I murió de forma inesperada. Rumores diversos, difundidos poco después de su muerte, afirmaban que había sido envenenado. Otra leyenda pone en duda que la muerte del zar fuese auténtica y se afirmaba que vivía como ermitaño en algún lugar del Cáucaso. De esta manera, las contradicciones que habían caracterizado la actuación del zar Alejandro perduraban incluso después de su desaparición.

J. F.

gobierno cristiano en todo el haz de la tierra. Por entonces el zar estaba bajo la influencia de una dama mística protestante, la señora Krüdener. Leyendo en Isaías "que vendría un hombre del Norte para destruir el Anticristo" (XLI, 25), se había convencido de que el hombre del Norte era el zar, y el Anticristo, Napoleón. Confirmada la profecía, la viuda consiguió que el zar la escuchara horas y horas, hasta que éste, bajo aquellas conferencias proféticas, dijo que "había encontrado la paz interior". Inspirado por la Krüdener, redactó, firmó e hizo firmar a sus amigos, el rey de Prusia y el emperador de Austria, el extraordinario documento que, algo recortado, copiamos a continuación:

"En nombre de la muy santa e indivisible Trinidad. Habiéndose convencido los soberanos firmantes de que es necesario asentar sus resoluciones sobre las verdades sublimes que nos enseña la religión eterna de nuestro Dios y Salvador, declaran solemnemente que quieren manifestar al universo entero su determinación irrevocable de tomar por regla de conducta los preceptos de su santa religión, preceptos de paz y de justicia que, lejos de ser aplicados tan sólo en la vida privada, deben influir en las decisiones de los príncipes y guiarlos en todos sus actos.



Luis XVIII en su gabinete de trabajo, por F. Gérard (Museo de Versalles, París). Tras el paréntesis de los Cien Días, Luis XVIII volvió a París, bajo la protección de los ingleses, y se instaló en el palacio de las Tullerías.

EUROPA DESPUÉS DEL CONGRESO DE VIENA (1815)



Vista de Viena, la sede del famoso congreso de las naciones europeas, según un grabado del siglo XIX (Biblioteca Nacional, París). Como dijo el secretario del Congreso, Federico de Gentz, la reunión quedó reducida al "reparto entre los vencedores de los despojos del vencido".

METTERNICH

"Metternich se constituyó en el guardián de Europa, del *statu quo* y de la restauración del Antiguo Régimen contra todas las presiones liberales y nacionalistas. Durante más de treinta años, la política de Metternich consistirá en una resistencia patética contra la evolución de la historia, contra las jóvenes fuerzas desencadenadas en toda Europa por la Revolución francesa y por Napoleón."

Con estas palabras caracteriza Michel Mourre la actuación del canciller austríaco después de la caída de Napoleón. Si durante el Congreso de Viena el zar Alejandro pudo presentarse como el vencedor del emperador de los franceses, quien intentó por todos los medios explotar la victoria de los aliados fue Metternich, intentando borrar las modificaciones que durante el período napoleónico se habían producido en Europa y esterilizar las esperanzas liberales y nacionalistas que habían nacido al socaire de la expansión francesa o como reacción contra ella. El origen y la educación de Metternich influyeron decisivamente en la línea política adoptada por él durante toda su vida.

Klemens Wenzel Nepomuk Lothar, príncipe de Metternich, nació en Coblenza en 1773. Su familia, de origen rumano, poseía dominios patrimoniales en la orilla izquierda del Rin, que le fueron confiscados durante la Revolución francesa. Esta circunstancia contribuyó a enfrentarlo durante toda su vida con los enemigos del antiguo orden, no sólo en Francia o en Austria, sino en toda Europa. Sus estudios en Estrasburgo y Maguncia, bajo la dirección de Nicolás Vogt, le hicieron concebir un vasto plan para organizar a Europa como una sociedad de naciones, que él concebía dirigidas por los principios de la más estricta legalidad dinástica. A pesar de su condición de aristócrata y de la firmeza de sus convicciones políticas, supo adaptarse a las circunstancias y esperar una ocasión propicia para realizar sus planes.

Vinculado a la diplomacia austríaca desde 1794, desempeñó con habilidad diversas misiones en Rastadt, Dresde y Berlín, hasta que en 1806 fue nombrado embajador en París. Aunque personalmente se consideraba enemigo de Napoleón, al que veía como el sucesor de la Revolución francesa, supo anteponer los intereses de Austria a sus sentimientos personales y fue el artífice de la alianza franco-austríaca, sellada con el matrimonio de la archiduquesa María Luisa con el emperador Napoleón.

Convencido de que el equilibrio de poder entre Rusia y Francia era la situación que más convenía a su país, mantuvo una postura un tanto equívoca durante la campaña de Rusia, intentando que la guerra se resolviese sin que hubiese vencedores ni vencidos. En 1813 se unió a la coalición antinapoleónica, pero cuando se produjo el triunfo de ésta, se esforzó por mantener a Napoleón en el trono francés para contrapesar la potencia de Rusia. El tratado de París de 1814 le permitió restablecer la soberanía de Austria sobre los antiguos dominios en Alemania e Italia. En el Congreso de Viena se opuso a las ambiciones de Prusia y de Rusia y, apoyado por Castlereagh y Talleyrand, consiguió imponer sus principios para organizar a Europa como un mosaico de estados sometidos a la autoridad de los príncipes, "manteniendo la seguridad interior y exterior y la independencia e integridad de los estados particulares". En realidad, después del Congreso, Austria quedaba en una situación hegemónica con respecto a Alemania –dividida en una multitud de pequeños estados– e Italia –donde las guarniciones austríacas garantizaban la soberanía de los Habsburgos en la península–. Para garantizar la conservación de este *statu quo*, Metternich apoyó la creación de la Santa Alianza, de acuerdo con los proyectos de Alejandro I.

En los congresos de Aquisgrán, Karlsbad, Troppau, Laibach y Verona, Metternich pudo imponer su criterio y asegurar el absolutismo de diversas cortes europeas mediante la intervención de tropas de la Santa Alianza, que sofocaron los alzamientos liberales de Nápoles, del Piamonte y de España. El sistema parecía funcionar a la perfección hasta que en 1825 Inglaterra apoyó la independencia de los dominios españoles de América. Dos años después, Francia, Inglaterra y Rusia apoyaban la sublevación del pueblo griego en pro de su independencia.

Metternich veía cómo se desmoronaba el orden europeo que él había planeado, ya que las potencias occidentales y la misma Rusia apoyaban las revueltas nacionalistas contra los soberanos dinásticos. En los dominios austríacos también se producían fisuras. El nacionalismo alemán y el *risorgimento* italiano ponían en peligro la soberanía de los Habsburgos en estos territorios. El fracaso de la política inmovilista de Metternich era un hecho. En marzo de 1848, la revolución llegó a la misma Viena y el canciller tuvo que abandonar el poder e incluso el país para salvar la vida. Cuando volvió a Austria, en 1851, no intervino más en política hasta su muerte (1859).

A pesar de su fracaso final, Metternich consiguió ser el árbitro de Europa en diversas ocasiones y su actuación retrasó durante casi medio siglo el avance del nacionalismo y del liberalismo, que sin la existencia del canciller austríaco quizá se hubiera impuesto, en todos los países ocupados por los franceses, tras la caída de Napoleón.

J. F.

"Atendiendo, pues, a las palabras de las Sagradas Escrituras que ordenan que todos los hombres se amen como hermanos, los tres monarcas firmantes quedarán unidos por los lazos de una fraternidad vera e indisoluble y se prestarán en todas ocasiones ayuda y socorro; considerando a sus súbditos como hijos, los dirigirán hacia el mismo espíritu de fraternidad para proteger con ellos la religión, la paz y la justicia...

"Así que tanto ellos como sus súbditos tratarán de ayudarse recíprocamente como miembros de una sola nación cristiana, como si los pueblos fueran ramas de una misma familia... y como si todos no tuvieran más que un solo soberano, Dios, nuestro divino Salvador, el Verbo del Altísimo, la Palabra de Vida...".

Estos son los párrafos más importantes del documento engendrado en la relación mística del joven zar y la iluminada de Riga. Lo firmaban como autores el emperador de Austria, católico; el zar, ortodoxo de la Iglesia griega, y el rey de Prusia, protestante. El rey de Francia se adhirió por deferencia al zar; ¡cómo debía de sonreír Talleyrand al comunicárselo! Sabemos que Metternich dijo que la Santa Alianza era un *"rien sonore"* (un nada retumbante).

Y, sin embargo, las fuerzas espirituales, incluso desencaminadas por la intervención de gentes insensatas, producen efectos superiores a los del egoísmo frío y calculador de la política realista. La viuda Krüdener acabó su vida en una colonia de místicos del Cáucaso, pero el zar continuó adicto a su Santa Alianza, y por ella durante algún tiempo Rusia fue un factor importante en todas las cancillerías de Europa. Esto produjo cierto bien. Los reyes con la Santa Alianza se habían comprometido a ayudarse mutuamente para combatir el mal revolucionario, y esto producía un principio de solidaridad europea. Hasta el mismo Metternich decía: *"C'est depuis longtemps que l'Europe a pris pour moi la valeur d'une patrie"*. Al leer, en Santa Elena, el texto de la Santa Alianza, Napoleón dijo: *"C'est une idée qu'on m'a volée"*. Añadió que las guerras entre los pueblos de Europa siempre le habían parecido guerras civiles.

Pero la dificultad es que aquella primera Paneuropa se establecía sólo para atajar la revolución y, para mayor desgracia, los monarcas aliados no coincidían en definir lo que era revolucionario o lo que era legítimo y deseable. Para Metternich y su amo el emperador Francisco, Constitución y Revolución eran sinónimos. Para el zar, el tratamiento paternal que se comprometían a aplicar a los pueblos por el acta de la Santa Alianza era compatible con la Constitución. Entonces se vio al zar autocrático de todas las Rusias defender a liberales y constitucionales en Francia, en Alemania y en Italia. Hasta en España Fernando VII tenía muy en cuenta lo que proponía el embajador de Rusia, quien patrocinaba al ministro moderado Garay. En cambio, el zar era contrario a que los coloniales de América quisieran emanciparse del rey de España. Confiado en la ayuda de los rusos para reconquistar las colonias, Fernando VII mantenía a Garay. Pero cuando por fin llegó a Cádiz, en 1818, la armada rusa que tenía que ayudar a la reconquista de América, y se vio que los bu-



El príncipe de Metternich, primer ministro austríaco y presidente del Congreso de Viena, por John Neponiuk (Biblioteca Nacional, Berlín). Intencionadamente introdujo en la supuesta seriedad del Congreso algunas reuniones frívolas para conseguir así llevar los asuntos por los caminos que más favorecieran a su nación. El segundo tratado de París, en 1815, demuestra que logró su objetivo.

Sesión del Congreso de Viena, según dibujo de J. B. Isabey (Gabinete de dibujos del Museo del Louvre, París).



Carlos Mauricio de Talleyrand, antiguo obispo de Autun y presidente del consejo de ministros de Luis XVIII tras la caída de Napoleón, por P.P. Prud'hon (Museo Carnavalet, París). Representante de Francia en el Congreso de Viena, tuvo que poner en juego toda su diplomacia para salir airoso del trance.

ques no eran buenos para navegar, y que había que devolverlos con los tripulantes y hasta pagar los víveres para el viaje de regreso..., Fernando obligó a Garay a dimitir.

En otros países, la revolución tenía un carácter no sólo constitucional, sino antimonárquico y con aspiraciones de cambiar las fronteras, y esto ya no podía tolerarse. La Santa Alianza intervino para aplacar focos revolucionarios, que hasta el zar consideró peligrosos, en Nápoles y el Piamonte. Las expediciones de policía en Italia corrieron, naturalmente, a cargo de Austria. Se hubo también de intervenir en Alemania y Polonia. La revolución, apagada en la superficie, parecía comunicarse de un país a otro a través de canales subterráneos. La masonería, internacional por esencia, acabaría por transformar los diferentes grupos nacionales de conspiradores en una gran fraternidad, con algo de místico y religioso. Esto también espantó al zar: veía mártires

El zar Alejandro I, miniatura sobre marfil por Clerici (Museo de Viena). Después de la batalla de Waterloo se opuso al desmembramiento de Francia y firmó con Austria y Prusia el tratado de la Santa Alianza para mantener el poderío de los reyes absolutos y el predominio de la religión. Aparte de estos ideales antirrevolucionarios, actuó repetidas veces bajo una inspiración más liberal.



que se sacrificaban por una causa que no era la suya; los estudiantes disparaban contra sus agentes y embajadores; se conspiraba con entusiasmo hasta en Rusia.

Metternich supo aprovechar el pánico de Alejandro, y en 1820 el zar reconoció, por fin, no sólo que había que atajar a la revolución, sino que constitucionales y liberales eran revolucionarios. La primera y única ocasión de demostrar este cambio de ideas de Alejandro se la dio España. Durante la guerra de la Independencia, las Cortes de Cádiz habían redactado una Constitución de carácter acaso excesivamente liberal. Establecía que la soberanía reside esencialmente en la nación y, por consiguiente, que a ella corresponde el derecho de redactar sus leyes fundamentales. Según la Constitución de Cádiz, el poder ejecutivo lo ejerce el rey por sus ministros. Las Cortes están compuestas por una asamblea única, elegida por sufragio universal indirecto y con miembros no reelegibles. El rey tenía, constitucionalmente, derecho a sólo el "veto suspensivo".

A su regreso de Francia, en el año 1814, al entrar en España y al oír los gritos de "¡Viva el rey absoluto!", Fernando VII declaró que "su real voluntad" era no jurar la Constitución. Cualquiera que quisiera sostenerla cometía un acto contrario a las prerrogativas de la soberanía y al bien de la nación. Se declaraba culpable de lesa majestad y sería castigado con pena de muerte a quien defendiera la Constitución por escrito o de palabra. Las Cortes fueron disueltas y sus documentos sellados.

Más tarde, para contentar al zar y también para mantener tranquilos a los liberales más impacientes, Fernando VII consintió en transigir con ciertas fórmulas constitucionales. Pero en 1818 se declaró francamente absolutista. Bastó, sin embargo, el pronunciamiento de Riego en 1820, para que Fernando VII cambiara de opinión, a la fuerza.

EL FUNCIONAMIENTO "NORMAL" DE LOS MECANISMOS PREVISTOS EN EL CONGRESO DE VIENA EN LOS PRIMEROS AÑOS 1815-1821

Congreso	Contenido	Resultado
CONGRESO DE AQUISGRAN	Las tropas de ocupación deben retirarse de Francia, a la que se considera pacificada y libre de veleidades revolucionarias. La restauración política parece definitivamente consolidada en Europa. Metternich logra comprometer a las cinco potencias europeas en un tratado en el que se acuerda celebrar reuniones periódicas y otorgar ayuda a las monarquías que lo soliciten.	Francia se suma a la Cuádruple Alianza, que se convierte así en Quíntuple Alianza.
CONGRESO DE TROPAU, 1820	A petición del zar Alejandro I, y ante los acontecimientos revolucionarios que se suceden en Europa, los representantes diplomáticos de la Quíntuple Alianza se reúnen, sin llegar a un acuerdo. Austria, Rusia y Prusia publican una declaración en la que afirman el principio intervencionista, sin que a ellas se sumen Francia e Inglaterra.	No se concretan acciones antirrevolucionarias.
CONGRESO DE LAIBACH	Ante el congreso se presenta el rey Fernando de Nápoles para pedir el auxilio de los países legitimistas contra sus súbditos sublevados. Se plantea el problema de Grecia, cuya solución posible opone los intereses rusos a los anglo-austríacos.	Intervención en Nápoles del ejército austríaco.
CONGRESO DE VERONA	Francia plantea el caso de España. A una posible intervención se opone el nuevo premier inglés Canning, que aspira a variar radicalmente la política inglesa y derivarla hacia el neutralismo. Prosigue el enfrentamiento anglo-ruso sobre la cuestión griega.	Intervención en España de los Cien Mil Hijos de San Luis.

Entonces declaró que "todo español que no jurase la Constitución, o que lo hiciera con protesta o reserva, era indigno de ser llamado español y perdía, a causa de ello, sus honores, títulos y empleos. Debía ser alejado de la monarquía...".

Los liberales, envalentonados por esta nueva declaración de su "real voluntad", se llevaron casi secuestrado al rey a Sevilla. En el Norte y en Cataluña las partidas de absolutistas y legitimistas consiguieron por lo menos producir un estado de anarquía. Era, con toda evidencia, un caso que hacía necesaria la intervención de la Santa Alianza.

El zar en aquel entonces había ya cambiado de política y estaba conforme en



Fernando VII, rey de España, por Goya (Museo Municipal, Santander). Durante su reinado, lleno de incoherencias, hubo luchas constantes entre moderados y absolutistas. Para poner fin a la revuelta de 1823 vino de Francia el ejército de los Cien Mil Hijos de San Luis, que afianzó la monarquía absoluta en la persona de Fernando VII.



todo con Metternich. En el Congreso de Verona se decidió, pues, la intervención para restablecer el orden (entiéndase absolutismo) en España. Asistió el zar al Congreso, y como nación más apropiada para enviar un ejército se señaló a Francia. Naturalmente que Francia hizo lo posible por esquivar tan enojoso servicio. Pero el zar insistió en que a Francia le correspondía ir a España como agente de la Santa Alianza. Llegó a decir que si Francia se negaba a ir a hacer la guerra a los rebeldes españoles (entiéndase liberales), se la obligaría a ir a la fuerza, esto es, haciendo la guerra a Francia.

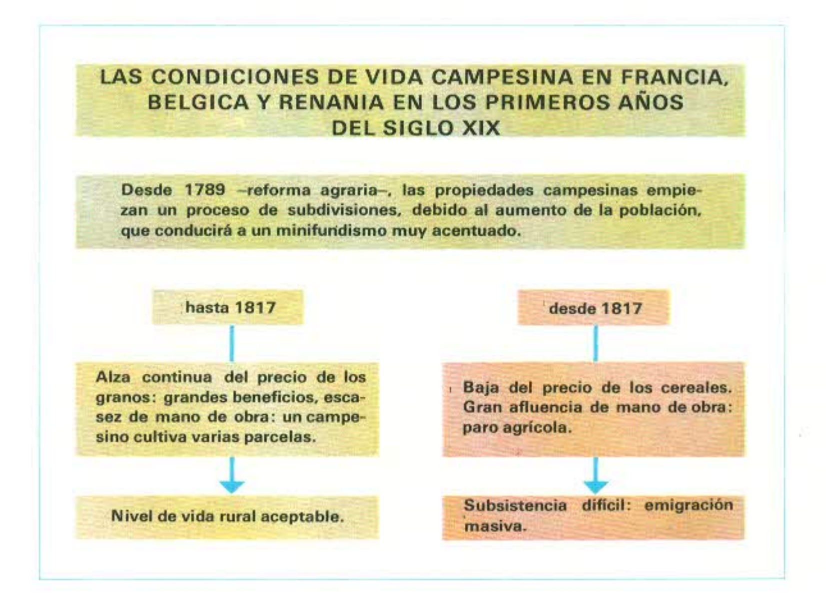
Francia tuvo, pues, que avenirse a malgastar el poco prestigio que le podía quedar en España con una intervención de policía, y el ejército de Luis XVIII, los Cien Mil Hijos de San Luis, llegó sin obstáculos a Cádiz, donde se hallaban refugiados los constitucionales. El sitio de Cádiz duró tres meses. Por fin, sentóse Fernando en el trono de sus mayores, sin la pesadilla de cortapisas constitucionales.

Las luchas entre absolutistas y liberales de principios del siglo en España acabaron con el experimento de restauración de la cultura española que se había iniciado en tiempos de Carlos III. En las Cortes de Cádiz todavía se manifiesta un espíritu renovador y diríamos "moderno". Algo de él sobrevive

al ciclón de la invasión napoleónica. Jovellanos y sus amigos eran hombres civiles que podían parangonarse con los mejores de su tiempo. Pero las luchas fratricidas obligaron a los liberales a tomar el camino de la emigración, y un último eco de aquel espíritu se percibe en los periódicos que publicaron los emigrados españoles en el destierro, sobre todo los editados en Londres.

Por fin el zar murió, o quizá desapareció, de manera misteriosa. Recordemos que era hijo de un loco; la enorme responsabilidad de los tiempos difíciles que tuvo que vivir como figura principal de Europa debió de influir en que muriera joven. Se ha forjado una leyenda según la cual el zar se retiró de la escena del mundo sin dejar rastro, y vivió en Siberia como un ermitaño llamado Fedor Kusmich, y que el cadáver desfigurado que se enterró como restos mortales del zar era, en cambio, el de un pobre campesino ruso. La historia oficial se oponía a esta versión y nunca se consiguió probar que el ermitaño Kusmich fuera el discípulo de la viuda Krüdener que, arrepentido de su vida pecadora, trataba de encontrar la paz en la soledad y la miseria. Pero hace unos años las autoridades soviéticas abrieron el ataúd que se suponía que contenía el cadáver de Alejandro I y se encontró vacío. Algo nos falta para explicar este detalle y otras singularidades de la autopsia y el entierro. Asusta considerar que los destinos de Europa pudieran depender tantos años de la decisión de un personaje como Alejandro I, de indudable grandeza, pero de carácter desigual y lleno de contradicciones, un día liberal, otro día reaccionario, sujeto a la influencia de una amante o una visionaria, de un Napoleón o un Metternich.

Bombardeo del puerto de Cádiz por los franceses, que habían acudido en 1823 a liberar a Fernando VII, prisionero de las Cortes (detalle de un grabado de la Biblioteca Nacional, París).



BIBLIOGRAFIA

Bourquin, M.	*Histoire de la Sainte-Alliance,* París, 1954.
Ferrero, G.	*Reconstrucción,* Buenos Aires, 1943.
Fuye, M. de la, y Babeau, E. A.	*La Sainte-Alliance, 1815-1848,* París, 1948.
Missoffe, M.	*Metternich,* París, 1959.
Nicolson, H.	*Le Congrès de Vienne,* París, 1947.
Pirenne, J. H.	*La Sainte-Alliance et le traité de Vienne,* Neuchatel, 1950.
Savant, J.	*Talleyrand,* París, 1960.



Luis XVIII en el balcón de las Tullerías, por Luis Ducis (Museo de Versalles, París). La escena representa el recibimiento hecho por el rey al ejército francés de regreso de España el 2 de diciembre de 1823. El generalísimo del ejército, duque de Angulema, se inclina a besar la mano del rey.



Combate en la Puerta de Saint-Denis, París, durante la revolución de julio de 1830, por Lecomte (Museo Carnavalet, París). La conmoción revolucionaria de 1830 supuso la rebelión final de la burguesía contra la política ultraconservadora de Polignac, primer ministro de Carlos X.

Lucha entre el absolutismo y las ideas constitucionales

La Revolución en Francia no terminó, como se cree generalmente, con el episodio del Imperio, ni las guerras de Napoleón fueron la gran aventura que consiguió distraer a los franceses de sus ideales democráticos. Inmediatamente después de Waterloo, recomenzó la lucha en el Parlamento, en las redacciones de los periódicos y en las calles con barricadas. Lo que se debatía, más que ventajas materiales, eran principios. Los Borbones insistían en sus derechos de soberanos por la gracia de Dios y otorgaban libertades constitucionales como un favor gratuito, no como un reconocimiento de la soberanía popular. La *Carta* era otorgada.

La Contrarrevolución, al principio, se defendió con argumentos de carácter filosófico. Según Joseph de Maistre y otros tradicionalistas, la sociedad humana empezó, no por un contrato entre salvajes que se puede deshacer o cambiar, sino como un régimen inevitable establecido por Dios. "El hombre es un ente social que nunca se ha podido observar desasociado", decía De Maistre; por

El conde José de Maistre (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Filósofo de desigual producción, fue uno de los principales teóricos de la contrarrevolución, aferrado a ideas del más trasnochado tradicionalismo y defensor de la monarquía de derecho divino.



tanto, en el embrión de estado, en las tribus primitivas, se encuentra ya el patrón definitivo de la sociedad civilizada. En todas las sociedades naturales (obsérvese que se hace intervenir a la "romántica naturaleza" para defender el absolutismo, como Rousseau la introdujo para defender la libertad), los grupos sociales están escalonados en jerarquías. Las desigualdades de posición deben considerarse consecuencia del plan divino. En lo alto de la escala está el papa. El poder del monarca queda regulado por instituciones tradicionales, se apoya en el clero y se auxi-

DIOS Y LA LIBERTAD

A la caída del Imperio, los católicos franceses abrazaron con entusiasmo la causa de los Borbones, reanudando la tradicional unión Trono y Altar que había sido preconizada durante los tormentosos años de la Revolución por los teóricos del absolutismo como Joseph de Maistre y De Bonald. Francia volvía a ser, al menos oficialmente, "la hija primogénita de la Iglesia", regida por un "rey cristianísimo", y en las iglesias se cantaba:

"Vive la France,
Vive le Roi,
Toujours en France,
Les Bourbons et la foi".

Pero grandes sectores del país estaban profundamente descristianizados, y esta política, que identificaba los intereses políticos con los religiosos y el apoyo incondicional de los católicos a la monarquía absoluta, desprestigió a la Iglesia a los ojos del pueblo e influyó en que la revolución de 1830 tuviera un carácter acentuadamente anticlerical. En palabras de Georges Goyau, la Restauración demostró ser una mala protectora del catolicismo, ya que sólo consiguió hacerlo odioso e impotente.

La revolución de Julio asustó a los creyentes, y el gobierno de un rey como Luis Felipe, que hacía gala de irreligiosidad, y de una burguesía de tendencias volterianas parecía anunciar los mayores desastres; la gran influencia que la Iglesia había ejercido por vías coactivas en los años anteriores (ley sobre la obligación del descanso dominical en 1814, desde 1816 las "misiones" que recorrían todo el país, depuración en la universidad de elementos no católicos, etc.) iba a verse muy menguada; pero, paradójicamente, es en el período que media entre las dos revoluciones de 1830 y 1848 cuando, a pesar de la clara hostilidad de las clases dirigentes, la Iglesia francesa se revitalizó en todos los campos, en gran parte debido a la necesidad de romper el compromiso que la ataba al Antiguo Régimen.

En esta fase de renovación, uno de los fenómenos más importantes y más originales es el del llamado "catolicismo liberal", que aparece al filo del año 1830. Su principal precursor bajo la Restauración fue el barón de Eckstein, danés de origen judío convertido primero al protestantismo y luego al catolicismo, que desde 1816 publicó el periódico "Le Catholique", condenando la teocracia y el derecho divino de los reyes y defendiendo, en nombre de la religión, los lemas revolucionarios de la libertad y la igualdad. Pero el impulso principal de esta tendencia se debió a un clérigo, Lamennais, quien, después de distinguirse por sus ideas ultramontanas (es decir, contrarias a la dependencia de la Iglesia francesa del estado), en octubre de 1830 fundaba, junto con un grupo de amigos –entre ellos, Lacordaire y Montalambert–, el periódico "L'Avenir", que ostentaba como divisa "Dieu et Liberté".

Las avanzadas opiniones que defiende ardorosamente "L'Avenir" (libertad de prensa, libertad de enseñanza, libertad de asociación, libertad de cultos, separación de la Iglesia y el estado) debían escandalizar a la mayoría, que siempre había asociado estas ideas con los enemigos de la religión, pero tuvieron inmediatamente un gran eco en el bajo clero –unos 2.000 abonados, de los 3.000 que tenía "L'Avenir"– y en algunos laicos. Casi todos los obispos franceses se opusieron enérgicamente a la actitud del grupo de Lamennais, y el papa, preocupado por las revueltas de los Estados Pontificios y el auge del liberalismo anticlerical, se negó a aprobar un liberalismo católico que le parecía demasiado arriesgado: la encíclica *Mirari Vos* (agosto de 1832) puso fin a la aventura de "L'Avenir", con gran amargura de Lamennais y de sus amigos, quienes, a pesar de todo, siguieron defendiendo sus ideas de un modo más disimulado, hasta que en diciembre de 1833 Roma les impuso la sumisión total.

No obstante, Lamennais no se resignó al silencio y en abril de 1834 publicaba *Palabras de un creyente*, libro de inmensa resonancia (ocho ediciones en menos de un año) en el que exponía apasionadamente sus convicciones. A partir de este escándalo, que implica una clara rebeldía, se quedó completamente solo: Montalambert se negó a seguirle por aquel camino, Lacordaire refutó la obra y en julio de 1834 la encíclica *Singulari Nos* condenó las *Palabras de un creyente*. Durante dos años más, Lamennais seguirá considerándose como sacerdote y católico, aunque en desacuerdo público con la jerarquía, pero la publicación en 1836 del libro *Affaires de Rome*, en el que "en nombre de la raza humana" se niega a adoptar la doctrina oficial de Roma, significa su ruptura definitiva con la Iglesia.

Mientras Lamennais se alejaba cada vez más de la ortodoxia, orientándose hacia un humanitarismo de inspiración evangélica, el espíritu de "L'Avenir" perduró de un modo más o menos diluido en la obra de personalidades como Ozanam, fundador de las conferencias de san Vicente de Paúl (1833), Lacordaire –restauración de la orden dominica en 1838, famosas conferencias en Notre-Dame– y, sobre todo, Montalambert, quien pasó a la acción política. La revolución de 1848 fue un duro golpe para esta minoría de católicos liberales, y Montalambert, por ejemplo, se inclinó hacia una postura mucho más moderada y conservadora, pero todavía bajo el Segundo Imperio su oposición al régimen le hizo chocar con la jerarquía francesa, que consideraba a Napoleón III como "el instrumento de las bondades de la Providencia".

En el Congreso de Malinas de 1863, Montalambert expuso por última vez sus ideas liberales, que contrastaban con las de la gran mayoría de la opinión católica, pero al año siguiente el *Syllabus* de Pío IX le desautorizaba por completo. Montalambert se sometió, comentando con amargura lo que él llamaba "el triunfo permanente de esos teólogos laicos del absolutismo", y con su muerte en el año 1870 desaparecía la última figura importante de este primer brote de catolicismo liberal.

C. P.



Reunión de una logia masónica con la iniciación de un nuevo adepto, según un anónimo de finales del siglo XVIII (Museo de Historia, Viena). La organización francmasónica, que en el siglo XVIII introdujo sus ideales de fraternidad entre los ilustrados franceses, se identificó en la centuria siguiente con los elementos racionalistas y republicanos.

lia de una nobleza habituada a gobernar por las delegaciones de poder que durante siglos le había confiado la realeza.

Esta era la filosofía de los *ultras,* más realistas que el rey, pues Luis XVIII no tenía ambiciones desmesuradas. Había concedido la *Carta* o Constitución, un poco para dar muestra de su benevolencia, pero una vez promulgada se sentía satisfecho con el poder que aquélla le reservaba. Luis XVIII había vivido durante el destierro en Inglaterra y creía que con un régimen parlamentario como el inglés podría él disfrutar de más tranquilidad que si tuviera la responsabilidad de un gobierno personal. Era ya de edad y gotoso, se entretenía en una amistad sentimental con una viudita burguesa, madame du Cayla, que parecía mezcla deteriorada de las versallescas Maintenon y Du Barry.

Pero como Luis XVIII no tenía hijos, la sucesión recaía en su hermano el conde de Artois, enteramente convencido de la necesidad de restablecer el absolutismo con todas sus consecuencias. Intervenía en la política con una camarilla que se llamaba "ministerio del entresuelo", por el que había que pasar para ir a la cámara regia, en el piso principal. Ante las veleidades parlamentarias de Luis XVIII, decía que prefería ser carbonero a monarca constitucional a la inglesa como su hermano. Añadía que al regresar a Francia había observado que todos iban claudicando, menos él, que continuaba siendo enteramente absolutista, en tanto que La Fayette continuaba siendo enteramente revolucionario.

Entre los claudicantes había varios matices que formaban la oposición liberal, pero todavía monárquica, en contra de los ultramontanos. Aquéllos se contentaban con una monarquía constitucional, esto es, que el rey podía escoger sus ministros sin tener en



Distribución de vino y comestibles al pueblo en los Campos Elíseos con ocasión del nacimiento en 1820 del hijo del duque de Berry, único heredero de la rama mayor de los Borbones, por L. Boilly (Museo Carnavalet, París).

cuenta la mayoría del Parlamento. Los ministros eran responsables judicialmente (por peculado), pero no políticamente. No estaban cohibidos más que por los términos de la Constitución; toda iniciativa política y económica dimanaba del gobierno.

Otros, también monárquicos, exigían una monarquía parlamentaria, y querían que el rey escogiera sus ministros entre los miembros de la mayoría y que los ministros

EL CONFLICTO GRIEGO: PRIMERA DIVERGENCIA DE LOS ALIADOS DE VIENA

Desde fines del siglo XVIII, un movimiento de resistencia al dominio turco se va insinuando en los pueblos balcánicos. La autonomía lograda por Servia en 1815 será un ejemplo de lo que puede conseguirse. Muy pronto en Grecia surgen imitadores que desde distintos ámbitos tenderán a coordinar su acción reivindicadora: guerrillas rurales, propaganda cristiano-nacional de la Iglesia ortodoxa, burguesía indígena opuesta a los terratenientes turcos, sociedades secretas claramente nacionalistas, etc.

1821. Alzamiento griego en las islas y en el continente.
1822. Proclamación de la independencia griega en el Congreso de Epidauro.
1823. Conseguida la liberación, escisión de los griegos en dos bandos y guerra civil.

Austria favorecerá siempre con su apoyo tácito a los turcos en nombre del principio de legitimidad o defenderá, al menos, una neutralidad europea en el conflicto.

Inglaterra será partidaria en un principio del mantenimiento del Imperio turco, pues éste posee el dominio del paso por los estrechos del mar Negro y garantiza con su presencia cierto equilibrio oriental, que en otro caso sería preponderancia griega.

Rusia –próxima por cultura, religión y raza a los patriotas griegos– sostiene una política de apoyo moral a Grecia, que sólo sus compromisos europeos impiden que sea de efectiva ayuda militar.

En toda Europa habrá un gran movimiento de opinión en favor del pueblo griego. En un momento en que la antigüedad clásica, merced a los descubrimientos arqueológicos, se pone de moda, las "élites" simpatizan fuertemente con los sentimientos helénicos. Los conservadores consideran esta guerra como un nuevo combate de la cristiandad frente al Islam. Los liberales subrayan la defensa de la independencia de los pueblos que hacen estos patriotas.

El bajá de Egipto Mohamed Alí, vasallo de Turquía, interviene en Grecia. Los griegos, con la flota desorganizada, no pueden presentar un frente común.
1826. Corinto es conquistada por los turcos.
1827. Conquista de Atenas. Comienza una durísima represión.

Los países europeos se mantienen a la expectativa: Inglaterra sigue reacia a intervenir. La muerte del zar Alejandro I y la subida de Nicolás I –decidido filoheleno– decidirán a ingleses y a rusos a entenderse para solucionar la cuestión griega.

En el sistema de la Santa Alianza, los intereses nacionales empiezan a predominar sobre ella; Prusia y Austria no han logrado que el principio legitimista sea admitido por los rusos o los ingleses.

Las grandes potencias –Inglaterra, Rusia, Francia– gestionan en Constantinopla la autonomía o la independencia para Grecia.
1827. En Navona, la flota aliada derrota a la turca.
1828. El ejército ruso invade los Balcanes.
1829. Paz de Adrianópolis: libertad y autonomía para Grecia, que formará un reino tributario de Turquía.

En 1826, por el protocolo de San Petersburgo, Inglaterra y Rusia se comprometen a obtener la independencia griega. Dicho protocolo se consolida con la adhesión de Francia en el Tratado de Londres (1827).

Austria y Prusia se mantienen neutrales ante el conflicto legitimista.

fueran responsables no sólo judicialmente, sino también políticamente; el ministerio en peso tenía que dimitir si las Cámaras le daban un voto de censura.

Además decían que el primer sistema de monarquía constitucional era absurdo, porque el Parlamento carecía de iniciativa y su única misión parecía ser votar los impuestos y avalar con su beneplácito la soberana voluntad del rey y los ministros. Pero dicho régimen era el vigente en Inglaterra y en los Estados Unidos, sin disminución de la soberanía popular, como se temía que ocurriera en Francia. En los Estados Unidos, porque siendo una república con presidente elegido por plebiscito popular cada cuatro años, necesariamente presidente y Parlamento eran de un mismo partido. En Inglaterra, la monarquía constitucional con ministros irresponsables tampoco resultaba antidemocrática, pues el Parlamento derribaba al gobierno al negarle créditos. Claro que tal obstrucción, equivalente al voto de censura, podía hacerla el Parlamento francés o cualquier otro del mundo, pero sólo en Inglaterra se había hecho eficaz el voto de los presupuestos por el Parlamento.

Por fin, había un partido de opinión republicana irreconciliable con la idea monárquica: era el grupo de los que, como La Fayette, no habían claudicado, más numeroso de lo que presumía el heredero del trono. Durante los diez años del reinado de Luis XVIII, desde 1814 a 1824, los partidos se combatieron con las armas que les permitía la *Carta,* o sea la prensa y el Parlamento; pero aunque se toleraba cierta libertad de prensa, se impedía la circulación de los periódicos con el establecimiento del impuesto o tasa de un sello en cada número, que llegó a ser hasta de veinte céntimos de franco.

La *Carta constitucional* establecía dos Cámaras: un Senado o Cámara de los Pares, vitalicios o hereditarios, escogidos por el rey, y la Cámara de los Diputados, elegidos por el censo de los que pagaban una contribución superior a trescientos francos anuales. La Constitución o Carta borbónica no fijaba recurso para reformarla y, en cambio, permitía que el rey pudiera publicar ordenanzas para la seguridad del estado. Ya veremos que esta regia prerrogativa, notoriamente ambigua, pues no se determinaba cuándo la seguridad del estado peligraba, ocasionó la caída de los Borbones.

Para imponer sus principios, los ultras y las oposiciones se esforzaron en conseguir mayoría en la Cámara de los Diputados. Y, ¡cosa rara!, de la contribución mínima de trescientos francos, que prometía dar un censo reaccionario, resultó un cuerpo electoral en que predominaba la burguesía contraria a los ultras, quienes, al advertir su error, quisieron rebajar la cuota que daba derecho a estar inscrito en las listas electorales, porque los modestos propietarios y casi los proletarios estaban más sujetos a la influencia y al dominio del clero y la nobleza que los medianamente acomodados. El ministro reaccionario Villèle lo precisaba en estos términos: "Desde que existe el mundo, la clase media, envidiada de la clase baja y enemiga de los nobles, es el fermento de todas las revoluciones. Si queréis que lleguen a vuestras asambleas las clases altas, tenéis que hacerlas votar por las clases bajas. Bajad todo lo que podáis, y así anularéis la clase media, que es la sola temible".



Luis XVIII, por F. Gérard (Museo de Versalles, París). Después de los Cien Días fue restaurada la monarquía y Luis XVIII se avino a gobernar como monarca constitucional, pero en 1821 el gobierno cayó en manos de los ultrarrealistas, los cuales prepararon el camino de Carlos X.

FRANCIA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

1815 Los Cien Días de Napoleón. El segundo tratado de Chaumont establece la tutela de los aliados sobre Francia y un ejército de ocupación bajo el mando de Wellington. Estatuto del reino concedido por Luis XVIII.

1815/1816 Elección de la Cámara ultrarrealista, la apodada "Introuvable": medidas represivas contra los protagonistas de los Cien Días: fusilamiento de Ney, Terror Blanco.

1818 A raíz del Congreso de Aquisgrán cambia la política de los aliados con respecto a Francia: la convierten en aliada y se retiran las tropas de ocupación.
Inicio de un período liberal en política interior: ministerio Richelieu-Decazes.

1820/1821 Asesinato del duque de Berry, heredero del trono francés.

1821 Levantamientos "carbonarios" en toda Francia. Violenta represión en todo el país.

1822 Delegada por el Congreso de Verona, Francia interviene en España para restaurar el absolutismo de Fernando VII.

1822/1823 Segunda Cámara ultrarrealista: ministerio Villèle. Se retorna a las medidas autoritarias, depuración del ejército, campaña de recatolización del país.

1824 Asciende al trono Carlos X; se acentúan todavía más las tendencias conservadoras del gobierno: ministerio Villèle.

1825 El partido monárquico se escinde en dos bloques: tendencia gubernamental de carácter ultrarrealista y tendencia abierta –Chateaubriand–, partidaria de la aplicación liberal de la Carta. Formación de una oposición liberal dentro de la legalidad.

1826 Se presenta al Parlamento un proyecto de indemnización a los emigrados. Aprobado con oposición.

1827 La creciente tirantez entre Cámara y gobierno hace que éste la disuelva. Elecciones desfavorables a Villèle, que dimite.

1828 El rey confía el gobierno a Martignac –de la oposición monárquica–, que hace concesiones a los liberales.

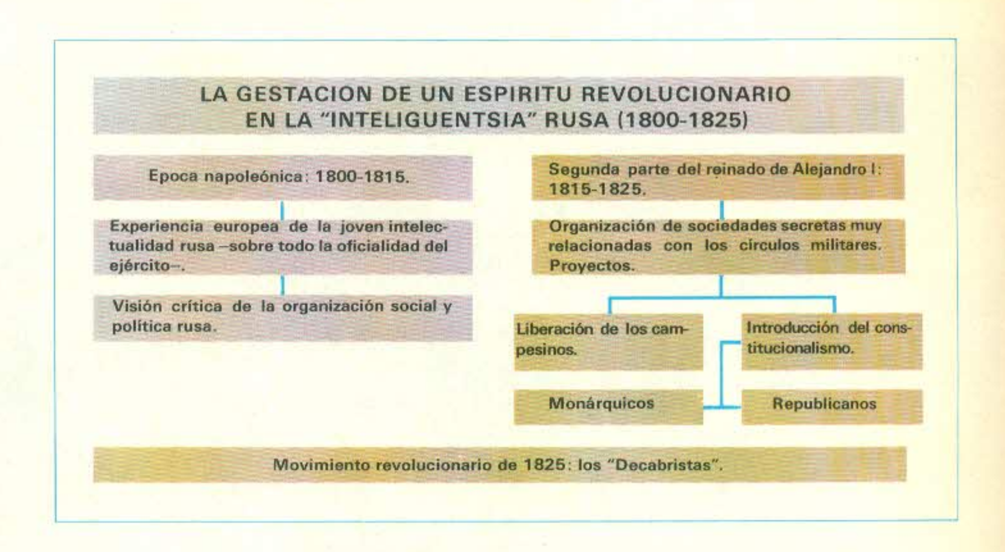
1829 A Martignac le sucede Polignac, ultrarrealista.

1830 Se inicia la ocupación de Argel. La Cámara da un voto de censura al ministerio, que la disuelve y convoca nuevas elecciones. Forzado a dimitir, Polignac, con el asentimiento del rey, da un golpe de estado: recurso al ejército, supresión de la libertad de prensa.
Levantamiento en París: los 3 gloriosos (27, 28, 29 de julio). La burguesía resuelve la situación subiendo al trono a Luis Felipe apoyado por el partido orleanista y arrebata la iniciativa al pueblo, que quería República.



Otra paradoja es que, en ciertos momentos del reinado de Luis XVIII, cuando la mayoría de la Cámara era ultrarrealista, los prohombres ultras tuvieron que sostener que, en caso de disensión entre los ministros y el Parlamento, a éste correspondía la última palabra. Villèle lo subrayaba diciendo: "Ahora nos toca defender las libertades de la nación"; pero era porque la mayoría de la Cámara pedía una represión que el gobierno y hasta el rey Luis XVIII temían consentir. La Cámara de los Diputados pedía "cadenas, verdugos, suplicios para espantar a los revolucionarios y acabar con los complots". Había un "terror blanco", pero no suficiente para los ultras. Les parecía tibio el gobierno constitucional y el rey inconsecuente porque no aprovechaba la mayoría parlamentaria para reformar o abolir la *Carta*.

Carlos X, por F. Gérard (Museo de Louvre, París). Hermano de Luis XVI y Luis XVIII, y sucesor de este último, empezó su reinado en 1824, pero su actitud reaccionaria a los nuevos aires revolucionarios provocó la revolución de julio de 1830, que arrojó para siempre a los Borbones del trono de Francia.



Así transcurrieron en emboscadas electorales y disputas de principios los años casi felices del reinado de Luis XVIII. Pero al subir su hermano Carlos X al trono de Francia se pasó de las palabras a los hechos. Empezó por hacerse coronar en la catedral de Reims como los antiguos reyes de Francia. La ceremonia de consagración tuvo algo de exageración y resultó hasta cierto punto anacrónica en una fecha como la de 1824. La ampolla en que se conservaba el óleo con que san Remigio ungió a Clodoveo y sirvió durante siglos para ungir a los reyes de Francia había sido destruida durante la Revolución; pero se simuló que se había conservado un residuo, y con él se procedió a ungir al último Borbón. Se sacó de su relicario una espada de Carlomagno de dudosa autenticidad, su cetro, la corona y la "mano de justicia"... y para mayor contraste todavía la gótica catedral quedó transformada con bambalinas en un ridículo templo grecorromano de cartón.

Sin embargo, ya no fue pura comedia la legislación que Carlos X trató de imponer después. Consecuente con sus principios, quiso restablecer la dignidad de la rancia nobleza y para ello era necesario indemnizarla de los bienes confiscados por la Revolución. Como la *Carta* de Luis XVIII garantizaba la propiedad a los que habían comprado aquellos bienes, las Cámaras votaron para indemnizar a la nobleza y el clero un crédito de mil millones de francos, valor calculado de las propiedades confiscadas. Para conse-

Batalla en París durante las tres jornadas de julio (grabado en color de la Biblioteca Nacional, París). El levantamiento popular, que ha inspirado a tantos artistas, salió en defensa de la Carta de 1814, promulgada por Luis XVIII y vulnerada por las nuevas disposiciones del gobierno agonizante de Carlos X.

Ataque al Ayuntamiento de París, otro episodio del 28 de julio de 1830 (grabado en color de la Biblioteca Nacional, París). La Guardia Nacional, que acudió a proteger las puertas del edificio, no puedo contener el ataque desordenado del pueblo. Sobre el reloj pronto ondeará la bandera tricolor de los revolucionarios.

guir estos mil millones se hacía un empréstito cuyo interés se pagaría con el ingenioso procedimiento de rebajar del cinco al tres por ciento el interés de la Deuda ya existente. Así, para satisfacer a los nobles y al clero se desposeía de casi la mitad de sus ingresos a los sufridos rentistas (la clase media), que habían invertido sus ahorros en rentas del estado.



Se trató de restablecer los mayorazgos, que vinculaban las tierras a los primogénitos de las familias nobles. La ley tenía un preámbulo que era una declaración de ciencia política conservadora y decía: "Se comprende que en una república haya igualdad entre los hijos para las herencias de los padres; pero en una monarquía es de toda evidencia que el régimen debe ser la desigualdad. La conservación de los patrimonios inspira ideas de orden y mantiene las familias en el rango que conviene para que puedan procurar al estado guardianes y protectores". La ley de los mayorazgos se presentó primero a la Cámara de los Pares, que la rechazó. La nobleza mostraba más cordura que el rey y sus ministros. Las razones que dieron los nobles para rehusar aquel privilegio eran que los primogénitos serían odiosos a sus hermanos desheredados, quienes formarían una clase de descontentos aptos para dejarse influir por las ideas revolucionarias, y que, por fin, como los mayorazgos vinculaban las tierras a perpetuidad en una familia, la ley paralizaría una tercera parte de las tierras de Francia estancando su cultivo.

Menos cauto que la nobleza fue el clero, con la exigencia de leyes y ordenanzas en sustitución de sus antiguos privilegios, en prueba de que una buena parte de él no tenía noción de que el tiempo no pasa en vano. La ley de los sacrilegios invocaba en el preámbulo el ejemplo "del Egipto religioso y culto, que castigaba con la muerte hasta el jurar en falso". "En Atenas –decía la ley francesa de 1825– los que se burlaban de los dioses bebían la cicuta; en Roma, al que profanaba las cosas santas lo arrojaban al Tíber..." El Decálogo era la fuente de las leyes penales de "todos" los pueblos, etc.

Con tales antecedentes ya no extrañará al lector que se deseara un cambio de régimen. Hacía tiempo que los franceses avisados se daban cuenta de la profunda semejanza entre los Borbones restaurados en el trono y los Estuardos después de su restauración. Si Carlos I representaba a Luis XVI y ambos habían sido decapitados, Cromwell tenía su pareja en Napoleón y a ambos habían sucedido, no sus hijos, sino los de los "reyes mártires". Pero Carlos II venía a ser Luis XVIII, y Jacobo II se encontraba retratado en Carlos X. Estas analogías hicieron pensar en una solución parecida a la que tuvo en Inglaterra la fracasada restauración, que había sido posible porque la República era todavía imposible. Pero los monarcas de la rama troncal de la dinastía volvían envanecidos por la circunstancia de que después de despedirlos hubieran sido otra vez entronizados... Acaso una rama segundona de la familia real podría comprender que el papel de un monarca no era el mismo después que antes de la Revolución. Y en Francia había precisamente la rama segundona, los Orleáns, que habían alardeado de liberalismo y hasta participado en la Revolución.

La crisis fatal a la monarquía restaurada ocurrió del 26 de julio al 9 de agosto del año 1830. Descontento el rey por unas elecciones de que había resultado una Cámara opuesta a su política, decretó el 25 de julio

"La Libertad guiando al pueblo en las barricadas", por E. Delacroix (Museo del Louvre, París). Este conocido cuadro, designado al principio con el nombre del hecho que conmemora, es decir, "El 28 de julio de 1830", ha sido y sigue siendo el símbolo de las libertades revolucionarias.



40



Combate en la calle Rohan el 29 de julio de 1830, por Lecomte (Museo Carnavalet, París). Antiguos soldados del Imperio, miembros de la Guardia Nacional y burgueses se unen a los insurrectos en su ataque al ejército real.

BERANGER, INTERPRETE DE LA OPINION PUBLICA

El escritor francés más popular de la primera mitad del siglo XIX fue un hombre al que hoy ignoran los manuales de literatura y cuyas obras raramente se reeditan: Pierre-Jean de Béranger (1780-1857), de orígenes muy humildes, que se hizo famoso escribiendo canciones que tuvieron una extraordinaria difusión y que admiraron personajes de la talla de un Goethe, un Chateaubriand y un Lamennais. Aquí, más que como escritor, nos interesa como intérprete de la opinión pública, cuya sensibilidad política supo captar certeramente en la mayoría de sus canciones: la historia de éstas es también la historia de cómo el pueblo francés veía los diferentes cambios que iban produciéndose en el país.

La primera de sus canciones que se hizo célebre fue compuesta en mayo de 1813, *El rey de Yvetot,* pintoresca descripción de un rey campechano, pacífico y bonachón, que es una sátira indirecta de las desmesuradas ambiciones del emperador; el pueblo está cansado de tanta guerra y de las grandes empresas napoleónicas, pero cuando en enero de 1814 los aliados invaden Francia, con *Los galos y los francos* incita a resistir al extranjero, no para defender a la patria, sino la casa de cada cual. Una vez caído el Imperio, Béranger empezará a sentir nostalgia de Napoleón y se rebelará contra el intento de restaurar el Antiguo Régimen: de 1814 son canciones como *El buen francés,* protesta contra la ocupación extranjera; *Solicitud presentada por los perros de calidad,* sátira antiaristocrática, y *La censura,* contra las nuevas leyes sobre la prensa.

En los años sucesivos la impopularidad de la Restauración queda reflejada en multitud de canciones burlescas que canta toda Francia: *El marqués de Carabás* (1816), satirizando a los nobles emigrados que vuelven llenos de arrogancia; *La Santa Alianza de los moros* (1816), sangrienta parodia de la liga absolutista forjada en el Congreso de Viena; *Los capuchinos* (1819), de carácter anticlerical, contra la reorganización de las Órdenes religiosas; *Los reverendos padres* (1819), burla antijesuítica, etc. Al mismo tiempo se va creando el mito napoleónico, bien reflejado por *La vieja bandera* (1820), es decir, la tricolor, en oposición a la blanca de los Borbones.

De 1823 es *Nabucodonosor,* contra Luis XVIII, y del mismo año *Nueva orden del día,* en la que se incita a desertar a los soldados franceses que entran en España para restablecer el absolutismo de Fernando VII; luego, en 1825 escarnecerá la solemne consagración de Carlos X en Reims: *La consagración de Carlos el Simple.* Sus obras son varias veces confiscadas por la policía, se le condena a varios meses de cárcel por ofensas a la religión y a la persona del rey, y por incitación a la rebelión, pero ello sólo contribuye a aumentar su popularidad: en prisión recibe innumerables visitas, las multas son pagadas por suscripciones públicas, llueven los regalos y las adhesiones; es el símbolo vivo de la oposición al absolutismo.

En 1830 acoge con entusiasmo la revolución y se declara republicano, pero considerando que el país no está maduro para una república, apoya como solución provisional la candidatura de Luis Felipe; en los primeros años de la monarquía de Julio goza de gran consideración, mientras insiste en la defensa de todas las causas liberales (*Poniatowski,* en 1831, en favor de la libertad de Polonia; *Consejos a los belgas,* 1831, sobre la revolución en Bélgica), pero no tarda en distanciarse del nuevo régimen, refugiándose en un republicanismo platónico. Su prestigio sigue siendo enorme, pero los tiempos han cambiado y sus nuevas canciones quedan ya un poco desfasadas. Los últimos años de su vida son más bien amargos por su inadaptación a las circunstancias y la obligada ambigüedad de su postura: sus críticas contribuyen a la caída de Luis Felipe, pero la república de 1848 le asusta, se inclina cada vez más hacia la defensa del orden, y en este sentido, aunque sin comprometerse excesivamente con el Segundo Imperio, lo acepta, lo cual le vale durísimas críticas por parte de la oposición. A su muerte, en 1857 (después de una crisis religiosa que le lleva a recibir los últimos sacramentos, inesperado desenlace de su anticlericalismo militante de tantos años), Napoleón III decidió anexionarse su popularidad organizándole un solemne entierro de "poeta oficial".

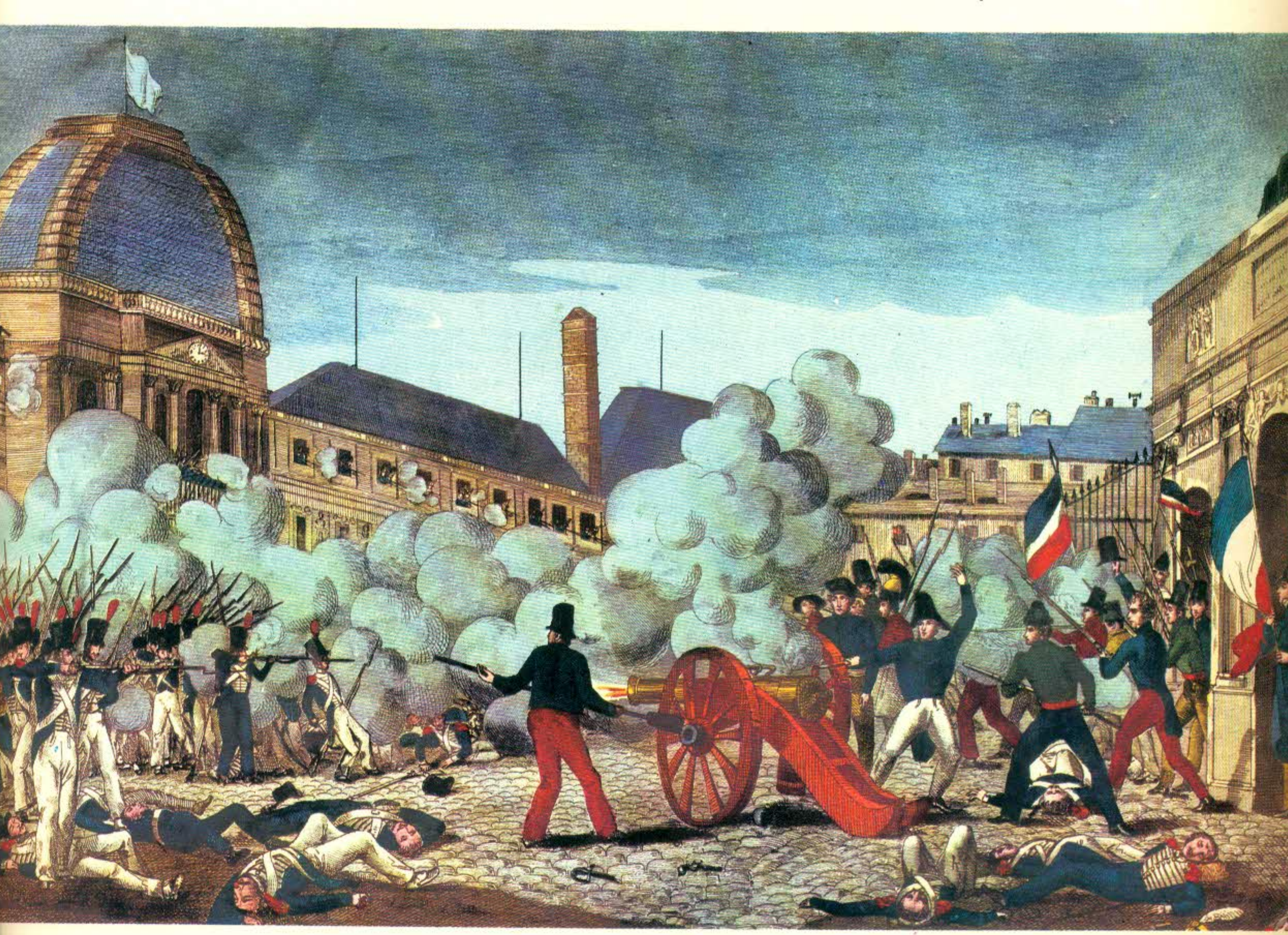
C. P.

las cinco Ordenanzas siguientes: 1.ª Suspensión de la libertad de prensa. 2.ª Disolución de la Cámara. 3.ª Reforma de la ley electoral. 4.ª Convocatoria de nuevas elecciones. 5.ª Nombramiento para consejeros de estado de varios personajes famosos por sus opiniones ultrarrealistas.

Al día siguiente se amotinó el pueblo de París. Fue la llamada "Revolución de Julio". La que más ofendía era la ordenanza contra la libertad de prensa, garantizada por la *Carta*. Los directores de los periódicos redactaron una protesta, que empezaba en estos términos: "El régimen de la legalidad está suspendido, empieza el de la fuerza... El deber de obedecer ha terminado". Así hablaban los periodistas el 26. Dos días después, el pueblo luchaba en las barricadas bajo la bandera tricolor, que los Borbones habían sustituido por la bandera blanca flordelisada. El 29 triunfaban los insurrectos y el rey marchaba hacia Inglaterra, a cortas jornadas, esperando siempre que acabarían por llamarlo.

En los primeros días de agosto todavía se dudaba en París entre instaurar una nueva dinastía con el duque de Orleáns o una república bajo la presidencia de La Fayette, quien probablemente comprendió que Francia no estaba madura para un gobierno republicano moderado; y es posible que el temor de nuevos excesos y venganzas le moviera a transigir con el duque de Orleáns. "Lo que nos conviene es un príncipe popular rodeado de instituciones completamente republicanas." Orleáns hizo manifestaciones de radicalismo y aceptó ser lugarteniente gobernador, hasta que se normalizase la situación. El 6 de agosto, las Cámaras declararon el trono vacante y lo ofrecieron al duque de Orleáns, quien tomó el título de Luis Felipe, rey de los franceses por la gracia de Dios y la voluntad de la nación: "En presencia de Dios, juro observar fielmente la Carta Constitucional, gobernar por las leyes y conforme a las leyes, hacer buena y exacta justicia, etc.". El texto de la *Carta* de Luis XVIII que concedía al rey "facultad de promulgar ordenanzas cuando

Asalto de las Tullerías por el pueblo de París (grabado en color de la Biblioteca Nacional, París). El 29 de julio, y tras una hora de lucha, el palacio de los reyes cayó en poder de los constitucionales, y la bandera flordelisada de los Borbones fue sustituida por la tricolor.



40



Pieza de orfebrería de plata sobredorada, obra de principios del siglo XIX (Museo del Louvre, París).

peligraba la seguridad del estado", se cambió por la "facultad de promulgarlas para asegurar la ejecución de las leyes, pero no para suspenderlas o alterar su interpretación".

Así se entronizó Luis Felipe, inaugurando el régimen que se ha llamado de la "Monarquía de Julio", por haberla impuesto los motines de julio antes mencionados. Este régimen no fue, ciertamente, tan enojoso como el de los Borbones precedentes; sin embargo, predominó en él, como en el anterior, la tendencia a "curar las llagas de la Revolución", si bien no en forma de marcha atrás, como en aquél, pero sí en la más desastrosa, si cabe, de no marchar hacia delante, como reclamaban los tiempos. La monarquía de julio duró hasta 1848; fueron años de fermento, de ebullición intelectual, de propaganda revolucionaria, porque Luis Felipe no comprendió lo que debía ser "el rey republicano" que pedía La Fayette ni se resignó a ser un "rey que reina, pero no gobierna", como proponía Thiers. Ya hemos visto que Luis Felipe juró aplicar sin reservas ni disminución la *Carta* borbónica, pero nunca sintió la necesidad de una Constitución avanzada, que incorporara la nueva justicia social que demandaba el progreso. Era una época de grandes cambios industriales, con la aplicación de la máquina de vapor y otros inventos. La burguesía se enriqueció enormemente, superando en importancia a la nobleza; pero con la responsabilidad del poder vino a caer en los mismos defectos y errores de la antigua aristocracia. No hizo concesiones al proletariado, y así empezaron los atentados anarquistas y las predicaciones de los socialistas, de que hablaremos en otro capítulo.

La monarquía de julio hubiera podido justificarse como promotora y estimulante de reformas. Luis Felipe lograría excusarse en los cambios económicos que originaba la transformación industrial y hacerse, como un "buen rey" a la antigua usanza, campeón de las mejoras sociales que reclamaba la clase baja. Esta posición adoptó la monarquía en el siglo XIII al aliarse con el equivalente del proletariado en aquel tiempo, los consejos municipales, contra los nobles celosos de las prerrogativas que les concedía el régimen feudal. En el siglo XIII, el rey y la plebe vencieron a los barones y establecieron un régimen nuevo, que también se hizo caduco,

LA FORMACION DE DOS BLOQUES RIVALES EN LA POLITICA EUROPEA A PARTIR DE 1830.

LA CUESTION BELGA

Los belgas católicos-liberales se separan del reino de los Países Bajos, donde predominan los holandeses protestantes-conservadores. Pretenden unirse a Francia. El rey de Holanda pide ayuda a los países legitimistas.

En la Conferencia de Londres, mientras Prusia pide la intervención armada, Inglaterra y Francia hacen triunfar una política de neutralidad y reconocimiento de la independencia belga.

POLONIA

Los polacos deponen al virrey ruso y en seguida se proclaman nación independiente. Esperan ayuda del bloque liberal, Francia e Inglaterra, pero estos países no se la concederán por temor a un conflicto general.

La sublevación polaca será aplastada por el ejército ruso. Tras una represión violenta, Polonia es agregada al estado ruso y sometida a un vasto proceso rusificador.

En Münchengnätz, los tres estados de régimen absolutista, Prusia, Rusia y Austria, llegarán a un acuerdo para coordinar su política antiliberal y mantener el orden establecido en Polonia y Alemania.

Aunque en muchos puntos su política será divergente de la de Inglaterra, Luis Felipe, el rey burgués, se esforzará en entenderse con este país y en 1830 sus deseos de anexionarse Bélgica se pliegan a la "neutralidad" belga exigida por los ingleses.

ITALIA

En Italia, los pequeños estados del centro se sublevan contra Austria, apoyados tácitamente por Francia.

LA GUERRA ESPAÑOLA

A la muerte de Fernando VII comienza una guerra civil en España entre carlistas –partidarios del hermano del rey–, que buscaron el apoyo de Austria y Prusia, y liberales, que se aproximarán a franceses e ingleses.

Francia e Inglaterra apoyarán diplomáticamente a los gobiernos liberales de Madrid y Lisboa en lucha con partidos tradicionalistas y firmarán con ellos la Cuádruple Alianza.



Toma del Louvre el 29 de julio de 1830, por J. L. Bezard (Museo Carnavalet, París).

pero que entonces era el más apropiado a las costumbres de la época. Recordando a Felipe Augusto y a san Luis, debió ser Luis Felipe caudillo y defensor de las mejoras sociales compatibles con un estado monárquico; pero se contentó con ser un burgués más. La Iglesia hubiera podido aceptar todo cuanto había de sensato y necesario en la Revolución y compatible con el dogma; pero en vez de tomar esta posición activa, estimulante y comprensiva, las autoridades eclesiásticas, con raras excepciones, prefirieron mantenerse en una actitud defensiva y adular a la clase media industrial, entonces predominante en la política.

Con sus fortunas colosales, los nuevos hombres de la clase media cínicamente desmoralizaban las elecciones. Empezó a considerarse corriente y lícito lo que después hemos llamado corrupción electoral. El resultado fue la atonía en las altas esferas del gobierno, somnolencia parlamentaria harto fastidiosa para Francia, que se había acostumbrado a la agitación de las jornadas revolucionarias. "Francia se aburre", dijo Lamartine, casi como amenaza. Ni el teatro ni la prensa eran distracciones suficientes.

Uno tras otro, los grupos políticos empezaron a desertar de la monarquía de julio. Desde el principio, los republicanos, irreconciliables con la Restauración, se dieron cuenta de que Luis Felipe no era muy diferente de los Borbones. También se mantenían enemigos los legitimistas, partidarios del conde de Chambord, nieto de Carlos X. A los descontentos se sumó un grupo liberal y hasta un grupo católico y no hay por qué decir que los proletarios, cada vez más numerosos y más convencidos de sus derechos, estaban también en la oposición. Pedían el sufragio universal, para evitar que la Revolución beneficiara solamente a la clase

UNA CARICATURA DE LA CORTE

En 1814, cuando los Borbones vuelven al trono de Francia, aparentemente se quiere ignorar lo que ha ocurrido en el país en el curso de los últimos veinticinco años; el hermano de Luis XVI, Luis XVIII, regresa del exilio y fecha sus primeros decretos "en el año decimonono de mi reinado", y en 1825 Carlos X renueva las pompas más solemnes del Antiguo Régimen haciéndose consagrar en la catedral de Reims. Pero nadie podía ignorar que aquel cuarto de siglo que va desde la toma de la Bastilla a Waterloo, tan pródigo en acontecimientos, no había pasado en balde, y uno de los indicios más claros de esa imposibilidad de resucitar el pasado lo tenemos en el estilo de la corte de la Restauración.

Para empezar, Luis XVIII renunció a Versalles, que tenía para él penosos recuerdos y que le parecía además excesivamente incómodo. El inmenso palacio que había sido escenario de los fastos de la antigua realeza se convirtió en una especie de asilo para familias de emigrados ancianos, que, a pesar de ser nobles, no parecían sentir mucho respeto por el lugar: el gobernador de Versalles tuvo que recordarles que estaba prohibido tender la ropa en las ventanas e introducir cabras y gallinas en lo que había sido espléndida residencia de Luis XIV y sus sucesores.

En las Tullerías, es decir, en el corazón de París, se hizo un esfuerzo por reconstituir la corte de "antes del diluvio", pero lo más que se consiguió fue armar un vistoso decorado que a simple vista recordaba los esplendores de antaño. Títulos, grados, cargos y pensiones vuelven a repartirse como antes, reaparece la etiqueta palaciega de otros tiempos, pero la situación es muy distinta. Luis XVIII ha otorgado una "carta" a sus súbditos y un gesto o una palabra del rey ya no lo pueden todo; ahora hay ministros, diputados, políticos, incluso periodistas, que tienen tanto o más poder que el monarca. Al diluirse el absolutismo, la corte deja de ser el obligado punto de convergencia de todo el reino.

Por otra parte, en la familia reinante no hay grandes personalidades capaces de magnetizar y someter a la nobleza y al país entero con la fuerza de su carácter. Luis XVIII es un anciano comprensivo, hábil y escéptico que sólo aspira a vivir en paz y a devolver a Francia el equilibrio y el orden, y que no tiene la menor pretensión de emular a su ilustre antepasado el Rey Sol. Su hermano y sucesor, Carlos X, que sube al trono ya viejo también, es un hombre obtuso y terco, que en los últimos años se ha hecho fanáticamente devoto y que no tiene más placer que la caza. Poco relieve humano tiene también el heredero del trono, hijo de Carlos X, el duque de Angulema (que en 1823 capitaneó a los Cien Mil Hijos de San Luis que repusieron el absolutismo en España), dominado por una esposa devota y autoritaria, de carácter agrio (su prima también, hija de Luis XVI, llamada "la huérfana del Temple"). Como el hermano menor del duque de Angulema, el duque de Berry, murió asesinado en 1820, el único personaje de la familia que tenía cierto colorido fue su viuda, la italiana María-Carolina de Borbón-Sicilia, de carácter enérgico, vivaz, fogosa e innegablemente novelesca. Ella fue la que inauguró en Francia la moda de los baños de mar (en Dieppe), pero al margen de este hecho aislado y anecdótico, la influencia de las Tullerías en la vida del país fue muy escasa. Los ambiciosos desertan de una corte etiquetera, tristona y, para colmo, sin verdadero poder, y se reúnen en los "salones" aristocráticos, donde fructifican las intrigas más eficaces.

El papel de la corte disminuye aún más a partir de 1830, bajo la monarquía de Julio. Luis Felipe, el rey-ciudadano, suprime casi por completo todo vestigio de pompa y solemnidad; la imagen de la realeza que se quiere ofrecer a Francia es la de una familia burguesa, unida, digna y virtuosa, con un soberano que ha trocado el cetro por el paraguas (no en vano había vivido veinte años en Inglaterra), que va a pie por las calles saludando afablemente a los transeúntes y que recibe a sus ayudantes de campo mientras se afeita. Imposible imaginar una actitud más distinta de la adoptada por Luis XIV. Todavía Luis XVIII había tenido a su lado a una especie de Madame de Maintenon, pero bajo la monarquía de Julio la misma idea de favoritas al modo del Antiguo Régimen es impensable; Luis Felipe está muy enamorado de su esposa, la reina María-Amelia, modelo de virtudes domésticas, y pasa la velada en familia, rodeado de sus numerosos hijos, en un ambiente llano y apacible. A su alrededor, la corte queda reducida a su mínima expresión y su influencia es nula. Ahora la política la llevan los periódicos y los jefes de los partidos.

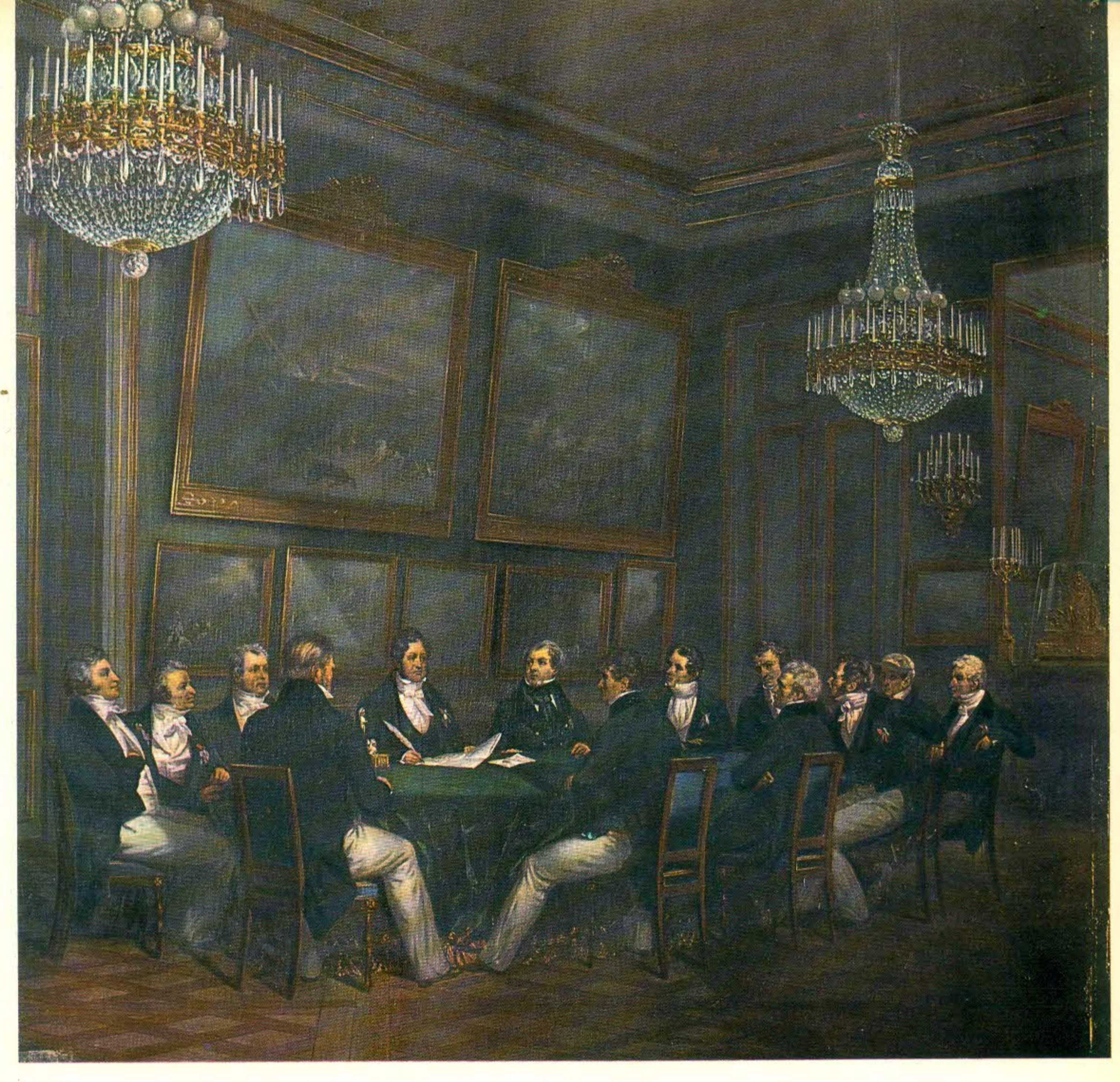
Así, en 1830, junto con los restos del Antiguo Régimen, desaparece ya definitivamente esa típica institución de la realeza absoluta que es la corte, según la había configurado Luis XIV, y de la que la Restauración no había podido dar más que una pálida caricatura. Un poco más tarde, el Segundo Imperio, en su afán de rodearse de pompa y grandiosidad, intentará dar forma a un simulacro de corte a la antigua, se establecerá una etiqueta bastante estricta y se celebrarán lujosas fiestas; pero la época es muy poco adecuada para tales pretensiones, y la corte de Napoleón III, a quien la más rancia nobleza consideraba no sin razón como un simple advenedizo, como un aventurero con suerte, tuvo siempre cierto aire de opereta.

C. P.



media. Guizot, jefe del gobierno, les replicaba: "¡Haceos ricos y votaréis!". "Este mundo no es lugar apropiado al sufragio universal: por este camino todas las criaturas del universo reclamarán derechos políticos."

La terquedad de Guizot fue el inmediato motivo de la caída de la monarquía de julio. Del mismo modo que los nobles desampararon a Carlos X cuando le atacó la clase media, los burgueses desampararon a Luis Felipe cuando le atacó el proletariado. Dos días de barricadas en París, en febrero del año 1848, bastaron para obligar a Luis Felipe a partir para Inglaterra. Marchó en un coche cerrado, a todo escape y haciéndose llamar míster Smith.



Luis Felipe de Orleáns firma la aceptación de su nombramiento para ocupar el trono de Francia el 31 de julio de 1830 en el palacio real de París, por Court (Museo de Versalles, París).

Tanto la revolución de julio como la de febrero fueron poco sangrientas. En la primera murieron 788 revolucionarios y 163 del ejército; los heridos fueron 4.500 y 600, respectivamente. El ejército usaba todavía fusiles de chispa y era casi imposible defenderse por las calles estrechas de París de los proyectiles de toda clase con que se hostigaba a la tropa desde las ventanas. La revolución de febrero fue más dolorosa, porque se tardó algún tiempo en encontrar la fórmula republicana que tenía que sustituir a la monarquía. De ella hablaremos luego, pero anticiparemos que el primer presidente fue Luis Bonaparte, que después se llamó Napoleón III. Esta República constituyó, pues, una primera tentativa, que no debía imponerse inmediatamente.

Sin embargo, la necesidad de hallar una solución democrática para sustituir al absolutismo se sentía en todos los países de Europa. No es, pues, extraño que las revoluciones de julio y de febrero repercutiesen en el extranjero. Francia continuó sirviendo no sólo de laboratorio de política experimental democrática, sino también de estímulo para las otras naciones. Sociedades secretas internacionales de tipo revolucionario, como los carbonarios, contrarrestaban la influencia de los monarcas y ministros absolutistas coligados entre sí y dirigidos hábilmente por Metternich, quien continuaba siendo el árbi-

Luis Felipe de Orleáns, por Winterhalter (Museo de Versalles, París). La revolución de julio de 1830 le llevó al trono, porque en él se cumplían las esperanzas de una monarquía moderada basada en la soberanía popular. Pero el endurecimiento de su política le trajo la ruina y se vio obligado a abdicar y huir de Francia.



tro de Europa. Se ha llamado a este periodo "era Metternich", porque realmente sin su firme convicción de que el régimen constitucional era absurdo, el triunfo de las ideas democráticas hubiera sido universal y fulminante.

Desde su posición de ministro del emperador de Austria, señor de la Europa central y de Italia, Metternich hacía valer el peso de su influencia en las demás cancillerías. A veces tenía que ceder; así, cuando la revolución de julio repercutió en Bélgica, que insistía en separarse de Holanda (aunque esto significaba inevitablemente que Bélgica caería bajo la influencia francesa), Metternich tuvo que consentir en la formación de un nuevo reino con las provincias de Flandes y Brabante. En cambio, la insurrección polaca, que se desencadenó también a consecuen-

La Cámara de Diputados presenta a Luis Felipe el acta que le llama al trono y la Carta de 1830, por F. Hein (Museo de Versalles, París). La escena tuvo lugar el 7 de agosto de 1830 en el palacio real.

cia de las jornadas de julio en París, fue ferozmente reprimida por Austria y Prusia. Igualmente se castigaron con insólita brutalidad las tentativas de los carbonarios para modernizar las regímenes absolutistas de los pequeños estados italianos clientes o súbditos de Metternich. La política de Metternich fue allí fatal para su causa, pues el nombre de Austria quedó en Italia por siempre jamás como sinónimo de oscurantismo, y el odio que Austria despertaba contribuyó a unificar el pensamiento de los italianos. "¡Viva la libertad y mueran los austríacos!", fue el grito de los que más tarde realizaron la unidad de Italia: Garibaldi y Mazzini.

Igualmente ambigua y de dudoso éxito fue la política de Metternich con los estados de la Europa central que forman hoy Alemania. Las guerras de Napoleón habían puesto de manifiesto que era extremadamente peligroso dejar el corazón de Europa triturado en pequeños estados, que podían aliarse con

Entrega de banderas a la Guardia Nacional presidida por Luis Felipe de Orleáns en el Campo de Marte el 29 de agosto de 1830, por E. Dubois (Museo de Versalles, París).



François Guizot, político e historiador francés (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Fue profesor de historia en la Sorbona y autor de numerosos estudios sobre aspectos de la realidad histórica moderna. Con el advenimiento de Luis Felipe al trono fue varias veces ministro y capitaneó a los burgueses conservadores, impidiendo toda evolución y provocando, en parte, la revolución de 1848.



los enemigos de la paz pública, facilitar el paso de ejércitos revolucionarios y ayudar a la propagación de ideas subversivas. En el Congreso de Viena no se había resuelto nada concreto en este asunto. En el año 1815, por iniciativa de Rusia y de Austria, los estados germánicos, mejor dicho, "los príncipes soberanos y las ciudades libres" de Germania, se habían confederado con objeto de "mantener la independencia y seguridad interior de cada uno de los estados". Con la frase "seguridad interior" Metternich creía que todo el mundo podía entender un gobierno reaccionario. La Confederación tenía una Dieta o asamblea reunida permanentemente en Francfort y presidida por el delegado de Austria. Para votar, los delegados de los otros países habían de pedir instrucciones a sus gobiernos respectivos, que, influidos por Metternich, votarían medidas reaccionarias. De esta manera se creía evitar que la Dieta se convirtiera en Convención y que los delegados se contaminaran mutuamente del virus liberal. Austria, Prusia, Sajonia y Baviera tenían cuatro votos cada una, y para mayor seguridad las decisiones de la Dieta tenían que ser aprobadas por unanimidad.

Sin embargo, de tal modo se hacía sentir la fuerza de la opinión que demandaba un régimen constitucional, que algunos príncipes tuvieron que transigir, pero los grandes

Aspecto de la ciudad de París y el Puente Nuevo en 1832, por Giuseppe Canella (Museo Carnavalet, París).

estados se mantuvieron intransigentes. El foco de los "liberales" era el ducado de Sajonia-Weimar, con su famosa universidad de Jena, donde había enseñado Schiller y de la que Goethe era todavía rector. Metternich encontró un aliado poderoso en el rey de Prusia, que continuaba siendo un impertérrito absolutista. En una reunión de delegados de los príncipes celebrada en el castillo de Metternich se decidió que la Confederación podría obligar a los estados que habían otorgado cartas constitucionales a derogarlas, si se preveía peligro para los principios monárquicos. Con esta amenaza, el progreso de las ideas de la Revolución francesa en Germania fue lento hasta que sobrevino la caída de Metternich.

Por lo dicho se habrá comprendido que la tarea de transformar la vieja Alemania en una nación moderna era doble: había que unificar aquel mosaico de reinos, principados, obispados, ducados y ciudades libres, y al mismo tiempo infundir en sus ciudadanos un mismo ideal de estado civil apropiado a las necesidades de los tiempos. Siendo imposible avanzar rápidamente en esta segunda empresa por la resistencia que oponían los poderes constituidos disciplinados por Metternich, se avanzó por el otro camino. En 1834 se dio el gran paso estableciendo la Unión Aduanera entre Prusia, Sajonia, Baviera y otros catorce estados menores; luego entraron Hannover, Baden, Nassau, Francfort, Brunswick y Luxemburgo, pero Austria persistió en quedarse fuera, renunciando así automáticamente a su posición de jefe de la Confederación germánica, que asumió Prusia. Los estados de la Unión Aduanera prosperaron enormemente al verse libres por fin de las trabas de comercio que les imponían las absurdas fronteras medievales. Los ferrocarriles construidos entre 1835 y 1848 acabaron por unificar a Germania; y cuando la revolución de febrero sacudió otra vez con fiebre democrática a toda Europa, se había progresado enormemente hacia la unificación y quedaban los alemanes libres para organizar una Confederación sin la impedimenta que para ello significaba Austria.

En Rusia, las reformas propuestas y aun iniciadas por el místico zar Alejandro I fueron suspendidas cuando éste, alarmado por la propaganda revolucionaria de las sociedades secretas en su propio Imperio, renunció a sus ilusiones democráticas, entregándose en cuerpo y alma a la política de Metternich. Cuando Alejandro I murió o desapareció misteriosamente en 1825, dejó en testamento que debía sucederle su hermano menor Nicolás y no el segundo, Constantino, que simpatizaba con las ideas liberales. Se cuenta que al organizar un motín las sociedades secretas en favor de Constantino con el grito de "Constantino y Constitución", tan prematuro era todavía hablar de Constitución en Rusia, que muchos de los que oyeron por primera vez este nombre creyeron que Constitución era la mujer de Constantino. Nicolás I consideró un deber impedir la propagación de las ideas liberales en Rusia. Durante su reinado, que duró treinta años, puede decirse que cerró por completo las fronteras, imponiendo derechos formidables para visar los pasaportes y manteniendo una estricta censura de la prensa.



Episodio de la insurrección republicana de Lyon en 1834 (grabado en color de la Biblioteca Nacional, París). La marcha de la política provocó reacciones serias en varias partes de Francia, pero la monarquía de julio se mantuvo en el poder gracias a ministros como Thiers y Guizot.

En España, las ideas de la Revolución francesa habían encontrado ambiente favorable en las Cortes de Cádiz. Allí se redactó la primera Constitución española, la del año 1812. Por ella se abolía el Santo Oficio y se eliminaban o se reducían notablemente los antiguos privilegios del clero y la nobleza. Al regresar Fernando VII en 1814, sintiéndose protegido por la Santa Alianza, derogó la Constitución, restableció el Santo Oficio y reintegró al clero todos los antiguos privilegios. El resultado fue dividir a España en "conservadores" y "liberales", dos tipos de mentalidad más bien que dos repertorios de ideas, tipos de mentalidad que se han ido perpetuando a lo largo del tiempo, si bien con diferentes nombres. Algo peculiar de España fue la pesadilla de los pronunciamientos. Seignobos dice que la España borbónica careció de generales al estilo de Turena y Condé, pero que durante el siglo XIX los militares fueron los ejes de la política. Esto,



El rey Luis Felipe saliendo de inaugurar el Museo de Versalles el 10 de junio de 1837 en compañía de sus hijos, por H. Vernet (Museo de Versalles, París). De izquierda a derecha: el príncipe de Joinville, los duques de Montpensier, de Orleáns, Luis Felipe, los duques de Nemours y de Aumale.

en gran parte, fue debido a la inferioridad del elemento civil. En España los intelectuales rezagados no sentían la necesidad del progreso, y el pueblo, sin cauce para realizar algo que mejorara su condición por medios legales, se desahogaba quemando conventos, persiguiendo frailes y acuchillando a carlistas...

La serie de pronunciamientos se inauguró con el de Riego en 1820. El país respondió débilmente a su "grito" liberal, pero bastó para que Fernando VII, intimidado, jurase otra vez la Constitución y hasta obligase a los obispos a dar órdenes a los párrocos de sus respectivas diócesis para que la explicasen a sus feligreses. Con los extremos de sentimentalidad exagerada a que son tan propensos los españoles, la Constitución llegó a convertirse en algo casi sagrado e intocable.

Pero con la conversión radical del zar Alejandro a la política de Metternich se creyó que España era el lugar favorable para hacer un ensayo de intervención absolutista, y ya hemos explicado en otro capítulo cómo los Cien Mil Hijos de San Luis entraron en la península para prestar el servicio de policía internacional que reclamaba la Santa Alianza. Era el año 1823, en la etapa más reaccionaria del reinado de Luis XVIII en Francia. La intervención, costosa (la pagó España a la larga) y poco gloriosa (España no se defendió), restauró la absoluta autoridad de Fernando VII.

La revolución de julio tuvo poca influencia en España, porque preocupaba entonces la sucesión al trono y los bandos conservadores y liberales se les conocía como carlistas y cristinos. El nombre de carlista aludía

LA REVOLUCION DE 1848 EN PARIS

1847

marzo La campaña "por una reforma dentro del orden establecido" fracasa al eliminar la Cámara un proyecto de reforma electoral.

1848 En el discurso del trono, Luis Felipe se decide a apoyar todas las instituciones existentes, a las que considera "buenas, adecuadas", y a desautorizar duramente a los reformistas.

22-II Dimisión de Guizot a causa de una manifestación.
Al atardecer, tiroteo en el ministerio de Asuntos Exteriores, a consecuencia del cual mueren algunos paisanos.

23-II Revolución callejera. Luis Felipe abdica en su nieto. La Cámara acepta, pero el pueblo exige un gobierno provisional. Reunido en el Hôtel-de-Ville, el partido liberal burgués –órgano rector del periódico *Le National*– forma gobierno. Se le une Raspail, republicano socialista, que en nombre del pueblo exige la proclamación de la República y la incorporación al gobierno del programa de *La Réforme* –periódico de los republicanos demócratas–, y uno de sus jefes, Ledru-Rollin, pasa también al gobierno.

25-26-II Manifestaciones obreras.

28-II Se crea la Comisión de Luxemburgo, comisión consultiva para solucionar los problemas de los trabajadores, bajo la presidencia de Louis Blanc.

febrero-marzo La revolución se extiende a todos los departamentos.

15-III Se acepta el plan de creación de *talleres nacionales*, pero no se confía su puesta en práctica a Louis Blanc.

16-III Ante la creación de los *talleres nacionales*, la burguesía considera que el gobierno se inclina hacia la izquierda. Manifestación gigante de protesta.

17-III Manifestación pacífica obrera en apoyo del gobierno y en pro de medidas socializantes.
El gobierno se escinde entre moderados-conservadores y progresistas.

abril Segunda revolución provincial en sentido más republicano. Se preparan elecciones para la Asamblea.

16-IV Manifestación o concentración obrera. El gobierno teme un golpe de estado, de carácter comunista. La Guardia Nacional actúa contra el pueblo.

20-IV Desfiles, conmemoraciones. Parece haber tregua y reconciliación.

4-V *Asamblea Constituyente:* Los diputados se distribuyen así:
- republicanos moderados-orleanistas liberales,
- republicanos radicales,
- legitimistas.

8-V Para encargarse del poder ejecutivo se crea la *Comisión Ejecutiva* (5 miembros, ningún socialista).

15-V Manifestación popular por haber cerrado las puertas del gobierno a los socialistas. Pretexto: la cuestión polaca.

24-V Thomas, jefe de los Talleres Nacionales, recibe órdenes de ir preparando su disolución.

26-V *Disolución de los Talleres Nacionales.*

21-VI Se inician las manifestaciones antigubernamentales.

23-VI La Comisión Ejecutiva encarga a Cavaignac acabar con la sublevación. Se proclama el estado de sitio, se cierran los clubes, se confisca la prensa. Unos 15.000 detenidos.

27-VI La Asamblea se pronuncia sobre los "culpables del 23":
- para sus jefes: Consejo de Guerra;
- para los demás: deportación sin juicio.

Crea una comisión de encuesta sobre los *sucesos de mayo y junio*. Objetivo: desacreditar a los socialistas. Paralelamente se inicia una investigación sobre la actuación gubernamental de Ledru-Rollin. Cavaignac se hace cargo del Ejecutivo.

9-VIII Ley de Prensa: son delitos de Prensa los ataques a la República, a la Asamblea, a la soberanía nacional, a la familia, a la propiedad.

octubre-noviembre Se discute la Constitución, que, aprobada, fija para diciembre la elección del presidente.

diciembre Elecciones. Candidatos:
- Luis Napoleón
- Cavaignac
- Ledru-Rollin
- Raspail

1849

13-V Elecciones para la Legislativa:

partido del orden	450
montaña	180
moderados	80

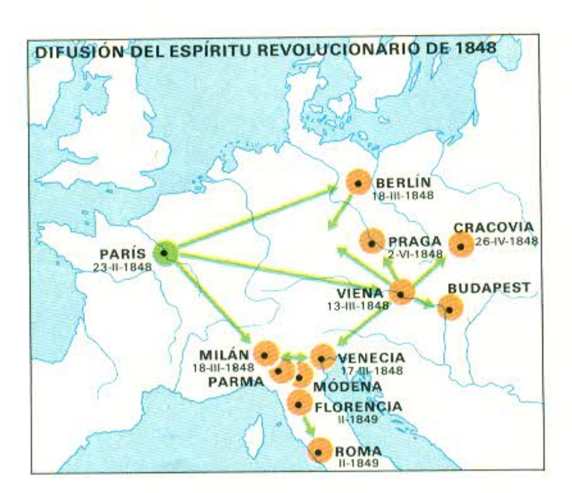
27-V Disolución de la Asamblea Constituyente.



Lucha en las calles de París entre el ejército real y el pueblo sublevado en febrero de 1848 (grabado de la Biblioteca Nacional, París).

Barricada en una calle de París en 1848 (grabado en color de la Biblioteca Nacional, París). Al pie del grabado, su autor puso esta frase: "Disparad, si os atrevéis, a la bandera de Francia".

a Carlos, el hermano del rey, y el de cristino a la reina Cristina, la cuarta esposa de Fernando VII, que se apoyaba en el partido liberal. Al morir Fernando VII, en 1833, la reina quedó regente de su hija Isabel II, menor de edad; el hermano del rey, Carlos, no se resignó con esta sucesión, y en 1834 empezó la primera guerra civil, que duró hasta agosto de 1839. En Portugal, la lucha entablada entre *constitucionalistas* y *absolutistas* se complicó por la injerencia de Inglaterra, que mantuvo allí su ejército hasta mucho después de Waterloo.



Es una historia monótona, un espectáculo melancólico, ver a Europa agitarse en vano durante el largo período que llamamos "era de Metternich". Sin embargo, de aquella penosa época se saca una lección que todavía no han querido aprender los europeos, y es que no es posible el progreso de un país de Europa si los demás retrogradan o permanecen estancados. Hasta Austria llegaron las salpicaduras de la revolución de febrero. Cuando se supo en Viena el final de la monarquía de julio y que se había proclamado otra vez la República, se produjeron motines de obreros y estudiantes que dieron ánimos a los liberales para pedir al emperador la destitución inmediata de Metternich.

El día 12 de marzo, Metternich compren-

dió que su hora había llegado y pidió que, puesto que su presencia no era necesaria, se le permitiese retirarse. Mientras el viejo guardián de la vida absolutista se despedía así de su amo en palacio, las turbas saqueaban y quemaban su mansión. El 14 de marzo –no había pasado ni un mes desde la caída de Luis Felipe–, Metternich, septuagenario, marchaba también a Londres, adonde llegó un mes después. Por el camino se fue enterando de que había estallado una insurrección en Berlín y que el rey de Prusia había concedido una Constitución. Otro tal había ocurrido en Baviera y algo parecido en Sajonia y Baden. Hasta el papa había concedido reformas constitucionales en sus estados. En Milán, los patriotas liberales se habían sublevado; el Piamonte había declarado la guerra a los austríacos.

Este resumen de lo ocurrido en Europa durante el período que llamamos revolucionario no explica más que en parte lo que iba sucediendo en el orden político. Por debajo de los motines, revoluciones y restauraciones se creaba una sociedad con sus diversas clases de empresarios, propietarios, industriales y proletarios. Antes estaban confundidos en tropel; ahora se reconocían sus derechos y se respetaban sus beneficios. Esto producía cierta calma espiritual que permitía pensar en algo que no fuera la política. Se crearon las bases de la moderna literatura francesa; hasta Thiers fue escritor con sus dos tomos de la *Historia del Consulado y el Imperio*. Guizot, en innumerables folletos, hacía propaganda política. Se lanzaban las primeras ideas del socialismo positivista y, sobre todo, fermentaba el romanticismo. Allí estaban todavía madame de Staël y Chateaubriand, Lamartine y Michelet. Apuntaba ya Victor Hugo con sus primeros dramas. El espíritu humano no puede quedar inerte y apagado. Si se sofoca por un lado, aparece vivo y a punto de inflamarse por donde menos se espera. Esta actividad invisible, pero activa, es lo que no pudo sofocar el espíritu absolutista de los diferentes países de Europa.



El zar Nicolás I de Rusia, por Franz Krüger (Galería de Arte Moderno, Dresde). Su forma de ejercer la monarquía absoluta fue paralela al estilo contemporáneo francés. Enemigo de la introducción de ideas liberales en su reino, sometió todos los estamentos estatales a un severo control. Pero no pudo evitar algunas infiltraciones, que se convirtieron más tarde en revolución.



El general Rafael de Riego (Museo Romántico, Madrid). Un grupo de españoles capitaneados por Riego se rebelaron contra el poder absoluto de Fernando VII y proclamaron la Constitución de 1812. Después de un trienio constitucional, la intervención del ejército francés de los Cien Mil Hijos de San Luis restableció la monarquía absoluta en España.

BIBLIOGRAFIA

Bastid, P.	*Les institutions politiques de la monarchie parlementaire française (1814-1848),* París, 1954.
Bertier de Sauvigny, G.	*Un type d'ultra-royaliste: le comte Ferdinand de Bertier (1782-1864) et l'énigme de la Congrégation,* París, 1948. – *La Restauration,* París, 1963.
Daumard, A.	*La bourgeoisie parisienne de 1815 à 1848,* París, 1963.
Deschamps, H.-T.	*La Belgique devant la France de Juillet,* París, 1956.
Lhomme, J.	*La gran burguesía en el poder. 1830-1880,* Barcelona, 1965.
Lucas-Dubreton, J.	*Louis XVIII. Le prince errant, le roi,* París, 1925. – *La Restauration et la Monarchie de Juillet,* París, 1937.
Ponteil, F.	*La revolución de 1848,* Madrid, 1966.
Vigier, Ph.	*La Monarchie de Juillet,* París, 1965.



Detalle de un cuadro de Goya que representa a Fernando VII presidiendo una Junta de Gobierno, la llamada de Filipinas (Museo Goya de Castres, Francia). Lo grotesco de los miembros de esta Junta puede dar una idea del atraso (cultural y social) de la España de Fernando VII.



Aspecto de una calle de Warren, Pennsylvania, después de la celebración de una boda, por autor desconocido (pintura norteamericana del siglo XIX, perteneciente a la colección Chrysler Garbisch).

La Constitución de los Estados Unidos. La doctrina de Monroe

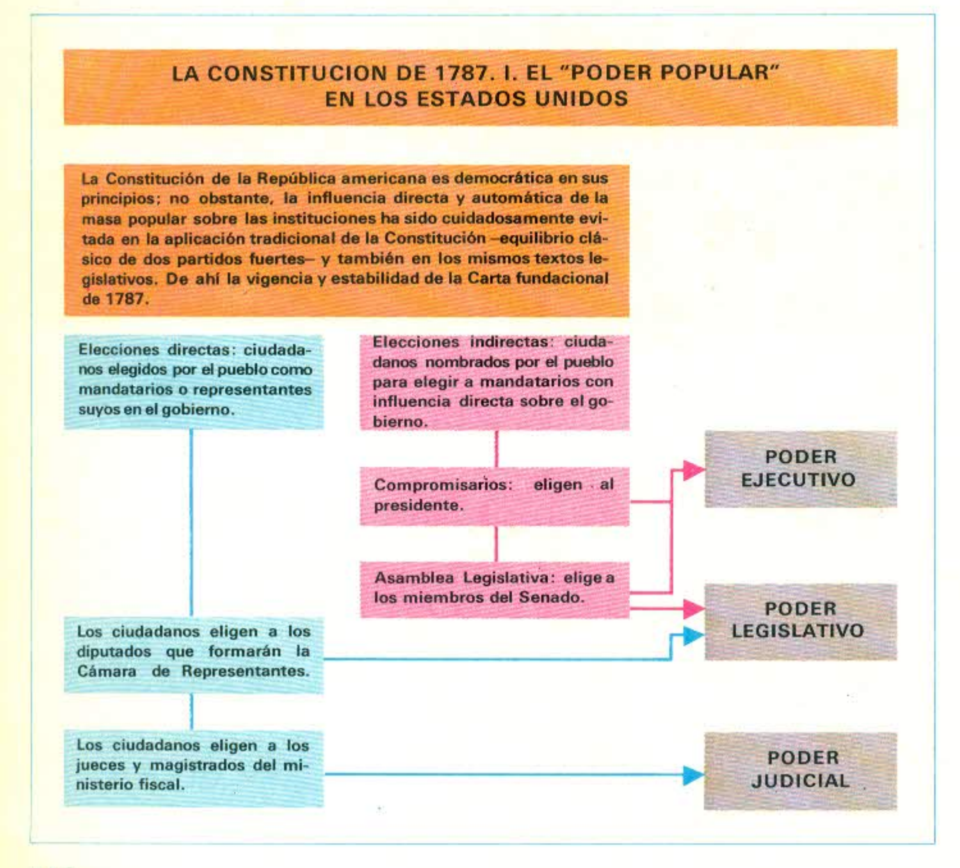
Durante los años transcurridos desde la *Declaración de Independencia* de los Estados Unidos de América (1776) hasta la elección de Washington como primer presidente (1789), puede decirse que la soberanía quedó en manos de las colonias. Cada una de las trece que se habían asociado para luchar contra la metrópoli se consideraba independiente o con derecho a ser independiente. En consecuencia, haciendo uso de su soberanía, con la excepción de Rhode Island y Connecticut, que elevaron sus cartas de fundación colonial a la categoría de Constitución de estado, todas las demás ex colonias se dieron a sí mismas una Constitución estatal, siendo así anterior, por lo tanto, de varios años a la Constitución federal.

Así, los trece estados fueron laboratorios de experimentación constitucional; la Constitución definitiva de los Estados Unidos es, en gran parte, el resultado de la ratificación o rectificación de las ideas filosóficas y políticas incorporadas en las constituciones locales de los estados.

De las once colonias que elaboraron una Constitución estatal, siete la hicieron pre-

Incendio declarado en Nueva York el 19 de septiembre de 1776, según un grabado de la época (Museo Franco-Americano, París).

ceder de un prólogo llamado *Declaración de Derechos*. Algunos de los conceptos que aparecen en estos prólogos se encuentran también en el famoso documento de que ya tratamos en un capítulo anterior: esto es, la *Declaración de Independencia* de los Estados Unidos. No podía ser de otro modo, pues que su redactor fue Thomas Jefferson, el



mismo que elaboró la Declaración y Constitución local de Virginia.

En el prólogo de aquel documento se declara ya que "todos los hombres son por naturaleza libres e independientes y tienen derechos de los que no pueden privar a las generaciones sucesivas al constituirse en sociedad. Tales derechos son: goce de vida y libertad, el de adquirir y poseer bienes, así como el deseo de seguridad y felicidad...". Exactamente los que Rousseau escribía en el *Contrato Social*.

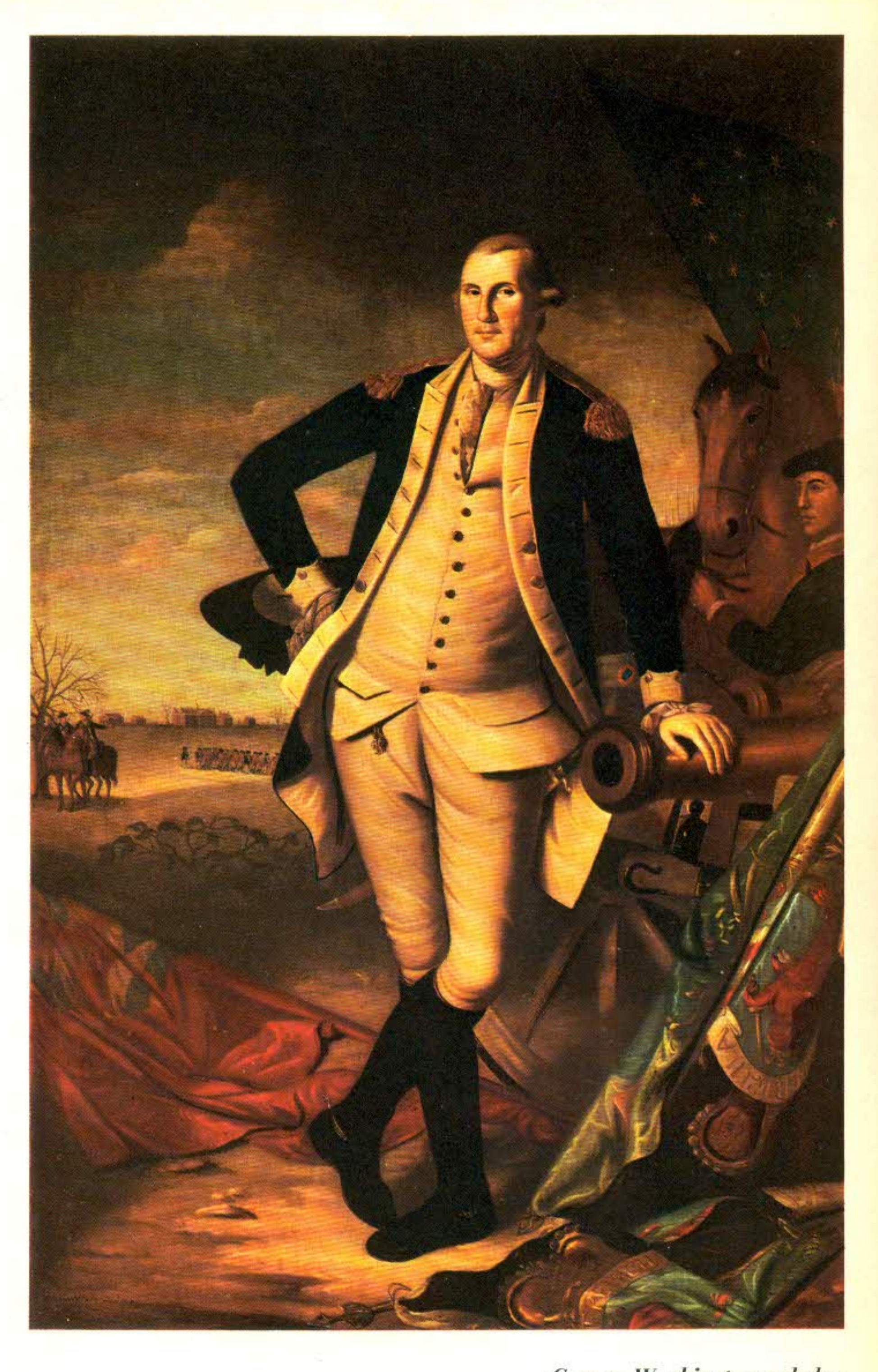
La primera Constitución estatal de Virginia trata de conseguir la realización de estos fines con dieciséis artículos. Son todos ellos tan expresivos del espíritu que animaba a los coloniales americanos de entonces, que creemos un deber resumirlos a continuación:

1. El poder procede del pueblo *(eliminación del derecho divino de los reyes)*. – 2. Los magistrados son sólo sus servidores y administradores *(eliminación del poder absoluto)*. – 3. El gobierno debe ser para el bien común del pueblo, nación o comunidad *(eliminación de clases privilegiadas)*. – 4. Los emolumentos públicos deben ser para retribuir servicios, pero ningún cargo ha de ser hereditario *(supresión de derechos aristocráticos)*. – 5. Los poderes legislativo y ejecutivo deben estar esencialmente separados del poder judicial *(garantía contra el despotismo gubernativo)*. – 6. El cuerpo electoral debe estar formado por todos los ciudadanos que sientan suficiente interés en el estado *(igualdad de sufragio, pero restringido a los contribuyentes)*. – 7. Sólo los representantes del pueblo tienen derecho a cambiar o suspender las leyes *(esto es, suspensión de garantías constitucionales,*

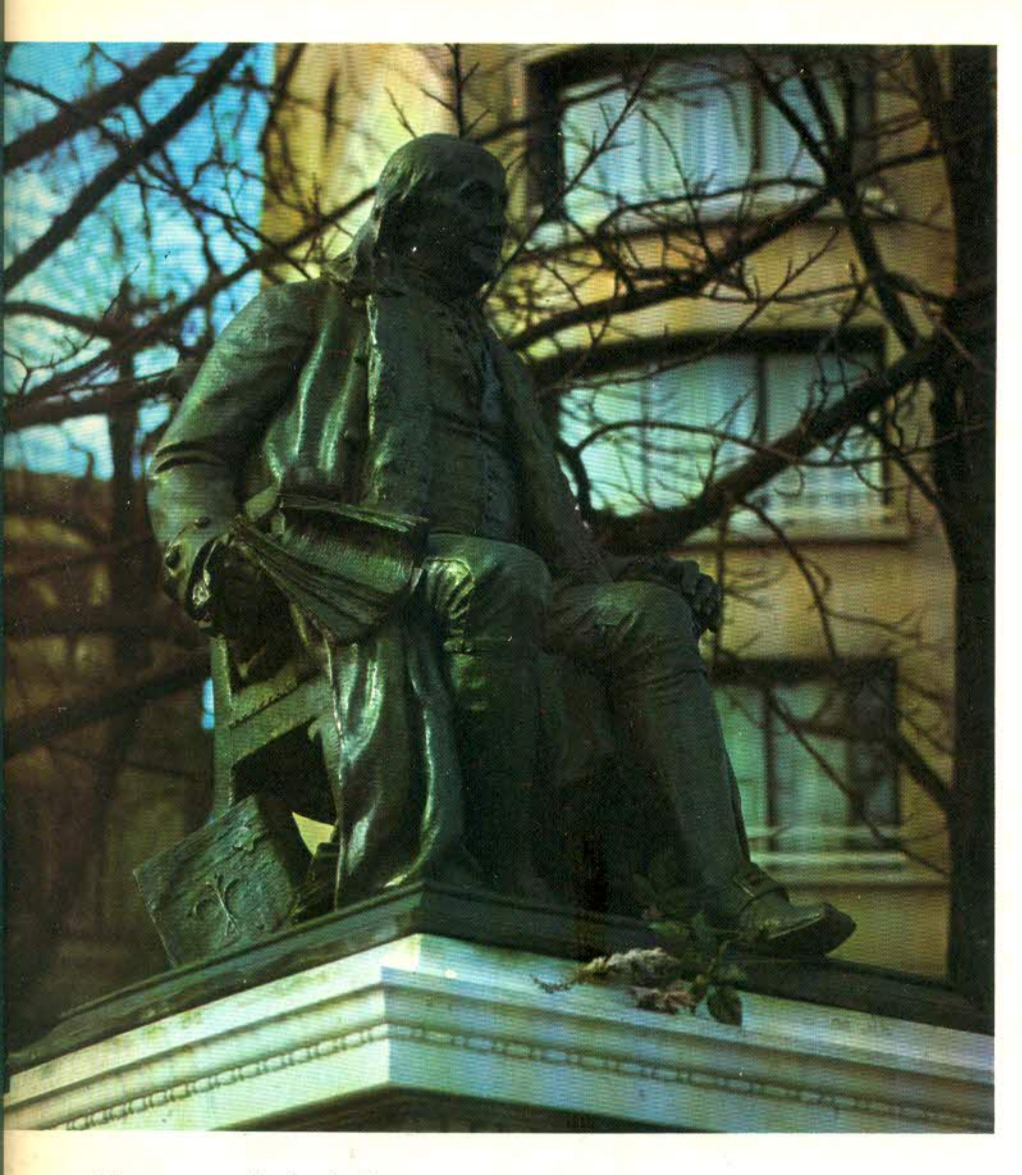
permitida sólo con autorización parlamentaria). – 8. Los criminales tienen derecho a conocer el crimen de que se les acusa *(supervivencia germánica o anglosajona).* – 9. No debe exigirse fianza excesiva a los acusados *(para evitar la detención ilimitada).* – 10. No deben permitirse registros domiciliarios sin precisar causa u objetivo *(de conformidad con las libertades inglesas).* – 11. El juicio "antiguo" por jurados es preferible a todos los demás y debe considerarse "sagrado" *(nótese antiguo y sagrado, como en la época de las emigraciones teutónicas).* – 12. La libertad de prensa es el baluarte de la libertad y sólo gobiernos despóticos pueden restringirla *(escrito en junio de 1776, trece años antes de la Revolución francesa).* – 13. Milicia y fuerza militar siempre subordinadas al poder civil *(los Estados Unidos no han sufrido pronunciamientos ni caudillajes).* – 14. Unidad y uniformidad en el gobierno *(para evitar la anarquía).* – 15. La libertad sólo puede ser mantenida con templanza y justicia *(libertad es el supremo bien).* – 16. La religión debe ser profesada por convicción y raciocinio, no por la fuerza. Todos los ciudadanos tienen derecho a seguir en religión los dictados de su conciencia, y es deber de todos practicar las virtudes cristianas de paciencia, amor y caridad con los demás...

Éstos son los dieciséis artículos de la primera Constitución de Virginia, inspirados o redactados por Thomas Jefferson. Después de los de Washington y Lincoln, el nombre de Jefferson es el más venerado por los norteamericanos. Saturado de filosofía, amante de las artes, constructor y arquitecto, Jefferson vivía en su hacienda en Monticello, en Virginia, cuando se desencadenó la revolución. Empleó los grandes recursos de su pingüe patrimonio en comprar libros, viajar y proveer a la educación de sus compatriotas. La universidad de Virginia, fundada y dotada por Jefferson, conserva, con orgullo, intactos los edificios que para ella proyectó su fundador. Son de estilo neoclásico, con un refinamiento de simplicidad que no era de esperar en un colonial. La belleza de las fachadas depende de la geométrica proporción de sus partes. La belleza sin adornos de los edificios de Jefferson puede calificarse de belleza filosófica. Pero el alma de Jefferson, más que en aquellos edificios castísimos, está en la *Declaración de Independencia* y en los artículos de la *Primera Constitución de Virginia*. El arquitecto filósofo americano, que cuando planeaba un monumento lo hacía con reserva y laconismo pitagóricos, al proponer un régimen de gobierno se desbordaba románticamente con la elocuencia ingenua de sus convicciones.

Las demás Constituciones estatales de las colonias rebeldes y declaradas independientes por su soberana voluntad contrastan con la Constitución de Virginia, porque la reflejan con miras estrechas, adaptándolas a las circunstancias locales. Por ejemplo, la Constitución de Massachusetts, el estado puritano del Norte, declara también inviolable la libertad de prensa y garantiza el derecho de expresar los ciudadanos sus pensamientos de palabra o por escrito, pero insiste en que los municipios proveerán al culto divino y costearán a "maestros protestantes que inculquen piedad, religión y moral".

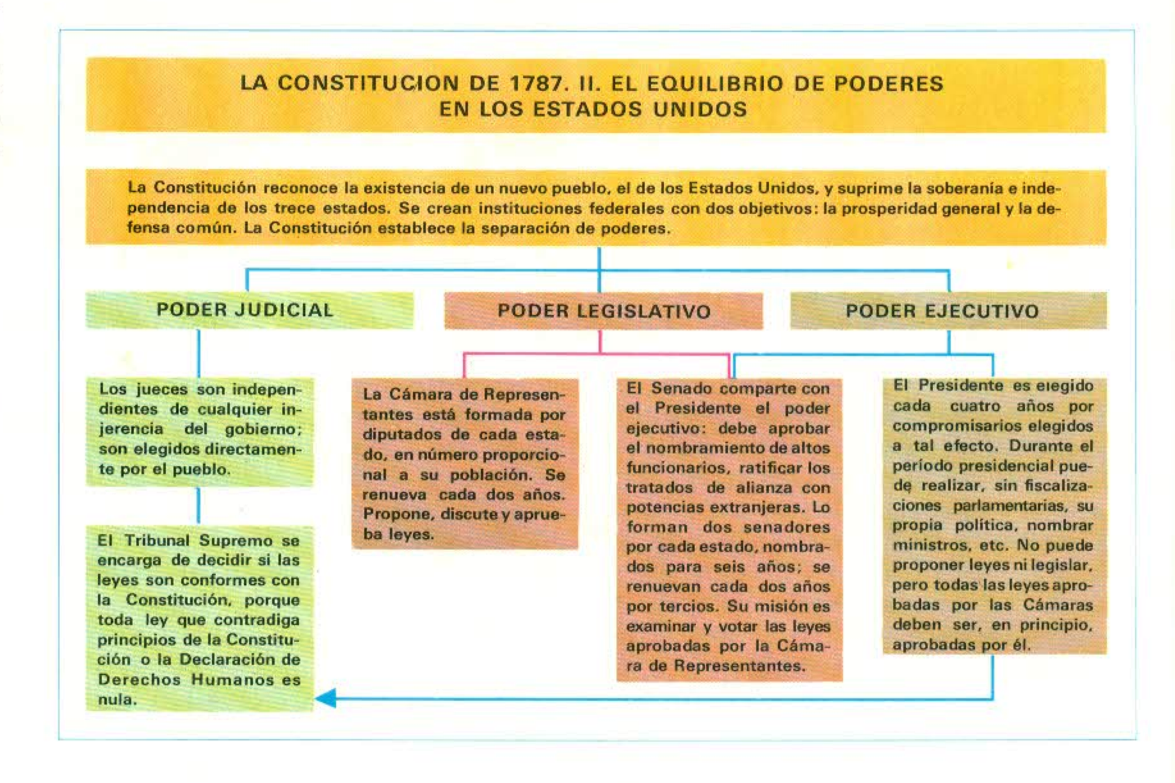


George Washington en la batalla de Princeton, por Charles Wilson Peale (Universidad de Yale, Estados Unidos). Fue ésta una de las batallas que los norteamericanos hubieron de librar contra los ingleses tras declarar la independencia de su país. En ella, el futuro primer presidente se apuntó una nueva victoria, gracias, en parte, a su valor personal.



Monumento a Benjamin Franklin en París. Enviado a París para lograr que Francia reconociera a Estados Unidos, demostró ser un gran diplomático. Además fue muy admirado por los franceses y por todo el mundo, que no lograban comprender la espectacularidad de sus experimentos científicos.

Así, con el aprendizaje de estas Constituciones provinciales o estatales se iba cristalizando un régimen político que serviría para la nueva nación norteamericana. Entre tanto continuaba la guerra contra los ingleses, única cosa que parecía poder mantener unidas a las colonias. Dirigían la guerra unos congresos irregulares, intermitentes y casi tumultuosos que se reunían en Filadelfia. Se llamaron Congresos Revolucionarios para distinguirlos de los Congresos Constitucionales, que legislaron después con carácter de Cámaras federales. Los Congresos Revolucionarios estaban formados por delegados en número variable según los casos, pero no votaban individualmente, sino por estados. Como eran trece las ex colonias, que desde ahora llamaremos estados, se necesitaban siete votos para tener mayoría. La principal tarea de los Congresos Revolucionarios era procurar fondos para las milicias que seguía capitaneando Washington, contratar empréstitos y formar alianzas. Hasta para eso se sentía la necesidad de un organismo político central con carácter permanente: a veces las tropas "continentales", que así se llamaban los ejércitos de los insurrectos americanos, carecían de lo más necesario. En dos momentos críticos de la guerra, los Congresos Revolucionarios concedieron a Washington autoridad dictatorial ilimitada; pero, existiendo una organización política central, el generalísimo no podía hacer más que aprovecharse de sus poderes en los lugares que ocupaba. Tan enojosa fue la situación





Rendición de lord Cornwallis en Yorktown, por John Trumbull (Universidad de Yale, Estados Unidos). El 19 de octubre de 1781, la gloria triunfal del general inglés Cornwallis llegó a su fin al ser derrotado en Yorktown por el ejército nacionalista, lo cual supuso el fin de la guerra de la Independencia. En la acción tuvo una brillante participación el joven Alexander Hamilton, que más tarde desempeñó una función importante en la formación del estado.

del ejército continental, que un grupo de oficiales pidió a Washington por escrito que se declarara rey e impusiera su autoridad personal sobre los trece estados como hubiera hecho el rey de Inglaterra. Washington contestó a este documento con una carta llena de indignación, manifestando que nunca hubiera imaginado que se atreviera nadie a proponerle semejante usurpación de poder.

Además del desconcierto que ocasionaba en las operaciones militares, la falta de gobierno federal causaba dificultades económicas. Al declararse independientes, los americanos automáticamente se habían cerrado sus principales mercados, que eran las demás colonias inglesas y aun la misma Inglaterra. Era necesario establecer una nueva economía basada en otra clientela, y para esto era indispensable la coordinación y acaso unificación... Pero, al contrario, los estados procuraban sustituir los ingresos legítimos del comercio con derechos de aduana y portazgo para los productos que iban de un estado a otro. Los que tenían puertos imponían gabelas onerosas para los cargamentos que iban a otros estados menos favorecidos. Así, Connecticut, que no tiene puertos importantes, era "un barril que se vaciaba por sus dos tapas", esto es, por los estados limítrofes de Nueva York y Rhode Island. Carolina del Norte, también desprovista de facilidades para anclar, "se desangraba por dos heridas", que eran sus fronteras con los estados de Virginia y Carolina del Sur...

Tal situación obligó a pensar en confederarse, y por esto un Congreso Revolucionario nombró una primera ponencia que lentamente, como cosa que se creía de importancia muy relativa, acabó por redactar unos "Artículos de confederación y unión perpetua" entre los trece estados. En ellos se decía que la Unión era una firme Liga de Amistad... Pero el empeño en mantener la independencia de cada estado se revelaba en que en las decisiones de esta Unión, Liga, Federación o lo que fuere, cada estado tenía

un voto. Rhode Island, con 40.000 habitantes, tenía un voto, como Pennsylvania con 400.000 y Virginia con 700.000. El gobierno central únicamente podía actuar sobre los estados; no tenía jurisdicción sobre los ciudadanos individualmente. Es más: el gobierno central no podía obligar a los estados con una sanción; podía sólo amonestarlos. No se fijaban departamentos de gobierno ni se precisaba el engranaje de la máquina gubernamental.

Es de toda evidencia que un gobierno central establecido sobre tan frágiles fundamentos tenía que resultar completamente ineficaz. Además se preveía que pronto sería necesario reforzar el organismo central, ahora sólo coordinador de la política de los trece estados, porque como resultado de la independencia vendría la anexión de los vastos territorios entre los antiguos límites de las colonias por el Oeste y el Mississippi, que eran todavía tierras vírgenes. No habiendo sido incluidas en ninguna concesión colonial por la corona británica, ¿a quién pertenecerían aquellas regiones?, ¿qué estatuto político tendrían cuando la paz con Inglaterra obligara a pensar en su aprovechamiento? Todos estos problemas se agitaban en los innumerables folletos que se imprimían, dando ya por descontada la victoria de la Revolución.



Miniatura de Washington, por Gilbert Stuart (Museo Lázaro Galdiano, Madrid).



La casa de George Washington en Mount Vernon, por J. Wiess (colección Chrysler Garbisch).

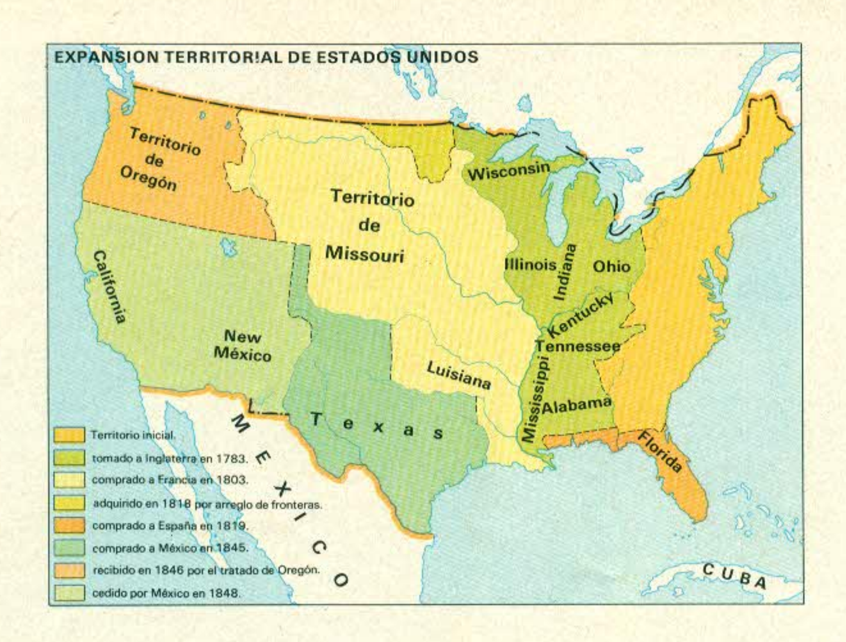


El general George Washington dimite de su cargo de general en jefe de los ejércitos del naciente estado el 23 de diciembre de 1783, por John Trumbull (Universidad de Yale). Rodean a Washington varios hombres de estado, entre los que se encuentran algunos futuros presidentes.

La iniciativa de planear el régimen futuro de los Estados Unidos partió de Nueva York. En 1782, la Cámara o Parlamento del estado de Nueva York decidió por unanimidad que el sistema de gobierno, representado por los "Artículos de Confederación" y la "Liga de Amistad", era deficiente, por no dar al Congreso (de los delegados de los trece estados, que era todavía la única autoridad central) la facultad de arbitrar recursos. En consecuencia, la Cámara de Nueva York propuso a las Cámaras de los otros estados que se convocara una Convención para revisar y enmendar los Artículos de Confederación. A pesar de la necesidad, tal era el temor de los estados de perder su independencia, que tardaron varios años en contestar. Virginia, el primero que respondió a Nueva York, no lo hizo hasta 1786. Al inaugurarse la Convención, en 1787, faltaban delegados todavía de varios estados. Washington, elegido presidente por los reunidos, aconsejó moderación y que no se exigiera el concurso o asistencia a los remisos. "Hagámonos dignos de su presencia aquí con nuestro comportamiento y, no lo dudéis, ya vendrán."

La Convención se reunió en Filadelfia. Se habían nombrado setenta y tres delegados, todos personas calificadas de los trece estados, pero de ellos dieciocho nunca asistieron, cuarenta y dos estaban presentes al terminar sus tareas, y sólo treinta y nueve firmaron la Constitución. Desde el primer momento se declaró que los acuerdos se tomarían por votos de estados; por tanto, serían necesarios, por lo menos, siete votos para tener mayoría. Se acordó que las sesiones serían secretas, con objeto de evitar que las críticas prematuras pudieran estorbar la deliberación de los reunidos.

Algunos de los delegados eran hombres de gran patriotismo; había talentos geniales, que después participaron en el gobierno de la nación que allí iban a crear. Faltaba Thomas Jefferson: había sido enviado de embajador a Francia para sustituir a Franklin, quien, en cambio, estaba presente como uno de los delegados de Pennsylvania. Franklin, en la Convención, fue un gran factor para suavizar asperezas. El "filósofo del sentido común" no tenía ningún dogma político que imponer; iba y venía de unos a otros sin más deseo que encontrar la fórmula razonable, moderada y sobre todo practicable. Cuando los bandos parecían enteramente irreconciliables, Franklin proponía hacer

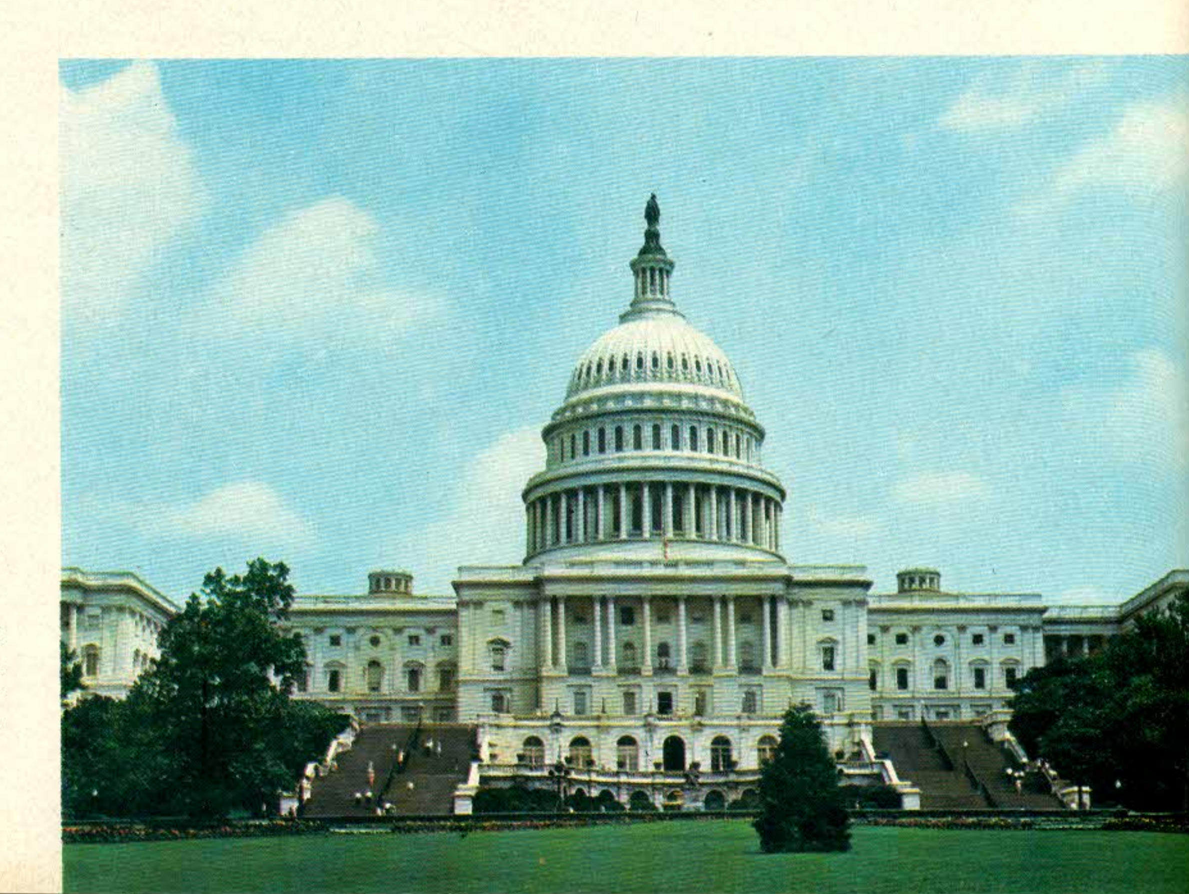


plegarias al "Padre de las luces", último resabio teísta que conservaba de su origen cuáquero.

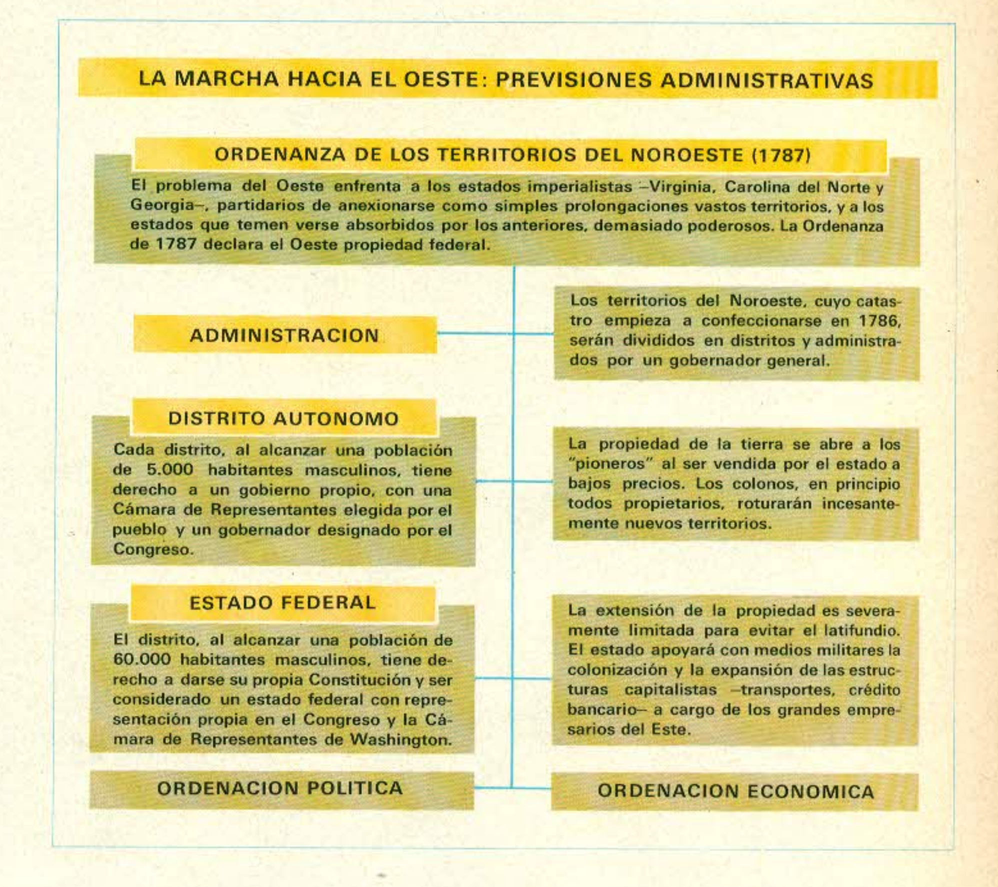
Hemos usado la palabra "bandos" porque enfrente de Jefferson, ausente, pero cuyo espíritu subsistía en los delegados imbuidos por la Declaración de Independencia y de la Constitución de Virginia, levantábase un espíritu nuevo representado por la persona de Alexander Hamilton, delegado por el estado de Nueva York. Mientras el grupo que podríamos llamar jeffersoniano era celoso de la autonomía de los estados, el grupo capitaneado por Hamilton pretendía aumentar las atribuciones del gobierno federal, tanto para fortalecer a la nación o confederación como para hacer más uniformes y ecuánimes los derechos y deberes de los ciudadanos. En otros términos, para los jeffersonianos el ideal hubiera sido que los estados fueran las últimas e indivisibles células del organismo político que iban a fundar, mientras que para los hamiltonianos la célula social era el individuo. América era para unos un compuesto de estados; para los otros, un compuesto de individuos, asociados en estados por razones históricas y económicas que con el tiempo perderían importancia.

Alexander Hamilton no era de origen norteamericano, y acaso esto explica la poca importancia que concedía a la tradición colonial. Había nacido de padres escoceses en una de las Antillas británicas. Huérfano y pobre, a la edad de doce años consiguió por sus méritos una beca en King's College de Nueva York, hoy universidad de Columbia. Allí estudiaba cuando el frenesí revolucionario le obligó a dejar los libros y a alistarse en el ejército continental. Washington se dio cuenta de las excepcionales cualidades del soldado estudiante, lo agregó a su estado mayor y le hizo su secretario. La colaboración continuada de Washington y Hamilton en aquel período de las campañas explica la amistad y aun la influencia personal del pensador en el soldado.

Muchas de las ideas de Hamilton fueron propagadas por una hoja periódica que publicaba con el título, que hoy nos parece



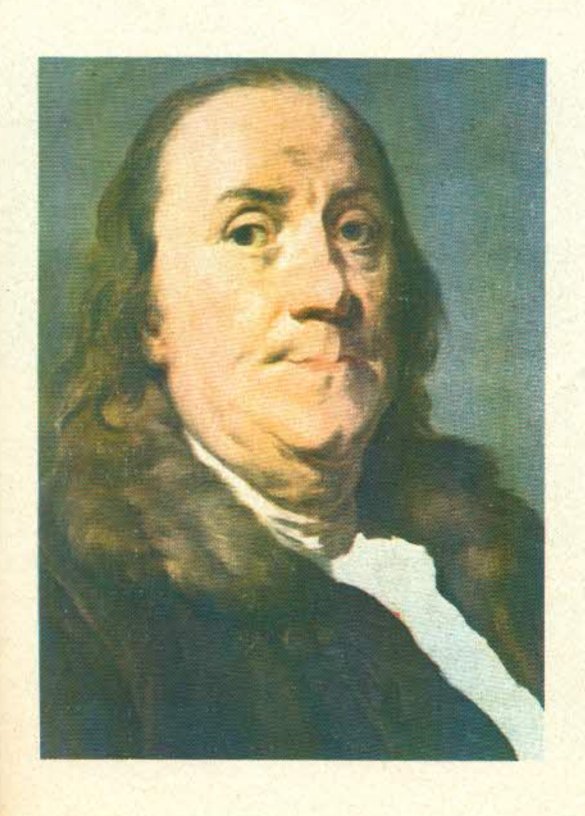
Estado actual del Capitolio, en Washington, donde se promulgan las leyes federales. Desde el primer momento de su fundación, la capital necesitó un lugar de reunión del Congreso, donde se velaba por el cumplimiento de la Constitución.



inapropiado, de *El Federalista*. Pero entonces unificar era sinónimo de federar, porque había fórmulas de gobierno interestatal mucho más relajadas y vagas que la de federación. Según Hamilton, "el gobierno americano había de tener un principio de fortaleza y estabilidad en la organización, que permitiera vigor en la obra...". Y para esto, "el gobierno central debía descansar lo más posible en el pueblo y lo menos posible en los gobiernos de los estados". "La completa extinción de los estados era deseable, pero no aconsejable." "Los estados debían subordinarse al gobierno central." "Una nación crecerá y prosperará en la proporción y según la medida de los recursos de que disponga para su formación y subsistencia."

Todo esto parece hoy economía política elemental; pero eran tremendas afirmaciones, casi blasfemias, en el seno de la sociedad americana, todavía con una supersticiosa fe en los beneficios de la disgregación colonial. Como forma de gobierno, proponía Hamilton una república con presidente vitalicio, con veto y poder para nombrar a los gobernadores de los estados, también con veto en cada Cámara estatal. Como se ve, Hamilton, que estaba convencido de la incapacidad de los estados para gobernar conjuntamente sin un fuerte organismo federal, dudaba de la capacidad de los individuos para decidir lo más conveniente. Decía que "el hombre es un animal racional, pero no un animal razonable"; por esto consideraba apetecible la tutela del poder ejecutivo inamovible y con veto. Así resulta, lo que hoy parece también paradoja, que Hamilton, al librar a los ciudadanos de la férula de un provincialismo estatal, los entregaba a la discreción de un gobierno central, que de momento era de tipo federativo, pero que a la larga tenía que ir heredando los derechos de los estados, para acaso acabar en una aristocracia.

Con estos antecedentes puede imaginar el lector cuán difícil había de ser ponerse de acuerdo para redactar la Constitución. Se trabajó sobre dos proyectos: uno de cierto Randolph, diputado por Virginia, y otro de un tal Patterson, de Nueva Jersey. Hamilton avanzó también un tercer proyecto, pero no se aprobó ninguno; se discutió cada punto por todos los reunidos, con entera imparcialidad, sin prejuicios de partido o de clase. Todos los reunidos eran americanos, sin indigestión de filosofía política europea. Esto es lo más notable de la laboriosa tarea de redactar la Constitución. No fue un docu-



Benjamin Franklin, por Duplessis (Museo Carnavalet, París). Por su ideario y su vida es considerado como el símbolo de la democracia norteamericana. Dedicado a la política cuando hizo falta, supo retirarse de ella a tiempo y dedicarse a sus estudios e inventos.

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS HASTA LA GUERRA DE SECESION (1789-1865)

	Nacimiento	Duración en el cargo	Muerte
George Washington	1732	1789-1797	1799
John Adams	1735	1797-1801	1826
Thomas Jefferson	1743	1801-1809	1826
James Madison	1751	1809-1817	1836
James Monroe	1759	1817-1825	1831
John Quincy Adams	1767	1825-1829	1848
Andrew Jackson	1767	1829-1837	1845
Martin Van Buren	1782	1837-1841	1862
William H. Harrison	1773	III-IV 1841	1841
John Tyler	1790	1841-1845	1862
James K. Polk	1795	1845-1849	1849
Zachary Taylor	1784	1849-1850	1850
Millard Fillmore	1800	1850-1853	1874
Franklin Pierce	1804	1853-1857	1869
James Buchanan	1791	1857-1861	1868
Abraham Lincoln	1809	1861-1865	1865

mento preparado de antemano por una comisión redactora, que a su vez hubiese confiado a un ponente el trabajo de prepararlo... No. La Constitución americana fue debatida celosamente punto por punto por americanos, más o menos cultos, más o menos idealistas, pero todos ardientemente interesados en descubrir la forma de gobierno que convenía a su país. Los que tenían experiencia por haber viajado aducían en las discusiones lo que habían podido apreciar en otros países; los que tenían formación histórica y literaria recordaban ejemplos de gobiernos antiquísimos. Pero en lugar de enamorarse de una lejana fantasía política, acababan por descubrir que lo más práctico era crear un nuevo régimen estatal, sin precedentes, acomodado a sus necesidades. Esto es importante no sólo por el gigantesco desarrollo que con el tiempo aquella Constitución ha permitido a los Estados Unidos, sino porque es el primer ejemplo en la historia del mundo de un pueblo que se da a sí mismo una Constitución libre y decide cada detalle de su gobierno. La Constitución americana es de 1788, poco antes de que Luis XVI decretase la convocación de los Estados Generales de Francia.

El primer punto de discusión fue el título que debía darse a la Constitución. Se acordó evitar el adjetivo nacional y que se llamaría del Pueblo de los Estados Unidos de América. Pero lo importante fue que el Parlamento, denominado *Congreso*, quedó dividido en dos Cámaras: el Senado, donde cada estado, pequeño o grande, tendría uniformemente dos votos, y la Cámara popular *(House of the Representatives)*, con diputados elegidos en número diferente para cada estado, en proporción a sus habitantes. Esto acarreó dificultades, porque los estados del Sur, que eran los más poblados, tenían esclavos, y tuvo que definirse que el número de representantes se computaría de modo que cinco esclavos equivaliesen a un hombre libre para los efectos de la representación en las Cámaras.

Hamilton quería que el Senado fuera también elegido en proporción al número de habitantes, en lugar de componerse uniformemente de dos por cada estado, y que los senadores fuesen vitalicios, mientras se comportaran dignamente. Perdió en esto, pero consiguió, en cambio, que el Senado



Grabado en color del siglo XVIII que representa una vista de la ciudad de Nueva York (Biblioteca Nacional, París).



George Washington, por Giuseppe Perovani (Real Academia de San Fernando, Madrid). En abril de 1789 fue elegido primer presidente de los Estados Unidos por la Convención Nacional reunida en Filadelfia.

fuese el único que pudiera ratificar tratados propuestos por el presidente. La extraña condición del Senado americano hace de él, por naturaleza, un poder aparte, y hoy en cierto modo anacrónico. Porque es evidente que una asamblea compuesta por dos senadores de cada estado, algunos de ellos poco poblados, puede contrabalancear la opinión de la mayor parte de los ciudadanos de los Estados Unidos. Además, el derecho sin apelación de ratificar tratados incapacita hasta cierto punto al presidente. Así Wilson, fundador de la *Sociedad de Naciones*, no pudo lograr que los Estados Unidos entraran en ella legalmente porque el Senado nunca ratificó el tratado de Versalles. La condición, en apariencia insignificante, de tener el derecho de oponerse a toda clase de

POLITICA EXTERIOR DE LOS ESTADOS UNIDOS BAJO WASHINGTON

Durante el año 1789, el de la elección de Jorge Washington como presidente de los Estados Unidos, estalló la Revolución francesa. Inicialmente los sucesos de Francia fueron vistos con simpatía por los americanos. Los principios revolucionarios de París ofrecían bastante semejanza con los ideales que habían informado la reciente lucha independentista americana: "...había estallado la Revolución francesa y al principio todos nosotros seguimos su curso con entusiasmo. Era fácil embriagarse con la libertad en el siglo XVIII y el pueblo francés parecía estar siguiendo nuestros pasos", escribe el historiador norteamericano James Truslow Adams.

Aunque posteriormente ciertos sucesos acaecidos en Francia, como la ola de violencias que culminó en la ejecución de Luis XVI o la huida de La Fayette de París, perseguido por los revolucionarios, modificaron la simpatía inicial por la Revolución en algunos sectores importantes de la opinión pública americana, ésta, en su mayor parte, siguió siendo favorable a los republicanos franceses.

La guerra declarada por Francia a Inglaterra y España colocó al gobierno americano en una situación difícil. Por el tratado de alianza, firmado en 1778, los Estados Unidos habían garantizado a Francia la posesión de algunas de las Antillas y también que, en caso de guerra, los puertos americanos permanecerían cerrados para los corsarios que atacasen a los navíos franceses. Por otra parte, el tráfico comercial americano se vio duramente afectado por las medidas tomadas por Inglaterra al declarar contrabando y considerar como presa de guerra todas las mercancías, incluidos los productos alimenticios, destinadas a puertos franceses. En virtud de esta política, numerosos navíos americanos que comerciaban con las colonias francesas fueron apresados por la flota británica.

La cuestión de los territorios del Noroeste era otro punto de fricción entre los americanos y su antigua metrópoli. Teóricamente la frontera entre los Estados Unidos y las colonias británicas había sido fijada por un tratado firmado en 1783. Pero los límites no habían quedado muy claros y el tratado era violado en numerosas ocasiones por las dos partes.

De acuerdo con los factores anteriormente expuestos, parecía claro que los Estados Unidos, en caso de abandonar su neutralidad, se inclinarían a favor de Francia. Pero la guerra con Gran Bretaña no era bien vista por algunos sectores importantes de la sociedad americana, especialmente por los comerciantes de Nueva Inglaterra, quienes veían en ella un serio perjuicio para sus intereses económicos. En 1792, las importaciones procedentes de las Islas Británicas habían superado los 15.250.000 dólares, mientras el valor de las mercancías de origen francés se había reducido a unos 2.000.000 de dólares. Más de las tres cuartas partes del comercio internacional norteamericano se realizaba con Inglaterra.

La presión de este sector pesó mucho en Washington y en 1794 el presidente envió a Londres a John Jay como plenipotenciario para que intentara arreglar por la vía diplomática las diferencias con Inglaterra y de esta manera quedase asegurada la neutralidad americana. "El enviado era un hombre de elevado patriotismo, reputación sin tacha y vasta experiencia; pero, como se lo advirtieron al ministro de Negocios Extranjeros inglés en un informe especial sobre su psicología, "el flaco de Mr. Jay es Mr. Jay". Lord Grenville sacó, sin duda, todo el partido posible de este flaco. Sin embargo, es justo, al considerar el tratado concluido por Jay, execrado en su tiempo y muy censurado después, admitir que, aun en el caso de que se dejase dominar por su oponente inglés, era imperativo que concluyera un tratado y no regresara manivacío" (J. Truslow Adams).

Las controversias que suscitó entre los americanos el tratado firmado por Jay con Inglaterra fueron debidas, en buena parte, a la división de opiniones en torno a la política exterior que los Estados Unidos debían seguir, división de opiniones que ya hemos reflejado anteriormente.

De acuerdo con el tratado, una serie de fuertes situados en los territorios del Noroeste debían pasar de manos de Gran Bretaña a poder de los Estados Unidos antes del 1 de junio de 1796. Además se creaban unas comisiones que debían solucionar las disputas surgidas en torno a las antiguas deudas coloniales, la fijación de límites territoriales aún indecisos y la compensación por las presas de guerra realizadas por los corsarios que pudieran considerarse ilícitas. Las cláusulas comerciales revestían singular importancia. De acuerdo con ellas se garantizaba completa libertad de comercio entre los puertos británicos de Europa y de las Indias Orientales y los Estados Unidos. En cambio, las Indias Occidentales sólo quedaban abiertas a los navíos americanos que no sobrepasaran las setenta toneladas y de este tráfico quedaban excluidas ciertas mercancías como el algodón, el azúcar, el café y el cacao. Estas restricciones no fueron aceptadas por el Senado norteamericano y en la práctica, hasta 1812, no tuvieron ninguna efectividad.

La actividad de la diplomacia americana se complementó en 1795 con un tratado, firmado con España, en el que se fijaba el paralelo 31 como límite meridional de los Estados Unidos y se autorizaba la navegación por el Mississippi y el derecho de depósito en Nueva Orleáns. La política pacifista de Jorge Washington se ajustaba a las normas que tan claramente preconizó: "Si se mantiene en paz a este país durante veinte años, podrá desafiar, en una causa justa, a cualquier potencia". En el documento publicado el 17 de septiembre de 1796, su "testamento" político, insiste en los mismos principios, aconsejando a los norteamericanos que se abstuviesen de intervenir en los asuntos europeos, evitando "antipatías permanentes, inveteradas, contra naciones determinadas y apasionados afectos por otras...", porque "no puede haber mayor error que esperar verdaderos favores de nación a nación".

Al sucesor de Washington en la presidencia, John Adams, iba a resultarle muy difícil mantener la neutralidad preconizada por el primer presidente de los Estados Unidos.

J. F.

alianzas, concede de hecho al Senado el monopolio de la soberanía.

Como una concesión a los procedimientos constitucionales ingleses, la Cámara popular, o sea la *House of the Representatives*, elegida por votación según el número de habitantes, tiene el derecho exclusivo de fijar los presupuestos. Toda ley que ocasione gastos tiene que emanar en los Estados Unidos de la Cámara de Representantes. El Senado tiene la facultad de aprobar o rechazar la ley, pero no tiene el derecho de iniciativa para proponerla.

Una vez aprobada por las dos Cámaras, la ley pasa al presidente, y si en diez días no se opone a ella, automáticamente entra en vigor. Si el presidente, antes de los diez días, la devuelve al Congreso especificando las razones de su veto, las Cámaras pueden votarla otra vez, y si es aprobada por dos ter-

cios de ambas Cámaras (representantes y senadores), el presidente ya no puede evitar su ratificación.

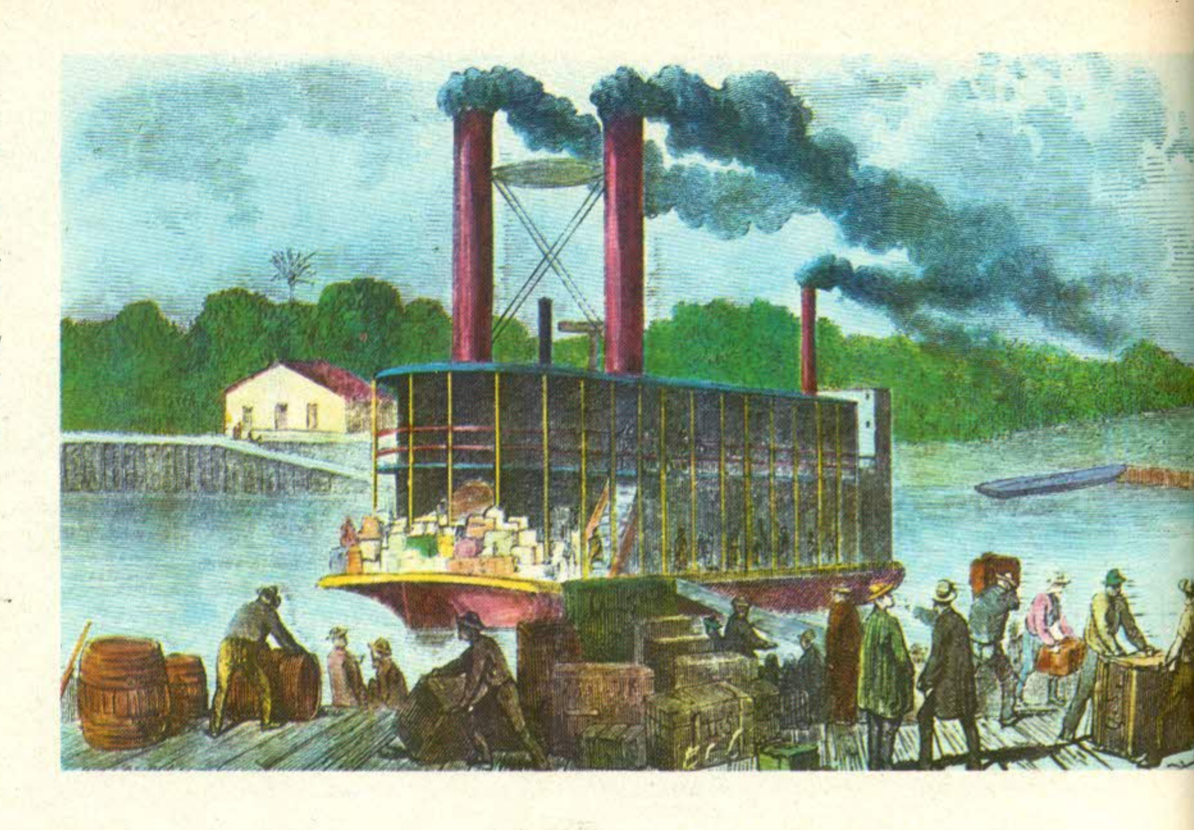
Todo esto parece disminuir la eficacia del poder ejecutivo, puesto que el presidente no puede proponer leyes ni en definitiva cerrar el paso a las que no sean de su agrado. Todas sus combinaciones diplomáticas pueden venirse abajo por un voto del Senado, el cual sólo por azar puede coincidir en sus resoluciones con la opinión de la parte más progresiva de la nación. Estos son los principales defectos de la Constitución.

Pero es natural que una Convención de "coloniales", que acababan de sentir los efectos del absolutismo, quisieran precaverse contra una recaída en los mismos excesos, aun exponiéndose a detener la marcha del estado. Así y todo, el presidente de los Estados Unidos, como resabio de absolutismo, tiene el derecho de declarar la guerra. Aquel presidente que no podía por sí solo hacer la paz, puesto que necesitaba del Senado para ratificar sus tratados, para declarar la guerra no tiene cortapisas ni sanción; no tiene que hacer sino comunicar, sin más, al Congreso que él según su criterio ha declarado la guerra. Constitucionalmente es comandante en jefe de los ejércitos de mar y tierra, puede disponer de la marcha de las operaciones y nombrar el estado mayor. En tiempo de guerra, el presidente de los Estados Unidos es un autócrata. En tiempo de paz, escoge sus ministros sin atender estrictamente a la mayoría política del Congreso. Los ministros no asisten a las sesiones, no pueden defender su gestión, pero tampoco están obligados a dimitir si se les censura, a no ser que se trate de delito de peculado. Los ministros del gobierno federal de los Estados Unidos son sólo servidores del presidente; el ministerio americano es una su-



John Adams, segundo presidente de los Estados Unidos, por John Frumbull (Universidad de Yale, Estados Unidos). Elegido vicepresidente de Washington y reelegido en el cargo en su segundo mandato, le sucedió en la presidencia en 1797.

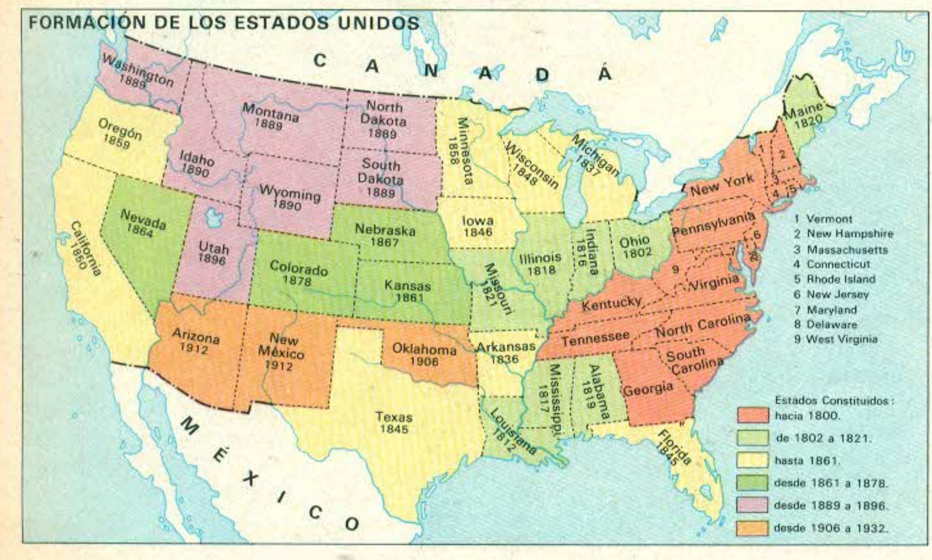
Plaza del mercado de Germantown, Pennsylvania, según pintura norteamericana del siglo XIX realizada por William Britton (colección Chrysler Garbisch).



Negros desembarcando mercancías de un barco (grabado en color de la Biblioteca Nacional, París). Desde la proclamación de la Independencia de los Estados Unidos hubo claras diferencias entre los estados del Norte y del Sur a propósito de la cuestión esclavista. Generalmente, en el Sur se impuso el poder de los propietarios de esclavos, por lo que estos estados continuaron siendo los más segregacionistas.

pervivencia del *Privy Council*, o Consejo de la Cámara Real inglesa de la época en que se redactó la Constitución americana.

Un tercer organismo federal, de tremenda importancia en los Estados Unidos, es el Tribunal Supremo *(Supreme Court)*, cuya misión tendría que ser únicamente velar por el mantenimiento del régimen y para que no sea infringida la Constitución ni por los individuos ni por los estados. Las leyes locales o estatales contrarias a la Constitución de los Estados Unidos, como los actos anticonstitucionales de los individuos, son por naturaleza ilegales. Incumbe, pues, al Tribunal decidir lo que es anticonstitucional, cosa que a veces no resulta muy clara. En épocas recientes, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos ha sido la rémora del progreso político. Compuesto de nueve jueces, de los cuales siempre se ha procurado que cinco sean reaccionarios, muchas de sus sentencias han aparecido con el voto contrario de cuatro disidentes.



La Constitución americana establece que sus enmiendas deben emanar del Congreso y ser propuestas al voto de los estados. Y aquí nuevamente encontramos el fatídico voto por estados. Se necesitan tres cuartas partes de los estados para que la enmienda pueda considerarse aprobada y formar parte de la Constitución. Hasta el presente, la Constitución ha sido objeto de veinticinco enmiendas, la última de las cuales prevé los casos de incapacidad del presidente, y confiere a éste la facultad de designar por sí mismo nuevo vicepresidente si el cargo viniese a quedar vacante por alguna razón.

Aprobada en 1788, el Primer Congreso Constitucional eligió por unanimidad a Washington como presidente de los Estados Unidos. Este tomó posesión el día 30 de abril de 1789. Nombró ministros de Estado y Hacienda a Thomas Jefferson y Alexander Hamilton, respectivamente. Esto dará idea del carácter estabilizador que procuró a su presidencia. Reelegido por unanimidad cuatro años después, Washington estableció así el precedente de un segundo período presidencial, pero rehusó ser elegido por tercera vez. Sin embargo, acaso la mayor contribu-

ción de Washington a la política de los Estados Unidos fue la carta en la que recomienda al pueblo americano mantenerse aislado, no participar en contiendas de otros países y no tratar de adquirir colonias o posesiones lejanas. Este documento, que se llama el "Testamento de Washington", ha servido para moderar el nuevo espíritu imperialista que en ocasiones ha tratado de dirigir la política americana.

El crecimiento natural de los Estados Unidos era su expansión hacia el Oeste y, en efecto, en 1806, Lewis y Clark, en una exploración sin intenciones políticas, atravesaban por primera vez el continente por la región de los Estados Unidos.

Además, Jefferson, elegido tercer presidente, pudo redondear el patrimonio de la nación americana con el estupendo negocio de la compra de la Luisiana. Esta, francesa en sus comienzos, había sido cedida a España, pero en el período napoleónico Carlos IV y Godoy consintieron en devolverla



Monumento a Thomas Jefferson en la ciudad de Washington.

Thomas Jefferson, tercer presidente de los Estados Unidos, por T. Sully (Universidad de Yale, Estados Unidos). Fue el principal redactor de la Declaración de Independencia de 1776 y, tras ocupar altos cargos en la nación, logró en 1801 verse elegido presidente, derrotando así al primer gran partido de la historia norteamericana: el federalista.

LAS GUERRAS NAPOLEONICAS Y LOS ESTADOS UNIDOS

La captura de un barco norteamericano, el *Philadelphia*, que fue fondeado por los piratas en el puerto de Trípoli, provocó una reacción bélica de los Estados Unidos. Un destacamento naval americano fue mandado al Mediterráneo, a las órdenes del comodoro Preble, y el 16 de febrero de 1804 atacó el puerto de Trípoli, que fue bombardeado. Durante el ataque, en un audaz golpe de mano, una embarcación americana consiguió penetrar en la rada y, tras rescatar a parte de la tripulación del *Philadelphia* y arrojar al mar a los marinos tripolitanos que se hallaban a bordo, los yanquis incendiaron el navío capturado por los berberiscos. El resultado de esta osada acción fue un tratado, firmado en 1805, por el que el bajá de Trípoli se comprometía a interrumpir la guerra de corso contra los navíos americanos.

La curiosa "guerra de Trípoli" estuvo muy lejos de solucionar los problemas que causaba al tráfico naval americano la actividad de los corsarios. Por una parte, el sometimiento de las otras naciones norteafricanas tardó más de diez años en conseguirse. Y, por otra, lo que sucedía en el Mediterráneo era poco importante para los Estados Unidos en comparación con los incidentes que acaecían en el Atlántico.

Precisamente, en el Atlántico los corsarios que atacaban a los navíos yanquis eran franceses o ingleses, empeñados en mantener el bloqueo mutuo que sus respectivos gobiernos habían declarado. Entre 1803, fecha de la ruptura de las hostilidades entre franceses e ingleses, y 1812, los americanos sufrieron 917 pérdidas por causa de los corsarios ingleses, mientras los franceses les capturaron 558 barcos durante el mismo período. Aunque la neutralidad americana ofrecía buenas oportunidades para los comerciantes que se atrevían a burlar el bloqueo, la perspectiva de sufrir los ataques de los dos contendientes no era muy halagüeña. Quizá si los Estados Unidos entraban en el conflicto, optando por uno u otro bando, los beneficios de tal decisión superarían las pérdidas que de ella se derivasen.

La solución del problema de la Luisiana había suprimido la causa principal de las desavenencias entre los Estados Unidos y Francia. En cambio, las fronteras con las colonias británicas del Noroeste eran una zona donde se originaban numerosos incidentes y la abundancia de marinos ingleses que desertaban para pasar a servir bajo pabellón americano originaba muchas fricciones entre Inglaterra y su antigua colonia. Durante el incidente de Trípoli había quedado manifiesta la importancia de esta última cuestión. Más de la mitad de los tripulantes del *Philadelphia* eran ingleses que habían desertado de la marina británica. Atraídos por la mejor paga de los navíos americanos, eran muchos los súbditos de Su Graciosa Majestad que abandonaban sus puestos para enrolarse en la marina comercial o en la armada yanquis.

Desde 1796 los norteamericanos carecían de representación diplomática en París, y el Directorio, embarcado en la lucha revolucionaria con la mayor parte de Europa, se negaba a reanudar las relaciones a causa del tratado angloamericano de 1794. Aunque no existía una declaración formal de guerra, durante el verano de 1797 más de trescientos barcos americanos fueron capturados por los corsarios franceses. A principios de 1798 un informe mandado al Senado por el presidente, en el que se ponían de manifiesto las exigencias de Francia para iniciar negociaciones y donde la figura de Talleyrand quedaba muy mal parada, estuvo a punto de conducir a la guerra. Un Departamento de Marina, creado en esta ocasión, pudo poner en el mar catorce buques de línea y unos doscientos corsarios. Un ejército formado por 10.000 voluntarios fue aprestado y, en el Congreso, incluso comenzaron las intrigas para designar el jefe que debía mandarlo. Al borde de la guerra, la propuesta de Francia de restablecer relaciones diplomáticas fue aceptada por la decisión personal de Adams, a pesar de la oposición de casi todos los políticos americanos.

Aunque las negociaciones fueron muy largas, en 1800 los plenipotenciarios americanos firmaron un tratado de comercio con Francia. Era muy oportuno, porque al año siguiente de la firma del tratado, Napoleón, que ya dirigía los destinos de Francia, obtenía de España la cesión de la Luisiana y Nueva Orleáns volvía a ser la cabeza de puente francesa en el Nuevo Mundo. Las relaciones con Francia girarían en torno a esta vecindad durante todo el mandato presidencial de Thomas Jefferson, hasta que en 1803 los Estados Unidos adquirieron mediante compra el territorio de Luisiana y, por consiguiente, abrieron unas enormes posibilidades de expansión hacia el Oeste.

En febrero de 1804 se produjo un curioso incidente que carecería de trascendencia histórica si no fuese un precedente importante, si no fuese la "primera" intervención de la marina norteamericana en un escenario tan alejado de sus costas como el Mediterráneo. En este mar, los comerciantes americanos, como todos los occidentales, sufrían las consecuencias de la piratería ejercida por los berberiscos desde Argel, Trípoli, Túnez y Marruecos, desde las bases del norte de África. Para evitar estos ataques sólo había un recurso, aceptado por los europeos y por los americanos: comprar, mediante el pago de un tributo, la protección de los gobernantes norteafricanos. Pero a pesar de esta "protección", los incidentes menudeaban y los corsarios seguían haciéndose con los navíos que se ponían a su alcance.



Para poner remedio a esta sangría, los ingleses abordaban a los navíos americanos en alta mar y recuperaban a sus desertores. Pero resultaba muy difícil distinguir si un marino de origen galés, escocés o inglés había nacido en las Islas Británicas, en las colonias británicas o en los Estados Unidos. Muchas veces, la "recuperación" de desertores se transformaba en un reclutamiento forzoso de marinos americanos. Según fuentes yanquis, varios millares de súbditos americanos fueron obligados a servir en la marina británica por este procedimiento.

Durante el verano de 1807 un incidente acaecido entre la fragata americana *Chesapeake* y la inglesa *Leopard*, que "recuperó" un desertor británico y tres marinos americanos frente a las costas de Norfolk, estuvo a punto de desencadenar la guerra. El presidente Jefferson pudo evitar el conflicto, pero, en cambio, poco antes de las Navidades del mismo año el Congreso aprobó la Ley de Embargo, prohibiendo el tráfico comercial con cualquier puerto extranjero.

Jefferson creía que los combatientes necesitaban de forma vital las mercancías americanas y que las restricciones económicas obligarían a los franceses y a los ingleses a retirar las medidas que habían provocado la guerra de corso contra la flota mercante americana. Según sus propias palabras, esperaba mostrar a Europa que había "medios pacíficos de reprimir la injusticia haciendo útil para el agresor el obrar justamente y abstenerse de nuevas injusticias". Pero las restricciones en el comercio, falseadas en parte por el contrabando, afectaron desfavorablemente a la economía americana. Según J. T. Adams, "el precio de los productos agrícolas norteamericanos descendió a cifras desastrosamente bajas para los granjeros y plantadores. Se dice que las regiones que más sufrieron fueron Nueva Inglaterra y Nueva York, pero se han desconocido, en parte, los sufrimientos del Sur". El mismo Jefferson, en 1809, tres días antes de que expirase su segundo mandato, inició el revisionismo de las medidas restrictivas, sustituyendo la Ley de Embargo general por otra que afectase solamente al comercio con Inglaterra y Francia, "hasta que una u otra suspendiese sus odiosos decretos y órdenes".

J. F.



Grupo de metodistas dirigiéndose hacia la Asamblea (grabado de la Biblioteca Nacional, París). En la nueva nación, regida por hombres de ideas tolerantes, tuvieron cabida todos los credos religiosos.

a Francia. Apurado por falta de recursos, Napoleón vendió la Luisiana a los Estados Unidos, sin saber bien lo que vendía, por quince millones de dólares. Continuando esta política, los Estados Unidos en 1810 ocuparon la Florida occidental española y en 1819 compraron a la resignada España la Florida oriental por cinco millones de dólares.

Pero, además de su crecimiento, que podríamos calificar de interior porque se ejercía dentro de la América del Norte, los Estados Unidos hicieron en 1823 su famosa declaración llamada la "Doctrina de Monroe", por la que empezaban a querer olvidarse del "Testamento de Washington" y entraban resueltamente en la política internacional.

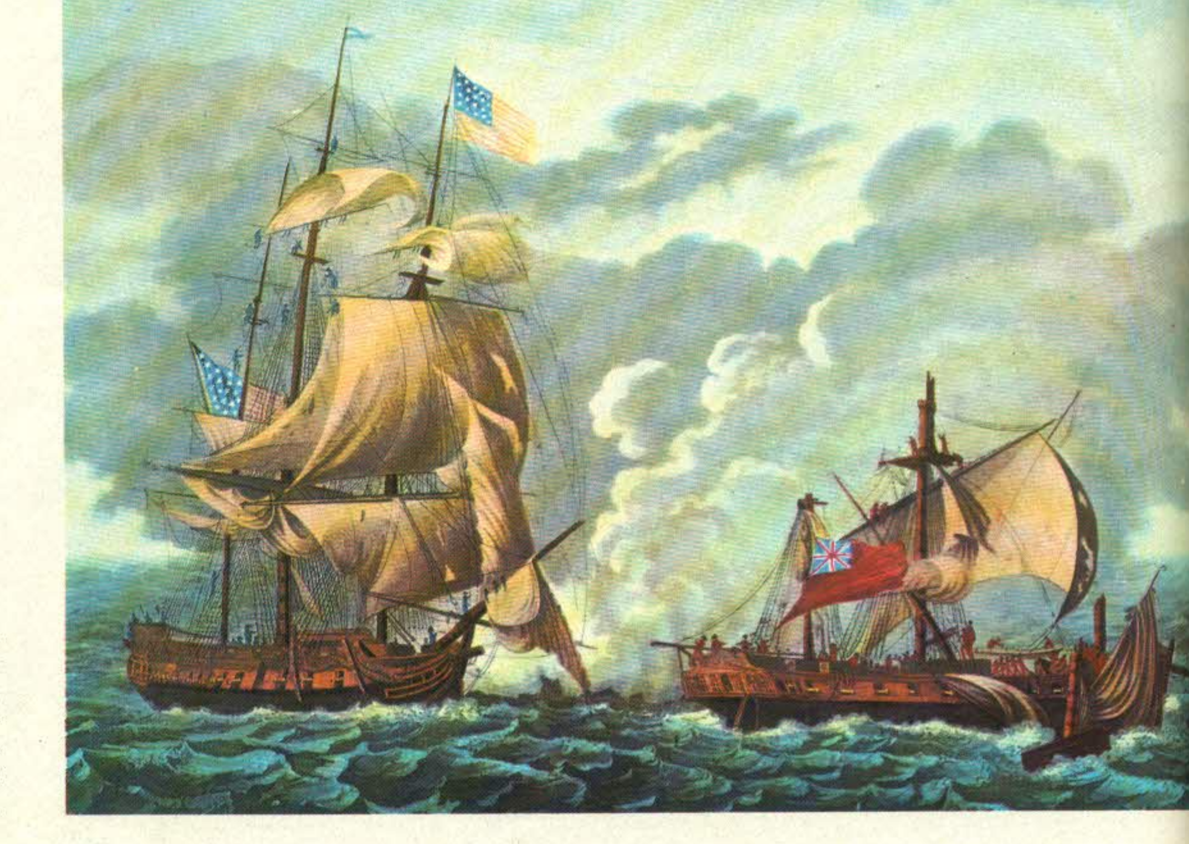
La causa inmediata de la declaración de

Acuarela pintada por Jefferson que representa una edificación de Monticello, en el estado de Virginia, también obra del polifacético político (Museo Franco-Americano, París). También es autor de los planos de la universidad de Virginia.

LA CULTURA NORTEAMERICANA: DE LA INDEPENDENCIA A LA PRESIDENCIA DE MONROE

1787	Thomas Jefferson redacta sus "Notes on Virginia".
1792	H. H. Brackenridge empieza a escribir su "Modern chivalry", que trata de la situación social retrógrada en Pennsylvania.
1794	Thomas Paine publica su obra filosófica "Age of Reason".
1797-1799	William Cobbet edita la "Porpucine's Gazette", diario satírico y anglófilo que denigra la ayuda americana a la Revolución francesa.
1801	Joseph Dennie funda en Filadelfia el "Port Folio", periódico literario que publica también obras inglesas.
1807	Joel Barlow publica el poema épico "Columbiad".
1809	Washington Irving: "Historia de Nueva York por Diedrich Knickerbocker".
1812	James K. Paulding publica una obra anglófoba sobre la independencia americana: "John Bull and Brother Jonathan".
1814	Francis Scott Key escribe el himno nacional.
1815	Fundación de la revista literaria "The North American Review".
1819	Washington Irving publica obras penetradas por la estética romántica.
1820	Primeros misioneros americanos en el Sur. Guerra periodística entre Inglaterra y los Estados Unidos.
1821	James F. Cooper publica su primera novela de éxito: "El espía". Aparición de los poemas de W. C. Bryant.
1823	J. F. Cooper: "Los pioneros".
1826	Fundación del primer liceo, para la difusión de los conocimientos científicos y literarios. Edgar Allan Poe: primeros poemas.

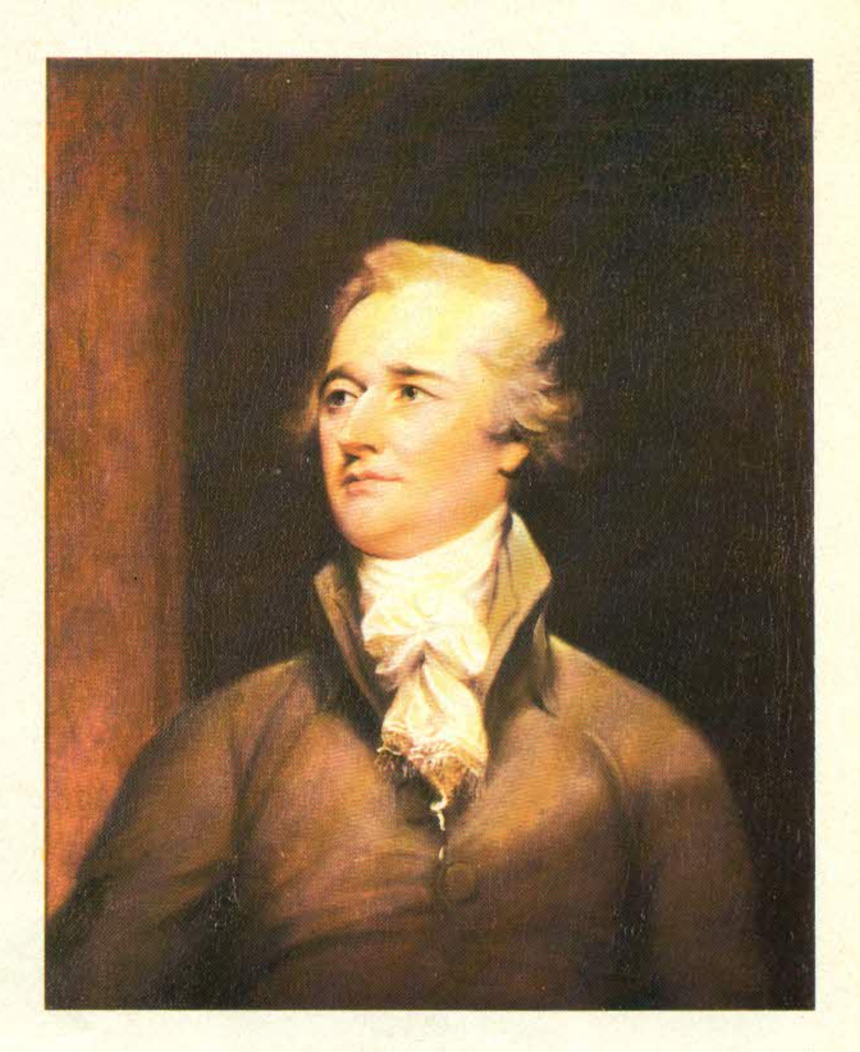
Monroe fue el temor de que la Santa Alianza interviniera en América, tratando los aliados de restituir otra vez las colonias españolas al despotismo de Fernando VII, como había ocurrido en sus dominios europeos. El ejemplo de Norteamérica y la Revolución francesa había soliviantado a las colonias de la América latina y se habían formado allí repúblicas, reconocidas por los Estados Unidos. Chile fue reconocido en 1818, Perú en 1821 y las demás repúblicas en 1822. Al ponerse de su parte, los Estados Unidos no obraban por motivos de pura filantropía. Es verdad que no veían peligro para ellos



Combate marítimo entre navíos ingleses y estadounidenses en 1812, durante el segundo mandato de Madison (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Aunque el país estaba mal preparado para continuar la guerra y el partido de los federales se oponía obstinadamente a su continuación, la guerra siguió en el Oeste. Algunos estados del Este se negaron a enviar sus tropas al frente, con lo que la falta de unanimidad restó potencia al ejército nacional.

en que una restitución de los americanos del Sur a la corona de España sirviera de estímulo para la reconquista por Inglaterra de sus colonias ya emancipadas; pero por el Oeste empezaban a aparecer los rusos y el zar Alejandro imponía restricciones a la navegación por el Pacífico a partir del paralelo 55.

Hostigado por la casi impertinencia rusa y animado por la misma Inglaterra, que declaró que no consentiría el restablecimiento de la soberanía española en la América latina, Monroe hizo su famosa declaración en 1823. La hizo aconsejado por Jefferson, que vivía retirado en Virginia, y parece que la letra del documento fue compuesta por John Quincy Adams, que entonces era secretario de Estado y después fue presidente de los Estados Unidos. La *Declaración de Monroe* es, pues, un documento meditado y la importancia y calidad de sus autores le da carácter de documento nacional. Sólo haría falta que los Estados Unidos atendieran a los principios allí enunciados para que fuera un hecho la paz y cordialidad entre latinos y anglosajones en el continente americano. Recuérdese que la doctrina de Monroe fue establecida para conservar la independencia de sus "hermanos del Sur". Claro está que en la interpretación de aquella doctrina cabe el que los "hermanos del Sur" puedan



Alexander Hamilton, por John Trumbull (Universidad de Yale, Estados Unidos). Sus ideas políticas sobre el unitarismo de los estados le convirtieron en el apóstol del gobierno federal. Murió en duelo con el jefersoniano Burr, partidario de la autonomía de cada uno de los estados.

Casa del gobernador del estado de Luisiana en su capital Baton Rouge. En 1803, Jefferson compró a España el territorio de Luisiana merced a un arreglo con Napoleón, al que España no pudo oponerse por ligarle a Francia los Pactos de Familia. El territorio pertenecía a España desde 1769.

LA POBLACION NEGRA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Año	Número (en millares) Esclavos	Libres	Porcentaje sobre la población total
1790	698	60	19'3
1800	894	108	18'9
1810	1.191	186	19'0
1820	1.538	234	18'4
1830	2.009	320	18'1
1840	2.487	386	16'8
1850	3.204	434	15'7
1860	3.954	488	14'1
1870	4.880		13'5
1880	6.581		13'1
1890	7.489		12'3
1900	8.834		11'6
1910	9.828		10'7
1920	10.463		9'9

ser esclavos de un mal gobierno (digamos de un tirano-dictador), como antes eran esclavos del mal gobierno del rey de España, y los hermanos mayores del Norte, que los defendieron contra sus enemigos europeos, los defiendan contra los enemigos americanos que brotan de su seno. Y ya se ven los peligros que esto envuelve. Pero el espíritu de Monroe y Jefferson era del todo contrario a esta interpretación. Jefferson creía que las naciones jóvenes de Sudamérica crecerían en vigor político con la responsabilidad de una entera independencia. He aquí los tres párrafos más importantes de la *Declaración de Monroe* para que el lector la juzgue según su realidad y la interpretación dada:

"...Debemos declarar, para mantener las relaciones de amistad entre los Estados Unidos y las demás potencias, que consideraremos peligrosas para nuestra paz y segu-

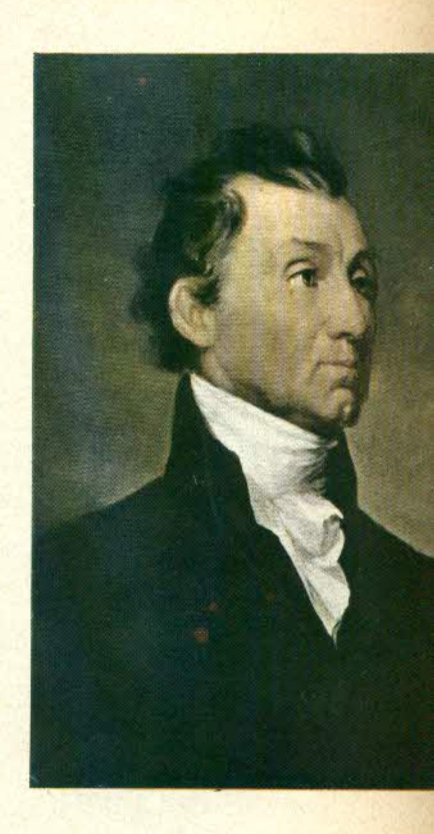
Pintura norteamericana del siglo XIX, de autor desconocido, que representa una finca rural (colección Chrysler Garbisch).



ridad las tentativas por su parte para extender su sistema a cualquier porción de este continente. No hemos intervenido ni intervendremos en los asuntos de las colonias de las naciones extranjeras existentes todavía en América. Pero con los gobiernos que han hecho ya declaración de su independencia y que continúan manteniéndola y cuyos justos y bien considerados motivos de independencia hemos reconocido, nosotros consideramos toda intromisión con el propósito de oprimirles, o de cualquier otra manera de gobernar sus destinos, por cualquier potencia europea como una manifestación de enemistad hacia los Estados Unidos.

"Nuestra política con respecto a Europa, adoptada al comenzar el período de guerras que por más de un cuarto de siglo han agitado esta región del globo, es la de no mezclarnos en sus luchas intestinas y considerar sus gobiernos *de facto* como gobiernos legítimos. Hemos tratado de mantener con ellos buenas relaciones con una política franca, firme y humana, otorgándoles todo lo que era justo y resistiendo sólo a sus arbitrariedades. Pero por lo que toca a este continente, las circunstancias son muy distintas. Es intolerable que los poderes aliados *(Santa Alianza)* traten de imponer su sistema político a una parte cualquiera de este continente sin peligrar nuestra paz y felicidad. Es imposible que nuestros hermanos del Sur, abandonados a sí mismos, adopten aquel régimen político. Es imposible que nosotros veamos tal intromisión con indiferencia...

"En las discusiones a que los intereses encontrados de Europa y América han dado ya lugar y que con amistosos arreglos se han terminado, hemos tenido ocasión de com-



James Monroe, quinto presidente de los Estados Unidos, elegido en 1816. Su doctrina política, resumida en la frase "América para los americanos", traza la trayectoria de la política internacional de Norteamérica, en oposición al testamento de Washington, quien recomendó la no injerencia de Estados Unidos en los conflictos mundiales.

La Nathaniel Russell House, construcción de 1809 de estilo Adams, emplazada en Charleston, Carolina del Sur.

LA GUERRA DE 1812

Madison, el sucesor de Thomas Jefferson en la presidencia, pudo recoger los frutos de la política de presión económica que éste había ejercido contra las potencias europeas durante su gobierno. En primer lugar, Inglaterra propuso suavizar las medidas que perjudicaban el comercio americano con el viejo continente e incluso ofreció reparaciones por el incidente del *Chesapeake.*

La oferta francesa no se hizo esperar. En agosto de 1810, Napoleón dejó sin efecto los artículos que habían ocasionado el bloqueo, "entendiéndose que los ingleses revocarían las órdenes del Consejo o que los Estados Unidos harían respetar sus derechos". El decreto napoleónico estaba redactado en un lenguaje ambiguo que no aclaraba si estas medidas tendrían efectividad a partir del 5 de agosto, fecha de su publicación, o del 1 de noviembre siguiente, fecha tope del plazo que se daba para recibir una respuesta de los ingleses o de los americanos.

En Inglaterra, las medidas del emperador se acogieron con cierto escepticismo y no suscitaron una reacción inmediata. En cambio, Madison, ante la indecisión inglesa, suprimió las restricciones de comercio con Francia y ratificó las medidas de "No relación" con Gran Bretaña. Los Estados Unidos pasaban así a alinearse junto a Francia contra los ingleses. La cuestión de los límites fronterizos con los territorios del Noroeste provocaría el paso siguiente, la ruptura de hostilidades con la antigua metrópoli.

El expansionismo americano hacia el Oeste se había realizado a costa de los territorios que los pieles rojas habían tenido que ceder a los colonos blancos. Hacia 1809, un jefe indio, Tecumseh, se estableció en la confluencia del Tippecanoe Creek y del río Wabash y se negó a ceder terreno, a pesar de las presiones de los blancos. El gobernador del territorio de Indiana, Harrison, penetró en territorio indio, provocando así el ataque de las huestes de Tecumseh. El contraataque de Harrison fue violentísimo y se transformó en una auténtica degollina. El poblado de Tecumseh fue destruido.

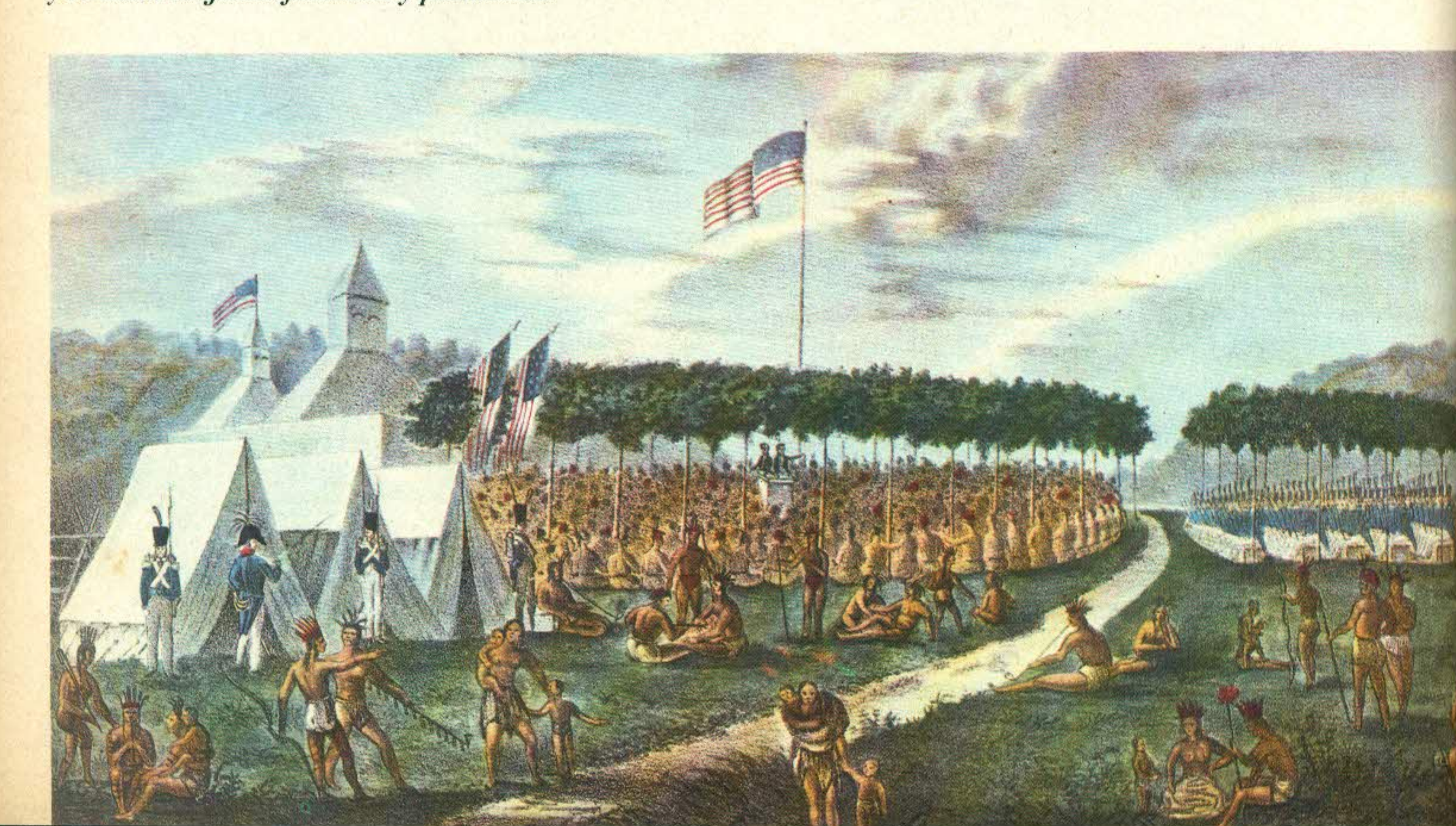
Durante el combate, los indios utilizaron armas de procedencia británica. Desde este momento se acusó a los ingleses del Canadá de fomentar la revuelta india contra los colonos americanos. La seguridad de las fronteras del Noroeste no estaba asegurada mientras los ingleses permanecieran en Canadá. De esta manera se transformó una guerra india en un conflicto antiinglés. En junio de 1812, los Estados Unidos declararon la guerra a Inglaterra. Los americanos atacaron el Canadá por cuatro puntos: por Detroit, por Fort Niágara, por el San Lorenzo y a través del lago Champlain. Los ingleses, a pesar de estar combatiendo a Napoleón en Europa, pudieron rechazar el ataque americano e incluso obtuvieron alguna ventaja territorial.

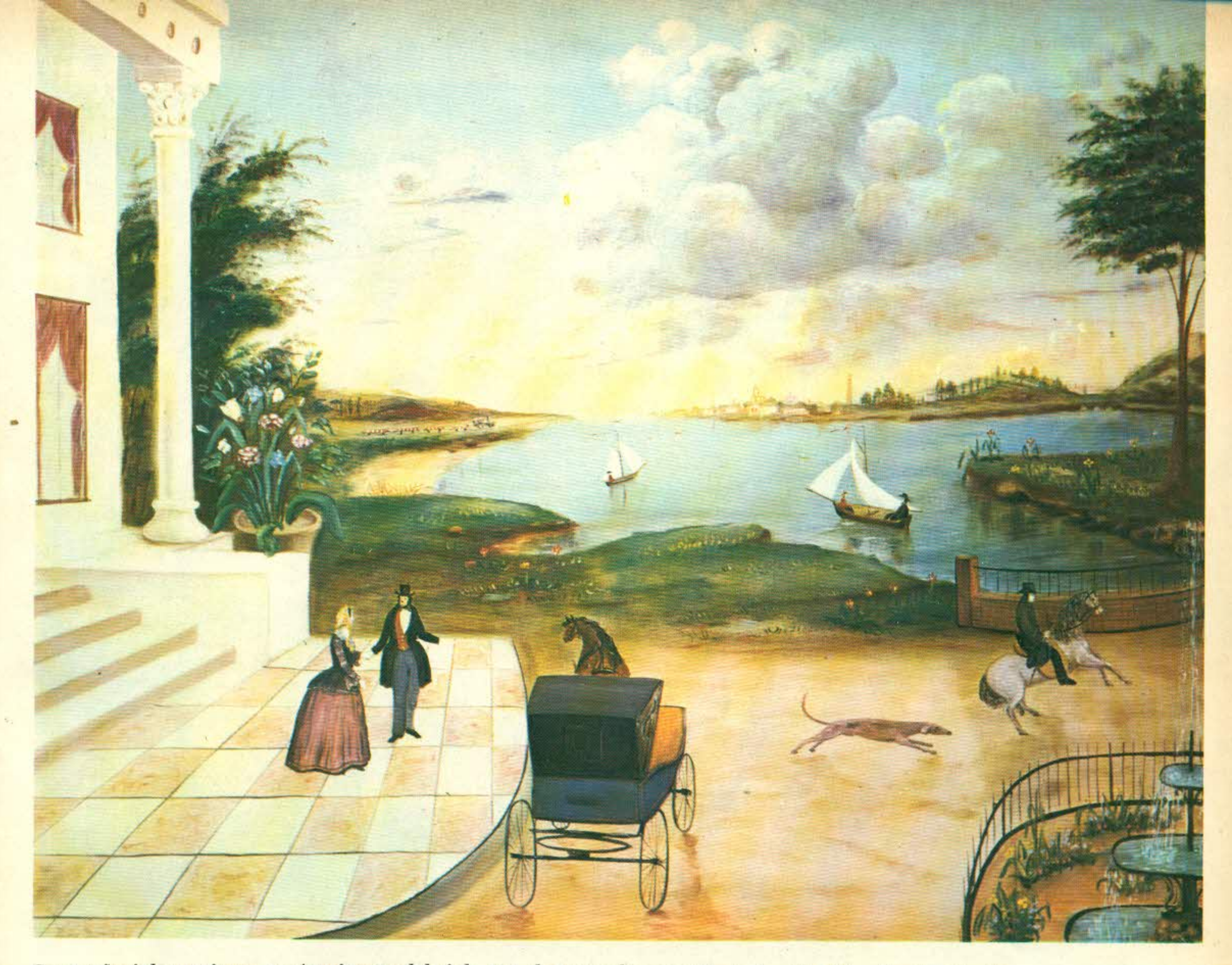
En el mar se libraron numerosos combates con resultados diversos, pero a partir de junio de 1813 la flota inglesa consiguió imponerse y toda la costa atlántica americana quedó bloqueada. Desde agosto de 1814 comenzaron a llegar a Canadá compañías de veteranos de las campañas contra Napoleón y la situación empeoró para los norteamericanos. Pero Inglaterra estaba agotada por la larga lucha contra el emperador y no deseaba prolongar la guerra.

En Gante durante las Navidades de 1814 se firmó un tratado de paz que prácticamente mantenía el *statu quo* anterior a las hostilidades. Desde esta fecha, los Estados Unidos se desentendieron de los asuntos europeos y se orientaron hacia una política esencialmente americana. "El regalo de Navidad que el pueblo norteamericano recibió en diciembre de 1814 era nada menos que casi un siglo exacto para concentrarse únicamente en sus propios problemas, en la organización de su gobierno y sociedad y la conquista física del continente."

J. F.

Tratado entre los indios y el gobierno federal (grabado de la Biblioteca Nacional, París). En 1802, los indios comenzaron a ser expulsados de sus territorios de Georgia, hasta que en 1824 se negaron a retroceder un paso más. Un tratado posterior, por el que se cedían a los blancos todas las tierras de los indios, provocó la indignación de éstos contra quienes lo habían firmado y un estado de guerra fronteriza y permanente.





Casa señorial americana según pintura del siglo XIX, de autor desconocido (colección Chrysler Garbisch).

prender que ha llegado el momento de declarar como un principio fundamental de la política de los Estados Unidos: Que estos continentes son, por la libre e independiente posición que han asumido y que mantienen, impropios para ser considerados como lugares apropiados para una colonización futura por cualquier potencia europea".

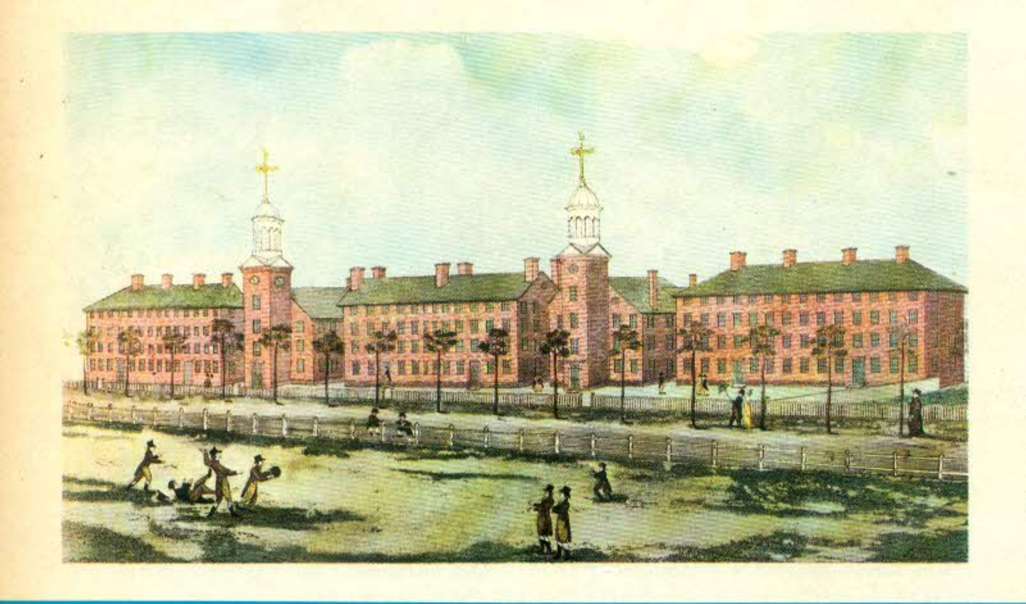
¡Qué estupendo documento! La mano de Jefferson parece haberlo redactado; mejor dicho, su corazón está en la doctrina de Monroe como en la *Declaración de Independencia* de los Estados Unidos. ¿Qué más quieren los hermanos del Sur?... Nada. Sólo que la cumplan los que la promulgaron, que los Estados Unidos se apliquen a sí mismos la doctrina de Monroe. Se la ha criticado diciendo que es un pacto unilateral, que los hermanos del Sur nunca pidieron aquella protección y tutela. Pero no se trata de pacto; los Estados Unidos en el año 1823 daban sin pedir. La política del dólar no se había inventado todavía.

LA EVOLUCION DEMOGRAFICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL SIGLO XIX COMPARADA CON UNA "PROYECCION MALTHUSIANA"

Año	Población del censo	Porcentaje de incremento intercensal	Duplicación de la población cada veinticinco años: Año	Duplicación
1790	3.929.214	–	1790	3.929.214
1800	5.308.483	35'1		
1810	7.239.881	36'4		
			1815	7.858.428
1820	9.638.453	33'1		
1830	12.866.020	33'5		
1840	17.069.453	32'7	1840	15.716.856
1850	23.191.876	35'9		
1860	31.443.321	35'6		
			1865	31.433.712
1870	39.818.449	26'6		
1880	50.155.783	26'0		
1890	62.947.714	25'5	1890	62.867.424
1900	75.994.575	20'7		
1910	91.972.266	21'0		
			1915	125.734.848

BIBLIOGRAFIA

Adams, J. T.	*Historia de los Estados Unidos,* Buenos Aires, 1945.
Fay, B.	*Washington,* Barcelona, 1945.
Hockett, H. C., y cols.	*Evolución política y social de los Estados Unidos,* Buenos Aires, 1954.
Janssens, J.	*Historia de los Estados Unidos,* Barcelona, 1961.
Miller, W.	*Nueva historia de los Estados Unidos,* Barcelona, 1961.
Morison, S.E.	*Historia de los Estados Unidos de Norteamérica,* México, 1951.
Pabón, J.	*Franklin y Europa,* Madrid, 1957.
Thistlethwaite, F.	*The Great Experiment. An Introduction to the History of the American People,* Cambridge, 1961.
Tocqueville, A.	*La démocratie en Amérique,* París, 1888.
Van Loon, H. W.	*Jefferson,* Buenos Aires, 1945.



Antiguo colegio de Yale, fundado en 1716 en New Haven (Connecticut), embrión de la actual universidad, una de las más antiguas, famosas y concurridas de Estados Unidos (grabado en color de la Universidad de Yale, Estados Unidos).



Parte izquierda del gran mural de la sala de la Independencia del Museo Nacional de Historia de México, por Juan O'Gorman. Se halla aquí representado el ambiente que prevalecía en Nueva España a finales del siglo XVIII. Virreyes y autoridades españolas por un lado, eclesiásticos por otro, y a los pies de todos ellos el pobre indígena.

La independencia de México

por E. DE LA TORRE VILLAR

La independencia de México, al igual que la de las restantes colonias españolas en América, obedece al desarrollo histórico del Imperio español y sus dependencias, y es el resultado de un proceso universal que afecta indefectiblemente, aun cuando en forma y tiempo diversos, a las potencias colonizadoras.

Si en los años que van de 1808 a 1821 ocurre el movimiento emancipador y es en ellos cuando se inicia y culmina, rompiendo un sistema político, social y económico y formas de vida muy características, sus orígenes son muy remotos. Se encuentran a lo largo del acontecer histórico mexicano desde la época de la conquista, que instauró una organización y creó unas estructuras muy ajenas a las existentes en el mundo precolombino.

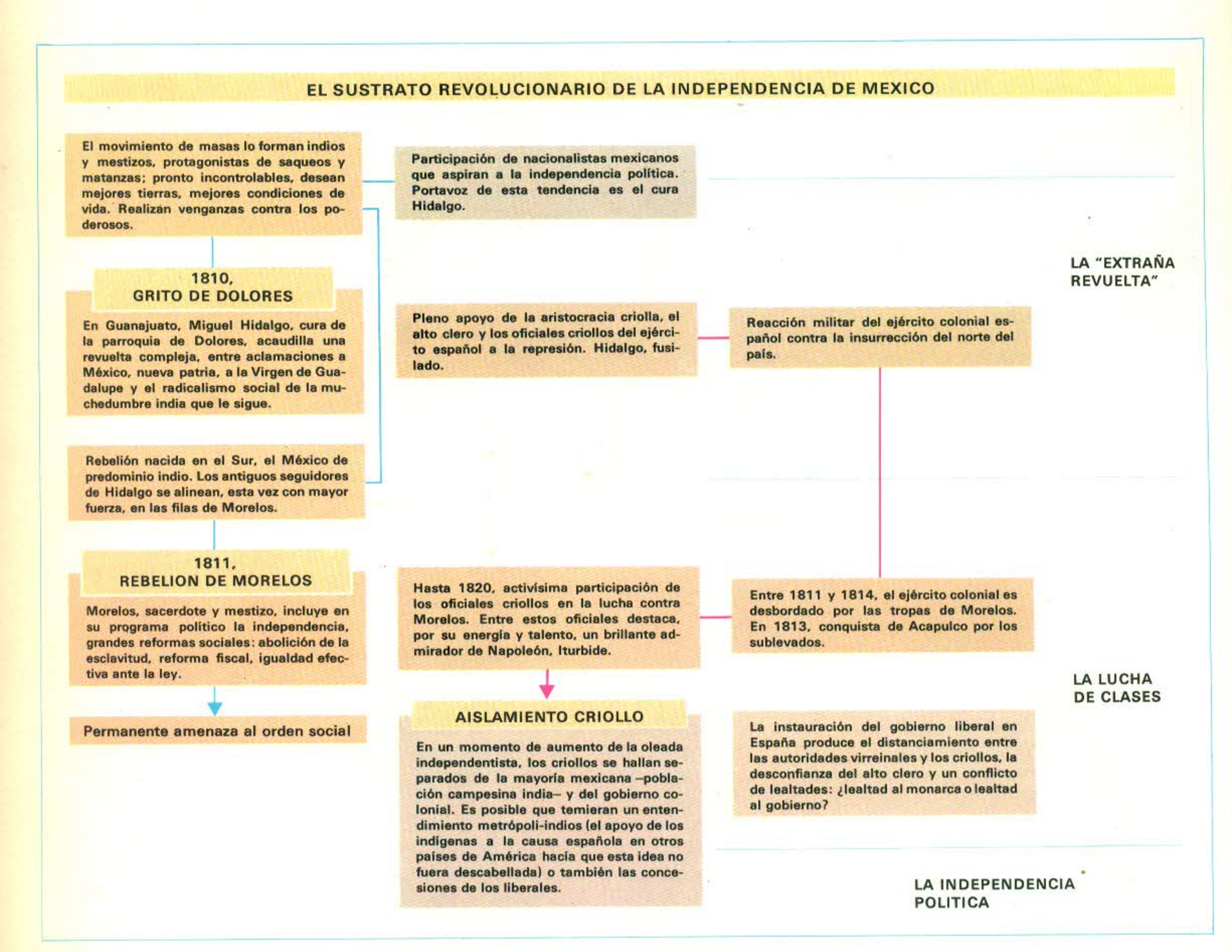
Sus causas, muy diversas, tienen distinta naturaleza. Unas radican en desajustes sociales y económicos, otras en conflictos políticos; en razones psicológicas e ideológicas, filosóficas, religiosas y culturales algunas

más, pero todas ellas guardan una íntima y estrecha conexión, se entrecruzan, ligan, irrumpen en diferentes momentos y no son en forma alguna producto único de circunstancias exclusivamente mexicanas, ni de éstas y las españolas.

Nueva España, por su organización político-administrativa, judicial y religiosa, era la dependencia más importante de España en América. Sus límites, de más de 4.156.483 km², por el Norte eran tan vastos como imprecisos y por el Sur su influencia se hacía sentir hasta Costa Rica.

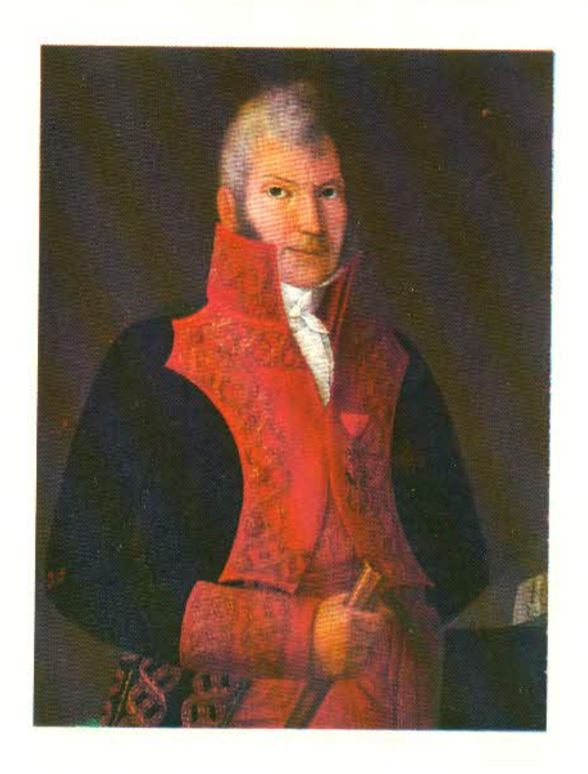
Económicamente dependían de él, a través del "situado", esto es, de los fondos enviados de México, las posesiones españolas de las Antillas y las Filipinas, las cuales aprovechaban no sólo los productos de su minería e incipiente industria, sino también los frutos de su agricultura, principalmente el trigo. Nueva España, cuya riqueza fue exagerada por propios y extraños, que creyeron que su territorio era uno de los más pródigos del universo, vivía a principios del siglo XIX en un relevante auge económico. La minería gozaba de extraordinaria bonanza; la agricultura constituía uno de los ramos económicos más importantes, pese a que sus métodos de explotación, que trataban de ser renovados, y su rendimiento eran deficientes. La propiedad de la tierra estaba en manos de unos pocos; los impuestos y limitaciones eran fuertes, así como los abusos, y el crédito agrícola escaso o nulo. La industria, no obstante estar estrictamente reglamentada en provecho de la política económica del estado español, crecía poco a poco.

El comercio, limitado también por el monopolio estatal, tendió a beneficiarse a partir de las reformas de Carlos III, que le liberaron de fuertes restricciones. El comercio interior del reino, a pesar de las defectuosas vías de comunicación, era mayor que



el exterior. En este renglón, el contrabando era intenso. Veracruz, hacia el Atlántico, y Acapulco, en el Mar del Sur, constituían el eje horizontal por el que España introducía desde Europa y Asia y extraía a su vez los productos que más le interesaban, y el camino de Santa Fe, al Norte, y Guatemala, hacia el Sur, cortaba verticalmente aquel eje. En el Norte, los efectos extranjeros introducidos fraudulentamente satisfacían las necesidades de la población allí asentada. La riqueza pública hacia el año de 1810 podía calcularse, a través de los ingresos en la Real Hacienda, en cerca de veinte millones de pesos. La admiración que este auge causara aun a extraños como el barón de Humboldt contribuyó a afianzar la confianza de los criollos en las posibilidades económicas de su patria.

En lo cultural, Nueva España atravesaba una época de esplendor. La cultura criolla había llegado a su plena madurez, como lo demostró Eguiara y Eguren en su *Bibliotheca*



Don Francisco Javier de Venegas, virrey de México desde 1810 a 1813 (Museo Nacional de Historia, México). Durante estos tres años opuso la más tenaz resistencia a los movimientos independentistas.

Monumento ecuestre a Carlos IV, obra del escultor valenciano Manuel Tolsá, levantado en el Paseo de la Reforma de la ciudad de México. El movimiento de independencia mexicana se acentuó ante las noticias de los acontecimientos de España. La caída del trono en manos de Napoleón produjo en Nueva España una gran depresión y la necesidad de una autoridad absoluta.

Don Miguel Hidalgo y Costilla, por Antonio Serrano (Museo Nacional de Historia, México). El levantamiento del cura Hidalgo en 1810 pudo haber sido el fin de la dominación española en Nueva España, pero las tropas del virrey eran más fuertes que el desorganizado ejército rebelde. El propio Hidalgo fue hecho prisionero y ejecutado al año siguiente.



Vista del puerto y bahía de Acapulco (México). Éste fue en la época colonial el puerto más importante de Nueva España en el Pacífico y el núcleo del comercio con Filipinas y China.

Mexicana. Las instituciones culturales y educativas, la mayor parte de éstas en manos de la Compañía de Jesús, habían formado sólidas generaciones dotadas de un espíritu de modernismo no sólo nacional, sino universalista, y a quienes no eran desconocidos los adelantos científicos, la renovación artística y literaria y las nuevas concepciones políticas y filosóficas.

La capital mexicana era por entonces una de las mejores ciudades de América, y tras ella estaban, plenas de vitalidad surgida de sus minas e industrias, Puebla, Guanajuato y Zacatecas, con relevantes instituciones de cultura y monumentos artísticos.

Vivía Nueva España una época de grandeza material y espiritual. Ese esplendor no armonizaba con el desajuste social originado en su composición demográfica, cuyo total de almas era de cerca de seis millones y medio. Producto de la mezcla de tres razas diversas, en estadios culturales diferentes no sólo en relación con los otros, sino entre sí, y detentanto una de ellas, la europea, el poder político y la fuerza económica, las otras dos le estaban sujetas y jerarquizadas, más en

razón de su situación económica y cultural que de su procedencia racial. La sociedad era, en rigor, de tipo estamental, con poca movilidad, y en ella dábanse la mano "los que nada tienen y los que lo tienen todo". Las divisiones existentes entre los diversos grupos agravábanse en razón de la mayor fuerza que los grupos superiores adquirían.

Conjurados el optimismo de los criollos que deseaban autodeterminarse y el malestar de las clases bajas que anhelaban salir de la opresión en que vivían, varias conspiraciones y rebeliones se produjeron en Nueva España en diversas épocas, la mayor parte de ellas sin un plan coherente y como resultado inmediato de una situación de injusticia y mal trato graves. Su número en términos generales excede las doscientas. Como relevantes manifestaciones del desajuste económico-social reinante deben señalarse las huelgas y conflictos de los mineros del Real del Monte en 1766, los de San Luis Potosí en 1767 y Guanajuato y Pachuca en 1776. La introducción de la masonería en el siglo XVIII sirvió para incubar nuevas conjuras e intentos de rebelión.



Monumento conmemorativo de la victoria del ejército insurgente sobre el realista en el Monte de las Cruces el 30 de octubre de 1810.

La catedral de Puebla, México, joya de la artística ciudad poblana. Gran parte de la riqueza barroca que en ella había fue destruida por el arquitecto José Manzo y sustituida por ornamentación neoclásica de discutible valor.

LA SOCIEDAD NOVOHISPANA AL INICIARSE LA INDEPENDENCIA

Los europeos manejaban buena parte de la riqueza del país y estaban íntimamente ligados, así como numerosos criollos, a los intereses económico-políticos de la metrópoli. El comercio y la agricultura eran sus renglones predilectos. Dominaban el Real Tribunal del Consulado, mas en la minería y algunos ramos industriales también tenían fuertes intereses. Su número se aproximaba a los 80.000.

Descendientes de ellos, los criollos, que sumaban cerca de un millón, poseían en su mayor parte una mejor preparación cultural, una inteligencia más despierta, un estrecho apego a la tierra y un sentimiento intenso de nacionalidad, mas algunos de ellos tenían en su contra una inconstancia y una ostentación que disminuían aquellas cualidades. Preteridos por los europeos, mostrábanse celosos de ellos, mas cuando destacaban llegaban a ocupar puestos de alta responsabilidad. En la minería, algunos poseían cuantiosos intereses, y la propiedad territorial se la repartían con los europeos.

Los mestizos que lograban distinguirse por su cultura o fortuna seguían la suerte del padre. Los que no tenían esa oportunidad, descendían en categoría y sumábanse a los descendientes de negros y blancos o de indios y negros, que constituían las castas. Estas representaban el escalón más bajo de la sociedad. Sus posibilidades de mejoría eran escasas, y sus derechos, casi nulos. Entre ellas, la esclavitud era frecuente. Sin cultura, con una economía muy lánguida, dependían en absoluto de las clases dirigentes; mas por su carácter osado y levantisco siempre se les consideró como un peligro. Su número ascendía a más de un millón y medio. Las castas, junto con los indios aún sin mezcla, representaban el mayor porcentaje de la población, la cual se distribuía desigualmente en el territorio. El centro y el Sur estaban bastante poblados, mas había poca densidad en el Norte y en las costas, en donde predominaban los "morenos" (mulatos y negros), cuyo total se ha calculado en diez mil. Buena parte de ellos eran esclavos que laboraban en el campo o en los ingenios.

Los indios se encontraban por todo el país y su situación en general era penosa. Los que habitaban el Sur y el centro, que eran la mayoría, poseían una más fuerte coherencia social, producto de su tradición cultural y raigambre a la tierra, en tanto que los del Norte, salvo raras excepciones, eran cazadores belicosos de tendencias nómadas y sin conciencia de que formaban parte de una organización estatal única. Pese a la tutela que sobre los indígenas ejercía el estado, la pobreza de su economía era aflictiva. Habían sido despojados de la mayor parte de sus tierras y las que en común disfrutaban, mal trabajadas y bloqueadas por los latifundios particulares y eclesiásticos, no les beneficiaban plenamente.

No participaban, por otra parte, en el proceso industrial de Nueva España ni en el comercio, debido a la organización gremial existente y a sus escasos recursos. Su actividad artesanal era puramente familiar, para el consumo doméstico y local; su comercio era más bien de trueque y en él adquirían el mayor provecho los regatones e intermediarios que los explotaban. El tributo gravaba aún más su escasa economía y los fondos que sus comunidades habían podido reunir, custodiados por la Real Hacienda, fueron objeto de saqueos continuos que a título de préstamo para subvenir las reales necesidades les hacía el estado.

Confinados en uno de los estratos más bajos de la sociedad, destruida su cultura y aún no asimilada la del invasor, explotados en su capacidad de trabajo por los grupos superiores, vivían, tras aparente impasibilidad, en una actitud pesimista y dolorida que había llegado a hacer crisis. Su pesimismo contrastaba con el optimismo de los criollos, quienes pese a todas sus quejas llevaban, si no la dirección política del reino, sí la cultural. Los ascensos de muchos de los criollos a la clase dirigente, su participación en algunos renglones de la economía, comercio, industria, agricultura, minería, que les hizo adquirir la conciencia de una clase media burguesa incipiente; su número e influencia, el reconocimiento que de su valor hicieron hombres eminentes, el más tardío Humboldt, y una gran confianza –apoyada en su fe religiosa– en sus capacidades, afianzó en ellos el sentimiento de su propio valor y aun de superioridad.

E. T. V.



Columna de la Independencia, en México, según proyecto del arquitecto Rivas Mercado. El monumento fue inaugurado en 1910, celebración del centenario, y en su base, entre escenas alegóricas, figuran los principales héroes de la Independencia.

La influencia de la Ilustración europea, que penetró tamizada de sus exageraciones en la América hispana, provocó en la mente de los mexicanos fuerte conmoción. En su totalidad, la Ilustración sirvió a los americanos para aclarar sus ideas, recuperar las tesis tradicionales defensoras de la libertad que habían sido olvidadas, crearles una conciencia de progreso, de libertad, de dignidad humana y para colocarles en un plano desde el que podían tratar igualitariamente, en lo político y en lo cultural, no sólo con los espíritus esclarecidos de la Europa de esa época, sino con el estado español. La Ilustración, al propio tiempo que vivificó el es-

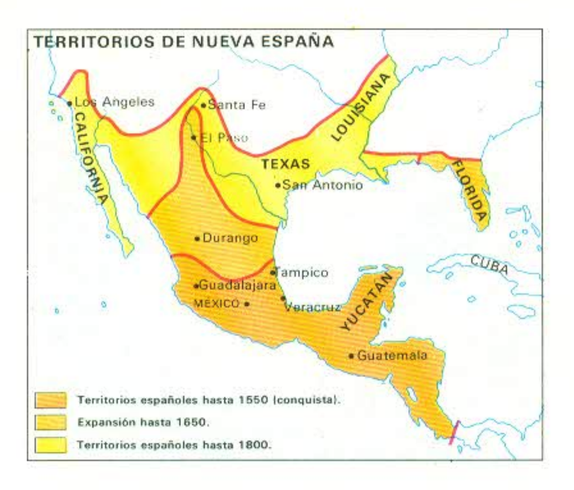
Vista de Taxco, México, con la iglesia de Santa Prisca. La ciudad, situada en la zona minera de Sierra Madre, alcanzó gran prosperidad en la época virreinal por la industria de la plata.

píritu de los americanos con las nuevas ideas, reforzó su sentimiento optimista y sus deseos de cambio de las circunstancias en que vivían.

Los acontecimientos políticos operados en el mundo a partir de 1775, entre ellos la separación de las colonias americanas de su metrópoli, la Revolución francesa y la caída de la monarquía; el ascenso de Napoleón al poder, la ocupación de España, la abdicación de sus monarcas y la guerra de Independencia del pueblo español, representaron la coyuntura, el momento oportuno, para que los mexicanos manifestasen su deseo de gobernarse por sí solos y también un ejemplo a seguir, no por simple imitación, sino en virtud de haberse formado en ellos una nueva conciencia. El anhelo de independencia de los mexicanos traducía en rigor dos finalidades: una, la de liberarse de las trabas sociales que pesaban sobre la mayor parte de la población, y otra, emanciparse políticamente. Los promotores de la emancipación deseaban un mejoramiento social y económico que afianzara el progreso

Medalla de Fernando VII acuñada por el capítulo eclesiástico de México en conmemoración de su recuperación del trono (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).





Fachada del Sagrario Metropolitano de México. En su interior destaca el altar mayor y el retablo, obra del soldado indígena Pedro Patiño Ixtolinque.

material, bajo un régimen político liberal que lo hiciera posible, régimen que ellos se darían y no se les impondría desde fuera. Emancipación política y emancipación social fueron así los móviles de la guerra de Independencia.

Si para los europeos la Declaración de los Derechos del Hombre fue la culminación de un largo proceso, para los americanos en general, y los mexicanos en particular, fue esa declaración el inicio de una larga lucha comenzada en 1810.

Ese deseo no implicaba en un principio la separación total de la corona, a la que permanecerían ligados a través del rey, sino la eliminación de los peninsulares de los puestos principales de gobierno y, por tanto, del ejercicio del poder; mas a medida que los principios se clarificaron y la lucha surgió, el rompimiento total con la metrópoli se impuso.

El año de 1808 provocó en México, como en toda América, un profundo estremecimiento. La usurpación del trono español por Napoleón y la resistencia que el pueblo mostró a tal hecho, creando Juntas que en ausencia del rey gobernaran, representaron el pretexto para que los mexicanos manifestasen sus deseos de regirse por sí mismos. El virrey Iturrigaray, que simpatizaba con los criollos, vio con buenos ojos la actitud e ideas de los miembros del Ayuntamiento, que en México, como en otras ciudades de América, catalizaron las aspiraciones de independencia. Varias Juntas, en las que se esgrimieron numerosos argumentos tradicionales mezclados con los de los enciclopedistas, preludiaron la constitución de un Congreso que hubiera llevado a México a la obtención de su independencia por medios pacíficos y parlamentarios; mas el temor que los españoles y las clases dirigentes tuvieron ante ese hecho fue grave.

Con plena conciencia de su actitud rectora, temerosos de perder el poder y usando de los recursos de fuerza que tenían a su mano, aplastaron el movimiento y aprehendieron a sus líderes, Talamantes, Verdad, Cristo, Azcárate, al virrey y a su familia. Destruido ese intento, en el que por vez primera en la historia mexicana se aplicó el sistema del golpe de estado violento, y deshecho el primer ensayo de organización y formación de un gobierno democrático, no quedó a los mexicanos que anhelaban su libertad otro recurso que el de acudir a la rebelión armada para obtener su independencia.

Con estos antecedentes se comenzó, a partir de 1808, a conspirar en Nueva España contra el orden establecido y a arbitrarse partidarios, armas y recursos para ello.



Parte central del mural de O'Gorman (Museo Nacional de Historia, México). Al empezar el siglo XIX, el descontento popular encontró su jefe en el cura Hidalgo, quien inició la revolución al grito de "Viva la Virgen de Guadalupe". No mucho después pagó con su vida el ser el primer héroe de la Independencia mexicana.

El complot de 1809 en Valladolid es el primero que se descubre y falla, mas en otras ciudades, Guanajuato, Querétaro, Dolores Hidalgo, México, se preparan conjuras para independizar a Nueva España.

Descubierta la conspiración que con pretexto de reuniones literarias se tramaba en Querétaro, toleradas por el corregidor Domínguez y su esposa Josefa Ortiz, sus dirigentes, el cura de Dolores, Miguel Hidalgo, ex rector del Colegio de San Nicolás, el capitán Ignacio Allende y el capitán Juan Aldama, en la madrugada del 16 de septiembre de 1810 se lanzaron a la rebelión. Seguidos de un grupo de soldados, de numerosos campesinos y de grandes masas de pueblo que vieron en la revuelta la oportunidad de obtener la solución a sus problemas sociales y económicos, Hidalgo y sus amigos, en luchas de masas destructoras y anárquicas, tomaron Guanajuato y de allí se dirigieron hacia México, en cuyas proximidades –el Monte de las Cruces– vencieron a fracción importante del ejército virreinal.

Sin penetrar en la capital, el ejército de Hidalgo regresó al centro del país, al tiempo que don Félix María Calleja, por órdenes del virrey, preparaba un ejército disciplinado

EL PLAN DE IGUALA: UN PROYECTO POLITICO DESTINADO AL EXITO

LA ACTUACION DE ITURBIDE

PLAN DE IGUALA (24-II-1821)

Iturbide, oficial del ejército español y con la confianza del virrey Apodaca, se dirige al sur del país con la misión de acabar con los núcleos guerrilleros aún resistentes. Durante el camino envía emisarios a Vicente Guerrero, líder independista de aquéllos, y pacta el Plan de Iguala, acuerdo entre el ejército regular y la oposición a la metrópoli.

La religión es y será la católica. →	Asegura la lealtad del clero a la nueva patria y la tranquilidad de conciencia a la masa católica del país. En un momento en que España es liberal –y dada la ideología del clero 1800 casi hereje–, puede ser la solución preferida.
La Nueva España es independiente de la Antigua. →	Da satisfacción a los sectores nacionalistas y patriotas, parte importante del éxito de los guerrilleros.
El gobierno será una monarquía constitucional. El monarca será designado en la persona de Fernando VII o de sus descendientes. →	Evita la creación del bloque leal a España –siempre numeroso–, pues la ruptura de derecho entre ambas naciones parece no consumarse.
Todos los habitantes de México, cualquiera que sea su raza, son iguales ante la ley. →	Trata de cortar la lucha entre razas y se asegura la participación indígena en la revuelta final de la Independencia.

LA POSICION ESPAÑOLA

APODACA

Desacreditado por la actuación de su hombre de confianza, un levantamiento de los oficiales leales a España depone al virrey Apodaca.

O'DONOJU

Designado virrey por el gobierno liberal O'Donojú, trae como primer encargo evitar un conflicto bélico y restablecer el entendimiento entre colonia y metrópoli.

TRATADO DE CORDOBA (24-VIII-1821)

O'Donojú, ante la unanimidad que parece respaldar el Plan de Iguala, y sin apoyos políticos ni militares, decide aceptarlo una vez se afirma la voluntad general de proclamar rey a Fernando VII.

Aspecto de la Plaza de la Independencia de la ciudad de Mérida, México, con las arcadas del palacio del Ayuntamiento. Los monumentos y lápidas conmemorativas de la Independencia y de sus héroes son muy abundantes en México, así como en toda Sudamérica.



para enfrentársele. No contuvo la atracción popular por la Independencia la excomunión lanzada como mayor castigo y última defensa por el alto clero novohispano, formado en su mayor parte por españoles. En los grupos insurgentes, constituidos principalmente por la masa rural, militaron numerosos eclesiásticos, criollos y mestizos, miembros del bajo clero cuya influencia ante el pueblo fue mayor que la de los prelados.

En Guadalajara, Hidalgo, quien había madurado un programa de transformación política, base de un estado democrático y representativo, apoyado en un pueblo ilustrado y en buena situación económica, dictó varias disposiciones de gobierno de extrema importancia, como aquellas que tendían a abolir la esclavitud, suprimir el pago del tributo y devolver a los indios tierras de cultivo que estuvieran gravadas.

Para asegurar el éxito de la revolución, Hidalgo comisionó a varios de sus partidarios: eclesiásticos, militares y civiles, para extender la revolución por todos los ámbitos del país: Mercado, Hermosillo, Morelos, y

propició la aparición de un periódico, *El Despertador Americano*. Con el fin de contar con la ayuda exterior, envió a los Estados Unidos en busca de auxilio y reconocimiento a Pascasio Ortiz de Letona y al licenciado Ignacio Aldama.

Sin un ejército organizado, los insurgentes fueron derrotados en pocos meses por las disciplinadas fuerzas virreinales. A sus cabecillas, hechos prisioneros en las Norias de Baján, se les ejecutó en julio de 1811 en Chihuaha. Su muerte no logró dar fin a la insurrección. Sus seguidores habían logrado extenderla.

El movimiento de Hidalgo, a más de mostrar a los mexicanos el camino para lograr la independencia, hizo surgir en ellos la idea de patria. Antes de septiembre de 1810 no existía la patria mexicana; es a partir de ese momento cuando se empezará a luchar por ella.



Don Juan O'Donojú, el último virrey de México (Museo Nacional de Historia, México). Nadie más apropiado que O'Donojú para poner fin con dignidad a la dominación española en México. Convencido del fin natural del virreinato, pactó con Iturbide, reconoció el plan de Iguala y murió poco después en 1821.

Vista general de Puebla, ciudad mexicana que guarda en sus edificaciones numerosos recuerdos de la época colonial. Destaca sobre todo el gran número de iglesias, todas ellas artísticamente ornamentadas.



Ejecución del general Morelos en San Cristóbal de Ecatepec el 22 de diciembre de 1815 (grabado del Museo Nacional de México). Tras proclamar la Independencia en el Congreso Nacional de 1813, cayó prisionero en Tezmalaca y fue ejecutado.

Don Ignacio López Rayán y don José María Morelos fueron, a la muerte de Hidalgo, los principales dirigentes. Rayón trató de asegurar la ayuda exterior y de dar al país que surgía una organización política. Morelos, militar y estadista genial, comprendió mejor que ninguno de los caudillos los problemas de México. Formó un ejército bien disciplinado con el que recorrió de triunfo en triunfo el centro y sur del territorio. Rancheros acomodados, con gran influencia en el campo, fueron sus lugartenientes: tales los Galeana, los Bravo, Guerrero.

Planeó con visión la organización del país, apoyado en destacados hombres de estudio, clérigos y abogados: Cos, Verduzco, Quintana Roo, Carlos María Bustamante,

DE LA SUBLEVACION DE ITURBIDE AL PRIMER IMPERIO: EL FRACASO DE LAS SOLUCIONES ESPAÑOLAS

Fecha	METROPOLI	AUTORIDADES VIRREINALES	NACIONALISTAS MEXICANOS
Febrero 1821			Plan de Iguala.
Mayo	Se conoce en España el levantamiento de Iturbide.	Destitución de Apodaca.	↓
Julio-agosto	Las Cortes encomiendan al conde de Toreno una comisión: buscar una fórmula política para contentar los deseos de independencia americana.	Nombramiento de un nuevo virrey: O'Donojú, ahora "jefe político superior".	CONSOLIDACION
Septiembre		Tratado de Córdoba.	
		Creación de una Junta Provisional Gubernativa de 38 miembros con representación de todos los partidos y de las autoridades españolas.	
		Se nombra una Regencia, en tanto no haya proclamación de monarca. Forman parte de ella O'Donojú e Iturbide.	
Enero 1822	Se da a conocer el tratado de Córdoba. Las ideas liberales de Toreno y su comisión –reinos autónomos y vasallos para los americanos, bajo la dinastía española–, desplazadas.		
Febrero	El último proyecto Toreno: anulación del tratado de Córdoba; proclamación de la plena soberanía española sobre México.	Se abre el Congreso Constituyente: ¿dar validez al proyecto Plan de Iguala-tratado de Córdoba?	
Mayo		Conocida la postura española, el Congreso declara la plena independencia mexicana y prescinde de la dinastía borbónica como firme candidata al Imperio de México. Proclamación de Agustín I, Iturbide.	

con quienes sentó las bases de una nación independiente, regulada por instituciones democráticas. Observó la desigualdad social existente y dictó notables medidas para resolverla. Cortó de base la aparición de conflictos sociales; admitió la influencia del periodismo como medio de divulgar sus principios; buscó el apoyo exterior para asegurarse el triunfo; dictó sanas medidas para el arreglo de la Hacienda Pública y comprendió mejor que nadie la naturaleza americana de la Independencia, naturaleza apoyada en un movimiento universal de transformación social y política.

Durante su periodo, la guerra de Independencia alcanzó su mayor extensión y fuerza. La lucha en ocasiones fue cruel y sangrienta por ambos bandos, aun cuando hubo loables intentos, como los de Cos y Bustamante, para humanizarla.

Sacrificado Morelos en el año de 1815, el movimiento de insurrección se debilitó al faltarle la cohesión y la dirección necesarias; sin embargo, algunos jefes, Pedro Moreno, el padre Torres, en el centro, y Guerrero, Bravo y Victoria, en el Sur, mantuvieron el fuego de la insurrección heroicamente.

El año de 1817 significa el ingreso en la guerra de nuevos elementos. Francisco Javier Mina, guerrillero español, quien luchó contra Napoleón y el absolutismo de Fernando VII, organizó una expedición en Londres para combatir contra su monarca en tierras mexicanas. El deseo de ver triunfar

Catedral de San Luis Potosí, México.





Parte derecha del mural de la Independencia, por O'Gorman (Museo Nacional de Historia, México). Al cabo de tres años de guerra, un congreso de Nueva España, reunido en Chilpancingo el 13 de septiembre de 1813, declaró la independencia del país. En primer término, Morelos mostrando uno de sus escritos.

sus ideas liberales le impulsó a dar la batalla contra el absolutismo en cualquier territorio perteneciente a España. Apoyado por los intereses ingleses principalmente y algunos norteamericanos, así como por la masonería, que prohijaba la independencia americana, ingresa en el país acompañado de numerosos extranjeros en una campaña relámpago en la que, tras sonados triunfos, fue fusilado. Su presencia hizo que algunos de los antiguos cabecillas renovaran sus ideales y se pusieran en pie de lucha.

El derrumbe del absolutismo español y la vuelta a la Constitución liberal de 1812, ocurridos en el año de 1820, provocaron en los grupos ultraconservadores de Nueva España, clero y grandes propietarios, graves temores. Los sucesos ocurridos en España, que les preocuparon intensamente, les llevaron a pensar que no era posible ni conveniente seguir a la metrópoli en su política liberal, siendo preferible conservar a Nueva España dentro de los viejos cánones políticos y económicos, lo cual les aseguraba el predominio en el poder y la continuidad en la dirección de la vida política y económica de México. Antes de volver al sistema liberal, combatido también ferozmente por ciertos grupos españoles, resultaba mejor independizarse de España.

Movidos por esta idea, los hombres que en 1808 habían derrocado a Iturrigaray y sacrificado a los criollos que deseaban su autonomía, en 1821 pensaron separarse de Es-



Palacio municipal de Veracruz, México, en el Zócalo. La mezcla de construcciones antiguas con las modernas dan a la ciudad el típico aspecto de todas las poblaciones que han sufrido un gran desarrollo en los tiempos modernos después de haber pasado por épocas de celebridad histórica.

paña. Don Agustín de Iturbide, que había combatido con rigor a los insurgentes, fue el instrumento de las clases conservadoras; mas Iturbide, osado militar y hábil político, no se plegó a ser un instrumento ciego de sus patrocinadores. Con gran audacia convenció a Guerrero, el jefe insurgente que defendía la libertad en el Sur, para sumarse al Plan de Iguala y conseguir la independencia, manteniendo la unidad religiosa y la unidad de españoles y mexicanos, esto es, de criollos y peninsulares, quienes permanecerían en el país con toda suerte de derechos y garantías. Cohonestaba así el deseo de las clases dominantes de conservar sus privilegios y el anhelo del pueblo mexicano: obtener su libertad.

En dicho Plan se estableció la monarquía como forma de gobierno. Vendría a ocupar el trono Fernando VII u otro miembro de su dinastía, para que al hallarse con "un monarca ya hecho" se precavieran "los atentados de ambición". Una Junta Gubernativa y posteriormente un Congreso representarían el poder supremo, en manos del virrey hasta que fuera coronado el monarca.

Iturbide actuó con inteligente diligencia apoyado en las clases conservadoras, engañó al virrey, quien le confió fuerzas para combatir a los restos de insurgentes, y atrajo a su partido a la alta oficialidad española y criolla que había combatido a la independencia: Santa Anna y Anastasio Bustamante, entre otros.

CONSECUENCIAS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Al final de la guerra insurgente, la economía novohispana había sufrido sensibles mutaciones. La minería resultó afectada por la lucha al ser abandonadas, inundadas y destruidas muchas minas, y sus trabajadores y especialistas dispersados. Los capitales se ahuyentaron y el atraso técnico que se produjo, en comparación con otros países, resultó altamente perjudicial.

El centro y sur del país, en donde la agricultura encontraba sus mejores campos, sufrieron con los movimientos de población, más los cultivos desarrollados en gran escala que las pequeñas siembras dedicadas a la producción de granos indispensables para el sustento popular.

El comercio mexicano resultó lesionado. México cesó de exportar sus productos a las Antillas y su puesto fue ocupado por los norteamericanos. En el país se sustituyó el ingreso de mercaderías a través de España por el comercio yanqui, que empezó a hacer suyos, junto con Inglaterra, los mercados hispanoamericanos.

En 1815 llegó el último galeón de Filipinas a Acapulco. La guerra de Independencia puso fin al cambio de plata mexicana por sedas, porcelanas, bronces y especias de Asia, y principalmente a la prosecución de relaciones políticas y culturales con los países asiáticos. El comercio interior paralizóse un tanto con la guerra, mas después se recobró, de acuerdo con las nuevas posibilidades.

La riqueza pública sufrió una merma de más de la mitad; así, los ingresos de la República fueron menores de diez millones de pesos, lo que provocó un estado deficitario que día a día se agravó, por lo que el estado tuvo que recurrir a préstamos forzosos impuestos a nacionales, extranjeros y al clero, así como a empréstitos exteriores. El capital español se fugó hacia los bancos europeos, mas algunos criollos aumentaron su fortuna con el comercio y la actividad industrial.

La guerra de Independencia provocó el aumento de la movilidad social. Un sentimiento vivo de justicia social, que cristalizó en la mente de notables patriotas, comenzando con Hidalgo y Morelos, se mantuvo firme y luchó sin denuedo en contra de viejas ideas e instituciones para lograr transformar al país, esgrimiendo como armas principales la mejor distribución de la tierra y las reformas educativas.

Al quedar abolida la esclavitud, los negros esclavos adquirieron mejores posibilidades de vida. Las clases bajas, si bien no resolvieron del todo sus problemas al malograrse algunos de los principios revolucionarios, sí modificaron su situación. Al indígena se le comenzaron a aplicar las ideas individualistas del liberalismo a través de nuevas normas legales.

Las masas populares que militaron en las filas de la insurgencia se sintieron un tanto defraudadas con los principios fundamentales del régimen político social instaurado por el grupo criollo, principalmente a partir del Plan de Iguala, mediante el cual las clases dirigentes, de clara formación europea, conservaron la hegemonía; y la idea de una mejor repartición de la riqueza, de un cambio de estructura, que a tantos había impulsado a sumarse al movimiento insurgente, quedó así latente entre los grupos más desheredados.

Durante la guerra de Independencia se efectuaron embrionariamente, y como consecuencia de ella, numerosos cambios económico-sociales característicos del siglo XIX. La lucha insurgente no sólo inició la transformación de las instituciones políticas, sino que fue la base de un cambio total en la vida de la sociedad mexicana, a la cual los próceres del movimiento desearon perfeccionar y moralizar.

Los extranjeros pudieron penetrar con mayor libertad en el país, establecerse en él, influir en las costumbres y modo de ser de los mexicanos, casarse con nacionales y ampliar así la configuración de la sociedad, la cual recibió también en su seno a los miembros de la milicia nacional que antes figuraban como segundones frente a los oficiales peninsulares. El estado eclesiástico dejó, por otra parte, al abrirse nuevas posibilidades profesionales y de vida a la juventud, de ser un atractivo para muchos.

La guerra, que en ocasiones fue cruel, destruyó muchas instituciones y principios tradicionales, mezcla de lo indígena y lo español que había constituido norma de vida del país durante largos años. Muchos de ellos no fueron sustituidos. En su lugar, en ocasiones, fueron impuestos otros de raíces extrañas.

México, que se sentía parte de un conjunto de provincias unidas a su metrópoli, al separarse de ésta, va a quedar también aislado de sus hermanas y a iniciar su vida independiente sólo y desamparado frente a muy poderosos enemigos.

En tanto que los mexicanos luchaban por obtener su independencia, España, presionada por los Estados Unidos, que iniciaban su política de expansión, celebraba el 22 de febrero de 1819, mediante su embajador Luis de Onís y el ministro americano Adams, un tratado que fijó los límites de los Estados Unidos y Nueva España hasta el río Sabinas y de ahí al Norte hasta el grado 32 de latitud, para proseguir hasta el río Rojo en Natchitóchez, continuar al Oeste hasta el grado 100 de longitud, de ahí al Norte hasta el río Arkansas, luego hasta el grado 42 de latitud y de ahí al Pacífico. De esa suerte, México al consumar su independencia se encontró con que su territorio, antes ilimitado, se había precisado, en beneficio del vecino país.

La lealtad tradicional al monarca, que era el vínculo más fuerte de unión entre la sociedad novohispana, quedó aniquilada. Las pasiones y la codicia por el poder se despertaron y, sin una tradición política firme, el país se lanzó a experimentar diversas formas de organización y de gobierno no siempre acertadas.

Pese a los inconvenientes que una guerra presenta y a sus efectos no siempre positivos, México alcanzó con su guerra insurgente la autonomía política deseada, sentó las bases de su transformación económico-social y entró por su propio derecho en el concierto de las naciones, en el cual, desde sus inicios, ha ocupado una posición digna.

E. T. V.

Con su ejército, después de cortas acciones militares, obtuvo el dominio del país al tiempo que arribaba el nuevo virrey, don Juan O'Donojú. Este español liberal, con ambiciones y político realista, comprendió que una campaña militar contra los mexicanos decididos a darse la libertad sería estéril y costosa, por lo que prefirió entrar en arreglos con Iturbide.

En Córdoba, en el año de 1821, Iturbide celebró con O'Donojú un tratado en el cual se reprodujeron los principios esenciales del Plan de Iguala, mas al referirse a los candidatos al trono se dejó la puerta abierta para que los mexicanos pudiesen elegir otro que no perteneciera a la familia real. Para que rigiese al país en tanto se consolidaba el poder se creó la Junta Provisional Gubernativa.

El pacto celebrado en Córdoba por O'Donojú, quien no estaba autorizado para concluirlo, así como el firmado el 13 de septiembre en La Patera entre Iturbide, O'Donojú y Novella, quien ejercía el poder político y militar en México, y mediante el cual se reconoció a O'Donojú como virrey en tanto el

país se constituía definitivamente, de acuerdo con el Plan de Iguala y tratados de Córdoba, fueron los últimos actos relevantes que dieron fin a la guera de Independencia. Aun cuando el estado español no convalidó, sino que desconoció de plano dichos tratados, la Independencia mexicana se había, de hecho, conseguido con ellos.

La actitud política española cercana a ese momento era un tanto favorable a la emancipación. En las Cortes dejóse oír la voz de autonomía para las colonias, mas después de la acción de O'Donojú, tornóse contraria.

La entrada que el ejército trigarante hizo con toda solemnidad en la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821, en el que iban mezclados los grupos españoles en lugar preferente con los restos de los antiguos insurgentes, marcó el fin de la lucha de independencia. Al consumarse la emancipación terminó este período que marca el principio de la vida nacional mexicana y el fin de una larga etapa de sujeción y dominio político por parte de España.



Los años de lucha por la independencia mexicana lograron la sustitución de las autoridades hispanas por las indígenas. El emperador Iturbide fue el primer mexicano con poder real no recibido de España.

"Las vendedoras de horchata", cuadro de Agustín Arrieta (Museo Nacional de Historia, México), en el que pueden apreciarse tipos populares de mediados del siglo XIX.

BIBLIOGRAFIA

Alamán, L.	*Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año 1808 hasta la época presente,* México, 1942.
Bustamante, C. M. de	*Cuadro histórico de la revolución de la América Mexica-Mexicana, comenzada en quince de septiembre de mil ochocientos diez por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla* (5 vols.), México, 1827.
Castillo Ledón, L.	*Hidalgo, la vida del Héroe,* México, 1949.
García, G.	*Documentos históricos mexicanos. Obra conmemorativa del Primer Centenario de la Independencia de México* (7 vols.), México, 1910.
González Obregón, L.	*Precursores de la Independencia Mexicana en el siglo XVI,* México, 1906.
Guerra, J. (fray Servando Teresa de Mier)	*Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac. Verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813* (2 vols.), México, 1921.
Guzmán y Raz Guzmán, J.	*Bibliografía de la Independencia de México* (2 vols.), México, 1938.
Hernández y Dávalos (J. E.)	*Colección de documentos para la Historia de la guerra de la Independencia de México de 1808 a 1821* (6 vols.), México, 1877.
Lafuente Ferrari, E.	*El virrey Iturrigaray y los orígenes de la Independencia de México,* Madrid, 1941.
Miguel I. Verges, J. M.	*La Independencia mexicana y la Prensa insurgente,* México, 1941.
Mora, J. M. L.	*Méjico y sus revoluciones,* París, 1836.
Robertson, W. S.	*Iturbide of Mexico,* Durham, 1952.
Rydjord, J.	*Foreign interest in the Independence of New Spain. An introduction to the war of Independence,* Durham, 1935.
Sprague, W. F.	*Vicente Guerrero, Mexican Liberator. A Study in Patriotism,* Chicago, 1939.
Teja Zabre, A.	*Vida de Morelos,* México, 1959.
Torre Villar, E. de la	*La Constitución de Apatzingan y los creadores del Estado Mexicano,* México, 1964. –*Los Guadalupes y la Independencia. Con una selección de documentos inéditos,* México, 1966.
Villoro, L.	*La Revolución de la Independencia. Ensayo de interpretación histórica,* México, 1953.
Zavala, L.	*Ensayo histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830* (2 vols.), México, 1918 (3.ª ed.).



El Fuerte de San Juan de Ulúa, en la ciudad de Veracruz, levantado por los españoles para defender la bahía de la ciudad, demasiado abierta y mal defendida.

La ilustración de este tomo se debe a: Andi (Milán), Archivo Edistudio (Barcelona), Biblioteca Nacional (Madrid), Biblioteca Nacional (París), Ciccione (París), Cli-Salmer, Galería de Arte (Dresde), Gil Carles (Valencia), Giraudon (París), IGDA (Milán), Kupferstichkabinett (Dresde), Llorca (Barcelona), Mairani (Milán), A. Martín (Barcelona), F. A. Mella (Milán), Museo Carnavalet (París), Museo de La Haya, Museo de Versalles (París), Museo del Ejército (París), Museo del Louvre (París), Museo Marítimo Nacional (Londres), National Portrait Gallery (Londres), Novosti (París), Olavarrieta (Barcelona), Oronoz (Madrid), Pedicini (Nápoles), Perceval (París), Reales Museos de Bellas Artes (Bruselas), Rijksmuseum (Amsterdam), Royal Society (Londres), Salmer (Barcelona), Salmer-Tessore, Scala (Florencia), Scala-Salmer, S.E.F. (Turín), S.E.F.-Salmer, Titus (Turín), Universidad de Yale, Zardoya (Barcelona).